



NONELL



L. V. P. JOSÉ

SIGNATUREN



3



BX4705

.P775

N6

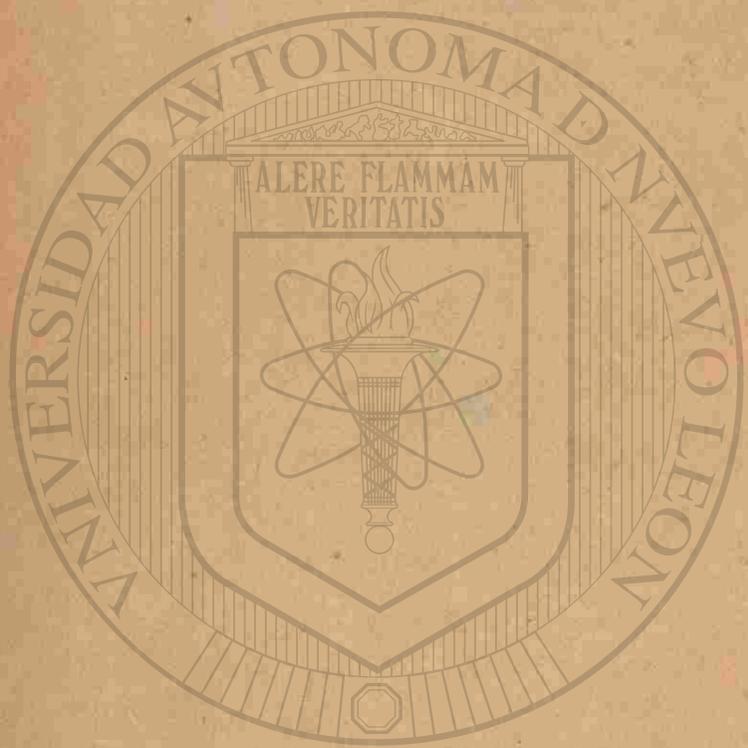
v. 3

005740



1080016692

EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



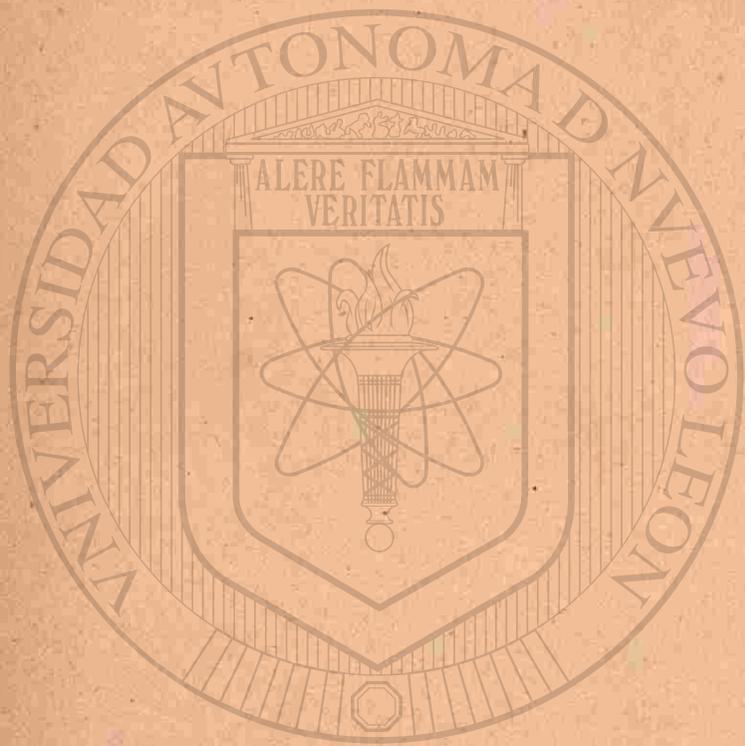
EL V. P. JOSÉ PIGNATELLI

y

LA COMPAÑÍA DE JESÚS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL V. P. JOSÉ PIGNATELLI

Y

LA COMPAÑÍA DE JESÚS

EN SU EXTINCIÓN Y RESTABLECIMIENTO

POR EL

P. JAIME NONELL

DE LA MISMA COMPAÑÍA

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Biblioteca Valverde y Tellez

TOMO III

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

MANRESA

IMPRENTA DE SAN JOSÉ, CALLE DE PICO

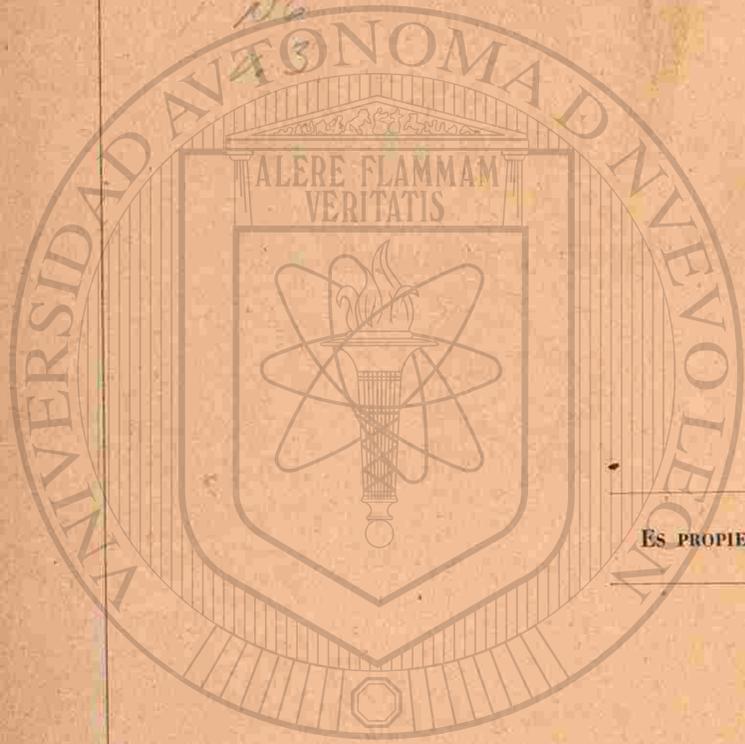
1894



Capilla Alfonso
Biblioteca Universitaria®

FONDO ESPECIAL DE VALVERDE Y TELLEZ
42784

684705
P975
N6



ES PROPIEDAD

PARTE TERCERA

EL V. P. PIGNATELLI

Y LA COMPAÑÍA DE JESÚS EN SU RESTABLECIMIENTO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Biblioteca Universitaria
Ceballos y Montañez

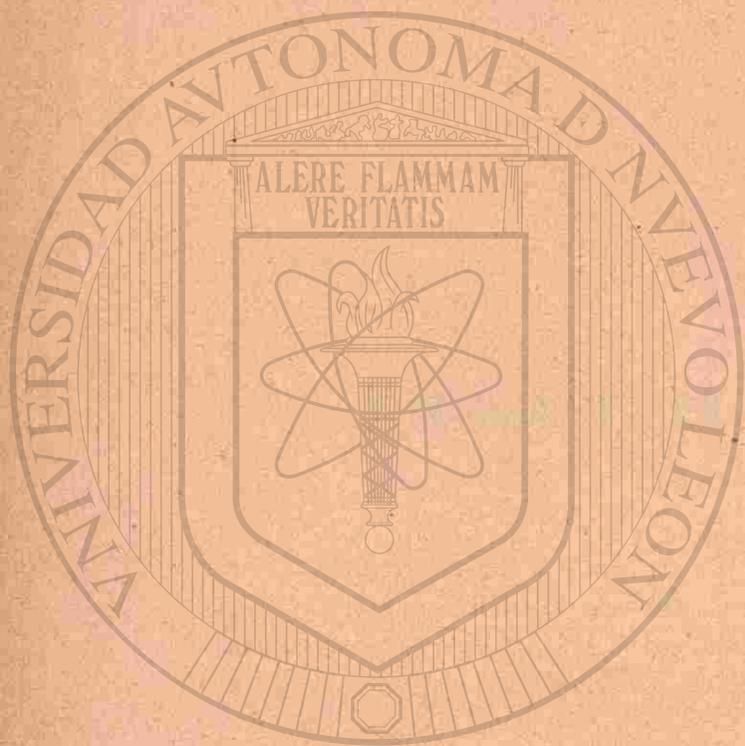


FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

005740



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRO QUINTO

Desde el restablecimiento particular y público de la Compañía en las Dos Sicilias por Pío VII hasta su expulsión de aquel reino por Napoleón Bonaparte.

1804 — 1806

Así como á la total extincion de la Compañía precedieron varias expulsiones particulares, con las que se fue allanando el camino á la entera abolicion; así tambien al universal restablecimiento de la misma se fue gradualmente caminando por particulares restauraciones en países, cuyos soberanos, reponiendo la Compañía, protestaron de la violencia con que se les había forzado á expulsarla de sus dominios.

Hemos visto el primer paso que se dio en Parma, última corte borbónica que extrañó á los jesuitas. Habíala inmediatamente precedido en la expulsion la corte, borbónica tambien, de Nápoles; y ahora la sigue en el restablecimiento, no ya privado, oculto y clandestino, como en Parma; sino con toda publicidad, y autorizado por un Breve del Jerarca de la Iglesia. Merced á esta publicidad el pueblo napolitano pudo hacer franca ostentacion de su afecto á los jesuitas: afecto, que no lograron extinguir ni enfriar treinta y seis años de ausencia de los Padres, y otros tantos de continuos esfuerzos por parte de los enemigos para apagarlo del todo. Así manifestaron pueblos y reyes, que la ex-

pulsión no les fue libre, ni reclamada por el bien público; sino impuesta por sus propios enemigos so color y con pretexto de amistad y de deseo del bien de los vasallos.

Lo mismo en Nápoles que en Parma el P. Pignatelli fue el alma de todo este movimiento progresivo hacia la universal restauración: y al mismo tiempo que se desvive por arraigar en el ánimo de una nueva generación el espíritu genuino y robusto del santo fundador, corre él á paso de gigante por la senda de la santidad, y despidе clarísimos resplandores, que atraen hacia él las miradas y el corazón de cuantos le rodean, no menos que las iras del gran caudillo de la revolución; quien, al apoderarse del reino, expulsa de él á la renaciente Provincia Napolitana.

CAPÍTULO I

Llega el Siervo de Dios á la ciudad de Nápoles y hospédase en el palacio de la condesa, su hermana. — Retardo en la expedición del Breve de restablecimiento, y sus causas. — El cardenal Ruffó ante el Sumo Pontífice. — Prudencia del P. Pignatelli en el asunto de las dotaciones de los colegios. — Breve de reposición. — Inmenso júbilo que produce en los jesuítas y en la corte. — Benevolencia de los reyes con los Padres. — Oposición del senado, y firmeza del rey. — Entusiasmo del pueblo. — Gozo del P. Pignatelli. — Plantea la más estricta observancia en el Jesús Viejo. — Solemne inauguración del templo del mismo. — El Siervo de Dios Provincial de Nápoles.

1804

Cuando llegó á Nápoles el P. Pignatelli, era su hermana, la condesa de la Acerra, anciana ya de 74 años: y sus achaques la obligaban á guardar cama casi constantemente. No suspiraba la buena señora por otra cosa que por tener junto á sí á su querido hermano José en aquellos últimos días de su existencia, pues veía cercana la hora de abandonar esta miserable vida. La muerte de Nicolás la había afectado en gran manera. Templó por completo sus pesares, y aun inundó su alma de inefable gozo, la nueva de que había fallecido en brazos de su buen hermano, después de reconciliarse con él, y de haber sido por él admitido en la Compañía; y mucho más el oír de los labios del P. José

que el alma de Nicolás, purificada con algunas horas de purgatorio, había subido á las moradas celestiales.

«Llegados á Nápoles», dice su compañero el H. José Grassi, «encontramos á la puerta de la ciudad uno ó dos criados de la condesa, [su hermana], y fuímonos á hospedar en casa de dicha Señora, donde permanecimos hasta el día 9 de Setiembre del mismo año de 1804. Durante este tiempo pude conocer la grande consolacion que experimentaba la bonísima condesa, por haber obtenido la deseada presencia de su hermano en la avanzada edad y en el malísimo estado de salud, en que se hallaba; y presencié el siguiente diálogo, que entre los dos tuvieron: «Me la habéis pegado,» decía el Siervo de Dios á la hermana. Y esta respondió: ¿No ves en qué estado se halla mi salud? Yo te he hecho de madre, y ahora querías negarme este consuelo?» En verdad la condesa estaba oprimida de una enfermedad crónica incurable, que le causó la muerte á principios del año de 1806.» Hasta aquí el H. Grassi¹.

Cumplidas las primeras atenciones con su hermana, dióse el Padre á cultivar las antiguas amistades con sus numerosos parientes y amigos de aquella capital y de todo el reino, con el fin que constantemente se proponía en ellas, que no era medro alguno personal, sino el bien de sus hermanos y el aprovechamiento de las almas de sus prójimos. Muchos había entre los personajes de mayor influjo en la corte y representacion en el reino, que imbuidos en las erróneas doctrinas de los políticos de aquel tiempo, miraban como contraria á la constitucion y dignidad del estado la dependencia de las órdenes religiosas de un superior ó cabeza, que residiese fuera del reino.

Fue pretension universalmente sostenida por todas las cortes católicas, subyugadas por ministros entusiastas de la nueva y mal llamada filosofia, sacudir el yugo de la autoridad de la Iglesia Romana, y constituir en sus reinos iglesias particulares, independientes de la Cabeza visible y Vicario de Jesucristo, el Pontífice

¹ *Process. Rom.*, fols. 151-152.

de Roma. Las excesivas pretensiones de los ministros napolitanos en este punto habían inutilizado ocho años atrás los esfuerzos del monarca por restaurar la Compañía en aquel reino; y en la ocasion presente aún seguían siendo el principal obstáculo para la realizacion de los piadosos y encendidos deseos de Fernando; y hubieran salido con su intento, á no haber manifestado el rey tan firme resolucion, y la reina, tan decidida voluntad de restablecer la Compañía en Nápoles, que á trueque de alcanzarlo, arrostrarán con todas las dificultades que los ministros promovían y muchas más que pudieran suscitarles.

Lo único que á los soberanos en la actualidad los tenia impacientes, era ver la lentitud con que se procedía en Roma en la expedicion del Breve. Continuamente se enviaban órdenes al cardenal Ruffo para que diese calor á la obra; y cada día que pasaba, parecían un año.

La tardanza del Breve pontificio había hecho temer á muchos, mayormente en Roma, que el negocio del restablecimiento en Nápoles se tenía por abandonado ó á lo menos por suspendido; pero vino á sacarlos de sus temores una breve carta del P. José Pignatelli, en la que les daba noticia del grande movimiento y actividad con que se procedía en él; y venía á decirles que ántes de acabarse el mes de Julio, se había de resolver decisivamente el negocio por un sí ó por un no absoluto del Papa. Por su parte mostraba él muchas esperanzas de que se había de lograr el consentimiento de Su Santidad; pues no se desconfiaba de obtener el de la corte de Madrid. Así lo escribía el P. Luengo el 12 de este mismo mes de Julio¹. Cuán fundadamente esperase tan fausta concesion el P. Pignatelli, lo demostrará el hecho siguiente.

Hacia la mitad de este mes de Julio (1804) el cardenal Fabricio Ruffo, ministro plenipotenciario de Nápoles, se presentó á Su Santidad con una carta en la mano derecha y otra en la izquierda: una de ellas era del rey de España, en la cual mostraba

¹ *Diario*, Tomo 38, pág. 185.

que no se oponía á que el Pontífice concediera á su hermano el Breve de reposicion de los jesuitas en su reino; la otra era una fervorosa súplica del rey de Nápoles pidiendo á Su Santidad el dicho Breve. El Papa respondió que no tenía dificultad alguna en concederlo; y desde este instante se tuvo por concedido, y tardó bien poco en hacerse público en toda Roma; pues el cardenal Carrafa Belvedere, que había entrado también en la negociacion, el cardenal Ruffo, y el mismo Papa, lo decían á todos francamente y sin rodeos ni misterio alguno. Fueron en los días siguientes dos jesuitas españoles y alguno italiano á dar gracias á Su Santidad por tal merced; y el Papa mostró gusto de ello, y les dio, en términos generales, esperanzas de que con el tiempo se iría haciendo lo demás¹.

Ventilábase entretanto una cuestion de suma gravedad. Para la fundacion ó dotacion de las casas que habian de abrirse, propuso la corte dos medios, entre los cuales escogieran los Padres el que fuese más de su agrado. Uno era, que se restituyesen á cada colegio las fincas y demás rentas que ántes de la expulsion les pertenecieron: el otro, que el gobierno les señalaría una dotacion equivalente á los frutos que ántes se sacaban de las fincas. El P. Pignatelli, para evitar el trastorno que había naturalmente de causar á los nuevos poseedores de las antiguas haciendas el desprenderse de sus posesiones, por más que se los indemnizase, era de parecer que se aceptara la dotacion del gobierno.

Los más de los Padres al efecto consultados fueron de diferente opinion. Aquellos bienes, que en otro tiempo habían sido propiedad de la Compañía, recordaban la devocion y largueza de los primitivos fundadores de los colegios, y estaban intimamente relacionados con la historia de cada domicilio y de toda la Provincia: doliales, pues, que se renunciase á su posesion, con la cual aseguraban la subsistencia de los colegios, para convertirse en cierto modo en funcionarios que viven de sueldo del estado.

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 38, pág. 205.

El P. Pignatelli sacrificó su propio juicio en aras de la concordia y union de las voluntades, y se atuvo al parecer de los otros; pero muy pronto se vio cuán prudentemente había discurrido el Siervo de Dios; pues á no tardar se palparon los grandes inconvenientes que él había previsto en la devolucion de las antiguas posesiones á las casas y colegios.

Iguales reparos halló en la adquisicion del que había sido colegio máximo. Después de la expulsion de la Compañía, se dio á aquel edificio en 1770 un destino algo semejante al que le era propio, instalándose en él la universidad pública; y tanta era su capacidad, que aún quedó espacio para colocar en él las oficinas de diez departamentos diferentes, y vivian dentro de las inmensas salas multitud de familias.

Graves fueron los obstáculos que su desalojamiento ofrecía; pero Sus Majestades quisieron que á todo trance se fuera desocupando para albergar en él á los Padres, y disponer local para las escuelas, encargándose el rey de procurar cómoda habitacion á aquellas familias en sitio á propósito, corriendo á su cuenta los alquileres. Y así se empezó á ejecutar desde luego, y se continuó hasta no quedar en el colegio más que las paredes. El mueblaje y todo lo que pertenecía al modesto decoro de salas, corredores, aposentos, oficinas y demás, lo tomó á su cargo la reina; y ella misma en persona recorría la casa examinando si se cumplía con fidelidad y presteza cuanto ordenaba. Los oficios que desempeñó con los Padres en esta ocasion fueron verdaderamente de madre solícita y cariñosa, como lo reconocian cuantos fueron testigos presenciales de su caridad.

En esto se ocupaban los PP. Pignatelli y Angiolini durante el tiempo en que se aguardaba de Roma el despacho del Breve. Firmóse este por fin el día 30 de Julio de este año de 1804, víspera de San Ignacio. Iba dirigido al P. General Grüber en Rusia: en él extendía Pío VII á todo el reino de las Dos Sicilias las concesiones hechas en 7 de Marzo de 1801 á la Compañía existente en el imperio ruso, con facultad de admitir en ella á cuantos al P. General le pareciese bien, y de ocuparse en la educa-

ción de la juventud y en los ministerios espirituales en bien de los prójimos, según el instituto aprobado por Paulo III; declaraba que todos los sujetos, casas y seminarios que se fundasen, los agregaba á la Compañía residente en Rusia, y que todo lo recibía bajo la jurisdicción inmediata y la protección de su propia persona y de la Sede Apostólica.

Inmenso fue el júbilo que causó en los corazones de los jesuitas residentes en Roma la noticia del Breve de Pío VII, y del restablecimiento de la Compañía en Nápoles, con la circunstancia de haberse expedido el día de la fiesta de San Ignacio. Oíase cómo lo celebra el P. Luengo: «Día de nuestro santo Padre, San Ignacio de Loyola, en el que de algún modo ha empezado á ser nuevamente fundador de la Compañía de Jesús. Gran día, alegrísimo, gloriosísimo, que, á juicio de los más, jamás llegaría; al de otros, estaba muy apartado; y ninguno con vista y prudencia humana podía mirarle como próximo. En él se ha dado principio á la reposición gloriosa de la extinguida Compañía de Jesús, en países en que fue ejecutada su extinción..... El presente Pontífice Pío VII, monje benedictino, de apellido Chiaramonti, firmó ayer y expidió hoy, día del gran Patriarca San Ignacio, un Breve de revocación del Breve de extinción de la Compañía para los Estados de su Majestad Siciliana¹.»

El mismo día de San Ignacio por la tarde el Sumo Pontífice entregó al cardenal Ruffo una copia auténtica del Breve de reposición. Aquella misma noche la remitió el cardenal á su soberano. Recibió el rey el apetecido Breve el próximo 2 de Agosto muy de mañana con inefable consuelo de su alma: y «el mismo día que se recibió el Breve, Sus Majestades el Rey y la Reina, los Príncipes y las Princesas de la familia real comulgaron solemnemente para tributar á Dios sus acciones de gracias².»

Después de esto, el rey llamó á palacio á los PP. Angiolini y

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 38, pág. 204.

² Carta de Nápoles, de 7 de Setiembre, publicada en el *Diario de los Debates* el 2 de Octubre.

Pignatelli¹ para comunicarles tan grata nueva: entregó el Breve al P. Angiolini, que, como procurador general, era el designado para ejecutarlo, y se le autorizó para hacerlo sin aguardar que le fuese oficialmente transmitido de Rusia. Lo que pasó en la entrevista de los Padres con los reyes, es difícil explicarlo mejor que lo hizo el P. Angiolini en una carta escrita el 4 del mismo mes, en que juntamente pinta la grande excitación promovida en toda la corte, y aun en todo el reino, con la alegre y fausta noticia del Breve. Dice así la carta:

«Adjunta es una copia fidelísima del Breve que Su Santidad ha expedido para el restablecimiento de nuestra Compañía en estos dos reinos de Nápoles y de Sicilia, y que recibimos el jueves por la mañana, dos del corriente. Por el gran deseo con que cinco meses hace se esperaba este Breve, podrá V. R. colegir el extraordinario y universal júbilo que ha producido su publicación, aunque todavía no es formal y jurídica.»

«Al momento que fue presentado al Rey, éste me quiso ver. Presentéme á S. M., y en alta voz, ántes de que me acercara á su persona, empezó á decir: «Me alegro mucho, mucho, y doy la enhorabuena, pero ¿á quién? ¿á vosotros? No, sino á mi pueblo. ¡Oh, cuánto bien espero yo de vosotros!» Y luego comenzó á hablar de los jesuitas y de sus maestros, «uno de los cuales,» dijo, «era irlandés, y me hizo llorar mucho con su muerte: le quería como á un padre, y él me amaba verdaderamente como á un hijo. Lo que sé, á él se lo debo; y fue para mí una desgracia el tenerle por director tan poco tiempo. Yo quería tenerle conmigo; pero él se quiso marchar, y poco después se murió; yo creo que de pena. Mas demos gracias á Dios por que os hemos recuperado. Yo me doy por muy obligado al Papa por tal favor, y dentro de poco verá mi agradecimiento. Pero vos, Padre mío, tenéis que hacerme otro favor, y es que no os vayáis de Nápoles: es demasiado necesaria vuestra presencia ahora en los principios aquí en Nápoles y en Palermo.» Y proseguía diciéndome tantas

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 38, pág. 225.

cosas con sumo júbilo de su corazón, que no creo lo tuviera mayor en el día de sus bodas.»

«Fui también á presentarme á S. M. la Reina, y me acogió del propio modo que el Rey. «Me congratulo,» me dijo, «conmigo misma y con mis súbditos, por el gran bien que hoy han conseguido.» Estaba tan alegre esta soberana, que los cortesanos y los que por su oficio tienen que verla diariamente, se asombran; y dicen que de muchos años atrás no han visto á la Reina demostrar tanto júbilo por cosa ninguna. Me detuvo largo rato con una bondad y confianza no comunes, y al despedirme me dijo: «Venid enhorabuena á verme cuando queráis, y más aún cuando creáis que puedo servir de algo. Yo seré siempre la misma. Ya lo he declarado en público y lo declaro ahora: soy toda vuestra, y lo soy por convencimiento y por mi bien, el de mi hijo y el de mis pueblos.» Me significó que ya sabía el contento que la noticia había producido en todo género de personas, no teniendo vosotros, añadió, más enemigos que los malvados.»

«Todas las rentas, que subsisten aún, con sus capitales se nos devolverán, con la añadidura de abolir en cuanto á nosotros la ley de desamortización, que prohíbe á los regulares el heredar.»

«Por ahora se abrirá el colegio máximo con todas las escuelas y congregaciones para todas las clases de personas, el seminario de nobles, la casa de ejercicios y el colegio de San José en Chiaia. Ya se han presentado muchas súplicas de las principales ciudades del reino para lograr tener la Compañía; y es cosa que enternece el leer las expresiones con que se dirigen al Rey, diciendo que con nuestra salida se ausentó también de ellos todo bien y toda moralidad; que absolutamente nos quieren; que nos ofrecen colegio y rentas, aun de sus mismas propiedades.»

«Son sin número las cartas que he recibido sobre esta misma materia, y las conservo con los referidos memoriales ó súplicas. «Dos cosas,» me decía el domingo pasado la Reina, «me llenan de admiración en el negocio de vuestro restablecimiento: la primera, el ver que todos vosotros, si bien una gran parte no

venís sino á trabajar y padecer y á vivir con incomodidad, anheláis por volver á vuestros antiguos colegios: la segunda, cómo el pueblo, después de treinta y siete años que no os tiene, no ha podido olvidaros y muestra tanto regocijo por poseeros. Estas son dos cosas para mí ininteligibles.» El Rey, al marcharme, me dijo: «Cuando abráis vuestra iglesia, avisadme: quiero ir en persona á oír allí la misa. Desde que marchasteis no he vuelto á poner los pies en ella.» *Benedictus Deus, qui fecit nobiscum misericordiam suam.* Dejo de decir muchas otras cosas por falta de tiempo, etc. — Nápoles, 14 de Agosto de 1804. — CAYETANO ANGIOLINI, S. J.

Sobre la misma materia escribía también por este tiempo el P. Carlos Budardi á cierto amigo suyo una carta del tenor siguiente: «El día 2 del actual por la mañana muy temprano llegó el tan suspirado Breve del restablecimiento de la Compañía de Jesús en estos reinos, de fecha 30 de Julio. Es imposible explicar el júbilo y contento del Rey, de la Reina, de los príncipes herederos y de toda la familia. Aquella mañana misma todos con el Rey y la Reina, habiéndose confesado, recibieron la comunión. La ciudad y todo el reino regocijarse de tal suerte, que no podéis imaginar á qué exceso llega su alegría.»

«El Rey y la Reina se expresaron con nosotros en estos términos: «El Papa recibirá un testimonio de nuestra gratitud por un favor que era el que más deseábamos.» El Rey quiere venir en persona para asistir á la apertura de la iglesia, «en la cual,» nos dijo, «jamás, después de vuestra expulsión, me he atrevido á entrar.» La Reina, no contenta con esto, añade, que cuando se abra la casa, quiere quebrantar la clausura y visitarnos uno á uno en el aposento, para ver si estamos bien y con comodidad. Es indecible el empeño que tienen de que se dé pronta ejecución al Breve. No puede la Reina oír hablar de falta de recursos; y para los primeros gastos suplirá ella de su propio bolsillo. Ya nos ha ofrecido el Rey 40.000 ducados anuales; pero la Reina dice que es poco, y que hallará modo de aumentar la renta hasta doblarla, y además suspenderá por 20 años, para solos los jesui-

tas, las leyes de desamortización, porque son innumerables los ofrecimientos espontáneamente hechos por la ciudad, por el municipio, y por varios particulares, de casas y palacios en buen estado y con fondos, para establecer en ellos colegios de jesuitas.»

«Tanto el Rey como la Reina nos han dicho que pronto llegarán al Papa peticiones de jesuitas de parte del Emperador de Austria, pues «el Emperador,» nos han dicho, «ha querido ser todas las semanas informado muy por menudo de todos los pasos que se daban en este negocio de los jesuitas, y de todas las respuestas que venían de Roma:» por lo cual viendo ya terminado este asunto, luego presentará su instancia; y nosotros se lo deberemos á la Reina de Nápoles, por haber sido la primera que escribió y se lo hizo desear al Emperador.» Hasta aquí el Padre Budardi¹.

Con el entusiasmo de los reyes de las Dos Sicilias contrastaba la frialdad y aun oposición de sus ministros. El senado llegó al extremo de negarse á registrar el Breve Pontificio. El rey mismo en persona hubo de ir á mandar á los senadores que cumplieren con aquel requisito. Oponían ellos el antiguo decreto *De expulsis Jesuitis*; y el rey les contestó: «Registrad el nuevo edicto *De restituendis Jesuitis*: y entended que no he de salir de este recinto ántes que hayáis aceptado y registrado el Breve.» Como lo dijo, así lo cumplió.

Procedióse luego á la redacción de un real despacho, de cuyo contenido da noticia el mencionado P. Budardi en carta de 11 de Agosto, que dice así: «Estáse ahora imprimiendo por mandato de Su Majestad un despacho para notificar á todos los Obispos, Gobernadores, Presidentes y municipios de ambos reinos el restablecimiento de los jesuitas. Además se está extendiendo una pragmática sanción, que se insertará en el cuerpo de las leyes napolitanas, casativa de aquellas seis que el año 1768 se escri-

¹ De una copia en italiano existente en el archivo de la Santa Cueva de Manresa.

bieron contra los jesuitas con el epigrafe *De expulsione Jesuitarum.*»

«Ahora que ya se ha publicado en la ciudad y en todo el reino el Breve de Pío VII, no podéis imaginar, ni podríais, mi querido Padre, oír sin deshaceros en lágrimas de ternura, las bendiciones, las exclamaciones, y los vivos que se dan al Rey, á la Reina, y, más que á todos, al Papa. En las casas, en las plazas, en las tiendas, no se habla de otra cosa que de la restauración de los jesuitas; y en todas partes se termina la plática con gritos de ¡Viva el Papa, viva Pío VII, viva Chiaramonti! En la mesa se brinda por Pío VII, aplaudiéndosele como al Papa mayor del siglo: (*sic.*)»

«También participan de estas exclamaciones los monjes Benedictinos, en quienes se fijan ahora con especialidad las miradas: y por respeto al Papa serán preferidos entre las demás órdenes suprimidas, y en breve se los restablecerá en su grandioso monasterio de San Severino aquí en Nápoles....»

«Desde la mañana á la noche se nos van presentando á bandadas las personas que piden su admisión en la Compañía: jóvenes y de media edad; nobles, ciudadanos y plebeyos; estudiantes, clérigos, sacerdotes y obispos: mas, como aún no se sabe el producto líquido de las rentas, ni hay casa dispuesta, hasta ahora no se ha podido admitir á nadie: sin embargo para satisfacer en alguna manera á tantas peticiones é instancias, solamente se les ha tomado el nombre á algunos para dejarlos contentos, cosa que no tiene valor ninguno. Los apuntados son ya en número de setenta.»

La alegría del P. Pignatelli por tan faustos sucesos era sobre toda ponderación. El mencionado D. Gregorio de Micillis, administrador, como ya se ha dicho, de la casa Cárdenas, de los condes de la Acerra, dice¹: «Recuerdo que una tarde, hallándome yo en la casa de la Acerra, entró de improviso el Venerable, derramando lágrimas y teniendo apretado contra su pecho el edicto

¹ *Process. Neapol.*, fol. 514.

del Rey D. Fernando acerca de la reposición de la Compañía; y en el exceso de su santo júbilo lo echó encima de la mesa.»

Ya desde el 7 de este mes¹ el Padre apareció vestido con la sotana de la Compañía, sin temer las iras de la corte de España. Como se admirasen los ex-jesuitas españoles de que siendo el P. Pignatelli de familia tan renombrada en Madrid, se atreviese á vestir de jesuita, y á parecer como Provincial de la Compañía á vista del ministro español en Nápoles; el Padre les respondía con la frase de que «había echado la capa al toro.» «Sobre este punto,» dice el P. Luengo, «se explica el mismo P. Pignatelli en carta á su amigo D. Javier Heredia, que me lo ha contado á mí en confianza, en estos mismos términos: «He echado la capa al toro: veremos lo que sucede.»»

No veía D. Fernando la hora de la ejecución del Breve. La formalidad que se adoptó para el hecho de dar por instalada la Compañía, fue la apertura de la iglesia del colegio máximo y la toma de posesión del mismo por los Padres. Mientras se iba desocupando el edificio, y se trasladaban la universidad y las oficinas á otros locales; el P. Pignatelli, sin abandonar el palacio de su hermana, se constituyó en el colegio con algunos compañeros, y les señaló por vivienda unos cuartos de donde habían salido ya sus antiguos moradores: el objeto del Padre era dirigir las obras que se emprendieron para reparar el edificio y reducirlo á su primera forma, de suerte que quedase acomodado y á propósito para su nuevo destino.

Pero lo que ante todo procuraba el prudente varón, era que ya al principio se plantease la más estricta observancia religiosa. Desde el primer día que entraron los Padres á habitar en este colegio, mandó que se guardara silencio con todo rigor, y puso clausura en el departamento que ocuparon; y así mismo fue poniendo en vigor todos los usos antiguos, dando él el primer empuje con su ejemplo; pues aquel mismo día al principio de

¹ *Process. Rom.*, fol. 746.

² *Diario*, Tomo 38, pág. 125. Setiembre de 1804.

la comida besó los pies uno por uno á todos los que se hallaron presentes, y acabado, se puso á servir á la mesa. Un testigo ocular, Salvador Punzo¹, depone, que la casa, aun estando llena de trabajadores que la reparaban, en punto á observancia regular, «era como un reloj.» Decía el Padre, que es fácil en las nuevas comunidades introducir á los principios la disciplina regular y las prácticas virtuosas; pero es en gran manera dificultoso restaurarlas, si una vez se han abrogado.

Al paso que cimentaba la obra de la disciplina y observancia religiosa con una minuciosidad, que á quien no comprendiese toda la importancia de los buenos principios para obtener el que se arraigue en lo sucesivo, pudiera parecer escrupulosa y nimia exigencia; no paraba día y noche de andar de acá para allá activando la obra de la restauración del colegio: y ofreció doble jornal á los obreros para excitarlos á trabajar con todo el ardor posible. Con esto se obtuvo que pudiera fijarse el día 15 del mismo mes de Agosto para la toma de posesión del colegio; y el Rey se agradó tanto del día escogido, que dio orden que aquel día fuese de gran gala en toda la corte. Así se lee en una carta escrita desde Roma, copiada por el P. Zalenski². «El 15 de este mes,» dice, «dos jesuitas aparecerán con su sotana; y el Rey ha ordenado que haya gran gala en la corte.»

No eran solos el rey y la real familia los que tantas demostraciones de amor daban á la Compañía; el pueblo napolitano supo en esta parte competir con sus monarcas. Oigase lo que escribe el ya citado P. Budardi en carta de 14 de Agosto, en que refiere lo ocurrido en su visita al arrabal del *Carminiello*. En ella dice así³: «Después que S. M. por real orden nos asignó el Jesús Viejo, el colegio de Nobles y la Conocchia, nos hizo preguntar por el Presidente Vecchioni, delegado regio, si queríamos ó podíamos aceptar otras casas y colegios en Nápoles ó en pro-

¹ *Process. Neapol.*, fol. 748.

² *Los Jesuitas de la Rusia Blanca*, Tomo II, Apéndice, documento AI.

³ Archivo de la Santa Cueva.

vincias; y nos hizo decir que los escogiésemos. La casa que en verdad hubiera sido necesaria, era la del Jesús Nuevo con su iglesia, y serviría de casa profesa. La otra muy ventajosa sería la *Nunciatella* para noviciado; pues en este momento no hay otra más adaptada á este destino; pero por estar ocupada por otros, no hemos hablado palabra de ella.»

«No obstante hemos reflexionado que en los dos sitios de Nápoles más poblados de gente del pueblo, se hallan dos colegios, que eran de los jesuitas: San José en Chiaia, y San Ignacio, que ahora se llama el *Carminiello*; y todos están ocupados; el primero, por un centenar de muchachos, y les sirve de escuela de náutica; el segundo se ha convertido en conservatorio de unas ciento veinte mujeres, que elaboran la seda. Propusimos al delegado cómo eran estos los dos sitios más á propósito para hacer un bien inmenso, porque estaban muy poblados y de gente del pueblo; que de los muchachos nos podíamos encargar nosotros, pero no de las mujeres; que no obstante, dejando el conservatorio donde estaba el colegio, podriase hacer con paredes una separación, y dejar para nosotros unos cuantos aposentos, pues estos bastarian, y podriamos cultivar el pueblo: y lo mismo se podia hacer en San José, quedándose allí los asilados, ó separados con una pared, ó bien unidos con nosotros, si S. M. los preferia dejar á nuestro cuidado. Esto se dijo: y se ejecutó cuanto propusieron los jesuitas.»

«Salimos luego, llevados en tres coches, el delegado con un abogado, un arquitecto, un contador, y un ingeniero, todos empleados en la corte, á visitar aquella mañana misma la casa de San Ignacio, por urgir las órdenes del Rey de no perder un instante de tiempo; y la hallamos en aptitud de poderse hacer la mencionada separación. Llegados ya al arrabal del *Carminiello*, al advertir la gente que allí íbamos dos jesuitas, las casas y las tiendas quedaron en seguida desiertas, y atestadas de gente las ventanas; y no nos podíamos apear, porque unos nos cogian las manos, otros se asían de nuestros vestidos, estos nos tomaban los pies, aquellos las piernas ó los brazos para besarlos.»

«Allí fue el comenzar los vivas. «¡Viva!» decían, «el Rey, viva la Reina, viva el Papa, vivan todos los jesuitas!» Los llantos y clamores de puro consuelo enternecian mucho más de lo que uno puede figurarse. Nosotros no podíamos contener las lágrimas, ni menos el delegado regió y los otros ministros de la corte; y esto mismo hacia que crecieran sin medida los llantos y los vítores de aquella pobre gente. Por fin logramos entrar; y fue necesario cerrar y trancar la puerta para contener al pueblo. Cerca de dos horas y media permanecemos dentro; pero al salir se halló cuadruplicado el número de la gente, y se renovó el clamoreo con mayor entusiasmo que al entrar.....»

«Lo que á mí, como romano que soy, más me impresionaba, era oír á nuestra llegada y salida de *Carminiello* los estrepitosos vivas al Papa, que jamás se habían oído en Nápoles. «Viva, viva, viva el Papa. Viva Pío VII. Viva el Papa *Calamonti*,» como ellos decían en vez de *Chiaramonti*.»

«Otro día fuimos á ver el colegio de San José. Entretanto el Rey, no se sabe cómo, sin que nadie, y mucho menos nosotros, le hubiésemos hablado palabra de ello, expidió de su propia espontánea voluntad un decreto, en el cual ordenaba á los Padres Franciscanos reformados, que desocupasen la casa é iglesia del Jesús Nuevo para los jesuitas, trasladándose ellos á San Pedro *ad Aram*: de lo cual se alegró en gran manera todo aquel vecindario no menos que toda la ciudad.»

«En cuanto á las casas y colegios de provincias, como no sabemos en qué estado se hallan en la actualidad, ni por de pronto tenemos personal á propósito para llenarlos, hemos diferido la respuesta para otro tiempo.»

Hasta aquí el P. Budardi. Llegado el día 13 de Agosto, se abrió la iglesia del colegio máximo al culto público con asistencia del monarca: los Padres, vestidos con la sotana de la Compañía, se presentaron á vista del pueblo, que rebosaba de júbilo y se deshacia en lágrimas de gozo y devoción ante aquel espectáculo tan consolador. La citada correspondencia de Nápoles, publicada en el «Diario de los debates,» referia aquel acto en los términos siguientes:

«El colegio que tenían ántes en Nápoles los jesuítas, se abrió el día de la Asuncion, y se hallan ya en posesion de él. El Rey quiso asistir en persona á la apertura de la iglesia, que ha tenido lugar aquel mismo día, y en la cual, segun él mismo ha confesado, no había tenido valor de entrar ni una vez siquiera después de la supresion de esta Compañía. Su Majestad ha dotado este colegio con una renta anual de 40.000 ducados. La Reina ha pagado tambien de sus propias rentas los muebles necesarios para el colegio, y se propone multiplicar todavía sus dádivas. Muchas ciudades y pueblos tienen tambien casas y rentas para la fundacion de nuevos colegios; y de todas partes los particulares les ofrecen muebles y dinero. Y lo más notable es el afan con que multitud de fieles se presentan á pedir la sotana.»

Y continúa diciendo: «Los nuevos Jesuítas son lo que eran los antiguos. Además de llevar el mismo nombre, el hábito mismo y la propia regla, los modernos van á ser formados por los antiguos que quedan todavía, por estos restos de Israel, que la Providencia parece haber conservado para que fuesen los depositarios del fuego sagrado y de las verdaderas tradiciones ó principios del Instituto. De suerte que no habiéndose interrumpido esta admirable cadena desde San Ignacio, puede decirse, que los nuevos Jesuítas son verdaderamente los sucesores de los antiguos, y que la Orden, sin ser tan extensa, no por eso carece de la misma perfeccion; identidad, que es tan preciosa como honrosa, que es á la par la garantía de su duracion, y el dique más poderoso para contener las pérfidas reformas que pudiesen meditar ciertos espíritus sistemáticos, la respuesta más decisiva á los asertos de sus enemigos, y el más noble triunfo que haya podido alcanzar contra los que injustamente provocaron su extincion.»

«Al restablecer la Compañía de Jesús sobre sus antiguas bases, y al derogar de hecho el breve de Clemente XIV, su virtuoso sucesor no pone en ninguna manera á la Santa Sede en contradiccion consigo misma. La necesidad hizo que se diese el breve de destruccion; la necesidad es asimismo la que hace que se promulgue el breve de restauracion: con la diferencia empero,

que la primera necesidad era hija del temor y de la violencia en que algunos hombres poderosos tenían á aquel desgraciado Pontífice, al cual obligaron á dispersar de una sola plumada á veinte mil operarios infatigables, que iban predicando y enseñando por las cuatro partes del mundo; y la necesidad del día es hija del tiempo y de la experiencia, que nos amaestra sobre las desgracias que han venido en pos de aquella época fatal, y sobre la necesidad de repararlas.»

«Esta necesidad, no lo dudamos, se hará sentir en los Estados católicos á medida que irán debilitándose los odios y las preveniciones, que el espíritu de partido se extinguirá en las desgracias comunes, que los soberanos abrirán los ojos sobre sus verdaderos intereses, que la impiedad se manifestará con nuevos excesos, y que el progreso de las costumbres depravadas convencerá á los espíritus más obcecados de esta verdad de Bacon, á saber: «que para educar á la juventud, no hay cosa mejor que las escuelas de los Jesuítas.»

Elocuente testimonio es este del espíritu que animaba á los miembros de la Compañía; y más aún lo demuestra el hecho que voy á referir. En número de 168 eran los ex-jesuítas esparcidos por las Dos Sicilias, de los cuales los más pasaban de sesenta años. Á la carta circular que en Abril el P. Angiolini les dirigió preguntándoles si estaban prontos á volver á la Compañía, solos tres, en vista de su avanzada edad y de sus achaques, dejaron de decidirse á responder á su llamamiento.

Tres días después de tomada posesion de la iglesia del colegio máximo, escribía el P. Angiolini la carta que aquí traslado. «Estoy,» dice, «fuera de mí de gozo al ver cómo el Señor prospera y bendice estos primeros pasos dados para el restablecimiento de la Compañía en estos reinos. El empeño de nuestros dos amabilísimos Soberanos crece cada día más, á medida que crecen los obstáculos, que naturalmente se atraviesan á la apertura de casas y colegios. El colegio máximo, mole vastísima, ocupada por diez departamentos, ó sea dependencias ú oficinas, y por la universidad de estudios, va á desocuparse con gran pron-

titud en consecuencia de la decidida voluntad del Rey significada en sus reales despachos. Quéjense las muchas familias que habitaban allí; pero se les procura proporcionar habitacion de balde en otros sitios.»

«El seminario de nobles, vastísimo también, pero arruinado en los años anteriores, volverá á su antigua grandeza: y fortísimos son los empeños de la primera nobleza que hacen con anticipacion para poner en él á sus hijos. Al entregar el Rey á la Compañía todos los bienes que nos pertenecieron y subsisten aún, juntamente con sus cargas, hizome saber por medio del delegado que podía tomar aquí en Nápoles y en el reino todos aquellos colegios y establecimientos que tuviera por conveniente. Así es que habiendo tenido nosotros en esta capital, á más de la casa profesá y el colegio máximo y el de nobles, otros dos importantísimos colegios en los dos extremos de la ciudad, el uno en *Chiaia* y el otro en el Mercado, llamado el *Carminiello*, ambos para la gente pobre, donde con escuelas y congregaciones se hacía gran bien y provecho; al punto los he ido á visitar uno y otro con el Señor delegado para ver si haciendo algun gasto estarán habitables.»

«Al aparecer en aquel sitio, es indecible el concurso de aquellos *lazzaroni* (*deseamisados*) y sencillos pescadores, que se me agruparon en derredor con ansia de verme y besarme manos y sotana. Me presentaban llorando á sus tiernos hijos, los cuales, como si me hubieran conocido siempre, me llamaban su padre; y los ancianos y ancianas, que habían conocido en efecto y oído en aquellos colegios á nuestros Padres, ¡qué bendiciones daban al cielo! «Viva,» decían, «nuestro rey, viva la reina, viva el Padre Santo, que nos han restituido á nuestros Padres. ¿Cuándo vendréis acá, Padres benditos?» Un corazón de piedra sería preciso tener para atajar las lágrimas presenciando estos desahogos de júbilo y de sincerísimo afecto. El señor delegado y algunos otros que me acompañaban, estaban aturdidos y atónitos al ver aquello; y «he aquí,» decían, «lo que eran los Jesuítas.» Bien presto la noticia de lo sucedido corrió por la ciudad con gran contenta-

miento de todos, pero señaladamente de los Soberanos, cuyo único anhelo es procurar el mayor bien de sus súbditos.»

«Bien puede V. R. conocer lo muy ocupado que me hallaré en estos momentos. No descanso ni de día ni de noche; estoy sitiado á toda hora de visitas de personajes, de recomendaciones, etc.; pero principalmente me ocupa la eleccion de los que con grandes y reiteradas instancias piden ser admitidos en la Compañía, y son párrocos, sacerdotes, clérigos, jóvenes de todas clases: de forma que en menos de doce días ascienden á ciento cincuenta los postulantes solo en Nápoles. No ya que todos se puedan ó deban admitir; pero dígolo para demostrar el ardor con que se dan muestras de aficion á la Compañía.....»

«Y no es aquí en Nápoles solamente donde resalta esta decision por nosotros, sino que es igual en todo el reino. ¡Cuántas súplicas de ciudades enteras llegan á mis manos para que abra sus antiguos colegios! ¡Cuántos empeños hacen por abrirlos de planta los que ántes no los tenían! Y estas súplicas se han presentado á S. M., el cual me deja toda la libertad para que haga y deshaga cuanto, segun nuestro Instituto, juzgare conveniente. — Nápoles 18 de Agosto de 1804 — CAYETANO ANGIOLINI, S. J.

Hasta aquí el P. Angiolini: en cuya carta se ve pintada la efervescencia universal de todo el reino, y su entusiasmo por los que llamaban sus padres; pues como á verdaderamente tales los reconocía el pueblo napolitano. Gentes de todas clases se agrupaban é iban tras ellos ansiosas de verlos y hablarlos; y no se oían en toda la ciudad sino voces de bendicion y gratitud á los monarcas, por haber dado cima á obra tan deseada. Los Superiores de las religiones fueron en persona ó mandaron comisiones á congratularse con los Padres, manifestándoles los más vivos sentimientos de amor y de afecto por tan señalado beneficio como les dispensaba la Providencia.

El único que en medio de tan entusiasta ovacion manifestaba, á pesar suyo, la pena escondida en el secreto de su alma, era el P. Pignatelli. La inminente disolucion de la Próvincia de Parma le había dado esperanzas de verse libre del cargo de Pro-

vincial y de poder ocuparse como simple particular en los ministerios con los prójimos, á los cuales tan inmenso campo se acababa de abrir. Pero una patente del P. Grüber, en que «poco después del Breve de Pío VII¹» le nombraba Superior de la nueva Provincia de Nápoles, desvaneció en un momento sus risueñas esperanzas.

¹ *Process. Rom.*, fol. 1179.



CAPITULO II

Santa vida del P. Pignatelli en el palacio de su hermana. — Alármase la corte de Madrid por la reposición de la Compañía en Nápoles. — Temores de los jesuitas. — Pasan al Jesús Viejo los PP. Angiolini y Pignatelli. — Medidas de la corte de España contra los jesuitas españoles de Nápoles. — Intrepidez del Siervo de Dios. — Carta del P. Mozzi. — El P. Angiolini en Roma. — El P. Panizzoni en Nápoles. — Ruidosa misión en la iglesia del Jesús Viejo y en otros templos. — Celo del P. José en oír confesiones. — La fiesta de San Francisco Javier. — Triduo de preparación. — Solemne instalación de los Padres en el Jesús Viejo el día de la fiesta con asistencia de Sus Majestades. — Cuidado que pone el Siervo de Dios en la edificación del pueblo. — Restauración de los estudios. — Concurso extraordinario. — Una curiosidad de la reina Carolina. — Enríquese la biblioteca.

1804 — 1805

El 9 de Setiembre dejó el P. José definitivamente el palacio de su hermana la condesa de la Acerra para vivir en compañía de sus hermanos. Santiago Caetani, capitán de fragata retirado, hermano del duque de Laurenzano, que había conocido al Venerable por mediación del general D. Francisco Pignatelli, en el proceso de Nápoles (fol. 689) habla extensamente de la mucha edificación que dio á todos el P. José durante los cuatro meses que residió en el palacio.

Ángela Pinto, antigua camarera de la señora condesa, her-

vincial y de poder ocuparse como simple particular en los ministerios con los prójimos, á los cuales tan inmenso campo se acababa de abrir. Pero una patente del P. Grüber, en que «poco después del Breve de Pío VII» le nombraba Superior de la nueva Provincia de Nápoles, desvaneció en un momento sus risueñas esperanzas.

¹ *Process. Rom.*, fol. 1179.



CAPITULO II

Santa vida del P. Pignatelli en el palacio de su hermana. — Alármase la corte de Madrid por la reposición de la Compañía en Nápoles. — Temores de los jesuítas. — Pasan al Jesús Viejo los PP. Angiolini y Pignatelli. — Medidas de la corte de España contra los jesuítas españoles de Nápoles. — Intrepidez del Siervo de Dios. — Carta del P. Mozzi. — El P. Angiolini en Roma. — El P. Panizzoni en Nápoles. — Ruidosa misión en la iglesia del Jesús Viejo y en otros templos. — Celo del P. José en oír confesiones. — La fiesta de San Francisco Javier. — Triduo de preparación. — Solemne instalación de los Padres en el Jesús Viejo el día de la fiesta con asistencia de Sus Majestades. — Cuidado que pone el Siervo de Dios en la edificación del pueblo. — Restauración de los estudios. — Concurso extraordinario. — Una curiosidad de la reina Carolina. — Enríquese la biblioteca.

1804 — 1805

El 9 de Setiembre dejó el P. José definitivamente el palacio de su hermana la condesa de la Acerra para vivir en compañía de sus hermanos. Santiago Caetani, capitán de fragata retirado, hermano del duque de Laurenzano, que había conocido al Venerable por mediación del general D. Francisco Pignatelli, en el proceso de Nápoles (fol. 689) habla extensamente de la mucha edificación que dio á todos el P. José durante los cuatro meses que residió en el palacio.

Ángela Pinto, antigua camarera de la señora condesa, her-

mana del Padre, deponer¹, y lo repite muchas veces, que el Venerable daba á su sobrina, la esposa del general D. Francisco, saludables consejos para el buen gobierno de su casa, encargándola que desterrase de sus criados la maledicencia, que tuviese con la debida separacion á los criados y á las sirvientas, y que no permitiese ciertas libertades entre ellos. Asegura que jamás el Padre admitió regalo alguno para su persona, mostrándose en este punto siempre inexorable. Exhortaba á la sobrina á que se levantase por la mañana temprano, á fin de que el sacerdote que iba diariamente á decirle la misa en la capilla del palacio, no tuviera que aguardarse². Solía reunir todas las personas de la servidumbre, que no bajaban de doscientas, y les hacía pláticas espirituales, exhortándolas á no ofender á Dios, é inculcándoles con gran ahínco la devoción á la Santísima Virgen. «Y estas exhortaciones,» dice³, «las hacía con caridad y con la sonrisa en los labios.»

Cuando esto deponía Ángela Pinto, contaba 60 años de edad. Hizo la declaracion el 18 de Enero de 1847, y refirió que el día ántes por la tarde estaba comiendo pan; y al engullirlo, se sintió herida la garganta con una espina, que la puso en peligro. Recurrió sin demora al Venerable y le invocó con estas palabras: «P. Pignatelli mío, no me dejéis morir así.» Al pronunciar esta súplica, le vino un golpe de tos, que le hizo sacar el bocado de pan con la espina, no dudando haber obtenido del Venerable aquella gracia. «Todos los de la familia,» concluye, «nos pusimos de rodillas y dimos gracias á Dios.»

Después que dejó de vivir en palacio, visitaba con frecuencia á su hermana, achacosa y enferma, que unía á este título el de ser insigne bienhechora de la Compañía. El ya mencionado administrador de los condes de la Acerra, Gregorio de Micillis,

¹ *Process. Neapol.*, fols. 1086, 1087 y 1088.

² *Ibid.*, fol. 1081.

³ *Ibid.*, fols. 1083-1084.

⁴ *Ibid.*, fol. 1089.

depone, que por razon de su oficio tuvo que proveer de camas y otros muebles á los compañeros del P. José; y que en manos de este ponía su hermana cuantiosas sumas de dinero, las cuales jamás administró el Venerable en nombre propio¹.

Otro empleado de la casa, Aniello Fatigati, natural de Acerra, dice que el Padre «era parco en el hablar, andaba siempre con los ojos bajos, ni una sola vez quiso quedarse á comer, é iba y volvía siempre á pie sin admitir el carruaje de la condesa. Cuando venía al jardín conmigo» añade, «me preguntaba por mis hijos, y me recomendaba que los vigilase.» Y termina así: «Venía al palacio, pero á los departamentos de la condesa madre, su hermana, la cual no tenía visitas; y nunca entraba en los de la condesa sobrina, casada con el Capitan General del ejército, D. Francisco Pignatelli².»

Creía el bueno de Fatigati que los jesuitas adivinaban qué números de la lotería habían de salir premiados, y que ellos eran los inventores de este juego. Como había oído decir en palacio que el P. José era el jefe de los jesuitas, alentado con la confianza que el trato familiar con el Padre le daba, dijole un día cómo él necesitaba trece ducados para vestir á sus hijos; y para obtenerlos pensaba tomar un billete de la lotería; y deseaba le indicase el número que debía tomar. Hízole gracia al Padre la simplicidad del criado: tomó una moneda, diola á un hijo de Aniello, diciéndole: «mañana, mañana.»

Al día siguiente volvió el Padre, y dióle doce ducados, para que con esta limosna vistiese á sus hijos. Tomólos el criado, y le dio las gracias; pero firme en su deseo de tomar el billete, le instó á que le dijera el número que debía pedir. El Padre con rostro algo grave le respondió estas solas palabras: «Estas cosas no se hacen³.» Esto refieren del P. Pignatelli los procesos con relacion á aquellos días de tan gratas impresiones. Pero veamos lo que ocurría fuera de Nápoles.

¹ *Process. Neapol.*, fol. 455.

² *Ibid.*, fol. 1059.

³ *Ibid.*, fol. 1060.

Grande alarma causó en los ministros del rey católico en Roma y en Madrid el restablecimiento de la Compañía en Nápoles y la explosión de entusiasmo con que fueron recibidos los Padres en este reino. Los jesuitas españoles de Roma se admiraban del valor del P. Pignatelli en arrostrar las iras del rey de España; y presentían nuevas calamidades para los de Nápoles.

Oigamos al P. Luengo¹, quien con su acostumbrada sencillez pinta el estado de las cosas en aquel reino. «Este furor,» dice, «de los ministros de Madrid, y de este de Roma, ya vino tarde para impedir la expedición del Breve, y aun para hacer que se revoque, se retire ó se deje sin efecto: pues nada de esto se puede hacer sin un sumo deshonor é ignominia de los Reyes de Nápoles. Acaso lograrán los ministros españoles, que la ejecución y restablecimiento se haga con más frialdad, y lentitud. Hasta ahora no se ve por defuera este efecto, aunque no es imposible que el no haber entrado algunos en un colegio la vigilia de la Asunción de Nuestra Señora, como pensaron y escribieron, provenga de esta novedad por parte de la corte de España.»

«Pero no se suspendió el orden del Rey de desocupar enteramente el colegio del Salvador, ó del Jesús viejo, trasladando á otra parte todas las oficinas reales que había en él; y estando ya enteramente desocupado, entraron á vivir en él como en casa propia el catorce de este mes de Setiembre el P. Cayetano Angiolini, (jesuita en la Rusia, y que aquí viene á hacer el oficio de Comisario para el restablecimiento de la Compañía en Nápoles,) y el P. José Pignatelli de la Provincia de Aragon, (que hacía ocultamente de Provincial de los asociados ó incorporados con los jesuitas de la Rusia, que viven en los convictorios del Parmesado, en esta casa del Jesús, y esparcidos en otras partes, y ahora empieza á hacer de Provincial en Nápoles, vestido de la ropa de jesuita y á cara descubierta,) y otros dos, uno sacerdote y otro coadjutor; y la primera noche que durmieron en el colegio

¹ *Diario*, Tomo 38, pág. 264 y siguientes.

les dio una magnífica cena el general Pignatelli, que es pariente del dicho P. Provincial.»

«Asentados los Superiores en la dicha casa, van recibiendo los que se presentan, y son dignos; y yo supongo, que han entrado prontamente algunos napolitanos, y de cierto se les ha reunido ya el P. Mozzi, que dirigia este Oratorio del Caravita, y en su lugar ha entrado otro jesuita italiano que estaba en Roma.»

«Todos en el día, Superiores y súbditos, están ocupados y propiamente afanados en disponer aquella gran casa al estado conveniente, para que sirva de colegio; y no será poca, ni de poco coste, la obra interior, que es necesario hacer, habiendo sido ántes necesariamente despedazada de muchos modos para colocar en ella muchas oficinas reales. Se les han entregado ya efectivamente las haciendas, que no se han enajenado, con la obligación de pagar las cargas de pensiones y otras semejantes, que tengan sobre sí; y parece que no son pocas las haciendas; pero su producto, por las dichas cargas, no será por algun tiempo muy grande, y para este año verisimilmente ninguno; pues sus frutos se han cogido y cogerán por los que las han tenido en arriendo, ó de otro modo, y las han cultivado.»

«Supongo que de parte del Rey se les dan algunos socorros para los gastos de las obras, y otras buenas limosnas han tenido de personas particulares; y todo es necesario; pues han de gastar en obras y en cien cosas necesarias para proveer las oficinas comunes y la habitación de los sujetos, y se han de mantener con alguna decencia.»

«Entretanto que en Nápoles van preparando esta gran casa, se van poniendo en movimiento para ir á habitar en ella varios jesuitas napolitanos, y otros italianos de otras provincias, y tambien se reúnen algunos españoles, viendo que Pignatelli, de familia tan conocida en la corte de España, no halla inconveniente en vestirse la ropa de jesuita y aun aparecer Provincial á vista del Ministro de Madrid en la misma corte de Nápoles..... Es poco verisímil, y aun lo tengo por imposible, segun el semblante

de la corte de España, que Pignatelli tenga expresa licencia del Rey para hacerse jesuita en Nápoles....»

«Con todo eso yo le disculpo; porque si los Reyes de Nápoles han tenido este empeño, como yo me persuado, de que se haga jesuita en su corte, y toman á su cuenta el disculparle para con los Reyes Católicos, era preciso condescender con Sus Majestades, esperando que con tales mediadores y abogados no tendría su resolución resulta alguna mala en la corte de Madrid. Pero no puede bastar este hecho de Pignatelli, al modo dicho, para que se crea que puedan los demás españoles hacerse jesuitas en Nápoles sin disgusto y resentimiento de la corte de España. Hasta ahora no se ve cosa alguna por parte de España, que pueda hacer acertada y prudente esta resolución de hacerse jesuitas en Nápoles. No obstante siendo tantos, y todos dueños de su libertad, no extrañaré que haya algunos que quieran hacerse jesuitas en Nápoles, y que efectivamente se hagan, si los Superiores Angiolini y Pignatelli quisiesen recibirlos.»

Muy pronto se cumplieron los temores del P. Luengo por los jesuitas españoles de Nápoles. Al saber los ministros de Carlos IV que varios de los súbditos de España habían vestido de nuevo la sotana de la Compañía, intimaron á todos los jesuitas españoles la prohibición de juntarse con sus hermanos en Nápoles so pena de ser, por el mero hecho, privados de la pensión por toda su vida, y además, de todos los derechos que les daba la calidad de súbditos españoles, declarándolos incapaces de poseer y heredar, y como extranjeros; por lo cual se borrarían sus nombres de los registros públicos.

Acudieron no pocos al P. Pignatelli, proponiéndole hacer una reclamación al rey contra orden tan injusta y tiránica, y aun contraria á los sentimientos de su real corazón; pues él mismo había dado su consentimiento al rey de Nápoles para la restauración de la Compañía en sus estados. Negóse á ello el P. Pignatelli; pues sabía perfectamente que no venía el golpe sino de los ministros de la corte de Madrid, y no de Carlos IV.

Veía también en esta disposición un medio para tantear el

espíritu de confianza en Dios, que animaba á los que pedían ser de nuevo admitidos en la Compañía: el cual espíritu se funda en la seguridad de que no faltará Dios á los que por su amor se desprenden de todo humano apoyo. Muchos fueron los que por no renunciar á aquel socorro en tiempos tan inseguros, desistieron de su primer propósito, no queriéndose privar de aquel único recurso para su mantenimiento; mas otros renunciaron á él con toda generosidad.

Todos ellos, juntamente con la insignia exterior, aparecieron informados también del interior espíritu de la Compañía, llenos de celo, de devoción, de caridad, y entregados sin reserva á la santificación propia y de sus prójimos.

Óigase en prueba de esto lo que escribe uno de ellos, el P. Luis Mozzi, en una carta del 28 de Octubre de 1804, dirigida á Doña María Antonia, hija del duque de Parma, y religiosa ursulina. «El Domingo,» dice, «á mediodía llegué aquí á Nápoles después de una misión hecha en Sora. Dejo á V. Alteza discurrir el gozo con que me he visto reunido con mis hermanos, y principalmente con mi querido P. Pignatelli, y la afabilidad con que me han acogido. Y ¿es cierto que Dios ha atendido finalmente á mis súplicas? ¿Soy por fin Jesuita otra vez, y en un colegio de la Compañía? Me apresuro á comunicar todo esto á Vuestra Alteza, para que me ayude á dar gracias al Señor y me alcance que sepa yo corresponder á tanta misericordia y revestirme del espíritu de la Compañía.»

«No sé qué será de mí en lo sucesivo; pues mi voluntad está en manos de los Superiores. Oigo decir que quieren siga dando misiones. Ruegue Vuestra Alteza á Dios para que sean fructuosas. Aquí no hemos empezado aún á trabajar, porque la iglesia no está todavía en nuestro poder, y la casa anda revuelta con la obra; pero ya estamos unidos y vestidos más de veinte, y todos los días se aguardan otros. Conviene que vengan nuevos reclutas, porque nosotros somos viejos. Ciertamente mis hermanos se encuentran animosos y con gran deseo de trabajar. Espero que *qui coepit opus, perficiet*. Siguen lloviendo peticiones de jesuitas

de todas partes; pero si se ha de dar gusto á tantos, hay que pedir á Dios que *mittat operarios*. El amable y querido P. Pignatelli es el alma de todo, y todo para todos.» Así el P. Mozzi desde los primeros días.

Á principios de Octubre pasó á Roma el P. Angiolini, llegando á aquella ciudad el día 5. Presentóse á Su Santidad, á quien entregó un riquísimo cáliz de oro, regalo de los reyes de Nápoles en agradecimiento al inestimable favor que acababa de dispensar á ellos y á su pueblo con la reposición de la Compañía. Dióle también las gracias de parte del P. General, Gabriel Grüber, por la expedición del Breve. El día 9 se trasladó Pío VII á Castelgandolfo. Fue allí el P. Angiolini el 22 ó 23 para tratar, según opina el P. Luengo¹, la cuestión de los privilegios concedidos á la Compañía por bulas posteriores á Paulo III y del valor de las Congregaciones Generales habidas después de San Ignacio.

Partióse para Nápoles el P. Angiolini el 26 del mismo mes de Octubre; durante el cual se deshizo el colegio de Viterbo, por no poder materialmente sustentarse los doce ex-jesuitas, que en él residían, siéndoles forzoso retirarse á Roma². Algunos de ellos se juntaron con los de Nápoles más adelante; pues por entonces no se creía prudente admitir á los españoles por temor de la corte. Algunos admitió el P. Angiolini como Procurador General; pero el P. José se resistía hasta que se declarase más la corte de Madrid.

El 2 de Noviembre, salió Pío VII de Roma para ir á consa-

¹ *Diario*, Tomo 38, pág. 297.

² *Id. ibid.*, pág. 287. De este colegio escribía el año anterior el Padre Luengo (*Diario*, Tomo 37, pág. 336.) que en él vivían tres ó cuatro jesuitas sicilianos, y que habían ido allá por entonces desde Roma siete Padres españoles, todos ó casi todos de los agregados, á los cuales se juntaron luego otros tres. Su rector era el P. José Doz. La causa de haberse reforzado este convictorio parece haber sido la decadencia del de Tívoli, «que con algunos estudios y ejercicio de ministerios,» continúa el P. Luengo (*ibid.*), «se ha conservado desde la extinción de la Compañía.» Decaía este convictorio por falta de sujetos italianos que vivieran en él.

grar en París al emperador Napoleon Bonaparte; y el siguiente día 3, pasaron por Roma en dirección á Nápoles doce jesuitas de Colorno, entre ellos el P. Panizzoni y dos novicios. Sintió grandemente su salida Moureau, gobernador francés, que no quería enajenarse los ánimos de los parmesanos: mostróse propicio á los Padres que quedaban en el estado, y mandó que ninguno saliera de su provincia sin autorización suya. Entonces se trató de que algunos otros de Bolonia y de las otras legacías fueran á Parma á ocupar el puesto de los doce que pasaron á Nápoles¹. Hicieron los novicios de Colorno el viaje en coche, y llegaron á Nápoles el 11 ó 12 de Noviembre².

Entretanto que la desocupación y reparo del colegio máximo iban llegando á su término, concertaron el P. Pignatelli y el rey que la instalación solemne de la Compañía en esta casa se hiciera con pública fiesta, para satisfacer la general devoción y alegría del pueblo napolitano. Señalóse para la celebración del acto el día 3 de Diciembre, fiesta de San Francisco Javier.

Deseoso el P. Pignatelli de que aquel memorable día quedara grabado en el corazón de los fieles, y fuese de provecho espiritual á las almas, dispuso que dos de los más elocuentes predicadores, los PP. Luis Mozzi y José Sartorio, predicasen una misión en la iglesia del colegio; y en otros barrios de la ciudad escogió templos capaces, y envió á cada uno de ellos operarios celosos que moviesen al pueblo á penitencia. Fue inmensa la multitud que acudió á estas misiones; y Sus Majestades con toda la corte se dignaron asistir varias veces á la iglesia del colegio con edificación de toda la ciudad.

Llenábanse de un modo particular los templos en las explicaciones del catecismo en lenguaje familiar adaptado á la gente ruda; explicación, que se fue continuando en adelante, y quedó establecida desde estas misiones. Fue muy copioso el fruto que de estas predicaciones se sacó: gran muchedumbre de fieles,

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 28, pág. 383.

² *Process. Rom.*, fol. 352.

tocados por la divina gracia, se convirtieron y redujeron á penitencia, después de haber estado treinta y más años envueltos en sus vicios y pecados con riesgo de su condenacion eterna.

El P. Jenaro María Cutinelli¹, hablando de la mision que se dio en el Carminiello, dice: «Tengo presente una escena brillante de pública piedad en la mision de Nápoles, que por orden del Venerable Siervo de Dios y con la bendicion del Ordinario se dio en la iglesia del Carminiello en el Mercado, en la cual yo mismo tomé parte entre el número de los catequistas, é hice los fervorines el día de la comunión.»

El P. José, con el corazón rebosando de alegría al ver avivarse en los fieles la fe, y convertida la ciudad en un trasunto de la primitiva iglesia, no pudo contener su celo y pasaba gran parte del día en el confesonario oyendo á los penitentes. Acercósele entre otros un pobre pescador, ya anciano, y llamándole á parte, le dijo: «Ya que vosotros habéis vuelto á Nápoles, vuelvo yo tambien á confesarme:» y refirió que en su juventud acostumbraba confesarse con los Padres de la Compañía, y que cuando los desterraron, se fue á otro confesor, el cual, oyéndole á medias, con aire algo duro y con tono así como de enfadado le despidió. «Mucho fue,» añadió, «lo que me enojé: y sin más ni menos le maldije, y prometí á San Jenaro no volverme á confesar hasta que volviessen los jesuitas á Nápoles: y aquí estoy pronto á cumplir mi palabra.» Al oír la relacion el buen Padre, con amoroso semblante empezó por darle á conocer suavemente su error y el peligro en que se había puesto de perder su alma para siempre; y animándole á que confiara en la misericordia de Dios, le exhortó á confesarse. Hizolo el buen pescador con tantas lágrimas y con expresiones de dolor tan vivo, que jamás pudo el P. Pignatelli recordar y referir aquel caso sin conmoverse.

Los efectos demostraron que la conversion había sido sincera; pues al despedirse del Padre, le dio mil gracias por su fina caridad, y «mañana,» le dijo, «traeré á mi mujer, que en

¹ *Process. Neapol.*, fol. 721.

lo tocante al alma está lo mismo, si no peor, que yo; y por suggestion mía no se ha confesado desde que se fueron los jesuitas: pero en lo sucesivo os prometo, Padre mío, mudar de vida y venir con mi mujer cada quince días.» Como lo prometió, lo cumplió en efecto; y cuando los dos supieron la expulsion de los Padres, fueron á confesarse con su P. Pignatelli, quien les dejó útiles documentos, y los recomendó á la direccion de uno de los que, por no estar comprendidos en el decreto, se quedaban en Nápoles.

No fue menor el celo que demostró con un penitente suyo, sacerdote, por nombre Francisco de Lucia¹, el cual atribuyó á particular providencia el haber topado con tan santo director. En él halló cuanto su alma podía desear, y se le aficionó tanto, que nunca le dejaba ni podía dejarle. «Con su direccion espiritual,» dice, «sentíame fuertemente atraído á amar á Dios y á vivir como convenia á mi estado sacerdotal; y él se consolaba en gran manera al ver que yo, ayudado de la gracia, secundaba sus esfuerzos..... Muchas veces en el acto de confesarme me preguntaba si me hacía escrúpulo tal y tal cosa: y realmente eran tales estas cosas que en mi corazón veía él, que aunque yo no las recordaba, ni si las recordara, sintiera de ellas escrúpulo; sin embargo al traérmelas él á la memoria, reparaba yo que en realidad eran cosas de las cuales debía tenerlo.» Añade el buen sacerdote, que el P. Pignatelli «era el sosten y el ojo derecho de la Compañía en Nápoles.»

Juan Caccionile, que de jovencito servía en la casa de los condes de la Acerra, y en ella había conocido al P. Pignatelli cuando fue á Nápoles el año de 1797, en que Juan solo tenía trece años, testifica que al reponerse la Compañía en Nápoles, él y algunos otros criados de la casa, le escogieron por confesor; y se deshace en alabanzas de la destreza con que el Padre los dirigía: se hace lenguas de los acertados consejos que les daba, y del celo activo é incansable con que se dedicaba á escuchar á los

¹ *Process. Neapol.*, fols. 759-765.

penitentes en el confesonario. Finalmente con esta ocasion se extiende en lo muy mortificado que era el Siervo de Dios, y confirma cuanto de sus asperezas deponen los demás testigos¹.

Pero continuemos nuestra historia. Aproximábase el día 3 de Diciembre, designado para la solemne y pública instalacion de los Padres en el colegio máximo. El día 4.º de Diciembre², antevíspera del Santo, terminada ya la mision, debía llevarse procesionalmente la estatua de San Francisco Javier desde la catedral al Jesús Viejo: sesenta jesuítas estaban allí para asistir á la procesion; mas sobrevino una lluvia tan abundante y continua, que no fue posible hacerla. La estatua, acompañada de los PP. Angiolini y Pignatelli, fue llevada en una carroza del rey á la iglesia del colegio.

Domingo, día 2, cantáronse visperas solemnísimas. La iglesia estuvo adornada con todo el primor y hermosura que fueron posibles. La música fue excelente, composicion de Paesiello, casi toda nueva y apropiada al objeto, compuesta por pura devocion del autor, quien no quiso admitir por ello retribucion ninguna. Fue tal la concurrencia, que el ayuntamiento, no pudo penetrar en la iglesia, teniendo que entrar por una puerta interior del colegio. A cierto punto de las visperas el presidente del senado ó ayuntamiento presentó al P. Angiolini, que hacía de preste, una hacha de cera, como parece se acostumbraba hacer ántes de la expulsion.

Llegó finalmente el día 3, fiesta de San Francisco Javier. Pasaban ya de ochenta los Padres y Hermanos que aquel día estaban allí reunidos. Por la mañana gran número de sacerdotes seculares acudieron á celebrar la santa misa en la iglesia. Los reyes, que se hallaban en el sitio de Caserta, vinieron de allí con toda la real familia á posta para asistir á la fiesta, cosa nunca vista: millares de fieles se acercaron á la sagrada comunión. Á la misa solemne asistieron tres cardenales, que á la

¹ *Process. Neapol.*, fol. 850 y siguientes.

² P. LUENGO, *Diario*, Tomo 38, pág. 341 y siguientes.

sazon se hallaban en la ciudad, celebrando uno de ellos de pontifical: el ayuntamiento quiso tambien honrar el acto con su asistencia. El predicador, P. Salvatore, derramó abundantes lágrimas, y su discurso las arrancó de los ojos del numeroso auditorio, que estaba pendiente de sus labios. La misa, composicion tambien del célebre Paesiello, fue cantada por veinte y cinco voces acompañadas de cincuenta instrumentos.

Por la tarde la corte, precedida de la tropa, se dirigió en carroza al templo, donde fue recibida por los ochenta Padres colocados en hileras. Se cantó un solemne *Te Deum*, durante el cual rebosaban de gozo y alegría los fieles, y más que todos las personas de la real familia. Después de la funcion, al salir el rey y al subir á su carroza, el pueblo en altas voces pidió á Su Majestad entregara á los Padres la iglesia del Jesús Nuevo, pues la del colegio no había podido contener el numeroso concurso aquel día. Debiendo el rey y su comitiva pasar por la plaza del Jesús Nuevo, el jefe de los *lazzaroni*, á quien pertenecía el templo, acompañado de muchos millares de los suyos, suplicó al monarca que al Jesús Nuevo añadiese el Carminiello, la otra iglesia construída por los *lazzaroni*.

Tal fue el entusiasmo de que dio muestras el pueblo de Nápoles en aquel venturoso día. Antes y después de la fiesta trataron los reyes con los jesuítas con particular cariño, satisfaccion y llaneza, en especial la reina, que no se cansaba de llamarlos hijos y de asegurarles que quería ser su madre. Tan solemne fiesta la celebró la comunidad con una comida, en que se sirvió poca cosa más que lo ordinario de cada día, sin permitir el P. Pignatelli que en la mesa se hablara. No faltaron entre los no incorporados quienes se ofendieran de esta conducta del Padre José: pero él, sin hacer caso de nadie, estaba firme en su propósito de fomentar desde los principios la más estricta observancia regular. Desde este tiempo fue más fácil en admitir españoles en la nueva provincia de Nápoles.

Desde que los Padres empezaron á ejercer públicamente los ministerios como jesuítas, procuró con mucho empeño que en

todo procediesen con grande modestia y edificacion. En el celebrar en público el santo sacrificio era en lo que mayor compostura y recogimiento exigía. «Cuando algun sacerdote secular,» dice Nicolás Ricciardi¹, «no edificaba en el celebrar, ora por precipitarse, ora por ser muy largo, le despedía sin admitir excusa de ningun género, como yo vi una vez. Y si algun Padre se entretenía demasiado tiempo, le mandaba decir la misa en la capilla doméstica.»

En esto, como en todo lo demás, el Venerable daba á todos ejemplo: porque cuando celebraba en público, aunque hacia larga y fervorosa preparacion, y después daba gracias por buen espacio de tiempo; mas no pasaba de media hora el que empleaba en la celebracion del santo sacrificio: y era cosa de grande edificacion ver el fervor, gravedad y recogimiento con que estaba en el altar², sin que en lo exterior mostrase singularidad ó afectacion.

Cuando quería soltar las riendas á su devocion, y gozar cumplidamente de los inefables consuelos con que el Señor le regalaba, recogíase á la capilla doméstica. Entonces «empleaba mucho tiempo en decir la misa,» dice Pablo del Gaudio³, «y la decía con tal fervor, que al alzar de la hostia y del cáliz, parecía levantarse de la tierra, como lo observé una vez que se la ayudaba.»

Parecidos á este eran los favores celestiales que recibía al visitar al Santísimo Sacramento, lo que practicaba muchas veces al día. «Una tarde,» dice Rafael Niola, á la sazón novicio⁴, «entre la oscuridad apenas iluminada por la débil luz que despedía la lámpara del Sacramento, observé distintamente cierto resplandor en el rostro del Venerable, que estaba arrodillado é inmóvil. Este su éxtasis,» añade, «me impresionó tan fuerte-

¹ *Process. Neapol.*, fol. 563.

² *Ibid.*, fols. 977, 1109 y 671.

³ *Ibid.*, fol. 966.

⁴ *Ibid.*, fol. 1028.

mente, que después de cuarenta años, que han trascurrido, conservó fresca la impresion en mi ánimo todos los momentos, con la misma viveza con que me impresionó entonces.»

Instalados ya por fin definitivamente los Padres en el colegio y trasladada la universidad á un sitio, llamado Monte Olivete, tomó muy á pechos el P. Pignatelli la restauracion de los estudios: para lo cual escogió los profesores más eminentes en ciencia y virtud, que formasen á los jóvenes no menos en las letras que en las cristianas costumbres.

Para lectores de teología escolástica fueron destinados los PP. Vicente Rossi y Roque Menchaca; para la teología moral el P. Ramon Aguirre, de ilustre nacimiento y no vulgar saber, que en la universidad de Pamplona y Valladolid había explicado teología con general aplauso; de la historia eclesiástica se encargó el P. Francisco Gustá¹, autor de muchos y muy eruditos volúmenes; de la lógica y metafísica el P. José González; de las matemáticas el P. Virgilio Cavina; de la física el P. Francisco Azpuru; y la prefectura general de estudios se confió al Padre Andrés Ferreira, portugués.

En las escuelas inferiores fueron maestros de retórica los PP. Melchor del Giúdice y Carlos del Balzo; y de humanidades el P. Ángel Mai². «Fijóse,» dice el P. Zalenski³, «el día 7 de Enero de 1805 para la apertura de las clases: solo trescientos pretendientes pudieron examinarse el primer día; y el tercero se contaron ya ochocientos admitidos; llegando luégo su número á mil quinientos, con más cincuenta, que por falta de local fueron excluidos.»

De la edificacion con que procedían los alumnos externos, es buen argumento el siguiente caso, que trae el P. Luengo.

¹ Así el P. BOERO. Segun el P. LUENGO fue uno de los dos profesores de teología escolástica. (*Diario*, Tomo 39, pág. 12.)

² Enseñaron tambien letras y gramática los Padres españoles Vicente Requeno, Manuel Arieta é Inocencio González. (P. LUENGO, lugar citado.)

³ *Los Jesuitas de la Rusia Blanca*, Tomo III, Lib. V, Cap. 1.

Dice así: «Una expresion, y más propiamente honesta curiosidad de la Reina, es una prueba segurísima de la extraordinaria impresion y casi pasmo, que ha causado en la gran corte de Nápoles aquel ejército de niños que ha acudido á aquel estudio nuevo del colegio del Salvador, y cierto aire de piedad y de modestia, que en tan corto tiempo le han sabido imprimir aquellos jesuitas. Tanto oía hablar la Reina de la multitud y compostura de aquellos estudianticos, que quiso verla por sí misma; y llevando consigo á su segundo hijo Leopoldo, se puso una mañana en tal sitio, que les vio desfilar cuando iban á la iglesia á oír misa, ó cuando volvían de ella: y tuvo un gusto particularísimo en ver que no le habian exagerado la cosa, y que era cierto todo lo que le habian dicho sobre este asunto, como ella misma lo aseguró á los Superiores¹.»

Los profesores del colegio formaron muy pronto una escogida biblioteca con el considerable número de volúmenes, que iban trayendo á Nápoles los Padres que se agregaban á la Compañía. «Solo el P. Roque Menchaca,» dice el P. Luengo², «llevó desde Bolonia cuarenta y dos cajones de libros, y su conduccion le costó más de trescientos duros. El P. Pignatelli llevó veinte y seis ó veinte y siete cajones: muchos de sus libros eran sumamente exquisitos y raros, y de gran valor y precio, los cuales se había hecho venir de Francia, Inglaterra y Alemania. Es de creer que otro tanto hizo el P. Juan Andrés: y todos los demás contribuyeron con sus librerías á la formacion de aquella rica biblioteca.» Esta conducta imitaban los demás jesuitas no agregados; los cuales al morir solían legar á los napolitanos no solamente sus librerías, sino tambien sus ahorros.

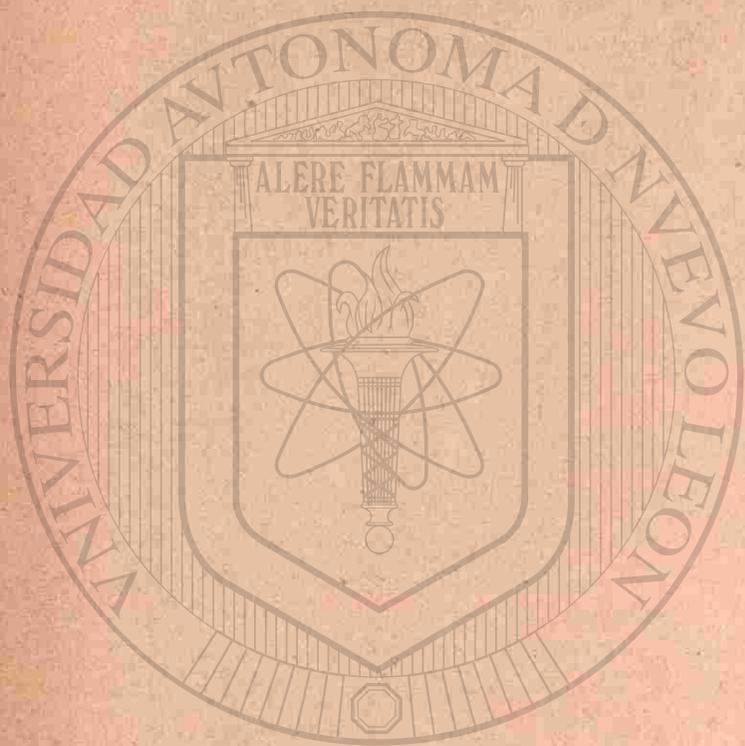
De la cuestion de las pensiones da cuenta el autor del Diario con estas palabras: «Se ha negado [la pension] ó suspendido por lo menos á seis ó siete que se han hecho jesuitas en Nápoles y cobraban la pension en Roma: y andan tan prevenidos en esto,

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 39, pág. 14. Día 15 de Enero 1805.

² *Diario*, Tomo 39, pág. 220.

que tenía en su mano D. Gabriel Duran, de quien recibimos la pension, lista de los que han ido á Nápoles, y aun de dos que no han ido todavía, si bien están determinados á partir presto; y al fin viéndoles presentes en Roma, se les dio la pension. Segun el tiempo que ha pasado desde que empezaron los españoles á hacerse jesuitas en Nápoles, pudiera haber venido orden ó instruccion de la corte de Madrid sobre este asunto. Pero no ha venido, como se entiende con toda evidencia por la resolucion del baron Capelleti, comisario en las Legacias, de dar la pension á los de su departamento, que se han venido á Nápoles; y protesta que se la irá dando como á los demás, mientras que de la corte no se le ordene lo contrario¹.»

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 39, pág. 3.



CAPÍTULO III

El P. Biasini¹ en Nápoles. — Ministerios durante la cuaresma. — Toma el Siervo de Dios especial cuidado de las cárceles. — Piden colegios en Sora, Bari y San Germano. — Envía el P. Pignatelli misioneros á los lugares de la comarca. — Tráele Dios una alma descarriada. — Proyectos de restauracion en Sicilia. — Espérase en Nápoles al Padre General Grüber. — Su trágica muerte. — Entrada de los Padres en Sicilia. — Entusiasmo con que se los recibe. — Dase principio á los ministerios en la casa profesa. — Observancia regular. — Fervor del Venerable en la novena de Pentecostés. — Eficacia de la obediencia.

1805

À principios de este año de 1805 llegó á Nápoles el insigne orador P. Biasini, ex-jesuita. Residió largo tiempo en la corte de Austria, en donde se hizo famoso por su arrebatadora elocuencia. Contó en Nápoles, que los emperadores de Alemania, al despedirse de ellos, le manifestaron los vivos deseos que tenían de llamar á su corte é imperio á la Compañía, á cuyo regreso manifestaron una furiosa oposicion los ministros².

El objeto del P. Biasini era agregarse á los jesuitas napolitanos, como efectivamente lo ejecutó; y el pretexto que tomó

¹ Otros escriben Biagini. En el Catálogo impreso en Roma en 1813, se escribe Biasini.

² P. LUENGO, *Diario*, Tomo 39, pág. 31.

para salir de Viena, fue el predicar la cuaresma en el Jesús Nuevo, que para principios de Marzo debían haber desocupado ya los Padres Conventuales, que en él moraban. Como esto no se hubiese verificado por ocultos manejos de los enemigos de la Campaña, y dichos Padres hubiesen comenzado su cuaresma en aquel templo, pidió la reina que la predicase el P. Biasini en su real capilla, y él no pudo negarse á ello¹. Predicóla en el Jesús Viejo el P. Carlucci; y en la catedral el P. Salvatore, que debía predicarla en el Jesús de Roma; pero el cardenal Ruffo le pidió y obtuvo para Nápoles².

Los tres predicadores de esta cuaresma de 1805 tuvieron numerosos auditorios, agradaron mucho, y merecieron particulares aplausos, como de predicadores de gran fama y de mucho fervor³. Los demás jesuitas, en número de ciento, se ocuparon en hacer misiones en las cárceles y en varias iglesias dentro y fuera de la ciudad, con tan buen suceso y con tanto fruto, que no bastaban para recogerlo en el confesonario todos ellos aun con una suma y constante aplicacion. Mostraban todos un ardiente fervor en enseñar la doctrina cristiana é instruir á todo género de gentes, aun al vulgo más grosero, y en excitarlos y moverlos á una verdadera conversion; y en muchos lo alcanzaron en efecto. Oprimido del trabajo de las misiones murió en la demanda el Padre Ligné, el primero de la Compañía resucitada en Nápoles que voló al cielo⁴.

Al cultivo de los presos destinó los jóvenes escolares, quienes acompañados de algunos Padres iban á consolar á aquellos desdichados, á instruirlos, administrarles los Santos Sacramentos y repartirles las copiosas limosnas que entre semana habían recogido los novicios y los hermanos de una cofradia establecida

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 39, pág. 44.

² *Id.*, *ibid.*, pág. 43.

³ Solía darse al cuaresmero de la capilla real 500 escudos de limosna. El P. Pignatelli de ningun modo quiso recibirlos. (*Process. Romano*, fol. 353.)

⁴ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 39, pág. 98.

al efecto. Los domingos se les llevaba la comida con más solemnidad aún que la acostumbrada en Colorno. Abría la procesion una bandera: seguía una tropa de escogidos jóvenes de las escuelas, de dos en dos, rezando devotamente el rosario y cantando las letanías de Maria Santísima: llevaban al lado á sus maestros, y detrás algunos Padres del colegio, que con la alforja al hombro recogían por el camino las limosnas que espontáneamente daban los fieles para los pobres presos; y nunca faltaba en aquella devota procesion el P. Provincial con la alforja al hombro y el rosario en la mano, quien solía llamar tanto la atencion, que personas de todas clases se agrupaban para verle, y decían sin poder contenerse: «¡Qué santo varon! ¡Es hermano de la condesa de la Acerra!»

Antonio di Cristóforo, napolitano, que cuando niño fue escolar y frecuentaba las clases del colegio, depone que muchas veces formó parte de la procesion, presidida por el Venerable P. Pignatelli, cuando se llevaba la comida á los presos de las cárceles. Llegada allá la procesion, «los jesuitas,» dice, «entraban, y nosotros, los estudiantes, nos retirábamos¹.» El mismo añade que solía autorizar el Padre con su presencia las academias de los escolares; y los días en que se confesaban, iba el Venerable á la iglesia á oír sus confesiones, no desdeñándose de este ministerio aun siendo Provincial, y desocupándose de otras al parecer más serias y graves ocupaciones para oír en confesion á los niños.

En estas idas á las cárceles sucedieron algunos casos, en que se mostraba la virtud del P. José. Sucedió en una ocasion que advirtiendo el Padre en dos de los maestros no sé qué señales de confusion y vergüenza; para animarlos con su ejemplo y reprimir toda tentacion en sus ánimos juveniles, adelantóse, tomó en la mano la bandera que guiaba la comitiva, y llevóla enarbolada hasta la misma cárcel.

Otra vez, yendo el Siervo de Dios con sus religiosos á la

¹ *Process. Neapol.*, fol. 961.

cárcel, cogióles en el camino un fuerte aguacero. El Padre, sin detenerse por la lluvia, tomó una de las ollas de sopa, y poniéndosela encima de la cabeza, echó á andar con paso ligero hacia la cárcel, á donde llegó todo empapado en agua, y decía: «La caridad no debe sufrir retardo.» Así lo depone Vicente Tucci, natural de Nápoles, que fue recibido para coadjutor en la Compañía por el P. José, y aplicado á la sacristía¹.

En aquel sitio solía escoger para sí el rincón más obscuro y la gente más abandonada. Instruía, consolaba, oía confesiones, y no salía de allí sin dejar mejorados y socorridos á los que le tocaban en suerte. Su caridad entrañable no le permitía ver las penas de su prójimo sin sentir las como propias; y así no cesaba de hacer vivas gestiones con los magistrados para aliviar la suerte de los pobres presos, á muchos de los cuales, que lo estaban por deudas, los libertó pagando ó saliendo fiador por ellos.

Supo que en la cárcel llamada «del criminal» estaban detenidos tres jóvenes y condenados á muerte por sus delitos; y al punto envió allá algunos Padres con orden que se remudasen y no los dejaran un instante solos; y no contento con esto, fue él mismo en persona, y con tanta vehemencia y ternura les habló de la bondad y misericordia divina y de la bienaventuranza eterna, que aquellos infelices, olvidándose del alimento material, que el buen Padre les había preparado, estaban pendientes de sus labios y satisfechos con sola la refección de sus almas. Aceptaron con resignación la muerte en descuento de sus culpas; ofrecieron á Dios la ignominia del suplicio; y colgados en la horca, murieron con extraordinarias señales de salvación y con inefable consuelo del P. Pignatelli, que acompañó sus almas con sacrificios y oraciones.

Al mismo tiempo que esto pasaba en la corte, varias ciudades de provincias instaban por que se les diesen jesuitas para encargarse de algunos colegios. El señor obispo de Sora daba tanta prisa, que á mediados de Marzo fue preciso enviarle un par de

¹ *Process. Neapol.*, fol. 671.

Padres que diesen principio al colegio de aquella ciudad. Otro tanto sucedió también con la de Bari, como escriben los Padres Boero y Luengo¹; y en los procesos formados en Nápoles² habla el P. Cutinelli del colegio de San Germano, que debió de abrirse por este tiempo. Á otras ciudades que pedían lo mismo, no fue posible satisfacerlas. Tuvieron, pues, que contentarse por entonces con que algunos Padres misioneros fuesen á predicarles y á avivar el fervor de su fe, que era lo único que en aquellas circunstancias podía hacer el P. Pignatelli.

Envió, pues, en varias ocasiones al P. Luis Mozzi con algunos otros celosos obreros á las ciudades y pueblos circunvecinos, para que con las santas misiones cultivasen á aquellas gentes segun su capacidad; y era de ver cómo á bandadas corrían de todas partes á escucharlos, y con tanto fruto, que sería difícil referir todo lo que obraron aquellos Padres en las misiones dadas una tras otra en Sora, en Pozzuolo, en Ischia, en Maddalona, en Aversa y en Capua. Baste decir, que esparcida la fama de mies tan abundante, muchos arzobispos y obispos de las más remotas provincias del reino escribieron cartas apretadisimas al P. Provincial Pignatelli pidiéndole un par siquiera de sujetos para trabajar en sus diócesis; y aunque no era posible satisfacer á tantos por el pronto, lograron lo que pretendían los prelados de Nola, de Salerno, de Acerra, de Bari y de Conversano, y en todos estos puntos recogieron admirable cosecha los misioneros.

Quiso el rey D. Fernando que una de aquellas apostólicas correrías se hiciese al sitio real de Caserta: asistió él varias veces con la corte á los sermones y ejercicios de mision, quedando tan satisfecho, que al concluirse, llamó á los misioneros, y dándoles infinitas gracias, les dijo que dos cosas le admiraban de nuevo, como ya le habían admirado en la corte: la primera, cómo hombres de edad avanzada y acostumbrados á vivir en libertad, se hubiesen vuelto á poner espontáneamente y tan de buen grado

¹ *Diario*, Tomo 29, pág. 58.

² *Process. Neapol.*, fol. 719.

bajo el yugo de la obediencia y disciplina religiosa, y á trabajar sin tregua ni descanso en tantos y tan varios ministerios; la segunda, cómo un pueblo que en tantos años no los había visto ni oído, conservaba tanta veneracion y respeto para con ellos, y daba muestras de quererlos tanto, y deseaba verlos y oírlos con tanto afán.

No tuvo la modestia de aquellos Padres más respuesta, que decir humildemente, que de lo primero era la causa el amor, el espíritu y la gracia de la vocacion; y de lo segundo, la bondad infinita de Dios, que tiene en su mano, y dirige y doblega como quiere, los corazones y voluntades de los hombres; y que por lo tanto á él solo había que agradecerlo y tributar por ello la gloria.

Así hablaron ellos; pero podían haber añadido que á quien, después de Dios, se debía tanto celo, era á la santa vida del P. Provincial Pignatelli, cuyo ejemplo estimulaba á ir siempre adelante en la vía del divino servicio. Puede con toda verdad decirse, que él en todos y con todos trabajaba; y no solo porque como Superior disponía y gobernaba todas las casas, mas tambien porque en cuanto lo consentían las ocupaciones de su cargo, tomaba parte en las fatigas y obras que se emprendían para bien de las almas. En los días de gran concurso, y siempre que para ello le buscaron, bajaba á confesar en la iglesia; y no fueron pocas las conversiones de pecadores empedernidos que el Señor se dignó obrar por medio del bendito Padre, en algunas de las cuales intervino operacion extraordinaria del cielo, como se ve en el siguiente caso.

Entró cierto día una persona en la iglesia; y poniéndose á mirar por los rincones, vio al P. Pignatelli en su confesonario: acercóse á él, y poniéndose de rodillas á sus pies, hizo una dolorosa confesion de las culpas cometidas durante muchos años, acompañándola con lágrimas y sentimientos de vivísima contricion. Terminada la confesion, y llorando todavía, dijo al Padre, que la causa de la conmocion que sentía, era el haberle iluminado el Señor la noche ántes, dándole á conocer el infeliz estado de su alma, y el habersele presentado después, no sabía si

en vision ó en sueños, un Padre de la Compañía, que por las facciones conocía ser el mismo con quien estaba hablando; y «sentí,» añade, «en lo interior de mi alma una voz que me decía: «Ve cuanto ántes en busca de aquel Padre, y encontrarás remedio de las hediondas llagas de tu conciencia.» Oyó todo esto el Siervo de Dios, y alabó la misericordia divina, animando mucho á aquel feliz penitente, quien desde entonces vivió bien bajo la direccion y con el auxilio del Padre.

No era menor que en Nápoles el ansia con que suspiraban por la Compañía los sicilianos. El rey había ordenado, que los bienes todavía no enajenados se restituyesen á las casas y colegios, que ya se estaban restaurando y habilitando para sus nuevos moradores, los antiguos dueños. Todo se iba ejecutando bajo la direccion del P. Francisco Maria Tomasi, que residía en Palermo, su patria, y á quien había encomendado el P. Pignatelli que agenciase lo prescrito por el rey. Fue menester gran paciencia y emplear mucho tiempo y gran madurez para llevar el negocio á cabo, por las muchas y graves contradicciones que se presentaron sucesivamente.

Estaban los palermitanos generalmente bien dispuestos á aceptar en su seno á la Compañía, y la deseaban con aquel amor y benevolencia, que les mereció siempre desde los días del Santo Padre Ignacio. Pero á algunas personas, que vivían cómoda y tranquilamente con los bienes ó casas de la antigua Compañía, por más que se les asegurase que serían indemnizadas, era muy natural que les doliese muchísimo el tener que soltar la presa y verla pasar á otras manos.

Doliale al P. Pignatelli en el alma el ver que por causa de la Compañía tuviesen que ser molestados los poseedores de los antiguos bienes, tanto más, cuanto que él ya había previsto lo que iba á suceder: sin embargo jamás dio en público la menor señal de que desaprobaba el parecer de los que sintieron lo contrario; ni aun siquiera mostraba satisfaccion, ni mucho menos vanidad; por ver cuán acertado fue su juicio; que en realidad se hubieran evitado todos estos inconvenientes, si se lo hubiese adoptado.

Mostróse firme el rey con los palermitanos; y con tan repetidos y apremiantes decretos urgía la ejecución de sus órdenes, que al fin se allanaron todos los obstáculos, se cerraron los capítulos de la fundación, y pudo el P. Tomasi entrar en posesión de la antiguo casa profesa y del seminario de nobles.

Las nuevas que llegaron á Rusia de los prósperos sucesos de Nápoles y Sicilia, inclinaron el ánimo del P. General Grüber á visitar aquellas Provincias. Así se lo escribió á los Padres napolitanos, notificándoles que aprovecharía el buen tiempo de la primavera para visitar á sus hermanos y conocer personalmente al P. Pignatelli, de quien se servía Dios como de instrumento para obrar aquellas maravillas, y finalmente para dar las debidas gracias á Sus Majestades y á Su Santidad por las pruebas de amor y benevolencia con que distinguían á la orden, cuya cabeza él era.

Es indescriptible el gozo que produjo en todos los Padres la promesa del P. General. Propagóse la noticia con suma rapidez por toda la ciudad, y no se hablaba de otra cosa entre los de la Compañía y sus amigos y bienhechores. Ya se estaba aguardando de un momento á otro la carta, en que se diese el aviso de su próxima llegada, cuando se recibió otra con bien diverso contenido, en que se anunciaba su muerte, que casi pudo llamarse repentina.

El hecho sucedió de esta manera. La noche del 25 al 26 de Marzo de este año de 1805 apenas había comenzado á dormir el P. Grüber, sintió suma dificultad en la respiración. Atribuyóla en un principio á un ataque de asma, enfermedad que desde muchos años padecía. Mas luego advirtió un olor desagradable, y una humareda que le hizo sospechar se había pegado fuego en la casa. Levántase azorado, vistese, corre á la antecámara, donde dormía un criado destinado á su servicio. Este por descuido se había dormido sin apagar una vela que dejó ardiendo sobre la silla: cayó la vela: prendióse fuego en la silla, y de ella pasó á los otros muebles.

El P. Grüber, que en medio de los mayores peligros conser-

vaba la serenidad, tuvo siempre un horror instintivo al incendio. Despertó al joven, pidió auxilio, y por más que los que acudieron le rogaban se retirase, quiso estar presente á la extinción del incendio hasta que el fuego estuvo completamente apagado, lo cual no se consiguió hasta la una de la noche. Afectóle sumamente aquella impresión de horror y le debilitó mucho el trabajo: respiraba con tal dificultad, que su secretario el Padre Tadeo Brzozowski, advirtiendo en el rostro del Padre una palidez de muerte, mandó llamar á toda prisa el facultativo. No había este llegado aún; cuando el General con voz apenas inteligible dijo al P. Secretario: «Déme, Padre, la absolución, que me muero:» y á poco rato, sin perder nada de la serenidad de su espíritu, entregó su alma á Dios pronunciando los dulces nombres de Jesús y de María.

Quedó consternada la comunidad, cuando por la mañana al levantarse tuvo noticia del triste y lamentable suceso ocurrido en aquella noche. En San Petersburgo el dolor y el asombro fue general, mayormente entre la clase elevada. Un rico mercader, Sr. Pierling, ofreció al difunto Padre en testimonio de afecto una riquísima corona mortuoria. Durante los funerales fue tanta la afluencia de la aristocracia á la iglesia de los católicos, que los sacerdotes á duras penas pudieron abrirse paso para llegar al altar, y fue preciso cerrar las puertas para impedir la entrada¹.

Al mismo tiempo que en Rusia moría el P. General, en Nápoles salía una expedición para Sicilia, de donde había escrito el P. Tomasi al P. Provincial Pignatelli, que ya había tomado posesión de la casa profesa y del colegio de nobles, como ántes se ha indicado. Diez y siete eran los Padres sicilianos que habían sobrevivido á la supresión de la Compañía; y estos, reunidos de antemano en Nápoles, salieron con otros dieciséis para Palermo á fines de Marzo de 1805 en compañía del P. Angiolini. No bien llegaron á alta mar, se desencadenó de repente un viento de proa tan furioso, que obligó al jabeque siciliano, en que iban,

¹ P. ROZAVEN, pág. 164. P. ZALENSKI, Tomo II, Lib. V, Cap. II.

á retroceder hacia el puerto, en donde entraron el día siguiente. Llegó á noticia del rey la vuelta de los Padres; y mientras pensaban estos fletar otro buque de mayor porte, mandó el rey que se aparejase para transportarlos la real fragata *Sibila*. Por este nuevo favor fue el P. Angiolini á dar gracias á S. M. en el sitio real de Pórtici, donde residía, siendo amorosa y cordialmente acogido. La reina le hizo entregar una carta autógrafa para el general Acton, en que le recomendaba con toda eficacia el negocio del restablecimiento de la Compañía de Jesús en Sicilia.

Esta carta comendaticia de la reina para el general Acton iba acompañada de una esquila muy cariñosa al P. Angiolini del tenor siguiente: «Padre Angiolini. — Al mismo tiempo que os deseo feliz viaje, detencion gustosa y pronta vuelta, os envío una mía para el general Acton, en la cual le recomiendo con toda eficacia vuestros negocios. Le hablo de mi gran estimacion de vuestro Instituto, de vuestros hermanos y de vuestra persona. Os envío tambien la carta para vuestro P. General. Adiós. Os deseo feliz viaje y volver á veros presto en Nápoles; y creedme, que soy con verdadero y eterno aprecio vuestra respetuosísima afecta — CAROLINA.» Parece verdaderamente que se olvida Su Majestad de que es reina, segun es la ternura, cordialidad y familiaridad con que trata al Padre¹.

El día 17 de Abril se embarcaron de nuevo los Padres en la real fragata; y en menos de dos días anclaron en el puerto de Palermo, á donde les habia precedido la noticia del arribo y los aguardaba un gentío inmenso. De las demostraciones de afecto con que fueron recibidos los Padres en Palermo, hace una sucinta reseña el P. Angiolini en carta de 2 de Mayo, que dice así:

«Á 30 del pasado Abril con una comitiva de treinta y tres de los nuestros aporté á Palermo con una felicísima navegacion en la fragata real la *Sibila*, y á expensas de S. M. Mucho ántes debía haberme trasladado acá para la fundacion de estos cole-

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 39, pág. 108.

gios; mas detuviéronme las urgentísimas ocupaciones de Nápoles, y no fue posible abandonar tan pronto aquellos domicilios.»

«Acogiéronnos aquí con un trasporte y unas demostraciones de júbilo, que rayan en lo increíble: apenas podíamos penetrar por entre las turbas á los coches, que estos afectísimos señores habían traído á la playa, para conducirnos y acompañarnos á la casa profesa. ¡Cuántas bendiciones á Dios y al rey se elevaban hacia el cielo! «Viva Jesús, viva la fe,» eran los gritos que más se oían por todo el camino. Todas las órdenes religiosas en corporacion, todos los gremios de sacerdotes y seculares han venido á darme el parabien y visitarme, como tambien tres obispos que aquí se hallaban, y varios magistrados, y el mismo virrey, señor de bellissimo corazon, el cual me dijo: «Yo tuve la desgracia de tener que ejecutar la expulsion; y ahora tengo el inmenso gusto de recibir yo mismo á los mismos sujetos entre las aclamaciones y fiestas de todo el reino.»

«Apenas divulgada por Palermo la noticia de nuestro arribo, las principales ciudades del reino han expedido sus diputados y escrito cartas apremiantes para lograr tambien ellos la Compañía. Al momento se ha empezado á predicar en los días de costumbre en otros tiempos; y el vastísimo templo de la casa profesa casi no puede contener el número de personas, cada día creciente, de los pueblos circunvecinos, que acuden á confesarse con los jesuítas. Es este un espectáculo no interrumpido de ternura, que no lo he visto igual en mi vida. Tres casas tenemos ya: la casa profesa, el colegio máximo y el seminario de nobles; somos sesenta sujetos; pero el Señor nos va enviando candidatos escogidos y de un mérito particular, etc. — Palermo, 2 de Mayo de 1805. — CAYETANO ANGIOLINI, S. J.»

Sobre el mismo asunto da pormenores más detallados y muy edificativos la siguiente carta del P. Ignacio Amaya escrita desde Bolonia á una religiosa de la Visitacion de Módena.

«Á pesar,» dice, «de mi largo silencio no he echado en olvido el honroso y agradable compromiso que con V. contraí el día que tuve el gusto de conocerla, de darle noticia de todo lo más

notable que fuese ocurriendo en nuestros negocios; y mal podría olvidarlo, cuando lo tengo por un señalado favor que V. me dispensa.»

«Días ha que sabemos la traslación de muchos sujetos desde el colegio de Nápoles al de Palermo y la cordial acogida que les han hecho aquellos señores palermitanos; pero tratando de informar á V., no he querido hacerlo sino cuando tuviese carta circunstanciada de alguno de allá, que me alejase del peligro de decir más de lo justo, lo que es muy fácil cuando se trata de referir cosas que agradan. Hoy que tengo noticias fidedignas por carta dirigida al cardenal Valenti Gonzaga, que se la ha dado á leer á uno de los nuestros, voy á decir á V. lo siguiente.»

«Se embarcaron el 29 de Abril hacia el anochecer treinta y cuatro jesuitas en un buque de guerra de S. M., cuyo capitán es el Sr. Acuña, español generoso, que los trató muy magníficamente todo el tiempo que duró el pasaje. Quería este señor darles una comida el día del desembarco; pero no lo consintió el P. Tomasi, que por la mañana muy temprano fue á visitarlos desde Palermo. En los dos días que duró el viaje se ocuparon los Padres en dar una misión y en oír las confesiones de los marineros y de cuantos quisieron aprovecharse de aquella coyuntura; y fue una bendición de Dios ver el buque convertido en casa de oración, siendo, como era, ántes una sentina de juramentos y blasfemias.»

«Cuando comenzó el desembarco, en el puerto y la playa había un diluvio de gentes y coches de los señores de Palermo, que á porfía corrieron á recibirlos apenas circuló la noticia del arribo. Todos fueron conducidos en dichos carruajes desde el puerto á la ciudad, que dista de él un par de millas, seguidos de mucha gente á pie, y que á voz en grito iba diciendo: «Viva la fe de Jesucristo, viva la religion católica, viva la Compañía, viva el rey.» Lloraban los jesuitas, lloraba la gente, y hasta la de mar, inconsolable porque perdía á sus compañeros de viaje y sus misioneros. Fue tanta la conmoción de esta gente, que uno de los oficiales de guardia exclamó atónito muchas

veces: «¡Esta sí que es religion! ¡oh qué religion! ¡oh que religion tan santa!»

«El P. Goya¹, uno de los dos españoles que estaban en su compañía, y que en el momento de desembarcar se ocupaba en oír una confesion en lugar apartado, ni advirtió que los demás saltaban en tierra, ni nadie en aquella confusion se acordó de avisárselo. Terminada la confesion, saltó tambien él, y rehusando el cortés ofrecimiento de un calesero que pretendía llevarle de balde á la casa profesa, quiso ir á pie, y le acompañaron como unas cincuenta personas que quedaban aún en el muelle: y cuando llegó á dicha casa, no pudo penetrar por la puerta, y tuvo que ir por la iglesia, cuya sacristía, apenas entró en ella, se cerró por dentro para impedir que tras él penetrara á pelotones la gente.»

«La casa profesa estaba inundada de las personas más ilustres de la ciudad, príncipes, duques, marqueses, canónigos, y todos los Superiores de las órdenes religiosas; y el último que llegó fue el Arzobispo, y se mostró tan conmovido al ver aquel público aplauso, que sin dar tiempo á que el P. Angiolini, jefe de la expedición, pidiese á Su Señoría Ilustrísima las facultades y licencias de predicar, confesar, etc., se las concedió todas, añadiendo las de casos reservados, y diciendo que esperaba de aquellos Padres la santificación de su pueblo. Las religiosas, que personalmente no podían visitar á los Padres, enviaron sus recados y regalillos, que sirvieron de un poco de sosten y refrigerio á los mismos, que aquel día comieron muy tarde. El P. Angiolini no pudo excusarse de ir á comer el día siguiente con el general Acton.»

«Mucho hay allí que trabajar, y los sujetos no bastan para Palermo. Tambien Messina los pide, y su pretension es muy

¹ El P. Pedro Goya fue natural de Azauza, en Navarra. Nació en 6 de Abril de 1741; entró en la Compañía en 25 de Octubre de 1760; hizo la profesion á 25 de Mayo de 1806, y murió en Loyola á 21 de Febrero de 1821.

justa, porque la mayor parte de las rentas procede de aquella ciudad, y en ella está el noviciado, intacto hasta el día de hoy. Esto es cuanto en dicha carta se contiene. — Bolonia, 15 de Junio de 1805.»

No paró aquí el afecto y entusiasmo de Palermo por la vuelta de sus venerados Padres á aquella isla. En los días siguientes creció incomparablemente el concurso de toda clase de personas: los principales de la población, los Superiores del clero, así secular como regular, las autoridades y la nobleza, todos á porfía volaban á ver á los Padres y darles el parabien por el feliz arribo á Palermo.

Mas el espectáculo verdaderamente admirable tuvo lugar cuando se dio principio en la iglesia de la casa profesa á los ministerios con una tanda de ejercicios espirituales. Acudió en tropel el pueblo; y el fruto correspondió á la concurrencia, como se vio en el número prodigioso de gentes que se acercaron á los Santos Sacramentos de confesion y comunión en el último día, que fue el de Pentecostés. Terminóse la función con una solemne acción de gracias á Dios, á la que asistieron en pompa solemne el señor Arzobispo, el virrey, el juez del reino, los presidentes de los tribunales y la nobleza con numeroso concurso del pueblo.

Todas estas cosas animaban á los Padres á expender sus fuerzas y trabajos en pro de las almas; y aunque la mayor parte de ellos eran ya ancianos y achacosos, siempre estaban prestos á trabajar sin tregua ni descanso en escuelas, púlpito y toda suerte de ministerios. Así fue que el P. Tomasi, Superior, pudo escribir al P. Pignatelli en estos términos: «Como Superior de esta casa profesa tengo motivo de gran satisfaccion y consuelo, cuando veo á estos respetabilísimos adre, que aunque decrepitos y privados de los medios y comodidades á que han renunciado por reunirse á la Compañía, son incansables en los ministerios, exactos en la regular observancia, y tan estrechamente los tiene unidos la caridad y el amor recíproco, que cuando queda un poco de tiempo libre y estamos todos juntos, cualquiera puede

echar de ver que aquí reina, á Dios gracias, la amistad más envidiable y sincera.»

Así el P. Tomasi, sin sospechar indudablemente que tal vez era el P. Pignatelli á quien más parte cabía, después de Dios, en aquellos tan patentes prodigios de la gracia. Era cosa averiguada, que cuando el Siervo de Dios pedía al cielo algun favor extraordinario, acompañaba la súplica con particulares maceraciones. Y ahora se observó que durante toda la novena de Pentecostés se azotó tan reciamente cada noche, que quien vivía pared por medio, oyendo el ruido de los golpes, estuvo para levantarse varias veces é ir á hacer que suspendiese tan espantosa carnicería.

Y no era únicamente con instrumentos ruidosos como se martirizaba el Siervo de Dios; sino que adoptaba otros arbitrios que con menor estrépito mortificaban con mayor crueldad. Entró en su aposento un criado de la casa, mientras el Padre estaba fuera, y quiso hacerle la cama; y al levantar el colchon, vio las tablas erizadas de puntas de hierro; y fue tal el espanto que le causó aquella vista, que sin pasar adelante, puso la cama como la había hallado, y se salió del cuarto, temiendo que llegase el Siervo de Dios y le sorprendiera en aquella operación.

Que la santidad del P. Pignatelli diese eficacia y vida, y atrajese sobre los ministerios de los Padres las bendiciones de Dios, era cosa á todos conocida, y lo prueba el caso siguiente. Enfermó de súbito en Nápoles un Padre que debía predicar en la iglesia del colegio el penúltimo viernes de cuaresma, y nadie se acordó de encargar el sermón á otro, hasta que ya estaba el templo atestado de gente aguardándolo. Avisado de esto el Padre José, baja con prisa al atrio de las escuelas, llama al P. Fortis, que era prefecto de ellas, y le participa su deseo de que supliese por el predicador. Mientras el buen Padre alegaba modestamente sus razones para librarse de aquel compromiso y ambos iban paso á paso hacia la sacristía, sale otro Padre diciendo que ya era hora de subir al púlpito.

Entonces el P. Fortis, por ventura acordándose de lo que en

semejante ocasion le pasó en Colorno, volvióse al P. Provincial, y le dijo: «Rece V. R. una *Ave Maria*, y yo *in verbo tuo laxabo rete.*» Prometióselo el Siervo de Dios, y se lo cumplió. «Yo no tuve más tiempo,» dice el P. Fortis, «que para ponerme el roquete, y mientras tanto abrir el misal para leer un texto sobre qué hablar. Topé con el evangelio de la fiesta de los Dolores, que se celebraba aquel día, y sin mas subi al púlpito. Qué me hice yo allí ó qué dije, no lo sé. Sé que hablé con facilidad y soltura; sé que empecé por las primeras palabras que me vinieron á la cabeza y á la lengua; sé que durante el exordio pensaba en los puntos que había de proponer, y que me ocurrieron muy á propósito; sé que mientras exponía y declaraba un punto, estaba digiriendo y ordenando lo que tenía que decir en el otro; sé que no encontraba dificultad en probar las proposiciones, enlazar los argumentos, y adornarlos y ponerlos en buena luz y en su punto de vista; sé que hablé por tres cuartos de hora sin rozarme poco ni mucho; y sé finalmente que terminado mi discurso, me retiré corrido y algo mohino á mi aposento.»

En estos términos se expresa el P. Fortis, cuyo sermón fue tan del agrado de sus oyentes, que en seguida todos los Padres fueron á darle el parabien y hacer el elogio de un sermón, que «pudiera pasar,» decían ellos, «por modelo del arte oratoria y obra maestra de vigorosa elocuencia.» «Si así es,» dijo al oírlos el P. Fortis, «atribuidlo al P. Provincial con su *Ave Maria*, y á su mandato y confianza en Dios; que lo que es yo ni sé lo que he dicho ni cómo lo he dicho.» De estos casos pudiera referir aquí bastantes, si no temiera molestar al lector por la semejanza que tienen unos con otros. Bastará concluir con lo que muchos atestiguan con juramento, y es, que no pocas veces los súbditos pudieron hacer cosas superiores á las propias fuerzas, y lo debieron á los merecimientos del P. José y á la prontitud en obedecerle.

CAPÍTULO IV

Promueve el Siervo de Dios la causa de beatificación del P. Francisco de Jerónimo. — Adquisición de la casa profesa ó Jesús Nuevo. — Instálase en ella el P. Pignatelli. — Congregación Provincial. — Exequias del P. General Grüber. — Plantea la vida común en toda su pureza. — Predice al P. Fortis un suceso futuro. — Establece la pobreza con gran perfección. — Anuncia un grave castigo. — Terremoto del 25 de Julio. — Caso sucedido con el H. Grassi. — Solícita caridad del Venerable. — Frutos espirituales del terrible azote. — Daños materiales en los edificios. — Magnanimidad del Siervo de Dios. — La fiesta de San Ignacio. — Regalos de los reyes y de la condesa de la Acerra.

1805

Apenas empezó á revivir en Nápoles la Compañía, puso el P. Pignatelli los ojos en activar la causa de beatificación del apóstol de aquel reino, el Venerable P. Francisco de Jerónimo, la cual había estado suspendida y abandonada desde el destierro de la Compañía de Nápoles. Al efecto nombró Postulador en la causa al P. Muzzarelli, que vivía en la casa del Jesús en Roma, y era teólogo de la Penitenciaría¹.

Dio el P. Pignatelli tal calor á este asunto, que el último día de Abril de este año de 1805 tuvo la satisfacción de ver ocuparse en él la Sagrada Congregación de Ritos. «Ayer, 30 de

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 39, pág. 103.

semejante ocasion le pasó en Colorno, volvióse al P. Provincial, y le dijo: «Rece V. R. una *Ave Maria*, y yo *in verbo tuo laxabo rete.*» Prometióselo el Siervo de Dios, y se lo cumplió. «Yo no tuve más tiempo,» dice el P. Fortis, «que para ponerme el roquete, y mientras tanto abrir el misal para leer un texto sobre qué hablar. Topé con el evangelio de la fiesta de los Dolores, que se celebraba aquel día, y sin mas subi al púlpito. Qué me hice yo allí ó qué dije, no lo sé. Sé que hablé con facilidad y soltura; sé que empecé por las primeras palabras que me vinieron á la cabeza y á la lengua; sé que durante el exordio pensaba en los puntos que había de proponer, y que me ocurrieron muy á propósito; sé que mientras exponía y declaraba un punto, estaba digiriendo y ordenando lo que tenía que decir en el otro; sé que no encontraba dificultad en probar las proposiciones, enlazar los argumentos, y adornarlos y ponerlos en buena luz y en su punto de vista; sé que hablé por tres cuartos de hora sin rozarme poco ni mucho; y sé finalmente que terminado mi discurso, me retiré corrido y algo mohino á mi aposento.»

En estos términos se expresa el P. Fortis, cuyo sermón fue tan del agrado de sus oyentes, que en seguida todos los Padres fueron á darle el parabien y hacer el elogio de un sermón, que «pudiera pasar,» decían ellos, «por modelo del arte oratoria y obra maestra de vigorosa elocuencia.» «Si así es,» dijo al oírlos el P. Fortis, «atribuidlo al P. Provincial con su *Ave Maria*, y á su mandato y confianza en Dios; que lo que es yo ni sé lo que he dicho ni cómo lo he dicho.» De estos casos pudiera referir aquí bastantes, si no temiera molestar al lector por la semejanza que tienen unos con otros. Bastará concluir con lo que muchos atestiguan con juramento, y es, que no pocas veces los súbditos pudieron hacer cosas superiores á las propias fuerzas, y lo debieron á los merecimientos del P. José y á la prontitud en obedecerle.

CAPÍTULO IV

Promueve el Siervo de Dios la causa de beatificación del P. Francisco de Jerónimo. — Adquisición de la casa profesa ó Jesús Nuevo. — Instálase en ella el P. Pignatelli. — Congregación Provincial. — Exequias del P. General Grüber. — Plantea la vida común en toda su pureza. — Predice al P. Fortis un suceso futuro. — Establece la pobreza con gran perfección. — Anuncia un grave castigo. — Terremoto del 25 de Julio. — Caso sucedido con el H. Grassi. — Solícita caridad del Venerable. — Frutos espirituales del terrible azote. — Daños materiales en los edificios. — Magnanimidad del Siervo de Dios. — La fiesta de San Ignacio. — Regalos de los reyes y de la condesa de la Acerra.

1805

Apenas empezó á revivir en Nápoles la Compañía, puso el P. Pignatelli los ojos en activar la causa de beatificación del apóstol de aquel reino, el Venerable P. Francisco de Jerónimo, la cual había estado suspendida y abandonada desde el destierro de la Compañía de Nápoles. Al efecto nombró Postulador en la causa al P. Muzzarelli, que vivía en la casa del Jesús en Roma, y era teólogo de la Penitenciaría¹.

Dio el P. Pignatelli tal calor á este asunto, que el último día de Abril de este año de 1805 tuvo la satisfacción de ver ocuparse en él la Sagrada Congregación de Ritos. «Ayer, 30 de

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 39, pág. 103.

Abril,» escribe el P. Luengo, «se tuvo delante del cardenal Julio de la Somaglia, Prefecto de la Congregacion de Ritos, la congregacion segunda ó preparatoria sobre los milagros en la causa de la beatificacion del V. P. Francisco de Jerónimo de la Compañía de Jesús¹.» Y luego hace constar, que premió el V. Padre Francisco á su devoto siervo el P. Pignatelli con la adquisicion de la casa profesa, que obtuvo en realidad el día siguiente, primero de Mayo, desapareciendo como por encanto los estorbos humanamente insuperables, que hasta entonces se habian ofrecido.

El H. Lorenzo Rossi, en aquella sazón novicio en Nápoles, hace constar que los antiguos moradores dejaron aquella casa completamente desmantelada: y pudo saberlo bien, porque fue señalado por el P. Pignatelli para amueblarla². Dos meses fueron necesarios para las reparaciones del edificio: y entretanto que se acomodaba á su nuevo destino, iban los Padres desde el colegio á decir misa y confesar en la iglesia del Jesús Nuevo ó casa profesa³. El número de penitentes que acudia á confesarse iba creciendo cada día más. El P. Pignatelli, deseoso de dar á los ministerios espirituales en bien de los prójimos todo el esplendor posible, iba llamando de los colegios los más graves y doctos operarios que halló disponibles para reunirlos en la casa profesa; y se trasladaron á ella en el momento en que pudo ser habitada.

Desde principios de Julio vivían ya en ella treinta sacerdotes enteramente dedicados á los ministerios de confesar y predicar en la iglesia, en cárceles y hospitales; entre ellos había ocho ó nueve españoles; el Superior era el mismo Provincial P. Pignatelli; el P. Diego Goitia era Prefecto de la iglesia⁴; como biblio-

¹ *Diario*, Tomo 39, pág. 103.

² *Process. Neapol.*, fol. 204.

³ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 39, pág. 110.

⁴ Fue natural de Aulestia en Vizcaya. Nació en 28 de Noviembre de 1739: entró en la Compañía el 19 de Setiembre de 1758: hizo la profesion en 10 de Octubre de 1814, y murió en Loyola á 3 de Octubre de 1829.

tecarío se ocupaba en formar la librería el P. Juan Andrés: era director de los casos de conciencia el Padre Cortés, y Ministro el P. Cáteda: y desempeñaba el cargo de soto-ministro el Hermano coadjutor Juan Villanueva, modelo de hombres laboriosos y aplicados á oficios domésticos¹.

La observancia religiosa se entabló desde un principio con toda perfeccion: vivían exclusivamente de limosna; y se introdujo, como antiguamente se hacía en Roma, que fuesen por semanas cuatro novicios para ayudar las misas, para leer en rectorio y para otras ocupaciones propias de su estado.

Túvose en ella Congregacion Provincial para la eleccion del nuevo General de la Compañía, en la que se juntaron veinte y cinco profesos, que residían en Nápoles. El nombramiento de diputados recayó sobre tres ó cuatro de los jesuitas italianos, que moraban en Rusia; los cuales asistieron á la Congregacion General con voto por la Provincia Napolitana, para elegir al nuevo Superior de toda la Compañía².

Procedióse luego á celebrar las exequias del Padre Grüber, como lo escribía el P. Lázaro Ramos³ al P. Manuel Luengo en carta de 9 de Julio por estas palabras: «Ayer se hicieron las honras por Nuestro P. General en la casa profesa con asistencia de todos los sacerdotes de esta ciudad no impedidos, y de los novicios escolares. Cantamos los tres nocturnos: y la misa la cantaron músicos con el órgano.»

Dedicóse luego el P. Pignatelli á organizar los ministerios. Restableció las lecciones sacras y sermones para cada domingo y demás fiestas del año. Cada viernes se hacía el ejercicio de la

¹ Fue natural de Nagaiz, en Navarra. Nació en 21 de Enero de 1737: entró en la Compañía en 18 de Abril de 1763: hizo la incorporacion en 18 de Abril de 1814, y murió en Madrid á 25 de Febrero de 1819.

² P. LUENGO, *Diario*, Tomo 39, pág. 193. El P. Pignatelli se hizo sustituir por el P. José Angiolini, profesor de teología en Polotsk.

³ El P. Ramos fue zamorano. Nació en Pozo Antiguo en 2 de Diciembre de 1748: entró en la Compañía en 7 de Mayo de 1763: hizo la profesion á los 15 de Agosto de 1806, y murió en Febrero de 1820 en Madrid.

buena muerte; muy á menudo explicaciones de la doctrina cristiana; y de cuando en cuando se daban los ejercicios espirituales de San Ignacio. Eran muy frecuentes las visitas á hospitales y cárceles, y la asistencia á los moribundos y á toda clase de necesitados. Esmeróse de un modo particular en convertir aquella casa en un plantel de operarios lo más semejantes que fuera posible á los celosos é intrépidos obreros salidos de la escuela del Santo Padre Ignacio. Y para obtener su objeto, exigió la más estricta observancia de las reglas y constituciones, y muy en particular de las que son como el cimiento y sosten de una orden religiosa.

Habiase observado siempre en la Compañía con suma rigidez lo que se llama vida comun: solo hacia los últimos tiempos se había introducido la costumbre de que quien no tuviese bastante para el desayuno con solo pan, se pudiera agenciar por sí alguna otra cosa. No pareció oportuno al P. Pignatelli tolerar semejante costumbre, creyéndola contraria á la perfeccion de la pobreza propia de la Compañía. Introdujo, pues, el desayuno para toda la comunidad, haciendo que á cada uno de sus individuos se sirviese por la mañana café con chocolate¹. Hizo que la comida que se presentaba á la comunidad, fuese de la satisfaccion de todos, ejerciendo sobre este punto una vigilancia suma².

Á fin de que los Padres antiguos, que habian vivido treinta años en la exclaustacion, muchos de ellos con mejor trato que el que tuvieran en las casas de la Compañía; y ahora, cargados de achaques, podían echar de menos algo en la cantidad y calidad de los alimentos; ordenó que la porcion de carne que solía distribuirse á cada persona en el cocido, se dividiera en dos partes, de las cuales la una se les sirviese cocida, y de la otra se les compusiera un guisado³.

¹ *Process. Neapol.*, fol. 719.

² *Ibid.*, fol. 568.

³ *Process. Rom.*, fol. 993.

Con esto planteó en la casa profesa una vida comun perfectísima¹ y prohibió terminantemente, á tenor de las reglas, que se recibiera cosa alguna con cualquier titulo ó pretexto, aunque fuese por gratitud ó regalo².

De esta manera libró á sus subordinados de la más leve sombra de propiedad, y del enojoso cuidado de tener que recurrir en sus necesidades á parientes ó amigos de fuera, lo que tarde ó temprano relaja la regularidad y prepara la ruina de las religiones. Pero con ser cosa tan buena, no faltó álguien que la condenase y tuviese por muy molesta, por ser contraria á las antiguas usanzas: hubo quejas, y se tildó de reformador al Provincial. El P. Pignatelli no hizo caso de esta miseria humana; dejó hablar y se mantuvo firme: no obstante para dar más consistencia y duracion á lo establecido, extendió de propio puño un largo y bien razonado escrito, demostrando que en aquello estaba muy lejos de haber obrado fuera de los límites del instituto; y lo envió al P. General, quien lo aprobó, y ordenó que se obedeciera á lo dispuesto por el prudente Superior, como á cosa muy conforme con el verdadero espíritu de la Compañía y á la mente del Santo Padre Ignacio.

Y el celo del P. Pignatelli no solo miró á conservar floreciente la vida comun entre sus súbditos, sino que se extendió á confirmarla y robustecerla en lo venidero en toda la Compañía. «De lo cual,» dice el P. Boero, «no puedo alegar testigo mejor que el P. Juan Grassi: quien, poco ántes de morir, me dejó escrita una buena memoria sobre el particular, que quiero trasladar aquí con sus propias palabras.»

«Se debe,» dice, «al P. Pignatelli el restablecimiento de la vida comun y exacta pobreza que ahora observamos en la Compañía. Es muy notable lo que ocurrió al P. Luis Fortis en Nápoles; y lo he oído de su misma boca varias veces, mientras era General. Siendo él prefecto de las escuelas en aquella ciudad, se

¹ *Process. Neapol.*, fol. 982.

² *Ibid.*, fols. 644 y 982.

encontró un día con el P. Pignatelli, que bajaba por la escalera principal, como pensativo; y parándose al pasar por su lado, le dijo: «V. R. será quien establezca y consolide la observancia exacta de la pobreza en la Compañía;» y dicho esto, prosiguió su camino sin hablar más palabra. El P. Fortis no entendió por entonces aquel lenguaje; pero le quedaron bien impresas las palabras proferidas como en tono profético.»

«Cuando, elegido ya General en la Congregación de 1820, se trató de un postulado que hicieron algunas Provincias, de que se restableciese en todo su vigor la primitiva observancia de la pobreza propia de la Compañía, se acordó de aquel dicho: y al propio tiempo le ocurrió esta idea: «He aquí el tiempo anunciado por el Padre Pignatelli.» Animóse con esta reflexion, y empezó á hablar á los Padres congregados sobre la pobreza con tal celo y eficacia, que todos con voz unánime y como por aclamación aprobaron que se restableciera la exacta observancia de la pobreza religiosa, y de la perfecta vida comun, propia de la primitiva Compañía.»

No paró aquí el celo del P. José por la más estrecha perfección de la pobreza. Dio otra disposición, que quiso se observara siempre con todo rigor, es á saber, que nadie recibiese el estipendio más insignificante en recompensa de ministerios espirituales en bien de los prójimos, aunque fuese con título de pura gratitud y benevolencia. No faltó quien ó teniendo en cuenta la calidad de las personas que lo ofrecían, ó por otro humano miramiento, no se atreviese á rehusar alguna ligerísima oferta; pero tuvo que pagar bien caro el respeto humano y vencer la vergüenza con otra mucho mayor, teniendo que devolver por orden del Provincial las mismas cosas que había recibido.

El P. Diego Goitia, al llegar á Nápoles, apenas supo cuáles eran las disposiciones del P. Provincial, se despojó de cuanto había llevado consigo; y no quedándole más que una pequeña miniatura de la Virgen, pidió al Padre que le permitiese conservarla como cosa de devoción; pero el Siervo de Dios no lo consintió, diciendo que si entonces en los principios se abría bre-

cha, aunque tan pequeña, se derribaría con el tiempo el muro de la pobreza; porque del pretexto de la devoción se pasaría pronto al de la conveniencia y necesidad.

Así obraba el Siervo de Dios con todos los Padres antiguos, que de nuevo entraban en la Compañía. Juzgaba sin embargo por medio muy propio para que floreciese la observancia, que los Superiores proveyesen á la comunidad de buena comida, y aunque pobre, muy abundante; y que acudiesen á las necesidades de todos, de manera que en lo posible no careciesen de nada necesario.

Tal era la conducta del P. Pignatelli con sus subordinados. Y en lo que tocaba al trato de su persona, perseveró invariablemente en el mismo método que hasta entonces había guardado. Silvestre Mauro, entonces jóven y novicio coadjutor, depon¹, que de la ración de sopa y de carne cocida que se servía al P. Pignatelli en la cena, «tomaba el Padre unos pocos bocados, y me enviaba,» dice, «á mí la mayor parte, y me la comía yo.»

Al mismo tiempo que así trataba á sus súbditos, exigía de ellos mortificación, desprendimiento de todo y de sí mismos, amor á la pobreza y disposición actual de sufrir con paciencia la privación aun de las cosas más indispensables para la vida. Así es que cuando llegaban á sus oídos quejas fundadas de los súbditos contra sus Superiores, solía reconvenir por igual á unos y otros; á los súbditos, porque se quejaban; á los Superiores, porque con su aspereza y desamor daban pie á las quejas.

Con cuán singular providencia acudiese Dios nuestro Señor á su siervo, tan cuidadoso de restituir al primitivo esplendor la pobreza de la Compañía, se entenderá de los sucesos que voy á referir. Empezaré por la relación de una calamidad, que por este tiempo affligió á la corte de Nápoles, y fue conocida de antemano con la luz profética por el P. Pignatelli. El día 22 ó 23 de Julio de 1805 «predijo á los individuos de la Compañía, que amenazaba un gran castigo: exhortónos á que no temiésemos

¹ *Process. Neapol.*, fol. 392.

nada, y nos prometió que no recibiríamos daño.» Así lo depone Lucas Scotto de Porticelli¹. Estas palabras pusieron los ánimos un poco intranquilos.

Llegó la noche del 25 al 26 de aquel mismo mes, y causó extrañeza á los moradores del Jesús Viejo el ver que se tocaba á cenar una hora ántes de lo acostumbrado. La maravilla se convirtió en gran sorpresa, al oír que después de cenar, se les intimaba por orden de la obediencia que durante las dos horas siguientes de aquella noche permaneciesen todos en sus aposentos². Nadie adivinaba entonces la causa de la misteriosa orden.

Eran las diez de la noche. En este momento entró en el cuarto del P. Pignatelli el H. Grassi, que le servía: sale de su cámara el Padre y manda al Hermano que no salga de allí hasta que él vuelva; y dos veces consecutivas torna á entrar á dar al Hermano órdenes cada vez más terminantes de que no se mueva. Se va el Padre al oratorio, contiguo á su aposento, y postrado en tierra ante el altar del Santísimo, con el rostro pegado al suelo, suplica con gran fervor y á grandes voces al Todopoderoso, que no descargue con mano tan fuerte su azote³.

Pocos minutos después se percibe un violento terremoto, que puso en consternación á toda la ciudad de Nápoles, causando buen número de desgracias en las personas, é incalculables daños en los edificios. «Una parte de la fachada de la casa profesa,» dice el P. Luis Pancaldi⁴, «se estaba cayendo; abríanse por medio los corredores; y topé con el P. Pignatelli por la escalera, el cual con rostro sonriente hacía oración á Dios.» «Después de algunos minutos,» dice Nicolás Ricciardi⁵, «se tañó la

¹ *Process. Neapol.*, fol. 752. Fue uno de los primeros novicios que recibió en Nápoles el P. Pignatelli.

² *Ibid.*, fol. 569.

³ *Process. Neapol.*, fol. 453. Así lo depone Salvador Cirillo, novicio en aquella sazón, quien dice habérselo oído contar á los que vivían en frente de la capilla, siendo uno de ellos el P. Ministro de la casa, Padre Cáteda.

⁴ *Process. Rom.*, fol. 852.

⁵ *Process. Neapol.*, fol. 569.

campanilla, y fueron todos llamados al jardín, en el cual estaba el P. Pignatelli. Cuando fueron las cinco (cosa de media noche) vimos moverse de nuevo los árboles. Después de esto el Venerable nos mandó á todos á dormir, dándonos seguridad de que ya no había más de que temer.»

Lo que en esta noche de tristes recuerdos ocurrió con el H. José Grassi, es digno de especial memoria. Afirma el Padre Boero que se lo oyó contar varias veces al mismo interesado; y este lo depuso en los procesos con las siguientes palabras: «Estando,» dice¹, «en Nápoles en la casa profesa el 25 de Julio de 1805, dos horas ántes de media noche, fui al aposento del P. Pignatelli á hacerle la cama, según costumbre; y apenas entré, me dijo el Siervo de Dios: «Cuidado, Hermano, no se mueva de aquí hasta que yo vuelva;» y dicho esto, salió del aposento; y á poco volvió á entrar dos veces, y con más fuerza y autoridad me dijo: «¿Lo habéis entendido bien? No os mováis de aquí.»

«Hízome concebir temor aquel modo de hablar tan desusado en el Padre, y sospeché que pudiera acaecer algun siniestro; cuando pasados pocos minutos, siéntese de súbito un horrible sacudimiento y temblor de tierra, que hizo ondear toda la casa. Á pesar de las advertencias del Siervo de Dios, y de la impresión que me habían hecho, yo, sorprendido y espantado, me olvidé de todo, y á toda prisa salí del aposento para refugiarme en la capilla doméstica, donde sabía que estaba el P. Pignatelli; pero la encontré cerrada, y vi que las paredes se cuarteaban por todos lados y que caían cascotes y ladrillos en gran copia.»

«Al oír los gritos y voces de los Padres, que buscaban salida y salvación, estuve para tirarme por una ventana que daba al jardín; pero deteniéndome un instante, me precipité por una escalera de caracol, que había allí cerca, para ponerme en salvo en el patio. Apenas llegué al último escalon, se desprendió de lo alto un gran trozo de cornisa de piedra, que vino á caer casi

¹ *Summar.*, núm. 19, pág. 247.

á mis pies. Entonces me vino á la memoria lo dicho por el Padre Pignatelli; y reconociendo el peligro en que me había puesto mi falta de obediencia, me volví corriendo al cuarto del Siervo de Dios; el cual, concluido el terremoto, salió de la capilla, volvió á su aposento, y sin darme tiempo de hablar una palabra, me dijo: «En malas aguas os habéis encontrado, hermano mío; debíais haber hecho lo que os dije, y no hubierais corrido tan grave riesgo.»

«Excuséme como pude, diciendo, lo que era cierto, que el miedo me había borrado de la mente su paternal aviso: y después, recobrado ya del todo, dije al Padre: «Con que ¿V. Reverencia sabía lo que íbamos á tener? Y ¿por qué no me lo dijo claro?» Entonces el Padre me impuso silencio, y me ordenó que mientras él viviese, no descubriera á nadie de este mundo lo sucedido.»

Ni un minuto de reposo se concedió el solícito Padre en aquella terrible noche. En cuanto hubo mandado á sus súbditos que se acostasen y asegurádoles que nada tenían que temer, en compañía del P. Dozia y del H. Silvestre Mauro, se fue á recorrer las demás casas de la Compañía.

Dirigióse al colegio de nobles, y llamó un buen rato á la puerta sin que nadie le respondiese. De allí pasó al colegio máximo, en donde ninguna novedad halló. Fue luego á la familia de los príncipes de Carigliano, y manifestó gran sentimiento, al saber que una camarera de la princesa había perecido sepultada entre escombros. Dirigióse después al palacio de los señores de Campolieto y de Monteleone, y recibió favorables nuevas de ambas familias. Era la hora del alba cuando se retiró á su casa del Jesús Nuevo. Así lo depone dicho H. Silvestre¹, quien añade haberle entregado aquella misma noche el P. Pignatelli un crucifijo, y que profesaba tanta veneración al Padre, que siempre llevaba consigo un retrato suyo.

Terrible fue este castigo; pero se vio que venía de la mano

¹ *Process. Neapol.*, fols. 397 y 383.

paternal de Dios, pues produjo muy copiosos frutos espirituales en las almas. De ellos escribía el P. Lázaro Ramos en carta del 2 de Agosto al autor del Diario: «Se han hecho en estos días así en esta iglesia del colegio del Salvador, como en la casa profesa, muchas confesiones, y no pocas de muchos años. Nuestros Padres, los no impedidos, han trabajado toda la mañana hasta la mesa segunda y tercera; y no pocos lo mismo por la tarde, sin contar las cárceles y hospitales, para los que eran necesarios otros tantos. La lástima ha sido que á los catorce que últimamente hemos llegado, no nos han venido de este señor arzobispo las licencias para confesar¹.» Hasta aquí el P. Ramos.

Estos frutos espirituales naturalmente hubieron de consolar en gran manera al Siervo de Dios, aunque no dejaba de sentir las desgracias personales y la ruina de los edificios públicos y privados. Varias iglesias, el palacio del rey y los de muchos señores, y casas á centenares habían tenido inmensos daños, y no pocas amenazaban ruina. La casa profesa fue algo privilegiada y padeció poco; no obstante, los daños en la iglesia fueron tan considerables, que fue preciso hacerla reconocer por arquitectos para asegurarse con su parecer sobre si se podría celebrar en ella la próxima fiesta de San Ignacio. Al contrario el colegio del Salvador ó Jesús Viejo, en que vivían la mayor parte de los jesuitas, padeció mucho, y fue un milagro que no perecieran algunos de ellos.

El P. Lázaro Ramos en su carta al P. Manuel Luengo le daba cuenta del desastre con estas palabras: «Este colegio ha padecido mucho; pues todas las bóvedas de los tres pisos y de sus aposentos se han abierto más ó menos por medio, de una punta á la otra, y lo mismo las paredes no maestras, y aun en estas hay sus grietas. Lo mismo es en el claustro alto de los estudios y en sus aulas y en las bóvedas de las escaleras del colegio. El piso cuarto, en que estaba el noviciado, está inhabitable; y se han bajado los novicios al tránsito donde estaban los seminaristas y

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 39, pág. 232.

filósofos. Pero aun este ha padecido mucho; por lo que piensan ponerlos fuera de aquí. Pero ¿en dónde? Pensaban pasar el Noviciado á la *Conochia* ó casa de Ejercicios; pero esta tambien ha padecido mucho. La iglesia ha padecido poco. En fin se necesita mucho dinero, para remendar este colegio.»

Hasta aquí la carta: y continúa el P. Luengo: «Y si se añaden los gastos en componer la casa profesa, se puede creer que serán necesarios quince ó veinte mil ducados de Nápoles, que valen diez y seis reales de vellón. Á la verdad sobre los gastos inmensos que han tenido este año con pocas rentas, este de reparar las casas es humanamente insoportable. La fortuna es, que el Provincial Pignatelli, por la calidad de su persona, tiene muchos poderosos arbitrios para salir de algun modo de este aprieto¹.»

Efectivamente, á todo proveyó el P. Pignatelli, sin que con tanto gasto disminuyese jamás el cotidiano alimento ni la limosna que de ordinario se daba á los pobres, llenándose de admiracion cuantos lo veían; pues no era dado comprender de dónde salía tanto dinero para tan subidos gastos. Antes bien, como si todavia gastase poco, por aquellos días ayudó á la causa de la beatificacion del P. Francisco de Jerónimo, que ya estaba para terminarse; y para ello se desprendió de muchos centenares de duros.

En un principio titubeó bastante, y no se decidía á multiplicar gastos en vista de tanta estrechez; más avergonzándose luego de su poco ánimo, dijo: «Dios y el santo varon, para cuya gloria voy á trabajar, nos ayudarán.» Dio el primer paso contrayendo una considerable deuda; y á los pocos días recibió carta de Roma con una letra de cambio igual á la deuda contraída.

Á pesar de los desperfectos causados en el templo de la casa profesa por el terremoto, se pudo celebrar la fiesta de San Ignacio. Empezó esta el día 29 por la tarde con una lucida y devota procesion para llevar la estatua del Santo desde la catedral,

¹ P. LUENGO, *Diario*. Tomo 39, pág. 221.

en donde se conservaban las de los treinta y seis protectores de la ciudad, á la iglesia del Jesús Nuevo, en la que se había de celebrar la fiesta en los dos días siguientes. «Éramos en la procesion,» dice el P. Ramos en su carta del 2 de Agosto, «ciento y seis jesuitas, con sobrepellices y velas, y delante iban los colegiales del seminario de nobles asimismo con velas encendidas. Había dos bandas ó coros de música; uno al principio de la procesion, y otro al fin, delante de la estatua del Santo..... Llegados á la casa profesa, se puso la estatua en el altar mayor; y después de la fiesta la restituiremos á la catedral en la misma forma.»

«La fiesta se ha hecho con visperas primeras y segundas y misa cantada el día del santo, con música de solos sacerdotes, y sin otros instrumentos que el órgano y algun bajo. En tiempo de las primeras visperas vino el senado ó ayuntamiento de la ciudad á visitar al Santo y á ofrecer la cera que acostumbra con todos los protectores de la ciudad. El día de la fiesta por la mañana hubo gran número de misas de gentes de fuera: estuvo á decir misa el Cardenal Arzobispo, y estuvieron tambien los confesores del rey y de la reina. Este es un religioso capuchino aleman, y obispo *in partibus*. Comió aquel día en la casa profesa, y por la tarde, después de las visperas, dio la bendicion con el Santísimo Sacramento. Este es un sujeto que nos ha favorecido mucho.»

El sermon del Santo fue el día de la fiesta por la tarde: lo predicó el P. Stuzá, dominicano muy conocido y muy famoso en Nápoles, habiéndose él mismo, sin que se lo pidieran los jesuitas, ofrecido á hacer este obsequio al santo Patriarca y á sus hijos¹. Terminado el sermon á las siete, «llegaron,» continúa el

¹ Con este P. Stuzá le sucedió al P. Pignatelli el siguiente caso. Habiendo sabido que el buen predicador pensaba mezclar en su panegirico las alabanzas del Siervo de Dios con las de su padre San Ignacio, fue á visitarle pocos días ántes de la fiesta; y con mucha amabilidad le rogó se sirviese leerle el discurso que tenía preparado, porque era muy fácil que ocupado en otros quehaceres, no pudiera oírle aquel día. Pa-

P. Ramos, «las personas reales, menos el rey, que estaba indispuerto. Asistieron á las letanías y á la bendición del Santísimo, que dio el obispo capuchino, quien después les dio á adorar la reliquia del Santo. Todos los jesuitas, que pudieron penetrar por la calea (*sic*), ó concurso, con el P. Provincial, en dos filas á la puerta de la iglesia recibieron á las personas reales, y al salir, solo yo pude pasar.»

«Vamos á los regalos. Los reyes han regalado á la casa profesa para la fiesta tres cálices: de oro macizo uno de ellos, y dos de plata con la copa de oro; el terno de la misa cantada y tres *pianetas* (casullas) bordadas por las personas reales. La hermana del P. Provincial [Pignatelli, la condesa de la Acerra] ha regalado siete *pianetas* de seda blanca para todos los días. No sé si ha habido más¹.»

reciële al P. Stuza algo extraña la petición del P. Pignatelli; mas como tenía mucho respeto á su persona, no se atrevió á negarse á ello; y cogido de repente, no tuvo más remedio que leerle tambien las alabanzas que de él hacia. Entonces dijo el Siervo de Dios: «Esto no, Padre mío: no diga estos elogios; hágame por Dios el favor de borrarlos, porque no son á propósito para ensalzar las glorías del Santo.» Y lo pidió con tantas instancias, que el predicador tuvo que condescender con la humildad del Padre.

¹ P. LENGU, *Diario*, Tomo 39, pág. 233. En Palermo se celebró la fiesta de San Ignacio con más solemnidad, si cabe, que en la misma corte de Nápoles.

CAPÍTULO V

Estrechez de la casa profesa. — Extraordinaria providencia de Dios con su siervo. — Multiplicacion milagrosa de la comida. — Apuros del colegio máximo. — Aflijese el Padre por esta causa. — Quebranto en su salud. — Su profunda humildad. — Desea se le exnere del gobierno de la Provincia. — El nuevo General le confirma en su cargo. — Exquisita prudencia del Venerable en el gobierno. — Celo por la observancia regular. — Junta la suavidad con la eficacia. — Compasion y afabilidad con sus súbditos. — Desconfianza de sí mismo y sinceridad en oír el parecer ajeno. — Desprecio de sí y pronta obediencia. — Armonía con el P. Angiolini. — La Conocchia y el seminario de nobles. — Discrecion del Venerable en admitir y despedir.

1805

Uno de los fines principales que se propuso el P. Pignatelli al procurarse la antigua casa profesa, fue plantear en ella en todo su rigor la pobreza propia de la Compañía, y fijar en los corazones de los nuevamente reunidos aquel espíritu de una confianza sin límites en la divina Providencia, la cual á los que buscan el reino de Dios y su justicia ha prometido dar por añadidura todo lo demás.

Y efectivamente la pobreza de la casa fue tal, que no pasaban de cincuenta escudos mensuales las limosnas fijas con que contaba; pero jamás desmayó el P. Pignatelli, que era el que debía proveer á la comunidad. Y con su confianza en Dios pudo

P. Ramos, «las personas reales, menos el rey, que estaba indispuerto. Asistieron á las letanías y á la bendición del Santísimo, que dio el obispo capuchino, quien después les dio á adorar la reliquia del Santo. Todos los jesuitas, que pudieron penetrar por la calea (*sic*), ó concurso, con el P. Provincial, en dos filas á la puerta de la iglesia recibieron á las personas reales, y al salir, solo yo pude pasar.»

«Vamos á los regalos. Los reyes han regalado á la casa profesa para la fiesta tres cálices: de oro macizo uno de ellos, y dos de plata con la copa de oro; el terno de la misa cantada y tres *pianetas* (casullas) bordadas por las personas reales. La hermana del P. Provincial [Pignatelli, la condesa de la Acerra] ha regalado siete *pianetas* de seda blanca para todos los días. No sé si ha habido más¹.»

reciòle al P. Stuza algo extraña la petición del P. Pignatelli; mas como tenía mucho respeto á su persona, no se atrevió á negarse á ello; y cogido de repente, no tuvo más remedio que leerle tambien las alabanzas que de él hacia. Entonces dijo el Siervo de Dios: «Esto no, Padre mío: no diga estos elogios; hágame por Dios el favor de borrarlos, porque no son á propósito para ensalzar las glorías del Santo.» Y lo pidió con tantas instancias, que el predicador tuvo que condescender con la humildad del Padre.

¹ P. LENGU, *Diario*, Tomo 39, pág. 233. En Palermo se celebró la fiesta de San Ignacio con más solemnidad, si cabe, que en la misma corte de Nápoles.

CAPÍTULO V

Estrechez de la casa profesa. — Extraordinaria providencia de Dios con su siervo. — Multiplicacion milagrosa de la comida. — Apuros del colegio máximo. — Aflijese el Padre por esta causa. — Quebranto en su salud. — Su profunda humildad. — Desea se le exnere del gobierno de la Provincia. — El nuevo General le confirma en su cargo. — Exquisita prudencia del Venerable en el gobierno. — Celo por la observancia regular. — Junta la suavidad con la eficacia. — Compasion y afabilidad con sus súbditos. — Desconfianza de sí mismo y sinceridad en oír el parecer ajeno. — Desprecio de sí y pronta obediencia. — Armonía con el P. Angiolini. — La Conocchia y el seminario de nobles. — Discrecion del Venerable en admitir y despedir.

1805

Uno de los fines principales que se propuso el P. Pignatelli al procurarse la antigua casa profesa, fue plantear en ella en todo su rigor la pobreza propia de la Compañía, y fijar en los corazones de los nuevamente reunidos aquel espíritu de una confianza sin límites en la divina Providencia, la cual á los que buscan el reino de Dios y su justicia ha prometido dar por añadidura todo lo demás.

Y efectivamente la pobreza de la casa fue tal, que no pasaban de cincuenta escudos mensuales las limosnas fijas con que contaba; pero jamás desmayó el P. Pignatelli, que era el que debía proveer á la comunidad. Y con su confianza en Dios pudo

mantener á todos los que la formaban y vestirlos decentemente sin contraer deuda alguna, y aun empezó á reparar y proveer la espaciosa sacristía de la iglesia, que había quedado completamente desmantelada y sin ornamentos. Para citar un ejemplo de los que compró, baste decir que solas las casullas de seda moradas llegaron á veinte¹.

Llegó sin embargo la casa profesa á encontrarse en buenos apuros por esta escasez de limosnas; y tanto, que recogiendo una vez el P. Procurador cuanto dinero tenía, halló que apenas bastaba para pagar el correo y el aceite para las luces de casa; y aturrido y confuso, fue á dar cuenta al P. Prepósito, quien, lejos de consolarle, le dijo que ni tenía fondos ni sabía de dónde sacarlos para el sustento de la comunidad en aquel mismo día.

Descorazonado el P. Procurador, no supo á quién acudir más que al P. Provincial; y yendo á su cuarto, con el acento de la más honda aflicción, le manifestó su aprieto y las estrecheces de la procura. Oyóle el P. Pignatelli con imperturbable serenidad, y mirándole fijamente y sonriéndose, le dijo: «No os aflijáis por tan poca cosa.» Metió luego la mano en una bolsa que tenía sobre la mesa, y sacando un puñado de monedas, se las alargó diciéndole: «Por hoy salid de apuros con eso: y en lo sucesivo, cuando no tengáis, venid sin miedo; que no faltará la providencia de nuestro buen Padre celestial, á quien servimos.»

Era en efecto tan clara y manifiesta la proteccion divina en este particular, y con señales tan extraordinarias, que el mismo P. Pignatelli, si bien muy precavido y práctico en tener oculto todo lo que podía conciliarle veneracion, no pudo jamás negarla. Varias veces hablando con el P. Luis Mozzi, que se maravillaba de que jamás le faltase cosa ninguna, respondió el P. Pignatelli: «Ni yo mismo sé cómo va este negocio: aquí en esta bolsa puse meses atrás cien pesos duros destinados á dar limosna; y aunque voy sacando todos los días y no pongo un ochavo, la bolsa me da siempre; gracias al Señor, cuyo tesoro es inexhausto.»

¹ *Process. Rom.*, fol. 879.

En prueba de su confianza en Dios y de sus efectos añadiré lo que acaeció aquí en Nápoles acerca de la multiplicacion del sustento. Fuese por equivocacion ó por otro motivo, el cocinero de la casa profesa, teniendo que servir un día á los Padres de segunda mesa, se encontró con tan poca carne, que al hacer las porciones, vió que no alcanzaba ni para la mitad. Lleno de confusion y sin saber qué hacerse ni cómo remediar su yerro, salió con disimulo de la cocina, y escapó escalera arriba para esconderse. Á los pocos pasos topa con el P. Pignatelli, que bajaba á comer. Pregúntale el Padre á dónde iba á aquella hora; y no pudiendo menos de contestar, le manifiesta el infeliz su cuita y el motivo de su fuga. Sonrióse el Padre dulcemente, y díjole: «Id á vuestro oficio: la comida bastará para todos.» Y así fue. «Yo hice las porciones,» dice el mismo Hermano cocinero¹, «en la medida acostumbrada sin disminucion: y efectivamente la comida fue bastante.»

Esta seguridad que le daba su grande confianza en Dios, háciale gozar de una paz inalterable y que se le hiciera carga pesadísima toda intervencion en negocios que tocaran á bienes temporales, que eran para él verdaderamente punzantes espinas.

Por condescender con el dictámen ajeno, se vio obligado, como dijimos, á aceptar la fundacion del colegio máximo sobre los antiguos bienes raices cargados de censos y de vitalicios, cosa, segun su prevision, que tenía que dar mucho que hacer tarde ó temprano. Llegó, pues, el tiempo de que la prediccion se cumpliera: porque como vencian los plazos, y los acreedores pedían lo suyo, sin que el colegio los pudiera satisfacer por la condicion de los tiempos y carestía de las cosas; fue á parar el asunto á los tribunales, y estos apremiaban á los Padres con sentencias y mandatos. No sabia el procurador qué hacerse; y por último recurso acudia al P. Pignatelli. Este, agotados todos los medios,

¹ Éralo el H. Lucas Scottó de Porticelli. *Process. Neapol.*, fol. 754. Lo mismo deponen el H. Lorenzo Rossi. *Ibid.*, fol. 208.

reunió en la casa profesa á varios juriconsultos y sujetos de la curia, para ventilar el negocio é idear algun recurso con que salir del ahogo.

Solo Dios sabe la pena y afliccion que le costaba el tener que intervenir en aquellas juntas, y más aún el oír las hablillas y murmuraciones, con que se entretenían por la ciudad los mal informados; pues recelaba con fundamento que por ellas hubiese de padecer algo la buena reputacion de la Compañía y el fruto de sus ministerios. Tan honda era su afliccion por tales motivos, que varias veces dijo á su compañero, el H. José Grassi, que si la cosa continuaba mucho tiempo así, pronto daría con él en tierra. «¡Cuánto holgara,» solía decir, «que el colegio se sostuviese de pura limosna como la casa profesa! Seguramente que Dios nuestro Señor no dejaría de socorrernos, y nos veríamos libres de tanta angustia.»

Parte, pues, por estas congojas, parte por sus ordinarias penitencias, que no disminuía por nada de este mundo, llegó á agravársele mucho más el habitual peso de sus achaques, y cayó en una tal postracion de fuerzas con frecuentes vuelcos de estómago y acerbísimos dolores de vísceras y de cabeza, que le tenían más muerto que vivo. Todo lo soportaba con invicta paciencia, y lo ocultaba con tal disimulo, que dentro y fuera de casa se le veía trabajar ni más ni menos que si gozara de salud perfecta.

Lejos de admitir algun tratamiento mejor en su persona, se quejó amargamente muchas veces con sus hijos, porque con él habían hecho uso de ciertas atenciones delicadas, tan propias de amantes súbditos y tan justamente exigidas por la preciosa vida de tal Superior. Lo único que tomó por remedio, fue el cambio del poco de chocolate, que era su alimento ordinario, en una taza de salvia, que con visos de verdadero milagro le servía de sustento. Siguió alguna temporada tan decaído, y llevando, por decirlo así, en un hilo la vida, con grave pena de todos sus hijos, que temían á cada paso perderle; mas plugo al Señor restituirle las fuerzas y una regular salud.

Con el amor de la pobreza juntaba el P. José el de la humildad, á cuya consecucion tanto ayuda la falta y desprecio de los bienes temporales: y se mostraba hasta ingenioso en idear medios para huir de las alabanzas y proporcionarse menosprecios.

Teníase por hombre de muy poco valer, y para muy poco, y digno de estar á los pies de todos. Así es que cualquiera demostracion que otros hiciesen de su mérito y de la estimacion en que le tenían, le causaba verdadero disgusto y pena. En confirmacion de esto son sinnúmero los ejemplos que se podrian alegar: de los cuales diré aquí algunos.

El P. Vicente Requeno se había hecho pintar un retrato del P. José á escondidas de él, y lo tenía cuidadosamente guardado, ya por ser obra de un excelente pintor, ya por lo exacto que había salido y muy semejante al original. Sucedió que revolviendo la ropa de ciertas cajas trasportadas de Colorno á Nápoles, dio el Padre José con aquella pintura, que allí había ocultado el Padre Requeno. Conturbóse al verlo, tomó el lienzo en sus manos, hizolo trozos, y los mandó arrojar en seguida á las llamas, como se hizo.

Á vista de la corte y de sus mismos parientes, iba algunas veces por semana pobrísimamente vestido con la alforja al hombro pidiendo limosna de puerta en puerta. Algunos de la familia se ofendieron y se quejaron con él; y él les dijo por toda respuesta: «Dejadme ejercer mi oficio: vosotros no entendéis del arte que yo profeso; no temáis perder por esto un quilate de vuestra honra: no, no perderá nada por esto la casa Pignatelli.»

Palabras que redundasen en elogio suyo, no salieron jamás de su boca; antes bien era sagacísimo para ocultar el talento, el saber y la prudencia de que Dios le había enriquecido. Huía de hablar de su parentela, y desviaba la conversacion cuando la introducian otros, no sufriendo que se le recordasen los títulos de nobleza y el esplendor de su apellido: quería que más bien le llamasen con el nombre del santo bautismo, que con el heredado de la familia; lo que hacia él mismo de ordinario en las cartas, firmándose simplemente José.

Llegaban á veces á sus manos algunas con títulos en el sobre de príncipe, conde, y tratamientos de «Excelencia» ó «Usia Ilustrísima:» y al tomarlas, decía sonriéndose: «Dios nos guarde de caballos, caballeros, excelencias y usias: estas no son cartas para mí.» «Venían,» dice el H. Annoni¹, «enviados por la señora condesa de la Acerra sus criados á entregarle algunos pliegos, prodigándole ella el título de Excelencia; y él, tocándoles con la mano en las espaldas, les decía: llamadme «Tío religioso;» habéis de decirme «Tío religioso.»»

Si alguna vez era elogiado por otros en público, al instante se cubría con las manos el rostro, y lleno de confusión decía: «¡Oh Pignatelli, oh Pignatelli! ¿Quién eres tú?» Y había que tener gran cuidado al hablar en su presencia, porque cualquier sombra de alabanza le ofendía, y echábase muy bien de ver en la expresión del rostro entre sentido y enojado. «Yo,» dice el P. Mozzi, «he tenido que llevar por este motivo amargas reprimendas tuyas, y al fin reprimirme y ceder á su humildad por no contristarle.»

Hablando un día el P. Pignatelli con otro Padre de la pena que sentía en ser Provincial, dijo que otro cualquiera gobernara la Provincia mejor que él, «aunque fuese,» dice, «nuestro Hermano Rodríguez,» que era un viejo de más de ochenta años, ciego y extraordinariamente sencillo. Así á otro, que había sido su compañero desde la juventud, decía: «Pudiera soportarse que los que no me conocen opinaran bien de mí y me creyesen para el cargo; pero que vos y el P. Soldevila, que me habéis tratado tantos años, y que no es posible se os oculte quién soy y lo poquisimo que valgo, abundéis en esas ideas, eso no puedo llevarlo sin grave pena.» Cuando el año siguiente se intimó en Nápoles el destierro, dijo que así y no de otra manera tenía que suceder, siendo él Provincial; y era su costumbre atribuir siempre á su persona y deméritos todo lo malo y adverso que sucedía.

Por esta convicción se encomendaba á la caridad de los demás

¹ *Process. Rom.*, fol. 414.

de palabra y por cartas; y les pedía que suplicasen al Señor que las cosas de una religion sostenida por tan flaco apoyo, no se precipitasen hacia la ruina; y no satisfecho con esto, renovaba de vez en cuando sus instancias al General para que por fin se decidiese á proveer de mejor Superior á sus súbditos de Italia.

En una carta, escrita al P. Grüber ántes que supiese su muerte, le decía así: «Repito, mi amadísimo Padre, lo que tantas veces he ya escrito á Vuestra Paternidad, que no soy yo para este cargo. En los actuales tiempos de un modo particular es un espectáculo nuevo y tal vez la última de las humillaciones por la cual les faltaba pasar á estos hijos santos de tan santa madre, verse guiados por un ciego los que no carecen de vista. Vea Vuestra Paternidad de remediar con tiempo este mal. Salve á la madre, y consuele á este indigno hijo exonerándole de un cargo que por cierto no es para él.»

Cuán diferentemente sentían del P. Pignatelli sus Superiores, se verá por la carta que le escribió el nuevo General el día siguiente al de su elección, 2 de Setiembre de este año de 1805¹, por estas palabras: «Puesto yo, aunque indigno, por Dios nuestro Señor al frente del gobierno de la Compañía, escribo esta carta á V. R. y á todos los Padres residentes en Nápoles y Sicilia, para significarles la consolacion que experimento al oír los abundantes frutos, que se digna obrar la Bondad divina por el ministerio de nuestros Padres á gloria suya y salvacion de las almas. Sea el nombre del Señor para siempre bendecido.»

«Todas las facultades concedidas á V. R. por mi predecesor para ejercitar debidamente el oficio de Preósito Provincial, las confirmo; y deseo que V. R. ejerza por largo tiempo la plena autoridad de este nombre y cargo segun el tenor de nuestro santo Instituto. Y porque no ignoro el mal estado de la salud de V. R., concédole facultad, y ruego use de ella, para que

¹ Segun nuestra cuenta corresponde al 14 del mismo mes. La Congregacion General se reunió el 8 de Setiembre; la elección se verificó el 12 del mismo mes.

nombre por sucesor, para el caso de su muerte, un Padre, á quien juzgue en realidad prudente en Cristo é idóneo, escribiendo su nombre en una cédula cerrada y sellada; y que bajo secreto dé á algun Padre conocimiento del lugar en que se hallará la tal cédula.»

«Á todos esos Padres y Hermanos doy un abrazo en el Señor, á todos saludo, á todos bendigo. Á V. R. deseo muy perfecta salud para gloria de Dios, y me recomiendo á las oraciones de todos. — Afectísimo siervo en Cristo — TADEO BRZOWSKI. — Polotsk, 2 de Setiembre de 1803¹.

Con mucha razon deseaba el P. General que ejerciese por largo tiempo el P. Pignatelli la autoridad y cargo de Provincial, pues tan al tenor del Instituto y segun la norma del Santo Padre Ignacio lo ejercitaba, como se verá de la forma de su gobierno. El H. José Grassi², dice de él en los procesos: «Tenía el Siervo de Dios en el ejercicio de su cargo de Provincial la máxima de no precipitarse, sino de esperar oportunidad de dar el golpe á gloria de Dios y provecho de sus compañeros: y me acuerdo que para explicarse mejor me aducía la semejanza del juego del balón, diciéndome: ¿No veis lo que hacen los que juegan al balón? El que no sabe jugar, corre contra el balón, y las más de las veces yerra el golpe; pero si conoce la ocasion, lo aguarda y acierta el golpe.»

Era enemigo de hacinar leyes y ordenaciones; persuadido que la muchedumbre de ellas llega á engendrar menosprecio. Estaba íntimamente persuadido de aquella máxima de San Ignacio, que la ley interior de la caridad y del amor divino, más que constitucion ó regla alguna exterior, es la que debe dirigir y mover el espíritu de los hijos verdaderos de la Compañía y enderezar sus obras al fin altísimo de su vocacion. Sin embargo, como el mismo Santo Fundador había estimado conveniente por varias razones escribir un cuerpo de reglas directivas de la con-

¹ *Ex Regest. Epist. Praep. Gen. in Rossia.*

² *Process. Rom.*, fol. 137.

ducta de sus hijos, decía que todo buen Superior tiene por oficio no sustraer ó añadir de su propia cabeza á lo establecido ya con luz especial del cielo, sino conservar en su posesion á la observancia, y castigar sin reparo las transgresiones, especialmente las más menudas; porque si se menosprecian por serlo y se dejan sin correctivo, crecen, se propagan, y llegan á hacerse mal comun y por lo mismo muy grave.

Exigía, pues, la estricta observancia de las reglas más pequeñas, y de todos igualmente, fuesen jóvenes ó provectos; ni pasaba sin correctivo falta alguna, por ligera que fuese, sin miramiento á canas ni méritos, ni á la circunstancia de ser persona singularmente respetable la que cometiera la falta; antes bien con estos apretaba un poco más la mano, ya porque era de suponer que estuviesen más cimentados en la virtud, ya tambien porque sus yerros podian ser de más transcendencia y mayor escándalo para los jóvenes; y el usar con tales personas de la condescendencia, que los sabios segun la carne llaman prudencia, parecía al P. Pignatelli crueldad y no amor hacia la religion.

Verdad es que sabía hermanar la discrecion con el celo; pues al paso que arrancaba y extirpaba el defecto, compadecía al defectuoso; y bien se echaba de ver que el penitenciar á alguno era en el P. José amor y celo de la disciplina, y no extravagancia, mal humor ó ímpetu de pasiones; lo cual cautivaba de tal suerte el ánimo de sus súbditos, que ninguno de los que él corregia, quedaba descontento ó resentido.

Juzgaba y hablaba siempre bien de todos, sin cobijar en su ánimo jamás sospechas de nadie. Amonestaba á los culpables, y les advertía y corregía la falta representando el hecho en sus propias dimensiones y con sus colores naturales ni más ni menos. Con algunos de sangre más viva ó más tiernos en la virtud sabía tomar tiempos y medidas convenientes, y disimulaba hasta que veía llegar el momento oportuno.

Hubo un sujeto, que con más viveza natural que prudente celo, pero con muy buena intencion, juzgando que la mansedumbre del Siervo de Dios rayaba en flojedad, se propuso per-

suadirle que convenía usase de mayor firmeza y severidad en exigir la observancia de ciertas cosas; á quien respondió el Padre mansamente: «Tened paciencia, que todo se obtendrá; pues no hay que quebrantar la ley de la caridad: á vos y á los demás puedo dispensar yo todas las reglas de la Compañía; mas no puedo dispensar á nadie de la ley de la caridad. Observemos esta, y se conseguirá lo restante.»

Quien pensaba y obraba de este modo, no podía aprobar el espíritu de ciertas personas, que no pueden ver una pequeña transgresion ó falta sin conmoverse y enojarse. «Somos hombres,» decía, «y no ángeles. No puede el cuerpo humano dejar de padecer de vez en cuando algun humor maligno: lo que hay que hacer es aplicar el remedio cuando el humor se descubre.» En cuanto á dispensarse á sí mismo en cosas de la observancia común, era sumamente rígido; y no lo hacía sino con muy graves razones.

Cuando se trataba de dar licencias que le parecía poder dar, se guardaba bien del uso de ciertas frases ambiguas; sino que toda su respuesta era un simple sí ó no, que dejaba seguros á los súbditos de que tal sonaba en sus labios como lo tenía en el corazón; y así era que ora concediese ora negase lo que le pedían, se iban muy contentos, convencidos de que la sola regla de razon y justicia era el móvil de su respuesta.

Insistía en que se despojases completamente de sí mismos para entregarse á la dirección y gobierno de los Superiores, con entera resignacion de juicio y abnegacion perfecta de voluntad; y en esta materia deseaba que todos se distinguiesen. De cuando en cuando daba órdenes improvisas é inopinadas á la par que difíciles, para probar la prontitud de los súbditos á obedecer y acrecentarles el mérito. Imitando el ejemplo de San Ignacio, como no hubiese grave razon para ello, no se entremetía jamás en el gobierno de Superiores secundarios; y encomendaba á estos que hiciesen lo propio respecto de sus oficiales inmediatos, dejando á cada cual que segun sus propias fuerzas y habilidades se empleara en el desempeño del propio cargo, y no mezclán-

dose en negocios y oficios particulares, ni dictando leyes sobre toda ciencia y arte, como si por ser Superiores, hubiesen recibido de Dios conocimiento infuso de todas las cosas.

Por su nombramiento de Provincial no alteró su afabilísimo trato y aquel modesto y dulce continente que tanto le concilió el afecto de sus novicios en Colorno. Cada cual podía acudir á él cuando y como quisiese; y á todos, hasta á los últimos de la casa, los acogía con ademanes y palabras de suma reverencia, como si le fuesen superiores y él súbdito de ellos. Todo lo dejaba al momento para darles audiencia y complacerles; y si alguna vez por motivo de algun negocio muy grave no podía consolarlos y satisfacerlos de presente, «Un momento de paciencia, volved dentro de poco,» les decía con rostro amable y grata sonrisa; y apenas terminaba el negocio, iba al aposento de quien le había buscado, para ver lo que se le ofrecía.

No fue nada menor su vigilancia en proveer al bien común de la Compañía, que á las necesidades de cada uno de sus hijos. Siempre que se trataba de alguna cosa útil para aquella ó de desviar algun mal que la amenazase, se aplicaba con todo el calor y toda la eficacia de su espíritu, que no era poca: y si bien le costaba muchísimo tener que andar en negocios de corte y tratar con gente grande; todo lo arrostraba en semejantes casos, y con generosidad de corazón y exquisita prudencia manejaba diestramente la causa, hasta que la veía ultimada con mutua satisfaccion de las partes, sirviéndose á veces para lograrlo de los títulos y pergaminos de su parentela.

Lo más prodigioso era la gran desconfianza que de sí mismo tenía el P. Pignatelli á pesar de estas admirables dotes de buen Superior. No daba paso alguno sin aconsejarse, y no por ceremonia, sino con humildad de corazón y de palabras, de que hacía uso hasta con los mismos Hermanos coadjutores. Se tomaba siempre tiempo para rumiar y meditar sobre la resolucion á que había de atenerse en casos dudosos; consideraba despacio la naturaleza del negocio, los fines que se proponía, los medios para llevarlo á cabo, los motivos que le inducían á decidirse por

la una parte más bien que por la otra, poniendo siempre frente á frente las razones en pro y en contra, y pesándolas con todo el rigor del discurso y del raciocinio.

En seguida, como si cuanto había pensado y oído no valiese nada, entregábase por entero á su Dios, y con fervorosas oraciones y sacrificios le pedía luz para conocer y elegir lo que fuese su santísima voluntad. Día y noche solía pasar largas horas con tal intento en la presencia de Jesús sacramentado. No satisfecho con estas diligencias, encomendaba, como buen padre, al Señor á sus queridos hijos, para que él por sí mismo los guiase y gobernase en el cumplimiento de sus deberes.

Todas las noches, ántes de recogerse, volvía el rostro hacia dondequiera que hubiese casas y colegios de la Compañía, y levantada la mano, dirigía una bendición especial á todos y á cada uno de sus hijos. Así que no es de extrañar el resultado feliz de cuantos negocios emprendía, que llegaban muy á menudo á su término por no pensados caminos y que á muchos parecían más bien á propósito para desbaratarlos.

Siempre que un éxito feliz coronaba su empresa, nada se atribuía á sí mismo ni á sus industrias, sino todo á la mano liberal del Señor; y pudo decir con el sentimiento de la más profunda humildad á su amigo el P. Mozzi: «Ha querido el Señor demostrar el singular cuidado que tiene de la Compañía, poniendo á la cabeza de la naciente provincia de Italia un Superior tan inepto como yo; y así puede estar persuadido todo el mundo de que los rápidos progresos que hace en la regular observancia, en el ejercicio y fruto de los ministerios espirituales y en la ejemplar conducta, no es obra mía, sino exclusivamente de Dios.»

En resúmen, por decirlo todo en pocas palabras, yo no sé cómo describir la eminente forma de gobierno del P. Pignatelli sino recordando la definición que nos dejaron del gobierno perfectísimo de San Ignacio algunos escritores de su tiempo: puso en juego, para gobernar, toda la natural discrecion del hombre informada por la sobrenatural prudencia del Evangelio. Otro tanto ejecutó el P. José, con la imitacion perfecta de su gran Padre.

En cumplir las ordenaciones que de sus mayores recibía, era exactísimo. Aquí en Nápoles recibió carta del P. General, en que le ordenaba que no permitiese á ninguno de los Padres ser confesor ordinario en monasterios de vírgenes consagradas á Dios; y al momento comunicó é intimó la orden, sin que bastasen razones, súplicas y hasta intercesiones poderosas, para que dispensase con ninguno en aquella prescripcion:

Manifestó tambien su exquisita prudencia en el gobierno, conservando la más completa armonía con el P. Angiolini, al cual «en el Breve de restablecimiento Pío VII escogió para ejecutarlo!» Y esta eleccion no la hizo el Papa sino después que hubo tratado en repetidas audiencias con el P. Angiolini por espacio de seis meses. Este Padre «gozaba de gran reputacion con el rey D. Fernando y la reina Carolina en las cosas de su espíritu y en los negocios espirituales de sus vasallos?» Así lo atestigua Luis Pancaldi, en aquella sazón religioso de la Compañía; y añade: «Poseo algunas cartas, escritas de propio puño por la misma Carolina, que tratan de estos asuntos.»

No faltó sin embargo quien desde Roma acusara á los Padres Pignatelli y Angiolini de poca armonía entre sí; pero los testigos oculares de lo que en la corte de Nápoles sucedía, pensaban muy de otra manera; y deponían con juramento lo contrario. En primer lugar, no era el P. Angiolini el que debía consultar al P. Pignatelli en el asunto del restablecimiento de la Compañía en Nápoles, sino el P. Pignatelli era el que dependía en todo de la voluntad del P. Angiolini.

Así lo asegura Luis Maria Rezzi³ por estas palabras: «Sé por ciencia propia que en 1803 pocos días después de Pascua partió [el Venerable] de Colorno, y pasó á Nápoles, mientras estaba el P. Angiolini tratando de la reposicion de la Compañía. Poco después del Breve de Pío VII fue declarado Provincial de Nápo-

¹ *Process. Rom.*, fol. 903.

² *Ibid.*

³ *Ibid.*, fols. 4179 y 4190.

les por el P. General Grüber, con orden empero de no hacer cosa sin la voluntad del P. Angiolini, el cual había recibido del Pontífice, ya por el Breve, ya por carta escrita por el cardenal Secretario de Estado Consalvi al ministro de negocios extranjeros de aquella corte, la facultad de restablecer la Compañía en las Dos Sicilias, y de poder servirse inmediatamente de la tal facultad aun antes de toda resolución del P. General Grüber.»

Otro testigo, que fue «muy íntimo del P. Angiolini,» como él mismo asegura¹, Luis Pancaldi, da fe de que el P. Pignatelli observó exactamente con el P. Angiolini la conducta que le trazó el P. Grüber. «Con suma prudencia,» dice, «á pesar de que era Provincial, y aunque vivía en el mismo colegio, jamás he oído decir que el P. Pignatelli no quisiera depender del P. Angiolini; sino que siempre entendí, y jamás lo he olvidado, que andaba en todo y por todo de acuerdo con él, particularmente ántes que el P. Angiolini saliese para Sicilia.» Y más abajo² añade el mismo Pancaldi, que por su parte el P. Angiolini «consultaba en aquellos días al P. Pignatelli acerca de la negociacion que tenía con la corte.»

Y esta union y conformidad entre los dos Padres fue tanto más de admirar, cuanto que era sumamente difícil de conservarse: porque ambos eran Superiores por igual de unos mismos súbditos: el P. Angiolini con jurisdiccion extraordinaria, recibida directamente del Soberano Pontífice; y el P. Pignatelli, con ordinaria jurisdiccion, comunicada por el P. General de la Compañía, legítimo Superior de toda ella. Lo cual es un argumento muy poderoso á favor de la prudencia grande, ó mejor «suma», como la llama el Sr. Pancaldi, del Siervo de Dios.

De la persona del Venerable P. José, segun refiere el Padre Luengo, no se hablaba con tanta libertad; ántes bien se reconocían sus relevantes prendas. «En el segundo restaurador de la

¹ *Process. Rom.*, fols. 845-846.

² *Ibid.*, fol. 903.

Compañía en Nápoles,» dice¹, «José Pignatelli, de la Provincia de Aragon, todos advierten á primera vista prendas naturales contrarias á las de Angiolini, sosiego, gravedad, prudencia y un perfectísimo desinterés²; y á estas les dan no poco realce para el caso su sangre ilustre, y su rico parentado en Nápoles y en España.»

Al mismo tiempo que se ocupaba el P. Pignatelli en sentar sobre sólidos fundamentos la observancia regular en la casa profesada y en dar calor á los ministerios espirituales con los prójimos que en ella se ejercitaban, iba ultimando las reparaciones de otros dos edificios, que eran la *Conocchia* para casa de ejercicios, y el seminario de nobles para la educacion de la juventud. La casa de ejercicios, aunque en repararla invirtió el P. Pignatelli sumas cuantiosas, que recibía parte del gobierno, parte de su sobrina la duquesa de Villahermosa³, no llegó á abrirse, á causa de los trastornos públicos que el año siguiente sobrevinieron.

Mejor suerte le cupo al seminario de nobles, el cual á poco tiempo de haberse abierto, se vio concurrido por un número como de setenta jóvenes de la nobleza, que se repartieron en tres ó cuatro brigadas⁴, siendo cuarenta de ellos convictores ó internos⁵. Uno de estos, por nombre Antonio Carafa, natural de Nápoles, da algunos pormenores de los principios de este seminario. Segun él los profesores que se les señalaron, fueron los PP. Gonfalone, Pablo Marigliano y Carlos Capiano; los estudios no pasaban de las bellas letras; y la educacion que se les daba era la correspondiente á su elevada posicion social⁶. El rector

¹ *Diario*, Tomo 40, pág. 276.

² Llevaba hasta el extremo su delicadeza en este particular. «Opóniase,» dice Luis Pancaldi, «á que se aplicaran á la Compañía los bienes de los escolares, mayormente cuando el renunciante tenía parientes pobres ó tales que pretendían se hiciese en su favor la renuncia.» (*Process. Rom.*, fol. 836.)

³ *Process. Neapol.*, fol. 384.

⁴ *Ibid.*, fol. 133.

⁵ *Ibid.*, fol. 826.

⁶ *Ibid.*, fol. 826.

fue primero el P. Javier Ruffo, y más adelante el P. Andrés: el ministro, el P. Careu, y luégo el P. Gonfalone. Así lo dice Francisco Carafa, duque de Forli, conde de Policastro, y gentil-hombre de Su Majestad, que había tenido por ayo al P. Careu, antes que este se reuniera á los Padres el día de San Jenaro (19 de Setiembre) de 1804¹. Uno de los principales cuidados del P. Provincial Pignatelli fue, que en este seminario se restableciese la congregacion de nuestra Señora; y tuvo el buen Padre la satisfaccion de verla floreciente en el corto espacio de tiempo que tuvo de existencia dicho colegio² y toda la Provincia Napolitana.

Cuán cierto estaba el Siervo de Dios de la próxima dispersion de su Provincia, lo manifiesta el siguiente hecho, que depone el P. Nicolás Grassi en el proceso formado en Roma³. «Cuando el H. Masone,» dice, «se presentó al Siervo de Dios en Nápoles para ser admitido [en la Compañía], él le dijo: «Os admitiré, y contaré como noviciado el tiempo que estéis [con nosotros]; pero la sotana no os la doy, porque la Compañía tiene que ser de nuevo expulsada. Esto fue predicho,» continúa el P. Grassi, «un año ó dos antes que tuviese lugar el destierro de Nápoles:» esto es, á fines de 1804 ó á principios de 1805; pues la expulsion de aquel reino fue á mediados de 1806.

Este hecho explica la gran circunspeccion con que procedía en el admitir á los que se presentaban para entrar en el noviciado. Aunque eran en gran número los postulantes, como queda dicho, no solamente de los que ya habían entrado antes de la supresion, sino los que ahora pedían ser admitidos, fueron sin embargo relativamente pocos los que recibió el P. José, por la suma rigidez y parsimonia con que procedió en admitir novicios.

Tomaba muy por menudo informes de su habilidad, índole, ingenio y costumbres; y como no descubriese en ellos las cuali-

¹ *Process. Neapol.*, fol. 422.

² *Ibid.*, fol. 234.

³ *Process. Rom.*, fol. 592.

dades que exige el Instituto, no los aceptaba por muchas y muy repetidas instancias que se le hiciesen, diciendo que los sujetos no se calculaban por número sino por peso; y que el Superior que los recibe, solo debe mirar á que con el tiempo sean capaces de desempeñar diestramente los ministerios propios de la religion; pues de lo contrario se multiplicará la gente, pero no habrá por qué gloriarse en ella, y llegarán á ser más los operarios que las obras. «Imitemos,» decia, «á los pescadores, que contentándose con poco y bueno, echan mano del anzuelo, y dejan la red, donde se recogen pececillos despreciables sin cuento, que quitan el lugar á otros y hacen más daño que provecho.»

Así se condujo tambien con los antiguos jesuítas que pedían ser admitidos de nuevo. Antes de aceptarlos, se aseguraba bien de su disposicion á sujetarse en todo á la vida comun y observancia regular, y á no pretender privilegios ó exenciones en atencion á edad ó méritos de cualquiera especie: y con la aprobacion de sus consultores concibió y mantuvo el propósito de no atraer ni llamar á la Compañía á ninguno de ellos con insinuaciones, lisonjas ó súplicas, dejándolos en plena libertad, para que comprendiesen que era puro favor el admitirlos, si llegaban á pretenderlo.

No daba oídos en este particular á intercesiones ó recomendaciones de ningun género, como se verá en el siguiente caso. Pidióle su íntimo amigo, el P. Sebastian Soldevila, que aceptase á su hermano y á otro Padre de la Provincia de Aragon: y por más que instó, no lo pudo recabar del P. Pignatelli, ni los admitió este sin que antes hubiesen manifestado por escrito sus sentimientos y disposiciones de ánimo.

Á este propósito traeré aquí dos hechos que refiere el Padre Manuel Luengo. Había sido admitido en la Compañía un jóven boloñés, llamado Roberti; y como llegase á oídos del P. Pignatelli que el embajador de Napoleon en Roma se quejaba de que un vasallo del Emperador, como eran en la actualidad los naturales de aquella Legacia, é incluido en el número de los alistados para el ejército, hubiese sido admitido en una religion; antes de

recibirle en casa, le remitió á Bolonia: y desde entonces tomó la resolución de no recibir en la Compañía súbdito alguno del Emperador.

Era inexorable con los novicios, que, si bien dotados de grandes prendas y muy deseosos de la perfección, mostraban alguna dureza de juicio y no se sujetaban á la dirección de los Superiores. Un hijo de la ilustre familia Calini, que había pertenecido algunos años á la Compañía ántes de su extinción, y dándose después á hacer largas peregrinaciones, estaba haciendo vida de ermitaño, cuando tuvo conocimiento de la existencia de la Compañía en Nápoles. Dejó al momento su retiro, voló á aquella corte, y por su humildad deseó y consiguió ser admitido para hermano Coadjutor, aunque no le faltaban talentos suficientes para hacerse sacerdote.

Cuantos le conocían, pensaban tener en Calini no solo un varon ilustre, sino un santo canonizable; y aun para esto creían que le bastará hacer con dependencia y consejo de los Superiores menos austeridades que las que practicaba en su vida de ermitaño. Como en la Compañía no se le dejasen hacer tantas penitencias, ni estar todo el día en oración; firme él en su juicio de querer vivir á su modo sin sujetarse á la dirección y voluntad de los Superiores, despidióle el P. Pignatelli, y envióle, como deseaba Calini, á la Cartuja, no sin tenerle gran compasión, por verle expuesto á caer en muchos engaños é ilusiones¹.

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 39, pág. 217. — 25 de Julio de 1805.

CAPÍTULO VI

Sólida formación que el P. Pignatelli procura se dé á los novicios. — Virtudes que en él resplandecen. — Caridad con los súbditos enfermos. — Asprezas que en secreto practica. — Arrastra á los suyos con el ejemplo al ejercicio de las virtudes. — El novicio Pizzi mendigando con el Siervo de Dios por las calles de Nápoles. — Acuden en gran número y entre ellos personas de calidad á pedir la Compañía. — El P. Andrés Avogadro deja la mitra para volver á la religión. — Ensalza Dios con dones extraordinarios la humildad de su Siervo. — Extiende el Padre su solicitud á Parma y Cerdeña.

1805

Á la prudente elección de los sujetos añadía el P. Pignatelli la diligencia y el esmero en cultivarlos y formarlos segun el diseño de las constituciones. Para la dirección de los novicios escogió personas de acrisolada virtud, que más los amaestrasen con el ejemplo y las obras, que con muchedumbre de preceptos. Estableció que todos, en el momento mismo de entrar en la Compañía, hiciesen el mes de ejercicios, para que consolidaran bien la base de toda santidad por medio de las sublimes verdades que en aquellos se encierran; pues así como los ejercicios dieron el primer ser y forma á la Compañía, es indudable que han de sostenerla y conservarla en lo sucesivo.

Inculcaba muy de veras á quien tenía á su cargo la dirección de los jóvenes, que no agravase demasiado sus tiernas almas con daño de la salud espiritual y aun de la del cuerpo; sino que les

recibirle en casa, le remitió á Bolonia: y desde entonces tomó la resolución de no recibir en la Compañía súbdito alguno del Emperador.

Era inexorable con los novicios, que, si bien dotados de grandes prendas y muy deseosos de la perfección, mostraban alguna dureza de juicio y no se sujetaban á la dirección de los Superiores. Un hijo de la ilustre familia Calini, que había pertenecido algunos años á la Compañía ántes de su extinción, y dándose después á hacer largas peregrinaciones, estaba haciendo vida de ermitaño, cuando tuvo conocimiento de la existencia de la Compañía en Nápoles. Dejó al momento su retiro, voló á aquella corte, y por su humildad deseó y consiguió ser admitido para hermano Coadjutor, aunque no le faltaban talentos suficientes para hacerse sacerdote.

Cuantos le conocían, pensaban tener en Calini no solo un varon ilustre, sino un santo canonizable; y aun para esto creían que le bastara hacer con dependencia y consejo de los Superiores menos austeridades que las que practicaba en su vida de ermitaño. Como en la Compañía no se le dejasen hacer tantas penitencias, ni estar todo el día en oración; firme él en su juicio de querer vivir á su modo sin sujetarse á la dirección y voluntad de los Superiores, despidióle el P. Pignatelli, y envióle, como deseaba Calini, á la Cartuja, no sin tenerle gran compasión, por verle expuesto á caer en muchos engaños é ilusiones¹.

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 39, pág. 217. — 25 de Julio de 1805.

CAPÍTULO VI

Sólida formación que el P. Pignatelli procura se dé á los novicios. — Virtudes que en él resplandecen. — Caridad con los súbditos enfermos. — Asprezas que en secreto practica. — Arrastra á los suyos con el ejemplo al ejercicio de las virtudes. — El novicio Pizzi mendigando con el Siervo de Dios por las calles de Nápoles. — Acuden en gran número y entre ellos personas de calidad á pedir la Compañía. — El P. Andrés Avogadro deja la mitra para volver á la religión. — Ensalza Dios con dones extraordinarios la humildad de su Siervo. — Extiende el Padre su solicitud á Parma y Cerdeña.

1805

Á la prudente elección de los sujetos añadía el P. Pignatelli la diligencia y el esmero en cultivarlos y formarlos segun el diseño de las constituciones. Para la dirección de los novicios escogió personas de acrisolada virtud, que más los amaestrasen con el ejemplo y las obras, que con muchedumbre de preceptos. Estableció que todos, en el momento mismo de entrar en la Compañía, hiciesen el mes de ejercicios, para que consolidaran bien la base de toda santidad por medio de las sublimes verdades que en aquellos se encierran; pues así como los ejercicios dieron el primer ser y forma á la Compañía, es indudable que han de sostenerla y conservarla en lo sucesivo.

Inculcaba muy de veras á quien tenía á su cargo la dirección de los jóvenes, que no agravase demasiado sus tiernas almas con daño de la salud espiritual y aun de la del cuerpo; sino que les

allanase el camino, haciendo uso de los medios que con tan buen resultado había puesto él mismo por obra tantas veces, para allojar el arco y evitar los efectos de la demasia en los fervores.

Exigia que todos se sometiesen á las pruebas de costumbre, y se ejercitasen en el desprecio de sí mismos y del mundo, sirviendo á los de casa y á los enfermos del hospital en los oficios más abyectos y de mayor repugnancia; y él mismo, á pesar de sus graves ocupaciones, solía algunas veces en el año acudir á cárceles y hospitales ó pedir de puerta en puerta limosna por las calles de Nápoles.

No exceptuaba de semejantes obras de humillacion á los que de jóvenes habían pertenecido á la Compañía antigua y que ya á la sazón eran ancianos; antes bien deseaba que precediesen con el ejemplo, diciéndoles que no podía imponerles la obligacion de hacer de nuevo su noviciado; pero que tampoco podía eximirlos de la de emplear un año entero en la tercera probacion, que San Ignacio prescribe concluida la carrera, ya que no la habían hecho ántes de la supresion de la Compañía. Así que al recibirlos, les señalaba un buen director ó instructor, hombre espiritual, para que durante aquel tiempo los probara con mortificaciones y humillaciones, y les quitase todo el polvillo que en treinta años de vivir dueños de sí mismos en el mundo pudiera haber desfigurado su fisonomía religiosa.

Gustaba de que los novicios, aunque fuesen de la edad y autoridad del P. Fornasari¹, se hiciesen niños, ó como tales, por Cristo. «Quien desea ser jesuita,» deciales, «conviene que se haga violencia, y que se convierta en niño.» Y de sí mismo

¹ Entró de 51 años de edad en 24 de Octubre de 1805. Leía en rectorio cierto día, y sin preceder causa alguna, dióle por reír con tal ímpetu, que por más que se esforzó, no pudo contener la risa. Presidía á la mesa el P. Panizzoni, y allí mismo delante de todos le dio una solemne reprimenda. Terminada la segunda mesa, acercóse el Siervo de Dios al P. Fornasari, y preguntóle de qué reía. Respondió el novicio, que ni él mismo lo sabía. Entonces el P. Pignatelli le dijo: «Contentome de que os riáis: señal es que estáis contento.» (*Process. Romano*, fol. 97.)

decía á menudo: «Nosotros somos como niños, que no nos podemos mover sin el auxilio de otros¹.» Y añadía: «El ser jesuita no consiste en la forma del vestido, ni en vivir unidos en una misma compañía; sino en obrar y vivir conforme al espíritu del Instituto para trabajar en bien del prójimo².»

Quería que fuera tan uno este espíritu, que nunca admitió á ningun discípulo de Paccanari, si no era con condicion de que hiciese el noviciado segun las reglas de la Compañía³. Estos dictámenes, que ya vimos al P. Pignatelli practicar en el noviciado de Colorno, los tuvo fijos todo el tiempo de su vida y se gobernó siempre por ellos.

Gran número de súbditos suyos en Nápoles describieron más tarde en el proceso, que se formó en dicha ciudad, las prendas de alma y cuerpo de su Provincial con tanta viveza y precision, que parece lo ponen ante los ojos del lector. «Tenía siempre,» dice Rafael Niola⁴, que fue novicio, «tenía siempre la sonrisa en los labios y la calma en el rostro: era afable y lleno de caridad con los que encontraba.» El H. Antonio Autore⁵ asegura que «entre muchos Padres de grande ejemplo se distinguía el Padre Pignatelli por su mansedumbre, modestia, pobreza y vigilancia.» Cayetano Lanzetta depone que juntamente con un semblante jovial y que respiraba caridad, guardaba tal modestia de ojos, que los llevaba siempre bajos hasta el punto de no poderse distinguir de qué color los tenía⁶.

El P. Luis Tedesio, del Oratorio de San Felipe Neri, que trató con mucha intimidad al Venerable, se deshace en alabanzas de su moderacion y caridad en el gobierno⁷. Finalmente Bernardo Malenco, estudiante del colegio de Nápoles y discípulo

¹ *Process. Rom.*, fol. 86.

² *Ibid.*, fol. 90.

³ *Ibid.*, fol. 93.

⁴ *Process. Neapol.*, fol. 1023.

⁵ *Ibid.*, fol. 153.

⁶ *Ibid.*, fol. 169.

⁷ *Ibid.*, fol. 27.

de los PP. Tito Ceconi, Ángel Mai y Melchor del Giúdice, con quienes muchas veces había tenido conversacion sobre las virtudes del P. Pignatelli, asegura ser voz comun entre los jesuitas napolitanos, que su Provincial tenía un semblante imponente, manifestaba gran prudencia en sus resoluciones, era asiduo en el trabajo, infatigable, jovial y de un trato fino y amable¹.

Donde más campeaban su humildad y caridad era en el cuidado de los enfermos. Visitábalos uno por uno todos los días: aguardaba en la escalera al médico, le pedía cuenta del estado de cada enfermo, y ordenaba que se les proporcionase todo cuanto el facultativo prescribía². No se contentaba con estas diligencias; sino que él en persona se constituía su enfermero.

Hallándose con una angina el Hermano coadjutor Felipe Marcángelo Marchetti, «me trató,» dice él mismo³, «como si fuera él mi criado. Venía á cambiarme la camisa, mullíame la cama, limpiaba el vaso, y me prestaba todos los servicios que á él podían prestarse; no permitía que me faltase cosa de cuantas podía yo tener necesidad; y aun durante el tiempo de la noche, venía á preguntarme cómo me hallaba y si me faltaba algo.»

Otro Hermano novicio, tambien coadjutor, Jenaro Quattrocchi⁴, alaba la grande caridad, con que le trató el P. Pignatelli en una enfermedad que tuvo, á causa de un tumor que le salió en la rodilla. Dice que el Venerable le visitaba con frecuencia y despacio, y le hacía la cura, como si no tuviese otra ocupacion más que la de cuidarle á el. Y otro tanto hizo con uno que pretendía entrar en la Compañía, aunque por su débil salud no pudo ser admitido. «Estando yo enfermo,» dice⁵, «el Padre cuidó de traerme un médico de los de más nombrada, tomó á su cargo proveerme de cuanto necesitaba, y me asistió con cariño verdaderamente de padre.»

¹ *Process. Neapol.*, fol. 409.

² *Ibid.*, fol. 946.

³ *Ibid.*, fol. 978.

⁴ *Ibid.*, fol. 633.

⁵ *Ibid.*, fol. 170.

Solo de sí mismo descuidaba, y sentía ser pesado á los demás en sus enfermedades. Acometióle una vez un fuerte catarro; y para evitar molestias á los enfermeros, pidió se le trasladase á la enfermería comun: lo cual no le fue concedido, sino que se le hizo curar en su propio aposento¹.

El P. Luis Fornasari² observó que siendo el Venerable de casi setenta años de edad, él mismo se rasuraba sin espejo; y lo que es más, sin remojarse ni enjabonarse la barba. Jamás admitió fuego en su cuarto para calentarse en el rigor del invierno, siendo así que á otros Padres ancianos que lo necesitaban, se lo hacía admitir³. «No me permitía que le barriese el aposento,» dice el novicio Francisco Caraso⁴, «sino que él mismo se lo barría.» Tres veces al mes servía á la mesa⁵.

Un novicio, Pedro Salzano, observó que el Venerable sabía fingir admirablemente que comía, y dejaba la comida en el plato⁶. Una vez que su hermana la condesa de la Acerra le envió de regalo una fuente llena de requeson, el Padre fue repartiendo de él entre sus hermanos hasta que no quedó más que la fuente; y el Venerable, para poder decir que lo había probado, se contentó con recoger con el dedo algo de lo que con la cuchara no había podido sacar⁷.

Aunque se desvivía por servir á sus hermanos y por aligerarles la carga cuanto le era posible, deseaba que ellos fuesen muy mortificados y les hacía concebir alta estima y aprecio de los trabajos. «Muchas veces,» dice Francisco de Curtis⁸, á la sazón coadjutor novicio, «muchas veces, encontrándome por la casa, me preguntó: «H. Curtis, ¿ha padecido V. algo hoy?» Si yo

¹ *Process. Neapol.*, fol. 199.

² *Process. Rom.*, fol. 103.

³ *Ibid.*, fol. 799.

⁴ *Ibid.*, fol. 636.

⁵ *Ibid.*, fol. 1010.

⁶ *Ibid.*, fol. 1110.

⁷ *Ibid.*, fol. 136.

⁸ *Ibid.*, fol. 951.

le respondía que no, añadía él: «Mal día ha tenido.» Y si después le contaba yo algo adverso que me hubiese pasado, y lo había sufrido, me decía: «Hoy ha ido bien.»

Lo que procuraba en los demás, no lo descuidaba en sí el buen Provincial. Había en el colegio un subterráneo, y observaron los Padres, que el Siervo de Dios se entraba en él disimuladamente. Picóle á alguno la curiosidad de saber á qué iba á aquel oscuro lugar á tales horas. Observóle sin ser visto, y se espantó al oír los fieros golpes con que maceraba su debilitado cuerpo. Movido á piedad, dio cuenta á sus compañeros de lo que había oído, y arbitró con ellos un medio de estorbarle el que se pudiera ocultar en aquel escondrijo, mandando tapiar la puerta que á él conducía.

Así lo deponen el mismo maestro de obras¹, Josué Meglia, que era el encargado de las reparaciones y fábrica del edificio. «Cerré,» dice, «un subterráneo, al cual bajaba el buen Padre para azotarse con la disciplina de hierro todas las noches: y esto lo hice por mandato del prefecto de la fábrica, á fin de que el Siervo de Dios no pudiera hallar donde esconderse.»

Estas son las obras que salían al exterior, y daban testimonio del espíritu interior que vivificaba y movía aquella alma grande, la cual no suspiraba por otra cosa que por ver resucitado y vigoroso aquel primitivo fervor y observancia, que había de ser el nervio de la nueva Compañía y había de atraerla con abundancia las bendiciones del cielo. Y no ignorando que más mueve á la práctica de la virtud el ejemplo que las palabras, esmerábase en que á sus hijos no les faltara ninguno de estos dos alicientes para su perfección.

Precedíalos á todos en los más abyectos oficios de fregar, barrer, servir á los enfermos y ayudar al cocinero: por lo que nada tenía de extraño que atraídos los súbditos por Superior tan ejemplar, se sintiesen más animados cada día para ser perfectos, y no se economizasen en los trabajos y fatigas del minis-

¹ *Process. Neapol.*, fol. 957.

terio apostólico. Descubriase en todos una santa y generosa emulacion; y los más ancianos no se avergonzaban de someterse á los jóvenes y principiantes tras el ejemplo del P. Pignatelli; como se refiere, entre otros, del P. Juan Avogadro, de quien luégo se dirá, que no consintió jamás que un Hermano coadjutor le hiciese la cama y barriese el aposento. La sola vista del P. Pignatelli era bastante para sofocar en los corazones toda semilla de propia estimacion, todo apego á comodidades, todo afecto de respeto humano y de vergüenza, hija del amor propio.

Óigase en confirmacion de todo lo dicho lo que deponen el P. Tomás Pizzi, entonces novicio¹. «El ejemplo del P. Pignatelli era tan eficaz, que bastaba mirarle para emprender con denuedo la práctica de todas las virtudes. En una ocasion, siendo yo novicio en Nápoles, y ántes de pasar á enseñar en el colegio máximo, me mandó avisar que el día siguiente por la mañana estuviese á cierta hora en la portería con otro Hermano novicio, para salir á pedir limosna en compañía de su Reverencia². Al pronto me pareció que me alegraba de tener aquella ocasion de humillarme; pero cuando tuve que practicarlo, me hallé muy próximo á perder la vocacion.»

«Á la hora señalada bajamos á la portería, y nos encontramos ya allí al P. Provincial con tres alforjas en la mano; y al vernos, dijonos con cara de risa: «Iremos á pedir limosna por amor de Jesucristo;» y poniéndonos la alforja al hombro, nos mandó hincar de rodillas ántes de la imágen de San Ignacio y hacer un poco de oracion, ofreciendo aquella obra á mayor honra y gloria de Dios. Salimos á la calle: y él, que iba en medio de los dos, empezó á pedir limosna. Queríamos imitarle, pero el extremo rubor nos sacaba los colores al rostro: nos arrebatava aquel espíritu de humildad de que estaba penetrado nuestro

¹ Entró en 26 de Junio de 1805.

² P. BOERO, pág. 400. En el proceso romano, fol. 853, Luis Pancaldi dice que eran cuatro los novicios: el mismo Pancaldi, Pizzi, Antonio Luis Ferrarini, y el boloñés José Colliva. El hecho sucedió á fines de Octubre ó principios de Noviembre.

buen Superior; y lo que es para mí se paró tan mal el negocio, que estuve para abandonar la empresa y escaparme á casa.»

«Pedí limosna á alguna gente ociosa de las tiendas, y me hizo ver el demonio caras tan feas y miradas tan significativas, y oír tan secas repulsas, que por un momento me aparté de mis compañeros y me escondí entre unos coches que estaban parados en la calle; y allí me detuve á meditar un poco cómo podría escurrirme y volverme á casa. Pero mi buen Dios se compadeció de mi flaqueza y me socorrió en tan grave peligro, inspirándome un buen momento que mirase fijamente al P. Provincial, y considerase que no era de mi humilde condicion, sino de una de las más distinguidas familias del mundo; y su ejemplo fue bastante para ponerme en carril y sentirme capaz de exponerme con él á la más formidable prueba del amor propio.» Hasta aquí el Padre Pizzi.

Á pesar de haber puesto el P. Pignatelli con tanta rigidez el noviciado, no dejaba Dios de enviarle almas generosas que ardían en deseos de servirle con perfeccion. De toda Italia partían numerosos ex-jesuitas, así del país como extranjeros, deseosos de abrazarse de nuevo con su madre; y ofrecieron un espectáculo sobre manera grato á los ojos de Dios, y admirable á los del mundo, el cual no pudo menos de aturdirse á la vista de tamaña generosidad y constancia de afecto.

Más de treinta años habían transcurrido desde que lanzados con violencia al siglo, vivían en plena libertad y dueños de sí mismos, unos entre las delicias y comodidades de la poderosa casa paterna, otros en cargos honrosos y lucrativos, respetados del pueblo, amados de príncipes eclesiásticos y seculares, y en posesion de alta y bien merecida fama de literatos; y á pesar de todo esto, firmes siempre en su santo propósito, nada deseaban tanto como abandonar todas estas comodidades, y emprender de nuevo una vida austera, laboriosa y oscura en la Compañía de Jesús.

Tales eran los hombres que se presentaron ó enviaron sus cartas al P. Pignatelli suplicándole que los agregase á la Com-

pañía: y fueron tantos, que tuvo que irse á la mano en admitirlos. Á algunos, que estaban ya ligados á la cura de almas y prestaban notables servicios á la Iglesia, rehusó abiertamente recibirlos; á otros los remitió á mejor tiempo; y por último consoló á otros prometiéndoles ser admitidos cuando la Compañía se restableciese en todo el orbe con autoridad apostólica.

Los que de presente recibió, fueron los necesarios para cubrir las cargas del momento y nada más, teniendo tambien la mira á la renta anual de que se podía disponer para mantenerlos, y procurando que todos fuesen hombres de mérito singular, quién por un estilo, quién por otro.

El H. Santiago Annoni refiere á este propósito un dicho del Venerable, que demuestra lo seguro que estaba del pronto restablecimiento de la Compañía en toda la Iglesia. Dice así el citado Hermano: «Á algunos Padres, así españoles como americanos, que estaban en Roma, y habían pedido unirse á la Compañía restaurada en Nápoles, no les permitió que fuesen allá; y los exhortó á permanecer en Roma, diciéndoles que vendría tiempo, en que se tendria necesidad de ellos allí en Roma: con lo cual permanecieron tranquilos aguardando esta coyuntura que él les anunciaba. En efecto llegó la ocasion, en que hubo verdadera necesidad de echar mano de aquellos Padres, ya para enviarlos á España á petición del rey Fernando VII, ya para la apertura de las casas y especialmente del noviciado en Roma.»

Entre los personajes ilustres, que se incorporaron en la Compañía, es digno de particular mencion el ya citado P. Juan Andrés Avogadro. Nacido de familia patricia y senatoria en Venecia, y creado obispo de Verona por Pío VI después de la supresion de la Compañía, en que era ya profeso, regia con igual celo que prudencia su iglesia hacía muchos años, y de su nombre se conservó allí grata memoria por largo tiempo. Restaurada ahora la Compañía, suplicó á Pío VII le otorgase la licencia de hacer renuncia de su sede episcopal y entrar de nuevo en la religion; pero nada consiguió: pues el Papa, que conocía muy

bien las virtudes de tal prelado, se negó repetidas veces á complacerle. No por eso desistió el buen obispo; y tanto pidió y multiplicó cartas y súplicas, que al fin obtuvo el deseado Breve, en el cual dice el Pontífice, que *ægre ferique invite* le concede la licencia. Depuestas sin demora las insignias episcopales, voló á Nápoles, y vistió la sotana de la Compañía con indecible consuelo de su alma.

No fue este solo el que depuso la mitra para volver de nuevo al retiro de la Religión entre los trescientos que pidieron ser admitidos. Lo cual obligó al marqués de Tanucci, hijo del ministro, á exclamar: «Nada extraño es que muchos abracen la religion para llegar al episcopado; pero es cosa inaudita que obispos abandonen su dignidad para hacerse jesuitas.»

Volviendo un día á casa el ya P. Avogadro con el P. Pignatelli, empezó á encomiar la union, paz, orden y observancia que florecía entre los Padres de las casas de Nápoles; y dirigiéndose al P. Provincial, le dijo: «Todo se debe á V. R., que hace tanto por nosotros.» Ruborizóse á estas palabras el modesto Padre, y con aire de disgusto le respondió: «Callad, por amor de Dios, Padre mio, que vuestras palabras me ofenden;» y prosiguió diciendo mil cosas en desprecio propio.

Pero ya que tanto se despreciaba á sí mismo el humilde Padre, tomaba Dios por su cuenta el ensalzarle á los ojos de sus súbditos con la operacion de milagros y el conocimiento de los corazones. Entre los milagros escogeré dos comprobados por muchos testigos. Este año de 1805 el H. Santiago Annoni, cocinero en el colegio de Nápoles, padeció una fuerte fluxion en la cabeza, que no curada á tiempo, le cayó al ojo izquierdo, y le dejó casi ciego, y con tan terrible incomodidad por la accion de la luz, y con tan vehementes dolores, que tuvo que meterse en cama y permanecer siempre á oscuras. Observáronle los médicos y cirujanos; y convinieron en que tenia una catarata, y que era preciso dejarla madurar para hacerle la operacion.

Condujéronle en tal estado á la casa profesa; y encontrándose con el P. Pignatelli, este le exhortó á que confiara en Dios, y le

prescribió que se lavase el ojo enfermo con sola agua natural. Obedeció el Hermano, y en breve tiempo recobró la vista y se puso bueno. Por esta y por otras semejantes pruebas, de que tenían experiencia, estaban siempre prontos y atentos todos los de casa á ejecutar exactamente lo que les ordenaba el Siervo de Dios: porque sabían que el Señor acudía con prodigios á hacer eficaces sus palabras.

Más admirable es aún el otro suceso. Andaba el H. José Lausal¹ buscando un devoto niño Jesús para exponerle á la veneracion en la iglesia; y habiéndole dicho que el P. Provincial tenia uno de grande mérito y muy precioso, se resolvió á pedirselo. El P. Pignatelli, que era devotísimo de la santa infancia de Jesús y tenía en mucho aprecio aquella efigie, mostró al principio un poco de disgusto en privarse de ella, especialmente en aquellos días de Navidad; pero al fin vencido de las repetidas súplicas del Hermano, se la cedió, encargándole que tuviese gran cuidado con ella, y á su tiempo se la devolviese como la llevaba.

Colocado el santo Niño en el altar mayor de la iglesia, un día le cayó encima un candelero muy pesado, que le hizo añicos; y el pobre H. Lausal, que todo se lo esperaba menos aquello, recogió los pedazos en un pañuelo, y con grande confusion fue á presentárselo al P. Provincial y contarle lo sucedido. El santo varon, al ver aquel destrozo, se conmovió, y dijo al Hermano: «¿No os lo decía yo que me ibais á romper el Niño? Pero vamos: hagamos oracion.»

Rezaron algunas preces: y al concluir las, tomó el Padre en las manos aquellos pedacitos, y acercándolos unos á otros, los reunió todos, ó mejor dicho, ellos se reunieron de tal manera, que de repente apareció la estatuita tan entera como ántes; á cuya vista el Hermano quedó como atónito, y no pudo menos de decir al Padre: «V. Reverencia acaba de hacer un milagro.» Entonces

¹ Nació en 27 de Mayo de 1753, y entró en la Compañía á los 27 de Setiembre de 1805, de 52 años de edad, segun el Catálogo impreso en Roma en 1815.

el Siervo de Dios le convidó á dar gracias al cielo, y le mandó en virtud de santa obediencia que no descubriese á nadie aquel suceso mientras él viviese.

Contaba el ya citado P. Tomás Pizzi, que siendo novicio en Nápoles, varias veces le había llamado á parte el P. Provincial Pignatelli y preguntádole cómo estaba; y al oír la respuesta que «muy bien,» replicaba el Siervo de Dios: «No; de cuerpo estáis bien, pero de alma no es así:» y descubriale toda la llaga que se escondía en su seno.

Otra vez fue dicho P. Pizzi en busca del P. Mozzi para exponerle una duda de conciencia, que le daba mucho que hacer; y hallando en su aposento al P. Pignatelli, hizo ademán de marcharse para no estorbarlos; pero el Padre no le dio tiempo; y mandándole entrar, le miró fijamente, se sonrió, y le dijo: «No tengáis cuidado, que es un escrúpulo.» Fuese por cortedad ó por otro miramiento, el buen novicio fingió no entender la frase y tener que hablar de otras cosas con el P. Mozzi; y así rogó al P. Provincial que se quedase allí, que él volvería, porque la cosa no era urgente. Entonces el P. Pignatelli, «Sea lo que fuere,» dijo, «os dejo en libertad; pero sabed que es un escrúpulo:» con lo que el novicio, sabedor de lo que le pasaba por dentro, quedó no poco corrido.

La solicitud del Siervo de Dios se extendía no solamente á los que en la actualidad eran súbditos suyos, sino también á los que lo habían sido en tiempos anteriores. Pruébalo la siguiente carta al P. Venturi, vuelto de Polotsk á Odessa, de donde había pasado á Tina¹. Dice así: «Nápoles, 7 de Octubre de 1805. — Muy Rev. en Cto. Padre. — P. C. — Día de particular consuelo fue para mí el Domingo 6 del corriente, en que recibí la muy apreciada carta de V. R., fechada en Odessa el 30 de Julio [11 de Agosto]. Desde mucho ántes de su partida de Polotsk no había recibido carta de V. R. Supe sí que estaba destinado á Odessa, y sucesivamente cuánto se dignaba el Señor bendecir sus fatigas

¹ Tina ó Tino, isla cercana á Sira en el Archipiélago griego.

y santo celo en el cultivo de aquella su viña; por lo cual di gracias á la divina Bondad, deseándole aquellas bendiciones del cielo que V. R. puede pensar.»

«Hoy veo su nueva destinacion á Tina. El terreno no es malo: espero que dará fruto la santa semilla que por mano de V. Reverencia sembrará el cielo. Estaremos más cerca: y quién sabe si por la vía de Venecia podremos entablar alguna correspondencia. Voy á probarlo desde la semana que viene. Entretanto dirijo estas cuatro líneas á Polotsk, como V. R. me indica.»

«Al P. Nicolás Grassi, que está de maestro en el colegio de Nobles en Parma, enviaré las memorias de V. R. A Mai y Cavazza, se las he dado aquí. Cavazza este mes tendrá que pasar á Palermo: Mai quedará aquí: ambos, maestros de humanidades. El P. Panizzoni, que está en esta casa profesa, devuelve á V. Reverencia sus cordiales saludos; y yo, remitiéndome á la que le enviaré por Venecia á Tina, en la cual le daré más noticias, me encomiendo en sus santos sacrificios, y quedo siempre = de V. R. = Indigno Siervo en Cristo = JOSÉ PIGNATELLI.»

No se limitaba la accion del P. Pignatelli á solo el reino de Nápoles, sino que se extendía al ducado de Parma, de donde había salido, y al reino de Cerdeña, en que se trataba de restablecer la Compañía. A Parma, como vimos, habían pasado algunos Padres¹ para sustituir en la enseñanza á los que de allí habían ido á Nápoles, con algun disgusto de los franceses, aunque el nuevo estado de cosas ofrecía allí poca ó ninguna seguridad.

En efecto: el 15 de Julio escribía el P. Luengo², que ya el imperio francés se había agregado el ducado de Parma, Plasencia y Guastalla, y luégo se apoderó de todos los bienes eclesiásticos; y en 8 de Setiembre añade, que si bien se conservaba el seminario de nobles, trasladado á la ciudad de Parma; pero á los convictorios de Parma, Plasencia y San Donnino se les ha-

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 39, pág. 142.

² *Ibid.*, págs. 198 y 203.

bían retirado las pensiones señaladas por el difunto duque, que eran de tres mil reales por persona¹.

A principios de Setiembre estuvo en Nápoles el rey de Cerdeña Víctor Manuel, que desde mucho tiempo residía en Gaeta. Fuele á visitar el P. Pignatelli, acompañado de los PP. Biasini y Andrés, y fueron recibidos del bondadoso rey con mucho agrado², quedando desde entonces reanudada la antigua amistad contraída con dicho monarca por el P. Pignatelli en la corte de Turin.

El resultado de esta entrevista se vio al cabo de poco tiempo. Á fines de Noviembre pasó desde Cáller á Nápoles el P. Piras á tratar con el P. Pignatelli del restablecimiento definitivo de la Compañía en aquel reino, por el cual suspiraban con vivas ansias los reyes de Cerdeña³. Diéronse buenas esperanzas; pero los acontecimientos que á no tardar se realizaron en el reino de Nápoles, obligaron al P. Pignatelli á suspender la obra á que iba á dar principio en la isla de Cerdeña.

Ya por este tiempo asomaban en el horizonte napolitano algunos nubarrones, tristes presagios de próxima tormenta. En 20 y 21 de Noviembre desembarcaron en aquel reino millares de ingleses y rusos, coligados contra el emperador francés, y se esperaba el desembarco de otros. Aunque protestó el rey Fernando que quería conservarse neutral, dióse por ofendido Bonaparte, y desde luégo se entendió el peligro de próxima guerra y de nuevos trabajos para los jesuítas⁴. Colocaron estos su esperanza en el cielo y en la proteccion del P. Francisco de Jerónimo, sobre cuyos milagros se intimó una Congregacion el 3 de Diciembre de este año de 1805⁵.

¹ P. LUENGO, *ibid.*, pág. 284.

² *Id.*, *ibid.*, pág. 291.

³ *Id.*, *ibid.*, pág. 470.

⁴ *Id.*, *ibid.*, págs. 402 y 476.

⁵ *Id.*, *ibid.*, pág. 435.

CAPÍTULO VII

Amenazas de Napoleon á los reyes de Nápoles. — Entereza del Padre Pignatelli. — Huye la corte á Sicilia. — Entrada de José Bonaparte en Nápoles. — El Siervo de Dios y los alojados en la casa profesa. — Visita de los Superiores de las órdenes religiosas al nuevo rey. — Reflexiones acerca de la futura suerte de los jesuítas napolitanos. — Conducta del P. Pignatelli. — Beatificacion del Ven. P. Francisco de Jerónimo. — Ármanse asechanzas á los jesuítas. — Fallecimiento de la condesa de la Acerra. — Disposiciones poco favorables del Gobierno. — El P. Juan Andrés, custodio de la biblioteca real. — El juramento de fidelidad al nuevo rey. — Buena disposicion de este con los jesuítas. — Una carta del Siervo de Dios.

1806

Cuando con más próspero viento seguía su curso la Provincia de Nápoles, vinieron á realizarse los tristes presentimientos y temores de una terrible y ya próxima borrasca. Habíase formado contra Napoleon, nuevamente erigido en emperador, la coalicion formidable de Inglaterra, Rusia, Austria y Suecia, á las cuales potencias se había unido Nápoles á instancias de la reina Carolina.

Enojado el emperador, le dirigió la siguiente amenaza: «Á la primera guerra de que V. M. sea causa, V. M. y sus descendientes habrán dejado de reinar, y vuestros hijos errantes mendigarán el socorro de sus parientes por las diversas comarcas de Europa.» Y como en el tratado de Presburgo exigiera Austria

bían retirado las pensiones señaladas por el difunto duque, que eran de tres mil reales por persona¹.

A principios de Setiembre estuvo en Nápoles el rey de Cerdeña Víctor Manuel, que desde mucho tiempo residía en Gaeta. Fuele á visitar el P. Pignatelli, acompañado de los PP. Biasini y Andrés, y fueron recibidos del bondadoso rey con mucho agrado², quedando desde entonces reanudada la antigua amistad contraída con dicho monarca por el P. Pignatelli en la corte de Turin.

El resultado de esta entrevista se vio al cabo de poco tiempo. Á fines de Noviembre pasó desde Cáller á Nápoles el P. Piras á tratar con el P. Pignatelli del restablecimiento definitivo de la Compañía en aquel reino, por el cual suspiraban con vivas ansias los reyes de Cerdeña³. Diéronse buenas esperanzas; pero los acontecimientos que á no tardar se realizaron en el reino de Nápoles, obligaron al P. Pignatelli á suspender la obra á que iba á dar principio en la isla de Cerdeña.

Ya por este tiempo asomaban en el horizonte napolitano algunos nubarrones, tristes presagios de próxima tormenta. En 20 y 21 de Noviembre desembarcaron en aquel reino millares de ingleses y rusos, coligados contra el emperador francés, y se esperaba el desembarco de otros. Aunque protestó el rey Fernando que quería conservarse neutral, dióse por ofendido Bonaparte, y desde luégo se entendió el peligro de próxima guerra y de nuevos trabajos para los jesuítas⁴. Colocaron estos su esperanza en el cielo y en la proteccion del P. Francisco de Jerónimo, sobre cuyos milagros se intimó una Congregacion el 3 de Diciembre de este año de 1805⁵.

¹ P. LUENGO, *ibid.*, pág. 284.

² *Id.*, *ibid.*, pág. 291.

³ *Id.*, *ibid.*, pág. 470.

⁴ *Id.*, *ibid.*, págs. 402 y 476.

⁵ *Id.*, *ibid.*, pág. 435.

CAPÍTULO VII

Amenazas de Napoleon á los reyes de Nápoles. — Entereza del Padre Pignatelli. — Huye la corte á Sicilia. — Entrada de José Bonaparte en Nápoles. — El Siervo de Dios y los alojados en la casa profesa. — Visita de los Superiores de las órdenes religiosas al nuevo rey. — Reflexiones acerca de la futura suerte de los jesuítas napolitanos. — Conducta del P. Pignatelli. — Beatificacion del Ven. P. Francisco de Jerónimo. — Ármanse asechanzas á los jesuítas. — Fallecimiento de la condesa de la Acerra. — Disposiciones poco favorables del Gobierno. — El P. Juan Andrés, custodio de la biblioteca real. — El juramento de fidelidad al nuevo rey. — Buena disposicion de este con los jesuítas. — Una carta del Siervo de Dios.

1806

Cuando con más próspero viento seguía su curso la Provincia de Nápoles, vinieron á realizarse los tristes presentimientos y temores de una terrible y ya próxima borrasca. Habíase formado contra Napoleon, nuevamente erigido en emperador, la coalicion formidable de Inglaterra, Rusia, Austria y Suecia, á las cuales potencias se había unido Nápoles á instancias de la reina Carolina.

Enojado el emperador, le dirigió la siguiente amenaza: «Á la primera guerra de que V. M. sea causa, V. M. y sus descendientes habrán dejado de reinar, y vuestros hijos errantes mendigarán el socorro de sus parientes por las diversas comarcas de Europa.» Y como en el tratado de Presburgo exigiera Austria

que en él se comprendiese á Nápoles, repuso Napoleon: «No: ya no hay remedio: la reina Carolina dejará de reinar en Italia.» «Suceda lo que quiera,» añadía escribiendo á Talleyrand, «no la mencionéis en el tratado; porque tal es mi voluntad¹.»

Esto decía en 26 de Diciembre de 1805 y á principios de Enero del año siguiente estuvo Nápoles en completa revolucion y dividida en facciones.

En esta ocasion el P. Pignatelli dio un ejemplo de aquella santa libertad y entereza con que sabía mostrarse superior á las potestades de este mundo, como lo había hecho en Parma algunos años atrás con el difunto duque. He aquí las palabras con que refiere el hecho el cardenal Luis Lambruschini, secretario de Estado. «Contándome,» dice², «un día la calamidad de Nápoles y las angustias en que se hallaban el rey Fernando y la reina Maria Carolina, por causa de la próxima invasion de los franceses, «yo les respondía,» decíame, «es preciso que Vuestras Majestades se pongan en paz con el Vicario de Jesucristo, si quieren estar en paz con Dios y que cesen los castigos.»

Tarde llegaba el consejo del Siervo de Dios: ni daba lugar á los reyes para ponerlo por obra la rapidez con que el ejército invasor se precipitaba sobre aquel desventurado reino, en el cual eran en gran número las personas de influencia y autoridad que profesaban las máximas de la revolucion.

Un poderoso ejército acaudillado por José, hermano de Napoleon y declarado rey de Nápoles por este repartidor de tronos ajenos, amenazaba las fronteras del reino por Ferentino: Masena, siempre arrojado y feroz, penetraba en el reino sin hallar apenas obstáculos, recorría á su antojo las provincias y se apoderaba de ellas una por una. Nápoles temblaba entretanto con la noticia de la proximidad del enemigo, y más que nadie temía la corte, que era el blanco principal del usurpador: por lo que, reunido á toda prisa el consejo real, se resolvió que el rey con

¹ GEBHART, *Hist. gen. de España*, Tomo VI, Cap. XII.

² *Process. Rom.*, fol. 1139.

su familia, el tesoro y la flor de las milicias se refugiasen cuanto ántes en Sicilia, lo que se verificó el día 23 de Enero. No habían transcurrido veinte días cuando ya la hueste francesa estaba bajo los muros de la ciudad de Nápoles, que se rindió, y el día 13 de Febrero entró José pomposamente á caballo rodeado de sus generales y se proclamó rey de Nápoles.

No tardaron las órdenes religiosas á sentir los efectos de esta invasion del ejército francés. Óigase á este propósito lo que en el proceso romano depone el H. Domingo Cademarchi por estas palabras: «Acuérdome,» dice¹, «que al entrar los franceses en Nápoles, se alojaron en nuestra casa con unas maneras poco delicadas unos veinte, entre comandantes y oficiales: él [el P. Pignatelli] lejos de oponerse á aquella tropelía, los recibió cortésmente, les señaló un departamento muy cómodo y aderezado con los muebles necesarios, los provuyó de comida más que suficiente, haciendo que en un comedor separado les presentasen cuatro ó cinco platos, algunos de ellos escogidos; con lo cual quedaron contentos de la hospitalidad. Duró esto más de un mes; y tuvo el Siervo de Dios la satisfaccion de habérselos ganado, pues salieron edificados de la virtud y caballeridad del P. Pignatelli.»

Francisco de Curtis, en aquella sazón Hermano coadjutor novicio de la Compañía, y después de la expulsion de Nápoles religioso lego de la orden de San Francisco, asegura² que tuvo el Siervo de Dios muchísimo que padecer en aquella ocasion, ya por la fatiga que le produjo el acomodar en breve tiempo seis habitaciones para alojar á los oficiales y á algunos soldados, ya principalmente por las vejaciones de que fue objeto por parte de ellos; pues «fue tanta,» dice, «su audacia é insolencia, que parecía iban á estrellar contra las paredes aun á aquel pacientísimo varon; pero el Venerable,» continúa, «sufrió el atropello con paciencia y caridad.»

¹ *Process. Rom.*, fol. 645.

² *Process. Neapol.*, fol. 943.

Tales principios de una dominación extranjera y de un gobierno intruso, fundado en solo el derecho de la fuerza bruta y en las máximas de la revolución antirreligiosa, hacían temer gravísimas calamidades para lo porvenir. A pocos días de haber entrado José Bonaparte en Nápoles, se le presentaron los Superiores de las órdenes religiosas, y entre ellos el P. Provincial José Pignatelli.

De lo que en esta visita pasó, da cuenta el P. Luengo: y sobre la suerte, que á la Compañía amenazaba, hacía en 27 de este mismo mes, doce días después de la entrada del intruso, tan acertadas reflexiones, que más parece referir sucesos presentes, que prever los que están por venir y que no tardaron á realizarse.

Dice, pues, así: «Hasta ahora en Nápoles no se pasa en punto de Regulares de algunas ceremonias exteriores y de puro cumplimiento. Todos los primeros Superiores de todos los órdenes Religiosos, y entre ellos nuestro Provincial Pignatelli, acompañado del P. Juan Andrés, se presentaron como á dar la obediencia al príncipe José Bonaparte. Les recibió Su Alteza muy bien¹, y les dijo, como ellos acostumbran en estas ocasiones, algunas expresiones generales en orden á no mezclarse en las cosas del gobierno, y en cuanto á inclinar á los pueblos á la quietud y al nuevo orden de cosas. Á los Jesuitas les hizo en particular algunas preguntas sobre su instituto y ocupaciones; y se maravilló mucho de que fuesen españoles, y se hubiesen hecho jesuitas en Nápoles.»

«La persuasión sola de que en el primer día, que entrasen en Nápoles los franceses serían todos echados por tierra, puede ser la causa de que hayan quedado muy consolados y alegres con esta primera visita ó audiencia del príncipe José; y algunos se explican con grande esperanza de que nada padecerán con

¹ *Diario*, Tomo 40, pág. 65. Febrero 27 de 1806.

² «Los recibió con grande afabilidad y buen semblante.» *Process. Neapol.*, fol. 153.

esta mudanza de gobierno. Pero es una manifiesta ilusión y engaño, y muy parecido al del comun de las gentes, que aun después de tantas experiencias de lo contrario, creen ser felices con el presente gobierno francés.»

«Si los franceses llegan á verse en pacífica posesión de todo el reino, y en estado de no temer el gran pueblo de Nápoles, tratarán al clero regular de uno y otro sexo, y aun al secular, del mismo modo que le tratan en todas partes, llevando adelante con mayor ó menor prontitud el sistema filosófico de religión, reduciéndole á pocos obispos y pocos párrocos, y todos pobres y asalariados por el gobierno'.»

«Y no será extraño que en esta opresión general de todos los órdenes religiosos hagan el honor á los jesuitas de distinguirlos, oprimiéndoles ántes que á los demás. Para esto, sin contar con otras cosas, tienen un pretexto, á su parecer justo, en su dependencia de un general, no como quiera extranjero, sino ruso, y que reside en la misma corte de Rusia. No adelantemos con nuestros temores las desgracias, y dejémoslas venir por sí mismas, y entonces las notaremos, y haremos sobre ellas las reflexiones que nos parezcan oportunas.»

Cuán acertadas fuesen estas reflexiones del P. Luengo, demostráronlo los sucesos que á no tardar se verificaron: y que lo mismo previó desde luego el P. Pignatelli, lo prueba un hecho que refiere Cayetano Lanzetta², residente á la sazón en la casa profesa con el Venerable.

Dice así: «Seis meses ántes de la expulsión llamó á su aposento uno por uno á todos los Hermanos, y á cada uno entregó veinte ducados bajo secreto natural.» Dioles aquella cantidad para que en caso de un destierro repentino tuviesen con que trasladarse á otro punto; y exigió secreto, para que con ocasión de aquella medida no entrasen en temor y sobresalto.

¹ «Se dijo en la corte, que Napoleon había mandado decir, que quería pocos sacerdotes, ningun fraile, y todos soldados.» *Process. Neapol.*, fol. 670.

² *Process. Neapol.*, fol. 179.

En la incertidumbre de su propia suerte y de la de sus súbditos, lo primero que hizo, fue recomendar á todos una gran reserva en obras y palabras, para no dar motivo de delacion ó de vejaciones: les prescribió que, como hasta entonces habían hecho, se ocuparan únicamente en los ministerios espirituales con todo fervor; que tratasen con las personas de fuera solamente de las cosas del alma segun su profesion, y que cuando fuesen interrogados capciosamente sobre los recientes cambios políticos, se evadiesen, diciendo que para las cosas del César hay que acudir á los ministros del César, y para las cosas de Dios á los de Dios.

Bien se echó de ver cuán prudentemente opinaba en esta parte: porque empezaron á circuír y visitar las diversas casas de jesuítas, personas, que bajo varias formas y apariencias, pero siempre con rostro y continente de leales amigos, procuraban sondearlos y sacarles una sola palabra, un ademan, un gesto, que les diese ocasion para acusarlos y hacer que los desterrasen del reino.

En medio de la continua zozobra, en que tenía al P. Pignatelli la inseguridad de su Provincia, fuele de sumo consuelo la esperanza de la próxima beatificacion del apóstol de Nápoles, el Ven. P. Francisco de Jerónimo, llevada á cabo por Su Santidad á instancias de los Padres de la Compañía: entonces se le cumplieron al Siervo de Dios los antiguos deseos de ver glorificado á su especial protector, y en él á la Compañía, su madre, que tales héroes daba al mundo y tales santos á la Iglesia.

Veía además en este acto un testimonio público y solemne del verdadero amor, que á la Compañía profesaba el Sumo Pontífice: el cual por ventura se determinó á llevar á término la causa de la beatificacion, por tanto tiempo suspendida, solamente para deshacer la sospecha, en que algunos estaban, de que le interesaba poco la suerte de la Compañía, puesto que exteriormente no le manifestaba aquella benevolencia que ellos deseaban, antes al contrario daba señales que parecían indicar alguna aversion. No consideraban los tales, que el Papa no podía

hacer otra cosa en vista de la constante opresion en que le tenían los ministros de España y Francia: y para quitarles tal sospecha era muy suficiente el acto que ahora hizo de elevar al honor de los altares al Ven. P. Francisco.

En efecto: el día nueve de Febrero, Dominica de Sexagésima, publicó S. S. el decreto sobre los milagros del Ven. P. Francisco de Jerónimo. Entre las varias personas, que asistieron á la ceremonia de la publicacion del decreto, fue uno el rey pasado de Cerdeña, Carlos Manuel. «Mostraba,» dice el P. Luengo «una singular piedad y devocion, y no podía disimular su gran consuelo por la exaltacion de este venerable jesuíta: y no se debe extrañar, siendo cierto que tiene verdaderos deseos de entrar en la Compañía en el humilde grado de coadjutor temporal; y solo deja de ejecutarlo porque el Papa y otros le detienen, por las críticas circunstancias de los tiempos¹.»

Al llegar á Nápoles la noticia de tan fausto acontecimiento, y teniendo ya por cierta y segura la Beatificacion del Siervo de Dios, «el P. Provincial José Pignatelli abrió,» dice el citado escritor², «y reconoció el cuarto ó aposento, en que por muchos años vivió el P. Francisco, y está en aquella casa profesa, llamada del Jesús Nuevo.....»

«Y en estos siete ú ocho meses que han pasado desde que volvieron á tomar posesion de ella, no se había tocado para nada aquel cuarto ó aposento. El P. Provincial le pinta como un aposentillo pequeño, húmedo y obscuro; y parece que no tiene más luz que la de una ventanilla al tránsito, en lo cual se ve un grande espíritu de humildad y pobreza. Al instante se entró en el pensamiento de limpiarle y asearle; y al tiempo de la solemne beatificacion estará convertido en una capilla devota.»

Todas las delicias del P. Pignatelli eran pasarse largas horas en oracion dentro del sagrado recinto, en que le parecia respirar el suave perfume de las virtudes del nuevo Beato, y sentía como

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 40, pág. 40.

² *Ibid.*, pág. 40.

que se le comunicase su celo de la gloria de Dios y de la salvación de las almas. Veíasele día y noche retirarse á aquel lugar de refugio, y permanecer en él, aun con daño de su salud, pues lo húmedo del sitio le atacaba la cabeza y le resfriaba.

Es tradicion constante de varios escritores, que tres veces se apareció visiblemente el santo Padre Francisco de Jerónimo al P. Pignatelli en aquel sagrado retiro, y le pronosticó uno por uno los varios desastres que habían de sobrevenir á él y á su Provincia napolitana, mandándole que cuando saliese de Nápoles, llevara consigo sus restos venerables¹. Solía el Siervo de Dios decir á su compañero el H. Grassi: «Me parece que el único fin que se ha propuesto Dios al llamarnos á Nápoles, ha sido para ultimar la beatificación del P. Francisco de Jerónimo.»

El 26 de Febrero la Congregacion de Ritos expidió el decreto de *Tuto procedi potest* en la causa del Ven. P. Francisco; y el día de San José, 19 del próximo mes de Marzo, Pío VII publicó el decreto de beatificación en su capilla papal. Extendió luégo el breve de beatificación, dejando á los interesados la eleccion del día de la fiesta solemne en la basilica de San Pedro.

Hubo en esto diversas opiniones. El P. Pignatelli, con muchos cardenales y el mismo Pontífice, querían que se celebrase lo más pronto posible, por razon de los malos tiempos: así ordenó el P. Pignatelli que se hiciese, y varios amigos de la Compañía ofrecieron generosamente sufragar los gastos de la fiesta. El postulador y el abogado de la causa preferían diferir la fiesta hasta Setiembre. Por fin tomóse un término medio, celebrándose el 11 de Mayo, aniversario de la muerte del nuevo Beato, de lo cual se alegró el Soberano Pontífice².

Á este feliz acontecimiento tan del gusto del P. Pignatelli añadióse otro no menos favorable, ocurrido en Parma. Al gobernador francés Moureau sucedióle en aquel gobierno Mr. Junot,

¹ Relacion de la traslacion solemne del sagrado cuerpo del Beato Francisco de Jerónimo. Nápoles, 1822, pág. 14.

² *Process. Rom.*, fol. 218.

³ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 40, págs. 127-132.

el cual visitó los estudios de Plasencia precisamente en ocasion que estaban en clase los estudiantes. Recorrió todos los departamentos, acompañado de los Padres, con muestras de satisfaccion, lo cual dio ánimos á los directores para representarle que se los había privado de las rentas señaladas por el difunto duque para su mantenimiento.

Tambien visitó el seminario de nobles de Parma, y dio señales de más agrado todavía que en Plasencia, especialmente al advertir que no era solo teología lo que en él se enseñaba, sino las ciencias físicas y exactas, que son las más apreciadas de los que no conocen la alteza y utilidad de la ciencia teológica. Quedó Junot tan complacido, que mandó que aquel seminario se llamara en adelante «Colegio Imperial».

Entretanto en la ciudad de Nápoles infestaban secretos espías las calles y plazas y habitaciones; y llegó su audacia hasta pretender abusar del sacramento de la penitencia para tender asechanzas y armar emboscadas á los confesores. Todo sin embargo fue inútil respecto á los Padres de la Compañía, quienes, con el auxilio de Dios y la vigilancia de su santo Superior, burlaron la malicia de aquellas gentes.

Llegó á oídos del P. Pignatelli haber cierta persona referido públicamente en una sala del palacio real, que toda una mañana se había ocupado en recorrer las casas de los jesuitas, y hacerles varias preguntas capciosas y llenas de doblez, ya en particular, ya á varios juntos, y que nada había conseguido, y ni uno solo había cogido en el lazo; y el buen Padre dio primeramente á Dios las debidas gracias, y después á sus hijos en la recreacion comun, animándolos á desconfiar de sí mismos, á poner toda su confianza en Dios, y á que se mantuviesen firmes en su propósito de guardar prudente reserva.

Perdida, pues, toda esperanza de arruinar á los Padres por este camino, pareció que se los dejase en paz: la nueva corte comenzó á dar indicios de que los estimaba; y aun corrían voces

¹ P. LUENGO, *ibid.*, pág. 101.

de que los quería conservar como los más á propósito para la educacion de la juventud y utilidad del pueblo. No distaban mucho de opinar así los principales ministros: y llegaron á manifestar que estaban prontos á abogar por los Padres en el consejo, dado caso que se levantase alguna borrasca. Ni contribuyó poco á esta favorable opinion de los Padres el fervor con que se ocupaban durante la cuaresma en los ministerios á favor de los prójimos en las iglesias, en las misiones, en las cárceles y hospitales, donde trabajaron con tanto celo y no menor fruto que el año anterior¹, sobresaliendo entre todos el P. Avogadro.

Juntamente con el cambio de gobierno, le sobrevino á la naciente Provincia de Nápoles otra no menos grave tribulacion, que fue la muerte de la condesa de la Acerra, hermana del P. José, y verdadera madre de los jesuitas napolitanos. Así lo escribía el P. Luengo el día 25 de Marzo de este año de 1806.

«En Nápoles,» dice², «han tenido aquellos jesuitas, y especialmente el P. Provincial Pignatelli, una pérdida, muy sensible. Como á la mitad de este mes murió en aquella ciudad la señora Pignatelli, hermana del dicho Provincial, que casada con algun señor napolitano ha vivido muchos años en esa corte. Al instante su hermano el Provincial con arreglo á lo ordenado en el instituto sobre sufragios por los bienhechores, ha ordenado que digan por ella cinco misas los Sacerdotes, y los Coadjutores cinco coronas; y lo mismo harán los jesuitas de Palermo, perteneciendo á la misma Provincia, cuando les llegue allá la noticia de su muerte, y el órden del Provincial; y todos debemos encomendarla mucho al Señor, aunque no nos obligue el dicho órden, no estando unidos á aquel cuerpo de Provincia; porque ha sido muy insigne bienhechora de la Compañía de Jesús, nuestra estimadísima madre, y en tiempos y circunstancias muy delicadas y muy criticas.»

«Ya insinuamos aquí un oportuno regalo suyo para la fiesta

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 40, págs. 101 - 103.

² *Ibid.*, págs. 98 y 99.

de San Ignacio. Pero esto es lo menos, y aun nada, en comparacion de los muchos socorros que les ha dado en sus muchas angustias y aprietos y absoluta falta de medios para subsistir¹. Esperan que en este particular suplirá la falta de la difunta, una sobrina del mismo Provincial, que vive en Nápoles, y será hija de la hermana²; pues la representan igualmente bien animada para con la Compañía, y para con su tío el Provincial, que la que han perdido; y debe de tener medios suficientes para poderles socorrer.»

«Y ¿cuánto les habrá socorrido la duquesa viuda de Villahermosa, señora riquísima y apasionadísima de la Compañía de Jesús, y de su tío el Provincial de Nápoles? Algun día se sabrá, y por ahora solo podemos decir en general, que atendidas las circunstancias de esta señora, y las de la Compañía en Nápoles, necesariamente ha sido mucho, y continuará en adelante. Tengo por tanto por indubitable, que por solas estas personas de su familia ha contribuído tanto el Provincial Pignatelli al restablecimiento y conservacion de la Compañía en Nápoles, que sin sus socorros, no hubiera podido ir adelante, ó se hubiera reducido á muy pocos sujetos.»

«Ni se puede tampoco dudar, de que otros muchos socorros, aun de los nuestros, se deben en mucha parte á las circunstancias y prendas del mismo Provincial, por las cuales se mueven muchos á ayudarle y socorrerle, para que pueda llevar adelante la obra comenzada, aunque son tantas las dificultades, y tanta la falta y escasez de medios.»

«La verdad, pues, de lo que veo y palpo, y no parcialidad alguna, ni lisonja, me hace decir que no conozco jesuita alguno, ni italiano ni español, que pudiera haber sido por esta parte instrumento proporcionado para este difícilísimo y costosísimo restablecimiento de la Compañía en Nápoles en las circunstan-

¹ Diez y ocho mil escudos había invertido en socorro de los Padres, como dijo el P. Mozzi al H. Annoni. (*Process. Rom.*, fol. 328.)

² Éralo en efecto, y favoreció á su tío.

cias y modo con que se ha hecho, sino á este P. José Pignatelli, español, de la familia de los condes de Fuentes, y jesuita de la Provincia de Aragon.» Tal concepto tenía formado del P. José el mismo P. Luengo.

Á mediados de Abril, como refiere el mismo autor, dióse una disposición que hizo presentir nuevas borrascas contra los jesuitas napolitanos. El ministro de cultos comunicó á todos los Superiores de las órdenes religiosas un mandato muy ejecutivo pidiéndoles detallada relacion de todas las haciendas y bienes que poseían, y juntamente la filiacion de cuantas personas estaban bajo su dependencia. Obedecieron los Superiores, y con ellos el P. Pignatelli, como Provincial que era de la Compañía en Nápoles. Oigamos otra vez el autor del Diario cómo discurre acerca de la posibilidad que tenía el P. Pignatelli de conservar su Provincia en tan difíciles circunstancias.

«Y ¿podrá conservarla,» pregunta «en el nuevo gobierno de la corte y reino de Nápoles? Podrá sin duda; aunque cada día será más difícil, disminuyéndose, más que creciendo, las rentas, y subiendo necesariamente el precio de todas las cosas. La paciencia y sufrimiento de los súbditos en los efectos de la santa pobreza, la rigurosa economía de los Superiores, y los grandes socorros que recogerá el Provincial de los suyos y de otros, les irán sacando de estos tiempos calamitosos y miserables, si no fuesen abatidos por algun orden ó providencia del nuevo gobierno.»

«Hasta ahora solo se ha visto una cosa, que hace temer su abatimiento, y otra que hace esperar su conservacion. Parece que se conservan alojados en los colegios los doce ó diez oficiales franceses, que desde el primer día se alojaron en cada uno de ellos; y aunque por un orden del príncipe José Bonaparte, debían de ser descargados del no pequeño gasto de mantenerles, creeré, que como otros muchos semejantes de los franceses, no tenga efecto alguno, y continúen con su mantenimiento. Esto es

¹ *Diario*, Tomo 40, págs. 99-101.

comun á todos y es preciso llevar esta carga. Pero no pudieron menos de afligirse y turbarse mucho, habiendo mostrado el gobierno intencion de poner hospital para la tropa francesa en sus dos casas, ó á lo menos en una. Aquí se ve que hay hombres, que están con cien ojos abiertos para aprovecharse de cualquiera ocasion que se les venga á la mano para perder á los jesuitas, y que el nuevo gobierno, que aprobó este arbitrio, no tiene grande empeño en conservarlos.»

«Á la verdad será difícil que haya en Nápoles religiosos algunos, á quienes se hiciese tanto daño como á los jesuitas, destinando sus dos casas, ó una de ellas, para hospital; ya porque no tienen más que las dos, y en estas acaban de entrar después de haber hecho inmensos gastos en componerlas y proveerlas de lo necesario, y ya porque les son absolutamente necesarias para la enseñanza y para el ejercicio de los ministerios; y si les quitaban las dos, sería forzoso dejarlo todo, ministerios y enseñanza; y si les quitaban una, sería necesario abandonar, ó poco menos, una de las dos cosas. Salieron presto del susto; pues al correo siguiente ya habían perdido el miedo de que parasen sus casas en hospitales; y aunque no he oido de modo que merezca crédito el medio de que se valieron para librarse de esta opresion, me inclino á creer, que en esto les ha servido el duque de Casano, ministro del culto.»

«Con mayor probabilidad ha sido autor el mismo Casano de la otra cosa, que indica intencion de conservarlos. Al P. Juan Andrés se le ha confirmado, segun parece, en el oficio de revisor de libros, que se le dio en el gobierno pasado; y de cierto se le ha dado otro más honorífico. Ha sido hecho bibliotecario ó custodio de la librería real; y por estar ocupado en el empleo de Rector del seminario ó colegio de nobles, mostrando gusto de que este ramo de educacion esté encargado á los jesuitas, se le ha dado un asociado ó compañero¹. Desde luégo ha de tener

¹ Este nombramiento se hizo á principios de Mayo. (*Id.*, *ibid.*, página 167.)

esta determinacion la resulta, de que varios jóvenes, que se habían retirado del seminario temiendo que se deshiciese el seminario con la entrada de los franceses, han vuelto á entrar en él.»

«Al mismo tiempo el P. Roque Menchaca, de la Provincia de Castilla, que en medio de su talento é instruccion tiene muy pocos discipulos en su cátedra de teología, ha sido destinado á cuidar de los manuscritos de la dicha librería; y segun su aplicacion, inteligencia y laboriosidad, no dejará de hacer algun trabajo útil, dando á conocer algunos manuscritos desconocidos enteramente, ó de otro modo.»

«En otras circunstancias y con otras gentes estas determinaciones del gobierno nos pondrían en calma y quitarían todo temor de que alguna vez se pensase en abatir del todo á los jesuitas. Pero en las presentes de aquella corte, y tratando con estos franceses, que no guardan promesa alguna, ni aun tratado, sino mientras les tiene cuenta; no se puede tener seguridad alguna: y yo no acierto á creer que la impía é incrédula filosofía de que están animados todos ellos, guste jamás de jesuitas, de su educacion y ministerios. Acaso el temor del pueblo napolitano y de toda la nacion no les permita proceder con tanta libertad contra las cosas de la religion, ni aun contra los regulares, y por aquí se vayan conservando hasta que con otro trastorno y revolucion, como esperamos, se restablezca el antiguo orden de cosas.» Hasta aquí el autor del Diario.

Proseguían los Padres entretanto en las cátedras y ocupaciones del ministerio apostólico, y llegaron á tenerse ya por seguros: pero el P. Pignatelli, que con luz superior penetraba más allá que todos ellos, esperaba tranquilo el triste desenlace de aquella situacion, que ya le era conocido. Esta se hacia de continuo más penosa. Hacia mediados de Junio mandóse á todos los religiosos que prestasen juramento de fidelidad al nuevo rey. Afirma el P. Luengo¹, que el P. Provincial Pignatelli lo prestó

¹ *Diario*, Tomo 40, pág. 243.

á nombre de todos los jesuitas de Nápoles en manos del Vicario Eclesiástico, y luégo todos sus súbditos lo hicieron en manos de su Provincial.

Conviene con dicho Padre uno que fue novicio en Nápoles y vivía con el P. Pignatelli, por nombre Francisco Caraso, el cual dice así: «Habiéndosele obligado á prestar juramento civil de obediencia al gobierno francés, lo prestó él y toda la comunidad: todos los Padres y Hermanos en casa y por escrito; y el Venerable fue á prestar juramento ante los delegados del gobierno, como Superior de la órden. Todo esto me consta, porque siendo yo su socio coadjutor (*il laico suo*,) tuve que acompañarle.»

Nótese que Caraso dice terminantemente que fue civil el juramento exigido al P. Pignatelli. En efecto: el Padre se opuso á prestarlo, y exigió algunas explicaciones acerca de la fórmula en que estaba concebido. Así lo depone D. Francisco de Maio Durazzo, antiguamente novicio en Nápoles en tiempo de la expulsion, y en 1845, cuando se instruía el proceso, Inspector de policía, el cual dice así: «Recuerdo que hubo una discusion relativamente al juramento que debía prestarse al nuevo gobierno francés; mas no recuerdo qué temperamento se adoptó y cuál fue en definitiva la fórmula del juramento.»

De los testimonios aducidos parece indudable que en efecto el P. Pignatelli juró fidelidad al gobierno del rey José. No obstante no falta quien lo ponga en duda, y aun quien lo niegue redondamente. Vicente Tucci, novicio coadjutor, recibido por el Venerable y residente en aquella misma sazón en Nápoles, preguntado acerca de este particular², respondió: «No sé si el Venerable juró fidelidad al gobierno francés: lo que sé es, que yo no presté tal juramento.» Lo cual demuestra cuando menos que no todos los súbditos del P. Pignatelli, residentes en Nápoles, lo prestaron.

¹ *Process. Neapol.*, fol. 654.

² *Ibid.*, fol. 1006.

³ *Ibid.*, fol. 669.

Y el mismo Padre ¿juró al fin? «Ni el P. Pignatelli, ni los otros religiosos, súbditos suyos, jamás prestaron juramento de fidelidad al gobierno: esta obligacion nunca les fue impuesta.» Así lo depone Francisco Carafa, duque de Forli, conde de Policastro y gentilhombre de Su Majestad, en el proceso formado en Nápoles¹. Y confirma su dicho con estas palabras: «Esto lo puedo asegurar con certeza.»

Esto es lo que arrojan de sí los procesos; y ciertamente el ánimo se queda suspenso, ni sabe á cuál de los dos extremos debe inclinarse. Lo que consta con mayor certidumbre es, que desde la invasion de los franceses mandó que en las letanias comunes de los Santos, que se rezan diariamente en las casas de la Compañía, se omitiese la oracion por el rey, «ni se nombró jamás á José Bonaparte, porque era tenido por invasor².»

Llegó por este mismo tiempo orden del emperador á su hermano el rey José de echar del reino á los jesuitas, por ser protegidos por dos potencias enemigas suyas, como eran Nápoles y Rusia. Comprendía José cuán en lo vivo había de herir al pueblo napolitano y á la mayor parte de la nobleza medida tan radical, y difirió su cumplimiento alegando las razones que le asistían. Pasó aún más adelante, con el fin de no malquistarse con sus nuevos vasallos, como se verá por el siguiente hecho, que refiere Nicolás Ricciardi, novicio en aquella sazón, y ropero de la casa profesa, en donde vivía el P. Pignatelli, con cuya conversacion se había movido á pedir la Compañía.

«Una sola vez,» dice³, «fue el P. Pignatelli á visitar á José Bonaparte para enterarle de que la casa profesa vivía de limosna y carecía de rentas, y por esto no le era posible pagar la contribucion de seis mil ducados, que á ella, como á las demás comunidades, se le había impuesto; antes tenia necesidad de recibir por amor de Dios alguna cosa. Me consta,» concluye, «que Bo-

¹ *Process. Neapol.*, fol. 429.

² *Ibid.*, fol. 986.

³ *Ibid.*, fol. 559.

naparte no solamente le hizo exento de aquella contribucion, sino que además le dio de limosna una buena cantidad.»

Entre tantas ocasiones de turbacion gozaba de tan gran sosiego el Padre, como se ve por la siguiente carta al P. Venturi: «Nápoles, 2 de Junio de 1806. — Muy Rev. en Cto. Padre. — P. C. — Monseñor Menochio, escribiendo al P. Mozzi, le dice, que acaba de recibir carta de V. R., y que pensaba contestarle luégo: por lo cual me tomo la libertad de pedir á dicho Monseñor me haga la caridad de incluir esta para V. R.»

«Cuánto haya gozado yo con sus noticias, y cuántas gracias haya dado al Señor por su salud y por la facilidad en aprender la lengua vulgar de ahí, y por las otras gracias que por su infinita misericordia se digna concederle, V. R., mi caro P. Domingo, puede imaginarlo. Dos cartas le he escrito por la vía de Venecia en contestacion á las dos últimas que de V. R. he recibido. ¿Han llegado á sus manos? Diríjale esta el santo Ángel.»

«En mi última le decía que los libros y el hermoso relicario, que V. R. dejó en Colorno, los hice traer aquí; que así estos, como otra cualquiera cosa que V. R. ahí pueda necesitar, estoy pronto á remitírselo con solo que me indique la direccion y una ocasion segura. ¿Pudiera yo enviarle compañeros, que le ayudaran en el cultivo de esa viña! Pero ¿quién sabe con el tiempo? No está abreviada la mano del Señor.»

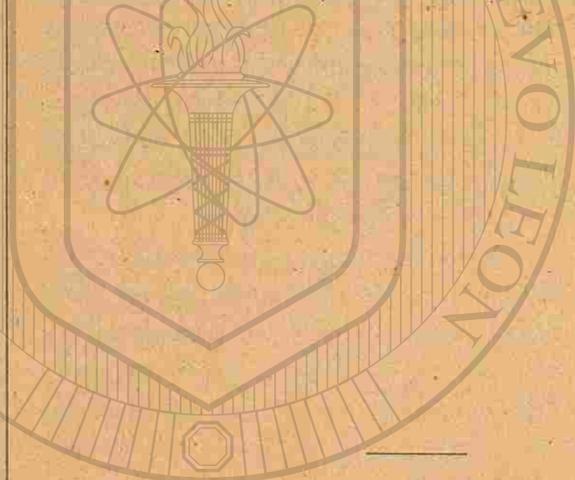
«Nuestro nuevo Beato, el P. Francisco de Jerónimo, que tambien fue misionero, alguna gracia deberá alcanzarnos. Supongo ya sabe V. R. que fue solemnemente beatificado en Roma el día 11 de Mayo. ¡Cuántos rasgos de la inexhausta misericordia de la Providencia en solo este hecho! El fue apóstol de este reino y ciudad; sea hoy su protector, y el ejemplo, guía y modelo de sus hermanos.»

«Nuestro Juan Antonio Grassi espero habrá salido de Lisboa con buenos auspicios continuando el viaje para la China que ha emprendido. Encomendémosle al gran Javier y al ángel custodio de aquel vasto imperio. Mai, Ceconi, el P. Andrés, P. Fortis, P. Panizzoni, los Hermanos que con nosotros estaban en Color-

no, están aquí, y todos saludan á V. R. Cavazza está en Palermo, de donde hace muchos meses que no sabemos nada.»

«Mucho holgaría, que cuando pueda, me remita una memoria del estado actual de esas nuestras antiguas misiones, de su utilidad, y de su resultado á mayor gloria de Dios; podrá serme útil.»

«Supongo, y así lo creo, que no me olvida V. R. en sus santos sacrificios: lo necesito en gran manera: y le prometo ser siempre — De mi carísimo P. Domingo — Indigno siervo en Cristo — JOSÉ PIGNATELLI, S. J.»



CAPÍTULO VIII

Presiente el P. Pignatelli próxima la expulsion. — Intímase el destierro de los extranjeros y la dispersion de los nacionales. — Declárase la inocencia de los jesuitas. — Alcanza el Siervo de Dios un socorro para el viaje de sus súbditos. — Rehusa quedarse en Nápoles, como le permiten y suplican. — Compasion de Pío VII con los desterrados. — Queda enfermo en Nápoles el P. Mozzi. — Incomodidad del viaje á Roma. — Las reliquias del Beato Francisco de Jerónimo. — Detencion de los viajeros en Albano. — Estimable efecto producido en Nápoles por los jesuitas.

1806

Á pesar de la buena disposicion del rey José, las terminantes órdenes de su hermano urgian, y le fue preciso ejecutarlas. El Venerable Siervo de Dios, en su humildad, atribuía á su persona todo el mal que á la Compañía amenazaba. Así lo manifiesta su constante compañero, el H. Grassi¹, por estas palabras: «Decía con frecuencia el Siervo de Dios: «Mi eleccion de Provincial ha sido un gran despropósito: por cierto que no conocen bien quién soy yo; que á saberlo, no lo hubieran hecho: yo no sé hacer otra cosa que desacreditar el oficio.»

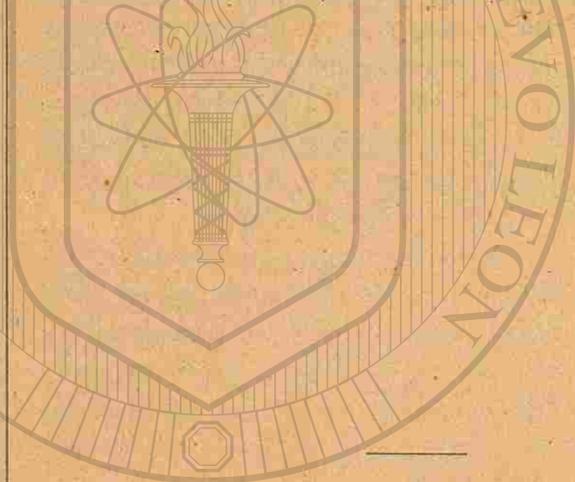
«Un día ántes del decreto de nuestra expulsion de Nápoles, en presencia de varios Padres, en el aposento del P. Mozzi enfermo, prorrumpió en estas palabras: «No me maravillaría que

¹ *Process. Rom.*, fol. 155.

no, están aquí, y todos saludan á V. R. Cavazza está en Palermo, de donde hace muchos meses que no sabemos nada.»

«Mucho holgaría, que cuando pueda, me remita una memoria del estado actual de esas nuestras antiguas misiones, de su utilidad, y de su resultado á mayor gloria de Dios; podrá serme útil.»

«Supongo, y así lo creo, que no me olvida V. R. en sus santos sacrificios: lo necesito en gran manera: y le prometo ser siempre — De mi carísimo P. Domingo — Indigno siervo en Cristo — JOSÉ PIGNATELLI, S. J.»



CAPÍTULO VIII

Presiente el P. Pignatelli próxima la expulsion. — Intímase el destierro de los extranjeros y la dispersion de los nacionales. — Declárase la inocencia de los jesuitas. — Alcanza el Siervo de Dios un socorro para el viaje de sus súbditos. — Rehusa quedarse en Nápoles, como le permiten y suplican. — Compasion de Pío VII con los desterrados. — Queda enfermo en Nápoles el P. Mozzi. — Incomodidad del viaje á Roma. — Las reliquias del Beato Francisco de Jerónimo. — Detencion de los viajeros en Albano. — Estimable efecto producido en Nápoles por los jesuitas.

1806

Á pesar de la buena disposicion del rey José, las terminantes órdenes de su hermano urgian, y le fue preciso ejecutarlas. El Venerable Siervo de Dios, en su humildad, atribuía á su persona todo el mal que á la Compañía amenazaba. Así lo manifiesta su constante compañero, el H. Grassi¹, por estas palabras: «Decía con frecuencia el Siervo de Dios: «Mi eleccion de Provincial ha sido un gran despropósito: por cierto que no conocen bien quién soy yo; que á saberlo, no lo hubieran hecho: yo no sé hacer otra cosa que desacreditar el oficio.»

«Un día ántes del decreto de nuestra expulsion de Nápoles, en presencia de varios Padres, en el aposento del P. Mozzi enfermo, prorrumpió en estas palabras: «No me maravillaría que

¹ *Process. Rom.*, fol. 155.

en manos de Pignatelli viniese á destruirse esta *Pignata*;» aludiendo á la significacion de este vocablo, que es en italiano lo mismo que «olla,» el cual aplicaba á la Provincia. «El día siguiente á la promulgacion del decreto me dijo: «¿No te lo he dicho yo, H. José, que en manos de un Provincial como yo, no podía menos de parar en esto la cosa?»

A la proximidad del peligro se esforzaba á exhortar á los suyos á poner toda su confianza en Dios y ninguna en los hombres que de un momento á otro mudan de modo de pensar; y hablando con el H. Domingo Cademarchi, le dijo: «¿Qué te parece, Dominguito? Jesús apenas nacido, es perseguido; la Compañía apenas nacida, es perseguida.»

Pronunció estas palabras el día 2 de Julio de 1806, y el día siguiente se presentaron de improviso y sin ningun aparato público en las diferentes casas de la Compañía varios agentes, á intimar á los Superiores que enviasen á los pueblos de su naturaleza á todos los novicios y veteranos nativos del reino, y que los forasteros saliesen del mismo en el término de veinte y cuatro horas. El decreto no se discutió en consejo de estado: sino que al despachar otros negocios, significó José la voluntad resuelta de su hermano; y cometió su ejecucion á los ministros.

Era el 3 de Julio, primer jueves del mes. Los novicios estaban de campo en una quinta fuera de la ciudad de Nápoles. D. Honorato Gaetani, duque de Laurenzana, comisario general de policía, acompañado de D. Lorenzo Massoni y D. José Castaldi, se presentaron á mediodía en la casa profesa para intimar el decreto de expulsion. Hizose venir del campo á los novicios, reunióse toda la comunidad, y se la leyó el fatal decreto. El mismo Sr. Massoni, llamado en 1845 como testigo en el proceso, depuso que el Venerable Siervo de Dios, al intimársele el destierro, «se mostró sorprendido, sonrosáronsele las mejillas; y sin proferir queja ninguna, antes con humildad, mansedumbre y resignacion, aceptó aquella prueba.» D. José Castaldi, consejero

¹ *Process. Rom.*, fol. 620.

del Tribunal Supremo, dice que «quedó admirado y atónito al ver la cortesía y urbanidad del Siervo de Dios¹.» Y lo mismo depone haberle sucedido á él el mismo comisario general, duque de Laurenzana².

Este, intimado el edicto, pidió una garantía ó fianza de que se pondría en ejecucion. El P. Provincial se ofreció á sí mismo, asegurándole por su propia vida, que ninguno de sus súbditos se atrevería á oponerse á las órdenes del rey, y que todos las cumplirían con pronta y dócil sumision y como se deseaba. Selláronse luégo las sacristías y demás oficinas en que sospecharon había algo de valor³.

No eran cosa nueva para el P. Pignatelli los destierros y persecuciones: así que en esta ocasion no degeneró de sí mismo; y con imperturbable serenidad de corazon y de rostro, levantando la mente á su Dios, se le consagró con generoso ofrecimiento con estas palabras: «Esto y mucho más esperaba yo del mundo. Gracias á Jesús, nuestro capitan y maestro, que se digna señalar y distinguir en todo tiempo y lugar á la Compañía, dándole á beber una pequeña parte del cáliz de su pasion, y sujetándola á todas aquellas tribulaciones que infaliblemente prometió á sus fieles y verdaderos ministros.» Con este desahogo del corazon y animando á sus súbditos que le rodeaban, fue de casa en casa á visitarlos á todos é infundirles valor para soportar con fortaleza toda adversidad, segun el espíritu de su santa vocacion.

«Mientras que los demás se lamentaban en la catástrofe de la expulsion, él no abrió su boca para quejarse; y á los que se querellaban decía con rostro alegre que aquello eran unas vacaciones que se daban á la Compañía⁴.» Al H. Silvestre Mauro le halló que estaba llorando, y le dijo: «No llores, Silvestre: que cuanto ántes nos veremos⁵.»

¹ *Process. Neapol.*, fol. 459.

² *Ibid.*

³ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 40, pág. 270.

⁴ Lorenzo Rossi, *Process. Neapol.*, fol. 199.

⁵ *Ibid.*, fol. 392.

Cumplido ya todo lo que exigía su cargo, y seguro de las buenas disposiciones de sus súbditos, quiso el P. José, ántes de la salida, atender singularmente á dos cosas que por igual le interesaban, es á saber, la inocencia de la Compañía, y el bienestar de los que con él habian de dejar á Nápoles, procurándoles un viaje lo menos desastroso que fuera posible.

Fue por tanto á presentarse al ministro Salicetti, á quien había confiado el rey José casi todo el peso del gobierno; y después de repetidas las protestas de obediencia y sumision, le suplicó tuviese á bien significarle si él ó sus compañeros habían dado alguna vez de obra ó palabra motivo de disgusto al soberano por el que mereciesen destierro; y dijo que lo deseaba saber á fin de justificarse y sincerarse, si tuviese razones para ello; ó, á no ser esto posible, para aceptar como en descuento y satisfaccion de la ofensa el destierro á que se los condenaba.

Grande fue el embarazo del ministro al oír tal pregunta, que no se esperaba; y como el Padre insistiera, y él no tuviese más recurso que responder, «No os allijáis, P. Pignatelli,» le dijo: «ni vos ni vuestros súbditos habéis dado motivo para que se os expulse; y nosotros jamás lo hubiéramos hecho, si las reiteradas órdenes, que llegaron de París, no nos hubiesen obligado á ello.» — «Loado sea Dios,» replicó el P. Pignatelli, «que no se sabe qué achacarnos; no es motivo para nosotros de poca satisfaccion el vernos perseguidos é inocentes.»

En seguida expuso al ministro la dificultad que ofrecía el haber de despachar todo lo concerniente al viaje en tan breve tiempo. «Á más de que,» añadió «¿cómo se viaja sin ningun humano auxilio? La mayor parte de los míos son de buenas familias, gente delicada, decrépitos los más, y todos de quebrantada salud. ¿Cómo han de ir hasta Roma con su hatillo á la espalda, si apenas se pueden tener en pié? Á gente honrada y limpia de todo crimen, á ancianos é imposibilitados ministros del Señor ¿se les negará la piedad que se usa con la ínfima plebe y con la misma hez de los malhechores?»

Comprendió Salicetti toda la fuerza de estas razones, ex-

puestas con gran sosiego de alma y plácido rostro, y «por lo que hace á vos,» dijo al P. José, «podréis quedaros en Nápoles, donde se os considerará como de la nacion; para el viaje de los demás daremos, como es justo, un subsidio; y en fin por el tiempo no tengáis pena: apresurad, si, cuanto podáis la marcha; pero tomaos tres ó cuatro días, si los habéis menester, que nadie os molestará.»

Dióle cortésmente el Padre las gracias por los favores que le otorgaba; pero en cuanto á quedarse él en Nápoles, dijo terminantemente que no podía hacerlo en conciencia y salvos los deberes de proveer, como padre comun, á las necesidades de sus hijos; y que estaba resuelto á no abandonarlos, y prontísimo á seguir su suerte, fuese favorable ó adversa. Admiróse Salicetti de tanta magnanimidad, é hizo después grandes elogios de la santidad del P. José.

El socorro señalado para los gastos del viaje fue de setenta ducados á los jesuitas extranjeros, y de cuarenta á los napolitanos¹. Á éstos no se les entregó nada de lo prometido; y solo se les permitió tomar lo que habian traído á la casa, como tambien se concedió á los extranjeros². Lo del P. Pignatelli fue secuestrado; pero después, el día 3 de Setiembre de este mismo año de 1806, por un despacho real dado al Sr. Cavagnac, se levantó el secuestro³.

Los setenta ducados del Venerable, juntamente con otro dinero que recibió de los devotos, los aplicó á subvenir á los gastos de los jesuitas napolitanos⁴, á cada uno de los cuales entregó doce ducados, diciendo que se los regalaba de su bolsillo⁵; y además mandó comprar un vestido nuevo para cada novicio, á fin de que se presentasen con decencia en sus casas: «por esto yo,» dice el H. Felipe Marcángelo Marchetti, encargado de com-

¹ *Process. Neapol.*, fol. 607.

² *Ibid.*, fol. 573.

³ *Ibid.*, fol. 439.

⁴ *Process. Rom.*, fol. 185.

⁵ *Process. Neapol.*, fol. 946.

prarlos¹, «estuve dos días más en Nápoles, porque tuve que cumplir el encargo del Venerable.»

No solamente con los novicios mostró su generosidad, sino también con los que de alguna manera servían en la casa. Á Cayetano Lanzetta, que ayudaba al sastre y estuvo ocupado en este oficio dos meses, le dio cinco ducados, diciendo que «esta recompensa era muy justa².» Un mozo carpintero, que trabajaba en la casa, después de hacer constar que el Padre le pagaba con mucha puntualidad, añade que «al salir de Nápoles puso gran cuidado en que los administradores de los bienes pagasen todas las deudas³» contraídas por los Padres. Tanta era la delicadeza del Venerable en materia de intereses, y su largueza con los suyos.

Grandes fueron los trabajos que pasó en aquellos breves días el buen Padre para disponer todo lo indispensable para la marcha, y entretanto escuchar con paciencia á domésticos y extraños, que acudían á él en busca de consejo ó por propio interés, hablar con las autoridades y comisarios regios, consolar á los amigos, y en resumen, no parar un momento ni dentro ni fuera de casa. Maltratado y sin fuerzas, y con las reliquias aún de la última enfermedad, á menudo se le veía como caerse sobre una silla de puro cansancio; hasta que á poco recobraba aliento, y su infatigable espíritu le comunicaba todo el vigor que el cuerpo había menester para nuevo trabajo.

Ocurrió no sé qué incidente en la casa profesa sin conocimiento del P. Pignatelli; y el comisario, olvidándose del parentesco y de todas las leyes de conveniencia, se desató contra él en ultrajes, llegando á llamarle «hombre sin honor, que faltaba á la palabra.» El Siervo de Dios le escuchó con modestia y humildad sin responder palabra; y cuando ya el otro no tuvo más que decir, empezó á hablar el Padre, como si tal cosa no hu-

¹ *Process. Neapol.*, fol. 988.

² *Ibid.*, fol. 174.

³ *Ibid.*, fol. 1046.

biera pasado, con una paz y mansedumbre capaz de dejar corrido al más altanero.

El incidente de que habla aquí el P. Boero, parece haber tenido lugar con ocasión de la biblioteca del Jesús Nuevo. Dicha biblioteca habíase formado, como hemos visto, con las librerías particulares de los PP. Pignatelli, Juan Andrés y algun otro. Como bienes que eran de particulares, no parecían estar incluidos en la confiscación general del gobierno, y de este parecer serían algunos Padres. El Siervo de Dios hizo leer una orden pública en que prohibía á todos sus súbditos extraer libro alguno de la biblioteca hasta nuevo aviso. Presentó luégo una interpelación á Su Majestad, alegando las razones que asistían á los Padres para no tener por confiscados los libros; pero como le fuese respondido que se incluían en la confiscación general, hizo entrega de ellos á los comisarios regios⁴. Á algunos que daban muestras de sentir mucho aquella pérdida, dijoles que no tuviesen afán por las cosas temporales, porque Dios les daría el doble de lo que entonces permitía se les quitase.

Las significaciones de dolor, en que prorrumpió así el pueblo como lo más distinguido de la nobleza, cuando se divulgó la noticia de la marcha de los Padres, fueron sobre toda ponderación. Muchos fueron á suplicar al P. Pignatelli, que se quedase en su compañía, ya que el rey le hacía aquella merced; y señaladamente la condesa de la Acerra, su sobrina, empleó para conseguirlo cuantas razones se le alcanzaron, y agotó súplicas y lágrimas; expúsole el triste estado de orfandad, en que acababa de dejarla la muerte de su buena madre; y que pues el cielo la había dejado sin madre, y no le había dado hijos que la sucediesen en su herencia y le fuesen de algun consuelo, no la abandonase él, á quien respetaría siempre como á un tierno padre; pero todo en vano: nada fue capaz de ablandarle y hacerle mudar de resolución.

«No permita Dios,» decía, «que por cariño á parientes ó consi-

⁴ *Process. Rom.*, fol. 851.

deraciones con amigos me doblegue yo y abandone mi religion. Lejos de mí el faltar por respetos de carne y sangre á mis compromisos con Dios y el volverle villanamente la espalda, en retribucion de tan señalados favores como le debo, y de tantos bienes como me ha dispensado. Por expresa voluntad suya he gobernado dos años la Provincia en este reino con paz y bonanza; y ahora que se desencadena la tempestad, ¿soltaré de la mano el gobernalle, y dejaré que la navecilla perezca sin remedio? Dios hay en los cielos, que vela por sus hijos: él puede salvarlos y sacarlos de las fauces de la muerte. Sucédame, pues, lo que quiera, jamás me separaré de mis hermanos y de mis amados hijos. ¿Qué me podrá suceder, que no espere con impaciente deseo ó que no esté pronto á abrazar con alegría? ¿Seré calumniado con ellos, perseguido, oprimido, obligado á pasar lo restante de mi vida en la mendicidad y con la absoluta privacion de todo humano consuelo y socorro? ¿Qué más? ¿Seré sepultado con los otros en un calabozo, amarrado con esposas y cadenas? ¡Ojalá lo mereciese! Dios solo sabe cuánto tiempo hace que le estoy pidiendo esta gracia; pero no, yo no la conseguiré, porque mis culpas me hacen indigno de impetrarla.....» Tales sentimientos y afectos se hallan consignados en algunos lugares de los procesos y en memorias particulares por varios testigos¹.

En las cartas que los jesuitas napolitanos escribieron á Roma durante los tres días que les dieron de tiempo para disponer su viaje, daban aviso de su expulsion de aquel reino y de su ida á Roma, y «pedían, dice el P. Luengo², que se solicitase la gracia de no ser molestados con registros: y aunque ellos no lo hubieran insinuado, se hubiera pensado en sacársela. El Santo Padre, que estaba sumamente compadecido de aquellos pobres desterrados, la concedió prontísimamente y con la mayor generosidad y amplitud; y todos han gozado de este favor, que en todos los

¹ *Summar.*, págs. 32, 170, 180. P. Monzon, Lib. III, Cap. V., Memorias ms.

² *Diario*, Tomo 40, pág. 65 y siguientes.

países es muy estimable, y acaso más que en todos en Roma, porque se hacen estos registros de equipajes de forasteros de un modo muy molesto. Esperaban algunos jesuitas napolitanos que se les daría alguna prórroga de tiempo para disponer su viaje; y no la lograron, aunque algunos la pidieron: y á los tres días de la intimacion, esto es, el día 6 por la tarde, todos salieron de las casas; y aquel día y el siguiente todos generalmente se pusieron en camino.....»

«Fuera del terrible rayo de la intimacion para desocupar las casas en tres días, y el pronto embargo de todo lo que podía ser de las comunidades, no se han portado mal los franceses en la ejecucion del destierro. Alaban generalmente todos su buen modo y urbanidad, que algunos llaman oportunamente «dulzura francmasónica,» y su solicitud para que los caleseros no abusasen de la necesidad en que se veían; y algo consiguieron, obligándoles á algunos á contentarse con el precio regular en el viaje de Nápoles á Roma. Se les ha permitido traer todo lo que tenían en sus cuartos ó aposentos y hasta la cama, como efectivamente la han traído muchos; y se les dio para el viaje y conduccion de sus cosas un socorro de cincuenta ducados ó cuarenta pesos duros. Es verdad que no lo han sacado los franceses de sus faltriqueras ó cofres; pues, á lo que oigo, aunque no dejó de maravillarme, encontraron dinero suficiente para estos gastos, y se apoderaron de todo.»

Algunos jóvenes pidieron por favor al P. Pignatelli que les permitiese hacer el viaje á pie; y el Padre, al oírlos, les echó los brazos al cuello llorando de ternura y alabando su buen deseo; pero como ya se habían mandado disponer los trasportes necesarios, quiso que fueran como todos los demás, y que por el camino auxiliasen á los pobres viejos que por sí no podían valerse. Quedaron en Nápoles el P. Luis Mozzi, gravemente enfermo á la sazón, con el H. Santiago Annoni, enfermero, y el P. Juan Andrés, á quien no permitió el Rey que abandonase el cargo de jefe de la real biblioteca. Á los novicios del reino hubo que despedirlos para los pueblos de su naturaleza con indecible

pena de una y otra parte. Los demás emprendieron su camino, del cual escribe el P. Luengo lo que sigue¹:

.....«Aunque el viaje ha sido corto; por las miserables circunstancias, en que se halla todo el país desde Nápoles á la frontera del Estado Pontificio, ha sido molestísimo y pesadísimo sobre todo encarecimiento: los caminos tan arruinados por la artillería y carruajes que pasan continuamente por ellos; los mesones ocupados por oficiales franceses; el país enteramente desprovisto de todo; y no han encontrado qué comer, ni aun agua ni cubierto varias veces. Poco más que hubiera durado el viaje dentro del reino de Nápoles, hubieran perecido infaliblemente muchos débiles ancianos.»

«En Terracina, que es ya del Estado del Papa, y en donde encontraron un buen meson y provision de lo necesario y aun comodidad para dormir, empezaron á respirar; y desde allí hasta Roma no tuvieron más incomodidades que las ordinarias en los caminos; si bien algo más pesadas por el tiempo tan caluroso.»

Después que partieron los suyos, quedó el P. Pignatelli en Nápoles para dar la última mano á algunos negocios. Ya estaba para marchar él también, cuando le asaltó el temor de que en Nápoles hubieran de repetirse las sacrílegas escenas de otros puntos, en que se desenterraron ó sacaron de sus urnas las reliquias de los Santos, se las despojó de todo sagrado ornamento y se las arrojó al campo, lo mismo que si fuesen huesos de bestias; y así resolvió alejar del peligro de tamaña profanacion los restos del recién beatificado P. Francisco de Jerónimo. Con el conveniente permiso de la autoridad eclesiástica, en presencia de notario público, que extendió el acta, y dos Padres y el H. Grassi, que asistieron como testigos, sacó las sagradas reliquias de la urna en que estaban, y las colocó en una decente cajita de tres palmos aparejada al intento.

No llevó consigo la cajita, como escribe el P. Boero², en su

¹ *Diario*, lugar citado.

² *Vida*, pág. 418.

viaje á Roma, sino que la depositó en poder de su sobrina, la condesa de la Acerra, para que á su tiempo se la enviase á Roma, como lo verificó, según testimonio del H. Grassi¹. De las palabras de este Hermano parece deducirse que el envío de las reliquias no tuvo efecto hasta que los Padres se fijaron en la casita del Buen Consejo: pues dice así: «La cual [caja] fue enviada á Roma por la condesa de la Acerra, sobrina del Padre, y colocada debajo del altar mayor en la capilla del Buen Consejo².»

Terminada esta diligencia, partió el Venerable «la noche del 8 de Julio para Roma,» como dice Lorenzo Rossi³, en compañía del P. Javier Oderico y del H. José Grassi. Su sobrina, la condesa, le hizo también acompañar por el administrador de la casa, el abogado D. Gregorio de Micillis⁴, el cual hace constar que «de hubiera acompañado hasta la frontera del Estado Pontificio; pero no lo permitió el Padre,» continúa, «porque se estaba bombardeando á Gaeta, y él no consintió que me expusiera á tal peligro.»

Alcanzó en Velletri á los suyos, que salieron de Nápoles ántes que él; y allí «se detuvo un poco de tiempo para ver y consolar á sus compañeros, como lo hizo⁵,» ordenándoles á todos, que al llegar á Albano, se detuviesen en aquella ciudad, hasta que él se avistara con el Sumo Pontífice y dispusiera de sus personas.

Ántes de pasar adelante en nuestra relacion, será oportuno que notemos con el P. Luengo, que esta reposicion, aunque tan pasajera, de la Compañía de Jesús en Nápoles, produjo un muy estimable efecto. «Se ha logrado,» dice, «en Nápoles, en los pocos meses que ha durado la Compañía, que todos vean y palpén cuáles eran los jesuítas, que treinta y ocho años ántes habian sido arrojados de aquella corte. En estas viejas y miserables reliquias de aquellos, además de una vida y costumbres edificati-

¹ *Process. Rom.*, fols. 215 y 216.

² *Ibid.*

³ *Process. Neapol.*, fol. 208.

⁴ *Ibid.*

⁵ H. Grassi, *Process. Rom.*, fol. 161.

vas é irrepreensibles, han visto un celo y laboriosidad casi sin límites en la enseñanza pública y gratuita, y en todo género de ministerios sagrados en cárceles, hospitales y en sus iglesias: y de aquí inferirán, aunque no quieran, que no eran menos los que fueron desterrados. Nada exagero en lo que acabo de decir: y lo digo con particular consuelo y gozo, sobre la muy loable conducta de los jesuitas recién nacidos en Nápoles.»

Esto dice el autor del Diario: cuya ingenua confesion le honra á él no menos que á los jesuitas napolitanos; pues tan imparcial se muestra con ellos, después que había censurado su reunion en Nápoles á pesar de preverse como inevitable el golpe, que al fin se descargó contra ellos.

LIBRO SEXTO

Desde el destierro de la Compañía del reino de Nápoles por el rey José Bonaparte hasta el restablecimiento de la misma en la universal Iglesia por Pío VII.

1806 — 1814

Llegamos ya á la última época de la vida del V. P. José Pignatelli, y á la más gloriosa de todas por el más puro esplendor con que brillaron sus heroicas virtudes. En su destierro de Nápoles la recién restaurada Compañía, vióse paternalmente acogida por Pío VII en Roma, cual si este Soberano Pastor presintiese que en los sacrilegos atropellos de que iba á ser víctima su sagrada persona, en la orfandad en que iba á quedar el pueblo romano, en las indignas profanaciones que los enemigos de la religion habían de ejercer en toda clase de personas y en los templos consagrados á Dios, solamente un santo como el P. Pignatelli podía desarmar el brazo de un Dios justo, infundir aliento á los pusilánimes y remediar las gravísimas necesidades, no menos las corporales que las espirituales, en que iba á verse sumergida la ciudad de Roma.

Cumplió fielmente el Siervo de Dios estos designios de la Providencia hasta el postrer aliento de su vida, á la cual puso feliz término con la muerte del justo. Honróla el cielo con patentes prodigios y con el cumplimiento puntual de varias profecias hechas por el bendito Padre, siendo una de las más evi-

vas é irreprehensibles, han visto un celo y laboriosidad casi sin límites en la enseñanza pública y gratuita, y en todo género de ministerios sagrados en cárceles, hospitales y en sus iglesias: y de aquí inferirán, aunque no quieran, que no eran menos los que fueron desterrados. Nada exagero en lo que acabo de decir: y lo digo con particular consuelo y gozo, sobre la muy loable conducta de los jesuitas recién nacidos en Nápoles.»

Esto dice el autor del Diario: cuya ingenua confesion le honra á él no menos que á los jesuitas napolitanos; pues tan imparcial se muestra con ellos, después que había censurado su reunion en Nápoles á pesar de preverse como inevitable el golpe, que al fin se descargó contra ellos.

LIBRO SEXTO

Desde el destierro de la Compañía del reino de Nápoles por el rey José Bonaparte hasta el restablecimiento de la misma en la universal Iglesia por Pío VII.

1806 — 1814

Llegamos ya á la última época de la vida del V. P. José Pignatelli, y á la más gloriosa de todas por el más puro esplendor con que brillaron sus heroicas virtudes. En su destierro de Nápoles la recién restaurada Compañía, vióse paternalmente acogida por Pío VII en Roma, cual si este Soberano Pastor presintiese que en los sacrilegos atropellos de que iba á ser víctima su sagrada persona, en la orfandad en que iba á quedar el pueblo romano, en las indignas profanaciones que los enemigos de la religion habían de ejercer en toda clase de personas y en los templos consagrados á Dios, solamente un santo como el P. Pignatelli podía desarmar el brazo de un Dios justo, infundir aliento á los pusilánimes y remediar las gravísimas necesidades, no menos las corporales que las espirituales, en que iba á verse sumergida la ciudad de Roma.

Cumplió fielmente el Siervo de Dios estos designios de la Providencia hasta el postrer aliento de su vida, á la cual puso feliz término con la muerte del justo. Honróla el cielo con patentes prodigios y con el cumplimiento puntual de varias profecias hechas por el bendito Padre, siendo una de las más evi-

dentes la del glorioso restablecimiento de la Compañía de Jesús, tantas veces anunciado como muy próximo por el difunto Padre: el cual, como otro Moisés, condujo su pueblo hasta la vista de la tierra de promisión, y tuvo que hacer el sacrificio de no entrar en ella y renunciar á las delicias de aquel feracísimo suelo.

Glorificóle en cambio el Señor en la tierra, donde tantas humillaciones y contrariedades había padecido su fidelísimo siervo. Y aunque los numerosos hijos, que á sus pechos había criado, lloraron con ternura la ausencia corporal de su querido padre; no por esto dejaron de sentir su benéfico influjo en la conservación y acrecentamiento de aquel vigoroso y genuino espíritu, que en sus corazones había sabido infundir aquel hombre providencial: espíritu, que por medio de sus discípulos se transmitió á la renaciente Compañía en su progresiva dilatación por todo el universo.

CAPÍTULO I

Llega á Roma el P. Pignatelli. — Visita á Su Santidad. — Manda á los súbditos detenidos en Albano que continúen su viaje. — Pasa á vivir en el colegio Romano. — El Siervo de Dios y el ministro español Sr. Vargas. — Entera confianza del Padre en la Providencia divina. — Provéele el cielo con abundancia. — Socorros de la duquesa de Villahermosa. — Querellas de los ministros y embajadores y defensa del Pontífice. — Conducta heroica de algunos novicios. — Solemnidad extraordinaria en la fiesta de San Ignacio. — Triduo de acción de gracias por la beatificación del Ven. P. Francisco de Jerónimo.

1806

Llegó á la ciudad eterna el P. Pignatelli el 9 de Julio, como escribe el P. Monzon. «Fue á hospedarse» dice el H. Grassi¹, «en la posada dicha *di Zacchería*, situada en la calle *dei Condotti* ú otra vecina. Después de un breve descanso, tomó otro carruaje, y llevado de su devoción, se dirigió á la iglesia de San Andrés: hecha una corta visita al Santísimo Sacramento y al altar de San Estanislao, inmediatamente se trasladó á la antecámara de Su Santidad, á cuya audiencia fue admitido después de algunos momentos. Recuerdo,» continúa, «que ántes de entrar al Padre Santo, me dijo: «Hermano José, rogad al Señor, en tanto que yo expongo nuestro estado á Su Santidad.»

¹ *Process. Rom.*, fol. 161.

Varios testigos deponen haber oído de boca del Venerable la narración exacta de esta su entrevista con Pío VII. Según ellos, hincado de rodillas el Padre á los pies del Sumo Pontífice, sintió en su alma tan varios y vehementes afectos, que no pudo reprimir un copioso llanto ni articular una sola palabra. Á su vista enterneciéndose también Pío VII, y lloró igualmente. Recobrada ya la voz, pero entrecortada todavía por los sollozos, «Ya puede Vuestra Santidad figurarse,» dijo el P. Pignatelli, «por qué me presento hoy á sus sagrados pies; pues no debe ignorar lo ocurrido en Nápoles á la Compañía de Jesús.» — «Lo sabemos,» respondió el Padre Santo, «lo sabemos; y harto lo sentimos; mas no temáis, porque somos vuestro padre.» — «Ni yo,» añadió el Siervo de Dios, «ni ninguno de mis hermanos queremos ser gravosos á Vuestra Santidad dándole ocasión de nuevos disgustos y amarguras. La Compañía de Jesús por deber de su instituto está enteramente á disposición del Romano Pontífice, á quien profesa absoluta sumisión, y de quien únicamente depende. Destinada por su santo fundador para promover los intereses y defender hasta con el derramamiento de su sangre los derechos de esta Santa Sede, no hará nunca ni más ni menos que lo que por la misma le fuere impuesto. Disponga, pues, Vuestra Santidad de mí y de mis compañeros según crea que más conviene á nuestro estado, á la condición de los tiempos y á las necesidades de la Iglesia. Prontos estamos á ir al sitio que se nos designe y á emplearnos en todo lo que se nos imponga. Ninguno de mis compañeros ha puesto aún el pie en Roma; todos por orden mía están aún en Albano esperando las disposiciones de Vuestra Santidad, y preparados á venir ó á marchar á otra parte, según que se les intime. Gracias á la divina misericordia no ha muerto aún ni se ha debilitado aquel espíritu de veneración y obediencia hacia esta Santa Sede, que animaba á nuestro Santo Padre Ignacio y á toda la Compañía fundada por él; sino que vive y florece en estos atribulados hijos, que á imitación de su gran Padre están dispuestos á dar sangre y vida por ella.»

Así habló el P. Pignatelli, á quien respondió seguidamente

el Pontífice: «Nos sabemos muy bien cuál es el espíritu de vuestro instituto, y no abrigamos la menor duda acerca de vuestras disposiciones y de las de vuestros religiosos hacia nuestra persona y para con esta Santa Sede. Hemos resuelto que todos entren en Roma, y que demoréis en nuestros estados. Como padre común que somos de todos los fieles, demanda la justicia y pide la caridad que tal nos demos con esta pequeña porción de hijos nuestros perseguidos; y ya hemos dado orden de que se os prepare habitación en la casa profesa y en el colegio romano; y si esta nuestra paternal benignidad excita la envidia de vuestros émulo y nos atrae algún disgusto, la justicia y la misericordia serán las armas de nuestra defensa. Pero ya que vuestro Santo Padre Ignacio en la sexta parte de las constituciones no os prescribe hábito alguno distinto del común de los eclesiásticos, deseamos que á fin de evitar inconvenientes que pudieran ocurrir, os vistáis por ahora como sacerdotes seculares, sin que por eso dejéis de ser verdaderos religiosos.»

Muy sensible fue al P. José verse privado por el Papa de vestir el traje de la Compañía; y esto, no porque creyese que era esencial á su ser de jesuita el vestir de esta ó de otra manera, sino porque los Paccanaristas en Roma, por vestir la sotana adoptada por la Compañía desde sus principios, se vendían por los únicos legítimos sucesores de San Ignacio y conservadores de su espíritu; y el Sumo Pontífice no se oponía á su pretensión, porque los ministros de las cortes ninguna queja formularon contra aquellos que sabían no ser lo que ellos propalaban. Pero no se tardó en ver cuán acertado estuvo el Papa en su determinación; pues al momento comenzaron las reclamaciones de aquellos ministros contra los verdaderos jesuitas recién llegados de Nápoles, como luego se dirá. No dio el P. Pignatelli la menor señal de sentimiento al Papa; sino que aceptó con grande humildad su mandato, y le dio las más afectuosas gracias por su paternal bondad en recibirlos en Roma.

Animado con tan buena acogida y no dudando de que aquel era día de alcanzar gracias de Su Santidad, se alentó á pedirle

una, que ardientemente deseaba. Hizole saber cómo habían de llegar presto á Roma las sagradas reliquias del apóstol de Nápoles, que Su Santidad, en testimonio de su amor á la Compañía, acababa de colocar en los altares. Manifestóle el ansia con que deseaba conservar tan rico tesoro en su poder, en tiempos tan calamitosos, para alivio de sus penas y para custodiar dignamente aquellas preciosas reliquias. Otorgóle el Papa la facultad que pedía; y no solamente esto, sino que le concedió pudiese él designar á cualquier otro para custodio de ellas, segun que las circunstancias lo exigiesen. Dióle el Padre las más afectuosas gracias, y el Pontífice con toda la efusion de su alma le bendijo, y se despidió de él con expresiones de paternal afecto.

Dirigióse el Padre á la posada pública, en que «permaneció ocho días, por un particular cuidado que quiso poner en no aparecer como cabeza de un cuerpo, que en Roma no estaba todavía restablecido¹.» Desde allí llamó á los que estaban detenidos en Albano, ordenándoles, que, vestidos de sacerdotes seculares, fuesen á Roma. En efecto: «en los tres días siguientes,» dice el P. Luengo, «nueve, diez y once, llegaron á esta ciudad en tres cuadrillas ó convoyes, cada uno como de veinte y cuatro á treinta, casi todos los jesuitas extranjeros que estaban en la corte de Nápoles.»

Mucho padecieron en este corto viaje de Albano á Roma: «porque ó por el ansia de llegar presto á esta corte (de Roma,) ó por otros motivos de intereses de los caleseros, caminaron con el sol de medio día; y muchos de ellos, sin haber comido, se apearon en la casa del Jesús á las tres de la tarde. Llegaron, pues, todos ellos, y especialmente los ancianos, que son muchos, sumamente abatidos, estropeados y casi muertos. Uno de ellos es el P. Diego Val, de la Provincia de Castilla,» continúa el Padre Luengo, «y amigo mío, á quien había convidado en esta mi casa; y para venir á ella desde el Jesús, en la que se había apeado, fue preciso traerle del brazo. Es hombre ya de setenta y ocho

¹ H. Grassi, *Process. Rom.*, fol. 163.

años y no de mucha robustez; y así no es extraño que viniese el pobre en un estado miserabilísimo. Y el mismo me ha asegurado, que en tantos trastornos y opresiones, en tantos viajes atropellados de mar y tierra, en que nos hemos visto en estos cuarenta años de nuestra tribulacion, no ha padecido tanto, como en los siete días desde la intimacion del decreto en Nápoles hasta su arribo á esta nuestra casa¹. En ella, como con los demás en sus respectivos hospedajes, se hará cuanto sea posible en nuestras miserables circunstancias, para que pueda descansar, reparar sus fuerzas y volver en sí.»

«Á excepcion de algunos pocos, que tenían ya dispuesto hospedaje particular, todos se apearon en la casa del Jesús: y no cabiendo allí todos, ántes que llegase el día 11 la tercera cuadrilla, pasaron al colegio romano doce ó trece novicios, que eran todos los que habían llegado; y por orden del P. Provincial Pignatelli, los acompañaron seis ú ocho Padres antiguos. El Padre Provincial desde su llegada se hospedó, como hemos dicho, en una posada pública con otros tres, en cuya compañía vino de Nápoles: y aunque tenía preparado hospedaje en el Jesús, no quiso ni apearse allí por no llamar la atencion.»

«En la posada le visitó su amigo el P. Provincial Gaddi, dominico de Colorno, y ahora General de la orden. Ofrecióle su convento de la Minerva para morada suya: agradecido el Padre al ofrecimiento, apreció, como era debido, aquel rasgo de cortesania y caridad; pero no tuvo por conveniente hacer uso de él, ya para no causar incomodidad á aquellos Padres, ya también para no dar ocasion á que se afilasen contra ellos las lenguas y plumas de los enemigos de la Compañía, que no perdían ocasion de morder y lacerar á quienquiera que les diese demostracion de afecto, ni aun á título de caridad cristiana: y por este motivo mostró también deseo de establecerse solo en una casa particular, para que no apareciese públicamente como cabeza y su-

¹ Adviértase, que, segun el P. Luengo, llegó el P. Pignatelli á Roma no el 9, sino el 8 de Julio.

perior de los jesuitas napolitanos; pero al cabo se pasó á vivir al colegio romano.»

La ocasion de pasarse á este colegio fue la que indica el H. José Grassi¹ con estas palabras: «El abate Hervás, en otro tiempo jesuita y en aquella sazón bibliotecario de Su Santidad, que habitaba en el colegio romano, invitó con eficacia al Padre á que se trasladara á dicho colegio, en donde le había preparado un alojamiento separado del de los otros hermanos. Aceptada esta invitacion, fue á hospedarse allá, y se colocó en una cámara vecina á la del prefecto del [oratorio del] Caravita.» Continúa, y dice el autor del Diario:

«Allí se albergó en un cuarto pequeño y muy oscuro aun á las horas de mayor luz, interceptada siempre por el arco que monta la calle y une el colegio romano con el oratorio llamado del Caravita. Estaba casi siempre encerrado en aquel aposento pasando una vida oculta á los ojos del mundo, y muy pocas veces salía de casa, y no á paseo ni por recrearse, sino cuando le obligaba una extrema necesidad, ó le instaban mucho Lorenzo Hervás y Vicente Bolgeni, sus antiguos hermanos, que habitaban con él en el colegio. Á fin de que aquello no tuviera visos de comunidad reunida en un punto, trataba poco con los suyos en público, y solo de noche solía subir al corredor en donde está convertido en capilla el aposento que ocupó y en que murió San Luis, y en donde se habían colocado los jóvenes estudiantes y novicios. Subía, pues, á visitarlos y á consolarlos con pláticas y conversaciones espirituales, animarlos á la constancia y enervorizarlos en los estudios, que quiso se emprendieran con ahinco, acompañados de la observancia regular lo mismo que si se hallaran en Nápoles y con todas las comodidades de casa.»

«Considerando el P. Pignatelli que por haberse hecho jesuita en Nápoles había caído en desgracia de la corte de Madrid y aun dejado de ser español, no se tuvo por obligado á presentarse al Ministro plenipotenciario de España en Roma, y aun podía temer

¹ *Process. Rom.*, fol. 163.

un desaire y que no quisiese el Sr. Vargas recibirle. Este, no obstante, muy presto empezó á extrañar que el P. Pignatelli no se le presentase: lo cual no hubiera sucedido, ni aun él hubiera deseado ver delante de sí al P. Pignatelli, si este hubiera sido cualquiera otro español de menos calidad. El Padre, informado de todo, vestido ya de sacerdote secular, fue á visitar á nuestro Ministro el día trece del mes, á los cinco de su llegada á Roma, que no eran muchos para repararse de la gran pesadumbre que había tenido y del atropellado viaje, mayormente teniendo mucho que pensar y no poco que hacer para disponer algun hospedaje para sus afligidos súbditos. La visita duró dos horas, y en la conversacion hubo franqueza y jovialidad entre los dos.»

«No se divulgó lo que trataron; pero teníase por cierto entre los que conocían al P. Pignatelli, que no hizo gestion alguna para obtener de la corte de Madrid la antigua pensión para sí ó para los suyos. Sabían todos perfectamente que además de la ilimitada confianza que el Padre tenía en Dios, por sí mismo, con los socorros de su familia en Nápoles y en España, podía mantener á muchos, y aun á todos, gastando en ello menos que lo invertido en Nápoles los dos años anteriores que allí estuvieron, como así sucedió¹.»

Al principio algunos, juzgando segun los dictámenes de la humana prudencia, dieron señales de descontento y hasta de aversion al Siervo de Dios, opinando que lo que veían más era temeridad, que afecto puro de filial confianza en el Padre celestial.

Sesenta y más súbditos veía en torno de sí², no teniendo pan que darles ni para un día solo. Ninguno tenía dinero, ni disponía de medios para adquirirlo; pues ordenó que se mantuviese en todo su vigor la regla que prohíbe recibir cosa ninguna en recompensa de misas ú otro ministerio de los que ejercita la

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 40, pág. 293 y siguientes.

² *Process. Rom.*, fol. 166. Unos pocos fueron á su respectiva patria, perteneciendo no obstante á la Compañía. *Ibid.*

Compañía. Vivir de limosnas en tanto número parecía imposible en tiempos de guerras y esterilidad, cuando muchas familias acomodadas no tenían lo suficiente para vivir según su clase. Aconsejábanle algunos, que enviase una parte de los italianos á Sicilia, donde la Compañía estaba aún en pie; y á otros á sus propias casas. No agradó al P. José ni uno ni otro partido, y los rechazó á la par, prefiriendo, á fuer de obediente al Vicario de Jesucristo, conservar lo más que pudiera unidos á sus súbditos en el estado pontificio.

Por lo que tocaba á los españoles, proponíanle algunos que suplicase al rey de España les concediese de nuevo la pensión, que, por haber vuelto á la Compañía en Nápoles, se les había quitado. Á muchos parecía que no era imposible obtener derogación ó dispensa: y al mismo P. Pignatelli le acababan de escribir de Madrid personajes de cuenta, que podía estar seguro de salir con su pretension, si lo pidiera. Mas el Siervo de Dios se negó á ello con tal resolución, que ni argumentos ni autoridades lograron hacerle variar un ápice de ella. Uno hubo, que aconsejándose con la poquedad de su espíritu, muy en secreto gestionó por medio de amigos, para que le dieran la asignación, y se le negó: supolo el P. Pignatelli, y lo sintió en el alma: y á aquel sujeto y á cuantos estuviesen dispuestos á imitarle dijo en tono profético, que les saldría caro el conseguir lo que deseaban: y pronto veremos cuán fundado y verdadero fue tal preuncio.

Superior, pues, á todo lo criado, solamente en Dios ponía su confianza, solo en él reposaba aquella alma grande; y á medida que eran más escasos los humanos auxilios, tanto mayor y más infalible socorro se prometía de Dios. Muy al principio de su permanencia en Roma, yendo á visitar al cardenal Ruffo, desterrado también de Nápoles, de donde era arzobispo, recibió de su generosidad la oferta de doscientos ducados; limosna, que valía diez veces más de lo que representaba, atendida la penuria del donador, despojado de todos sus haberes. Con más consideración á la pobreza del cardenal que á la suya propia, rehusó el Padre

Pignatelli modestamente aquel donativo; mas de nada le sirvió su miramiento; pues conociéndole el cardenal, calló; y cuando se hubo retirado el Padre, le envió á casa con un familiar aquella suma, que más tarde tuvo ocasión de restituir duplicada el Siervo de Dios, en momentos de grave apuro para el cardenal, como se verá después.

Á medida de su confianza eran los socorros que por caminos ocultos le enviaba Dios, y no pocas veces como milagrosamente; así es que solía decir con frecuencia que en el mundo no había hombre más rico que él, porque tenía todo su capital en los tesoros de la divina providencia, que por ser infinitos, no se agotan jamás. Preguntándole un día cierto Padre italiano si se atrevería á asegurar á cada uno de sus súbditos una asignación igual á la que habían renunciado al entrar de nuevo en la Compañía, respondió, sin titubear, que sí; porque toda su confianza descansaba en las promesas divinas.

Así es que á muchos de los que no cesaban de maravillarse, ni acertaban á comprender de dónde le llegaban tantos socorros, el buen Padre, apenado por su poca fe, les decía: «No os admiréis. Lo que veis que Dios hace con nosotros, es muy conforme á las promesas que Jesucristo nos dejó en su evangelio: «No os angustiéis por lo que habéis de comer y vestir: ya sabe vuestro Padre, que tenéis necesidad de ello. Buscad en primer lugar el reino de Dios y su justicia: y lo demás se os dará por añadidura.» Dios mantiene las más viles criaturas de la tierra, y provee con abundancia á tantos hombres que se le rebelan y son sus enemigos: ¿cómo queréis que no tenga cuidado de sus siervos, y poco ó nada le importe de estos venerables ancianos, que solo por amor suyo y por vivir y morir fieles á su santa vocación, han abandonado toda comodidad y regalo de la vida, y abrazado la mortificación y pobreza de Jesucristo? Observemos nuestras reglas, conservemos en todo su vigor la regular observancia, procuremos propagar con toda diligencia la gloria divina, y atendamos á la salvación de nuestros prójimos; y no temamos que nos falte jamás en lo temporal la generosa mano del Señor.

Aquí tenemos una gran prueba de ello. Estamos en Roma sin casa, sin capital, sin rentas; y á pesar de todo estamos mejor que en Nápoles, donde tantos disgustos me ocasionó la administración de bienes. De esta manera pretende el Señor darnos á entender que no tenemos de colocar nuestra confianza en la protección y riquezas de los grandes de la tierra, sino únicamente en él, enseñándonos prácticamente que la profesión de la pobreza evangélica es el fondo más seguro é infalible para quien se ha consagrado al servicio divino en la religión.»

Esto decía el buen Padre con expresiones de singular afecto y ternísima gratitud hacia el supremo dador de todo bien. Y los efectos manifestaron que no era baldía su confianza; pues asegura el P. Mozzi, testigo de vista, que el P. Pignatelli en Roma no solo tuvo siempre lo bastante para proveer á los suyos, sino que le sobró; y tanto, que pudo dar limosna á cuantos se la pidieron ó en público ó en privado, que fueron muchos.

Uno de los medios con que proveyó el cielo á las necesidades del P. José y de los suyos, fue la señora duquesa de Villahermosa: la cual en cuanto supo la expulsión de Nápoles y la entrada de su tío en Roma, le escribió pidiéndole lista de todos los Padres y Hermanos, cuya manutención corría á su cargo, para enviarle los socorros convenientes. La noticia de este rasgo de caridad de D.^a María Manuela produjo tan buena impresión en el ánimo de todos los súbditos del Siervo de Dios, que no pudieron menos de quedar completamente seguros de que nada les faltaría para su decente manutención, especialmente mientras Dios les conservase al Provincial P. Pignatelli¹.

Apenas se divulgó por Roma la nueva de que Pío VII había acogido benigneamente á los Padres de la Compañía desterrados de Nápoles, varios ministros y embajadores acudieron á darle sus quejas, reproduciendo las ordinarias razones de la condición de los tiempos, del amor de la paz, del mayor bien de la Iglesia, á la que tenían declarada la guerra y perseguían en su ca-

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 40, pág. 363.

beza y en sus miembros; y ahora fingían quererla librar de todo disturbio, á trueque de hacer daño á los jesuitas. Conocieron bien pronto que esta astucia con antifaz de celo no les valía; y apelaron casi á la fuerza, amenazando con enajenación de voluntades y resentimientos de Príncipes; pero Pío VII, pontífice de gran corazón y dotado de una alma invicta, como á su pesar lo experimentó quien con una amenaza creyó tenerle poco menos que amilanado y temblando á sus pies, no era persona que se dejaba arrastrar de lisonjas ni amedrentar por amenazas; así que no les hizo caso alguno.

Despechados ellos, pesentáronse juntos para renovar en cuerpo el asalto. No pudo él contener su celo por la defensa de la justa causa, y con voz entera y con aire de autoridad dijo: «¿Hasta cuándo se pretenderá, contra los fueros de la razón y justicia, oprimir á la inocencia? No se puede culpar á los Padres de la Compañía de delito alguno; antes por el contrario, se los declara públicamente sin culpa; y á pesar de eso, se los condena y expulsa con decreto público y como á delincuentes. Calumniados y perseguidos en todas partes, buscan refugio en el seno del comun pastor y padre, y ¿se pretenderá que este, olvidando sus deberes, su grado, y hasta su misma conciencia, los arroje y aparte de su lado?»

«Se los destierra expresamente á nuestros estados, como lo dejan ver los pasaportes, que traen firmados por la autoridad pública; y esto no obstante, se viene á suplicar que no sean admitidos..... Protestamos delante de Dios y de los hombres, que tenemos un estricto deber de auxiliar á estos hijos dispersos, tanto más acreedores á nuestro amor, cuanto más fiera é injustamente los abomina el mundo. Hasta donde se ha podido, salva la conciencia, hemos temporizado con la perversidad de los tiempos; y les hemos prescrito manera de vivir y regla de conducta, á la que pronta y gustosamente se han sometido; y ya que el hábito y el nombre son una especie de espantajo que asombra á muchos, vestirán y en lo exterior vivirán en todo como simples clérigos seculares.»

«Por lo demás, ellos ni pretenden cargos, ni dignidades, ni rentas, y ni siquiera sus antiguas casas, y solo quieren un sitio donde vivir en paz; y lo que no suele negarse á gente extranjera y bárbara, no se puede negar á hombres cristianos, á sacerdotes y ministros de Dios. El Sumo Pontífice, á quien por tantos y tan estrechos vínculos están unidos, ejercerá con ellos la caridad y la justicia, virtudes que no pueden separarse jamás en el supremo pastor de los fieles. Clemente XIII acogió y hospedó en el estado eclesiástico á los jesuitas expulsados de Portugal y España: á tales ejemplos de nuestros predecesores nos debemos y queremos atener, porque deseamos ser herederos no solo de su dignidad, sino tambien de sus virtudes.»

Que esta fue la peroracion del Padre Santo, sábese por el mismo P. Pignatelli, á quien la refirió él por entero pocos días después. Verdad es que ni con esto se aquietaron los ministros y embajadores; pues en otras ocasiones renovaron el ataque, aunque en vano siempre; porque ó no se dignó el Pontífice de darles respuesta, ó los despachó en breves palabras cortando el hilo de sus quejas.

No dejaba el Señor sin consuelos particulares á su fidelísimo siervo en medio de tantos sinsabores: y no fue el menor de todos, el que por este tiempo le proporcionó la conducta heroica de algunos novicios napolitanos, que por serlo, tuvieron que ser enviados á sus casas al ejecutarse la orden de la expulsion. Cuatro de ellos, jóvenes de grande espíritu y muy firmes en su vocación, se fugaron de su patria; y desviándose del camino, anduvieron errantes por senderos no conocidos, hasta tanto que les fue posible sustraerse á la vigilancia de los espías y refugiarse uno tras otro en Roma, donde fueron acogidos por el P. Pignatelli con demostraciones de ternísimo afecto.

Más astuta y generosa aún fue la fuga de otro, muy digno de que se le ponga en parangon con aquellos fervorosos novicios, cuyos ejemplos de fortaleza insuperable quedan referidos. Volvió dicho joven á Ischia, su patria, vestido de seglar; y no logrando un momento de reposo, desde que por pura fuerza había dejado

de ser jesuita, fletó una barquichuela, y dentro de ella en traje de barquero anduvo costeando con un par de remos por la playa de Nápoles, recorrida á la sazón por buques ingleses, que impedían el acercarse á la ciudad. Apenas le echaron de ver, le prendieron, creyéndole espía: esto era precisamente lo que él buscaba: enviáronle á Malta, le interrogaron de mil maneras, y en nada le pudieron probar culpable. Allí pidió á poco y logró el pasaje á Sicilia en la flota inglesa; y llegando á Palermo, y reconociéndole los Padres, fue admitido con grande entusiasmo en aquel noviciado, como realmente lo merecía.

No fue de menor gozo para el P. José lo ocurrido en la fiesta de San Ignacio á 31 de Julio. Aunque no existían hasta ahora en Roma jesuitas, que después de la extincion se hubiesen incorporado de nuevo en la Compañía; eran sin embargo en gran número los secularizados que habitaban ó en casas particulares, ó varios reunidos en alguna de las antiguas casas ó colegios, donde ejercían los ministerios de la enseñanza y de confesar y predicar. Estos solian todos los años celebrar la fiesta del fundador con la solemnidad y aparato que las circunstancias permitian. Este de 1806, aunque la agitacion producida por la llegada de los expulsados de Nápoles daba pie para temer que las fiestas acostumbradas carecerían del esplendor de los años anteriores; sucedió todo al revés de lo que los cálculos de los hombres permitian esperar; y las circunstancias que las acompañaron parecieron revestir algo de milagroso. Cederé la palabra en este punto al P. Luengo, testigo ocular de lo acontecido.

«En este mismo día,» dice¹. «en que se ha celebrado en la iglesia del Jesús la fiesta de San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía, han hecho los santos jesuitas otro milagro muy grande, aunque pocos reparan en él. Con esta expulsion de los jesuitas de Nápoles entienden todos que ellos no son menos aborrecidos por los franceses, que por los españoles; no menos abatidos y pisados con órdenes y decretos de la corte de Paris,

¹ *Diario*, Tomo 40, pág. 312.

que con pragmáticas de la de Madrid; en suma, todos ven que los jesuitas son despreciados y perseguidos por las dos grandes cortes de Francia y España, que en el día son las únicas que mandan en Roma, y tienen una absoluta influencia en todos sus negocios.»

«Era, pues, natural que todos, mirándolos como gente apesada, huyesen de ellos, y no quisiesen dar muestra alguna de que aman y estiman á quienes aborrecen y desprecian cortes y principes tan grandes..... Y con todo eso, en este su estado de abatimiento y opresion, la fiesta de su padre San Ignacio ha sido lucidísima en todo, sin que sus hijos tengan influencia alguna particular en ella. ¿Y no es este un milagro del cielo, obstinándose muchos, por decirlo así, en amar y estimar á los jesuitas, cuando todo humanamente inclina y casi fuerza á despreciarlos y aborrecerlos?»

«En los días antecedentes á la fiesta del Santo Patriarca se ha hecho la acostumbrada novena, predicando en ella todos los días el señor obispo de Verona D. Juan Andrés Avogadro, después P. Avogadro en Nápoles, y otra vez Illmo. en Roma; y la ha predicado en traje de obispo. Me consta que el P. Provincial Pignatelli, y otros muchos, se han disgustado de que el Ilustrísimo haya predicado en esta novena del Patriarca, porque el Papa les quiere, por decirlo así, invisibles, y le disgusta que comparezcan y metan bulla. Pero no se ha podido impedir, por haber entrado con mucha fuerza en este empeño el cardenal Somaglia, Vicario de Roma, que mirándolos como sacerdotes seculares, es su inmediato Superior: y no deja de ser cosa notable, que este cardenal Somaglia, ántes todo Paccanarista y declarado protector del Padre fundador Paccanari, se haya aficionado tanto á los jesuitas en tales circunstancias, y siendo, por su nacimiento en Plasencia, del imperio francés y vasallo de Bonaparte.»

«El concurso á la novena fue mayor del que he visto otros años: y el Illmo. ha predicado muy bien en todo con mucho celo y fervor; y no se ha detenido en atacar con fuerza el rigorismo

y filosofismo, que al presente son las dos sectas dominantes en toda la Europa..... Nuevo mérito del odio de los franceses: y no se olvidarán de él en el caso de que se apoderen de este estado, y los echarán ignominiosamente de aquella casa del Jesús, y acaso de Roma y de todo el dominio de la Iglesia, y con ellos juntamente á todos los jesuitas extranjeros. Yo lo temo todo, si llegan á apoderarse de Roma, y de su gobierno, como verosimilmente sucederá.»

«En la fiesta del día, el adorno de la iglesia, la iluminacion del altar del Santo, la música y la misa cantada por un obispo, todo ha sido por lo menos con la magnificencia que otros años; y en algunas de las dichas cosas me ha parecido mayor, y además de esto en dos circunstancias ha sido singular la fiesta de este año. Una es el sermón panegírico del santo Patriarca. Monseñor Escárpeli, que vive regularmente en Ímola y Bolonia, distantes de Roma sesenta leguas, se ofreció espontáneamente por sí mismo á predicar este año en la iglesia del Jesús el sermón del santo Patriarca, y en aire de hombre que lo deseaba, como si fuera para él una cosa de mucho honor.»

«Parando aquí, es ya una circunstancia bien singular; pues no oigo que prelados y obispos, ausentes ni presentes, se ofrezcan á predicar los sermones panegíricos de fundadores de otros religiosos, aunque no estén tan aborrecidos, como los jesuitas, de los que mandan en el mundo. Se admitió con el debido aprecio su oferta; y efectivamente ha predicado hoy el sermón panegírico del Santo; y este ha sido bueno con alguna particularidad en todo lo que es común á otros sermones, y singularísimo en el asunto, que inmediatamente ha tocado á la Compañía de Jesús, y de resultas á San Ignacio su fundador.»

«Su sermón ha sido una exposicion verídica y jugosa de los primores del Instituto de la Compañía de Jesús con encarecidos elogios en tiempo y sazón; y por aquí sin decir casi nada de las acciones personales de San Ignacio, le hizo aparecer un alma grande, un hombre extraordinario, un héroe de la religion. Todo, pues, predicador, sermón, asunto de él, y modo de tra-

tarle, ha sido singular y de mucho honor para la abatida Compañía de Jesús, y para sus perseguidos hijos.»

«La otra circunstancia singular de esta fiesta ha sido un concurso extraordinario de gente á todas las cosas de ella. La fama del predicador fue un nuevo motivo para que acudiese mucha gente á oírle; y así fue extraordinarísimo el concurso aun de cardenales y de otras personas autorizadas. Igual ó poco menos fue el concurso del pueblo á las vísperas de los dos días; y esta tarde era tanta la gente, que absolutamente no se podía romper por la iglesia; y se debe tener presente que no es hoy día de fiesta, cuando todos están desocupados; sino de labor ó de trabajo, en el que cada uno atiende á su oficio.»

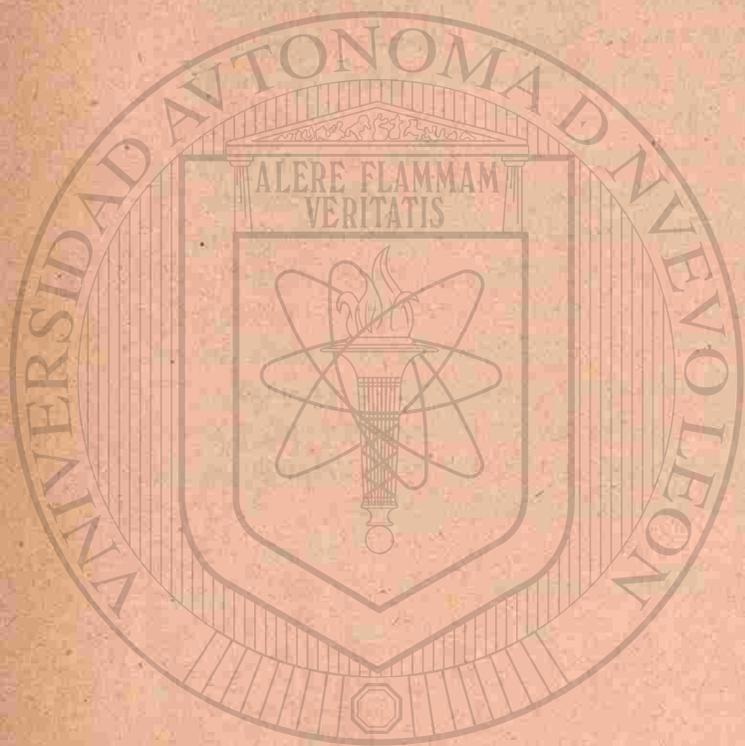
«Siempre acude bastante gente á las fiestas principales de esta iglesia del Jesús; pero otros muchos han notado, como yo, que jamás en día de labor ha habido un concurso de gente tan grande y tan numeroso como este año: y en él debía de ser mucho menor que en los antecedentes; pues con la expulsión de los jesuitas napolitanos, aun el vulgo más ignorante ha llegado á entender que la Francia, que manda en todo el mundo, y despóticamente en Roma, los infama, los oprime y les mira como enemigos. Y ¿no es este un milagro verdadero de los santos jesuitas, que en tales circunstancias de sus hermanos se les den muestras tan particulares de afecto y estimación?»

Á la fiesta de San Ignacio siguieron las celebradas durante los días 11, 12, y 13 de Setiembre en la iglesia del Jesús, que fue la designada para el triduo de acción de gracias por la beatificación del P. Francisco de Jerónimo. Acudieron á celebrar varios señores cardenales, muchos prelados y sacerdotes distinguidos y algunos centenares de jesuitas de todas las naciones. «El primer día por la mañana pronunció el panegirico el Ilustrísimo Avogadro, que vivía en el Jesús; el segundo predicó el Illmo. Joaquín Fossi, obispo de Anagni, y por la tarde visitó el Papa la iglesia del Jesús; el tercer día tuvo el sermón el Ilustrísimo Benito Finaya, arzobispo de Filippis y vicegerente del cardenal Vicario: otros tres obispos celebraron de pontifical. Can-

tóse el último día un solemne *Te Deum* con escogida música, al cual asistió un inmenso gentío. Cargó con todos los gastos de las fiestas el P. Pignatelli, á quien ayudaron los jesuitas españoles, que conocían bien su pobreza y falta de recursos. Los gastos del *Te Deum* los sufragó su grande amigo Abundio Rezzónico, senador de Roma¹.»

Con esta singular providencia velaba el Señor por sus siervos tan perseguidos por las potestades de la tierra. Entretanto reconocía el P. Pignatelli la necesidad de dar pábulo al celo de sus hijos, é impedir que la inacción viniese á enflaquecer el vigor de su espíritu. Ocuparlos á todos dentro del recinto de la ciudad, esta cosa en aquellas azarosas circunstancias poco menos que imposible. Enviarlos á Sicilia no se ajustaba con la voluntad expresa del Pontífice, que deseaba se conservasen reunidos en el estado de la Iglesia. Cómo al fin logró el P. Pignatelli distribuirlos y ocuparlos, se dirá en el capítulo siguiente.

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 40, pág. 383.



CAPÍTULO II

Evita el Siervo de Dios que sus súbditos se ocupen en ministerios ajenos de la Compañía y vivan dispersos. — Envíalos al seminario de Orvieto, al colegio de Tívoli y á otros puntos. — Pasa á Cerdeña el P. Regonó. — Solemne apertura del seminario de Orvieto. — Afecto del obispo á los Padres. — Descubre el P. Pignatelli lo que pasa en lo interior de un súbdito. — Envía dos misioneros á recorrer los pueblos de la comarca. — Instrucciones que les da. — Frutos abundantes de su primera excursion. — La casita de San Pantaleon ó del Buen Consejo. — Trasládanse á ella los del colegio romano. — Habitación del P. Pignatelli. — Fórmase en San Pantaleon una casa profesa. — Queda constituida una pequeña Provincia.

1806 — 1807

La particular providencia con que el cielo acudia á los jesuitas desterrados, animaba á su Provincial á formar sus planes para la conservacion de la Provincia y para dar á esta una forma regular, y, en cuanto de él dependía, estable y permanente: en lo cual dio, como siempre, clarísimas señales de su prudencia y de su amor al instituto de San Ignacio. Pudiera haber colocado á varios de sus súbditos en el empleo de confesores de monjas y en el de maestros ó ayos de hijos de las principales familias de Roma; y aun para fuera de la ciudad eran buscados con afan para tales empleos; mas él constantemente se negó á dar licencia para que los suyos los admitiesen. Y «hace muy bien en negar la licencia,» decia el P. Luengo, «porque ni uno ni otro

es ministerio propio de la Compañía; y en cuanto pueda, es muy loable que procure que no vivan solos. Mucho más le agrada,» prosigue¹, «el deseo que muestran algunos obispos de tener en sus seminarios conciliares algunos jesuitas napolitanos.»

En efecto: divulgada la noticia de que los Padres de la Compañía, lanzados de Nápoles, se habían refugiado en Roma, no pocos obispos de los estados del Papa, escribieron á Su Santidad, y juntamente al P. Pignatelli, pidiendo algunos de aquellos religiosos, de quienes se deseaban valer para la predicacion y para la direccion de los seminarios en sus diócesis.

El primero que los pidió, fue el Illmo. Juan Bautista Lambruschini para su iglesia de Orvieto, de la que á la sazón no era más que administrador. Accedió el Padre Santo sin dificultad, diciéndole que tal había sido también su intencion primera, y que en mejores manos no se podían poner los Padres de la Compañía. Y era cierto; porque en cuanto á amor y sincera benevolencia hacia ella no había por ventura en aquel tiempo quien igualase á Monseñor Lambruschini.

Fuese al punto á tratar con el P. Pignatelli; quien no solo se mostró dispuesto á complacerle, sino que se aprovechó de la ocasion para enviar también á Orvieto los jóvenes á proseguir sus estudios; de modo que el día 20 de Setiembre² de aquel año de 1806 partió el obispo para Orvieto, y llevó en su compañía al P. Antonio Graziani³, que aun no era sacerdote, y á Domingo Galazzi, jóven estudiante. Poco después los siguieron otros: y fueron el P. Ramon Aguirre⁴, en calidad de rector del seminario; el P. Vicente Pavani, vice-rector del seminario; el P. Pedro Rocca, ministro; el P. Roque Menchaca, profesor de teología escolástica y prefecto de estudios; el P. Vicente Zauli, profesor

¹ *Diario*, Tomo 40, pág. 393.

² Según el P. LUENGO: el P. BOERO dice el 10.

³ Había nacido en 3 de Octubre de 1745 y entrado en la Provincia Romana á los 13 de Marzo de 1767.

⁴ Nació el 11 de Enero de 1730. Entró en la Compañía el 17 de Abril de 1745.

de teología moral; el P. Luis Fortis, predicador; y además cuatro Hermanos coadjutores para los oficios de casa, y siete jóvenes estudiantes, uno de ellos el célebre Juan Bautista Piaciani; de los cuales unos tenían que proseguir el curso de la teología, otros el de la retórica. Hace constar el P. Luengo¹ que el colegio de Orvieto estaba «mantenido absolutamente por el Padre Pignatelli,» cuyo celo por formar comunidades alaba en gran manera.

Mientras tomaban asiento los jesuitas en Orvieto, la ciudad de Tivoli pedía algunos operarios y maestros para colocarlos en el antiguo colegio, y encargarles la cultura del pueblo con los ministerios espirituales y la educacion de la juventud en escuelas públicas. Habían permanecido siempre allí desde la abolicion de la Compañía algunos Padres americanos, y con provecho notable de la ciudad se habían empleado en una y otra cosa; mas á unos sorprendió la muerte, y otros eran ya viejos é inútiles para el trabajo: por lo cual fue preciso agregarles algunos jóvenes, que fueron muy bien recibidos de los ancianos, los cuales pidieron y lograron ser incorporados formalmente en la Compañía por el P. Pignatelli.

Habiendo, pues, acogido benignamente el Padre Santo la súplica de la ciudad, dió orden á Monseñor Falcazappa, secretario de la congregacion del Buen Gobierno, para que reuniese el dinero que fuera menester para los primeros gastos de restauracion del colegio², y al propio tiempo comunicó su resolucion al P. Provincial Pignatelli; quien no tardó un momento en ejecutar lo que Su Santidad deseaba, enviando á Tivoli á los Padres Andrés Ferreira³, Joaquin Cortés, Custodio Sa, Diego Martínez⁴,

¹ *Diario*, Tomo 40, pág. 467.

² Carta de Monseñor Falcazappa al caballero Jacobo Lolli, 18 de Febrero 1807.

³ Fue de la antigua Provincia del Brasil. Nació en 26 de Abril de 1736 y entró en la Compañía el 24 de Marzo de 1757.

⁴ Fue natural de Iniesta, en la provincia de Cuenca. Nació en 17 de Julio de 1750: entró en la Compañía en Villarejo á los 10 de Abril

Vicente Requeno y Luis Bonamici¹. Reunidos estos con los que allí había, empezaron á trabajar con fruto visible y copioso, no solo en la poblacion, sino entre las gentes de los caseríos y pueblos comarcanos, á donde pasaban de cuándo en cuándo á predicar y mejorar las costumbres con fervorosas misiones.

A ejemplo de Orvieto y de Tivoli se movieron otras ciudades, con sus prelados y pastores á la cabeza, á pedir al Venerable Padre alguno de sus obreros; y cinco fueron á Amelia², tres á Sezza³, y otros tres á Anagni⁴, todos para los seminarios. Además se fundaron dos pequeñas residencias; una en Marino, aldea de la diócesis de Albano, y fueron allá los PP. Juan Bautista Gentilini⁵ y Luis Fornasari; otra en Palestrina, donde vivieron algun tiempo los PP. José Médici y Pedro Rosini⁶. Pero eran muchos más que estos los sitios de donde llegaban vivísimas instancias al P. Pignatelli para que les concediera un par al menos de los suyos, venidos de Nápoles, con el fin de emplearlos en la educacion del clero jóven ó en la cultura espiritual del pueblo.

He aquí lo que le escribía el obispo de Civita Castellana y de Orte con fecha 11 de Noviembre de 1806. «En el supuesto,»

de 1764; hizo la profesion el 2 de Febrero de 1819, y murió en Madrid el 28 de Julio de 1834.

¹ Perteneció á la antigua Provincia Romana. Nació en 6 de Junio de 1736, y entró en la Compañía el 19 del mismo mes en 1751.

² PP. Inocencio González, Bernardo Azcona, Gabriel Vallés, Pedro Cáseda y Miguel Aziera.

³ PP. Bartolomé Hernández, Ramon Videla, Diego Val. Este último vivía en casa del P. Luengo; y á una insinuacion del P. Pignatelli, dejó sus comodidades y salió para su destino á 3 de Noviembre. (Padre LUENGO, *Diario*, Tomo 40.)

⁴ PP. Ignacio Romo, Joaquín Zabala, José Doz.

⁵ Perteneció á la antigua Provincia de Venecia. Nació el 26 de Noviembre de 1745 y entró el 12 de Octubre de 1765.

⁶ «Ha ido,» dice el P. LUENGO, «ó irá muy presto á prefecto de espíritu en el Seminario de Palestrina el P. Médici, que de canónigo de Ferrara, se vino á Nápoles, y era en esta ciudad maestro de novicios..... El cardenal Mattei, que conoció mucho en Ferrara á este Padre Médici, y es al presente obispo de Palestrina, ha mostrado deseo de que vaya dicho Padre á este empleo en su seminario; y ha sido muy justo complacer á Su Eminencia.» (*Diario*, Tomo 40, pág. 393.)

dice, «de que Vuestra Paternidad Reverendísima piense emplear en alguna parte á los Padres de la Compañía, que desde Nápoles han pasado á esa capital, yo, que fui siempre amantísimo de ese célebre instituto, á quien debo mi educacion en virtud y letras, y que ahora tengo á mi cargo el cuidado de estas dos diócesis, desearía obtener un par de ellos para mi seminario de Orte, á fin de que diesen la misma buena educacion á la juventud, que me interesa más que todo.»

Igualmente Monseñor Fortunato Maria Pinchetti, obispo de Amelia, no contento con los cinco Padres que había conseguido para su seminario, pidió otros dos para el pueblo de Giove, «donde hay» dice en su carta, «unas setecientas almas de excelente indole, pero casi puede decirse sin sacerdotes que les administren el pasto necesario: por lo cual dos de los suyos podrían servir grandemente allí, instruyendo, confesando y predicando¹.»

Mas no era posible que el buen P. Pignatelli pudiese contentar á tantos ni satisfacer á las peticiones que diariamente le llegaban; pues, hecho ya el reparto, solo le quedaban algunos de los más ancianos con cien achaques contraídos por las fatigas, é inútiles para el cargo de escuelas, confesonario y púlpito, á los cuales se había propuesto conservar en Roma y emplearlos en obras de caridad y celo que no sobrepusasen sus fuerzas.

Dos tenía aún, que eran capaces de soportar toda fatiga; el P. Luis Mozzi, venido ya de Nápoles después de recobrada la salud, y el P. Tomás Pizzi, jóven aún, y dotado de arranque y fuerzas, que acompañando al P. Mozzi en sus fervorosas misiones, se formaba excelente apóstol. Pero al P. Pignatelli no pareció oportuno ligarlos á lugar fijo, juzgando ser mucho más útil y de mayor gloria de Dios, que siempre estuvieran prontos y expeditos para acudir á donde la necesidad los llamara, y derramar en diferentes terrenos la semilla evangélica.

No era solamente de los estados del Papa de donde se acudía

¹ Carta de 28 de Octubre de 1806.

al P. Pignatelli en demanda de operarios, sino de otras partes más lejanas. Entre estas se distinguió la isla de Cerdeña, en la cual, como ya hemos visto en otro lugar, se rennieron los Padres antiguos á petición de Carlos Manuel, que retirado en Roma, vivía vida oculta, y dado al ejercicio de la virtud. Su hermano Víctor Manuel, rey de Cerdeña, en cuanto supo que la Compañía era arrojada de Nápoles, ofreció al P. Pignatelli su isla para que se refugiase allí él y los suyos; y no habiéndolo alcanzado, le suplicó que á lo menos le enviara un Padre hábil en el manejo de negocios y con facultades para avivar secretamente el asunto de que se trataba, de dar vigor á aquellas comunidades, compuestas de ancianos y achacosos. Fue escogido el P. Antonio José Regonó, que ántes de la abolicion había vivido veinte y dos años en aquella isla, y era muy conocido y apreciado de todos; y á 24 de Octubre de 1806 salió de Roma¹ aportando á Cagliari felizmente, desde donde el mismo nos describirá el entusiasmo con que fue acogido por todo género de personas.

«La mañana siguiente á mi llegada,» escribe al P. Pignatelli, «subí con el P. Piras al Castillo para ponerme á los pies de las personas reales, que se dignaron de recibirme una después de otra con tanta benignidad, que á duras penas podía contener las lágrimas. Es verdad que ya me sentía muy conmovido con otro recibimiento no menos cordial, que fue el de todo género de personas, que no podían acogerme mejor. La mañana misma apenas celebré el santo sacrificio, vi entrar en mi habitacion al señor marqués Boyl con la marquesa y dos hijas núbiles. El mismo conde de Roberent ha querido favorecerme con una visita, lo mismo que el capitan general y gobernador de Cagliari. En resúmen tengo una lista de unas sesenta personas, que ó me han enviado la bienvenida, ó han venido ellas mismas á dármele; por lo cual estoy muy consolado, muy confuso, pero muy cansado tambien. El Señor me ayuda visiblemente y me da esperanzas de que saldremos á flote.»

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 40, pág. 445.

Cuando se empezó á tratar del negocio principal, que era el restablecer formalmente la Compañía en el reino de Cerdeña y obtener para ello del Sumo Pontífice la extension del Breve expedido para las Dos Sicilias, el P. Regonó, á norma de las instrucciones del P. General y del P. Pignatelli, fue de parecer que por razon de los nuevos trastornos ocurridos y de los que por momentos amenazaban, no se debía emprender cosa que pudiese levantar polvareda en el público, sino atenerse estrictamente á las antiguas disposiciones del Pontífice, dándose por satisfechos con reunir bajo nueva forma á los antiguos operarios, formar otros nuevos, ejercitarlos, donde y como fuese posible, en los ministerios de letras y de espíritu, para tenerlos prontos á salir al campo en reapareciendo la bonanza en los ánimos y en las naciones.

Mientras esto pasaba en Cerdeña, celebróse con gran solemnidad la novena de San Francisco Javier en el Jesús, en la cual predicó con el entusiasmo de siempre el Illmo. Avogadro, que estaba para ir á Viena, en donde, como se verá, predicó la próxima cuaresma¹. Tambien en Sicilia se celebró en el mes de Diciembre el triduo de beatificacion del P. Francisco de Jerónimo con asistencia de la familia real, que costeó en gran parte las fiestas².

El P. Pignatelli y los suyos seguían dando ejemplos de toda virtud. Tres novicios de los de Nápoles tuvieron que pasar de Roma á Orvieto, y alcanzaron del Padre que les dejara hacer el camino á pie: mas como se pusiera lluvioso el tiempo, les proveyó de carruajes³. El mismo P. Pignatelli dio por este tiempo una clara prueba de su confianza en Dios, como se verá por lo que cuenta el P. Luengo⁴. «Me ha asegurado» [el P. Gaspar Sanchez⁵], dice, «en términos formales, que toda la causa dé no ha-

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 40. — 3 de Diciembre.

² *Ibid.*, Tomo 41, pág. 99.

³ *Ibid.*, Tomo 40, pág. 516.

⁴ *Ibid.*, Tomo 41, pág. 140.

⁵ Nació en Teruel á 7 de Enero de 1750: entró en la Compañía el 30

berles dado ahora la pension, ha sido la declaracion de la corte de que presenten un memorial pidiendo al rey esta gracia; y ellos no se han resuelto todavía á presentarle.» Ni lo hizo después; porque verosimilmente conocia por luz profética que la calidad de vasallos del rey de España podía más adelante serles un obstáculo, como sucedió. Y luego¹ hace constar el mismo escritor, ser cosa muy comun entre los jesuitas no asociados al P. Pignatelli, que al morir le dejaran cuanto tenían: y añade: «Todas estas cosas y otras más menudas se las comunica el Padre Pignatelli á Su Santidad, y todas se las aprueba.»

Volvamos ahora al colegio de Orvieto. El día 12 de Diciembre se abrieron en él con solemne pompa las escuelas; y el P. Ángel Mai, recién ordenado sacerdote, en presencia del obispo y de un numeroso y escogido auditorio pronunció un excelente discurso latino, que mereció aprobacion y general aplauso. Al propio tiempo se dio principio en la iglesia á los sagrados ministerios con prodigioso concurso del pueblo, que cada dia iba con más afán á escuchar la divina palabra y participar de los Santos Sacramentos. No cabía en sí de gozo el santo obispo; y no cesaba de dar gracias á Dios por haberle concedido una falange de operarios tan fervorosos para bien y provecho de su grey.

Escribiendo al P. Luis Mozzi con fecha 20 de Diciembre, le dice así: «Crea firmemente V. R. que por el ardiente deseo que tengo del bien sólido y verdadero de la Iglesia, haría yo cualquier cosa para que prosperase el sapientísimo y utilísimo instituto de San Ignacio; pero yo poco, muy poco, puedo hacer, y es lo que siento; todo lo tiene que hacer, y espero que lo hará, nuestro clementísimo Padre Santo, y quiéranos el cielo conceder tiempos tranquilos. No dejaré por cierto de hacer lo poco que esté de mi parte, y mi consuelo llegará á su colmo cuando

de Abril de 1765: hizo la profesion en 8 de Setiembre de 1815, y murió en Roma en 15 de Febrero de 1829.

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 41, pág. 146.

vea que *Deus det incrementum*. Entretanto reboso de júbilo al ver cómo se conducen estos sus verdaderamente dignísimos hermanos y el gran bien que están haciendo á esta ciudad, y bendigo mil veces la hora y el momento en que Dios inspiró semejante pensamiento y proyecto. El P. Provincial y V. R. insistan para que todo llegue á completarse, y yo no dejaré de ayudarlos con mis plegarias, esperando no irles en zaga en la alegría, cuando se logre nuestro santo deseo.»

Así aquel prelado; y en otra, fecha 28 de Febrero de 1807, al P. Pignatelli, escribe lo siguiente: «He abrazado con sumo gozo á los dos nuevos excelentes Padres¹ que V. Paternidad Reverendísima ha destinado para colaboradores de los otros muy celosos, que están ya en este seminario, y que tanto trabajan en él para gloria de Dios y bien de las almas de esta poblacion. El P. Montero es un hombre singular²; y es muy justo y conveniente que forme algun discípulo en la lengua hebrea; y yo opino que ha de llegar á ser eximio en ella el muy recomendable Padre Mai. Tengo el consuelo de ver que en esta euaresma predicán los PP. Pavani y Zauli con mucho fruto; y me cabe tambien la satisfaccion de significar á V. R. que oigo con gran placer á sus jóvenes hablar de la sagrada Pasion en la iglesia los viernes. ¡Qué bien lo hacen! ¡Cuánto han aprovechado! ¡Qué hermosas esperanzas dan de sí! ¡Cuánto vale para atraer á la juventud el P. Pavani! Puede decirse que es en realidad su apóstol, su padre, su dulce y verdadero dueño. Todos estos son consuelos para mi alma, pero aguardo é imploro otros mayores. Dios nos oiga, y bendiga sus trabajos.» Hasta aquí el obispo.

En aquellos tiempos de universal trastorno no hubo por ventura quien le aventajase en amar la Compañía con ternura de padre, y en sostenerla y defenderla como cosa suya propia; por lo cual el P. General Tadeo Brzozowski, informado por el Padre

¹ Eran los PP. Pedro Montero y Diego Goitia.

² Fue natural de Villagarcía: nació en 14 de Abril de 1741: entró en la Compañía en 13 de Julio de 1755: hizo la profesion el 15 de Agosto de 1773, y murió en Madrid en 19 de Marzo de 1819.

Pignatelli de los grandes favores recibidos de Monseñor el obispo de Orvieto, le escribió desde Rusia significándole su gratitud y admitiéndole como bienhechor insigne á la participacion de los merecimientos de la Compañía.

Fue tal la alegría del prelado por este favor, que tomando la pluma, quiso manifestársela al P. General en una carta llena de ternísimo afecto, que voy á trasladar aquí palabra por palabra. «Reverendísimo Padre. — Doy mil gracias con todo mi corazón á V. Paternidad muy Reverenda por la áurea carta que se ha dignado trasmitirme, por medio del virtuosísimo y excelente P. Provincial Pignatelli. Lo he agradecido sumamente, pero mi deseo ha sido y es hacerme digno de lo que en ella V. Paternidad me presenta. Estimo, venero y amo al Instituto de San Ignacio, tan útil y provechoso á la Iglesia y á la sociedad. He hecho y hago por él bien poco; mas deseo muy de corazón poder hacer mucho, y no pretendo más galardón que el ver floreciente á la Compañía de Jesús instituida por San Ignacio. No veo que podamos esperar cosa buena de los tiempos que corren; pero yo con el corazón siempre participaré de los disgustos y consuelos que puedan caer al P. General por su amada Compañía. Rogaré siempre al Señor, que se cumplan mis deseos; y entretanto esperando sus respetabilísimas órdenes, me repito con obsequio profundo su muy humilde y obligado servidor. — JUAN BAUTISTA, obispo de Orvieto. — 29 de Enero de 1807.»

Cuando más suspiraba el P. Pignatelli por instituir las misiones volantes por los pueblos vecinos, vino á ofrecérsele ocasión propicia de poner por obra lo que deseaba; pues el cardinal Luis Valenti Gonzaga, obispo de Albano, le pidió algunos operarios, que se encargasen de evangelizar por los pueblos más abandonados de su diócesis y en particular por los de las marismas. El santo varón aceptó lleno de júbilo la propuesta, y destinó sin demora para aquel ministerio á los dos Padres que para tales casos tenía de reserva.

Pero ántes de continuar, bueno será oír lo que acaeció al P. Pizzi, como lo refiere él mismo en un escrito de su propio

puño. Tenía el P. Pignatelli formado el plan de enviarle á las islas de Grecia, para que ayudara á los pocos Padres que habían quedado allí con el cargo de las misiones de Sira y de Tina; y llamándole al colegio romano, donde á la sazón habitaba, le hizo saber su resolución.

Espantado el P. Pizzi con la idea de empresa tan ardua, respondió algo bruscamente, que aquella mision, ya por el carácter de las gentes, ya por la dificultad del lenguaje, era en demasía trabajosa, y que él no tenía virtud ni espíritu suficiente para ella. Con tal impresion volvió á su aposento: y cuando por la noche se puso á examinar la conciencia ántes de recogerse, echó de ver el dislate, y arrepintiéndose; pidió humildemente al Señor le perdonase, y se propuso volver al día siguiente á su amado P. Provincial, retractar la inoportuna respuesta, y ofrecérsele para hacer cuanto quisiese, é ir á cualquier parte á donde tuviera á bien mandarle, aunque fuese al país más bárbaro y remoto.

No llegó el caso de ejecutarlo: pues el día siguiente el Siervo de Dios adelantóse á buscarle, y sin dejarle hablar, «Bien sé,» le dijo, «lo que el Señor os ha hecho conocer anoche en el examen de conciencia: ahora estáis en calma; y esta es la señal de que el buen espíritu habla á vuestro corazón; pero ayer era el espíritu de tinieblas el que en vos hablaba. Leed y estudiad las reglas que sobre esto nos dejó el santo Padre Ignacio en sus Ejercicios, y comprenderéis cómo habéis de dirigiros y dirigir á los demás.» — «Con estas palabras, que demostraban bien la luz superior, con que el P. Pignatelli había penetrado en mi corazón, yo,» añade el P. Pizzi, «quedé como una estatua; y no pude decir otra cosa, sino que estaba pronto á partir, aunque fuera en el acto.» No obstante, el Siervo de Dios mudó de plan, y no le destinó á la mision de Grecia, sino á la de la campiña romana, como compañero del P. Luis Mozzi.

Ántes de enviarlos, les explicó detenidamente el método que deseaba guardasen así en el viajar y albergarse y tomar alimento, como en el predicar con fruto la palabra divina. Estaba con-

vencido de que, á imitacion de los primeros Padres, cuyo espíritu queria ver renovado y robustecido en la Compañía naciente, era indispensable que los misioneros predicaran con el ejemplo de vida pobre, austera y mortificada, y luégo entrase la fuerza de la elocuencia. Ordenóles, pues, que de un pueblo á otro fuesen siempre á pie y descalzos; que no llevasen dinero ni viático alguno, sino que de limosna recibiesen lo puramente necesario para sustentarse; que de noche se recogiesen en los hospitales; y donde no los hubiese, en los más pobres caserios, y tambien por caridad; que pusieran su principal cuidado en catequizar á los niños, enseñándoles los rudimentos de la doctrina cristiana y preparándolos para la primera comunión; que se acomodasen en todas las cosas á la capacidad de los más rudos, y no se economizaran, ni perdonasen á fatiga ó padecimiento.

Pero en cuanto á esta última advertencia el P. Mozzi, ejercitado por muchos años en aquel ministerio, más había menester de freno que de espuela. Solo en una cosa disentía de lo prescrito por el P. Pignatelli, y era en el ir á pie y pidiendo limosna; y así fue, que con grande humildad y entera sumision le propuso de palabra y por escrito las razones que se le ofrecían en contrario, fundadas en la condicion de los tiempos, que, segun su dictámen, no eran los más á propósito para aquellas demostraciones. Mas el P. Pignatelli no varió: y por toda respuesta le dijo, que cuando se ama de veras la mortificacion y humillacion, todos los tiempos son oportunos.

Animados, pues, y fortalecidos con el mérito de la obediencia, y recibida la bendicion del Siervo de Dios, al anochecer del 26 de Enero de 1807 salieron ambos Padres de Roma, y á pie descalzo, con el hatillo al hombro, se encaminaron por la via ostiense hacia Prática, que fue el primer campo señalado á sus fatigas. Desde allí pasaron á Ardea, y luégo á Porto de Anzo, á Conca y á Nettuno, deteniéndose dónde ocho y dónde quince días y aun más, segun el mayor número de almas y la mayor necesidad de los pueblos.

Y si fuera este lugar á propósito para referirlo, daría á co-

nocer las numerosas conversiones de obstinados pecadores, la reconciliacion de los ánimos por largo tiempo desunidos con odios y escandalosas enemistades, las muchas restituciones, que con la gracia de Dios obtuvieron los dos fervorosos operarios en más de cuarenta días que duró aquella mision. Todo lo tenemos minuciosamente referido y escrito de su propio puño en una extensa relacion que enviaron al P. Pignatelli; pero baste decir que por doquiera arrancaron copiosas lágrimas de contricion; y en Nettuno fue tal la conmocion de los ánimos, que algunos jóvenes escandalosos en un ímpetu de fervor subieron al mismo tablado, que ocupaban los Padres, á pedir públicamente perdon de su mala vida pasada.

Acertaron á llegar en aquel tiempo en una nave de oriente muchos cristianos fugitivos ó rescatados de la esclavitud del turco; y todos quisieron asistir á los sermones y reconciliarse con Dios por medio de confesiones generales. Concluidos los trabajos del día, empleaban los misioneros largas horas de la noche en oír á los penitentes, que acudían á confesarse poco menos que en tropel; y no bastando los dos solos, hubo que disponer que de Marino fuese á ayudarlos el P. Juan Régoli, y de otros puntos varios sacerdotes seculares y regulares.

Solo el saber y ver el tenor de vida austera que observaban los Padres, movía en gran manera á las gentes, segun la prediccion del Siervo de Dios, y así lo escribía el P. Pizzi diciendo: «Ha sido de grande edificacion nuestra pobre comida: la cual consistía en una sopa siempre de viernes con otra cosilla insignificante, y por la noche un poco de leche para el P. Mozzi, y para mí un plato de achicorias, y alguna vez un par de huevos, sin beber jamás vino; y todo recibido por caridad.» Cuando salían de un pueblo dejaban constituciones y reglas, así para la conservacion del fruto y de la piedad, como para la enseñanza de la niñez y juventud, que encontraron en una grande ignorancia de las cosas más necesarias para el conseguimiento de la salvacion eterna.

No gustaba el P. Provincial Pignatelli que sus súbditos echados de Nápoles tratasen en Roma con los jesuitas, que, por una

razon ó por otra, no habían pasado á aquel reino para ingresar de nuevo en la Compañía. Por esta razon buscaba todos los medios posibles de alejarlos de ellos y reunirlos en pequeñas comunidades. Con esta mira se resolvió á admitir algunos seminarios, que varios obispos le ofrecieron. En el de Orvieto logró separar una parte del edificio, en donde colocó algunos de sus súbditos: y como ella no fuese bastante, alquiló y unió con crecidos gastos al seminario una casa contigua á él, y formó habitacion capaz de veinte sujetos, y acomodada al uso de una comunidad religiosa, proveyéndola de algun pobre ajuar y otros muebles necesarios. Induciale tambien á esto el notar en los moradores del colegio romano algun disgusto de que habitasen en él por tanto tiempo como en casa propia los súbditos del P. Pignatelli.

Debiendo, pues, estos retirarse del colegio romano, y no pudiendo pasar á vivir en ninguno de los ocho seminarios que tuvo en otro tiempo la Compañía en Roma, alquiló por cincuenta duros la casita ó conventico de San Pantaleon de los montes, llamado Nuestra Señora del Buen Consejo, del nombre de la pequeña iglesia que tiene contigua: hallábase junto al puente Sixto en una callejuela desde la Suburra al Coliseo¹. No podía ser más á propósito para el objeto á que se la destinaba: pues en cortísimo espacio podian vivir en ella buen número de religiosos. Pasaban de veinte sus aposentitos, en que apenas cabian la cama y una mesa, aunque fuera de ellos no había, por decirlo así, un palmo de tierra en que dos juntos pudiesen dar cuatro pasos. Estaba con poco aseo y muy descuidada; y se gastó no poco en limpiarla, repararla y acomodarla al uso de los que la habían de habitar². Tenía su capillita interior con dos altares y Sacramento,

¹ El proyecto de tomar esta casa de San Pantaleon se lo propuso el abate Felici, que había sido jesuita, y después volvió á entrar en la Compañía. (*Process. Rom.*, fol. 166.) Adquirióla por la mediacion de sus dos amigos el príncipe y senador de Roma Abundio Rezzónico y el caballero Juan Gherardo de Rossi; (*ibid.*, fol. 1157;) pero el Venerable no cerró el contrato sino después de haber obtenido la aprobacion de Pío VII. (*Ibid.*, fol. 166.)

² «La casa del Buen Consejo,» dice Gregorio de Micillis, «era digna

algunas piezas convenientes para refectorio y otras oficinas necesarias, y algunas que servían de hospedería para los que estaban fuera de Roma y venían á la ciudad.

Cuando estuvo ya todo dispuesto, el día 1.º de Marzo de este año de 1807, se trasladó á ella el P. Pignatelli, y á los ocho días habían pasado allá todos los que estaban en el colegio romano, es á saber, además del P. Pignatelli, los PP. Monton, Monzon, Mozzi, dos novicios sacerdotes y cuatro coadjutores novicios; y á poco se les juntaron el anciano P. Panizzoni y el P. José Doz, desde la niñez amigo del P. Pignatelli. Restablecióse en seguida perfectamente la vida de comunidad con su distribucion de horas para los ejercicios espirituales y otros actos comunes, y aun con algunas observancias exteriores, como la *pícola* ó mesa pequeña en el refectorio. Al mismo tiempo que no quiso obligar á ninguno á que le siguiese, siempre se mostró dispuesto á recibir á cualquiera que voluntariamente se ofreciese á vivir con él en aquella casa hasta que se ocupasen todos los aposentos³.

El que para sí escogió el Siervo de Dios, tenía, como atestigua D. Luis Pancaldi⁴, poco más de diez palmos en cuadro. Su ajuar consistía, segun asegura el mismo⁵, en una camilla baja y estrecha, una escribanía ó escritorio sin lustre ninguno, un estante muy pequeño y cuatro sillas. La única diferencia entre este cuartito y los otros se reducía á una abertura, que se cerraba con puerta y con llave: hizo abrir el Siervo de Dios esta ventanita en la pared que separaba el aposento de la capilla á él inmediata, para poder visitar al Santísimo Sacramento y hacer oracion ante él sin salir de la cámara y sin ser visto⁶.

de albergar solamente bestias. No obstante el Venerable la arregló á expensas suyas con tanto celo y simetría, que vino á ser una casita de buenas formas.» (*Process. Neapol.*, fol. 521.)

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 41, pág. 91.

² *Process. Rom.*, fol. 870.

³ *Ibid.*, fol. 880.

⁴ *Ibid.*, fol. 507.

La iglesia de nuestra Señora del Buen Consejo pertenecía á la Congregacion de este nombre, la cual la cedió sin dificultad á los Padres para que en ella dijese misa, confesase y predicase. Dispuso el P. Pignatelli que se diese principio á los ministerios con una mision predicada por el infatigable P. Mozzi á tal clase de personas, que no pudo menos de causar grande impresion en Roma. Por espacio de ocho dias á determinadas horas se reunieron en la iglesia del Buen Consejo los galeotes ó presidiarios que se ocupaban en barrer las calles de la ciudad y en otras obras públicas, y cuya cárcel estaba cerca de dicha iglesia: en ella se les instruyó de todo lo necesario para hacer una buena confesion á fin de cumplir con el precepto de la Iglesia, y no quedó uno de ellos sin confesarse.

El dia de San José, que era el nombre del P. Pignatelli, les dio por su mano la comunión á todos ellos en número de doscientos y cuarenta: fueron después introducidos en la pobre casita, en donde se les dio una buena comida, correspondiente á su condicion, sirviéndoles los PP. Pignatelli, Mozzi y otros, y participando del convite como unos setenta soldados que los escoltaban. Terminada la comida, el P. Mozzi y algunos otros los llevaron procesionalmente y rezando el rosario por las calles públicas á San Juan de Letran, para que ganasen la indulgencia de subir la escala santa; y con el mismo orden los condujeron á su cuartel ó cárcel, y en ella los dejaron consolados y llenos de inexplicable gozo y santa alegría, como ellos mismos confesaban, y, aun sin decirlo ellos, lo publicaban suficientemente sus semblantes y sus lágrimas¹.

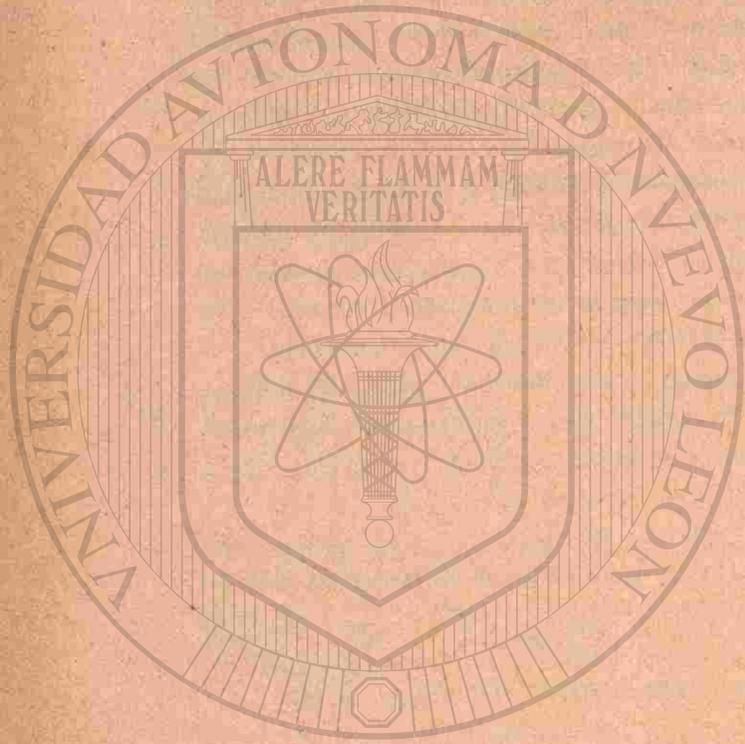
De esta manera el Siervo de Dios en menos de un año, desde su llegada de Nápoles, no solamente vio á todos sus súbditos colocados en diversos sitios á propósito para conservar la disciplina religiosa y consagrados á glorificar á Dios en todos ellos salvando almas, sino que además se encontró establecida, sin saber cómo, una pequeña Provincia, bien ordenada, y repartida

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 41, pág. 112.

segun los diversos grados y diferente condicion de personas. Poseía en Roma una como casa profesa en este hospicio de San Pantaleon, á donde fue llamando tambien á los que, terminada la carrera de sus estudios, tenían que hacer la tercera probacion ó año de noviciado, á tenor de las constituciones. Tenía en Orvieto el colegio máximo, donde con excelentes maestros estudiaban los jóvenes la retórica, la filosofía y la teología; además el colegio de Tivoli, los seminarios de Amelia, de Sezze y de Anagni, las residencias de Marino y de Palestrina, y finalmente las misiones volantes, dispuestas siempre á ir donde las demandasen los prelados y pueblos. Separóse la Sicilia de lo restante de Italia por decreto del P. General, y tenía su Provincial aparte¹, con lo que el P. Pignatelli se veía libre de aquel gobierno, que tantas amarguras le costara: solo le quedó alguna superintendencia en las misiones de Grecia.

¹ Fue Provincial de Sicilia el P. Angiolini hasta fines de 1807, sucediéndole el P. Ruffo. El P. Angiolini quedó de Procurador General. (P. LUENGO, *Diario*, Tomo 41, mes de Noviembre.) Al P. Javier Ruffo sucedió en el provincialato en 10 de Setiembre de 1810 el P. Manuel de Zúñiga, natural de Alba de Tormes, que entró en la Compañía en 27 de Agosto de 1757 y murió en Madrid el 14 de Marzo de 1820.

BIBLIOTECA CENTRAL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO III

El P. Avogadro predica la cuaresma en Viena. — Ejemplo de caridad del P. Pignatelli con un enemigo. — Ensancha la casita del Buen Consejo y pone en ella la tercera probacion. — Ministerios en la iglesia, en los presidios y cárceles. — Espíritu de recogimiento del Venerable. — Copioso fruto de las misiones. — Constancia de dos novicios. — Progresos en Cerdeña. — El general Francisco Pignatelli en Albano. — Visita del colegio de Orvieto.

1807

Hemos hablado en el capítulo anterior de la ida del P. Avogadro á la capital de Austria á predicar la cuaresma á los italianos allí residentes. La causa de este viaje fue la siguiente. El arzobispo de Viena, Monseñor Hóhenwat, y el Illmo. Severoli, Nuncio Apostólico en aquella corte¹, deseosos de que predicase la cuaresma en aquel templo un jesuita, escribieron al P. Provincial Pignatelli pidiéndole les enviase alguno de sus súbditos, de los cuales suponían que podría fácilmente echar mano para aquel objeto en ocasion en que apenas sabría dónde colocarlos en Roma después del destierro de Nápoles.

Deseoso el P. Provincial de complacer á aquellos prelados y de fructificar en la viña de la Iglesia, insinuó la pretension

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 40, pág. 502.

de aquellos tan ilustres personajes al P. Avogadro; el cual con todo rendimiento y prontitud se ofreció á emprender aquel viaje con un ejemplo de obediencia que admiró á cuantos le conocían. Porque aunque era sin duda hombre sano y robusto, y estaba muy ágil, y mostraba desembarazo en todos sus movimientos y acciones en el púlpito; con todo hacían dificultosa aquella obediencia su avanzada edad de setenta y un años cumplidos y la ida á un país de clima muy fuerte, en especial para quien se había criado en Venecia, y había vivido regularmente en climas templados. Por lo cual se calificó, y no sin motivo, de loable y generosa su obediencia; y desde luego se esperó copioso fruto de sus sermones, como en realidad así sucedió.

Entretanto el P. Pignatelli ejercía en Roma toda clase de obras de caridad con los prójimos. Diole particular ocasion para ello lo que estaba ocurriendo en Nápoles, de cuyo reino tenían que desterrarse ó eran arrojadas muchas de las personas de más autoridad, por mostrarse menos afectas al intruso gobierno. El siete ú ocho de Mayo, por una supuesta conjuración, fueron presos y encerrados en el castillo de San Telmo gran número de personajes de lo más visible del reino, de los cuales fue uno el general D. Francisco Pignatelli, conde de la Acerra, esposo de la sobrina del P. José.

Esta, como en su reciente orfandad se vio con sus bienes confiscados y desterrada de su patria, determinó pasar á Madrid; y á su tránsito por Roma fue á visitar en la casita del Buen Consejo á su tío el P. José para consolarse con él. Esta sería probablemente la ocasion en que llevó consigo y entregó al Padre las reliquias del Beato Francisco de Jerónimo. Muchas fueron las visitas que le hizo ántes de partirse: y como en la casa no hubiese lugar destinado para recibimiento de señoras, arregló el Padre en el piso bajo con tablas y esteras un saloncito provisional, donde á la vista de todos recibió á la sobrina cuantas veces fue menester.

Acompañaría en este viaje á la condesa su administrador D. Gregorio de Micillis. Infiérole de lo que dicho señor depone

en los procesos¹ acerca de la causa, que movió al P. José á dejar la casa del Jesús, y buscar otro domicilio, en que viviese con menos dependencia y sin molestar á nadie. Dice, pues, así: «Después de cuatro ó cinco meses [de llegado á Roma el Padre], con la excusa de que debían darse ejercicios á caballeros, y de no haber [en el Jesús] local suficiente, vióse obligado el Padre Pignatelli á dejar el Jesús. Entonces buscando [casa], y acercando á pasar por la calle *delle Carrette*, vio la capillita del Buen Consejo: y en aquel punto comenzó á tratar con los hermanos de la Cofradía.» Hasta aquí D. Gregorio, quien difícilmente pudo saber estas circunstancias en Nápoles, desde donde era tan difícil la comunicacion con Roma.

Entre las personas, á quienes alcanzó la desgracia, fue un cierto ministro del rey Fernando, que se retiró á Roma, destituido de todo humano socorro y reducido con su familia á la mayor miseria. Súpolo el P. José: corrió en seguida á prestarle auxilio, aprovechando esta ocasion para ejercer un bellissimo y heroico acto de caridad con uno de los mayores enemigos que tuvo en Nápoles. En efecto: como el Padre que le acompañó á visitar al noble napolitano, se admirase de la gruesa suma de dinero que el P. José le había entregado, le dijo este: «¿Habéis visto la espantosa miseria de esta familia? Pues sabed, que la cabeza de ella era uno de los primeros ministros del rey de Nápoles, y la revolucion le ha depuesto de su cargo, desposeido de cuanto tenía y expulsado de su patria: y mientras nosotros estuvimos en Nápoles, nos fue siempre hostil. Poco pensaba él que tan pronto había de tener necesidad de nuestro socorro. ¡Qué dulce es poder ejercitar la caridad con los enemigos!»

Como la casa de San Pantaleon fuese pequeña para contener el número de personas que residían en Roma, alquiló el P. Provincial otra casita, que estaba contigua á ella, y obtuvo de los cofrades del Buen Consejo facultad para poner ambos edificios en comunicacion por medio de una puerta que se abrió en la pared

¹ *Process. Neapol.*, fol. 321.

que las dividía. En esta segunda casa puso á los Padres, que, terminados los estudios, tenían que hacer la tercera probacion, «del número de los cuales,» dice el P. Luis Ferrarini, «fui yo, cuando volví de Orvieto; y me acuerdo que nos dio por Instructor al P. José Médici¹.»

Desde el momento en que la comunidad se hubo establecido en el Buen Consejo, pidió el P. Provincial á los cofrades autorización para que los Padres de una y otra casa pudiesen celebrar la misa y ejercitar los ministerios en la pequeña iglesia de la cofradía. Concediéronseles ellos, y, «después que hubo visto [el P. Pignatelli] nuestras reglas,» dice Agustín Dolcibene², uno de ellos, «para enterarse de las funciones que nosotros hacíamos, introdujo, con suma satisfaccion nuestra, la devocion del sábado; además, todas las novenas preparatorias para las fiestas de la Santísima Virgen, el octavario del Rosario, y el ejercicio del mes de María; y todos los gastos que ocasionaban estas funciones, corrian á cargo del Siervo de Dios. Además de las otras limosnas que daba en provecho de la iglesia, servíase de sus propios ornamentos, para no gastar los de nuestra cofradía. Al fallecer alguno de los jesuitas allí residentes, reconocía el derecho del párroco: el cual era llamado á hacer el funeral, y se le entregaba la cera y la cantidad tasada para el servicio fúnebre. Y recuerdo que reinaba una armonía muy grande entre los Padres jesuitas y el cura de San Salvador *ai Monti*, á quien pertenecía la casa del Buen Consejo.»

Hasta aquí Dolcibene: el cual se fijaba mucho en las acciones del Siervo de Dios, por lo extraordinario que en ellas advertía; pues hablando de sus ministerios dice³: «En la casa del Buen Consejo y en un rincón de nuestro oratorio confesaba á cuantos hombres se le presentaban: y recuerdo que los que se confesaban con él, al salir del confesonario, mostraban grande conso-

¹ *Process. Rom.*, fol. 1030.

² *Ibid.*, fol. 1216.

³ *Ibid.*, fol. 1214.

lacion y hasta derramaban lágrimas de sus ojos, y volvían con gran gusto á confesarse con él.» Añade que pagaba puntualmente los alquileres y los salarios de los trabajadores, sin que jamás se oyese queja alguna en este particular¹. Y se conoce que este buen hombre era muy familiar en aquella casa; pues se le admitía en actos de tanta intimidad como son el de haber ayudado á colocar en el ataúd el cadáver del Siervo de Dios después de su muerte; y en esta ocasion advirtió que «de habían vestido de sacerdote con alba y casulla floreada²,» como con pueril candor é ingenuidad deponen en el proceso.

Grande fue el fruto que produjeron en los fieles los ejercicios que practicaban en aquel reducido templo los Padres, en especial los breves discursos morales que los sábados y el mes de Mayo se pronunciaban, atendiendo á que fuesen acomodados á la capacidad de la gente ruda, que solía asistir á aquellas devotas funciones. Fuera de casa, en atención á los tiempos que corrian, no quiso que emprendieran ministerios ruidosos; sino que se contentasen con ejercitar su celo y caridad pacíficamente y en silencio con los enfermos de los hospitales y con los detenidos en las cárceles.

Á petición del cardenal de la Somaglia, vicario de Su Santidad, se encargó de la cultura espiritual de los condenados á trabajos públicos; y la tarde del sábado y todos los domingos y fiestas del año enviaba varios Padres á instruir, catequizar y reformar las costumbres de aquella pobre gente; y en el acto de enviarlos solía decirles: «Estas son ahora vuestras misiones, estas son vuestras Indias: Dios así lo quiere, y hay que someterse á su divina voluntad.» En ciertos días más solemnes, mandaba preparar comida, y ordenaba que los Padres jóvenes de tercera probacion la llevaran á la cárcel; y él mismo solía acompañarlos con una alforja, en que llevaba pan y otras cosas, para repartirlas por sí mismo, sin omitir el darles de paso algun buen

¹ *Process. Rom.*, fol. 1219.

² *Ibid.*, fol. 1221.

aviso ó consejo; y esto hacia con modales tan dulces y de tanta modestia, que aquella turba de desgraciados le rodeaba, y con mil ademanes de reverencia y obsequio se mostraba pronta á hacer cuanto para bien de sus almas se les propusiese.

Hubiera deseado el Siervo de Dios pasar una vida enteramente oculta é ignorada del mundo en su amado hospicio de San Pantaleon, y dedicada exclusivamente al ejercicio de la perfeccion y de las virtudes en compañía de sus amados hijos; y así era que muy pocas veces salía de casa, como la caridad ó necesidad no le obligasen á hacerlo. Al cabo de mucho tiempo de habitar allí, salió un día á acompañar á uno de aquellos Padres, que estaba ciego, y tenía deseos de dar cuatro pasos y tomar el aire; y para el Siervo de Dios aquella fue la primera vez que en Roma salía de casa para dar un paseo.

Estaba habitualmente en su cuartito, ó recogido en oracion y union con Dios, ó empleado en dar salida á los negocios de su pequeña Provincia y á otros de la Compañía, que le encomendaban el General y varios Padres de diversas naciones, los cuales acudian á él desde Cerdeña, Grecia, Inglaterra y América; y por añadidura le daba no poco que hacer el contestar al sinnúmero de cartas que recibía de todas partes y á las peticiones de cardenales y obispos, que deseaban misiones y operarios para cultura de los pueblos. Siempre que le era posible, satisfacía á todos con liberalidad de corazón; y si no tenía medio de condescender á sus santos deseos, respondía con tanta humildad y con expresiones de tanto afecto, manifestando la pena que sentía por no poder complacerles, que todos quedaban doblemente obligados y con mayor estimacion y respeto del que ántes le profesaban.

Eran de gran consuelo entretanto las noticias que del abundante fruto recogido en sus excursiones le daban los dos misioneros. En Civitavechia trabajaron lo que no se puede pensar en mover á penitencia á los presidiarios, que eran en gran número; y correspondió tan perfectamente el fruto á la fatiga, que no acertaban á dar gracias á la bondad divina, que tanta copia

de celestiales bendiciones había derramado sobre aquella pobre gente. «La mision,» escribía el P. Mozzi á 8 de Mayo de 1807, «va siempre bien, y no podremos cerrarla hasta Pentecostés. Seguimos confesando y cogiendo gran cosecha. Parece que el Señor tenía reservadas sus bendiciones para los forzados. La semana que viene irán los PP. Pizzi y Fornasari á predicar y confesar en las Salinas, donde hay ciento treinta de aquellos.»

Y á 13 del mismo mes, el P. Pizzi, rebosando tambien de consuelo, escribía al P. Pignatelli: «Envíenos enhorabuena V. Reverencia á los presidios, que tanto amaba nuestro Beato Francisco de Jerónimo; y si puede, no deje escapar la ocasion que se le presenta de evangelizar tambien á los de Ancona. Dicho sea para gloria de Dios; pero en esta mision se ha hecho en las galeras lo que ni por mitad se pudo hacer en las dos anteriores. Si V. R. hubiera tenido la suerte de encontrarse un solo día en este presidio, de seguro que no habría podido atajar las lágrimas. Las sencillas procesiones era cosa que enternecía; y por fuerza había que llorar, al ver aquellos pobrecitos tan modestos, tan compungidos, tan devotos. Bendito sea el Señor que ha inspirado á V. R. el enviarnos á esta gente desdichada. Bien sabía el demonio por qué agotaba sus recursos para perseguir á esta mision.»

En Orvieto por obra y voluntad de Monseñor Lambruschini, tuvieron tambien los dos Padres ocasion de recibir grandes consuelos, ya por la muchedumbre de oyentes, ya por los efectos de universal conmocion y general reforma de costumbres. Según las memorias que de aquel tiempo se conservan, en el postrer discurso de mision se contaron al pie de trece mil fieles, pues acudieron tambien de los lugares cercanos, atraídos de la fama de la santidad y elocuencia del P. Mozzi; pero este nada se atribuía á sí mismo, sino todo á las oraciones del P. José; y decía que era galardón y mérito de la obediencia la salud y robustez de que gozaba cada día mayor, á pesar de los improbables y no interrumpidos trabajos de muchos meses.

Padecía el Padre un casi habitual dolor de vísceras, que á

veces le ponía á punto de morir: y desde que empezó las misiones, y con pronta y entera sujecion de voluntad y entendimiento se dejó regir por las disposiciones de su santo Superior, siguiendo sus instrucciones puntualmente, por más que fuesen contrarias á su modo de ver ó inclinaciones; desterró aquel grave mal, y adquirió tantas fuerzas, que no se reconocía á sí mismo. «Mi salud,» escribía desde Civitavechia al P. Pignatelli, «va siempre de bien en mejor; y el sistema de alimentacion que guardo ahora, es el que más me aprovecha. Desde que lo adopté, no he vuelto á sentir mis dolores; y hace mucho tiempo que no me he sentido tan bueno.»

En este mismo mes de Mayo presentáronse á deshora al P. Pignatelli dos jóvenes, cuya vista le sorprendió agradablemente. Llamábanse Rafael Lettieri el uno, y Lucas Capponi el otro. Ambos eran novicios en Nápoles, cuando sobrevino la dispersion. Enviados á pura fuerza á sus pueblos, no hacían sino lamentar su desgracia de verse arrancados de la compañía de su P. José, sin que fuese parte para hacérselo olvidar el cariño de sus padres y hermanos. Y como el amor es tan ingenioso, buscaron y hallaron medio de escapar de sus casas y salir del reino, y se marcharon á Roma para arrojarle á los pies de su Padre pidiéndole que no los abandonara. Enternecióse el buen Provincial con aquel admirable ejemplo de constancia y de amor á la vocacion; abrazólos amorosamente, y los envió al colegio de Orvieto á juntarse con los demás novicios no napolitanos, que allí continuaban su probacion.

Al mismo tiempo que en las cercanías de Roma prosperaban las misiones, desde la isla de Cerdeña se dirigían al P. Pignatelli en demanda de auxilio. Después que hubo dispuesto el P. Regonó su plan de lo que por entonces podía hacerse en aquella isla, lo presentó al rey, por quien fue aprobado con decreto de 8 de Mayo de este año de 1807, en el cual se leían estas palabras: «Con objeto de proveer á atencion tan interesante, puesto que las circunstancias de los tiempos no nos han permitido verificar el restablecimiento del Instituto y orden, que con tanto provecho

de las almas se ocupó incesantemente en las misiones y predicacion, hemos resuelto llevar á cabo interinamente la ereccion de un seminario de sagrados obreros, cuyo plan ha aprobado y recomendado de un modo particular el Emmo. Sr. cardenal arzobispo Cadello.»

Luégo ordena que dicho seminario se establezca en la casa de San Miguel de Cagliari y tenga por superior y cabeza al R. P. Antonio José Regonó, con asistencia de cuatro consultores escogidos de entre los más ancianos, que tengan á su cargo las misiones así en la capital como en los pueblos, y los ejercicios espirituales, y la direccion de las escuelas del colegio de Santa Teresa, y finalmente que se puedan admitir nuevos operarios, los cuales, á beneplácito del Superior, se liguen con votos simples.

Esto fue lo que se creyó deberse hacer por entonces para dar principio disimuladamente á la obra proyectada; y al momento se envió á Roma un traslado del decreto, acompañado de carta al P. Pignatelli, en la que D. Félix Botta, teólogo y confesor del rey, le habla en estos términos: «Adjunta va la real cédula, con la que se da el primer paso para el restablecimiento de la Compañía. V. P. Rvma. observará en ella cuáles son las religiosas miras de mi augusto Señor, y espero que se decidirá á coadyuvar á esta obra, á fin de que la veamos llevada á colmo. Serian casi inútiles los deseos de S. M., si V. P. Rvma. no procurare á la Cerdeña tres Padres llenos del espíritu del Instituto para el planteo y direccion de escuelas, educacion de novicios y ministerio de predicar. No desconfío que S. M. tendrá el gusto de ver que V. P. Rvma. toma parte en sus desvelos por el bien de sus vasallos, y que yo tendré la satisfaccion de asegurarle que pronto vendrán á Cagliari los deseados sujetos.»

Así se explicaba el confesor del rey; y el P. Regonó hacia poco más ó menos la misma instancia, pidiendo personalmente á los PP. Luis Fortis, Ángel Mai y Juan Bautista Piaciani, y además un buen maestro de novicios. No estaba ajeno el Padre Pignatelli de enviar, si no los dichos sujetos, que le hacían suma

falta, algunos otros que auxiliasen á aquella vice-provincia, cuyo gobierno, después de la muerte del P. Piras, ocurrida un mes ántes de la publicacion del decreto, pesaba por entero sobre el P. Regonó; pero revueltas de allí á poco las cosas de toda Italia, é interceptado el paso de mar y tierra por las tropas extranjeras, que la cruzaban en todas direcciones, no tuvo medio de verificarlo, y ni siquiera pudo recibir cartas ó noticias de la isla. Se hubieron, pues, de contentar aquellos Padres con lo que tenían, y vivir con sus propios recursos sin poder recibir de Roma el menor auxilio.

A más del seminario de San Miguel, que se conservó y aumentó con algunos nuevos operarios, siguieron dirigiendo las escuelas y los ejercicios espirituales en la casa de Santa Teresa; y seis de ellos enseñaron las ciencias en las dos universidades del reino. Satisfechos con la suerte de haber sido incorporados nuevamente en la Compañía, miraban como una nonada los padecimientos y trabajos de su ministerio; y verdaderamente no se requería menos que su acendrado amor á la vocacion para resistir á tan grave peso, no obstante su extremada decrepitez y habituales indisposiciones y achaques. Es cosa que mueve á compasion el informe que de todos ellos envió el P. Piras; y quiero reproducirlo aquí en su mismo texto latino por conclusion de esta materia y en elogio y recomendacion de aquellos santos varones, que sin cuidar para nada de sí mismos, no supieron amar hasta el último de sus días otra cosa que la salvacion de las almas y la gloria de la Iglesia¹.

Y basta lo dicho sobre la Cerdeña y la solicitud y cuidado que le mereció al P. Pignatelli. Solo añadiré que el P. Regonó permaneció allí casi hasta el universal restablecimiento de la Compañía. Consérvase una carta suya escrita en Cagliari á 4 de

¹ *Omnes isti, satis graciles vel debiles, ac fere omnes infirma sunt valetudine. Alii enim magnam virium, vel visus, vel capitis debilitatem vertiginisque, doloresque in eo quotidianos et acerbos; alii herniam, alii podagram, alii tussim molestissimam, alii hydropisim, alii calculos, alii mala chronica sustinent in multa patientia.*

Marzo de 1813, en la que da cuenta de su persona al P. Prepósito General.

Esto pasaba en Cerdeña: al mismo tiempo en Roma el Venerable ejercitaba su caridad con un desgraciado, á quien le unían los vínculos del parentesco. El día 7 ú 8 de Agosto de este año de 1807, libre ya de su prision el general Pignatelli, soldado fidelísimo á su rey, tuvo que abandonar su patria, y se refugió en Albano¹. Al saber el P. Pignatelli la llegada de su sobrino á aquel pueblo, corrió inmediatamente allá el día 9 para prodigarle los consuelos de que en tanta desventura necesitaba, y mostrarle el agradecimiento que á la condesa hija, no menos que á la madre, debía, por las obras de caridad ejercitadas en Nápoles con la Compañía en los principios de su restauracion en aquel reino.

Y no era menor el celo con que atendía al bien de sus hijos. Notable fue el cuidado que puso en que los jóvenes estudiantes en el colegio de Orvieto aprovecharan en sus estudios: esto llamaba con preferencia su atencion, como lo manifestó en primer lugar en la eleccion de profesores los más ilustrados. Para la formacion en la elocuencia latina y griega les había enviado al P. Fortis y al español P. Roca, muy versado en la lengua griega particularmente; para las ciencias sagradas al P. Roque Menchaca, español; al P. Vicente Zauli para la teología moral, y al P. Pedro Montero, español tambien, hombre muy versado en la lengua hebrea. Así lo testifica el P. Luis Ferrarini²; y D. Luis Pancaldi, que estudió en aquel colegio, dice³ que «les envió los cursos de Física, Química y Matemáticas, que se enseñaban en los liceos de París; y en 1807 dio á aquellos jóvenes el más distinguido profesor que tenía la Compañía en materia de estudios modernos, que fue el P. Fortis; el cual no solamente enseñó bellas letras, sino tambien Filosofía, Química y Matemáticas.»

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 41, pág. 347.

² *Process. Rom.*, fol. 999.

³ *Ibid.*, fol. 842.

Por deber de su oficio visitó el P. Pignatelli varias veces el colegio de Tivoli, y una el de Orvieto: y era indecible el consuelo que la vista del Superior causaba á aquellos Padres. «En el diario del colegio de Orvieto, que tengo á la vista,» dice el P. Boero, «está notado el arribo del Siervo de Dios con estas palabras: «A 12 de Setiembre de 1807 llegó esperado y deseadisimo por mucho tiempo nuestro P. Provincial, José Pignatelli, en compañía del P. Luis Panizzoni. Le recibimos en la portería; y para sumo consuelo nuestro se detuvo unos diez días en esta casa.»

Y no solo estos de Orvieto, sino cuantos le trataron algun tiempo, nos han dejado por escrito el recuerdo de la gran pena que les causaba la ausencia de tan buen Padre y de la viva conmocion de sus almas siempre que se ponian en su presencia de nuevo y podian gozar de ella por algun tiempo y á su gusto.»

Durante los días que estuvo en Orvieto, atestigua uno que vivía pared por medio de su cuarto, que despertándose á menudo de noche, oía siempre al P. Pignatelli prorrumpir en desahogos y afectos ternísimos de caridad. Tambien en Roma una mañana entró en su aposento el H. Santiago Annoni, que era el despertador; y el P. José, que estaba de rodillas delante de su ventanita, se sacudió de pronto, y le preguntó qué se le ofrecía: respondió el Hermano, que era la hora de levantarse la comunidad. Replicó el Padre: «Cómo ¿tan pronto?» De donde coligió el Hermano que el Padre había velado en oracion toda la noche.

La ventanita, de que habla el H. Annoni, es la que abrió el Venerable en la pared de su aposento, que daba á la iglesia, para poderse poner á orar ante Jesús sacramentado siempre que las ocupaciones se lo permitieran, como había hecho en Colorno. Allí se pasaba muchas horas del día y á veces las noches enteras en fervorosa oracion.

CAPÍTULO IV

Suplica en vano que se le exonere del oficio de Provincial. — El Padre Pignatelli y Carlos Manuel, rey de Cerdeña. — Testimonio del cardenal Odescalchi. — Estima en que le tiene el Ven. Vicente Strambi. — Su paciencia y caridad. — Quiere Pío VII hacerle cardenal. — Los franceses en el estado de la Iglesia. — Ministerios de los Padres en Roma. — Desgraciado fin de Paccanari. — Cuidado de los presos. — Desinterés del Siervo de Dios. — Envía socorros á sus hermanos de Ferrara. — Socorre á los encarcelados por no jurar fidelidad al intruso rey de España. — Alcanza la libertad á los de Orvieto. — Defiende á los suyos ante el comisario y el general Miollis. — Estado de la Provincia napolitana. — Elogio de su Provincial. — El conde de Floridablanca reconoce al fin las injusticias hechas contra la Compañía, y quiere repararlas.

1807 — 1808

Aunque tan patentes eran las extraordinarias dotes y virtudes del P. Pignatelli, él se reputaba inepto é incapaz, falto de virtud y prudencia para dirigir á otros y manejar los negocios de la Compañía en tan difíciles tiempos; y solía decir con gran sentimiento de humildad, que él no servía sino para hacer abortar las obras y empresas de gloria de Dios, que siempre concluirían mal en sus manos. Así es que en este mismo año de 1807 renovó las instancias hechas en otras ocasiones al P. General para que le descargase del gobierno; y las acompañó con tal aparato de razones, que le parecía haber de ser muy eficaces

Por deber de su oficio visitó el P. Pignatelli varias veces el colegio de Tivoli, y una el de Orvieto: y era indecible el consuelo que la vista del Superior causaba á aquellos Padres. «En el diario del colegio de Orvieto, que tengo á la vista,» dice el P. Boero, «está notado el arribo del Siervo de Dios con estas palabras: «A 12 de Setiembre de 1807 llegó esperado y deseadisimo por mucho tiempo nuestro P. Provincial, José Pignatelli, en compañía del P. Luis Panizzoni. Le recibimos en la portería; y para sumo consuelo nuestro se detuvo unos diez días en esta casa.»

Y no solo estos de Orvieto, sino cuantos le trataron algun tiempo, nos han dejado por escrito el recuerdo de la gran pena que les causaba la ausencia de tan buen Padre y de la viva conmocion de sus almas siempre que se ponian en su presencia de nuevo y podian gozar de ella por algun tiempo y á su gusto.»

Durante los días que estuvo en Orvieto, atestigua uno que vivía pared por medio de su cuarto, que despertándose á menudo de noche, oía siempre al P. Pignatelli prorrumpir en desahogos y afectos ternisimos de caridad. Tambien en Roma una mañana entró en su aposento el H. Santiago Annoni, que era el despertador; y el P. José, que estaba de rodillas delante de su ventanita, se sacudió de pronto, y le preguntó qué se le ofrecía: respondió el Hermano, que era la hora de levantarse la comunidad. Replicó el Padre: «Cómo ¿tan pronto?» De donde coligió el Hermano que el Padre había velado en oracion toda la noche.

La ventanita, de que habla el H. Annoni, es la que abrió el Venerable en la pared de su aposento, que daba á la iglesia, para poderse poner á orar ante Jesús sacramentado siempre que las ocupaciones se lo permitieran, como había hecho en Colorno. Allí se pasaba muchas horas del día y á veces las noches enteras en fervorosa oracion.

CAPÍTULO IV

Suplica en vano que se le exonere del oficio de Provincial. — El Padre Pignatelli y Carlos Manuel, rey de Cerdeña. — Testimonio del cardenal Odescalchi. — Estima en que le tiene el Ven. Vicente Strambi. — Su paciencia y caridad. — Quiere Pío VII hacerle cardenal. — Los franceses en el estado de la Iglesia. — Ministerios de los Padres en Roma. — Desgraciado fin de Paccanari. — Cuidado de los presos. — Desinterés del Siervo de Dios. — Envía socorros á sus hermanos de Ferrara. — Socorre á los encarcelados por no jurar fidelidad al intruso rey de España. — Alcanza la libertad á los de Orvieto. — Defiende á los suyos ante el comisario y el general Miollis. — Estado de la Provincia napolitana. — Elogio de su Provincial. — El conde de Floridablanca reconoce al fin las injusticias hechas contra la Compañía, y quiere repararlas.

1807 — 1808

Aunque tan patentes eran las extraordinarias dotes y virtudes del P. Pignatelli, él se reputaba inepto é incapaz, falto de virtud y prudencia para dirigir á otros y manejar los negocios de la Compañía en tan difíciles tiempos; y solía decir con gran sentimiento de humildad, que él no servía sino para hacer abortar las obras y empresas de gloria de Dios, que siempre concluirían mal en sus manos. Así es que en este mismo año de 1807 renovó las instancias hechas en otras ocasiones al P. General para que le descargase del gobierno; y las acompañó con tal aparato de razones, que le parecía haber de ser muy eficaces

esta vez. Pero le salió mal la cuenta: porque al mismo tiempo que la suya, fueron al P. General muchas otras cartas de sus súbditos, en las que suplicaban á una voz, que por cuanto era de desear el establecimiento y la conservacion de la Compañía en Italia, no se pensase ni entonces ni nunca en quitar del gobierno al P. Pignatelli. Tal era la confianza que en su santo Provincial tenían.

Respondióle el P. General con la siguiente carta: «Bendigo á Nuestro Señor Jesucristo y hágole gracias de que sea Vuestra Reverencia el que en tan calamitosos tiempos está al frente de esa reducida grey. Por esta causa, Reverendo Padre, no pienso exonerar á V. R. de ese cargo: antes al contrario, quiero, suplico, y si para mayor merecimiento de V. R. es necesario, ordeno y mando, que continúe V. R., para mayor gloria de Dios, en el oficio que se le impuso, y que con provecho desempeña. Á los negocios, que le encomendé en mis últimas letras, dé V. Reverencia todo el calor que le fuere posible, y ruegue por mí á Dios. — De San Petersburgo, á 9 de Febrero de 1808. — TADEO BRZOWSKI¹.

Visto, pues, que era inexpugnable el ánimo del General, y recibida esta orden expresa de continuar en su cargo, inclinó la cabeza á la obediencia, y se propuso pasar sus días, salvo lo que exigieran sus deberes, en una perfecta abnegacion de sí mismo y desprecio del mundo en su amada soledad de San Pantaleon. Pero ni esto le salió segun sus deseos; porque á pesar de su empeño en ocultarse, se le reconocía públicamente como Provincial de la Compañía; y con este título se le anunciaba en la antecámara de Su Santidad, siempre que iba á tratar de los negocios de aquella. Además, como no dejaba de esparcirse el buen olor de su santidad y virtudes, muchos personajes de los más distinguidos por su posicion y nobleza empezaron á frecuentar su aposento de San Pantaleon; y sabemos por testimonio de los Padres que vivían con él, que no hubo cardenal en la corte de

¹ *Ex Regest. Epist. Praep. Gen. in Rossia.*

Roma, que no fuese de cuando en cuando á verle, hablarle y pedirle consejo.

Muchos obispos, prelados, sacerdotes seculares y regulares de diversos institutos, príncipes y caballeros romanos, y otras personas de varios estados y condiciones, conociendo por experiencia lo muy prudente é ilustrado que era el Padre en las cosas de Dios, acudían á él para que les resolviera sus dudas, los aliviase en sus penas y les diese avisos y documentos para el bien de sus almas. Entre los que con más frecuencia gozaban de su santa conversacion, se cuentan Carlos Manuel, rey de Cerdeña, y el cardenal Carlos Odescalchi, de la familia de los príncipes de este nombre, muy jóven á la sazón.

Carlos Manuel confesaba que no solamente debía al P. Pignatelli aquel vigor de espíritu, de que tuvo necesidad para sufrir con paciencia y resignacion las continuas adversidades, que le sobrevinieron desde que ciñó la real corona, sino tambien las primeras semillas de su vocacion á la Compañía de Jesús, en la cual entró, vivió y murió santamente. Por lo que le habían dicho y hecho leer los jansenistas, había en su juventud sentido mal de los jesuitas; pero en la desgracia abrió los ojos. Cuando fue á Roma el P. Pignatelli, en seguida trató con él: pidióle un ejemplar del Instituto, lo leyó, y enamoróse de él y de los que lo profesaban¹. Diose á imitar las virtudes de su difunta esposa, cuya causa de beatificacion entabló, logrando verla declarada Venerable por Pío VII en 10 de Abril del siguiente año de 1808, y tuvo Carlos Manuel la dicha de asistir á tan solemne acto con la devocion y ternura que se puede suponer.

Por lo que toca al cardenal Odescalchi, bastará aducir su propio testimonio. En los procesos de beatificacion depuso el cardenal entre otras cosas, lo siguiente: «Me acuerdo muy bien de que era pública en Roma la opinion de la santa vida del Siervo de Dios, y de que esta opinion no era solo del vulgo y de la gente pobre, que solía ir tras él, mas tambien de personas

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 49, pág. 35.

distinguidas por su doctrina, nobleza y santidad de costumbres... Muchos y muy respetables sujetos que me hablaban de él, me decían sin zozobrar que era santo; y en realidad inspiraba veneración en las almas de todos. Como santo era respetado por sus súbditos, y como á un santo se dirigían á él personas buenas y respetables para pedirle oraciones y consejo..... Á pesar de la distancia del tiempo, sobre el cual hago esta deposicion, y el olvido de muchas particulares circunstancias, me acuerdo muy bien de que no solo su fama y nombradía me inclinó y condujo á conocerle por medio del señor conde Alejandro Pianciani, hombre de santa vida y adictísimo al Siervo de Dios, sino que después de conocerle, creció en mí tanto el concepto y la opinion de su santidad, que cada vez que me acercaba á él, me parecía conversar con un santo¹.»

Esto dice el referido cardenal: y la causa de tanta admiracion por el P. José, la explica así el autor de la vida del venerable prelado. «La íntima comunicacion con el varon de Dios, por espacio de cinco años bien cumplidos que vivió en Roma el P. Pignatelli, hizo que admirase nuestro Carlos aquella igualdad de ánimo en las más duras vicisitudes, la firme confianza en el auxilio de Dios cuando le escaseó el de los hombres, la rara suavidad en el gobierno, el ejercicio de la oracion, la prudencia en atemperarse á los tiempos, las entrañas de ternísima caridad abiertas á toda clase de personas, el menosprecio de sí mismo en medio de la grande estima en que era tenido por los grandes, el ansia por las cosas eternas y menosprecio de las humanas, y el anhelar con ardientes suspiros por la patria de los vivientes. De aquí nació en él una profunda veneracion al Siervo de Dios y se le echó en el corazon la primera semilla del amor á la Compañía de Jesús, que sucesivamente se desenvolvió y creció, y no paró hasta consagrarse en ella todo al servicio de Dios².»

¹ *Summar.*, núm. 21, págs. 269 y 270.

² P. ANTONIO ANGELINI, *Vida del P. Carlos Odescalchi, de la Compañía de Jesús*, Lib. I, Cap. IX.

Á estos testimonios podemos añadir el de otro varon de grande dignidad y virtud, y no menos admirador de la santidad del P. Pignatelli. El Venerable Vicente Strambi, obispo de Macerata y Tolentino, cuya causa de beatificacion ha sido introducida ya en la sagrada Congregacion de ritos, ántes de haber visto al P. Pignatelli, tenía gran concepto de él por su nombradía; pero después que le hubo conocido personalmente en Roma, quedó tan admirado de él y cobróle tanto aprecio y estima, que al saber más tarde la muerte del Siervo de Dios, en Milan, donde estaba sufriendo el destierro, tuvo indecible pena, y quiso para memoria un librito usado por él¹.

Escribió después de su puño una carta á los Padres de Roma, en la que dice estas honrosas y notables palabras: «Quisiera poder expresar lo que siente mi alma y hacer penetrar bien la estimacion y reverencia que me merece el P. Pignatelli de la Compañía de Jesús. Cuando por primera vez me hablaron de él, no pudiendo yo dudar de la veracidad y buena fe de la persona que me hablaba, le juzgué por hombre dotado de gran virtud y aun enriquecido con algun don particular de Dios. Tuve que hablar después con el mismo sobre algunos negocios de mi diócesis, cuando pasé á Roma en el año de 1807, y me pareció ver un hombre formado todo en el molde de la virtud. La tranquilidad de su alma, el dominio de sí mismo, la confianza viva en Dios, la resignacion amorosa á todas sus soberanas disposiciones, la dulzura y afabilidad que descubrí en él, me edificaron sobre manera. Desde aquel punto me confirmé en la opinion formada por relacion ajena, y le he tenido y tengo por un gran siervo de Dios. — VICENTE MARIA DE SAN PABLO — Obispo de Macerata y Tolentino.»

Muchos eran los que al Padre acudían, y no le daban poco

¹ En el proceso romano, fol. 786, *b*, refiere D. Tito Cecconi, que el Venerable Strambi supo que conservaba él un testamento griego, precioso regalo que le había hecho el P. Pignatelli, y que le obligó cortésmente á que se lo cediese, para tener una memoria del Siervo de Dios.

que padecer tantas visitas á una persona de tan quebrantada salud y tan escasas fuerzas corporales: y con todo sabemos que jamás habló palabra ó hizo ademan que arguyese de importuno á nadie. Recibía indiferentemente á cuantos le iban á ver con admirable apacibilidad de rostro y serenidad de ánimo; escuchaba con paciencia, y sin interrumpir, sus largos razonamientos; y después con breves y bien meditadas sentencias respondía á las preguntas, soltaba las dudas, allanaba las dificultades, y á todos los dejaba igualmente contentos.

Sucedía no raras veces que por el molesto dolor de cabeza, que solía padecer, le era insoportable tormento el solo oír hablar; y sabiéndolo los de casa, le suplicaban que no recibiese á nadie; pero jamás lo alcanzaron, sino siempre le oyeron decir, que más valía padecer, que faltar á la caridad y despedir descontentos á los que iban á buscarle, quizá necesitados de algun consuelo; y que más hacían ellos en irle á ver, algunas veces desde muy lejos, que no él en recibirlos y escucharlos sin tener que salir de casa.

No satisfecho con esta conducta, llevaba su caridad hasta el extremo de querer volver en persona, y una por una, las visitas á los personajes de mayor importancia, que habían ido á obsequiarle á San Pantaleon: y era cosa que edificaba y admiraba no poco, el ver á aquel buen anciano tan achacoso abandonar su soledad, y á pie, con el alma y el corazón en Dios, cruzar las calles de Roma para cumplir lo que tenía por deber de urbanidad y gratitud. Y no dejaba de cumplirlo, aunque aquellos prelados y caballeros, movidos á compasión de lo mucho que padecía, le suplicasen que no saliese de casa con tanta incomodidad: por lo cual no es decible cuánto se conciliaba el amor y reverencia de todos.

El P. Luis Mozzi, testigo ocular, dice: «Todos los cardenales, obispos, prelados y generales de órdenes religiosas, con quienes he tenido el honor de hablar, me han demostrado siempre una verdadera veneracion hacia el P. Pignatelli: y he observado que por poco que este hablase con una persona, la dejaba poseída

de alto concepto de su doctrina, de su talento y de su virtud eminente.»

Pero quien rayó más alto en la estimacion y afecto hacia el P. Pignatelli, fue el Sumo Pontífice Pio VII, gran siervo de Dios tambien y justo apreciador de las virtudes de los hombres santos. Siendo todavía obispo de Imola, al oír las grandes cosas que se decían de la prudencia y de la perfeccion en todo género de virtudes del P. José, entonces maestro de novicios en Colorno, concibió de él una opinion elevada; y después, cuando le hubo conocido en Roma, y aquilatado, por decirlo así, su espíritu, solía hablar de él con expresiones de admiracion y de grande elogio.

Poco después de su llegada á Roma, ántes de pasar á vivir en la casa del Buen Consejo, presentó el P. Pignatelli todos sus súbditos que moraban en el colegio romano á Su Santidad, «el cual,» dice el P. Luis Ferrarini, uno de ellos¹, «nos acogió con suma benignidad, y á todos nos bendijo paternalmente, y nos habló con afabilidad.» Cuantas veces iba el Padre á verle, y no eran pocas, con motivo de los muchos negocios que le encomendaba el P. General, le daba acogida con verdadero trasporte de alegría y consuelo, abría su corazón, desahogaba con él las amarguras de su alma, y departían ambos largamente sobre las cosas del cielo.

Tal fue por último el encanto que las rarísimas dotes del Padre Pignatelli produjeron en el ánimo de aquel gran Pontífice, que persuadido de que si se colocaban en alto y en más clara luz, serían de mayor provecho para su persona y para toda la Iglesia, en aquellos tan trabajosos tiempos muy necesitada de hombres, que con elevado ingenio, ánimo fuerte y santidad de vida se opusiesen como sólido muro á las maquinaciones de los impíos, conjurados contra la Sede Apostólica; con el parecer de muchos cardenales resolvió unirle más estrechamente á su persona, y confiarle el manejo de los negocios de mayor importancia, haciéndole cardenal.

¹ *Process. Rom.*, fol. 988.

No habría demorado un punto la ejecución de este su intento, si el P. Luis Mozzi, que sospechó algo, no se hubiese resuelto á desvanecer aquella idea, alegando un motivo tal, que fue suficiente para que el Pontífice no volviera á pensar en semejante cosa. Dijole que si creaba cardenal al P. Pignatelli, lejos de ganarle, le perdía; pues siendo él de suyo tan enemigo de toda preeminencia, que había hecho vehementes instancias y derramado muchas lágrimas para conseguir que le exonerasen del cargo de Provincial; solo con que entendiase que se trataba de elevarle á aquella dignidad eclesiástica, no resistiría la pena, y empeorando de sus achaques sin remedio, en pocos días cesaría de vivir.

Pero mejor será oír la narración de este suceso del mismo P. Mozzi. «El Pontífice Pío VII,» dice, «me preguntaba siempre por él con mucho cuidado, y se dejaba ver muy solícito de su conservación y salud; y siempre me encargaba que le saludase y le dijese que le enviaba su santa bendición. Mirábale como á uno de los hombres más idóneos para manejar negocios los más difíciles, así por la extensión de sus conocimientos y saber, como por las luces sobrenaturales de que le creía lleno, y por su eminente santidad. Dijome más de una vez, que si llegaba á faltar el P. General, no pudiera la Compañía elegir hombre más digno que él, por estar adornado de todas las cualidades de excelente superior. Supe por un cardenal, que el Papa pensaba seriamente en honrarle con la sagrada púrpura, y que lo deseaban también muchos Eminentísimos; y que pensaba encargarle varias incumbencias difíciles, relativas á los grandes intereses de la Iglesia universal y de la Santa Sede; y me representó aquel purpurado el plan tan próximo á efectuarse, que me atreví á hacer cuanto pude para que no se verificase, representando que con aquel paso no se lograría más que acelerar la muerte del santo varón y arruinar la Compañía.»

Así el P. Mozzi, y decía bien; porque el Siervo de Dios tenía en este mundo todo su consuelo en ser religioso de la Compañía y en vivir con sus hermanos; y la sola idea de que pudiesen

arrebatarle este bien, le habría ocasionado una angustia insostenible.

Fijábase á veces en los objetos que le rodeaban; y comparando la estrechez de la habitación, la pobreza del vestido y comida, y todas las privaciones de San Pantaleon, con las delicias, comodidades y riquezas, y cuanto podía prometerse en el mundo; serena la frente y rebosándole de júbilo el corazón, exclamaba: «Más contento estoy en este pequeño y miserable hospicio con esta negra y pobre sotana, que lo estuviera en los palacios de los grandes, adornado de oro espléndido y rica púrpura.» Y daba incesantemente gracias á Dios por haberle hecho digno de tanto bien, llamándole al estado religioso para abrazarse en él con la pobreza del evangelio y la humildad de la santa cruz.

Cuántas y cuán frecuentes ocasiones de ejercitar estas virtudes se le ofrecieron á él y á sus compañeros del Buen Consejo, puede inferirse de la estrechez del edificio y de la falta de socorro humano con que atender á su decente subsistencia; y con todo vivían alegres, contentos y animados á trabajar en servicio de sus prójimos. Pero bien pronto se vio turbada la paz y dicha de que gozaban; y la causa fueron los graves temores de terribles é inevitables trastornos que de repente surgieron. Por fortuna no pasaron de temores para los más de los moradores del Buen Consejo, gracias á la solícitud y prudencia del P. Pignatelli, por quien veló la divina Providencia con cuidado particular.

Antes de referir por menudo los hechos, apuntaré algo sobre sus causas. El 2 de Febrero de 1808 seis mil franceses capitaneados por el general Miollis, que con pretexto de combatir las bandas napolitanas desde el territorio pontificio, habían entrado á mano armada en los estados de la Iglesia, y ocuparon á Roma; asaltaron la puerta llamada del *Pópulo*, entraron en la ciudad, y apoderándose del castillo de Santángelo y de todos los puestos militares, dirigieron las bocas de los cañones al palacio del Quirinal, donde residía el Sumo Pontífice.

No obstante las vigorosas y reiteradas protestas del magnánimo Pío VII, que con libertad apostólica tronó contra los inicuos

usurpadores, en menos de un año fueron ocupadas militarmente las provincias del Estado, sobornadas y desarmadas las milicias, agravadas con crecidos impuestos las ciudades, excitado el pueblo á la rebelion con promesas y amenazas, invadidas las imprentas de la capital, obligados los cardenales y prelados extranjeros, pena de la vida y confiscacion de bienes, á salir de Roma y volver á sus patrias, depuestos de sus cargos y encarcelados todos aquellos que por deber de conciencia anteponian á la felonía la fidelidad, y por último el Papa mismo, en calidad de prisionero, estuvo circuido de tropas enemigas, y guardado á vista en sus propias habitaciones.

Durante la cuaresma de este año de 1808 ya no fue posible á los Padres del Buen Consejo hacer la devota procesion con los presidiarios como el año anterior habían hecho; no obstante fue mucho lo que trabajaron en su iglesita, en las cárceles, hospitales y escuelas de pobres. Celebróse tambien con gran solemnidad en la iglesia del Jesús la fiesta de San Ignacio, á la cual asistió un concurso verdaderamente extraordinario, á pesar de las tropelías y vejaciones de los nuevos dominadores del país, los cuales abrieron públicamente gran número de logias masónicas, procurando atraer á ellas á la juventud romana.

Contribuyó no poco á ello la fama de los dos predicadores: el P. Biasini durante la novena, y el Illmo. Avogadro el día de la fiesta, ambos súbditos del P. Pignatelli. No dejaría de contribuir tambien la desgracia del célebre Paccanari, quien á principios de Julio fue condenado por la Inquisicion al *ergástulo* para toda su vida: lo cual en un sacerdote equivalía á pena de muerte¹. El Papa se la conmutó en reclusion perpetua en las cárceles de la Inquisicion.

El cuidado de los pobres encarcelados ocupaba con preferencia el corazon del Siervo de Dios. Cuando los franceses pusieron centinelas suyas en las cárceles, el cardenal Vicario envió orden á los individuos de la congregacion de San Pablo, que acudían á

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 42, pág. 479.

ellas para consuelo y alivio de los encarcelados, de que cesasen en sus visitas. El P. Luis Fornasari, que cuidaba de las prisiones del Coliseo, presentóse al P. Pignatelli á preguntarle qué debía él hacer en vista de lo dispuesto por el cardenal Vicario. El Siervo de Dios reflexionó un poco, y luégo le preguntó: «¿Se os ha intimado alguna prohibicion de ir allá?» Y como el Padre le respondiese que no, añadió él: «Id, pues.» Continúo el P. Fornasari sus visitas al Coliseo, sin que en todo aquel tiempo de tanta perturbacion y trastorno le sucediese percance alguno¹.

Y si tanto se interesaba á favor de los extraños, ¿qué solicitud no tendria con los que más de cerca le tocaban? Dígalo el caso siguiente. El día 14 de Agosto de 1808 murió en Bolonia el P. Felipe Asensio, uno de los desterrados de Nápoles. Como al morir no hizo disposicion alguna de sus cosas, todo, así ropa como libros y algun dinero, quedó en manos del P. Provincial Pignatelli, «el cual no solo me dijo,» escribe el P. Luengo², «cómo era regular que la ropa se diese á pobres jesuitas y que se conservase la librería para en adelante, sino que dejó tambien todo el dinero para socorrer á los jesuitas necesitados, que hace ya muchos meses que no reciben pension.» «Yo,» continúa, «no solo me edificué, sino que casi me admiré, de que el P. Provincial en las presentes circunstancias..... dejase libremente algunos centenares de pesos duros, que eran suyos absolutamente y estaban enteramente á su disposicion.» Y exclama: «Grande y singularísima providencia del cielo el haber puesto como Superior de los jesuitas napolitanos á este ilustre y generoso español, que halla medios para mantener con toda decencia en el presente abandono á tantos súbditos suyos, aunque no necesitará menos de cinco ó seis mil pesos duros al año.» Hasta aquí el P. Luengo.

Y esto hacía el P. Pignatelli en ocasion en que los alimentos encarecían de continuo, se aumentaba el número de los que había de mantener, y se veía privado de los socorros que ántes

¹ *Process. Rom.*, fol. 90.

² *Diario*, Tomo 42, pág. 543.

le venían de España y de Nápoles; pues no solamente la condesa de la Acerra, su sobrina, había sido privada de todos sus bienes y desterrada de Nápoles, sino que también la duquesa de Villahermosa había sido despojada casi de todo por los franceses en España.

De la solicitud y entrañas de caridad del P. Pignatelli con sus hermanos, no solo con los que eran súbditos suyos, sino también con todos los que habían pertenecido á su Provincia de Aragon, y aun con los de otras Provincias, es claro testimonio la siguiente carta á D. Antonio Álvarez, residente en Ferrara¹. En ella dice así: «Roma 10 Setiembre 1808. — Amado amigo: Don Pedro la Fuente habrá ya tal vez girado ó girará presto á V. de comision mña cien duros ó escudos romanos, los que retendrá V., y de acuerdo con nuestro D. Cristóbal Palomar distribuirá á los necesitados de nuestra antigua Provincia y ajenas, que todos *somos unos*. No pueden faltar en tal atraso de pension: avíseme V.: y si no bastaren los dichos cien duros á las actuales necesidades, ó gíreme V. letra de otro tanto, ó avíseme sin retardo. Abraza Palomar y demás compañeros, y encomendémonos mutuamente al Señor. — De V. siempre — J. PIGNATELLI.»

El 7 de Noviembre de 1808 pasó por Roma el cardenal Luis Ruffo, arzobispo de Nápoles, desterrado de aquel reino á París². Antes de salir para Francia, presentósele el P. Pignatelli; y á fuerza de instancias le obligó á que aceptase á pesar suyo para alivio de su viaje quinientos duros, que de su pobreza le ofrecía. Fue este cardenal muy devoto y grande admirador del P. Pignatelli por los dones sobrenaturales que en él reconocía. Hablando de ellos el P. Boero³, dice: «De sus arrobamientos y de los esplendores que se vieron en torno á su rostro, poseo una declaración auténtica del cardenal Ruffo, quien en presencia de

¹ Consérvase el original en un archivo particular. Legajo de cartas de varones ilustres.

² P. LUENGO, *Diario*, Tomo 42, pág. 772.

³ *Vida*, Lib. V, §. XI.

muchas personas, entre las cuales se encontraba Carlos Manuel, rey de Cerdeña, afirmó con toda seguridad que había visto con sus propios ojos al P. Pignatelli levantado del suelo unos dos palmos y en perfecto éxtasis mientras celebraba la santa misa.»

Antes de pasar á la relacion de los grandes acontecimientos ocurridos en el calamitoso año de 1809, oigamos cómo describe el P. Luengo¹ el estado de los Padres y los peligros que les amenazaban. Dice así: «Los jesuitas que vinieron de Nápoles, á excepcion de dos ó tres, que estaban en Sezze, y se han venido por no poderse mantener en aquel seminario, se conservan del mismo modo que ántes, esto es, cuatro en el seminario de Amelia, tres en el de Anagni, ocho ó nueve en el colegio de la Compañía en la ciudad de Tivoli, diez y ocho, uno más ó menos, en la ciudad de Orvieto, y como unos veinte en esta casita del *Buon Consiglio*, ó Buen Consejo, de Roma, en la que por su grandísima estrechez en aposentos, en tránsitos y en todo, padecen mucho en este tiempo de tan intensos calores. El P. José Pignatelli, de la Provincia de Aragon, con el título de Provincial, es Superior de todos, y casi no se puede imaginar hombre más á propósito para este empleo en las presentes circunstancias; pues además de ser amado de todos por sus prendas y por su piedad, tiene facultad, medios y corazón para mantenerlos generalmente á todos con mucha decencia, como lo está haciendo desde que vinieron de Nápoles dos años ha. La observancia regular es muy vasta en dicha casita del *Buon Consiglio*, y trabajan no poco en los ministerios de la Compañía, así en la iglesia de su misma casa, como en hospitales, cárceles y otras partes, pero sin estrépito ni bulla, por no dar en el ojo á los franceses. Pero no bastará todo este su miramiento y reserva para que no sean echados á la calle, si los dichos llegan á apoderarse del todo del gobierno de esta ciudad.» Hasta aquí el P. Luengo.

Mientras esto sucedía en Roma, España era víctima de la pérfida astucia de Napoleon. A principios de este año de 1808

¹ *Diario*, Tomo 42, pág. 487.

los franceses, admitidos como aliados que pasaban á Portugal, fueron ocupando por traicion las plazas de guerra principales, llegando Murat hasta cerca de Madrid. El príncipe D. Fernando, en quien, después de los sucesos del Escorial, Carlos IV había renunciado la corona en 19 de Marzo, nada receloso del lazo que se le tendía, creyó conveniente salir al encuentro de Napoleon, que se brindaba á visitarle en sus propios estados. Entraron en Bayona el rey y la real familia el 20 de Abril.

Apenas hubo llegado á esta ciudad D. Fernando, Savary, urdidor de aquella trama, le intimó la orden de abdicar. Resistióse con firmeza el jóven rey: y solo cedió á la violencia y á las amenazas de su padre, Carlos IV, á quien Napoleon había reconocido como único rey de la monarquía española. Apenas recobró D. Carlos el título de soberano, cedió la España y las Indias á Napoleon, el cual, destinó á José, su hermano, el que reinaba en Nápoles, para ceñir la corona de España¹.

Las calamidades de la patria alcanzaron á los jesuitas, que tan injusta é inhumanamente habían sido arrojados de ella cincuenta años atrás. Ya á fines de 1808 se mandó que todos los jesuitas españoles, residentes en el llamado «reino de Italia,» reconocieran al rey José y le jurasen fidelidad. Los jesuitas que vivían en Bolonia, en número de veinte y uno, negáronse á ello; y al instante se los arrestó, se los condujo á Mantua y se los encerró en estrechísima cárcel. En tan cruel situación apenas tuvieron otro alivio, que la inagotable caridad del P. Pignatelli. También los jesuitas que moraban en los estados de la Iglesia se vieron grandemente molestados por esta causa.

¹ ¡Á cuán tristes reflexiones no se presta este acto! Compárese la España de los principios del reinado de Carlos III con la España de los fines del de su hijo Carlos IV; y se verá el blanco á que dirigían sus tiros los traidores ministros, que los indujeron á perseguir á la Compañía y á oprimir á la Iglesia. Hágase la misma comparación del estado de Francia, Portugal, Nápoles y Parma á mediados del siglo XVIII y á principios del XIX; y se entenderá qué género de paz se pretendía alcanzar con la desmesurada exaltación del poder real sobre la autoridad del Vicario de Jesucristo.

El 12 de Enero de 1809 el gobernador francés Miollis pidió al embajador de España en Roma lista de todos los españoles residentes en los estados del Papa, á fin de que fueran á prestar juramento de fidelidad al nuevo rey de España, y á la constitución de Bayona: y el 14 y 15 aparecieron en las calles fijados en las paredes de las casas dos edictos, por los cuales eran llamados á jurar todos los españoles. Dividiéronse entre ellos los pareceres, pues unos tenían por lícito el juramento y por ilícito otros¹. Los que no acudieron á jurar, fueron declarados desleales á su rey: se los buscó, y se encarceló á cuantos se pudieron coger. Los moradores del Buen Consejo, por no haberseles incluido en las listas, no fueron molestados.

Á los muchos jesuitas españoles arrestados en Roma por no haber prestado el juramento, visitó el P. Pignatelli, les prodigó toda clase de consuelos, y á cada uno repartió cuatro duros²: otro tanto hicieron con ellos otras personas caritativas. «En la cárcel de San Cosme y San Damian y en la del Jesús,» dice el Padre Luengo³, «además de la oportuna caridad del abate Marchetti, su presidente, de pagar el gasto de los guardias ó centinelas, han tenido la limosna de cien pesos duros, y supongo que con la carga de algunas misas: dicen que es oculta esta mano bienhechora; pero yo creo que es la del P. Provincial Pignatelli, que sin tener renta alguna, tiene para mantener á todos sus súbditos y le sobra para socorrernos á nosotros y á otros extraños.»

Sentía el P. Pignatelli que hubiese entre los españoles quienes prestaran aquel juramento; y más sensible le fue una carta recibida de Orvieto en 7 de Febrero, en que los ocho españoles de aquel colegio le notificaban su prision por no querer prestarlo; pero se dio él tal maña, que á los tres días ya se vieron libres; pues estaban en el mismo caso que los del Buen Consejo y los demás de otros puntos, á quienes el embajador no había

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 43, pág. 19.

² *Id.*, *ibid.*, pág. 93.

³ *Ibid.*, pág. 103.

puesto en lista, porque no los tenía por españoles, pues no se les pagaba la pensión¹. Peor lo pasaron muchos cardenales, generales de órdenes y gente principal, que fueron enviados á París, y de allí distribuidos por varias ciudades de Francia.

La mañana que se dio el P. Pignatelli, en frase del Padre Luengo, fue la siguiente. En cuanto tuvo conocimiento de la prision de los jesuitas españoles del colegio de Orvieto, acto continuo se fue á ver al comisario, y le presentó por escrito las razones por las que ni á él ni á sus súbditos se les podía considerar comprendidos en la nueva ley del juramento. Estas en sucinto eran las siguientes: Que todos los Padres y Hermanos españoles, súbditos suyos, que vivían en la actualidad en los estados pontificios, se habían reunido formalmente á la Compañía restaurada cuatro años ántes por autoridad apostólica en el reino de las Dos Sicilias, de donde después habían sido expulsados: y que el rey de España, altamente ofendido porque aquellos sus vasallos hubiesen vestido de nuevo la sotana de la Compañía, no solo los había privado de la pensión de que disfrutaban ántes, sino que había declarado en público y solemne decreto, que no los reconocía ya como vasallos suyos; y en virtud de este decreto sus nombres habían sido cancelados de la estadística nacional y ellos desposeídos de todo derecho, como si no fueran naturales de aquel reino. Luego, concluía preguntando el P. Pignatelli, si se nos declara perpetuamente excluidos del número de los ciudadanos españoles, y esto por una ley, ¿cómo ahora puede sujetarnos á obedecer á las leyes de España?

Agradó el escrito al comisario; cuadráronle las razones; y más que todo le gustó el modo afable, modesto y leal, con que el Siervo de Dios seguía abogando de palabra por sí y los suyos. En seguida se mandó traducir del italiano en francés aquel escrito, y se entregó al general Miollis: quien, habiéndolo leído y aprobado, envió á decir al P. Pignatelli, que estuviere tranquilo y no temiese en adelante molestia alguna: pues eran poderosas

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 43, pág. 140.

y evidentes las razones que le exceptuaban de la ley del juramento.

Al volver á casa, y encontrar á sus hijos, que no veían la hora de que llegase para saber en qué había parado un negocio del que dependía todo su bien, les refirió minuciosamente cuanto le había sucedido, y «He aquí,» les dice, «cómo Dios ha convertido en bien nuestro lo que la corte de España decretó para dañarnos en pena de habernos abrazado con nuestra madre la Compañía. No temamos, teniendo, como tenemos, á Dios por nuestro escudo y protector: otras molestias nos aguardan aún. Si: esta casa recibirá todavía algun golpe; pero, repito, no temamos.» Al oír esto, reconocieron todos que el santo varon había hablado con inspiracion del cielo, cuando á su vuelta de Nápoles rehusó constantemente pretender la antigua pensión de España, como se lo aconsejaban algunos, y predijo sin rodeos que mal le saldría la cuenta á quien llegase á conseguirla. Lo cierto fue, que todos los que por obedecer á su conciencia, se negaron á jurar, perdieron la pensión, y tuvieron la sobrecarga de mil pesquias, malos tratamientos, prisiones y destierros.

En tan triste situacion como se hallaban en Roma los españoles víctimas de mil atropellos por parte de los franceses, érales de algun consuelo la resistencia vigorosa que estos encontraban en España, y el cambio que empezó á obrarse en la opinion pública respecto de la Compañía entre los españoles, aun entre aquellos que mayor animosidad habían manifestado contra ella. Hemos dicho ya en otro lugar cómo el conde Floridablanca, D. José Moñino, derribado por una intriga cortesana, fue desterrado á Pamplona.

Luégo se le pasó á Murcia, «donde los años, la soledad y la desgracia fueron templando sus ideas hasta el punto de ser hombre muy distinto, si bien no curado de todos sus antiguos resabios, cuando el glorioso alzamiento nacional de 1808 le puso al frente de la Junta Central. Pero entonces su antiguo vigor se había rendido al peso de la edad, y nada hizo, ni mostró más que buenos deseos. Cuentan los ancianos, que en Sevilla solía

decir: «Si logramos arrojar á los franceses, una de las primeras cosas que hay que hacer es reparar la injusticia que se cometió con los pobres jesuitas.» Y de hecho procuró repararla como presidente de la Junta, «alzando la confinacion á aquellos infelices hermanos nuestros» (*sic*) por decreto de 13 de Noviembre de 1808, uno de los pocos que honran á la Central. Dicese, aunque no con seguridad completa, que en Sevilla hizo, ántes de morir, una retractacion en forma de sus antiguas doctrinas¹.»

¹ MENENDEZ PELAYO, *Heterodoxos españoles*, Tomo III, pág. 171.

CAPÍTULO V

El soldado Capet en el Buen Consejo. — La cuaresma y el mes de María. — Nueva persecucion contra los españoles, que no juraron fidelidad á José Bonaparte. — Deliéndose el P. Pignatelli. — Ejemplo de entereza del Siervo de Dios. — Prision y destierro de Pío VII. — Socórrele á él y á otros personajes ilustres el P. José. — Trastornos en Roma. — Providencias del Venerable con los suyos. — Consérvanse de un modo prodigioso en el Buen Consejo los españoles y algunos italianos. — Continúan ejercitando los ministerios. — Nuevas exigencias del gobierno. — Los jóvenes escolares extranjeros son obligados á volver á su patria. — Renuevan sus votos. — Conservan su fervor y espíritu religioso. — La fiesta de San Francisco de Borja. — El P. Pignatelli y el cardenal de Gregori. — Evita un escándalo público.

1809

Á principios del año de 1809 dignóse Dios consolar á su Siervo con algunos sucesos para él muy prósperos¹. Uno fue la visita no de un personaje de alta representacion ó de distinguido nacimiento, sino de un pobre soldado, el cual servía en el ejército francés, que estaba de guarnicion en Roma. Era este un joven, llamado Capet, que habia sido en Nápoles novicio coadjutor, y cuando fue expulsada de aquel reino la Compañía en 1806, fue enviado á su casa por orden del gobierno. En una de las quintas

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 43, pág. 260.

decir: «Si logramos arrojar á los franceses, una de las primeras cosas que hay que hacer es reparar la injusticia que se cometió con los pobres jesuitas.» Y de hecho procuró repararla como presidente de la Junta, «alzando la confinacion á aquellos infelices hermanos nuestros» (*sic*) por decreto de 13 de Noviembre de 1808, uno de los pocos que honran á la Central. Dicese, aunque no con seguridad completa, que en Sevilla hizo, ántes de morir, una retractacion en forma de sus antiguas doctrinas¹.»

¹ MENENDEZ PELAYO, *Heterodoxos españoles*, Tomo III, pág. 171.

CAPÍTULO V

El soldado Capet en el Buen Consejo. — La cuaresma y el mes de María. — Nueva persecucion contra los españoles, que no juraron fidelidad á José Bonaparte. — Deliéndose el P. Pignatelli. — Ejemplo de entereza del Siervo de Dios. — Prision y destierro de Pío VII. — Socórrele á él y á otros personajes ilustres el P. José. — Trastornos en Roma. — Providencias del Venerable con los suyos. — Consérvanse de un modo prodigioso en el Buen Consejo los españoles y algunos italianos. — Continúan ejercitando los ministerios. — Nuevas exigencias del gobierno. — Los jóvenes escolares extranjeros son obligados á volver á su patria. — Renuevan sus votos. — Conservan su fervor y espíritu religioso. — La fiesta de San Francisco de Borja. — El P. Pignatelli y el cardenal de Gregori. — Evita un escándalo público.

1809

Á principios del año de 1809 dignóse Dios consolar á su Siervo con algunos sucesos para él muy prósperos¹. Uno fue la visita no de un personaje de alta representacion ó de distinguido nacimiento, sino de un pobre soldado, el cual servía en el ejército francés, que estaba de guarnicion en Roma. Era este un joven, llamado Capet, que habia sido en Nápoles novicio coadjutor, y cuando fue expulsada de aquel reino la Compañía en 1806, fue enviado á su casa por orden del gobierno. En una de las quintas

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 43, pág. 260.

que se hicieron, cayó soldado el pobre Capet; y de una ciudad en otra fue á parar en Roma.

Tuvo noticia de que allí se encontraba el P. Pignatelli con algunos de los Padres y Hermanos sus conocidos. Al instante voló allá, y tuvo el consuelo de ver y abrazar á su querido Padre, el cual le recibió con los brazos abiertos y con significaciones de entrañable caridad, como á hijo que la desgracia le había arrebatado. Contó el buen Capet las grandes miserias de su actual y odiada vida, con que enterneció á aquellos Padres, moviéndoles á lástima, y se vio por ellos consolado y abundantemente socorrido.

Á este consuelo del P. Pignatelli añadióse el de poder procurar el bien de sus prójimos con los ministerios: pues á pesar de lo revuelta que estaba la ciudad de Roma, predicóse, como de costumbre, en el Jesús durante toda la cuaresma con un regular concurso del pueblo, al cual daba grandísima edificacion la asistencia del rey de Cerdeña, Carlos Manuel, con gran recogimiento y devoción. Habíase el buen rey propuesto imitar los santos ejemplos de su venerable esposa, cuya beatificacion estaba promoviendo con mucho ardor.

Durante el Mayo hizose el mes de María en la iglesia del Buen Consejo y tambien en el Jesús, en donde predicó el Padre Mozzi, y se vieron ambas iglesias extraordinariamente concurridas, por lo que permitian las circunstancias. Á la singular proteccion de la Santísima Virgen se atribuyó el que algunos de los encarcelados por no haber querido prestar el juramento, recobraran libertad, entre ellos el P. Faustino Arévalo y otros sacerdotes respetables. Debíose esta indulgencia al nuevo gobernador Le Marrois, que sustituyó al general Miollis durante su ausencia de Roma en el mes de Mayo¹. Pero con la vuelta de Miollis á

¹ Miollis salió con Saliceti el 27 de Abril para visitar las fortificaciones de Mantua. El general Le Marrois llegó á Roma el 1.º de Mayo: durante su corto mando, se abrieron las prisiones á muchos de los jesuitas presos por no querer jurar. (P. LUENGO.)

Roma, el 9 de Junio, comenzaron de nuevo las persecuciones contra los jesuitas españoles, que se habían negado á prestar el juramento de fidelidad al rey intruso de España, y para los romanos y el Papa mismo una larga serie de trastornos y calamidades.

El 10 del mismo mes publicóse en Roma el decreto de Napoleón, expedido desde el palacio de Schoénbrunn, en que se suprimía el poder temporal del Papa y se declaraba á Roma ciudad imperial y libre. El día 11 Pío VII, sin perder el ánimo bajo el peso de tantas amarguras, levantó su robusta voz contra los sacrilegos usurpadores, fulminando sentencia de excomunion contra los autores del atentado y contra todos los que de cualquier modo hubiesen contribuido á la violenta é injusta ocupacion de sus estados.

El Padre Pignatelli, al saber la penuria en que se hallaba Pío VII despojado de su dominio temporal y falto de humanos recursos, pues se negó á recibir la asignacion que los usurpadores le señalaron, le envió por medio del cardenal Despuig el dinero que en casa tenía. El Padre Santo, en el acto de mostrarle el cardenal aquella cantidad, le dijo: «Este es el primer socorro que recibimos; y lo recibimos de personas desterradas. Para manifestar que agradecemos su buen corazón, tomaremos la mitad del dinero; y Vuestra Eminencia volverá á poner la otra mitad en sus manos¹.»

Entre las demás personas de distincion, á quienes socorrió en aquellos miserables tiempos el P. José, cuenta el H. Grassi las siguientes: María Luisa de Borbon, reina de Etruria, encerrada en las Ursulinas; el ya mencionado cardenal Ruffo, á quien dio unos cien doblones; un obispo griego, que vivía junto al Coliseo, á quien socorrió con cien escudos; tres Párrocos de *San Salvatore ai Monti*, Salvador Mechetti, Felipe Colonna y Pedro Muccioli, que fueron perseguidos y desterrados, y él les socorrió con cuanto les fue menester².

¹ *Process. Rom.*, fol. 174.

² *Ibid.*, fol. 175.

Fácil es imaginar lo que acaeció á los miembros de la Iglesia, herida su cabeza de un modo tan inhumano. Entre los cardenales, los pocos que se pudieron salvar huyendo á pais extranjero no dominado por la Francia, fueron los más afortunados; pero la mayor parte hubo de sostener con fortaleza el destierro y la cárcel¹. De los cardenales se pasó á los obispos, á los párrocos, á los canónigos, á los simples sacerdotes y finalmente á todos los regulares de uno y otro sexo, que en un mismo punto fueron arrojados de sus domicilios, privados de sus bienes y perseguidos de mil maneras. Los templos fueron cerrados ó profanados, vilipendiado el culto divino, despojados los altares, y los sagrados vasos sirvieron para usos profanos. Las sedes episcopales, vacías de sus legítimos pastores, fueron ocupadas por hombres mercenarios; viéronse disueltas las congregaciones de sacerdotes, abolidos los seminarios, y las fuentes de la educación envenenadas con perniciosa doctrina.

Caían las antiguas instituciones surgiendo otras nuevas á propósito para promover y rematar la depravacion del espíritu y la corrupcion de las costumbres. Veíase honrada y protegida la impiedad y el perjurio; y aherrojados y proscritos los ciudadanos probos y fieles á la religion y á la patria. Diariamente aparecian nuevas leyes, prodigábanse amenazas y penas de destierro, de confiscacion, de cárceles y de muerte.

El violento despojo de que fue víctima Pio VII, hacia prever que á no tardar habia de ser arrancado de su sede á viva fuerza, como en efecto sucedió la noche del 5 al 6 de Julio, en la que el Papa vio escalados silenciosamente los balcones de su palacio por una turba de gente asalariada y vilisima, y fue él apresado y conducido prisionero á Francia y en seguida á la Liguria, donde se le encerró en la fortaleza de Savona.

¹ En 24 de Junio, dice el autor del *Diario*, solos tres cardenales quedaban libres en Roma. Estos eran los Eminentísimos Vincenti, La Porte y Consalvi. Siete días ántes, el 17, los franceses se apoderaron de la Inquisicion, y sacaron de ella al tristemente célebre Paccanari.

El día 10 de este mismo mes de Julio presentóse á los Padres del Buen Consejo un comisario del gobierno á exigirles el pago de cierta contribucion ó pension, impuesta para el sostenimiento de la guardia cívica, nuevamente creada por el gobierno usurpador¹. El P. Pignatelli, sin turbarse en lo más mínimo, le respondió que tenía que alegar sus razones al general Miollis: y sin más, toma el manteo y se va á buscarle. Como no pudiese dar con él, se dirige al comandante de la plaza, á quien tampoco le fue posible encontrar. Á la mañana siguiente sale á practicar nuevas y más exquisitas diligencias; logra hablar con el comandante, y le entrega por escrito las razones por las cuales estaba libre de aquella carga. Estas fueron en sustancia las que ya habia alegado en Febrero, cuando se prendió á los de Orvieto.

«Después de cuarenta años de expatriados de España,» dice, «no teníamos de españoles sino la pension que en nombre del rey se nos daba. De esta se nos privó con un decreto de la corte de Madrid, por habernos hecho jesuitas en Nápoles. Desde entonces dejamos de ser españoles del todo; y así lo reconoció el ministro Vargas, pues no nos incluyó en la lista oficial de los españoles, entregada por él al general Miollis. En Nápoles, fuimos legalmente repuestos, y quiso conservarnos allí el rey José Bonaparte; y habiéndonos después desterrado de aquel reino, ahora aquí en Roma debemos ser considerados no como españoles desterrados de España, sino como napolitanos expulsados de Nápoles.»

Hallábase á la sazón en Roma el general Eugenio Pignatelli al servicio del rey Joaquin de Nápoles. Era sobrino del P. José, y le veneraba como á santo. Apoyó este las razones de su tío; el cual con tan buen apoyo logró que sus razones fuesen atendi-

¹ Este comisario no era Milanese, como dice el P. BOERO (pág. 464) sino Olivetti. Hubo tambien otro de aquel nombre, como dice el Hermano José Grassi en el proceso romano, fol. 168. El gobierno estaba dividido entre un comandante de armas, que poco después fue el general Eugenio Pignatelli, y un comisario de policía.

das por el comandante¹; é informando favorablemente á Miollis, este reconoció que no debían ser molestados en este punto: trató al P. José con atencion y urbanidad, y ofrecióse á servirle en todo lo que le pudiera ocurrir².

Esta benevolencia del general francés no fue parte para que el Siervo de Dios no tratase con severidad á los amigos del nuevo orden de cosas, como se entenderá por este caso, que refiere el P. Fornasari. En la casita del Buen Consejo solía visitarle un obispo, cuando iba á Roma, por el fruto que sacaba de su santa conversacion. Supo el Siervo de Dios que aquel prelado tenia estrecha amistad con Miollis, y que obraba de una manera menos conforme con las órdenes emanadas del Soberano Pontífice: y pareciéndole que no convenia frecuentase su casa hombre de esta conducta, aunque tan venerable por su carácter y dignidad, con franqueza y libertad apostólica le suplicó tuviese á bien no hacer más visitas á aquella comunidad religiosa: y en efecto así lo hizo³.

A fines de Julio se publicó una providencia del gobierno, en que se mandaba barrer y regar la parte de la calle correspondiente á la casa⁴. Y fue cosa de grande edificacion, y aun de admiracion, ver al venerable anciano P. Pignatelli tomar la escoba, y en pleno día estarse barriendo la porcion de la calle que cogía la casa del Buen Consejo. En esta humilde ocupacion le vio Ángel de Angelis, como lo atestigua en el proceso romano⁵ con estas palabras: «Yendo un día á la casa del Buen Consejo con el Sr. Rossi, vi que el dicho Padre [Pignatelli] estaba barriendo en la calle pública para obedecer al edicto.»

El buen Superior, con el fin de atender á la conservacion de sus subordinados, los llamó á Roma á todos, excepto los de Tívoli y de Orvieto; porque estando esparcidos por los seminarios y

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 43, pág. 544.

² *Id.*, *ibid.*, pág. 531.

³ *Process. Rom.*, fol. 86.

⁴ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 43, pág. 600.

⁵ *Process. Rom.*, fol. 1163.

residencias, no podían ya hacer bien alguno, y vivían expuestos sin cesar á las pesquisas y vejaciones de los comisarios ó agentes, que recorrían con amplias facultades el país en busca de sacerdotes á quienes hacer jurar fidelidad y sumision á la nueva consulta romana.

Reunidos ya en Roma, los amonestó con graves palabras á estar todo lo más ocultos que pudiesen. Dijoles que sin grave necesidad no salieran de casa, que se abstuviesen de hablar con personas de fuera y de entablar conversaciones de politica, ó de rumores ó noticias que circulasen por la ciudad; porque sabía él muy bien que no faltaban gentes que so color de amistad, espiaban todos sus pasos y palabras, con el fin de lograr un pretexto para acusarlos; y así que era indispensable hacer uso de gran circunspeccion y prudencia, y no dar nunca respuesta de palabra ó por escrito, y mucho menos sentenciar con un sí ó no sobre cosas acerca de las cuales pudiesen interrogarlos. Y porque un Hermano coadjutor, menos cauto y circunspecto que los otros en hablar, después de varios avisos incurrió en el mismo defecto, amenazóle el Siervo de Dios que le arrojaría de la religion, si volvía á recaer. Tal era su empeño en que por culpa de uno no hubiese de alcanzar á todos los demás un gran contra-tiempo.

De lo que por este tiempo sucedía con los Padres de San Pantaleon da muchos pormenores y llenos de interés el P. Luengo¹. Dice así: «Otro prodigio, semejante á esta conservacion de la Compañía en tan grande número, se está viendo en esta porcion de jesuitas, que fueron arrojados de Napoles, entre los cuales hay alguno que otro portugués, buen número de españoles é italianos, jesuitas antiguos, y otros que han entrado de nuevo. Algunos de estos pasaron á vivir y trabajar en la enseñanza y en los ministerios en las ciudades de Sezzé, Anagni, Amelia y Palestrina, habiéndoles hecho los obispos algunas razonables y aun generosas promesas en orden á su manutencion; y el Padre

¹ *Diario*, Tomo 42, segunda parte, págs. 859 y siguientes.

Provincial José Pignatelli á todos estos con buenas razones y justos motivos les ha sacado de las dichas ciudades y reunido en sus tres casas de Roma, Tivoli y Orvieto; y hablando en puridad y sin rodeos, la verdadera causa ha sido, el que lo pasaban mal y con mucha estrechez..... Por este aumento de sujetos en las dichas casas, se ha visto obligado aquí en Roma á alquilar otra casita, inmediata á la del *Buon Consiglio*, á la que han pasado á vivir algunos jóvenes con un Padre antiguo.....»

«En estas casas de Roma, y en las otras dos de Tivoli y Orvieto, podrán ser como unos setenta, y á todos los mantiene con mucha decencia en el trato y en el vestido el dicho P. Provincial Pignatelli; y mantiene tambien, ó socorre por lo menos, á algunos de los jesuitas napolitanos, que viven en la casa del Jesús. Esto ya es mucho; pues no le costará menos de cinco ó seis mil pesos duros al año. Y como si no gastara nada en sus casas con los suyos, ayuda y socorre en Roma y en otras partes á no pocos de los jesuitas españoles; y le queda todavía para dar limosnas, y algunas no pequeñas, á personas honestas del país, que con las novedades presentes se hallan en necesidad, y ocultamente acuden á él. Si estuviera abierta la comunicacion con España, recibiría fácilmente sumas considerables de personas ricas y piadosas, y bien afectas á la Compañía, y de sus dos ricos sobrinos, el conde de Fuentes, y mucho más de la duquesa de Villahermosa.»

«Pero de España nada puede venir en el estado presente de las cosas; y es muy creíble que sus sobrinos hayan padecido mucho en las dos entradas de los franceses, y no se hallen en estado de poder socorrerle, aun cuando hubiera algun camino oculto por donde enviarlo; ni podrá tampoco ayudarle mucho, aunque quiera, su sobrina de Nápoles, que, desterrada de aquella corte, está aquí en Roma, metida por necesidad en gastos extraordinarios. Y no obstante gasta tanto, y está tan animoso y tan sin miedo de que le llegue á faltar, como si tuviera á su disposición un tesoro, ó una mina inagotable; y sin duda la tiene en su gran corazon, y en su segurísima confianza en la divina Providencia, que provee, aun por medio de milagros visibles ú ocultos, á los

que saben arrojarle con confianza en sus brazos. Y ¿no es este un prodigio casi tan grande como la conservacion de la Compañía por tantos años, en tales países y en tales circunstancias?»

«Aunque escondidos en sus casitas, que están en un rincón de la Suburra, de los menos frecuentados de la ciudad, no están del todo ociosos; si bien, por no irritar más contra ellos á los dominantes franceses, se abstengan de algunos ministerios de mayor estrépito y bulla, como las misiones y otros semejantes. Trabajan con los galeotes ó presidiarios, que están en un cuartel ó cárcel que está cerca de su casa; aunque por el recelo insinuado no harán con ellos la devota funcion que hicieron uno de estos años para que cumpliesen con la Iglesia. Van á menudo á los hospitales, cuidan en lo espiritual de algun otro conservatorio de niños, y se muestran francos en ayudar á varios conventos de religiosas, dándolas los ejercicios, haciéndolas algunas pláticas y encargándose de la direccion de sus conciencias; y en su iglesia del *Buon Consiglio*, en la que establemente confiesan algunos, se alcanzan, por decirlo así, unas fiestas á otras, y casi seguidamente se hacen en ella novenas, triduos y otras fiestas con buen concurso de la gente pobre del barrio y con gusto de los cofrades de Nuestra Señora del *Buon Consiglio*, de quienes es la iglesia, y por su parte ayudan y concurren á todo.»

«Algun día, como esperamos, pasarán de esta pequenita y escondida iglesia del *Buon Consiglio*, si los franceses no les perturban en su presente estado, á la grande y pública del Jesús, para continuar en ella con esplendor los mismos y otros sagrados ministerios. Hágalo el Señor presto para gran gloria de la infamada Compañía de Jesús, y para no pequeña utilidad de esta gran corte de Roma.» Hasta aquí el P. Luengo.

Vino á aumentar la pena que tal estado y trastorno de cosas producía en el corazon del P. José, un decreto llegado de Paris, en que el Emperador mandaba salir del estado romano á todos los nacidos fuera de él, sin consideracion á edades ni condiciones, debiéndose conducir á los renitentes á viva fuerza por

gendarmes hasta la frontera. Los españoles y americanos del Buen Consejo lograron evadir el cumplimiento de esta disposición por las razones anteriormente aducidas, y participaron también de este beneficio los italianos de edad avanzada.

En cuanto á los jóvenes escolares, á cuyo favor no militaban dichas razones, no hubo más remedio que enviarlos á sus países, con tanta pena de estos, por la separación de su santo Padre y Superior, que desde que les dieron la noticia, empezaron á llorar sin consuelo. Animólos el Padre á recibir con sumisión las divinas disposiciones; y para impetrar del cielo la gracia de permanecer firmes en su vocación en medio del siglo, exhortólos á que antes de marchar, renovasen sus votos religiosos, aunque no era llegado todavía su tiempo según las constituciones. Aparejaronse, pues, con un triduo de retiro y penitencias; y en el solemnisimo día de Pentecostés renovaron con fervor de espíritu y afectos de ternura el sacrificio y la oferta que habían hecho de sí á su Dios. En seguida les dio avisos é instrucciones sobre la manera de conducirse así en el tenor de vida privada, como en las obras de celo con los prójimos; designó las ciudades y pueblos á que habían de dirigirse, nombró el Superior de quien habían de depender; y les prescribió que de tanto en tanto tiempo le escribiesen á él dándole cuenta de sus personas y cosas.

Algunos de aquellos jóvenes tuvieron ocasión de emplearse con gran fruto en la salvación de sus prójimos, predicando con palabra y ejemplo; toleraron otros por amor de Jesucristo con invicta paciencia persecuciones, injurias, malos tratamientos y hasta prisiones; y el buen Padre José rebosaba de gozo cuando iba leyendo las narraciones que de todo le enviaban por escrito: y levantando los ojos arrasados en lágrimas hacia el cielo, «He aquí,» decía, «para qué ha permitido el Señor la dispersión de nuestros jóvenes: aquí en Roma tenían que callar por fuerza; y fuera de aquí pueden hablar: aquí tenían que pasar una vida ignorada y ocultar sus talentos; allí se dejan ver en público y trabajan con fruto en la viña del Señor. Loemos á Dios, pongamos en él nuestra confianza, adoremos los designios y las dispo-

siciones de su providencia, que mejor que nosotros sabe lo que más conviene para su gloria y para mayor bien nuestro.»

Contestábales con gran ternura, y los animaba á no abandonar el puesto en la ruda prueba, y á no degenerar del espíritu de sus santos Padres y maestros durante el tiempo de la tentación y pelea; y para que con mayor aliento fuesen haciéndose superiores á toda dificultad y peligro, prometíales que no bien hubiese reaparecido la bonanza, los llamaría á su lado.

Á pesar de las críticas circunstancias por que atravesaba Roma, celebróse este año con gran solemnidad la fiesta de San Francisco de Borja el diez de Octubre en la iglesia del Jesús. Hizo el gasto el P. Provincial Pignatelli: «y todos,» dice el Padre Luengo, «se maravillan de su gran corazón; pues en tales circunstancias..... no se detiene en gastar en fiestas lucidas de nuestros santos..... Y si los pobrecitos veintiun jesuitas españoles encarcelados en Mantua se hallasen en necesidad, correría hacia allá, por decirlo así, de las manos benéficas y casi milagrosamente provistas del P. Provincial un abundante río de plata¹.»

Á principios de Diciembre de este año de 1809 el cardenal Di Pietro, que era vice-gerente del Papa cautivo, subdelegó todas las facultades, que le había enviado Su Santidad, en Monseñor Manuel de Gregori, el hijo del célebre marqués de Esquilache, desterrado de España á consecuencia del motin de Madrid en 1766: á la sazón era secretario de la Congregación del Concilio. El 11 del mismo mes hizose público en Roma este cambio; y el día 14 pasó el P. Pignatelli á visitar al representante del Sumo Pontífice. Lo que se trató entre los dos en aquella visita de atención, no pudo averiguarlo el P. Luengo, por más que lo procuró².

En 22 de Febrero de 1810 el gobierno francés en Roma expidió un decreto, en que so color de querer pagar á los eclesiás-

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 43, pág. 896.

² *Ibid.*, pág. 1047.

ticos las pensiones atrasadas, exigía exacta información de todos los clérigos ó sacerdotes forasteros, que á la sazón vivían en dicha ciudad, con expresión de sus calidades, circunstancias, rentas, beneficios, etc. Presentáronse los agentes de policía al Buen Consejo; y el P. Pignatelli tuvo que presentar la lista de los sacerdotes que allí moraban, aunque no incluyó á los coadjutores.

No se sabe si sería por esta exigencia ó por alguna otra causa de disension entre el comandante militar, que era el general Pignatelli, y el comisario de policía Sr. Radet, que se desafiaron públicamente con escándalo de los buenos. Húbole de ser muy sensible al P. Pignatelli aquel mal ejemplo de un individuo de su familia, colocado en aquella dignidad pública, y de quien era tan venerado; y aunque no se pudo averiguar qué diligencias practicó para impedir aquel escándalo, lo cierto es, que el desafío no se verificó, y los ofendidos se reconciliaron¹.

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 44, pág. 406.

CAPÍTULO VI

Súplese la cuaresma con el mes de San José. — Fervor en las comunidades religiosas. — El P. Juan Francisco Masdeu. — Los italianos del Buen Consejo precisados á salir para su patria. — Nuevos peligros y precauciones del P. Pignatelli. — Prisiones en el colegio de Orvieto. — El juramento de fidelidad al Emperador. — Declaraciones del Papa. — Conducta del P. Pignatelli. — Arresto del P. Gentilini, y su libertad. — Prisión del mismo y del obispo de Tívoli. — Vigilancia sobre la casa del Buen Consejo. — El comisario verdadero y un polizonte fingido. — Nuevos insultos contra la religión. — Celos del Siervo de Dios por las religiosas echadas de sus conventos. — El nuevo comisario español. — El P. José y el general Pignatelli en presencia de Miollis. — Nueva persecución contra el P. Gentilini. — Defiéndele el Siervo de Dios. — Maravillosa providencia del Señor con su siervo.

1810

La situación de Roma se iba haciendo cada día más difícil; y las órdenes que con frecuencia se expedían contra los religiosos y sacerdotes y todo lo que sabía á religión, no dejaban prever sino nuevas persecuciones y mayores contratiempos. Este año de 1810 ya no se creyó prudente predicar en el Jesús la cuaresma, como solía hacerse todos los años. La razón alegada para omitirla fue la falta de recursos; pero la causa verdadera se creyó haber sido la prudencia que las tristes circunstancias exigían. Porque siendo costumbre, que el predicador en el último sermón pidiera al cielo gracias y bendiciones para el soberano y su gobierno, se

ticos las pensiones atrasadas, exigía exacta información de todos los clérigos ó sacerdotes forasteros, que á la sazón vivían en dicha ciudad, con expresión de sus calidades, circunstancias, rentas, beneficios, etc. Presentáronse los agentes de policía al Buen Consejo; y el P. Pignatelli tuvo que presentar la lista de los sacerdotes que allí moraban, aunque no incluyó á los coadjutores.

No se sabe si sería por esta exigencia ó por alguna otra causa de disension entre el comandante militar, que era el general Pignatelli, y el comisario de policía Sr. Radet, que se desafiaron públicamente con escándalo de los buenos. Húbole de ser muy sensible al P. Pignatelli aquel mal ejemplo de un individuo de su familia, colocado en aquella dignidad pública, y de quien era tan venerado; y aunque no se pudo averiguar qué diligencias practicó para impedir aquel escándalo, lo cierto es, que el desafío no se verificó, y los ofendidos se reconciliaron¹.

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 44, pág. 406.

CAPÍTULO VI

Súplese la cuaresma con el mes de San José. — Fervor en las comunidades religiosas. — El P. Juan Francisco Masdeu. — Los italianos del Buen Consejo precisados á salir para su patria. — Nuevos peligros y precauciones del P. Pignatelli. — Prisiones en el colegio de Orvieto. — El juramento de fidelidad al Emperador. — Declaraciones del Papa. — Conducta del P. Pignatelli. — Arresto del P. Gentilini, y su libertad. — Prisión del mismo y del obispo de Tívoli. — Vigilancia sobre la casa del Buen Consejo. — El comisario verdadero y un polizonte fingido. — Nuevos insultos contra la religión. — Celos del Siervo de Dios por las religiosas echadas de sus conventos. — El nuevo comisario español. — El P. José y el general Pignatelli en presencia de Miollis. — Nueva persecución contra el P. Gentilini. — Defiéndele el Siervo de Dios. — Maravillosa providencia del Señor con su siervo.

1810

La situación de Roma se iba haciendo cada día más difícil; y las órdenes que con frecuencia se expedían contra los religiosos y sacerdotes y todo lo que sabía á religión, no dejaban prever sino nuevas persecuciones y mayores contratiempos. Este año de 1810 ya no se creyó prudente predicar en el Jesús la cuaresma, como solía hacerse todos los años. La razón alegada para omitirla fue la falta de recursos; pero la causa verdadera se creyó haber sido la prudencia que las tristes circunstancias exigían. Porque siendo costumbre, que el predicador en el último sermón pidiera al cielo gracias y bendiciones para el soberano y su gobierno, se

ponía al que predicaba en el compromiso ó de omitir la petición, con lo cual podía darse por ofendido el gobierno intruso, ó bien de demandar mercedes para los públicamente excomulgados, con escándalo de los sencillos fieles. Creyóse, pues, más prudente omitir la cuaresma; y para no defraudar del fruto de ella al pueblo, se instituyó el mes de San José. Al efecto todos los días del mes de Marzo se hizo una modesta función con un sermón, que predicó el Ilmo. Avogadro, sobre las virtudes del santo Patriarca; y el resultado obtenido fue mucho más copioso que solía ser el de la cuaresma; y esto en tal grado, que un predicador para mover al auditorio á que contribuyese con sus limosnas á los gastos que en el templo se hacían, dijo que en solo aquel mes de Marzo, que acababa de pasar, se habían gastado ocho duros más de lo ordinario solamente en partículas ó formas para la sagrada comunión¹.

La experiencia de los males presentes y el temor de los venideros excitaron un fervor tan particular en las comunidades religiosas de Roma, que acudieron al P. Pignatelli pidiéndole Padres que les diesen los ejercicios; y él, sin dejar el cuidado de las cárceles, de los hospitales y del cuartel de los presidiarios, ocupó en aquel ministerio á varios de sus súbditos. Los primeros favorecidos fueron los religiosos de San Juan de Dios, sobre manera perturbados con la muerte repentina de su General, el P. Remolini, no tan enemistado, como ellos desearan, con los nuevos gobernantes. Dioles los ejercicios el P. Sormanni, ántes canónigo en Milan, y en aquella sazón jesuita en el Buen Consejo.

Otros diez ó doce Padres los dieron en unos veinte conventos de religiosas y casas de recogidas, que con grandes instancias se lo pidieron al P. Pignatelli. Grande fue, y casi nimio, el rigor con que el P. Provincial se negó á recibir ninguna clase de estipendio, ni aun el más pequeño regalo, por tales ministerios: ni una jicara de chocolate ó una taza de café permitió que tomaran los Padres en ninguna de aquellas comunidades.

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 44, pág. 264.

Una de estas, de religiosas cistercienses, vivía en el monasterio de Santa Susana, distante una buena milla del Buen Consejo. Fue designado para dar los ejercicios el P. Antonio Díaz, que estaba ya muy pesado y sin fuerzas; y por esta razón parecía cosa impracticable el volver á su casa después de concluir el trabajo de la mañana, debiendo continuarlo por la tarde. Ofreció, pues, la abadesa, que se quedara en la habitación de su padre confesor, en donde podría tomar alguna cosa, y reposar, para volver á su tarea á las dos de la tarde. El P. Provincial en ninguna manera lo permitió; y lo más que concedió fue, que pudiera ir á casa del P. Manuel Luengo, que estaba mucho más cerca del monasterio, y que en compañía de dicho Padre tomara una pequeña refección y descansase¹.

Algun peligro corrieron los españoles de Roma en este tiempo; y la causa era el júbilo que mostraban por los desastres experimentados en España por las tropas francesas; desastres, que Miollis con gran cuidado procuraba ocultar y convertir en triunfos de Napoleon á los ojos del pueblo romano; pero este se enteraba de la verdad por los españoles, que recibían de su patria informes exactos de todo; lo cual incomodaba en gran manera al francés, y le hacía tomar medidas muy severas.

En 29 de Abril (1810) mandó por público decreto que en el término de quince días saliesen de Roma y volvieran á su patria todos los sacerdotes y religiosos forasteros, exceptuando á los que estaban excluidos de ella, en cuyo número se encontraban los jesuitas españoles, y también los italianos, entrados en Nápoles, á quienes por el decreto de 1806 dado por Napoleon, se les prohibía volver al Reino Itálico². Con esto continuó la casa del Buen Consejo sin disminucion en el personal; y en su capilla se celebraron á fines de Abril con la acostumbrada solemnidad la novena de la Virgen del Buen Consejo, predicando el P. Mozzi cada día á los cofrades; el 11 de Mayo la fiesta del

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 44, pág. 137.

² *Id.*, *ibid.*, págs. 282 y 296.

Beato Francisco de Jerónimo, cuyos gastos sufragó en su mayor parte el P. Pignatelli; y finalmente el mes de Mayo en honor de la Santísima Virgen¹.

El gobierno francés, no pudiendo sufrir la existencia de tantos clérigos en Roma, dio orden de que se trasladasen á París todos los forasteros que no pudiesen entrar en su patria, en cuyo número estaban comprendidos los jesuitas españoles. Presentáronse algunos de ellos al despacho de la policía á exponer los graves inconvenientes que encontraban en el cumplimiento de la orden.

Uno de ellos fue el P. Juan Francisco Masdeu, tan celebrado por sus muchos escritos. Diose á conocer por español; y preguntado por qué motivo estaba en Roma, respondió: «Ni he venido libremente á esta ciudad, ni libremente permanezco en ella. El gobierno español me trajo por fuerza á Roma; y solo el gobierno francés me impide la vuelta á España y me obliga á estar en esta ciudad; pues por mi parte no tengo impedimento alguno para partir de Roma. Basta que ustedes me den pasaporte por tierra ó por mar, y aun basta un simple permiso, para que me dejen embarcar en Civitavecchia. Ustedes consiguen que haya un clérigo menos en Roma, y nada tienen que gastar conmigo ni en viático, ni en socorrerme para que no me muera de hambre; y yo, embarcándome en Civitavecchia, me iré á España, al África, ó á la América, ó adonde me dé la gana.»

En esta substancia habló el jesuita Masdeu; y su discurso no tenía respuesta. Los de la policía tomaron á risa y como cosa de diversión el discurso de Masdeu y su pretension de que le diesen pasaporte para España; y con mucho agrado y dulzura le dijeron que se quietase y estuviese tranquilo y sosegado².

Aunque iguales esperanzas de tranquilidad se daban á todos los españoles, turbábanse estos mucho al ver á los comisarios del gobierno andar por muchos conventos haciendo menudos in-

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 44, págs. 278 y 279.

² *Ibid.*, pág. 328.

ventarios de todo, aun en las sacristías é iglesias, para robarlo todo á su tiempo¹. Aumentóse tanta zozobra con la difusión por toda la ciudad el 1.º de Junio de un folleto, y casi un libro, impreso, en el cual se contenía la orden de suprimir en general todas las corporaciones eclesiásticas y religiosas de uno y otro sexo².

La expresion de *corporacion religiosa* con la cual se ordenaba la supresion, hizo temer al P. Pignatelli que fuesen comprendidas en ella las casas de jesuitas napolitanos en Roma, en Orvieto y en Tivoli; y para quitar todo pretexto de engaño, tomó la providencia de que no usasen los suyos los nombres de Provincial, de Rector, de Ministro, ni de Padres; y que todos emplearan el dictado de *Don*, comun á los eclesiásticos seculares: á todos los Hermanos coadjutores les hizo vestir de seglar y de corto, para que no pareciesen religiosos. Á pesar de estas precauciones hubieron de retirarse á sus respectivas patrias casi todos los de nacion italiana que se habían hecho jesuitas en Nápoles, los cuales partieron con mucha pena y dolor, por tenerse que separar de sus hermanos y apartarse del cuerpo de la Compañía³.

Esperaba el P. Pignatelli que no pasaría adelante la desmembracion de su pequeña Provincia, cuando he aquí que el diez y nueve de este mes de Junio le llegó impensadamente de Orvieto la nueva de que junto con algunos otros italianos habían hecho partir para Espoleto, cabeza de la provincia de Trasimeno, á los tres Padres y un Hermano españoles, que allí residían, dejando á otros tres y un italiano, profesores en el seminario, hasta que terminasen el curso⁴. Grande fue la consternacion del P. Pigna-

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 44, pág. 341.

² *Ibid.*, pág. 343.

³ *Ibid.*, pág. 446. El P. Pignatelli con exquisitas diligencias alcanzó que se quedasen en su compañía tres italianos; y esperaba conservar á Gentilini, y lo alcanzó. (*Ibid.*, pág. 548.)

⁴ Terminado este, nada les dijeron. El P. Pignatelli les dice que renuncien: lo hacen, y no se les contesta; antes para el curso siguiente el pueblo les pide que continúen en sus cátedras. Pidieron más Padres, y el P. José no se los pudo enviar. (P. LUENGO, *Diario*, Tomo 44, página 943.)

telli con tan triste nueva de Orvieto; porque temía, y no sin razon, que igual suerte tocaría á los de Tivoli y Roma. Para ver, pues, si podía borrar de la mente del gobierno la idea y persuasión de que él y los suyos eran religiosos, empezó él mismo á salir por Roma vestido de abate, y ordenó que los sacerdotes no muy viejos saliesen de corto, como en efecto lo ejecutaron. Lo mismo ordenó que hiciesen los de Tivoli y los que quedaban en Orvieto.

Mucho más costó al P. Pignatelli el defenderse á si y á los suyos de otro mayor peligro. Ocupadas las Marcas y unidas al reino Itálico, Pío VII en un Breve y en las instrucciones dadas á los obispos de aquellas provincias, prohibió prestar el juramento que exigían los usurpadores, declarando no ser lícito, salva la conciencia, jurar fidelidad á la persona del Emperador y obediencia á las constituciones y leyes del imperio, entre las cuales había no pocas contrarias al derecho divino y á las canónicas disposiciones. Todo lo más que podía prometerse, segun la fórmula que Su Santidad prescribía, era la obediencia pasiva á los nuevos gobernantes, y no promover conjuración contra el estado. Más adelante confirmó el Papa estas disposiciones, extendiéndolas á todo el estado eclesiástico, y envió instrucciones particulares á los obispos en el acto de partirse de Roma.

No faltaron, á pesar de esto, hombres de no vulgar doctrina, que con mil sutilezas intentaron justificar el juramento y torcer las expresiones tan claras y terminantes del Sumo Pontífice á su modo de ver. Los sencillos y menos cautos fueron presa del lazo: los demás sintieron honda pena, al ver aquello, y en particular el Siervo de Dios, á quien dió mucho que sufrir la aberración de aquellas inteligencias y el escándalo que daban al público.

Pronto estaba á padecer en su persona cualquiera persecución, antes que separarse un ápice de las disposiciones del Papa; sin embargo tenía firme confianza, como se lo manifestó á sus súbditos varias veces, de que Dios había de sacarlos tambien con felicidad de aquel aprieto, que amenazaba ser el origen de su total dispersión y ruina. Ordenó, pues, que con este objeto cele-

braran por turno diariamente los Padres el santo sacrificio á honra y gloria de la Santísima Trinidad, y que todos hiciesen en comun y en privado oraciones extraordinarias; y él por su parte redobló las suyas y sus penitencias, y se le vio pasar largas horas del día y de la noche arrodillado á la ventanita, que miraba desde su aposento al altar del Santísimo.

El resultado de tanta oración fue, que durante muchos meses no se presentó nadie á exigirles que juraran; y solamente algunos sujetos poco de fiar se llegaron alguna vez á los Padres de San Pantaleon, y les preguntaban si era lícito ó no hacer aquel juramento, buscando no dirección, sino un pretexto para poderlos acusar de refractarios y revoltosos. Lo advirtió el P. Pignatelli; y renovó los avisos de que se guardaran de tales amaños, y que en el sacramento de la penitencia respondiesen franca y lealmente, segun su deber, á quien con recta intención desease conocer la verdad; y fuera de aquel sitio, á no ser muy conocidas las personas, se despachasen diciendo que el Pontífice había dado sus instrucciones á los obispos y ordinarios eclesiásticos, y que para resolver sus dudas acudiesen á ellos, y no á personas de autoridad privada.

Si todos se hubiesen atendido fielmente á las sabias prescripciones del P. Pignatelli, acaso habrían evadido todo riesgo; mas el P. Juan Gentilini no solo en privado y de palabra, sino en público y por escrito, que después divulgó la prensa, condenó con fórmulas poco suaves el juramento, y rebatió las razones de los contrarios.

Descubierto el autor del libro, fue el P. Gentilini arrestado y conducido á la cárcel, de donde á los pocos días salió libre por las gestiones del P. Pignatelli; el cual por no verle expuesto á cosas peores, le alejó de Roma y le envió al colegio de Tivoli. El obispo de esta ciudad estaba por el juramento con escándalo de los fieles; y oídas las razones del P. Gentilini, se retractó públicamente. Al instante los apresaron á los dos: al obispo le llevaron preso á Roma, en donde entró al anochecer del último día de Junio, y le encerraron en la Minerva. Al día siguiente

fue también conducido á Roma el P. Gentilini y encerrado en el castillo de Santángelo.

Empezóse á sustanciar la causa; y muchos fueron de parecer que por reincidente debía condenársele á muerte. El P. Pignatelli, cuando lo supo, dijo terminantemente que la sentencia no tendría efecto: y así fue: contentáronse con 20 días de reclusión rigurosa, y «hoy, 22 [de Julio] el comisario le dio libertad,» dice el P. Luengo: y añade, que estuvo en el mismo cuarto, en que vivió por más de dos años y santamente murió el Padre General Lorenzo Ricci; y que aprovechó aquel tiempo para hacer con toda paz y calma los santos ejercicios. Después de puesto en libertad, quería el gobierno enviarle á Venecia, su patria: resistióse él; y el P. Pignatelli obtuvo á costa de mucho trabajo que se le permitiese quedar en Roma¹.

Con esto redobló su vigilancia la policía, y se empezaron á espigar con más diligencia los pasos y conducta de los Padres de San Pantaleón. Fueron frecuentes las visitas y pesquisas; comisarios y agentes, gendarmes y espías se dejaban ver por aquellas calles, no perdiendo de vista la casa, y á lo mejor penetraban en ella con espanto y desconcierto de sus moradores. El P. Pignatelli, sin dar señal alguna de extrañeza por ello, acogíalos con apacible rostro y finos modales, escuchaba lo que tenían que decir, satisfacía á sus preguntas, y despedíalos trocados de mal prevenidos y hostiles en afectos y benévolo.

Cierto día, cuando por su extremada flaqueza acababa de recostarse en el lecho para descansar, llegó á la puerta el comisario del barrio de los Montes, y ardiendo en ira, preguntó por él: ofrecióse muy cortésmente el portero á pasarle aviso; mas el comisario no le hizo caso, sino que, bufando y hablando entre

¹ Así dice el P. LUENGO, (*Diario*, Tomo 44, pág. 347), el cual fue testigo de vista de todo lo que pasó. El P. BOERO dice: «La pena capital se le conmutó en destierro á la isla de Elba; sitio, que después por la actividad é industria del P. Pignatelli, se le conmutó en el reino itálico.» La causa del destierro á la isla de Elba fue otra, como luego se dirá: pero no se verificó, sino que se le confinó á Venecia.

dientes, subió la escalera, dio con la punta del baston un fuerte golpe en la puerta del Siervo de Dios, y sin quitarse el sombrero, se entró lanzando por los ojos rayos de indignacion y despecho. Salta de la cama el buen Padre, recibe al importuno huésped, y con mucha afabilidad hácele sentar á su lado. No se sabe lo que diría para amansar aquella fiera; pero el hecho fue, como depone el referido Hermano que se estuvo inmóvil á la puerta del aposento, que, á poco salió el hombre con el sombrero en la mano, besó reverente la del P. Pignatelli, y despidiéndose con demostraciones de respeto y veneracion, dijo que tendría gran placer en hablar otras veces con aquel santo sacerdote.

Presentóse otro en el hospicio dándose aires de agente de policía; y el Siervo de Dios, que sospechó de engaño, porque en aquellos días andaban muchos por Roma turbando la paz de las familias con semejantes embustes, se negó á reconocerle por tal si no presentaba algun comprobante de su autoridad. Indignóse hasta no poder más aquel insolente; y levantando el grito, llenó de injurias y apodos al Siervo de Dios, con la amenaza de que le mandaría llevar preso; á lo que con grande quietud respondió el Padre, que era muy dueño de prenderle, y que no sería para él la primera vez aquella. Esto solo bastó para que aquel hombre bajase el tono, pidiera humildemente perdon al que pretendía sorprender, y en lo sucesivo le profesara veneracion y respeto.

Muchos sucesos semejantes pudiera referir, pero bastarán para muestra estos dos, pues lo mismo en ellos que en los demás resalta una cosa que parece prodigio, y es, que yendo todos aquellos satélites con la firme resolucion de hacer jurar á los Padres ó desterrarlos, apenas llegaban á la presencia del Padre Pignatelli, sentíanse con una especie de encanto tal, que daban la vuelta sin haber hecho nada y como olvidados de lo que al ir se proponían.

Entretanto desahogaba el gobierno su ciega cólera contra las personas consagradas á Dios. Cerrábanse todos los días conventos de religiosos, á los cuales echaban á la calle, apropiándose los edificios y destinándolos á usos profanos. Las mismas religiosas,

unas eran trasladadas á otros conventos, otras enviadas á sus familias. Suprimieronse las diócesis de todos los obispos que se negaron á prestar el juramento de fidelidad, y agregáronlas á las de los obispos que la habían jurado; con lo cual se redujeron á solas ocho las treinta y dos que había en los estados del Papa. Durante el mes de Agosto se envió á destierro á los párrocos fieles á las instrucciones de Su Santidad relativamente al dicho juramento. Las religiosas lo pasaron menos mal, merced á la caridad y prudencia del P. Pignatelli.

«Habiendo llegado orden del gobierno francés,» dice el cardenal Odescalchi¹, «de enviar á sus casas las religiosas; yo, que era jovencito, y estaba encargado de los monasterios, me dejé guiar en este asunto por el P. Pignatelli: el cual me aconsejó que buscarse manera cómo alcanzar el intento de permanecer las religiosas ocultas al gobierno, y conservar reunidas el espíritu religioso, insinuándome que no en monasterios, sino en casas particulares, y estas alquiladas, se juntasen en varios grupos. Yo le obedecí como á un oráculo: y puedo asegurar que el resultado fue tan feliz, que se mantuvo el espíritu religioso mucho más en estas casas particulares, que en los conventos mismos que se conservaron. Y de mí y de aquellas religiosas se decía: «Esto se debe al P. Pignatelli.» Hasta aquí el cardenal, y en otra parte² había dicho que al P. Pignatelli le consultaban también como á un oráculo Padres dotados de mucha doctrina, que vivían con él.

El 21 de Setiembre vióse otra vez molestada la casita del Buen Consejo con la presencia de un comisario, que fue á pedir lista de los que en ella moraban³. Dióselo el P. Pignatelli, y fue la misma que otras veces, sin incluir á los Hermanos y sin omitir el nombre del P. Gentilini, que tan odioso era á los usurpadores.

¹ *Process. Rom.*, fol. 504.

² *Ibid.*, fol. 501.

³ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 44, pág. 742.

Por este mismo tiempo y á fines de este mes llegó á Roma D. Nicolás Blasco Orozco, comisario regio de España en aquella ciudad¹. No quiso visitarle el P. José, ya porque no se tenía por español, ya porque Orozco servía al rey intruso José y le había jurado fidelidad. Fuele á visitar á él el comisario: el cual se admiró grandemente al ver á un anciano tan venerable y de tan noble alcurnia habitando en un casuchon á sus ojos tan despreciable, y en un aposento tan reducido, que apenas cabían en él tres hombres sentados.

Visitóle también su sobrino el general Eugenio Pignatelli, de quien hemos hablado ya. Preguntóle en qué le podía servir, y él dijo que solo deseaba una cosa; y era, que no se alterase la paz de aquel retiro: por lo cual le suplicaba, que á ser posible, le librase de las frecuentes visitas de inspeccion, que sin derecho alguno se les hacían. Prometió el general hacer cuanto estuviese de su parte; y se apalabró con su tío para encontrarse juntos tal día y á tal hora en casa del general Miollis, con quien haría valer su recomendacion y autoridad.

Acudió el Siervo de Dios á la cita, y una por una deshizo todas las calumnias y acusaciones hacinadas contra los Padres de San Pantaleon y que presentó en un gran paquete de cartas el general Miollis; el cual, plenamente satisfecho de los descargos, dijo sonriéndose: «Lo que más hiere los oídos de los agentes es una campanilla, que varias veces al día se oye tocar dentro de la casa;» y quería decir, que cierta gente no podía tolerar aquella reunion de jesuitas, que vivían en comunidad. Á lo cual respondió el Padre también con sonrisa: «Ya se ve, no es extraño; porque somos españoles, y guardamos la costumbre de las casas grandes de España, en las que con una campana se suele dar señal para comer y cenar.» — «Pues bien,» añadió Miollis: «tocad enhorabuena la campana cuanto queráis; y yo os prometo que no tendréis de aquí en adelante más pesquisas ni visitas.» Y así fue, porque ni entonces, ni después de la muerte

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 44, pág. 772.

del Siervo de Dios, volvieron los Padres á tener la menor molestia.

Celebróse este año con la acostumbrada magnificencia la festividad del apóstol de las Indias San Francisco Javier. Durante la novena predicó el anciano P. Panizzoni, y el día de la fiesta pronunció un elocuente panegirico el P. Gentilini, que estaba todavía en Roma. Su discurso excitó las iras del gobierno revolucionario. Formósele proceso, después de haberle arrestado el día 11 de este mes de Diciembre y encerrado en el castillo de Santángelo. Tres días después, esto es, el 14, sin haberle hecho interrogatorio alguno, vino entre dos comisarios á la casa del Buen Consejo; metiéronse los tres en el aposento del P. Gentilini, y después de un buen rato, sin saberse lo que allá dentro hicieron, fue conducido segunda vez al castillo.

Quedó con algun cuidado el P. Pignatelli, pero duró muy poco su recelo; porque al día siguiente volvió del castillo á la casa el P. Gentilini, acompañado de solo un comisario de policía, y públicamente, y viéndole y ayudándole los de la casa, metió en su baúl las cosas que el día ántes había preparado y las demás que quiso; y dejando su cofre dispuesto para la marcha, otra vez se volvió con su comisario al castillo, no sin haberse ántes despedido del P. Pignatelli y de los demás de la casa, y participádoles que se le había condenado á destierro en la isla de Elba, para donde tenía que partir dentro de pocos días.

La pequeña isla de Elba, muy inmediata al puerto de Liorna, era el lugar señalado para destierro de los eclesiásticos díscolos y enemigos del Emperador; y al destierro solían añadir un riguroso ayuno á pan y agua. Sintió vivamente el P. Provincial Pignatelli este injusto castigo: y sin perder un instante de tiempo, por sí mismo y por muchas personas autorizadas que le estimaban y favorecían, empezó á trabajar para impedir la ejecución de la sentencia. Obtuvo de pronto la dilacion del viaje por algunos días: conseguido lo cual, tuvo tiempo para manejar el negocio con más eficacia; y al fin á fuerza de súplicas y recomendaciones se revocó por el general Miollis la sentencia, y se le conmutó en

otra mucho más benigna. El día treinta, por la mañana, salió del castillo: y como reo todavía, se le condujo al tribunal de Olivetti, comisario general: este le intimó que definitivamente se le desterraba de Roma con orden de retirarse á Venecia, de donde era natural.

Recibió Gentilini con sumision la sentencia, y ofreció conformarse exactamente con ella: y luégo dirigiéndose á Olivetti, le dice: «Un favor desearía me concediese el señor comisario.» — «Pedid,» respondió este. — «Quisiera,» dijo el Padre, «que me permitiese volver al castillo, para comer con mis compañeros en aquella prision y despedirme de ellos.» El corso Olivetti, grandemente admirado del buen humor y serenidad de Gentilini, le dijo sonriendo: «Por mi parte no hay dificultad en que vayáis al castillo.» Fuese allá en efecto: comió alegremente con sus comprisioneros, despidióse de todos, y volvió á dormir á su casa del Buen Consejo, de donde salió para Venecia á principios del próximo Enero¹.

Desde la salida de los otros Padres italianos de la casa del Buen Consejo, se le disminuyeron un poco los gastos al P. Provincial Pignatelli. «Con todo esto,» escribe el P. Luengo, «son tan grandes, que pocos días ha me dijo el anciano P. Juan Suárez, súbdito suyo, que en cuanto ha leído no ha visto un milagro tan patente de la Providencia del Señor. Él,» continúa, «no tiene un maravedí de pension ni de renta, ni por Nápoles ni por España, ni le recibe hace ya mucho tiempo de sus ricos parientes; y no obstante mantiene con toda decencia á todos sus súbditos en las tres casas, y aun á algunos fuera de ellas; da mucha limosna pública y secreta á toda clase de personas, y aun á la puerta de su casita se da limosna de pan y de algo de olla á setenta ú ochenta pobres: y lo más singular es, que siempre habla en este asunto como hombre que tiene una absoluta seguridad de que no le falte para todo lo que pueda ocurrir. En efecto, he oído hablar varias veces de gruesas limosnas, que le han venido de personas

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 44, pág. 1051.

desconocidas y aun sin saberse de modo alguno quién es la persona que se las envía.» Hasta aquí el P. Luengo¹.

Una de las personas, que á juicio de este Padre proveían con abundancia al P. Pignatelli, era Gonzalo Adorno, que en tiempo de la extincion de la Compañía era Hermano escolar, y se quedó sin ordenarse. Adquirió una regular fortuna; y por este tiempo trataba familiarmente con el P. José y con los de su comunidad, y en la casa del Buen Consejo se retiraba algunos días para entregarse á ejercicios de piedad y devocion².

¹ *Diario*, Tomo 44, pág. 1064.

² *Ibid.*, pág. 1065.

CAPÍTULO VII

Caridad heroica del P. Pignatelli durante la dominacion francesa en Roma y la ausencia de Pío VII. — Ofrece oraciones y penitencias por sus prójimos. — Consuela á los afligidos. — Distribuye abundantes limosnas, y no las admite por los ministerios. — Provee á los suyos con largueza. — Provéele el cielo milagrosamente de dinero para hacer limosnas. — Con luz superior conoce las necesidades de los prójimos, y las remedia. — Don de profecía y de consejo. — Dominio sobre las enfermedades. — Sufre con alegría en los casos adversos.

1809 — 1811

Hemos llegado ya á la última época de la vida del P. Pignatelli. Parece se complació el cielo en que el santo varon resplandeciera como astro refulgente en medio de la oscura noche, en que se hallaba sepultada la ciudad eterna. Entonces realmente fue para muchos un puerto de refugio en la violenta y brava tempestad que se había desencadenado contra la Iglesia y contra la sociedad. En la escuela de la tribulacion y con la experiencia de sus propias calamidades, que le acompañaron casi todo el tiempo de su vida, aprendió el P. Pignatelli á compadecerse de las ajenas; y no hay para qué decir cuán en lo vivo le tocaban los males que padecían la Iglesia y el Estado.

Lloraba sin consuelo en la presencia de su Dios, y ofrecía continuas plegarias y penitencias, ya para aplacar la justicia del Señor, ya para alcanzar abundantes auxilios y socorros á los atri-

desconocidas y aun sin saberse de modo alguno quién es la persona que se las envía.» Hasta aquí el P. Luengo¹.

Una de las personas, que á juicio de este Padre proveían con abundancia al P. Pignatelli, era Gonzalo Adorno, que en tiempo de la extincion de la Compañía era Hermano escolar, y se quedó sin ordenarse. Adquirió una regular fortuna; y por este tiempo trataba familiarmente con el P. José y con los de su comunidad, y en la casa del Buen Consejo se retiraba algunos días para entregarse á ejercicios de piedad y devocion².

¹ *Diario*, Tomo 44, pág. 1064.

² *Ibid.*, pág. 1065.

CAPÍTULO VII

Caridad heroica del P. Pignatelli durante la dominacion francesa en Roma y la ausencia de Pío VII. — Ofrece oraciones y penitencias por sus prójimos. — Consuela á los afligidos. — Distribuye abundantes limosnas, y no las admite por los ministerios. — Provee á los suyos con largueza. — Provéele el cielo milagrosamente de dinero para hacer limosnas. — Con luz superior conoce las necesidades de los prójimos, y las remedia. — Don de profecía y de consejo. — Dominio sobre las enfermedades. — Sufre con alegría en los casos adversos.

1809 — 1811

Hemos llegado ya á la última época de la vida del P. Pignatelli. Parece se complació el cielo en que el santo varon resplandeciera como astro refulgente en medio de la oscura noche, en que se hallaba sepultada la ciudad eterna. Entonces realmente fue para muchos un puerto de refugio en la violenta y brava tempestad que se había desencadenado contra la Iglesia y contra la sociedad. En la escuela de la tribulacion y con la experiencia de sus propias calamidades, que le acompañaron casi todo el tiempo de su vida, aprendió el P. Pignatelli á compadecerse de las ajenas; y no hay para qué decir cuán en lo vivo le tocaban los males que padecían la Iglesia y el Estado.

Lloraba sin consuelo en la presencia de su Dios, y ofrecía continuas plegarias y penitencias, ya para aplacar la justicia del Señor, ya para alcanzar abundantes auxilios y socorros á los atri-

bulados. En el sacrificio de la misa rogaba de un modo especial al Eterno Padre por el Sumo Pontífice, por las varias clases del clero y por las órdenes religiosas. Adoraba los designios arcanos de la Providencia, y decía que la persecucion actual, lejos de servir para ruina y destruccion, sería en las manos de Dios un medio poderoso para conducir las cosas á un órden más perfecto; y que la Iglesia, purificada en sus miembros con el fuego de la tribulacion, surgiría más bella y vigorosa.

Animado de tales sentimientos é impelido por el fuego de la caridad, dejaba su retiro para acudir á sostener y aliviar á tanto desventurado con aquel don celestial y singularísima gracia que poseía para consolar al triste é infundirle aliento. Pocas palabras suyas bastaban de ordinario para disipar las sombras de la melancolía y conducir las almas á Dios. Apenas llegaba á su noticia que alguno era perseguido, condenado al destierro y la cárcel, ó de otra manera maltratado, salía de casa con su compañero, y so color de urbanidad iba á visitarle; y empezando á demostrarle compasion por su desgracia, introducía poco á poco alguna buena plática, con la que conseguía animar á los débiles y pusilánimes, sostener á los vacilantes, y fortificar más y más á los denodados y robustos.

Este oficio de caridad ejercitaba con preferencia con prelados y personas eclesiásticas de uno y otro clero, para quienes era más duro el peso de la persecucion. Sentíanse los atribulados como sobrecogidos al vérsese de súbito en su casa sin que nadie le hubiese llamado; pero cesaba la sorpresa para dar lugar á otra mayor, cuando le oían descubrir toda la historia de sus tribulaciones con pocas y sentidas palabras, llenas de tal dulzura, que arrancaban lágrimas y dejaban bañado el corazon de celestial consuelo. No se ceñía á solas palabras la caridad del P. José; sino que además distribuía, segun la necesidad, abundantes limosnas: y son verdaderamente incalculables las sumas que en aquellos dos años repartió en Roma entre personas de todo género. No pasaba día en que no diese gruesas limosnas á cardenales, obispos, religiosos y familias enteras, sumidas en la

miseria por los trastornos políticos; y en ocasiones dio de una vez cincuenta, ciento, y hasta doscientos duros.

Socorrió con sumas de consideracion á los cardenales Pignatelli, su pariente, Saluzzo y á otros. El cardenal Manuel de Gregori atestigua, que siendo entonces delegado apostólico y habiéndosele declarado preso en su propia casa y desterrado á poco, hasta tres veces le fue á visitar el P. Pignatelli; y añade las siguientes palabras: «Después de haberme dado á conocer lo mucho que le apenaba mi situacion, y comunicádome los más vivos sentimientos de resignacion cristiana, se me acercó de manera que nadie lo advirtiese, y me puso en la mano un rollo de monedas, que por el peso conocí ser oro; y me rogó del modo más noble y obligante que me dignara aceptarlo, porque en las actuales circunstancias no me vendria mal. Sorprendióme y me enterneció un acto tan inesperado y generoso; y después de manifestarle mi gratitud, añadí que podía quedarse con ello, ya que tenía que socorrer á muchos más necesitados, y con mayor provecho; y como me pareciese que le mortificaba mi repulsa, hube de calmarle, dándole palabra de que acudiría á su generosa caridad siempre que lo necesitase¹.»

Mantuvo por muchos días á comunidades religiosas enteras, y ayudó á otras con abundantes socorros después de la exclaustracion.

Á un sacerdote enfermo envió una vez quince doblones, y mientras le duró la vida continuó socorriéndole. Á otro, á quien habia sacado ya de apuros, al saber que habia enfermado, él mismo en persona le entregó de una vez más de sesenta duros. Cuatrocientos envió á París para que se distribyeran entre sacerdotes, que estaban en necesidad.

Algunos artesanos, por la reverencia que el Padre les merecía, rehusaron varias veces recibir la paga de ciertos trabajos hechos en San Pantaleon; y agradecido el Siervo de Dios á su caridad, iba al punto á darles gracias, y á poco les enviaba por

¹ *Summar.*, núm. 9, pág. 157.

mano ajena en cosas de devoción ó de arte ciertos regalos, que valian el doble de lo que ellos habian renunciado.

Vivía junto á la iglesia de Santa María de los Montes un cierto Fortunato Sacarelli, carnicero de profesion y muy devoto del hospicio, el cual habia hospedado en su casa al Santo Benito Labre. En cierta ocasion supo el P. Pignatelli, que la noche ántes habian entrado ladrones en casa del buen hombre, y saqueado lo que habian podido: se informó del importe del robo, que era de unas cuarenta pesetas, y dio orden al comprador de que al día siguiente, después de pagar la carne, diese al carnicero cuarenta pesetas de limosna, que era precisamente el valor de la pérdida¹.

Reliere el capitan Luis Moretti un caso que con él mismo pasó, con las palabras siguientes: «Estaba yo á punto de partir de Roma por orden superior, destinado en 1811 á uno de los principales empleos en la dársena de Civitavecchia, cuando creí que debía hacer una visita de despedida al P. Pignatelli en la casa del Buen Consejo: y como en esta ocasion le representase que tenia yo que hacer gastos para trasladarme allá con mi familia, él, después de mostrarme con bondad su sentimiento por lo que yo padecía, abrió un cajoncito que tenia junto á su mesa, sacó algunas monedas de oro, y me las dio.» Confiesa tambien que fue testigo ocular de la caridad eximia del Siervo de Dios con los encarcelados y otros que estaban en la miseria².

Y á pesar de que estaba destituido de todo recurso humano, quiso que se conservase intacta la ley del instituto, que prohibe recibir limosna por misas ó ministerios, y que no se recibiese, ni á título de regalo, cosa que tuviera visos de merced ó recompensa por lo que se trabajaba; y mandó que ni de parientes ni amigos se admitiera un maravedí para emplearlo en cosa de propio uso. Quería ser él solo el padre comun y provisor de todos,

¹ El Hermano Santiago Annoni, que depone este hecho en el proceso romano, dice que le hizo dar «40 pezzeti di Ispagna.» (*Process. Rom.*, fol. 393.)

² *Process. Rom.*, fol. 1203.

y daba en efecto generosamente y más de lo necesario, siempre que la observancia doméstica lo consentía; y lo daba con tan buena cara y amoroso corazón, que parecía ser él mismo el agraciado en el beneficio que hacia á sus súbditos. No quería que se le diesen gracias; pues solía decir, que no daba de lo suyo propio, sino de lo que era de quien lo necesitaba, y que todo lo que él habia á las manos, era para los demás.

Con cuánta delicadeza procediese en no admitir nada de los parientes de los Padres, lo prueba el siguiente caso. Recibió de los suyos el P. Luis Fornasari una buena cantidad de dinero para atender á las necesidades de la pobre casa de San Pantaleon: presentóla al P. Pignatelli para que él la distribuyese conforme lo exigieran las necesidades; mas el Siervo de Dios no la quiso recibir para aplicarla á los suyos, sino que se la dejó al P. Fornasari para que él mismo la emplease en obras de caridad. No dudaba que Dios miraría por el sustento de sus hijos, y que nada les faltaría. Sucedió una vez que á la lavandera de la casa le robaron toda la ropa blanca, que le habian entregado para lavar. Al saberlo el P. Pignatelli, dijo: «Dios proveerá de otra.» Y así fue: al día siguiente se envió á la casa otra en igual cantidad.

No sufría que por lo calamitoso de los tiempos y la escasez de víveres careciesen sus hijos de lo que les era no solo de necesidad, sino aun de comodidad. «El Siervo de Dios,» como testifica el P. Pedro Rossini¹, «manifestó una fe grande en la divina providencia. Cuando nos hallábamos en los tiempos de carestía, en que los géneros coloniales particularmente estaban á un precio muy subido, quería que los Padres, en especial los más ancianos, tomaran chocolate en el desayuno, y que en la mesa fuesen tratados del mismo modo que en los tiempos de mayor bonanza.» Aun hacia que en verano no les faltase hielo con que refrescar el agua: si bien halló un bueno y generoso amigo, que se lo proporcionaba de balde.

¹ *Process. Rom.*, fol. 806.

En efecto: Benito Martínez, archivero de la embajada de España, cuyo padre veneraba en sumo grado al P. Pignatelli y se honraba con su amistad, refiere lo que sigue¹: «Hallándose el P. Pignatelli por la enfermedad sumamente abatido, recuerdo que por su bondad dio orden de que solo mi padre entrara [en su aposento], y nadie más. Provenía esta amistad, á lo que yo creo, ya de la nacionalidad, ya de una cierta gratitud, que el Siervo de Dios quería manifestar á mi padre: el cual, como tenía á su cargo el arriendo de la nieve en Roma, proveía gratuitamente de este artículo á la dicha casa del Buen Consejo.»

Con los mismos sentimientos de caridad y generosidad de corazón atendía á las necesidades de los otros Padres que estaban dispersos por Roma y en otras ciudades de Italia. Muchos, especialmente españoles, llegaron á verse en grande estrechez, y de ellos tenía cuidado el P. José: socorrialos con abundantes limosnas y pagaba sus deudas: cuando enfermaban, iba á visitarlos y les enviaba un Hermano coadjutor de los del Buen Consejo para que los asistiera: y cuando eran molestados por los comisarios, él los protegía y amparaba.

En muchas ciudades de Italia mandó distribuir varios centenares de duros entre los pobres jesuitas que se habían quedado sin pensión; y otras sumas iguales envió á los que habían sido trasportados entre bayonetas á las cárceles de Mantua, por haberse negado á prestar el juramento de fidelidad al intruso rey de España y su gobierno. Quienquiera que acudiese á él, estaba seguro de no ser despedido sin socorro; de suerte que no había persona necesitada, que no le acometiera sin la menor duda de que hallaría en él un corazón de padre; y el santo varón decía rebotando de júbilo y complaciéndose en ello: «¡Oh cuán bueno es Dios, que nos da con qué socorrer á los pobrecitos y auxiliar también á nuestros antiguos hermanos!»

Estuvo en duda al principio de si podía distraer algo de lo que le llegaba para los suyos y aplicarlo para limosnas, especial-

¹ *Process. Rom.*, fol. 4077, b.

mente cuando personas muy dignas habían menester extraordinarios subsidios; y le hizo titubear mucho más el estado de una familia principal, que se hallaba en el mayor aprieto. No se decidió á obrar por sí, y fuese á pedir consejo á uno de los Padres de su mayor confianza; y habiéndole dado este la respuesta que su corazón deseaba, sin demora llevó él mismo á aquella familia la limosna de cuarenta duros, que fueron recibidos con mil demostraciones de gratitud.

No tardó mucho el Señor en manifestar lo que le agradaba aquel acto de misericordia, y lo poco que su siervo fiel tenía que temer que los suyos perdiesen nada por repartir con los pobres lo que recibían de la providencia divina, la cual era muy capaz de restituírsele á ciento por uno. Volvía á casa el P. Pignatelli, recogido y orando, y con el alma anegada en júbilo por haber hecho aquel bien, cuando se le presentó un hombre desconocido, y acercándose á hablarle, dijo: «Yo sé que Vds. están muy necesitados: tome V. este pequeño socorro;» y en estó, le puso en la mano cuatro mil reales. Atónito quedó el Padre al ver aquello; y tomándolo por una práctica reprensión del Señor por la poca confianza que tuvo en él cuando titubeó sobre dar limosna, y por lo mezquinamente que acaso la había hecho, estuvo para volver atrás y entregar á aquella familia los cuatro mil reales¹.

Desde entonces no volvió á tener reparo alguno, y distribuyó entre pobres cuanto pudo haber á las manos, con santa porfía, por decirlo así, con su Dios, que parece se empeñaba en retribuirle siempre con nuevos favores, y en aumentarle la confianza hasta creerla muchos nada inferior á la de San Ignacio y San Cayetano. «Confiaba tanto,» dice un sacerdote seglar, «en la divina providencia, que parecía ser su árbitro y dueño; y le apenaba mucho el saber que las gentes atribuían al esplendor de su

¹ «Era voz comun,» dice Luis Pancaldi, «en la casa del Buen Consejo, que recibiendo de la divina Providencia por caminos á veces no pensados ocho mil escudos al año, invertía los cuatro mil en utilidad de los de la casa, y los otros cuatro mil los repartía en limosnas á los pobres. (*Process. Rom.*, fol. 862.)

apellido los enormes gastos que sin cesar hacía para la subsistencia de sus hermanos, acogidos en tres distintas casas y dispersos por varios sitios; y cuando no recibía cosa alguna de España, decía muy alegre: «¿Habrá quien piense ahora que el P. Pignatelli mantiene á los jesuitas, cuando el pobre hombre no tiene un cuarto?»

El P. Luengo en un breve elogio que del Padre escribe en su Diario, dice de su caridad: «Además de ser pública, sabida y admirada de toda Roma, ha merecido, á lo que parece, ser honrada por el cielo con prodigios.» Fue «su generosidad y liberalidad grande, extraordinaria, y casi sin límites en mantener con toda decencia en todo á todos sus súbditos de la casa y fuera de ella, en socorrer copiosamente á muchos jesuitas, en dar abundante limosna á la puerta de su casa y en la calle á todos los pobres, y mucho más, en secreto, á religiosas y muy honestas personas seculares, y aun en ofrecer con franqueza á los que podían verse en necesidad: y muchas veces á mí mismo (y lo mismo me han dicho otros amigos) me ha dicho con las mayores veras: «Si se halla necesitado, avise; y será socorrido prontamente.» Este es un modo de proceder y de hablar como de un hombre que tiene mucho entre sus manos, y que está seguro de que tendrá más y cuanto quiera, cuando haya mayores necesidades que socorrer. Y él por sí mismo no tiene un maravedí de renta ó de pensión por parte alguna: y de algunos años á esta parte eran muy cortos ó ningunos los socorros de sus parientes de Nápoles y de España. Parece, pues, que el Señor le provee con abundancia, y algunas veces, á lo que se ha podido entender, con providencias particulares y aun prodigiosas, para que pueda hacer bien á muchos, siguiendo los caritativos movimientos de su grande y generoso corazón.» Esto escribía el P. Luengo.

Llegaron con todo las cosas á tal extremo, que el buen Padre empezó á pensar en distribuir por varios puntos de Roma á sus compañeros, por verse materialmente imposibilitado de mantenerlos. Así lo testifica el P. Rossi: «Habiendo ido,» dice, «cierto día el P. Mozzi á hablar al Siervo de Dios en su aposento, el

P. Pignatelli le dio cuenta del pensamiento que tenía de despedir á los Padres que con él moraban en el Buen Consejo, porque había quedado absolutamente sin recursos y sin dinero para continuar manteniéndolos. Al decir esto, abre el cajón de la mesa en que solía guardarlo, con el intento de que viese el Padre en cuán poco número le quedaban: mas, al abrirlo, con sorpresa suya lo encontró lleno de monedas. Al ver este desengaño, cubierto de rubor de un modo sensible, levantóse del puesto en que estaba, y se fue á la ventanilla del coro á hacer oración¹.» Y desde aquel momento puso en Dios una confianza sin límites, y vio multiplicársele el dinero como por encanto, segun consta de gran número de hechos certísimos.

Y en primer lugar, esta multiplicación del dinero, no pudo negarla el mismo P. Pignatelli. «Algunas veces,» escribe el Padre Mozzi, «intenté saber cómo le llegaban las gruesas sumas, que había menester para salir adelante con tanto compromiso y tanta limosna; y le pregunté si se le había multiplicado alguna vez en la mano el dinero; á lo que, sonriéndose, me respondía que los tesoros de Dios no se agotaban jamás.» Así el P. Mozzi.

Tenía en un rincón de su aposento cien duros de limosna, que eran todo su capital, de los cuales sacaba diariamente todo cuanto había menester para sustentar á los suyos y para pobres; y á pesar de esto, sacando uno, y otro, y otro mes, sin miramiento ni economía, la cantidad no se aminoró ni le faltó un solo maravedí. El hecho fue tan público y notorio, que todos hablaban de él; y los cien duros corrieron como proverbialmente de boca en boca de los de casa; los cuales, al ocurrir alguna nueva necesidad de no leve coste, solían decir, que no había por qué temer, estando siempre íntegros y prontos los cien duros del P. Pignatelli: y efectivamente siguieron multiplicándose hasta que el Señor acudió con otra remesa.

En el proceso romano, folio 512, depone el Emmo. cardinal Odescalchi el siguiente caso: «Le pedí en cierta ocasión,» dice,

¹ *Process. Rom.*, fol. 816.

«un socorro, exponiéndole una necesidad que lo reclamaba. Él, sin hacer ántes movimiento alguno con las manos, las cuales tenía debajo del vestido hacia el pechò, sacó una de las dos con el puño apretado y lleno de monedas de oro, que cierto no parecía que pudiese tenerlas en aquella parte, ni quizás podía traer tantas consigo en aquella coyuntura. Entrególas para la persona, cuya necesidad se le había expuesto.» D. Paulino Fiorenzi Martorelli asegura haber oído de un compañero del Siervo de Dios, que este hacía limosna á los pobres por las calles sin meter las manos en el bolsillo, y sin saber de dónde la sacaba y se le venía á las manos¹.

Volvió en cierta ocasion el P. José á casa después de anoche- cer; y en la plazuela del colegio romano se le presentó un jóven extranjero, de lindo rostro, que muy avergonzado le pidió una limosna. El buen Padre, apenas le ve y oye, empieza á rebuscar en los bolsillos, y no encontrando en ellos nada, se recoge como para ponerse á orar; y luégo, cerrando entrambas manos, las vuelve á abrir, y «Tomad,» dice al jóven, «lo que el Señor os envía;» y dióle no sé cuantas monedas de oro relucientes como si acabaran de acuñarse. Poco ántes de su última enfermedad arreglando un día su cuarto, revistando papeles y andando por los rincones, encontró en varios sitios gran número de monedas de oro y plata, que confesó no saber quién, cómo, ni cuándo las hubiese colocado allí.

D. Ángel de Angelis depone el siguiente caso²: «Halléme,» dice, «un día con el señor caballero de Rossi en el cuarto de un cierto P. Meneses, portugués, confesor del caballero de Rossi, el cual Padre yacía en cama enfermo. Preguntó este al caballero qué nuevas sabía de un cierto abate Torrenti, oidor del cardenal de Simone Seniore. El caballero le respondió que estaba bueno; mas que por haber perdido cuanto tenía, pasaba una vida infeliz. Un rato después entró el P. Pignatelli á visitar al enfermo. Termi-

¹ *Process. Rom.*, fol. 696.

² *Ibid.*, fol. 1160.

nada la visita, salimos juntos los tres, dejando al P. Pignatelli que se volvió á su cuarto. Vuélvese á mí el caballero de Rossi con asombro, y me dice: «Mirad lo que acaba de darme el P. Pignatelli, diciéndome: «Tomad y llevad esto á aquel pobre anciano del abate Torrenti:» y delante de mí abrió el cartucho y hallamos en él treinta doblas (*doppie*) de oro. Este hecho nos sorprendió tanto más, cuanto que el P. Pignatelli no se halló presente al razonamiento que tuvimos sobre las miserias del abate Torrenti; y todas las presunciones eran que desde fuera no podía haber ni oído siquiera lo que con el P. Meneses habíamos hablado.»

De otro suceso no menos admirable que voy á referir, fue testigo presencial Monseñor Carlos María Cernelli, arzobispo de Chieti¹. Una vez estaba hablando con el P. Pignatelli en el hospicio de San Pantaleon: llegó el P. Castriota, procurador de la casa, á pedirle cierta cantidad; y abriendo el P. José un cajon, tomó un puñado de monedas, que eran las únicas que allí había, y entrególas al procurador, diciéndole que tomase lo necesario y le devolviese lo demás. A poco volvió dicho Padre diciendo que no tenía bastante; y entonces el P. Pignatelli, levantando los ojos al cielo y quedándose un rato como suspenso, abrió otra vez el cajon, y «Yo,» dice el arzobispo en su deposicion, «que estaba pegado al Padre, vi otra pequeña suma de dinero en monedas de plata en el mismísimo punto de donde se habían sacado las demás, y que había quedado vacío.» Así aquel prelado, cuyo asombro por tan evidente prodigio fue tal, que no pudo seguir hablando, y mucho menos descubrir al Siervo de Dios lo que había visto.

Al final de su deposicion jurídica, añade el mismo prelado, el cual en la casa profesa de Nápoles había ido varias veces á consultar al P. Pignatelli: «Puedo asegurar que quedaba tranquilo y satisfecho; y que descubría en él aquella gracia, suavidad y prudencia, que sirve para quitar las dudas y perplejidades, como me consta por experiencia propia.»

¹ *Process. Rom.*, fol. 121.

Tenía siempre en la mente y en los labios aquellas palabras de Jesucristo: «Dad, y se os dará:» y apoyado en esta divina promesa, no hacía el menor caso de la oposición de algunas personas, que siendo de su natural estrechas y mezquinas de corazón, y dirigiéndose con principios de humana prudencia, no acertaban á aprobar su conducta en este punto. «Algunos querrian,» dijo él en cierta ocasion al Padre Mozzi, «que yo hiciese menos limosna, y ahorrara para nuestras necesidades; y algo de escrúpulo tengo por si tentaré á Dios; mas por otra parte veó que Dios me da más, cuanto más doy á otros.»

Y que ciertamente no rayase en temeridad su confianza, lo demostró el Señor con repetidas pruebas: pues tomaba á su cargo las deudas que contraía el Padre por su amor y servicio, dándole dinero por dinero á ciento por uno, y más todavía. Envió fuera de Roma diez y seis mil reales para socorro de sus hermanos dispersos; y el mismo día recibió de limosna otros tantos. Por lo mucho que aumentaban los pobres diarios á la puerta de San Pantaleon, ordenó que se comprara una nueva caldera de cobre que alcanzase para todos; diciéndole el P. Procurador que no costaría menos de ocho duros, y que no había en casa más que lo necesario para la comunidad; respondióle el Siervo de Dios: «Bueno: vos gastad ocho duros para los pobres; y Dios, á no dudarlo, nos ayudará con usura.» Y así fue; pues el mismo día ó al siguiente por los ocho gastados recibió el procurador una letra de ochocientos. El Padre, en vista de lo sucedido, decía á los suyos: «¿No veis? Hemos gastado ocho duros, y el Señor nos envía el ciento por uno, mandándonos ochocientos.» Así lo depone el H. Santiago Annoni¹.

Eran sin número las personas privadas que acudían á él para que las ayudase á pagar sus deudas, ó colocar en monasterios y conservatorios á las doncellas; y el santo varon las acogía á todas con afabilidad, y las enviaba contentas con lo poco ó mucho que podía darles. Á una jóven dio ochenta duros que le faltaban

¹ *Process. Rom.*, fol. 429.

para su dote. Quejándose con él amargamente un día cierto acreedor, por no haber podido al cabo de mucho tiempo, ni con súplicas ni con amenazas, cobrar un crédito, que le hacía suma falta, y de haber recibido en cambio mil insultos del mismo deudor; el buen Padre, lejos de aconsejarle que acudiese á la justicia: «Venid,» le dijo, «que yo pagaré por él,» como lo hizo en efecto con doble acto de caridad, librando al pobre deudor de su deuda, y consolando al afligido acreedor.

Después que salió de Roma Pío VII, los pobres que acudían por sopa al Buen Consejo, á causa de la gran carestía, crecieron tanto, que hubo que repartirlos en tandas para evitar desórdenes, y que los revoltosos, que todo lo avisoraban, tomaran pretexto para acusar á los Padres de que conmovían al pueblo. Á muchas familias honradas, que por su condicion no podían mezclarse con los mendigos, enviaba el P. José diariamente con gran secreto la comida, que era casi igual á la de la comunidad; y á otras les daba una asignacion suficiente para sufragar sus gastos más urgentes. Hay testigos de que á un sacerdote, sumido en la miseria, señaló el P. Pignatelli nada menos que quinientos reales al mes; y, segun atestigua el mismo agraciado, tuvo que reiterar muchas súplicas para que no continuase la subvencion hasta que la necesidad, remediada ya, no volviese á ser más apremiante.

Cuando salía de casa, no encontraba por las calles pobre, á quien no diese algo; y corría la voz por los alrededores de San Pantaleon, que el P. José tenía las manos llenas de dinero; por lo cual lo mismo era salir, y verse rodeado de una turba que le seguía largo trecho; y él, indagando las necesidades de cada cual, dábales á proporcion hasta tres, cuatro y aun nueve monedas de plata. Toda la importunidad de este género de personas no fue bastante jamás para que diera señal alguna de cansancio ó molestia; porque tenía presente en ellos á Jesucristo, por cuyo amor era pródigo. Á veces le seguían hasta su mismo aposento; y como le faltase ya que dar, tomaba ropa, zapatos y cuanto le venía á mano, y dábaselo todo; porque al oír sus lamentos, se le

partía el corazón, y se hubiera dado á sí mismo por sacarlos de la miseria.

Mostrábase el P. Pignatelli muy atento y deferente con cualquiera persona que tuviese sobre él alguna autoridad. Al párroco del *Salvatorello* haciale demostraciones muy particulares por pertenecer á su parroquia la casita del Buen Consejo. Á estas demostraciones añadió las finezas de su caridad, después que aquel buen sacerdote, por no haber querido jurar fidelidad al gobierno revolucionario, fue desterrado como todos los demás, confinado en Parma y después llevado á Córcega. «Y me consta,» dice el P. Luengo, «que le envió y acaso más de una vez abundantes socorros.» Y continúa el mismo Padre: «Con este soto-párroco [el sacerdote que le sustituyó en el cuidado de la parroquia] ha mostrado una solicitud, como pudiera un amoroso padre con un hijo suyo. Luégo que por la noche supo su prision, encargó al coadjutor castellano Ignacio Dorronsoro¹, (que vive en el Jesús, y tiene entrada en el castillo y amistad con el alcaide,) que prontamente por la mañana fuese á verse con el Sr. Colona [que así se llamaba el soto-párroco] y en su nombre le consolase y ofreciese todo lo que hubiese menester. Al amanecer ya estaba el coadjutor Ignacio en el castillo, y ya no encontró al soto-párroco, que con los otros había partido para Civitavecchia dos ó tres horas ántes de amanecer. Pero allá en Córcega, si parten muy presto para esta isla, le irá á buscar una buena limosna no menos que de treinta doblones.» Y termina diciendo: «Asombra á todos no tanto el gran corazón de este P. Pignatelli,..... cuanto la posibilidad en las presentes malísimas cir-

¹ Nació en Ataun, Guipúzcoa, en 14 de Marzo de 1748; entró en la Compañía en 18 de Enero de 1768; hizo la incorporación en 1.º de Enero de 1815, y murió en Loyola en 1824. En el catálogo de 1819, reimpresso en Madrid en 1888, se dice haber entrado el H. Dorronsoro en Loyola. Y como en Enero de 1768 los Padres españoles estaban ya en Córcega, es de creer que habría quedado en Loyola por vejez ó enfermedad alguno, que recibiría al Hermano. La entrada en tales circunstancias prueba un grande amor á la vocación.

cunstancias de seguir y contentar sus impulsos caritativos con tanta abundancia, grandeza y generosidad¹.»

Esta es una pequeña parte que ha llegado á nuestra noticia de las muchas limosnas del P. Pignatelli. Solo Dios sabe las que los hombres ignoramos, y él solo llevó exacto registro de todas para darle el ciento por uno en la gloria. Asegura el P. Luis Mozzi, que la suma de dinero que por sus manos pasó y se distribuyó entre familias vergonzantes y personas de cuenta, es un asombro; que no nos sabría decir á punto fijo las cantidades; pero que ni eran pequeñas ni poco frecuentes. Lo mismo atestiguan otros, de quienes á menudo se servía el P. José para socorrer en secreto las necesidades de muchos, que de una pingüe fortuna habían pasado, casi de repente, al colmo de la miseria.

Así como el Señor proveía de una manera milagrosa al P. José de medios abundantes para socorrer la miseria de los prójimos; así también con luz superior se las manifestaba para que las conociese, ó le descubría el remedio que debía aplicar. Á Tito Ceeconi le sucedió un caso de estos, que referiré con sus propias palabras: «Dos ó tres días,» dice, «después que fui arrestado en Loreto con el canónigo Polidori (después cardenal de la Santa Iglesia) recibí por el correo una carta del P. Monzon, en la cual se incluía una letra de cambio de cincuenta escudos de parte del P. Pignatelli, quien me decía: «Os servirán para vuestras necesidades.» Yo estaba cierto que á nadie había manifestado, ni dado señal alguna de esta mi necesidad. Por tanto estuve muy dudoso si exigiría el pago de la letra; pero el caso fue, que apenas la hube cobrado, aquel dinero del Siervo de Dios me sirvió al instante para pagar mi sustento en las cárceles de Macerata, y después el viaje desde esta ciudad á Milan, que tuve que hacer á expensas mías. Entonces conocí y me persuadí que el Siervo de Dios había tenido presentimiento de aquella mi tribulación; y tanto más, cuanto que esta fue la primera y la única vez, que,

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 45, pág. 900. — 24 Setiembre de 1811, en que fueron desterrados de Roma varios sacerdotes no jurados.

estando yo separado del Padre, recibí dinero para mis necesidades¹.»

Una mañana fue el Venerable á visitar á una persona conocida, y apenas la vio, le dijo: «¿Cómo estamos de disposicion para sufrir injurias, afrentas y desprecios? Hoy tendréis ocasion de sufrirlos, y bien graves;» y prosiguió animándola á llevar con paciencia todo lo que sobreviniese, y á pedir á Dios perdon por los que la ultrajasen. Hasta el anochecer no había ocurrido novedad; pero una hora después llegaron á aquella casa dos agentes ó ministros de un tribunal, que con sus groseros modales y descompuestas razones realizaron perfectamente la prediccion del Siervo de Dios.

El P. Juan Bautista Pianciani testifica que el P. Pignatelli entregó á su padre una considerable suma de dinero sin ningun recibo y sin dar á nadie noticia de aquella cantidad para que pudiesen reclamarla en lo sucesivo. He aquí sus palabras²: «El Siervo de Dios puso en manos de Alejandro, mi padre, en la actualidad difunto, una suma algun tanto considerable, para que hiciese de ella el uso que tuviese por bien, que ya la restituiría á sus hermanos, como hizo después de la muerte del Siervo de Dios: el cual no quiso recibo, ni dejó memoria de esta cantidad, que pudo serle de provecho á mi padre en una desgracia que le sobrevino, y fue quizás prevista por el Siervo de Dios.»

«Exhortaba á mis padres,» dice Benito Martínez³, «á no asustarse en las tribulaciones, sino á tener fe y confianza en Dios. Además le dijo cierto día á mi padre, que en su nombre exhortara á su esposa á que se preparase para tribulaciones todavía mayores, si á Dios pluguiere probarla con ellas, como en realidad sucedió: añadióle sin embargo que tuviese firme confianza en la divina asistencia y en la proteccion de la Virgen Santísima de los Dolores, dándole seguridad que después ha-

¹ *Process. Rom.*, fol. 782.

² *Ibid.*, fol. 1041.

³ *Ibid.*, fol. 1081.

bía de ser plenamente consolada. Y todo puntualmente se verificó.»

D. Paulino Fiorenzi Martorelli depone que el P. Pignatelli tuvo conocimiento de alguna cosa de su interior sin que él se la hubiese manifestado¹.

Llegóse cierto día á San Pantaleon para hablar con el P. José un sujeto, el cual, oyendo decir al portero que el Padre estaba fuera de casa, se desató en denuestos é injurias contra el Siervo de Dios, tachándole de hipócrita y embaucador. Cómo lo supo el P. Pignatelli y qué clase de venganza tomó, quiero referirlo con las mismas palabras del H. José Grassi, testigo de vista, que están en los procesos. «Volviendo á casa,» dice, «el Siervo de Dios, preguntóme segun costumbre, si había ido á alguien á buscarle. Respondile que fulano, y se lo nombré: dijele que había sentido mucho no encontrarle en casa; y él me obligó á que le refiriese todo lo que había dicho, cosa que hice á remolque y con mucha repugnancia; pero todo lo oyó con suma indiferencia y sin hacer ningun caso. Al mes, poco más ó menos, por cuanto me acuerdo, el Siervo de Dios tuvo noticia de que aquel hombre había recibido una herida mortal, y estaba en la cama en peligro próximo de muerte y muy necesitado de asistencia. Al punto salió para verle, á pesar de ser de noche, á lo que me parece: le consoló, le confortó en su desgracia, exhortóle á perdonar al ofensor, le dispuso á una buena muerte, le suministró los socorros necesarios, y le envió un Hermano coadjutor que le asistiera hasta la muerte. Por este Hermano supe yo que el moribundo no solo sacó provecho de las amonestaciones y consuelos del Siervo de Dios, mas tambien que á los jueces, ante quienes declaró, suplicóles que no procediesen contra el asesino, porque le había perdonado de todo corazon y esperaba que tambien el Señor le perdonaría á él sus propios pecados².»

De sí mismo refiere el caballero de Rossi, que habiéndosele

¹ *Process. Rom.*, fol. 698.

² *Summar.*, núm. 9, pág. 150.

elegido diputado para ir á París á rendir homenaje al Emperador, corrió á ver al P. Pignatelli y suplicarle que pidiera al Señor no tuviese efecto aquella comision, que estaba muy lejos de ser de su gusto. Prometió el buen Padre hacerlo; y entretanto le aconsejó que se presentara al general Miollis, que le había llamado, y le expusiera sus razones en contra del nombramiento. «Las cuales,» dijo, «no dudéis que se darán por buenas y quedaréis consolado.» Y así fue realmente con gran gozo de su alma.

Cuando las órdenes religiosas fueron abolidas y los Padres de San Pantaleon se vieron en peligro de ser dispersados, estaba un día el H. José Grassi melancólico y pensativo temiendo por su futura suerte, y el P. Pignatelli, que lo echó de ver, le consoló diciéndole que en breve tendría el gusto de ver restablecida universalmente la Compañía. «Con tales palabras,» dice él, «me consolé; y mucho más cuando me dijo que de cierto yo sería jesuita y moriría jesuita. Viendo después al Siervo de Dios muy decaído y en peligro de muerte, le dije: «Vuestra Reverencia ahora se va á la gloria, y nos deja á nosotros en estas miserias;» y él me respondió: «No tengáis cuidado, que veréis á la Compañía resucitar, y aquí en Roma más pronto de lo que os parece. Vos, sí, la veréis, yo no la veré.» Lo mismo, y casi en los mismos términos, anunció al H. Santiago Annoni.

Al canónigo Luis Piacentini le predijo que un hermano suyo no sería jamás llamado, como se temían, para alistarse en las milicias francesas.

El cardenal Carlos María Pedicini, gran devoto del Siervo de Dios, depone que en cierta ocasion visitando al Padre para pedirle consejo, él le dijo: «Monseñorito, no le pese de lo que ha hecho, dejando todos sus bienes en manos de la Providencia por no prestar juramento de fidelidad al gobierno [de Napoleon]: pues dentro de no mucho tiempo recobrará una parte de su haber, aunque no todo.» Y así sucedió el año 1815¹. Testifica

¹ *Process Rom.*, fol. 486.

tambien que siempre le hallaba jovial y de humor, aunque no parecía constar sino de piel y huesos, y casi no tenía fuerzas para sostenerse en pie¹. Hallóle un día junto al arco de Patani, delante de la iglesia de los santos Quirico y Julita, sumamente debilitado, y sentado (á lo que recordaba) en las gradas de una tienda, tomando huelgo. Dijole el Padre: «Aquellas buenas siervas de Dios de *Tor di Specchi* me llaman: hay que ir: aquí descanso un poco para proseguir mi camino².»

Por último añadiré para consuelo de los misioneros que trabajan en las Indias en la propagacion de la fe católica, que hablando un día el P. Pignatelli del brazo de San Francisco Javier, que se venera en el Jesús de Roma, dijo: «Tiempo llegará, en que ese brazo se dejará ver vigoroso y activo.» No se sabe á punto fijo lo que quería dar á entender con esto; mas no parece pueda referirse sino á la conversion de los pueblos y naciones numerosas, que fueron ilustrados con la predicacion y milagros del santo apóstol de Oriente.

Al don de profecía acompañaba el de consejo y la que los ascéticos llaman «discrecion de espíritus.» Penetraba hondamente la naturaleza de las personas y cosas: y para bien dirirlas y disponerlas ateniase al uso de aquellos medios que la experiencia demostraba después haber sido los más acomodados y á propósito para llegar á su objeto: en lo cual solía alcanzar tanto, que á menudo daba consejos y tomaba resoluciones á primera vista muy extrañas y opuestas á lo que á los menos advertidos parecía regular y conducente, pero que el tiempo se encargaba de hacer ver que eran las más acertadas y segun prudencia. Así es que cuantos se dejaban guiar por él, aseguran contestes que jamás dieron golpe en falso; y lo contrario precisamente sucedía á los que se desviaban de sus consejos.

Sobre las mismas enfermedades parecía haber recibido autoridad y poder. Habiendo sabido que algunos de nuestros Her-

¹ *Process Rom.*, fol. 485.

² *Ibid.*, fol. 481.

manos coadjutores se ponían á menudo enfermos á un mismo tiempo, dijo: «No quiero que enfermen sino uno tras otro:» y yendo á la enfermería, donde estaban dos con calentura, «No va bien esto,» les dijo, «no va bien: basta con uno;» y en el mismo momento la calentura de uno alojó, y él se puso bueno.

Con esta solicitud en aliviar males ajenos juntaba el Siervo de Dios una vida llena de padecimientos interiores. Así se lo declaró el mismo, sin advertirlo, al P. Mariano Postiglione, que fue después General de la tercera orden de San Francisco. Hablando este un día con el Venerable sobre ciertas aflicciones que le aquejaban, ocasionándole no poca pena, recibió de él primeramente señales de tierna compasion; y luégo le exhortó á sufrirlas con resignacion y paciencia, «porque es preciso,» añadió, «que echemos fuertes espaldas; y yo de mí sé decir, que hace muchos años que no piso otro camino que el de las aflicciones y cruces, en las que hallo todo mi consuelo.»

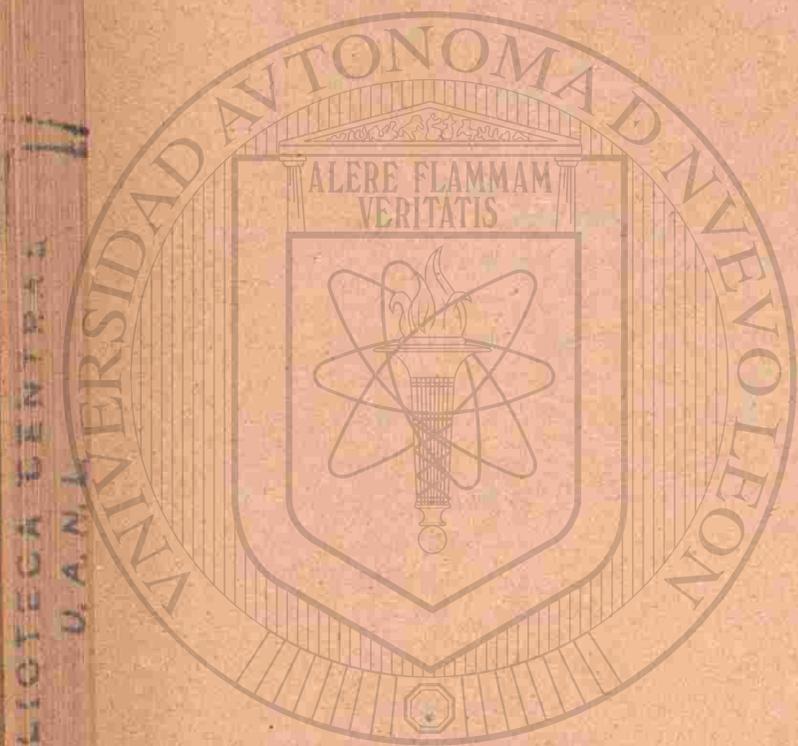
En medio de tantas penalidades le consolaba el Señor no solamente con abundancia de celestiales dulzuras, sino tambien con algunos sucesos de grande consolacion para su Siervo. Uno entre otros fue la inesperada libertad de un grande amigo suyo, bienhechor insigne de la Provincia Napolitana en la reposicion de la Compañía en aquel reino. Trae la relacion de este hecho el autor del Diario¹. El día 30 de Enero de 1811 escribía lo siguiente: «Al tiempo del restablecimiento de la Compañía de Jesús en la corte de Nápoles el año cuatro del siglo, y todo el tiempo de casi dos años que se conservó en ella, oímos hablar del marqués Vecchioni, ministro del rey D. Fernando, como que era el principal ó el único, que les había favorecido y ayudado².» En esta corte le encontró el rey José Buonaparte cuando entró en ella en Febrero del año seis. Bien presto después de su entrada en Nápoles fue arrestado este marqués Vecchioni, desterra-

¹ *Diario*, Tomo 45, pág. 79.

² Véase la carta del P. Carlos Budardi de 14 de Agosto de 1804, en el libro quinto, capítulo primero, de esta historia.

do de todo el reino, y llevado al Piamonte ó á Francia, y encerrado en alguna fortaleza..... En ella ha estado todo este tiempo, y nadie sabía de él; y ayer impensadamente fue él mismo á buscar al P. Provincial Pignatelli en su escondida casa del *Buon Consiglio*. El Provincial estaba en cama algo indispuerto; pero al oír el nombre de Vecchioni, le dio entrada, y estuvieron en conversacion retirada largo tiempo.»

«Al instante se esparció la cosa entre los jesuitas españoles é italianos, y especialmente entre los que han estado en Nápoles: y se hacían grandes misterios, y se figuraban sucesos muy importantes por la vuelta de este ministro Vecchioni á Nápoles, y por su larga conversacion con nuestro Provincial Pignatelli..... El rey Joaquín Murat ha levantado el destierro á varios obispos, al príncipe Pignatelli, sobrino del P. Provincial, y á otros varios que fueron desterrados por el rey José. Ha hecho, pues, lo mismo con este marqués Vecchioni á vuelta de cuatro años de destierro y de reclusion en un castillo.»



CAPÍTULO VIII

Presiente el P. Pignatelli su cercana muerte. — Prepárase para ella. — Molestia que le causa un comisario. — Postrera enfermedad. — Siente alguna mejoría. — Seguridad de su próxima muerte. — Sale a despedirse de sus amigos y bienhechores. — Recae y agrávasele la enfermedad. — Interés de toda la ciudad de Roma por el P. José. — Prohíbe al P. Panizzoni que se ofrezca a morir por él y le predice su larga vida. — Afectos y devoción del Siervo de Dios. — Recibe el Santo Viático. — Acométele el maligno espíritu. — Otorga testamento. — Nómbrase el sucesor. — Extremaunción. — Santa muerte. — Aparécese a un Hermano en Bolonia y a otra persona de gran virtud. — Funerales.

1810 — 1811

El continuo trabajo del Siervo de Dios más de lo que permitían sus débiles fuerzas durante todo el año 1810 y en 1811, hizo prever que su naturaleza estaba próxima a sucumbir a tanta fatiga. Y este era común sentir no solamente de cuantos le trataban, sino mucho más del mismo Padre. Desde mediados de 1810 sentía arder en su alma vivos deseos de unirse estrechamente con su Dios; dirigiale súplicas fervorosas para que llegase ya el momento de romperse los lazos que tenían como en prisiones su espíritu; y rezaba todas las noches las preces que designa la Iglesia para asistir a los moribundos y la recomendación del alma. Una vez que el P. Mozzi le sorprendió en aquel

ejercicio, no supo disimular, y le dijo que lo hacía para irse preparando á la muerte.

Corrió por casa la noticia; y algunos de sus más íntimos se acercaron á él, y representándole el estado actual de la Compañía en Italia, que iba á quedar sin apoyo en tantos y tan terribles embates que amenazaban su ruina, y el bien que en medio de las calamidades podría aún obrar en Roma para gloria de Dios, defensa de la Iglesia y consuelo y salvacion de muchas almas; le suplicaron que moderase sus deseos y fuese con mayor miramiento en cargar con tanto trabajo. Al principio el buen Padre, por el celo que le devoraba de la gloria de Dios y salvacion de sus prójimos y por el ternísimo amor que profesaba á la Compañía, se dejó convencer, y con las mismas palabras de San Martín obispo, decía: «Si es así, no rehusó vivir;» pero después, avivándosele el deseo con la dilacion, y reflexionando que los temores de sus súbditos no eran conformes con la confianza que debían colocar en solo Dios y no en sus industrias y fatigas, les dijo: «Vosotros creéis necesario que yo viva, y confiáis demasiado en mí, que para nada sirvo: pues bien, presto me quitará Dios la vida, y aprenderéis á confiar y apoyaros en él solo.»

Á este deseo de morir se juntaba otro, que era el de padecer mucho por Dios. Como si fuese poco lo que en el largo curso de su trabajosa vida había padecido de persecuciones, destierros, peligrosos viajes de mar y tierra, estrecheces y privaciones, asperezas y maceraciones corporales, y los continuos dolores de sus habituales dolencias; se sabe de positivo que en sus últimos años pidió como especial merced á Dios que agravara su bendita mano, acrecentándole el padecer, para conformarse con más perfeccion al divino ejemplar Cristo Jesús.

Desde aquellos días de luto universal para Roma sus enfermedades fueron siempre de mal en peor; y muchas veces faltábale las fuerzas para tenerse en pie, hasta rendirse y caer como muerto en el suelo ó en la cama sin poder evitarlo. Remedios para disminuir la violencia de sus males no los empleó jamás, fuera de una paciencia invicta y una voluntad constante de pa-

decer. Disimulaba todo lo que podía, demostrando por defuera tranquilidad de corazon y placidez de semblante, sin admitir cosa alguna que pudiese mitigar sus dolores, ni por causa de ellos acertó jamás sus prolijas meditaciones y rígidos ayunos, ni las demás austeridades con que sin cesar maceraba su cuerpo. Mucho menos se sirvió de sus males para aljorar un punto en la aplicacion con que despachaba los negocios de su cargo.

Grande era la compasion que le tenían sus súbditos al verle padecer tanto; y se la demostraban con expresiones llenas de amargura, para colmo de la del Siervo de Dios, que nada sentía tanto, como el que los demás se tomasen pena por él. «Me compadecéis demasiado:» les decía, «no tenéis por qué apenaros por mí: pues lo que yo padezco, es bien poco.» Y no decía sino la pura verdad: porque sus dolores no eran tantos que igualasen la ardiente sed, que le devoraba, de siempre padecer más.

Mientras pudo tenerse en pie, nunca dejó de asistir á todas las distribuciones ú observancias domésticas, yendo con los demás al refectorio, y tomando el escaso alimento que llevaba su estómago, pero nunca diferente del de los demás: y aun cuando tenía que guardar cama, nunca lograban de él que tomase algun manjar más delicado, á no ser que mediara el mandato de su confesor el P. Monzon. Entonces se sometía á la obediencia, pero se dejaba ver en su rostro la pesadumbre que recibía de aquella singularidad; y muchas veces se le oyó decir, que sus males no eran tan extremos, que hubiese que regalarle; y que como Superior estaba obligado á dar buen ejemplo á sus súbditos. Fue un día uno de ellos á pedirle cierta exencion de un acto de comunidad en ocasion de estar el Padre enfermo y en cama; y tapándose este el rostro con las manos al oír la demanda, dijo: «¿Cómo puedo yo negar eso, cuando conmigo se hace uso de tantas singularidades y distinciones?»

Era tal la debilidad de su cuerpo, tan notable la postracion de sus fuerzas, y tan insufrible la crueldad de sus dolores, que fueron muchos de opinion que el Siervo de Dios ya largo tiempo vivía de puro milagro, sin el cual su naturaleza no habría podido

resistir tanto. Y en realidad en el verano de 1811 estaba el buen Padre tal, que parecía un esqueleto; enjuto, descarnado, sin vigor y sin fuerzas, y con un dolor particular en cada uno de sus miembros; y á pesar de todo se le veía emprender nuevos trabajos, capaces de rendir á un hombre robusto y sano. Así fue que muchos llegaron á creer que Dios se dignaba conservar-le la vida hasta que recibiese el consuelo, que para él hubiera sido inefable y soberano, de ver restablecida, como se esperaba, la Compañía universalmente.

Á mediados de Julio de este año de 1811 tuvo el Siervo de Dios ocasión de ejercitar un buen acto de humildad y de paciencia, que refiere el P. Luengo con estas palabras: «Sin tomarle la filiación, han hecho un insulto no pequeño á la persona, respetabilísima por muchos títulos, de D. José Pignatelli, Provincial de los jesuitas de Nápoles, que está en su casita del *Buon Consiglio*. En ella tuvo citación formal, habrá cinco ó seis días, para que se presentase en el despacho, oficio ó *bureau* de un comisario en la plaza Navona: y según veo, el asunto es diferente de aquel otro relojero, comisarillo de las filiaciones. ¡Qué indecencia y villanía por muchos lados y respetos! pero se funda en uno de los grandes principios de la impía filosofía, para llegar á extinguir la religión católica, porque á su juicio, empobreciendo, envileciendo, pisando y ultrajando al clero, el pueblo ignorante y rústico dejará de seguirle: y ve ahí acabada la religión.»

«El P. Provincial fue al instante allá, aunque con mucha fatiga, porque su casa dista de la plaza Navona poco menos de media legua, y él está sumamente delicado. El presente asunto de la citación del comisario fue preguntarle si tenía en arriendo la casa en que vivía y otra inmediata á ella: y le respondió que tenía arrendada la primera por cien escudos ó pesos duros, y la segunda por cincuenta. — «Pues debe V. pagar de contribución por la primera diez reales, y por la segunda cinco: porque se ha mandado por el gobierno, que se pague medio por ciento del arriendo de las casas.»

«Pagó prontamente los quince reales que el comisario le pidió; y volviendo á hacer su viaje de media legua, se restituyó á su casa: y verisimilmente tendría que echarse un rato en la cama para descansar, como con menos motivo le he visto hacer algunas veces: y lo haría con mucha quietud y paciencia; pues la tiene,» añade con su acostumbrada candidez, «pues la tiene mayor que yo, que casi la pierdo del todo refiriendo sencillamente este su insolentísimo ultraje; y si no me reprimiera, saldrían por la pluma buenas cosas contra estos galopines.» Hasta aquí el P. Luengo¹.

Á principios de Octubre con una ligera tos empezó el Padre Pignatelli á arrojar sangre por la boca en cantidad notable; y juzgándolo los Padres un alivio de la cabeza, no se alarmaron por ello, y mucho menos el paciente, quien muy pronto se sintió aliviado y sin dolores: mas á los pocos días le sobrevino tal decaimiento de su persona, que trocó en amargura el gozo concebido por los Padres, y su esperanza en temor de próxima muerte. Renunciando desde luego á las medicinas, que el enfermo, á causa de otras indisposiciones, no podía tomar, determinaron suplirlas con oraciones á los Santos, que eran, á juicio del paciente, el único remedio de sus males.

Encargáronse súplicas y rogativas en varios templos: y reunidos los de San Pantaleon en la capilla doméstica, dieron principio á un devoto triduo al Beato Francisco de Jerónimo, pidiéndole interpusiera su valimiento con Dios para obtener la conservación de la preciosa vida de su tan amado Padre. Desde el primer día del triduo mejoró notablemente. Entraron con esto los Padres en esperanza de que el Señor les querría conservar la vida de su siervo; más pasados algunos días, volvió de nuevo la sangre en mayor copia.

Renovaron sus oraciones al glorioso Beato, y en esto los acompañaba toda la ciudad de Roma, especialmente los ex-jesuitas de todas naciones. «Era comun y vehemente á todos,» dice el Padre

¹ *Diario*, Tomo 43, Parte segunda. Día 23 de Julio de 1811.

Luengo¹, «la pena de ver que se iba acercando á la muerte; general y fervoroso en todos el hacer oracion, triduos y novenas á muchos Santos para alcanzar del Señor su vida y su salud; y aun me consta de dos, que se ofrecieron á morir en su lugar.» Y en una relacion² se escribe, que «en toda la ciudad, de todas las órdenes, muchas personas interponían con Dios la mediacion de muchos Santos con oraciones privadas y públicas, con ofertas y promesas por la vida de tan digna persona.» Viose el efecto de tantas plegarias, pues cesó en seguida la sangre, y el enfermo recobró regulares fuerzas.

Un mes ántes de su muerte, «me preguntó,» dice el H. José Grassi, «qué se decía de él en casa. Aunque con alguna repugnancia, yo, respondiendo con sencillez, le dije que los Padres decían que él era demasiado generoso, y que yo tambien era de la misma opinion. Añadió el Padre: «Á vos y á los demás ¿os ha faltado algo alguna vez?» Y yo le respondi que jamás nos había faltado nada. «Miserable que sois vos,» replicó, «venid acá» (y me hizo señal de que me acercase á un cajon de su escritorio,) «mirad:» y vi en él una cantidad notable de monedas de oro, que á lo que puedo calcular, llegarían á algunos millares de escudos: de suerte que yo quedé sorprendido³.» Hasta aquí el Hermano Grassi.

El 13 de Octubre escribió una cartita á la señora duquesa de Villahermosa, reconviniéndola porque apesar de verse privada de sus rentas y en una situacion bien penosa, le había enviado una cantidad. En la carta decía así: «Roma, 13 de Octubre de 1811. — Te agradezco por tu corazón los siete mil reales, que recibo con vergüenza, tentado á devolvértelos: pues ¿quién hubiera imaginado los apuros de la buena Villahermosa, mayores cien

¹ *Diario*, Tomo 45, pág. 1067.

² *Breve relacion ms.*, existente en el archivo de los señores duques de Villahermosa.

³ *Process. Rom.*, fol. 177.

⁴ Apuntes sobre la vida y acciones memorables..... de D.^a María Manuela, pág. 21.

veces que los de estos Padres, á quienes su divina Majestad á mano abierta socorre? Te pido sea la última.»

Pudo decir misa el día de Santa Teresa, y continuó celebrándola hasta el mismo en que se echó en cama para no levantarse más. Regocijábanse con esto sus amantes hijos, y le daban el parabien por haber logrado el favor que tanto deseaban. Tambien el P. Pignatelli aseguró que la gracia estaba concedida, mas en sentido contrario; porque ellos referíanse á la salud, y él á la muerte. Oigamos cómo explica el H. José Grassi lo que pasó. «Preguntéle yo,» dice, «porqué no instaba él tambien con el Beato Francisco de Jerónimo, mientras nosotros hacíamos un triduo para obtener su salud. El Siervo de Dios respondió: «Ya nos hemos entendido con el Beato: ya está concedida la gracia; todo está concluído.» — «Pero ¿cómo,» repliqué, «cómo está todo concluído?» Y el Siervo de Dios repitió las mismas palabras «Todo está concluído.» Cuando yo haya muerto, no te olvides de rezarme algun *De profundis*:» de lo cual entendí que moriría; como en efecto sucedió¹.»

Tiénese por cierto que el Beato Francisco le aseguró de su cercana muerte y le anunció el día y hora precisa de ella. En cuanto se halló mejorado, salió á hacer algunas visitas, entre las cuales menciona el citado H. Grassi las de los señores Martínez y conde Pianciani, y la de la señora marquesa Doria Fieschi, «y otras personas,» añade, «de consideracion.» Esto sucedía á fines de Octubre. Tambien visitó uno por uno á los amigos y bienhechores, y á varios personajes de cuenta de su mayor intimidad; y al despedirse, dijo á cada cuál que aquella sería la última visita; lo que dejó por escrito á todos los que no pudo ver y hablar personalmente.

Visitó entre otros á Monseñor Domingo Atanasio, hombre de vida ejemplar, que á la sazón era vice-gerente de Roma²; y después de hablar un buen rato con él de Dios y del cielo, el Padre

¹ *Process. Rom.*, fol. 185.

² Segun el P. Monzon era pro-vicegerente.

se postró á sus pies, y suplicóle encarecidamente, lo que otras veces no había hecho, que le diese su santa bendición. Turbóse el prelado al ver delante de sí en tan humilde postura á un hombre que veneraba como á santo; y tomándole de la mano, intentó levantarlo sin decidirse á complacerle; pero al fin, viendo su insistencia, con las lágrimas en los ojos le bendijo.

Pasó el Siervo de Dios gran parte del día en aquella ocupación, y algunos entendieron su significado; otros, que no atinaban el motivo de tales visitas, como los PP. Trinitarios, fueron al hospicio de San Pantaleón á preguntar con ansiedad si iba de viaje y adónde el P. Pignatelli.

Quedóse una mañana en casa, llamó al P. Agustín Monzon, que era ministro, y le ordenó que escribiese una nota de todo lo que había en cierto cuarto, le informó menudamente de cuanto pertenecía á la administración, y le entregó todos los papeles que á ella se referían. Hizo además un escrutinio de todo lo que tenía en su habitación: y poniendo aparte y en orden lo que debía conservarse, entregó muchos de sus escritos al H. Grassi para que los echara al fuego. Depone este Hermano, que esto lo solía hacer siempre que tenía que salir de algún sitio ó prepararse para largo viaje. Esta es la causa por qué nos vemos privados de muchos preciosos manuscritos, en que el Padre registraba día por día las cosas de su alma y las luces interiores y los conocimientos é ilustraciones sobrenaturales que recibía de su Dios. Visitó por fin uno tras otro á cada uno de sus súbditos en sus aposentos con mayores muestras de entrañable cariño que nunca.

En este tiempo se le manifestó alguna hinchazón en los pies y en el vientre: aquella desapareció algunos días después; el vientre no se le deshinchó más. Con tales indisposiciones, con el cansancio que sintió en hacer visitas, y con el desconcierto del estómago que recibía poco ó arrojaba lo que recibía, se redujo á tal debilidad y extenuación de la persona, que le fue preciso guardar cama. Faltábale por concluir cierto negocio, que á solo él tocaba ultimar, referente al Beato Francisco de Jerónimo, y

puso la mano en él el día ántes de echarse en la cama para no levantarse más de ella.

El 2 de Noviembre, conmemoración de los difuntos, á pesar de sus poquísimas fuerzas, celebró la santa misa; y la misma mañana salió de casa, y apoyándose, como pudo, en un bastoncillo, dio unas vueltas por las calles contiguas, y distribuyó abundante limosna entre los pobres, siendo aquel el último acto exterior del Venerable, que coronó su misericordia y caridad con los pobres y desvalidos¹. Al volver á casa, no pudiendo tenerse más en pie, tuvo que acostarse: y el mal, que hasta entonces había estado oculto, apareció de repente y con síntomas mortales y sin remedio. La calentura que se le excitó, la debilidad de cabeza que se le advertía, y la que experimentaba en todo el cuerpo, hicieron perder toda esperanza humana.

Deseosos aún sus hijos de alargarle la vida, renovaron con más fervor que nunca sus oraciones. Se dispuso otro triduo en la iglesia del Buen Consejo, y dos de los sacerdotes por dos veces hicieron á pie la visita de las siete iglesias, mientras que otros se remudaban en vela continua delante del Santísimo Sacramento. Hubo también quien ofreció su vida al Señor en cambio de la del P. Pignatelli; y en esto ocurrieron cosas tan extraordinarias é hizo tales predicciones el Siervo de Dios, que no puedo dejar de referirlas extensamente y con sus más menudas circunstancias, como se leen en los procesos, y «varias veces,» dice el P. Boero, «me las ha confirmado á mí de palabra el H. José Grassi.»

Yacía por entonces enfermo en la cama y en el mismo hospicio de San Pantaleón el P. Luis Panizzoni, anciano de una sencillez é inocencia admirables. «Sucedió,» dice el cardenal Carlos María Pedicini², «que adelantando para los dos el peligro de muerte, el P. Panizzoni, más con el corazón que con la lengua, hacia al Señor esta súplica: «Señor, yo soy un sarmiento

¹ *Process. Rom.*, fol. 291.

² *Ibid.*, fol. 491.

inútil, y solo para ser echado al fuego: por el contrario, el Padre Pignatelli puede ser muy útil para el restablecimiento de la Compañía, y por lo mismo contribuir más á vuestra mayor gloria: por tanto llevadme á mi, y dejadle á él con vida para los dichos fines.» Poco después el Siervo de Dios, aunque muy agravado, pidió que se le condujese al aposento del P. Panizzoni: y se le condujo allá del mejor modo posible en brazos de los Hermanos de la casa.»

«A la vista impensada del P. Pignatelli que yacía en aquel estado, quedó el P. Panizzoni tan atónito, que, como aseguró el mismo, le parecía imposible sobrevivir á aquel imprevisto asalto. Entrado en el aposento, y aproximado lo más que se pudo al lecho del P. Panizzoni, quiso el Siervo de Dios estar á solas con él, y empezó á hablarle en estos términos: «¿Qué significan esas súplicas, que estáis haciendo al Señor? No es esa la manera de rogar. Y ¿quién sois vos, que, cuanto está de vuestra parte, queréis oponeros á la divina voluntad? ¿Cómo sabéis quién puede ser útil ó no al restablecimiento de la Compañía?»

«Hay que notar aquí,» continúa el Emmo. Pedicini, «que el citado P. Panizzoni con nadie había hablado de su deseo y de la súplica hecha para alcanzar de Dios la conservacion de la vida de su siervo: que solo de su corazón había salido, sin que nadie pudiera haberle oído; y que los Padres Panizzoni y Pignatelli tenían sus aposentos el uno en el piso superior y el otro en el inferior de la casa. El suceso, pues, en todas sus partes me edificó.» Hasta aquí el dicho cardenal¹.

Apenas circuló por Roma la noticia de que el P. Pignatelli estaba gravemente enfermo, muchos de los más ilustres personajes pasaron al hospicio de San Pantaleon á verle y hablarle por última vez, y no dejaron después pasar día sin enviar recado para saber de su salud. Los ocho últimos días de su vida² concedió

¹ Así lo había oído referir á los Padres después de la muerte del P. Pignatelli. Lo mismo deponen el cardenal Carlos Odescalchi, *ibid.*, fol. 318.

² En la breve relacion citada se dice que el Venerable murió el día

Monseñor vice-gerente la gracia de que muy temprano se celebrase la santa misa en el oratorio contiguo, oyéndola el enfermo por la ventanilla abierta, y recibiendo en ella la santa comunión.

Pasaba lo restante del día en conversacion espiritual con los Padres que le asistían, y en tiernos coloquios á solas con su Dios; y á menudo hablaba de la gloria y felicidad de la vida venidera con tanto gusto y tal uncion de espíritu, que no parecía sino que ya estaba en su posesion. Un religioso que fue á visitarle, quedó tan embelesado de sus palabras, que por muchos años no las pudo olvidar ni se le borró aquella impresion; y depone por escrito que le habló de la vision beatifica con tal viveza, que le parecía estar no con un hombre de este mundo, sino con un bienaventurado de la gloria.

Yacía el santo varon con los ojos fijados en un crucifijo que tenía sobre el pecho, y con el rosario en la mano, que rezaba varias veces al día. Deseaba mucho que le dejasen solo para pasar más estrechamente unido con su Dios todos los momentos del breve tiempo que le quedaba; y allí eran los desahogos de su corazón en actos intensísimos de caridad y suavísimas jaculatorias y aspiraciones.

Repetía con gran devocion las siguientes, que fueron sus predilectas toda su vida: *¡Oh Sancta Trinitas! ¡Oh Beata Trinitas! Sanctus, Sanctus, Sanctus, Dominus Deus exercituum:* luego, levantando los ojos al cielo, decía: *Quando veniam, et apparebo ante faciem Domini? Cupio dissolvi et esse cum Christo:* y bajando los ojos, y dirigiéndolos á una devota imagen de la Virgen, añadía con blando afecto: *Maria, mater gratiæ, mater misericordiæ, tu me ab hoste protege, et hora mortis suscipe.* No se le oyó quejarse una vez siquiera de los acerbos dolores que padecía, sufriendolos con invicta paciencia, imperturbable tranquilidad y rostro sereno.

No dejó sin embargo de acometerle el enemigo comun, per-

octavo de su decúbito: segun esto se echó en cama, para no levantarse de ella, el 7 de Noviembre.

mitiéndolo así el Señor para mayor merecimiento y exaltacion de su siervo. Oyósele una noche levantar de repente la voz y quejarse con amargura, cosa que no había hecho en toda la enfermedad. Acudieron al punto el P. Monzon y el H. Annoni; mas encontrando la puerta cerrada con cerrojo por dentro, llamaron á toda prisa al H. José Grassi, quien con un recio golpe abrió, y «Hallé,» dice¹, «oscura la cámara, aunque cosa de una hora ántes había yo dejado encendida la luz: al reflejo de la lámpara que había en el corredor, pude luégo ver al Siervo de Dios, el cual, desnudo del todo, yacía en el suelo entre la mesa y el reclinatorio; todo aterido del frío, llorando, y extendiendo los brazos en ademán de pedirme socorro. Entonces sin demora le cubrí, subile á la cama y le compuse en ella, y le pregunté cómo había sucedido aquello, y él me respondió que no lo sabía: yo añadí: «La puerta ¿la había tal vez cerrado V. Reverencia?» Y él me dijo que no. — «La camisa ¿quién se la ha quitado?» Respondió: «No lo sé.» — «Entonces, dije, no puede haber sido sino el demonio.» A lo que respondió: «Esto creo yo también.»

Otra vez se empezó á turbar y poner como triste; y preguntándole la causa, dijo que estaba todo el cuarto lleno de demonios; pero rezando algunas oraciones y rociando la habitacion con agua bendita, huyeron los monstruos infernales, y el Padre recobró la calma y no volvió á padecer semejante molestia.

«El aviso de recibir la comunión por viático no le produjo ningun trastorno: quieto y tranquilo como estaba siempre, la recibió muy de mañana á la hora de los demás días, y no quiso hacerlo de día con el aparato y acompañamiento de los de casa, segun costumbre, á fin de no aumentar con esto su angustia.» Esto escribe el P. Monzon²; y aunque no señala el día fijo en que el Venerable recibió el viático, parece suponer que fue el último de su vida, esto es, el 15 de Noviembre.

El mismo día 15 por la mañana le encontró el médico en

¹ *Process. Rom.*, fol. 293.

² *Vida*, Lib. III, Cap. XIV.

tan buen estado, que, salvo una ligera calentura, nada tenía de enfermo más que la debilidad. Con todo esto, el Padre, que sabía muy bien era aquel el último de sus días, con expresiones de fina gratitud y grande afecto dio gracias al médico por lo bien que le había cuidado, y le prometió rogar á Dios por él apenas llegase, como esperaba, á gozar de su vista.

Segun las leyes en aquella sazón vigentes, le era preciso hacer testamento, siquiera para conservar los muebles de su uso, que tenía en el aposento. Repugnaba al P. José hacer aquel acto, que decía mal con la perfeccion de su pobreza; y así ántes de cumplir con aquella formalidad civil, protestó ante el médico y testigos, que nada absolutamente poseía. De esta protestacion dio fe el facultativo con estas formales palabras: «Yo, el abajo firmado, puedo declarar, que, estando visitando al Reverendísimo P. D. José Pignatelli, gravemente enfermo, y habiéndole significado que su enfermedad estaba en una situacion deplorable, ha dicho él que tenía intencion de asegurar con pura verdad y conciencia, que no poseía cosa alguna en este mundo, pues no tenía bienes muebles, ni pensión ó entrada de ningun género; que todo lo que á sus manos llegaba para su propio sustento y el de los demás, le era dado de limosna; que sus libros y papeles los tiene prestados de sus amigos, y que por consiguiente no tiene cosa de que disponer. Todo esto aseguro rogado por él mismo, y me lo ha dicho en presencia de los infrascritos testigos. En fe de lo cual, etc. — Roma, hoy 15 de Noviembre de 1811. — FRANCISCO EGIDI, miembro de la facultad de medicina¹.»

Hecha esta declaracion, llamóse á un notario público, ante el cual otorgó el Siervo de Dios su testamento, que es del tenor siguiente²: «En nombre de Su Majestad el Emperador de los Franceses, rey de Italia, y Protector de la confederacion del Rin.

¹ Los testigos que firman son: Diego Val, José Doz, Agustin Monzon, Bartolomé Hernández, José Grassi, Santiago Annoni.

² Traducción de la copia remitida por el P. Juan Bautista Van Meurs.

= Testamento público = Del Rey. Señor D. José Pignatelli =
El año mil ochocientos once = El día El quince del mes de No-
viembre.»

«Ante mí, Antonio Conflenti, notario público en ejercicio,
domiciliado en Roma, con despacho propio en la Via Florida,
núm. 13, y en presencia de los infrascritos testigos hábiles á
tenor de la ley.»

«Personalmente existente el Señor D. José Pignatelli y Je-
suíta, domiciliado en Roma y habitante en la calle *dell Agnello*
en el *Rione Monti*, núm. 17, de mí conocido, el cual, sano de
mente, sentido, oído, habla y entendimiento, si bien enfermo
de cuerpo y postrado en cama, ha deliberado disponer de aque-
llas pequeñísimas cosas que se hallan en la cámara donde habita;
de las cuales por medio del presente acto ha dispuesto de la ma-
nera siguiente:»

«En primer lugar, encomiendo mi alma al Omnipotente
Dios que la ha eriado, á la Beatísima Virgen Maria y á todos los
Santos mis abogados, para que me impetren el perdon de mis
culpas, y sea hecha digna de la eterna gloria del Paraíso.»

«Mi cuerpo, hecho cadáver, quiero que sea sepultado en la
venerable Iglesia de la Virgen Santísima del Buen Consejo.»

«Hallándome con una pequeña cama, varios libros, un escri-
torio, un reloj y algo de vestuario, y no teniendo ni aquí en
Roma ni en alguna otra parte otra cosa de mi pertenencia, quie-
ro que de los pequeños objetos arriba escritos sea el heredero el
Reverendo Señor D. José Doz, el cual después de mi muerte
deberá venderlo todo y emplear el precio en sufragios por mi
alma, estando yo cierto que aceptará tal encargo, atendida la an-
tigua amistad y amor que siempre me ha demostrado.»

«Y este, yo testador, digo ser mi acto público de testamento,
el cual quiero que tenga valor por todas las razones más válidas.»

«Así pronunciado y dictado por el testador á mí, notario, en
presencia de los infrascritos testigos.»

«Después de lo cual el presente testamento ha sido por mí
leído íntegramente en presencia de los mismos testigos, decla-

rando el testador haberlo comprendido perfectamente y estar
en lo mismo.»

«Hecho en la habitacion del susodicho testador, como está
dicho: presente el Sr. José Grassi y jesuíta, domiciliado en la
calle *dell Agnello* en el *Rione monti* núm. 17; el Reverendo
Sr. D. Javier Oderigo y jesuíta, domiciliado en dicho lugar; Flo-
rencio Grassi y jesuíta, domiciliado en dicho lugar; y Santiago
Annoni y jesuíta, domiciliado *ut supra*: testigos para este acto
requeridos, los cuales de propio puño han firmado juntamente
conmigo notario, habiendo declarado el susodicho testador, que,
atendida su debilidad ocasionada por su grave dolencia, no podía
escribir¹.»

«En la misma tarde en que murió,» dice el H. José Grassi²,
«estando en pleno uso de sus facultades, mientras se otorgaba el
testamento, que en aquellos tiempos era necesario para asegurar
los muebles y demás que tenía en su aposento, él, todas las veces
que durante aquella formalidad me acerqué á su cama, me repi-
tió: «Diles que se den prisa; que no tenemos tiempo que perder.»
Y efectivamente, terminado el testamento, dadas las gracias al no-
tario Palombi, al cabo de un cuarto de hora, poco más ó menos,
expiró.» Esto deponía el H. Grassi en 1836. Que el Padre tardó
algo más de un cuarto de hora á espirar se deduce de lo que va-
mos á decir, sacado de los que escribieron á raíz del suceso.

Aquella misma tarde, segun la facultad que le habia dado el
P. General, nombró Provincial al P. Panizzoni: y no teniendo
ya qué hacer en beneficio de los suyos, pidió con instancia que
se le administrase la santa unción. Recibióla en todo su sano
juicio y acompañando con la boca y corazon al sacerdote; y luégo
dio gracias á los Padres que estaban presentes, y con intensísimo

¹ Siguen las firmas de los cuatro testigos y la del notario, y á con-
tinuación esta nota: «Registrada en Roma el cinco de febrero l. 8 *in*
cos 4^o SS. RR. 14. = Recibidos tres francos = TRINUCCI. = Por copia
conforme = ANTONIO CONFLENTI, Notario. = Reconocida en el tribu-
nal de primera instancia establecido en Roma, 7 febr. 1812.

² *Process. Rom.*, fol. 185.

afecto se despidió de todos ellos; y como viese que el P. José Doz, su íntimo amigo, se quedaba aún en la habitación, le dijo: «Marchaos vos también, y dejadme á solas con mi Dios.» Apenas pasó media hora de coloquio con él en suma quietud y recogimiento, cuando algunos se pusieron á escuchar á la puerta, y creyendo que empezaba á agonizar, entraron y leyéronle la recomendación del alma: al concluirla, el P. José Pignatelli, teniendo en la mano un crucifijo y otro tendido sobre el pecho, «como una pavesa, que mansamente se apaga,» dice el P. Luenigo, «expiró sin un momento de penosa agonía.»

Fue su preciosa muerte á 15 de Noviembre de 1811, á las seis y media de la tarde: tenía 74 años de edad y 58 de religión. Habiendo sido de complexión débil y delicada, que tanto alteraron también las enfermedades y fatigas, puede muy bien decirse que vivió mucho tiempo de milagro; y nada tiene de improbable la opinión de los que piensan haberle sostenido Dios por tantos años, á fin de cumplir los designios de su providencia en el restablecimiento de la Compañía.

Fue de estatura alta, de aspecto grave y majestuoso, de trato tan fino y afable, que presto se conciliaba la benevolencia de todos. El cardenal Luis Polidori decía, que cuantas veces se presentaba delante del P. Pignatelli, sentíase poseído de tal respeto, que no se atrevía á mirarle al rostro; pero al oírle las primeras palabras, dilatábasele en gran manera el corazón. Lo mismo acontecía á todos los que trataron familiarmente con el Siervo de Dios. A más de la mascarilla que se sacó en yeso del cadáver, hicieronse varios retratos del Padre después de su muerte, en lienzo unos y en cobre otros. El que se tiene por mejor, es el que pintó Maria Paticchi, penitente y devota del Padre.

Al espirar en Roma, se apareció en Bolonia al H. Domingo Cademarchi, coadjutor, que había sido novicio suyo y muy amado por sus virtudes. El mismo Hermano refiere el hecho con estas palabras¹: «La noche del mismo día [en que murió el Pa-

¹ *Process. Rom.*, fol. 667.

dre], como á una hora de la noche¹, en Bolonia se dio principio á la novena de la Santísima Virgen por los Padres que allí moraban; y poco después de haberla yo comenzado en comun con los demás, estando todo recogido y animado de un fervor más vivo de lo acostumbrado, parecióme ver claramente al Siervo de Dios, todo bello, que resplandecía con su rostro más afable aún de lo que solía, y se me acercaba en ademán de darme un abrazo; y muy risueño [*tutto ridente*] subióse al cielo: yo quedé todo consolado².»

También otra persona de gran virtud, arrebatada en éxtasis, vio abierto el cielo ante sus ojos, y en él á un Padre de la Compañía sentado en majestuoso trono de gloria, circuido de rayos de vivísima luz, con la sotana tachonada de estrellas, y con una preciosa cruz pendiente del cuello: una voz interior le dijo ser aquel el P. Pignatelli.

Mientras estuvo expuesto el cadáver, fue creciendo el concurso de personas de diferentes órdenes que iban á besarle manos y pies, y á cortarle cabellos, partecicas de la sotana, ó lo que les era posible, para reliquia. Uno de los que el día 17, después de las exequias le besaron la mano, asegura que esta se conservaba flexible y blanda. «Yo,» dice D. Ángel de Angelis, «después de cantada la misa, me acerqué al féretro, le tomé la mano, y se la besé muchas veces, y advertí que estaba sensiblemente flexible³.»

Finalmente cerrado en una arca, vestido con ornamentos sacerdotales, se le enterró en la iglesita del Buen Consejo, y allí permaneció hasta que el P. Luis Fortis lo mandó trasladar á la iglesia del Jesús, donde están sepultados los Padres Generales, como diremos en su lugar.

¹ Esto es, una hora después que hubo anochecido, que á mediados de Noviembre sería hacia las seis y media.

² En el proceso de Parma, fol. 163, dice Santiago Serassi: «Apenas muerto el Padre, oí decir que un periódico contaba cómo un amigo suyo en Bolonia vio subir su alma al cielo.»

³ *Process. Rom.*, fol. 1167.

El día 17 de este mes de Noviembre escribía el P. Luengo¹: «Esta mañana se le ha hecho [al P. Pignatelli] el oficio con toda la posible decencia y con gran concurso de jesuitas y de otras gentes en la iglesia de su casita del *Buon Consiglio*; y después inmediatamente y de cuerpo presente le hicieron otro oficio con solemnidad los cofrades de aquella cofradía de Nuestra Señora del *Buon Consiglio*. Y aunque algunos pensaron, que se le llevaría para darle sepultura en la iglesia del Jesús, y no había en ello dificultad alguna, ha sido sepultado por su voluntad en la bóveda ó catacumba de aquella misma iglesia, en la que están ya enterrados tres ó cuatro de sus súbditos² y muchos años ha lo fue el santo P. Bernardo Recio, de la Provincia de Quito..... Á varios oigo mostrar mucha compasión de los de la casa del *Buon Consiglio* y de los demás que fueron jesuitas en Nápoles, como que habiéndoles faltado el P. Pignatelli, se hallarán en angustias y estrechez para poderse mantener. Pero ellos se muestran muy animosos en este particular y llenos de esperanza de que quien les mantuvo estando en este mundo miserable, mejor les mantendrá estando en el cielo.»

Y el H. Grassi dice en el proceso romano³: «Al entierro estuvieron presentes el H. José Grassi,..... Florencio Grassi, Santiago Annoni, Luis Cerebelli, José Pérez: y me parece que también asistieron el P. Monzon y el P. Doz, los cuales pusieron en la primera caja el tubo de la memoria [ó elogio].» Esto dice el H. José Grassi, el cual termina su atestacion en el proceso con las siguientes gravísimas expresiones: «El Siervo de Dios ha sido el brazo de que se sirvió el Altísimo para conservar la Compañía de Jesús, á gloria suya y para provecho de las almas, en medio de la más terrible guerra, que á la religion se hacía públicamente por sus más obstinados enemigos: demostrando el Siervo de

¹ *Diario*, Tomo 43, Parte segunda, pág. 1067.

² Diez fueron los jesuitas enterrados en aquella bóveda, unos ántes, otros después del P. Pignatelli. (*Process. Rom.*, fol. 298.)

³ *Process. Rom.*, fol. 298.

Dios tan grande magnanimidad de corazón en todo sentido, que no me es posible á mí explicarlo suficientemente¹.»

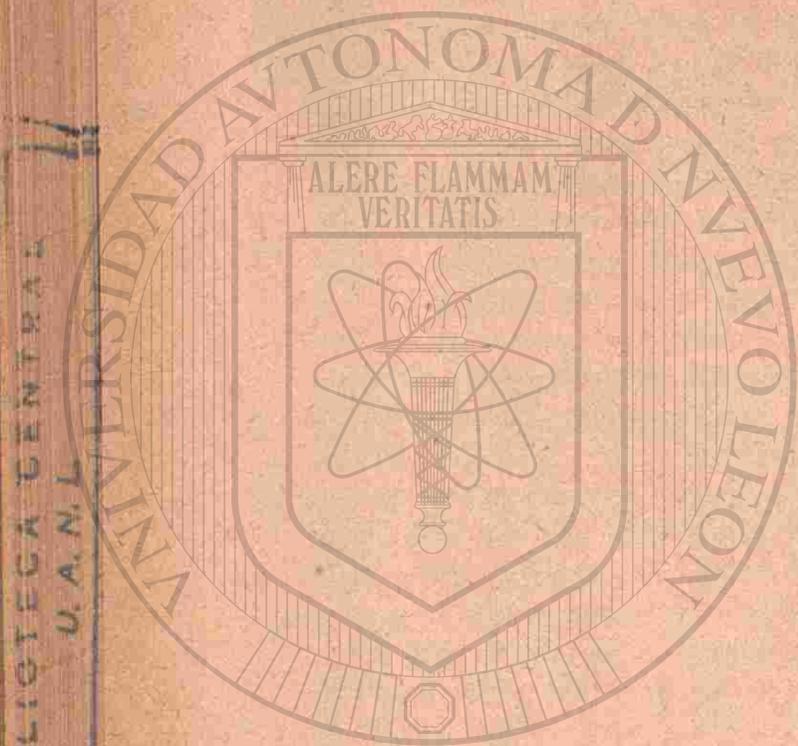
Á últimos de Diciembre de este año de 1811 escribía el autor del *Diario*²: «Han tenido [los jesuitas napolitanos], y todos nosotros con ellos, una irreparable pérdida por la muerte de su único Provincial, el grande español José Pignatelli, al que en punto de santidad le hacen muchos romanos tan grande, que nos cuentan gracias y favores singulares que han recibido por su intercesion y aun prodigios manifiestos..... Con el nuevo Provincial [P. Panizzoni] y con el antiguo ministro ó ecónomo de la casa del Buen Consejo, el jesuita aragonés Monzon, van todas las cosas en ella como ántes, y aun la limosna á la puerta; y en número como de veintiuno ó veintidós, entre portugueses, italianos y españoles, se mantienen con toda decencia, y esperan que no les faltará en adelante si el gobierno francés les deja vivir reunidos en su casita; y aunque la mitad de ellos son muy ancianos y la otra mitad son también viejos, trabajan muy bien en los hospitales, en el cuartel de los galeotes, en el confesonario en su iglesia y en las de muchas religiosas esparcidas por la ciudad.»

Subsistía el convictorio de Tivoli, con ocho ó nueve sujetos. Unidos estos á los del seminario de Orvieto, á los de la casa del Jesús y á los que estaban esparcidos por diversas ciudades de Italia, eran como unos sesenta individuos los que á la muerte del P. Pignatelli formaban la Provincia de Nápoles, desterrada en Roma³.

¹ *Process. Rom.*, fol. 312.

² P. LUENGO, *Diario*, Tomo 43, pág. 1230.

³ *Id.*, *ibid.*



CAPÍTULO IX

Admirables efectos causados por la muerte del P. José, parecidos á los que produjo la de San Ignacio. — Carta del P. Agustín Monzón á la sobrina del Padre, la señora duquesa de Villahermosa. — Carta del P. José Doz al señor duque. — Breve relacion de la última enfermedad y muerte, escrita al mismo. — Sentimientos de otras varias personas de la Compañía y de fuera de ella. — Algunos milagros.

1811 — 1812

Dos efectos muy especiales, y en algun modo contrarios, produjo la muerte del P. José en los suyos y en cuantos tenían intimidad con él: el primero fue un acerbo dolor; el segundo, un espiritual consuelo y firme esperanza en su proteccion. Oigamos á los que tuvieron experiencia de ellos.

Seis días después de la muerte del Siervo de Dios, el Padre Agustín Monzón escribía á la señora duquesa de Villahermosa la siguiente carta: «Roma, 21 de Noviembre de 1811. — Excelentísima señora. — La profunda y sensibilísima llaga que habrá abierto en su noble y ternísimo corazon la noticia de haber fallecido en el día quince del corriente el amabilísimo tío de Vuestra Excelencia, el P. José Pignatelli, nuestro amantísimo padre, nuestro insignísimo bienhechor, nuestro amparo, nuestro escudo, y el único apoyo de nuestra esperanza sobre la tierra en el estado y circunstancias en que nos hallamos, no hay otro bálsamo que la pueda aliviar sino el conocimiento y persuasion que nos da la fe, que la vida del hombre mortal está en manos

de Dios, y que su divina Majestad dispone de ella cuando y como le agrada, para su gloria, y siempre, segun dice San Crisóstomo, en el momento y estado que al hombre mismo es de mayor ventaja y utilidad.»

«Si vivimos,» dice el glorioso apóstol San Pablo, «vivimos para el Señor; si morimos, morimos para el Señor; y vivos y muertos, somos del Señor.» Lo que nos obliga á someter nuestra voluntad á la suya, á exaltar con humilde reverencia sus santas disposiciones, y adherir bien de corazón en el Corazón amable de Jesús. *Ita, Pater, quoniam sic fuit placitum ante te. Sicut Domino placuit, ita factum est: sit nomen Domini benedictum.*»

«Levantemos, Señora, los ojos de nuestra mente al cielo; y veremos al que lloramos en la tierra, sentado ya en trono de eterna gloria, anegado en el gaudío del Señor, gozando ya en compañía de los bienaventurados el inmenso y sumo premio, que él se ganó en vida con sus muchas, con sus admirables y heroicas virtudes. Él vivió siempre de santo, ha muerto de santo; santo lo aclaman todos después de muerto, y se piden sus cosas para memoria y reliquia de tal santo. Para nosotros, que tanto tiempo hemos vivido con él, ha sido siempre un objeto de admiración en su religioso proceder, en su observancia, en su humildad, en su paciencia, en su caridad, en su íntimo trato con Dios, en su devoción, en su celo, en su mortificación y abnegación, en el desprecio y despego de todas las cosas del mundo, y en todas las otras virtudes tanto teologales como morales, que el carácter muestran y son de la verdadera santidad: en su vida nos ha sido con sus santos ejemplos viva norma de toda virtud, y no dejará de sernos su memoria continuo estímulo para practicarla, sabiendo que no podemos ofrecer tributo del amor, del respeto, de la gratitud, que le debemos, ni más acepto, ni más conforme al santo empeño, que tuvo siempre viviendo, de promover en todos la perfección propia de nuestro estado.»

«Las lágrimas que han salido de nuestros ojos en su muerte, han sido lágrimas más de ternura y devoción, que de dolor y pena. Nos ha sucedido lo que sucedió á nuestros Padres en la

muerte de San Ignacio: que aunque mucho y mucho lo amáramos, aunque su presencia y vista nos era tan amable y deseable, aunque lo miráramos y teníamos como únicamente necesario para llevar adelante la obra que Dios le había encomendado, aunque perdiendo á él, hemos perdido un padre tan amable, tan tierno, tan benigno, tan solícito, toda nuestra consolación, nuestro amparo, todo nuestro bien en este mundo; con todo eso no sabemos llorar por dolor, ni entristecernos con desconfianza; señal clara de la interna segura persuasión que nos anima, que quien nos ha sido padre en la tierra, [nos será] protector en el cielo. Con tal confianza enderezamos á él nuestros votos, imploramos su mediación con Dios, y nos vemos obligados á confesar que experimentamos los efectos de su protección. Digamos, pues, lo que San Bernardo decía de San Víctor: El P. Joseph «estuvo entre nosotros en la tierra para nuestro ejemplo, fue llevado al cielo para nuestro patrocinio: ha sido hecho medianero para el reino el que fue estímulo para la virtud: en su seguridad se muestra solícito de nosotros.»

«Toda Roma se mostró empeñada por la salud del Padre, cuando se comenzó á temer de su muerte: de todos los órdenes de personas muchísimos con oraciones, con novenas, con triduos privados y públicos, suplicaban de continuo á Dios por su vida y salud; pero Dios nos hizo conocer claramente que lo quería para sí. Todo nuestro empeño después de su muerte es de perpetuar su memoria y que quede viva, especialmente la de sus virtudes y ejemplos. Se puso un elogio suyo, escrito en pergamino, cerrado en un cañon grueso de vidrio, dentro de la caja de su deposición, el cual elogio remito á V. E. en el papel adjunto¹. Se piensa extender un copioso compendio de su vida y virtudes. Se le ha formado la máscara, y se pintará el retrato. Entretanto en la pérdida tan sensible que nos ha tocado de un padre tan amable, queda á esta pequeña grey la dulce consolación de tener en

¹ Consérvase en el archivo de los señores duques de Villahermosa. Véase una copia de él en el Apéndice, núm. 1.

V. E. una madre tierna, amorosa y empeñada en su bien. Será siempre V. E. el objeto de nuestro amor, de nuestro respeto y de nuestra gratitud; y se continuará, como hasta ahora se ha hecho, en ofrecer al Señor oraciones y sacrificios por la vida, salud y felicidad de V. E. y de toda su familia.»

«Se ha recibido la cantidad que V. E. envió al P. José. El Sr. Salucci se ha portado, en lo que se le encomendaba, con todo empeño y exactitud. Quedamos todos al afecto y disposición de V. E., y con especial modo el que en nombre de todos escribe á V. E., á cuyas oraciones se encomienda, ofreciéndose con todo el respeto y veneración — Su muy humilde siervo de Vuestra Excelencia. — AGUSTIN MONZON.»

De los retratos que se sacaron del P. Pignatelli después de su muerte, testifica el H. Santiago Annoni lo que sigue: «El mejor retrato,» dice¹, «y el que más se le parece es una miniatura hecha en Roma poco después de su muerte por una penitente del Padre, llamada María Patocchi, que vivía en frente de Santa María la Mayor². Tuve ocasión de ir á casa de dicha señora en compañía del H. José Grassi en el momento mismo en que estaba terminando aquel trabajo; y á insinuación nuestra corrigió y retocó algo en aquella su pintura. De esta se sacó después el grabado en cobre, que debe de estar en poder del General de la Compañía. Otro grabado en cobre se sacó también de la mascarilla hecha al momento que hubo fallecido el Padre, y fue poco después enviado al duque de Villahermosa en España: pero no se le asemeja tanto.»

Algunos días después de la carta del P. Monzon, escribía el P. José Doz al señor duque, hijo de D.^a María Manuela, en estos términos: «Excmo. Sr. — Uno de mis primeros pensamientos, apenas pasado de esta vida el tío de V. E., fue de avisar á Vuestra Excelencia y á su señora madre su fallecimiento, constán-

¹ *Process. Parm.*, fol. 796.

² Poseo uno de estos retratos. Grabólo Ángel Testa. Lo debo á la caridad de la Emma. Sra. Duquesa de Villahermosa.

dome bien, no solo por las referencias que de V. E. ha tenido conmigo, sino también por las muchas cartas, que de uno y otro ha tenido, cuánto amaba tan dignos sobrinos; pero no pudiendo encontrar conducto para dirigir la carta á V. E. sin que le llegase improvisa, he creído mejor dejar que la señora madre le comunicase la triste nueva, quien con su virtud y ejemplo le sabría consolar en el mismo momento que le afligía. Para la señora madre, se encontró el conducto de su confianza y afirmación, y se la comunicó el mismo que ha escrito la adjunta relación; y es el autor del adjunto elogio, á quien en consecuencia de los deseos de V. E., que me comunica monseñor Bardaxí, he suplicado que á nombre mío extendiese una sucinta relación de lo sucedido en su muerte y enfermedad.»

«Dice bien V. E., que varias cosas que más le caracterizarían y harían ver su espíritu, no pueden fiarse al papel; y que otras no es tiempo de publicarlas. Esperemos que salga á la luz su vida que se piensa imprimir, en que las cosas sean más detalladas. Solo una cosa quiero añadir; y es, que nos ha sucedido á nosotros lo que sucedió á los Padres en tiempo de la muerte de nuestro santo P. Ignacio, que del sentimiento y suma aflicción en que se hallaban viendo la pérdida que hacían en el pasaje que hizo de esta vida el Santo, pasaron ellos á la paz, calma y sosiego y tranquilidad. Nuestras amargas lágrimas se convirtieron en dulces, no de dolor sino de ternura; nuestra aflicción por perder un padre, el único apoyo, que supiéramos, que el cielo nos daba en esta vida, en consolación, calma y tranquilidad de espíritu: gracia, que todos creemos que nos ha alcanzado del padre de las misericordias. Yo particularmente, que desde la edad de 13 años estreché con él tan inalterable amistad, que juntos hemos tenido el noviciado, juntos casi todos los estudios, juntos el magisterio, y juntos bajo de un techo todo el destierro, siempre lo tengo presente; pero su memoria no me es amarga, sino muy dulce; y á él me encomiendo, y espero en su mediación, que, habiéndome querido siempre junto, me obtenga su afecto por toda la eternidad en el cielo.»

«Remito á V. E. un tomito del P. Lessio, de que se servía para su ordinaria meditacion, y con él el elogio que se puso, en un fuerte tubo de vidrio bien cerrado, en la caja junto con el cadáver. Va tambien con el libro una estampa de que usaba en un libro de devocion, y un pedacito del pañuelo con que se limpiaba la sangre, que sacaba con las disciplinas de hierro, armadas de espuelas de caballo.»

«Con esta ocasion renuevo á V. E. el afecto y servidumbre, que siempre mi casa ha tenido á la de V. E. y condes de Fuentes, suplicándole me reconozca por su más apasionado servidor y Capellan Q. L. M. B. de V. E. — JOSEPH DOZ Y FUNES¹.»

La relacion de la última enfermedad y muerte del P. Pignatelli escrita por encargo del P. Doz, es del tenor siguiente: «Exemo. Señor: rendido y obediente á las órdenes de V. E., aunque se renueva en mi ánimo el grande y acerbo dolor, que probé en la muerte del amabilísimo tío de V. E., cordialísimo amigo mio, y de todos nosotros amantísimo padre, el P. Joseph Pignatelli: vengo á dar una sucinta informacion de la última

¹ La Excm. Sra. D.^a María del Carmen de Aragon Azlor é Idiáquez, actual duquesa de Villahermosa, en carta de 31 de Mayo de 1891 escribía: «Conservo la reliquia, para mí preciosa, de un pañito empapado en sangre, con un letrero que dice: «tela bagnada del Sangre del P. Jph. Pignatelli.» tiene un marquito de unas perlas chicas..... tiene un sello con lacre..... Tambien tengo el libro del P. Pignatelli: tiene su auténtica, escrita en latin firmada por el P. José Doz y Agustín Monzon, 1812. Despues de la auténtica, que tiene un sello, hay escrito en otra parte: «De este libro se servía ordinariamente para sus meditaciones y contemplacion el P. Josef Pignatelli.» Se envió desde Roma á Nancy de Francia al excelentísimo señor duque de Villahermosa, su sobrino, á primeros del mes de Enero de 1812..... Del crucifixo nada sé.» Ambas reliquias, el pañito y el libro, las trajo dicha señora duquesa el verano de 1891 á su villa Juin, situada en el pueblo de Azeoitia, provincia de Guipúzcoa, en donde las vi y tuve en mis manos.

De la disciplina consta por el proceso romano (fol. 487) que fue enviada (teñida aún de sangre coagulada) á su familia en España. Don Ángel de Angelis en el fol. 1168 del citado proceso, dice que el P. Doz despues de la muerte del Padre entregó al caballero de Rossi un cuadro de la Sagrada Familia, que tenia el Siervo de Dios en la cabecera de la cama.

enfermedad con que el Señor quiso privarnos de su dulcísima vista y amabilísima presencia.»

«Habiendo pasado casi todo el año con grandísimo trabajo, con dolores de cabeza y estómago violentísimos, con tanta debilidad de fuerzas que se hallaba en necesidad de pasar gran parte del día echado sobre la cama sin poderse ocupar en cosa ninguna, causándole dolor, pena y cansancio el solo oír hablar, especialmente si algo largo; su coraje y su virtud le daban vigor para decir todos los días la misa, tratar, cuando le convenia, algun negocio fuera de casa, y sufrir, sin dar señal de disgusto, las visitas de muchas personas que lo buscaban, quién por interés, quién por consejo, quién por gozar de su vista y conservacion. Todo esto, que para el espíritu era ocasion de mucho mérito al Padre, era al mismo tiempo de muy notable perjuicio al cuerpo.....»

Refiere luégo la postrera enfermedad y la santa muerte del Padre con menudas circunstancias, que omito aquí, por haber ya descrito aquel suceso aprovechando las noticias de esta breve relacion, cuyo final es como sigue: «En vida fue el P. Joseph Pignatelli tenido y venerado de todos los órdenes de personas por hombre santo: en su muerte le aclamaron todos por santo: apenas había espirado, se comenzó á pedir alguna cosa suya por memoria y reliquia de este hombre santo: antes que pedir por su alma, todos se encomiendan á él, é imploran su intercesion en el cielo; y hay personas, que, á su invocacion y con la aplicacion de alguna cosa suya, la han experimentado propicia en sus dolencias y males.»

«Nosotros,» continúa, «á quienes Dios privó con la muerte del único apoyo que en él teníamos, en las críticas circunstancias, en que estamos, vivimos en paz, bien persuadidos y seguros que el P. Joseph, que nos ha sido padre en la tierra, nos será siempre protector en el cielo. Se consuele en Dios V. E., que tiene en el cielo un tío santo y muy santo.»

«No digo más, porque en la vida que se piensa extender del Padre, se escribirá de sus obras y virtudes cuanto se pueda á

la larga¹. En su muerte se hizo el elogio que en el papel adjunto va escrito, y se cerró en la caja con su cadáver, dentro de un tubo de vidrio grueso y bien sellado.»

Era general en todos los Padres que vivían en San Pantaleon la paz y alegría causada en sus corazones por la muerte de su bendito padre, aunque al mismo tiempo tan sentida; y semejantes á los de los Padres de Roma fueron los sentimientos é impresiones de los que moraban en otras partes, reunidos ó dispersos por varios puntos de Italia. Uno de los de Orvieto, después de significar el vivo dolor que á sí y á sus compañeros había causado la muerte del P. José, proporcionado á la alta estimacion y tierno amor que mereció á todos, añade: «En medio del dolor hemos experimentado un sentimiento de dulce resignacion á la voluntad del Señor, que tan santamente lo ha dispuesto; y de suave complacencia por él; pues es así que, según mis noticias, hace á lo menos diez años que deseaba con ardor partirse del mundo y unirse á Cristo; y por último, de esperanza por nosotros y para nosotros, á quienes desde más ventajoso sitio auxiliará en los difíciles pasos que habrán de sobrevenir. Así es que me parece haber producido aquí esta muerte lo mismo que en otro lugar y tiempo la de San Ignacio nuestro Padre; y juzgo que ahí habrá sucedido otro tanto.»

Desde Milan escribía otro en estos términos: «Á los lamentos del P. Mozzi uno los míos por la muerte y pérdida de nuestro querido y adorado P. Pignatelli. Es este un daño verdaderamente irreparable, pero nuestro, y no del difunto, quien, terminados sus azares y trabajos, ha pasado á gozar de una gloria suma. Nos queda en la tierra la memoria inmortal de sus virtudes y ejemplos, y en el cielo tenemos un intercesor, con el que podemos contar siempre y para mucho; consuelo, á la verdad, más que mediano en tanta desolacion. ¡Bendita sea la providencia y voluntad de Dios!»

¹ Escribió la vida del Siervo de Dios el P. Agustin Monzon; pero no se imprimió hasta el año de 1833.

Otro desde Faenza decía: «Sensible en gran manera me ha sido la muerte del Padre; y lloro cuantas veces pienso en ella, que son muchas. Esperaba que el Señor le conservaría aún la vida para su mayor gloria y nuestro consuelo; mas él le ha querido para sí. ¡Sea bendita para siempre, oh Dios mío, vuestra santísima voluntad! Y tú, alma grande, siervo verdaderamente fiel, espejo de la más regular observancia, norma y dechado de Superiores, tesoro de las más heroicas virtudes, goza en paz del premio de tus fatigas. Tu gloriosa memoria quedará indeleble en mi obsequioso espíritu y en mi reconocido corazón. ¡Ah, si pudiera al menos, ántes de morir, hacer algo para gloria del Señor y digno de tí! Dios sea en mi auxilio por tu intercesion, que creo muy valedera, y que lleno de confianza en tu experimentada caridad, imploraré constantemente mientras viva.»

La señora duquesa de Villahermosa, sobrina del Siervo de Dios, contestando desde Madrid á los Padres de Roma, que la habian por carta avisado de la muerte de su tío, después de varias otras cosas dice así: «Por lo demás, gracias á la divina misericordia, á las oraciones de VV. RR. y á la intercesion de mi querido tío, he tenido en esta ocasion tal paz y serenidad en mi pena, que parece enteramente increíble: pues si tanto lloré años pasados, cuando supe que no venía á España, en la actualidad debian acabar conmigo las lágrimas. Conozco que he sido participante del beneficio y del consuelo que VV. RR. han tenido en su dolor y en la gran pérdida que les ha alcanzado.»

El marqués Mateo Ordoño de Rosales, escribiendo desde Milan al P. Luis Panizzoni, le dice: «La triste nueva que V. R. me ha participado del tránsito al eterno reposo del dignísimo P. Pignatelli, ha despertado en mi alma un doble sentimiento vivísimo de pena y de consolacion: de pena, por la pérdida que ha sufrido la religion, la Iglesia católica y sus respetables compañeros, nuevamente reunidos en Roma para conservar en todo lo posible el espíritu y el celo de la Compañía de Jesús: de consolacion, porque habiéndome honrado el Siervo de Dios aquí en la tierra con singular amistad y benevolencia, no dejaré de

seguir mirándome con favorable y eficaz protección ahora, que de seguro se encuentra en la mansión de los bienaventurados disfrutando del galardón merecido por sus señaladas virtudes. Bien seguro estoy de que estos mismos serán los sentimientos de todos los que conocieron al P. Pignatelli en Parma, donde era proverbial y notorio el concepto de su santidad.» Uno de los que allí le trataron, fue el mismo marqués, como en su lugar se dijo.

En qué concepto tuviese al Siervo de Dios el cardenal Luis Lambruschini, Secretario de Estado de Su Santidad, se colige de las graves expresiones con que habla de él en el proceso. «He admirado,» dice¹, «en el P. Pignatelli de un modo particular una tan viva confianza en Dios, que infundía aliento aun en medio de los más tristes presentimientos de un oscuro próximo porvenir. «No hay que temer de cosa alguna,» decía; «que Dios sacará su gloria de las presentes ó próximas calamidades.» Y en otro lugar añade²: «Siempre he observado el carácter de un verdadero heroísmo en todas las acciones del P. Pignatelli: ni eran en él cosas pasajeras; sino que siempre le vi constante, sea en la vivísima solicitud en socorrer á los pobres y á otros cualesquiera con sus consejos, sea en una cierta impasibilidad en medio de los obstáculos que se le atravesaban en el obrar el bien, sea finalmente en la inmutable uniformidad de su carácter siempre igual en todo cuanto hacía.» Hasta aquí el citado cardenal: en cuyas palabras se ve compendiado el carácter del Siervo de Dios y se da una clara idea de sus virtudes.

Añade nuevo lustre al cuadro que del Siervo de Dios nos presenta el Emmo. Lambruschini, la declaración hecha por el venerable sacerdote romano D. Lucas Riccelli, empleado en la secretaría de los Breves para los príncipes, el cual había visto al Padre y tratado con él muchas veces en casa del abate Gondar, á que solía concurrir, y de quien había oído hablar en ocasiones diferentes á los PP. Mozzi, Battier, Budardi, Santiago de la

¹ *Process. Rom.*, fol. 1141.

² *Ibid.*, fol. 1143.

Peña, Bolgeni y á monseñor Cernelli. Dice, pues, el Sr. Riccelli¹: «He reparado siempre en el desprecio de su persona y en su prudencia la más exquisita. Todas sus palabras eran ponderadas, examinadas y medidas. Al tratarse de cosas espirituales y del cielo, le veía algunas veces encendido el rostro.» Y si, conforme á la sentencia del apóstol Santiago, es perfecto varón el que no ofende con sus palabras, ¿qué perfección sería la del Siervo de Dios, que tan remirado andaba en proferirlas tales, que moviesen á devoción y edificasen á cuantos le oían?

Entre los testigos que deponen en el proceso formado en Roma, hay uno de no pequeña autoridad, que refiere la opinión de dos Padres acerca de las heroicas virtudes del P. Pignatelli, los cuales parecían dar á entender que no lo eran en tal grado, que hicieran al Padre digno del honor de los altares. El testigo es Luis Pancaldi, cuyas son las palabras siguientes²: «A dos Padres, cuyo nombre no es menester declarar, hablando del P. Pignatelli, oí decir, con alguna extrañeza de mi parte, que no les parecía ser en tal grado heroicas sus virtudes, que se debiesen considerar como de persona que debiera beatificarse.»

Estas palabras le causaron admiración; y no solo admiración, sino además una impresión opuesta al modo de sentir de aquellos Padres acerca de este particular. «En mi ánimo,» continúa, «causaron impresión contraria á sus dichos.» Y da la razón de este efecto contrario al que debían producirle aquellas expresiones, diciendo: «Así como el P. Pignatelli, ocupando el puesto de Superior, había hecho alguna sombra á estos Padres, en el tiempo mismo, en que uno de ellos era Superior también, pero de diferente orden [dentro de la misma Compañía] y de jurisdicción extraordinaria, y el otro Padre era su secretario; yo pensé, que el no haber tenido ellos al P. Provincial Pignatelli ni por amigo ni por enemigo en las cuestiones conocidas en la historia de los jesuitas desde 1806 hasta 1810 acerca de los li-

¹ *Process. Rom.*, fol. 1065.

² *Ibid.*, fol. 898.

mites de la autoridad entre este Padre aquí mencionado y el General residente en Rusia; yo pensé, digo, que el diverso modo de ver en las cosas humanas había sido causa que aquellas dos personas, por otra parte muy respetables, formaran un concepto muy diferente de la comun y universal opinion.»

Los dos Padres, de que habla el testigo Pancaldi, son evidentemente el P. Angiolini y su secretario el P. Rezzi. Qué palabras le oíría que le indujesen á creer que no tenían ellos por heroicas en alto grado las virtudes del P. Pignatelli, no lo dice. Lo que no se puede negar es lo que deponen el mismo Rezzi, que parece contradecir á esto que afirma Pancaldi, y es lo que sigue¹: «Jamás, que yo sepa ó recuerde, ha introducido el P. Angiolini, ahora difunto, conversacion sobre que á él no le pareciese que las virtudes de nuestro Siervo de Dios no fuesen tales, que no debieran considerarse como de hombre que mereciese ser beatificado.»

Á estos testimonios que acabamos de alegar, hay que añadir otros muy elocuentes de la santidad del Venerable Siervo de Dios. Sea el primero un prodigio, alcanzado por la invocacion de su nombre, que consta en el proceso formado en Roma.

Pocos días ántes de la muerte del P. Pignatelli, formósele al H. Santiago Annoni² un lobanillo ó lupia en la articulacion de la rodilla izquierda, el cual creciendo poco á poco hasta el tamaño de una manzana regular, le estorbaba mucho para andar y hacer otros movimientos. Apurados mil remedios, se decidió recurrir al tajo: y el P. Pignatelli, que estaba ya enfermo, le exhortó á someterse, asegurándole que desde el cielo le auxiliaría. Pasaron tres ó cuatro días después de la muerte del Padre, y se llamó al cirujano, el cual hizo felizmente su operacion arrancando entera y de cuajo la nata; y fajada y bien compuesta, segun el arte, la rodilla, se separó del enfermo.

¹ *Process. Rom.*, fol. 1193.

² El mismo Hermano refiere esta curacion milagrosa en el proceso romano, en el cual ocupa tres folios, (45-48.)

«Dos horas después,» dice en su deposicion el H. Grassi, «mientras estaba yo en la mesa, fui llamado por él á toda prisa; y acudiendo al punto, y preguntándole qué tenía, «presto,» me dijo, «llámeme al P. Monzon, que quiero confesarme, porque me siento morir.» Levanté entonces la sábana, y vi que la sangre derramada por la rodilla y que corría aún, había inundado la cama y calado los dos colchones, y que el enfermo tenía en el rostro todas las señales de muerte y estaba dando casi las boqueadas.»

«Corrí, sin hablar una palabra, en busca de un gorro usado por el Siervo de Dios, y seguro de que su promesa no podía faltar, volví velozmente al enfermo, y en el acto de aplicarle dicho gorro á la rodilla, «encomendaos,» le dije, «con confianza al Padre, que este es el momento de que cumpla su promesa.» Hecho esto llamé al P. Monzon, que fue al aposento del enfermo y le confesó; y yo, ansioso de ver si el gorro producía su resultado, le levanté la rodilla, y vi que esta no echaba ya sangre. Fue llamado el cirujano; y observó que la rodilla estaba cicatrizada; y sin que se volviese á ver sangre, el enfermo se puso bueno.»

Hasta aquí el H. Grassi; y es cierto, que cuantos se hallaron presentes al suceso, juzgaron concordemente que curacion tan súbita y restauracion tan pronta de fuerzas, que debían de estar sumamente estragadas por la gran pérdida de sangre, no podía atribuirse sino á milagro. Levantándose de la cama el enfermo, rindió las debidas gracias á Dios, y á pocos días hizo una deposicion jurídica en el tribunal de la vicaría¹, de la gracia obtenida por intercesion del P. Pignatelli. «El gorro de noche,» dice el H. José Grassi², «con que se obró el milagro de la curacion del H. Annoni, fue entregado á la religiosa dominicana, hija del difunto duque de Parma y hermana de la otra religiosa ursulina.»

¹ Estaba entonces en la plaza de Santa María *in Comitelli*, en frente de la iglesia. *Process. Rom.*, fol. 43.

² *Process. Rom.*, fol. 311.

La fama de este prodigio excitó en muchos la confianza de obtener de Dios por medio del P. Pignatelli la curación de graves dolencias. Entre estos hubo un sacerdote, cuyo nombre no encuentro registrado, el cual estaba á los últimos por una relajación de intestinos acompañada de la terrible enfermedad de vólculo. Por intercesión del Siervo de Dios las vísceras volvieron á su estado normal, el enfermo pudo tomar y retener alimento, y quedó enteramente sano.

Así un Hermano coadjutor de la Compañía, español, bastante anciano, que vivía en el Jesús, y llevaba años de padecer de retención de orina, aplicándose una prenda del Siervo de Dios y rezando algunas oraciones á la Santísima Trinidad, curó radicalmente y de pronto. Al propio tiempo un buen padre de familia, que estaba con hidropesía muy peligrosa, implorando la protección del difunto Padre, recobró también la salud contra toda humana esperanza. Hay además memoria de que el P. José Doz, fue librado instantáneamente de cierta enfermedad inveterada.

También se atribuyó á obra milagrosa del Siervo de Dios lo que ocurrió con sus hermanos de Bolonia, como testifica el H. Domingo Cademarchi. «Hemos experimentado,» dice¹, «después de su muerte el poder de su intercesión: pues no pudiéndonos ya asistir y socorrer con su presencia, lo ha hecho desde allá arriba: he aquí una prueba. Después de su muerte el Padre Superior Panizzoni nos remitió á Bolonia (en donde residía el H. Domingo Cademarchi) algunas sumas de dinero, diciéndonos en su carta que el P. Pignatelli se lo había dejado para nosotros; y añadía que de allí en adelante, por lo que tocaba á nuestra manutención, nos arreglásemos como pudiésemos, porque él no podía enviarnos recursos. De allí á poco publicó el Gobierno

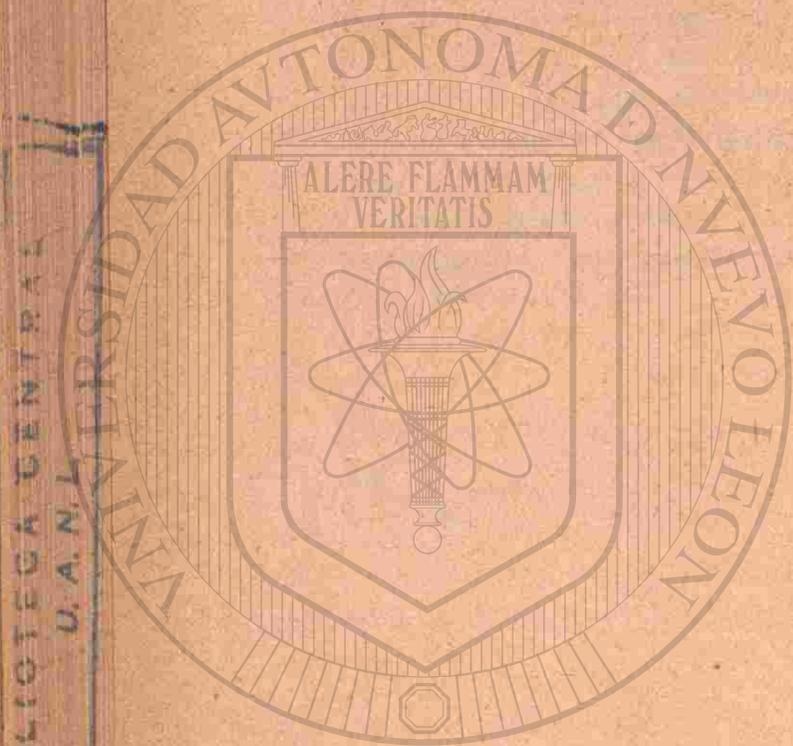
¹ El P. Luis Fornasari en el proceso de Roma (fol. 112), dice que por cartas del P. Monzon de 30 de Setiembre de 1811 y del P. Panizzoni de 16 de Diciembre del mismo año «ha tenido conocimiento de la fama de santidad [del Siervo de Dios] y del prodigio obrado en la curación de un sacerdote.»

² *Process. Rom.*, fol. 670.

francés un decreto, en que se ordenaba el pago de las pensiones, tanto atrasadas como corrientes, á todos los jesuitas españoles, sin exigir el juramento: lo cual fue causa que dichos Padres pudiesen continuar viviendo y proveyendo á sus necesidades, como anteriormente lo habían hecho con la asistencia y los socorros que el Siervo de Dios les suministraba.»

«También se me presentaron poco después de su muerte varias personas, algunas de las cuales yo jamás había conocido; y sin pedirles yo nada, me entregaban dinero y ropa: una de ellas me consignó cincuenta escudos, diciéndome que me sirviese de ellos para mí y para mis compañeros.» Hasta aquí el H. Cademarchi¹.

¹ Este Hermano, cuando en Junio de 1810 fueron desterrados de Roma los religiosos, evolió á Bolonia, su patria, con licencia del Padre Pignatelli, á donde logró retirarse, y pudo reunirse con los Padres españoles que allí estaban. El Siervo de Dios tomó cuidado de él.» *Process. Rom.*, fol. 622.



CAPÍTULO X

Preparativos para introducir la causa de beatificación del P. Pignatelli. — Sácanse retratos y escríbese la vida del difunto Padre. — Muerte del P. José Doz. — Carlos IV, rey de España, en Roma. — Su encuentro en el Jesús con los jesuitas españoles. — Vuelta de Pío VII á Roma. — Esperanzas del pronto restablecimiento de la Compañía en toda la Iglesia. — Cúmplase en el anciano P. Luis Panizzoni la profecía del P. Retz. — Los viajeros irlandeses y el Padre Santo. — Restablece Pío VII la Compañía de Jesús en todo el mundo.

1812 — 1814

La noticia de los prodigios que acabamos de referir, alentó á los Padres del Buen Consejo á escribir la vida del venerable Siervo de Dios mientras estaba fresca la memoria de sus gloriosos hechos, con el fin de introducir desde luégo la causa de su beatificación. Uno de los que más noticias pudo suministrar fue el H. José Grassi, que le acompañó desde Colorno hasta su muerte, y con quien trataba con intimidad el P. Pignatelli. Mándósele, pues, escribir cuanto recordara de los hechos y dichos del Padre, é igual orden se dio á los demás moradores del Buen Consejo; y en el proceso de Roma testifica el dicho Hermano que estos eseritos sirvieron al P. Agustín Monzon para escribir la primera vida.

De todo esto, y de otras cosas que no carecen de interés, da cuenta el P. Monzon en una carta á la sobrina del Siervo de

Dios, D.^a María Manuela, en que dice así: «Excma. Señora. = Después de haber pasado á mejor vida, recibimos aquí en Roma el aviso de los mercaderes de Leon de Francia, del cajoncito que V. E. enviaba á su gran tío, á su santo tío, á nuestro muy amado padre, el P. Joseph Pignatelli. Lloremos juntamente su pérdida; pero nos consuele al mismo tiempo la segura esperanza de su patrocinio en el cielo.»

«El cajon llegó á Roma el día 14 del corriente mes de Enero, y, por lo que parece, con todo lo que en él se puso de quina y de sal medicinal, y lo hemos en nuestro poder¹. ¿Diré, que quedará intacto á las órdenes de V. E. hasta nuevo aviso que nos llegue, significativo de su voluntad sobre el empleo de tales géneros? ó hablando más conformemente al noble ánimo de V. E., ¿le haré saber cómo ellos se emplearán en alivio de estos sus rendidos hijos y devotos siervos en las necesidades á que viven sujetos por su edad y por los achaques que padecen? Esta creo es la intencion de V. E.; y nosotros quedamos más obligados, á título de más agradecidos, de continuar nuestras oraciones y sacrificios por V. E. y por toda su familia.»

«En este hospicio de Roma quedamos catorce sacerdotes, (de los cuales yo soy el más jóven, y estoy ya para cumplir 62 años de edad; los demás pasan de 70 y de 80,) con cinco sirvientes jóvenes, y un viejo lego de 84 años: otros viven esparcidos en varias ciudades de Italia. Nuestra esperanza la tenemos apoyada á la proteccion de nuestro Padre, que está en el cielo, á donde lo vio subir en ciudad lejana una persona muy amante de Dios en la hora misma que espiró en Roma². Se van recogiendo noticias para perpetuar su memoria en la vida que se ha comenzado á escribir; y se notan algunas gracias que por su intercesion ha obrado Dios, con el designio, si así agradare á su divina Majestad, de introducir á su tiempo la causa. Se dio orden para sacar algunos retratos en pintura, de los cuales uno está destinado

¹ De este cajon se habla en la carta siguiente.

² Refiérese sin duda al H. Cademarchi residente en Bolonia.

para V. E. Quiera el Señor proporcionar medio oportuno, cuando esté hecho, de poderlo enviar con solicitud y seguridad.»

«Aquí todos quedamos á la obediencia y órdenes de V. E., de quien con todo respeto y veneracion nos protestamos siervos é hijos rendidos, y yo en nombre de todos, aunque el menor, me firmo declarándome en modo especial muy humilde y devoto siervo de V. E. = AGUSTIN MONZON. = Roma, 20 de Enero de 1812¹.»

Del cajon mencionado en la carta que acabamos de transcribir, y del escrúpulo que puso á los Padres del Buen Consejo el destino de lo que contenia, trata la carta siguiente, que se halla en el archivo de los señores duques de Villahermosa, y carece de nombre de autor. Dice así:

«Vienne en Delfinado, 18 Enero 1812 = Hazme el gusto de decir á la señora duquesa de Villahermosa que no ha llegado finalmente respuesta de lo que deseaba saber: que su tío habia recibido los reales que le mandó, en la época que citaba, en dos cambiales, una de las cuales firmó poco tiempo ántes de su fallecimiento; que tambien después han debido recibir sus hermanos la Caxita de Quina, porque habian tenido ya noticias no solamente de Génova, sino es tambien de Florencia, de avérsela expedido: á los citados ha entrado el escrúpulo de dudar si podrian hacer uso de dicho artículo, aviéndoles llegado después de la muerte del P. José: pero nosotros, interpretando la piadosísima voluntad de la señora duquesa, que seguramente no querria que los hermanos de su tío, que necesitasen de aquel auxilio, dejasen de servirse de él hasta consultarla; tanto más, aviendo dejado dicho el P. José que todo lo que se hallase pertenecerle quedaba á veneficio de ellos; les hemos escrito que depongan tal escrúpulo, y usen de aquel eficaz medicamento para desterrar las fiebres de que pueden allarse atormentados, pues que lo escribiríamos tambien á S. E.»

«Si esta señora creyese que nos emos excedido, dila que lo

¹ Archivo de los señores duques de Villahermosa.

atribuya á la franqueza Italiana, á que después de tantos años nos emos acostumbrado. Consígnala al propio tiempo el papelito adjunto, que es una relacion de la última enfermedad y muerte de su tío, la qual deseaba saberla el señor duque; y aviéndola embiado á este efecto, he echo sacar una copia para por tu medio dirigirla á dicha señora, á fin que pueda tenerla con más seguridad y anticipacion: hazla tambien ver al amigo D. Sebastian, pues tendrá gusto en ello: dile al propio tiempo que del asunto que le interesa, nada se sabe, ni se puede rastrear por parte alguna; que yo me confirmo en mi opinion de que ni se ha echo cosa alguna, ni se hace, por la firmeza de quien puede imaginarse, el que está bueno, bueno.» Hasta aquí la carta del personaje desconocido.

El mismo afán que los Padres del Buen Consejo manifestaban por perpetuar la memoria de su bondadoso padre, tuvieron por cooperar á ello los señores duques de Villahermosa, sobrinos del Siervo de Dios. Al efecto les suplicaron que desde luego procurasen hacer sacar retratos de su venerable tío lo más fieles que fuese posible; que además grabaran su imágen en mármol¹; y por fin que colocaran una lápida, con expresion del nombre y demás circunstancias de costumbre, en el lugar en que se habían colocado sus despojos mortales. Del modo cómo procuraron cumplir aquellos Padres las disposiciones y voluntad de sus bienhechores los señores duques, da cuenta el P. José Doz en la carta siguiente:

Dice así: «Excmo. Señor. — La desgraciada contingencia de hallarme yo fuera de Roma para asistir en la enfermedad y muerte de un amigo compañero español, ha sido la causa de no haber respondido ántes á las dos apreciables de V. E., que nos han llenado de gozo y edificacion, viendo en ellas el carácter de cristiana resignacion á las disposiciones de la divina Provi-

¹ Un precioso busto grabado en mármol conserva la actual señora duquesa de Villahermosa, del cual ha sacado elegantes fotografías su hermano político el señor marqués de Villafuerte.

dencia, y el tierno amor que V. E. profesaba á su buen tío, que quiere perpetuado en la memoria de los hombres.»

«Tres retratos del buen Padre están ya casi concluidos, que luego después de su muerte, se ordenaron á un muy buen pintor español. El uno para la señora duquesa, madre de V. E., el otro para la condesa de la Acerra¹, y el tercero para tenerlo nosotros; pero sabiendo el deseo de V. E., este ú otro, que se ordenará, enviaré á V. E. con la primera segura ocasion. Se está trabajando el diseño para grabar su imágen, y espero que saldrá bien.»

«En cuanto á la tercera comision, no veo que por ahora podamos satisfacer los deseos de V. E. de ponerle una lápida, atendidas las presentes circunstancias. Muchas veces los confratellos del *Buon Consiglio*, en cuya iglesia está sepultado, nos han hecho instancia para que le pongamos lápida y bajo relieve ó busto, y no lo hemos creído conveniente; porque sobre no saber si será esta una de las iglesias conservadas, aumentará la dificultad en la repugnancia de los confratellos para llevárselo consigo cuando caiga sobre nosotros alguna novedad. Está el cuerpo en arca fuerte, bien cerrada, y por defuera grabadas á fuego las letras iniciales de su nombre para hallarlo luego.»

«La vida se está escribiendo, y muy adelantada; pero como hay tanto que escribir, se necesita mucho tiempo para ordenarla y tirarla, si se podrá imprimir; y tendrá V. E. cuantas copias quisiere, y si no, se enviará manuscrita.»

«Todos en esta casa estamos penetrados de gratitud y agradecimiento á sus cordiales y sinceras expresiones de afecto y parcialidad por nosotros, en que siempre más nos confirma S. E. la señora duquesa en carta al P. Agustín Monzon: y no pudiendo corresponder de otra manera, hacemos continuos votos y oraciones para que el Santo lo colme de sus gracias espirituales y temporales, le conceda larga vida, y poder volver presto á consolar

¹ En el mes de Noviembre del año siguiente de 1813 falleció esta señora en Nápoles su patria.

su santa madre, que tenemos tambien por nuestra. Para ella remito á V. E. un pedacito del pañuelo teñido en sangre, reservándome para mejor y más segura ocasion otra memoria del tío.»

«Todos mis compañeros, y en particular el P. Monzon, me encargan que haga presentes á V. E. sus respetos, y deseos de emplearse en su servicio.»

«El P. Requeno, meses ántes que el tío de V. E. pasó á mejor vida en la eternidad¹. Mucho gusto hemos tenido con las noticias que me comunica V. E. del buen P. Moreno², que segun creo, es el decano de cuantos salimos de España. Escribiéndole V. E., le suplico le dé mis memorias.»

«Unidos á esta carta van los dos atestados de las dos particulares memorias del buen P. Joseph, que remití á V. E., para que los pueda unir cada uno á la suya.»

«Cuando venga el tiempo, será conveniente que V. E., y la señora duquesa, en cartas separadas, se unan á nosotros para introducir la causa de su santo tío. Entretanto, lleno de obsequioso afecto, me repito de V. E. su más rendido y afectísimo servidor Q. S. M. B. = Joseph Doz = P. S. = El sobrescrito para mí, *À Monsieur Mons. l'Abbé Joseph Doz. = Rome.*

A poco tiempo de haber escrito el P. Doz esta carta, se vio atacado de la última enfermedad, que le llevó al sepulcro el día 28 de Julio del año 1813. Habíase librado instantáneamente de una dolencia inveterada, que venía padeciendo, por la invocacion de su amigo desde la niñez y compañero durante su vida, el P. Pignatelli: el cual, es fama, que estando el P. Doz ya próximo á la muerte, se le apareció visiblemente y le convidó á la gloria. Teníale en tanta estima, que al morir le nombró sucesor suyo en el cargo de Provincial; pero tantas instancias hizo el P. Doz, que el P. Pignatelli desistió de su intento y confió aquel

¹ El P. Vicente Requeno había fallecido en Tivoli el 15 de Febrero de 1811. Fue natural de Calatrao en Aragon: nació el 4 de Julio de 1743: entró en la Compañía el 2 de Setiembre de 1757.

² Parece ser el mismo P. Juan José Moreno, de quien hemos hablado en el capítulo segundo del primer libro de esta historia, página 40.

cargo al P. Panizzoni gravemente enfermo¹. De este P. José Doz se lee en el libro de la matricula hecha en Tarragona en 1767 ántes de embarcarse los aragoneses para el destierro, la siguiente noticia dada por el interesado y firmada de su mano:

«P. Joseph Doz, natural de Tarazona del Reyno de Aragon, de edad de veinte y nueve años cumplidos; hijo legítimo y natural de D. Joseph Doz y de D.^a Beatriz de Funes, caballeros, naturales aquel de Bervegal y esta de Tarazona; tiene de religion catorce años cumplidos; de estudios tres años de Philosophía y quatro de Theología Escolástica y Moral; es religioso de los tres votos simples del bienio, y últimamente era Maestro de Gramática en Zaragoza. Es sacerdote: y lo firmó en esta caja de Tarragona, á los 21 días del mes de Abril del año 1767 = JOSEPH Doz, de la Compañía de Jesús. = Mena Hermosa = Lorieri = Ramon Fábregas, escribano.»

El recuerdo de tan tristes días, y los acontecimientos que después se verificaron, nos conducen como por la mano á hablar de un suceso de grande enseñanza para todo hombre pensador. Un hijo de Carlos III, arrojado del trono y de su reino, llegaba á Roma diez días ántes de la muerte del P. Doz.

Carlos IV y su esposa la reina María Luisa con su familia, y el príncipe de la Paz con la suya, después de casi cuatro años de haber permanecido en Francia², de Marsella se dirigieron á Roma, en donde entraron el 18 de Junio de este año de 1812. ¡Quién le había de decir á Carlos III, que su hijo y sucesor había de verse despojado del cetro de dos mundos y de comer el pan del destierro en compañía de aquellos sacerdotes inofensivos, que le habían pintado como destronadores y asesinos de reyes! En este mismo tiempo veíase desposeído del reino de Nápoles su segundo hijo Fernando, refugiado á la sazón en Sicilia; y su

¹ *Process. Rom.*, fol. 441.

² Carlos IV, hecha en Bayona la cesion de sus extensos dominios, obtuvo de Napoleon el castillo y los parques de Compiègne con treinta millones de reales.

nieta, hija de Carlos IV, reina de Etruria, no solamente despojada de su estado de Parma, sino tambien del de Etruria, y además de esto recluida en un convento de Roma, en donde uno de aquellos hombres expulsados de España como súbditos rebeldes, el P. Pignatelli, la había socorrido con limosnas.

Todo esto se estaba verificando en estos días. Mas aquellos generosos Padres españoles, que por entonces vivían en Roma, supieron compadecer á su soberano en la desgracia, obsequiáronle como pudieron, y presentáronse á besarle la mano, segun refiere el P. Luengo. De este autor vamos á tomar la relacion de la visita hecha por el rey á las que fueron casas de los jesuitas ántes que los ministros de su padre obligaran á Clemente XIV á destruirlos.

Una de las devociones de Carlos IV y de la real familia á su llegada á Roma era visitar los templos de aquella santa ciudad. El día diez de Julio visitó las dos iglesias principales de la Compañía, que son la de la casa del Jesús y la del colegio romano. Á todos los jesuitas, así españoles como portugueses é italianos, causó la tal visita una maravilla grande, acompañada de tiernas lágrimas de compasion y de afecto sincerísimo para con el desgraciado monarca.

En la iglesia del Jesús había de encontrarse el rey con sesenta jesuitas españoles que moraban en aquella casa, y aun con otros ciento más, que vivían fuera de ella y acudieron allá al primer rumor de esta visita. ¿Qué efecto había de producir en el ánimo de Carlos IV y de María Luisa la presencia de aquellos jesuitas españoles? Por espacio de cuarenta y cinco años continuos se había estado diciendo en todas las ciudades de España por personas autorizadas y por todos los del cuerpo diplomático, y lo habían estado oyendo estos reyes, y aun leyendo en pragmáticas y decretos reales, y en mil libelos infamatorios, que los jesuitas españoles eran autores de tumultos y alborotos, infieles y traidores á sus reyes, regicidas y maquinadores contra su vida y contra su trono, y tan poderosos y temerarios, que uno solo que se quedase en España era capaz de poner en conflagracion el reino; finalmente

que eran hombres de doctrina laxa y corrompida, y aun herejes y corruptores de las costumbres y de la fe de los católicos. Por tales parece debían tenerlos estos soberanos: y no obstante por solo su gusto y voluntad se meten entre ciento y cincuenta de estos antiguos vasallos, que les habían pintado como regicidas, alborotadores de cortes y ciudades, y corruptores de todo lo bueno.

Eran las cinco de la tarde cuando llegaron los reyes á la puerta de la iglesia del Jesús, acompañados del niño rey de Etruria, del infante D. Francisco de Paula, del principe de la Paz y del general Miollis. Recibiólos el Sr. Severi, Superior de la casa, al cual acompañaban todos los jesuitas italianos que vivían allí, y como unos cuarenta españoles. La reina María Luisa, luégo que puso el pie en la iglesia, exclamó admirada: «¡Qué cosa tan bella! ya se conoce que es de jesuitas.» En esto iban llegando por momentos en gran número los Padres que se agregaban á la comitiva; y los reyes lo veían todo, lo observaban despacio y con particular gusto, y lo alabaron con muy encarecidos elogios. De la iglesia pasaron á la casa, y subieron á las capillas de San Ignacio, que vivió y murió en ella.

En todos estos lugares los reyes y las demás personas de su séquito iban mezclados sin orden con jesuitas españoles: estos al acercarse á ellos, les besaban las manos: los mismos reyes con grande humanidad y llaneza les preguntaban sus nombres y apellidos, sus patrias, su edad, y los años que habían estado en Roma; y oían sus respuestas con agrado y con demostraciones de muy particular afecto y compasion.

Allí se encontró con vasallos suyos de Méjico, del Perú, y en general de todas las provincias de su dilatadísimo reino en Europa, en América y en Asia. ¿Qué tumulto de pensamientos, de desengaños, y de pesares, no se levantaría en el corazón de Carlos IV, al considerar que todos aquellos súbditos suyos, aun de tan apartadas provincias, estaban en Roma, porque su padre Carlos III los desterró de su patria; y él mismo había confirmado el destierro de unos hombres, que no respiraban sino piedad en todo y ternísimo afecto, obsequio y reverencia para con su

persona. Tres veces por lo menos se le asomaron las lágrimas á los ojos; y por no ser observado, cortaba la conversacion, se volvía á otro lado, y se iba á hablar con otros. ¡Cuánto enseña y hace abrir los ojos la tribulacion!

Iguales escenas tuvieron lugar con el infante D. Francisco de Paula, y aun con el príncipe de la Paz, con el cual tuvo una conversacion algo seguida el P. Gaspar Sánchez, de la Provincia de Aragon, como después él mismo refirió¹. En ella después de haberle preguntado por su nombre, patria y cosas semejantes, le dijo el príncipe por tres veces esta notable expresion: «La Compañía, su Religion de V., volverá presto á España.» Mostró Sánchez, como era natural, gran satisfaccion al oír aquellas palabras, y dificultad en creerlas. Conociólo el príncipe, y le dio varias razones en prueba de que presto sucedería lo que él le había asegurado².

Entretanto los Padres del Buen Consejo continuaban trabajando segun su edad avanzada lo permitía: al frente de ellos estaba el anciano P. Panizzoni, lleno de viva confianza en la intercesion de su glorioso compañero el P. Pignatelli, cuyas proféticas palabras le hacian ver muy próximo el día de la universal restauracion de la Compañía. Del estado de la casa, y de los temores y esperanzas que á la sazón tenían, da conocimiento el P. Monzon en una carta á la señora duquesa de Villahermosa, la cual continuaba interesándose por la pequeña grey, que su santo tío había congregado, conservado y defendido, como había hecho en vida del Siervo de Dios. Dice así la carta³:

«Excma. Señora.—Puesto que se da la abertura por la parte de Génova de poder escribir, lo hago con mucho gusto, para dar

¹ El P. Gaspar Sánchez era novicio en Tarragona, cuando el extrañamiento. Nació en Teruel á 7 de Enero de 1750: entró en la Compañía en 30 de Abril de 1765. Ordenóse de sacerdote: restaurada la Compañía, hizo la profesion el 8 de Setiembre de 1815, y murió en Roma á 15 de Febrero de 1827.

² P. LUENGO, *Diario*, Tomo 46, pág. 585.

³ Archivo de Villahermosa.

á V. E. las noticias de nosotros que tanto desea; y al mismo tiempo congratularme de que Dios haya consolado, como espero, á V. E. con la vista y compañía del señor duque. ¡Oh qué buen señor! oh cuál hijo de bendicion! Dios colme á dos de sus especiales dones y gracias. En la última, que escribí á este señor, le encargaba, que en llegando á ver á V. E. le humiliase los más obsequiosos respetos míos, y de todos estos mis venerables compañeros, de los cuales después de la muerte del Padre Joseph Doz á los 28 de Julio del año pasado, han faltado dos más, el P. Bartolomé Hernández, y el P. Diego Val, aquel, del Paraguay, este de Valladolid: los demás en su proveceta edad gozan suficiente salud.»

«Después de la muerte de nuestro Padre, en estos últimos años, de mucha confusion en estos países y en esta ciudad, Dios nos ha hecho gozar perfecta paz y tranquilidad, sin que ninguno nos haya dado la menor molestia; recogidos en nuestro rincón, en que nos dejó el Padre, y ocupados sin ruido en hacer el bien espiritual, que podemos, á nuestro prójimo. La providencia de Dios no nos ha faltado jamás, y tenemos por cierto, que no nos faltará. «Es un tesoro inexhausto,» decía el P. Joseph, «la providencia de Dios, y sería milagro si Dios faltase á quien por su amor, dejadas las cosas del mundo, se ha dedicado á su servicio.» Él desde el cielo nos protege y asiste.»

«Estamos esperando aquí al Santo Padre. El 31 de Marzo llegó á Bologna; hasta el presente se ha ido deteniendo en la Romaña; parece que hay dificultades y contrastes en los negocios políticos. Dios mire con piedad su Iglesia y sus redimidos; es necesaria mucha oracion, para aplacar á Dios justamente irritado por los pecados del mundo.»

«Con la venida del Santo Padre, todos esperan, que nuestras cosas mudarán de aspecto. Su Santidad sin duda piensa y desea restituir á la Iglesia aquello, que con perjuicio de tantos perdió un tiempo.»

«No faltarán obstáculos al cumplimiento de tan santos deseos. Cuánto nos sería necesaria en aquella época la presencia y

ejemplo de nuestro Padre Joseph, en quien Dios había puesto aquellas dotes, que á bien ordenar, restablecer y conservar cualquier grande obra son necesarias. El negocio es de Dios: S. M. cuidará de él. Cuando se presentará ocasion segura, enviaremos á V. E. los relicarios de San Pedro y San Pablo, y juntamente el que me encargó hacer aquí el señor duque, y no pude enviarle á Francia, con alguna otra cosa. Se ha hallado el folio que faltaba en el tercer tomo del Año Mariano; é irá con lo demás.»

«Por ahora no me ocurre escribir otra cosa: quedan establecidas y con esta renovamos las relaciones, que, viviendo aún el Padre, adquirimos con la persona de V. E., por quien y por el señor duque quedan rogando todos los de esta casa, y á ambos á dos ofrecen sus respetos, su veneracion y obediencia: y yo, que soy el menor de ellos, me protesto con el debido obsequio, el más humilde y rendido siervo en Jesucristo. = AGUSTIN MONZON. = Roma, 8 de Mayo de 1814. = P. S. La direccion de esta carta la hago encomendar en Génova al cónsul de España: que él la entregue á alguno de los barcos nacionales, que lleguen á aquel puerto. En breve habré de escribir al señor duque, pidiéndole un favor, para un español residente aquí en Roma.» Hasta aquí la carta.

En este año de 1814 se manifestó de un modo sensible que la Providencia velaba sobre su Iglesia hasta entonces victima de la más fiera persecucion. Las derrotas experimentadas por Napoleon en España, Rusia y Alemania hicieron presentir que la estrella de aquel hombre singular declinaba ya hacia el ocaso. El 10 de Marzo dejó el emperador libre á Su Santidad, el cual quince días después llegaba á las orillas del Taro, y fue acogido con júbilo por los austriacos, y por ellos acompañado hasta Parma, Módena y Bolonia; á esta ciudad llegó el 31 de dicho mes, el día mismo en que los príncipes aliados hicieron su entrada en Paris.

Finalmente por Imola y Cesena se dirigió á Roma, que le hizo la más brillante acogida el día 24 de Mayo, distinguiéndose

en sus demostraciones de regocijo Carlos Manuel de Cerdeña y Carlos IV de España con su familia. Era comun deseo y opinion de Roma, que uno de los primeros actos de Pío VII sería el restablecimiento de la Compañía en todo el mundo¹.

Sobre tan fausto acontecimiento escribió el P. Agustin Monzon la siguiente carta á la sobrina del P. Pignatelli².

«Roma, 10 de Junio 1814. = Excm. Señora. = Con la ocasion, que parte de aqui para España un sacerdote natural de Gerona, escribo á V. E. En el mes de Abril dirigí otra mia á V. E. dándole noticias de nuestro estado: otra dirigí al señor duque, suponiéndole ya en compañía de la madre: no sé si estas habrán llegado.»

«En esta puedo dar á V. E. algun motivo de consolacion sobre nuestras cosas. Llegó á esta santa ciudad el Santo Padre Pío VII á los últimos de Mayo pasado con aquel júbilo y exaltacion, con aquellas demostraciones de respeto y de veneracion de todas las órdenes de personas, que se merece Su Santidad, y que las circunstancias tanto diversas pedían.»

«El santo Pontifice está inclinadísimo y resuelto á restituir la Compañía: yo he hablado con Su Santidad; y no puedo dudar que lo quiere de veras. En los demás gremios eclesiásticos se hallan ardentísimos deseos de lo mismo: nada digo del pueblo, que exulta con la esperanza que tiene de ver presto en pie este orden religioso. Sí, creo que Dios apagará nuestros deseos; y

¹ A pesar de la vigilancia de los que custodiaban á Pío VII en su prision de Fontainebleau, logró Su Santidad expedir un Breve al Padre General Brzozowski, en que restablecía la Compañía en Inglaterra, Irlanda, América septentrional e Islas del Archipiélago. Expidióse en Diciembre de 1813: y el 13 de Enero de 1814 escribía el P. General al P. Landes, Provincial de la Rusia Blanca, en los siguientes términos: «He recibido un rescripto de Su Santidad, en virtud del cual son restablecidos nuestros Padres en Inglaterra, en Irlanda, en América y en las Islas del Archipiélago. Esta noticia puede comunicarse á los nuestros en los colegios. Den todos gracias á Dios por este beneficio, mas en silencio, sin que trascienda á los de fuera y sin publicar los designios de Dios.» (ZALENSKI, Tomo II, Libro V, Cap. VI.)

² Archivo de Villahermosa.

que no tardará. El negocio es de la mayor importancia, y se necesita continuar en las oraciones con Dios y con los Santos.»

«El número de los nuestros en esta casa va disminuyendo: en este año han muerto dos; tres en el pasado: el número de los muertos aquí llega ya á once; otros han muerto en otras partes. Dios no ha faltado jamás de su providencia, ni nos falta, ni nos faltará: ha sido singular su protección en los tiempos más peligrosos. ¡El sea para siempre bendito!»

«Estamos á la mira si viene segura ocasión, para poder enviar á V. E. los relicarios y otras cosas que aquí hay. Hasta ahora no parece que han ordenado los correos. Si por ahí se encontrase el mismo embarazo, el Sr. D. Juan Antonio Ferrer, portador de esta, que va á su patria, Gerona, dice que él tiene medio de dirigir desde allí las cartas por Perpiñan. V. E. nos tenga en aquel grado que por lo pasado; nosotros todos conservamos y conservaremos el respeto y veneracion que tan justamente debemos á V. E., de quien me protesto con todo el afecto, el más rendido y humilde siervo en Jesucristo. — AGUSTIN MOZON. — Al señor duque mil obsequios, y que le encomiendo el negocio que le encargué.»

De la convicción general en Roma de que el primer cuidado de Pío VII, al llegar á esta ciudad, sería el restablecimiento de la Compañía, escribe el P. Luengo las siguientes enfáticas expresiones: «La persuasion no poco comun entre los romanos de que el Papa volvía de su cautiverio resueltísimo y determinadísimo de restablecer prontísimamente la Compañía de Jesús, hizo no poco general en Roma la voz de que el Pontífice, después de dar la bendición con el Santísimo el día 1.º de este mes (de Junio,) comunicaría la Bula ó Breve de restablecimiento¹.....» Confirmaban estos rumores la ida del cardenal Luis Ruffo á la escondida casa del Buen Consejo, en la cual dio demostraciones de mucho afecto al P. Panizzoni y á todos los demás Padres, y que varios de los cardenales, que estaban muy en gracia del Pon-

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 48, pág. 485.

tífice, aseguraban á los Padres de sus personales deseos y de los del Papa del pronto restablecimiento de la Compañía.

No obstante, el primer paso sobre este asunto no se dio hasta el día tres de este mes de Junio, en que el P. Panizzoni tuvo audiencia de Su Santidad, que habia solicitado por medio del cardenal Pacca, pro-secretario de Estado. La audiencia fue bastante larga: en todos los puntos que se trataron en ella, el Padre halló benigno y favorable al Pontífice. «Parece que Panizzoni,» escribe el P. Luengo, «hizo alguna insinuacion sobre introduccion de la causa del difunto Provincial Pignatelli, y que en esto, como en todo lo demás, halló al Papa propicio y favorable. En el punto principal, y aun único, que es el restablecimiento de la Compañía, salió tambien Panizzoni contento y alegre; y dice sin rebozo que Su Santidad le ha asegurado que está resuelto á restablecerla¹.»

Que el mismo Soberano Pontífice deseara dar principio á sus trabajos en la reparacion de los males causados á la Iglesia por la revolucion con el restablecimiento de la Compañía, lo asegura el cardenal Pacca en un manuscrito inédito, en el que se leen las siguientes palabras: «Una de las primeras operaciones que deseaba hacer Pío VII, era la tan gloriosa para él, el restablecimiento de la Compañía de Jesús. En todas las conversaciones que tenia yo cada día con él durante nuestro destierro en Fontainebleau, hablábamos casi siempre de los graves perjuicios causados á la Iglesia y á la sociedad civil con la supresion de esta orden, tan justamente célebre, así en la instruccion de la juventud como en las misiones apostólicas.»

«No podía, por lo tanto, dudar yo de que estaba próximo el día en que serían los Jesuitas repuestos por el Papa en Roma, así como en todos los demás países, que, á ejemplo del emperador Pablo de Rusia y de Fernando IV de Nápoles, los reclamaran para sus pueblos. Llegado á Roma el 24 de Mayo de 1814, agolpáronse de repente en mi imaginacion aquellas dulces con-

¹ *Diario*, Tomo 48, pág. 488.

versaciones de Fontainebleau; pero insigniendo las miras de la política humana, consideraba prematura, y hasta imprudente y difícil, la reposición de los Jesuitas en aquellas circunstancias. Como por milagro acabábamos de escapar á la tempestad formada por la secta filosófica, que rugía al solo nombre de jesuita; é ignorábamos por otra parte si las cortes extranjeras tomarían á mal el llamamiento de un Instituto, que pocos años ántes había sido suprimido por todos los monarcas católicos.»

«Á pesar de todos estos motivos, á últimos de Junio, ó sea un mes después de nuestro regreso á Roma, me determiné á tentar nuevamente el ánimo del Papa, á cuyo fin le dije un día en audiencia: «Santísimo Padre, deberíamos proseguir algún día nuestras interrumpidas conversaciones sobre la Compañía de Jesús:» y sin que añadiera yo otra cosa, el Papa contestó: «Podremos restablecer la Compañía de Jesús en la próxima fiesta de San Ignacio.» Esta contestación, tan espontánea como inesperada, de Pío VII me sorprendió en extremo llenándome de gozo y de consuelo¹.»

Á la esperanza del pronto restablecimiento alentaba la profecía del P. Retz, referente á la persona que debía representar á la Compañía en aquel acto solemne. De esta profecía hemos hablado ya en el libro primero de esta historia. El buen anciano P. Panizzoni, que había visto morir uno tras otro á todos sus connovicios, tenía por muy cierto que había de ver repuesta la Compañía; y estaba tan seguro de que este acontecimiento iba á realizarse pronto, que, según atestigua el autor del Diario², se iba proveyendo de listas de los jesuitas que perseveraron hasta la extinción, para admitirlos de nuevo en la Compañía.

La profecía del P. Retz era muy conocida y comentada por este tiempo. He aquí cómo la comenta el P. Luengo³: «Se supone,» dice, «que el P. General Retz profetizó la extinción de la

¹ Cita este documento del cardenal Pacca CRÉTINEAU JOLY, *Hist. de la Comp. de Jesús*, Tomo V, Cap. XXXVIII.

² Tomo 46, pág. 1106.

³ *Ibid.*, pág. 310.

Compañía de Jesús y su glorioso restablecimiento en Roma, y que su restaurador jesuita sería uno que entonces era novicio y vendría de la Rusia á esta ciudad: y estas dos circunstancias se hallan en este P. Luis Panizzoni, y casi no es posible que se verifiquen en otro. Él entró en la Compañía el año de 1743¹, y duró su noviciado hasta el 1747, cuando el P. Retz estaba en los últimos años de su vida» pues murió en 1750. Alentaban también esta esperanza de pronta restauración los progresos de la Compañía en Sicilia, que adelantaba con prosperidad y bonanza, y á cuyo noviciado acababan de llegar doce jóvenes irlandeses para entrar en la Compañía: hecho que en aquellas circunstancias se juzgó prodigioso².

El mismo P. Luengo, aunque incierto de la realidad de la profecía del P. Retz³, no duda asegurar que si fuese cierta, se podría tener por inspirada del cielo la elección del P. Panizzoni para Provincial, hecha por el P. Pignatelli, y su confirmación en dicho cargo por el P. General. Y añade: «Á la verdad en buena prudencia humana no debía este P. Panizzoni haber sido hecho sucesor suyo por el prudentísimo Pignatelli, ni confirmada su elección por el P. General de la Rusia; pues es un hombre que en este día once de Junio (1812) cumplió ochenta y tres años; y aunque está algo robusto y bastante ágil, en tal edad un soplo basta para matarle ó hacerle inútil. Parece, pues, que solo han hecho una elección tan extraña, para que se verifique y se cumpla la profecía del P. Retz: y si Panizzoni, de ochenta y tres años de edad, ha de ser el jesuita restaurador de la Compañía de Jesús en Roma, poco puede tardar en verse este gran suceso; y los que no somos tan viejos como él podemos esperar verle⁴.»

¹ En 3 de Noviembre.

² P. LUENGO, *ibid.* Ignoraba la restauración de la Compañía en Irlanda.

³ Recuérdese que 39 años ántes dicho Padre la tenía por tan cierta, que se consolaba con la seguridad que ella le daba del restablecimiento de la Compañía recién suprimida. Tal vez la dilación en cumplirse le hizo que dudase de su verdad.

⁴ *Ibid.*, pág. 311. Contaba ya el P. Luengo cerca de 77 años.

A las razones que alega el P. Luengo para demostrar que al P. Panizzoni le conservaba el cielo con particular providencia para tan honroso cargo, añade el mismo autor otras dos¹. Primera: el mes de Julio del mismo año 1814, pocas semanas, ó quizás días, ántes del restablecimiento, llegó de Rusia la patente de Provincial para el P. Perelli, antiguo secretario del difunto Padre José²; pero el cardenal Litta, previendo que en tales circunstancias un cambio de esta naturaleza podía ser perjudicial á la causa de la Compañía, aconsejó que se suspendiese la ejecucion de la orden del P. General. En segundo lugar, el P. Cayetano Angiolini había alcanzado favor de algunos cardenales, y aun del mismo Pío VII, para ser él ahora el restaurador de la universal Compañía, como lo había sido en Nápoles y Sicilia.

El P. Panizzoni, que sabía todo esto, callaba y decia entre sí con cierta sonrisa, que toda cuestion estaba de más; porque él y no otro recibiría la Bula del restablecimiento; pues no podía faltar la palabra del P. Pignatelli. Y así fue; porque Su Santidad espontáneamente y *motu proprio* designó para aquella formalidad al P. Panizzoni. «El Sumo Pontífice,» dice el cardenal Carlos Odescalchi³, «estuvo firme en querer al P. Panizzoni, y prescribió que á él y no á otros se confiase el gobierno de la Compañía de Jesús.»

Pocos días ántes del tan suspirado restablecimiento ocurrió un suceso muy singular. A su vuelta á Roma parece que deseaba el Sumo Pontífice hacer alguna reformation en los regulares; y al efecto dispuso que ninguno de ellos vistiese el hábito de su orden y que no se reuniesen en comunidad. Habíase fijado en las esquinas un edicto, en que se intimaba esta disposicion del Pontífice. Con esta ocasion tuvo lugar un hecho algo curioso, que referiré con las mismas palabras con que lo contaba algunos años después uno de los que tuvieron parte en él.

¹ *Diario*, Tomo 48, Parte segunda, pág. 55.

² El P. Juan Perelli, de la antigua Provincia Napolitana, nació en 18 de Setiembre de 1735, y entró en la Compañía el 15 de Junio de 1730.

³ *Process. Rom.*, fol. 518.

Era este un Padre irlandés, por nombre Esmonde; el cual dijo así¹: «De vuelta de Sicilia llegué á Roma con cuatro compañeros de viaje, dos de los cuales y yo un mes ántes nos habíamos ordenado de sacerdotes. Entramos por la puerta Cavalleggieri, y á la entrada vimos fijado en una esquina un edicto que nos dio que pensar, porque parecía tocarnos á nosotros. Íbamos en un coche descubierto, vestidos con la sotana de la Compañía, y en aquel edicto se vedaba á todo religioso llevar el hábito de su orden, si ántes no había presentado pruebas de su fidelidad á la Santa Sede y á su instituto durante la dominacion francesa en Roma. Fuimos á apearnos en una fonda de la plaza de España, y durante todo el trayecto habíamos encontrado en las esquinas de las calles el mencionado edicto.»

«Para conformarnos con él, como llegados á la fonda descásemos luégo visitar la iglesia de San Pedro, nos quitamos la sotana de jesuíta y nos vestimos de seglar.»

«Estábamos tomando un poco de alimento, cuando vimos que se dirigía á la casa un monseñor con un piquete de soldados con armas, los cuales entraron en la sala en donde nos hallábamos con nuestro traje de seglar. El monseñor con mucha cortesía nos dijo que no nos buscaba á nosotros; sino que solo venía para ver quiénes eran unos religiosos recién llegados, que á pesar de haber tenido á la vista el edicto fijado en la puerta Cavalleggieri, habían atravesado la ciudad en coche descubierto vestidos con sus hábitos.»

«Estaban ya para salir el monseñor y los soldados, cuando le dijimos: «Nosotros somos, monseñor, estos religiosos; y precisamente por conformarnos con el decreto del Padre Santo, nos hemos quitado la sotana de la Compañía, á la cual tenemos la honra de pertenecer. El monseñor, vivamente sorprendido, dirigió una mirada al oficial de la tropa, que estaba detrás de

¹ Esta relacion la oyó del mismo P. Esmonde en 15 de Junio de 1830 el P. José María Pujol, y luégo la puso por escrito con toda la fidelidad que le fue posible. De este escrito la he copiado yo.

él, y nos dijo que nos quedásemos allí hasta nueva orden. Al poco rato volvió sin acompañamiento el monseñor, y nos anunció de parte del Papa, que Su Santidad deseaba vernos vestidos con la sotana de la Compañía. Dímosle las gracias por la honra que nos proporcionaba: en un momento nos pusimos la sotana, y seguimos al monseñor, que nos condujo al Quirinal.»

«Al atravesar las calles, éramos el blanco de las miradas de toda la gente, que se preguntaba á qué orden pertenecían aquellos religiosos, y por qué vestían el hábito de ella. Un buen anciano, que desde 1773 no había visto jesuitas, se echó á gritar: «Estos son los Padres de la Compañía. Viva la Compañía. Viva San Ignacio. Viva San Pedro.» Cerráronse las tiendas, abriéronse las ventanas, y por todas partes se agitaban pañuelos blancos: las turbas nos estrechaban; y ya nos acompañaban en número de unos dos mil, cuando llegamos al Quirinal. Eran las primeras horas de la tarde, cuando fuimos introducidos en el palacio en el momento en que el Padre Santo se paseaba por el jardín. Anunciósele nuestra llegada, y le vimos venir sostenido por el cardenal Pacca á la derecha y el cardenal Litta á la izquierda. Nos arrojamos á sus pies, y al instante nos hizo levantar. Dijimosle que éramos jesuitas, que veníamos de Sicilia, y viajábamos para Inglaterra.»

«Su Santidad nos significó que su deseo había sido de restablecer la Compañía el día mismo de San Ignacio; pero que no era esto posible: prometió sin embargo que nos iba á dar este consuelo el día de su octava. Nuestro gozo fue sobre todo encarecimiento. No sabíamos que hubiese jesuitas en Roma: dijéronnos que los había en una casita junto á la iglesia del Buen Consejo: fuímonos allá; y en efecto encontramos unos treinta venerables ancianos, que no cabían en sí de puro regocijo al vernos, y nos hablaron de los rumores contradictorios que sobre la Compañía se divulgaban por la ciudad. Al referirles nosotros las palabras que acabábamos de oír de boca del Padre Santo, aquellos buenos ancianos no sabían lo que les pasaba. Quisieran tenernos en su compañía; mas no permitiéndolo la falta de local,

nos hospedaron en el Jesús.» Allí estuvieron estos cinco Padres, esperando el día 7 de Agosto, octava de la fiesta de San Ignacio, día eternamente memorable para la Compañía de Jesús, por haber sido el de su restablecimiento en toda la Iglesia.

La solemnidad de la reposición debía en efecto verificarse el 31 de Julio de este año de 1814, fiesta del Patriarca San Ignacio; pero habiéndose tenido algun reparo en una cláusula de la Bula de restablecimiento, no pudo esta publicarse aquel día, y se diferió hasta el domingo siguiente, siete de Agosto, octava de la fiesta¹. Este día siete á las ocho de la mañana llegó el Padre Santo á la puerta de la iglesia del Jesús, bellisimamente colgada, é iluminada á maravilla: fue en ella recibido por el colegio de los cardenales en toda gala, que habían prevenido la llegada de Su Santidad.

El Pontífice, hecha una breve oración, celebró la santa misa en el altar de San Ignacio, en el que reposan sus sagradas reliquias. Terminada la misa del Papa, y otra que celebró un monseñor mientras él daba las gracias, se dirigió Pío VII, por entre la apiñada muchedumbre que llenaba la iglesia, á la capilla de los nobles, en donde se desayunó. Volvió luego al lugar donde estaba colocado su trono, y se asentó en él.

Estaban en sus bancos diez y ocho cardenales: detrás de

¹ La cláusula en cuestion era una, en la que se decía que la Compañía era «necesaria» á la Iglesia de Dios. Alguno reparó que la afirmación era menos exacta: por lo cual se sujetó la Bula á nuevo examen. (P. LUENGO, *ibid.*) De este Padre, que asistió al acto, tomamos la siguiente relación de él.

Segun una tradición, que de los antiguos Padres ha llegado á nosotros, poco tiempo ántes de la extincion, asistió á unas conclusiones, que se defendieron en el colegio romano, entre otros religiosos de diversas órdenes, un jóven profesor benedictino. Después del solemne acto llamóle á parte el P. General Lorenzo Ricci; y arrodillándose á sus pies, le rogó que cuando fuese elevado á la Cátedra de San Pedro, se acordase de la Compañía, que estaba próxima á su abolicion, y la restaurase. El monje benedictino se llamaba Gregorio Chiaramonti; y es el mismo, que, elegido Sumo Pontífice, tomó el nombre de Pío VII. Él reconoció la Compañía existente en Rusia, la restableció en el reino de las Dos Sicilias, y al fin en la universal Iglesia.

ellos en dos filas de bancos por cada lado estaban los jesuitas, que se hallaban en Roma, en número de unos ciento cincuenta. Al rededor del trono del Papa asistían varios monseñores; y de pie, á las puertas que van á la sacristía, veíase á varios obispos. Al rey de España y al de Cerdeña, Carlos Manuel, se habían preparado tribunas; mas no asistieron: el primero, por razones políticas; el segundo, por sentirse indispuerto: solo se halló presente la reina de Etruria con sus tres hijos.

El Padre Santo, luégo que se hubo sentado, entregó la Bula á monseñor Belisario Cristaldi; y este, en pie, cerca del trono, la leyó con voz clara é inteligible. Terminada la lectura, la devolvió á Su Santidad: llamóse al P. Luis Panizzoni, al cual, puesto de rodillas en el trono mismo y muy cerca de la persona del Papa, este por sí mismo le puso la Bula en la mano. Tómalala Panizzoni de las suyas, bésale con reverencia los pies, y rebo-sando de gozo se retira: acto continuo todos los jesuitas que estaban presentes, se van acercando por su órden á besar el pie á Su Santidad.

Los más jóvenes de ellos ya pasaban de sesenta años; más de quince eran octogenarios; varios de ellos habían cumplido ochenta y cinco y ochenta y seis años: algunos iban con su bastoncito y necesitaban ser ayudados para subir al trono, haciendo con buena gracia este oficio con ellos los Prelados que asistían al Padre Santo; quien, al ver tantos ancianos respetables rebo-sando contento y alegría, y á muchos de ellos con lágrimas de ternura en los ojos, se mostró extraordinariamente contento, festivo y aun risueño, manifestando en su semblante el gusto y complacencia que sentía en su corazón. ¡Espectáculo sublime y consolador! La Compañía de Jesús estaba solemne y jurídica-mente restituida á su primitivo ser.

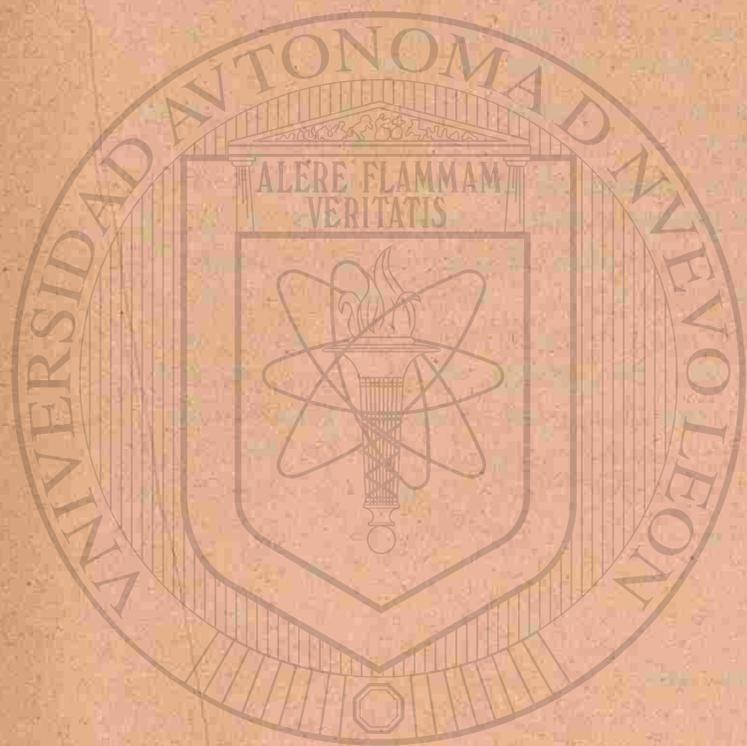
Retiróse el Padre Santo, y luégo el Sacro Colegio; y en presencia de los jesuitas el cardenal Bartolomé Pacca levantó tribunal en la misma capilla y sentóse: un oficial de la Cámara, en pie y al lado de su Eminencia, leyó una larga escritura, cuya substancia era, que Su Santidad desde aquel momento daba á

la Compañía la casa del Jesús y la de San Andrés, y una renta conveniente para su honesta sustentacion¹.

La alegría que tan fausto acontecimiento causó en Roma, fue sobre toda ponderacion. El cardenal Pacca, comparando el día 17 de Agosto de 1773, en que se publicó el Breve de supresion, con el 7 de Agosto de este año, en que se publicó esta Bula de restablecimiento, dice, que en el primero «se veía la sorpresa y el dolor pintados en todos los semblantes;» y por el contrario en este último «Roma resonaba en gritos de alegría, en aclamaciones y aplausos. El pueblo romano,» continúa, «acompañó á Pío VII desde el Quirinal hasta la iglesia del Jesús, donde se leyó la Bula; y la vuelta del Pontífice á su palacio fue una marcha triunfal.» Y termina con estas palabras: «He creído deber entrar en estos detalles para aprovechar la ocasion de dejar en mis escritos una retractacion solemne de las conversaciones imprudentes que he podido tener contra una Compañía, que tan bien ha merecido de la Iglesia de Jesucristo².»

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 48, Parte segunda, pág. 48. Este Padre tuvo la dicha, por él tan suspirada, de asistir á este solemne acto.

² CRÉTINEAU JOLY, *Historia de la Compañía de Jesús*, Tomo V, Capítulo XXXVIII.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XI

Carta del P. Monzon, en que notifica á los duques de Villahermosa la restauracion de la Compañía de Jesús y el rápido acrecentamiento de la misma en Roma. — Principios de la persecucion en Rusia. — Expúlsase de San Petersburgó á los Padres. — Fernando VII trata de restablecerlos en España. — Consulta á Pío VII, y respuesta del Soberano Pontífice. — Reales decretos para la reposicion de la Compañía en todo el reino de España y en las posesiones de ultramar. — Dictámen del fiscal del real Consejo D. Francisco Gutiérrez de la Huerta. — Vuelta de los jesuítas españoles á su patria.

1814 — 1816

Con haber referido la vida del V. P. José Pignatelli hasta su glorioso tránsito á la patria de los justos, y las persecuciones de la Compañía de Jesús hasta su pública y solemne restauracion por Pío VII en la universal Iglesia, hemos cumplido lo que promete el título de esta historia, y podríamos dar nuestra obra por terminada. Sin embargo, en obsequio á los lectores, juzgamos conveniente completarla en alguna manera, añadiendo varias noticias, referentes ya al Venerable Siervo de Dios, ya tambien á las principales vicisitudes de la renaciente Compañía en su reaparicion y en los principios de su restablecimiento en aquellas naciones, cuyos regios ministros con mayor y más obstinado empeño habían insistido en aniquilarla para siempre. Comencemos por lo que acontecía en Roma verificado ya el restablecimiento.

Uno de los primeros cuidados de los Padres del Buen Consejo fue hacer participantes de su inmenso gozo á los señores duques de Villahermosa, como se verá en la siguiente carta, en la que además se trata ya del asunto de la introduccion de la causa del P. Pignatelli y de los fundados temores de entorpecimientos de la misma. Dice así la carta:

«Excmo. Señor. — A 13 del corriente recibí la apreciatísima de V. E. de fecha 16 del pasado; y esta es la segunda que he recibido después de su vuelta á Madrid. Yo le tengo escritas varias cartas: en una del mes de Agosto iba incluida la Bula del restablecimiento de la Compañía: en la última avisaba cómo se iba á dar providencia sobre dos cajones de cuadros, y no sé si de otras cosas, que el P. Joseph enviaba á la señora duquesa, los cuales estaban ya muchos años en Liorna, y cómo pensaban los encargados de ellos hacer la expedicion para Barcelona. No he tenido sobre esto ulteriores noticias¹.»

«El P. Guzman, de quien V. E. habla, aquí no es conocido: ciertamente no era nuestro Procurador; y se tiene por seguro, que habrá sido un embustero, que con este título habrá sacado algun socorro. De aquí partió uno que no era sacerdote, y con una carta fingida en mi nombre, y con el título de Procurador de los Padres del Buen Consejo, Jesuitas, en Roma, engañó en Génova á un español, y le sacó un centenar, creo, ó más, de duros. Nosotros no hemos recibido por ninguna parte dinero enviado de la excelentísima señora madre. He escrito al Sr. Salucci á Liorna, para saber si él tiene noticia de esto: estoy esperando la respuesta.»

«El P. Arévalo muy agradecido á la memoria que de él con-

¹ Estos son los cuadros y otros objetos artísticos coleccionados por el P. José y reunidos en la casita que tuvo alquilada en Bolonia. Esta casa supone el P. Boero que el Venerable la dejó al pasar á Parma, y que entonces envió á la sobrina los dichos objetos. Ya hemos visto cómo conservó la casa hasta la reposicion de la Compañía en Nápoles; y así como entonces trasladó á esta corte su rica biblioteca, así debió de remitir á España los dos cajones detenidos en Liorna hasta este tiempo.

serva V. E., le pide excusa, si no ha podido, ni puede por ahora, satisfacer á sus devotos deseos sobre hacer los himnos de los santos de España, atendidas las muchas necesarias ocupaciones, en que es preciso se emplee por razon de su empleo de teólogo de la Penitenciaria. De los santos de la Compañía, los tiene hechos: estos se los llevaron á Sicilia, y no quedó copia en su poder. El dicho Padre humilla á V. E. sus más rendidos respetos.»

«De la vida y causa de nuestro buen P. Joseph, no sé qué decir. Apenas llegó á Roma el Santo Padre, nuestro Superior presentó á Su Santidad una memoria, en que se pedía la introduccion de la causa: la peticion la remitió al secretarió de la Congregacion de Ritos; y luégo pasó el manuscrito de la vida á un procurador, como dicen, de santos, para examinarla y sacar de ella los puntos necesarios para poder comenzar el proceso. Pero como todo se ha hecho sin las debidas consideraciones, y sin las consultas de muchos, que parece deben preceder en negocio tan serio, sin pensar á lo mucho que es necesario, aun para comenzarlo, gastar, (y no se sabe de dónde sacarlo;) temo, que al mismo comenzar se deba arenar esta causa: no porque no sea digna de tratarse, sino porque lo que no se ha hecho ántes, se habrá de hacer después. El haber dado fuera la vida en el modo dicho, ha sido la causa que no se haya podido imprimir: medios no hubieran faltado.»

«Aquí sabemos, que el negocio del regreso de los nacionales á España va bien; y que se trata, que se haga con honor y comodidad, aprobándolo todo el Santo Padre.»

«Ya escribí, que con ocasion segura se enviarán las reliquias, las estampas grandes y pequeñas del P. Joseph, y juntamente el descargo del dinero, que quedaba en mi poder de razon de V. E., que se ha empleado en remendar la lámina, que se sacó grande, y con todo eso no ha salido cual debiera ser.»

«La noticia del nuevo estado de V. E. ya nos había llegado¹:

¹ Casó el duque D. José Antonio en 14 de Setiembre de 1814 con D.^a María Fernández de Córdoba y Pacheco.

mucha alegría tuvimos de la buena suerte, que Dios le ha deparado en la compañera que le ha dado, señora de tales prendas y de sentimientos tan conformes á los de V. E.: por lo que no dudamos que el Señor sobre los dos echará con abundancia sus celestiales bendiciones, y que una gran parte tocará á la que ha procurado tan feliz union. Mil parabienes en el Señor: esperamos, que Dios dará el fruto que se desea; y que puedan gozar del bien que poseen por largos años: para lo cual no dejaremos nosotros de presentar nuestras continuas oraciones al dador de toda prosperidad.»

«Ya suponíamos el gozo que han tenido del nuevo feliz suceso de la Compañía, viéndola restablecida; afectos puros del noble y piadosísimo corazón de VV. EE. El estado nuestro es el que sigue: en esta casa profesa somos más de ciento: se han recogido en ella, á más de los españoles que ya estaban, muchos nacionales venidos de todas partes: el noviciado se abrió, y son más de sesenta los novicios, que en él viven y profesan la vida religiosa¹. Envío la lista de los nombres de cada uno, creyendo que esto pueda ser del agrado de todos, especialmente de la señora duquesa madre. Al principio del año venidero se abrirá un colegio en Terni, otro en Urbino, en donde jamás hubo jesuitas, y se completará y ajustará el de Tivoli. Es necesario tiempo, para poder tener sujetos hábiles para todos los ministerios. Dios, que ha comenzado la obra, la llevará adelante.»

«Acabo con ponerme, y todos estos venturosos Padres, á la disposicion y órdenes de la señora duquesa, con aquel respeto y veneracion, que se debe á una madre tan digna y tan amante; de V. E., que se digna tenernos en grado de particulares hermanos en Jesucristo; y de la señora duquesa esposa, á quien

¹ El número de sesenta novicios, que entraron en la Compañía en Roma el primer semestre de su restablecimiento, prueba bien á las claras que todas las calumnias propaladas contra ella, no habían logrado arrancar del pecho de los católicos el amor y estima de los hijos de Ignacio. No es menos consolador lo que por este mismo tiempo sucedía en España, como se dirá.

obsequiamos con la más rendida veneracion. Pidamos á Dios los unos por los otros mutuamente, que nos conceda aquellos bienes que más valgan, y nos aseguren de nuestra salvacion. *Fiat, fiat.*— Su más rendido y humilde siervo. — AGUSTIN MONZON, de la Compañía de Jesús. — Roma, 22 de Diciembre de 1814. — Excelentísimo señor duque de Villahermosa.»

En el mismo tiempo en que las naciones hasta ahora contrarias á la Compañía iban á acogerla nuevamente, preparábase á echarla de su seno la que en el universal naufragio la había ofrecido providencialmente un puerto de refugio. Apenas fue recibida en Rusia la Bula con que Pío VII restableció la Compañía, el P. General Brzozowski, deseoso de fijar su residencia, á imitacion de sus predecesores, en la capital del cristianismo, pidió al emperador Alejandro facultad para trasladarse á Roma, y no le fue posible conseguirla.

La Rusia, comunicando con Inglaterra durante las luchas contra Napoleon, habia experimentado notables mudanzas. La masonería se propagó en el imperio con rapidez; y no menos que ella, la sociedad bíblica, de la cual fue ardiente protector y propagador el viejo metropolitano Siestrzencewicz, con gran sentimiento de Pío VII, que se quejó con él amargamente.

Los franemasones renovaron sus ataques contra la Compañía restaurada, y concentraron sus fuerzas en Rusia, que la había conservado. En la logia de los Polacos Unidos, Oriente de Varsovia, en 24 de Marzo de 1815 se cantó una elegía, cuyo título era: *Alarma de la civilizacion por el restablecimiento de la Compañía de Jesús en todo el mundo.* En una de sus estrofas se decía:

Herid, aplastad, arrojad los monstruos de los Jesuitas,
Empuñad la clava del Hércules de Ferney;
Para impedir que estos monstruos despachen sus mercancías,
Deshonradlos sin piedad, haced añicos su reputacion.

Uno de los ministros, que más presto lograron seducir, fue el de cultos, que lo era el príncipe Galitzin, el cual estaba receloso de que los Padres atrajesen á los rusos al catolicismo. Dos

sobrinos de este príncipe eran alumnos internos en el colegio de San Petersburgo. El mayor, de solos trece años, estudiaba filosofía: era un ángel en sus costumbres, de ingenio privilegiado, y cismático celoso; tanto, que se propuso convertir á su maestro el P. Rozaven al cisma. El Padre escuchaba sus argumentos como cosa de niños. Pero llegó el colegial á proponérselos tales, que el maestro creyó necesario responder á ellos con los que á él le convencían de la verdad de su creencia.

Penetrólos el jóvencito tan profundamente, que se resolvió á hacerse católico. El príncipe, su tío, se persuadió con esto de que eran una realidad sus sospechas. El P. General, en carta de 15 de Enero de 1815, escribía al P. Landes, Rector de Polotsk: «Hase levantado aquí una terrible tormenta, movida por el enemigo de todo bien. La ocasion de ella ha sido, que pasando las fiestas de Navidad en casa de uno de sus primos el sobrino del príncipe Galitzin, ha declarado categóricamente á su tío, que quería abrazar el culto católico. Nos queda el consuelo de que ninguno de nuestros Padres ha promovido esta conversion. El príncipe no lo quiere creer; y ha escrito acerca de esto al emperador.» Este se hallaba en el congreso de Viena.

Al volver de él á San Petersburgo, un suceso desagradable le indispuso con la Compañía toda. La señora de Narychkin, con quien el emperador estaba en trato ilícito, como Luis XV con madama de Pompadour, había resuelto salir de su mal estado, porque el P. Perkowski, con quien fue á confesarse, le negó la absolucion, si no quitaba aquel escándalo. El príncipe Galitzin aprovechó esta coyuntura para vengar la conversion de su sobrino. «Llamó al metropolitano,» dice Szantyr, autor contemporáneo, «y le pidió su parecer sobre este particular. Siestrzencewicz, aprovechando esta ocasion, propuso el destierro de los jesuitas, é indicó la manera de ejecutarla, que copió de la que adoptaron los otros países para expulsar la Compañía.»

Desde aquel momento estuvo decidida la expulsion de Rusia. Por de pronto solamente se ejecutó en San Petersburgo, por respeto, segun parece, á la persona del P. General, que tantas

significaciones de respeto había recibido. El 20 de Diciembre de 1815 se firmó el úkase del destierro: y la misma noche del 20 al 21 se practicó con los Padres del colegio de San Petersburgo ni más ni menos que lo que hizo Aranda con todos los de España en 1767. Los Padres, temerosos de que se los sepultara en las nieves de la Siberia ó en oscuros calabozos, respiraron al ver que su destino era la Rusia Blanca¹.

Muy diversamente que en el imperio ruso empezaban ya á verse las cosas en nuestra patria, en donde por fin se hizo justicia á la Compañía y se reconoció públicamente su inocencia. Así como los reyes de España Carlos III y Carlos IV, miserablemente engañados por sus pérfidos ministros, fueron los que más trabajaron contra la Compañía, urgiendo su extincion y estorbando su renacimiento; así tambien Fernando VII fue el primero, que, solicitado por su pueblo, pidió para la monarquía su restablecimiento, después que Pio VII la hubo canónica y universalmente restaurado. Para proceder el rey con más acierto en este negocio, comunicó sus intentos á Su Santidad, y le pidió su parecer.

A 15 de Diciembre de este mismo año de 1814 le respondió el Papa en los términos siguientes: * «No podemos explicar bastantemente con palabras cuán grande alegría en el Señor produjo en nuestra alma el entender por la carta de V. M. que la resolucion por Nós tomada de levantar de sus cenizas á la Compañía de Jesús por nuestra Constitucion de 7 del pasado Agosto, había sido muy del agrado de V. M. y que quería llamarla á sus reinos.»

* He aquí el texto latino de la carta:

Cum primum ex Catholica Majestatis Tuæ litteris intelleximus, initum a Nobis Societatem Jesu e suis cineribus excitandi consilium, quod per Constitutionem Nostram VII Idus præteriti Augusti datam jam executioni mandavimus, perquam jucundum Tibi accidisse, necnon in animo Tibi esse eandem Societatem Tua in Regna revocare, satis explicare non possumus, quanta animus noster lætitiæ voluptate in Domino affectus fuerit.

¹ Véase al P. ZALENSKI, Tomo II, Libro VI, Capítulos I y II.

«Aunque las justísimas razones que Nos movieron á restablecer aquel tan saludable instituto, recomendado, aprobado y confirmado por tantos Romanos Pontífices predecesores Nuestros, con toda evidencia Nos demostraban que esta Nuestra determinacion había de recibirse con el mayor regocijo por todos los cristianos; con todo Nuestra alegría llegó á su colmo, al saber que esto había sido sumamente grato y gustoso á V. M., Nuestro muy amado hijo, cuya cristiandad, sabiduría y prudencia justamente admiramos.»

«Y tanto más Nos hemos alegrado, cuanto que esperamos que los reinos de V. M. han de reportar abundantísimas ventajas de la vuelta de los Regulares de la Compañía de Jesús. Pues estos religiosos, como lo manifiesta la experiencia de muchos años, no solamente esparcen el buen olor de Cristo en donde quiera que se encuentran, por la probidad de sus costumbres del todo conformes á las leyes del Evangelio; sino que además se esfuerzan con todo ahinco en procurar la salvacion de las almas. Para conseguir este fin juntan la integridad de la vida con el ornamento de toda suerte de ciencias, y se dedican con inmenso fruto á propagar la religion, á defenderla de los impíos ataques

Etsi justissimæ illæ causæ, quæ Nos ad Institutum illud tam salutare, atque a tot Romanis Pontificibus, Decessoribus Nostris, commendatum, adprobatum, confirmatumque restituendum impulerant, apertissime Nobis demonstrarent, maximo cum gaudio ab omnibus Christi Fidelibus propositum hoc Nostrum auditum iri; ad summam tamen lætitiã nostram accessit cumulus, cum Tibi, charissime in Christo Fili Noster, cujus Religionem, Sapientiam, Prudentiamque jure admiramur, gratum in primis acceptumque fuisse cognoscimus.

Atque ea de causa potissimum lætati sumus, quod magna Nobis affulsit spes, fore, ut amplissima Majestatis Tuæ Regna ex Presbyterorum Regularium Societatis Jesu reditu uberrimam utilitatum copiam percipiant. Nam, ut longa annorum experientia docuit, iidem Societatis Jesu Regulares Presbyteri non modo ob probatos eorum atque ad Evangelicam vitam conformatos mores bonum, ubicumque terrarum degunt, Christi odorem longe lateque diffundunt; sed ad animarum salutem procurandam tota animi contentione se conferunt. Quem ad finem consequendum omnigenarum scientiarum supellectilem cum vitæ integritate copulantes, in amplificanda Religione, eaque a nefariis impiorum hominum conatibus defendenda, in corruptis Christiano-

de hombres malvados, á arrancar de sus malas costumbres á los cristianos atrayéndolos á buena vida, y á formar la juventud en las letras y en la piedad.»

«Por lo cual no dudamos, que esta Compañía de religiosos, llamada á los dominios de Vuestra Majestad y aplicada al ejercicio de los ministerios propios de su instituto, hará que vuelvan á florecer cada día más y más, y tomen consistencia, el amor á la Religion Católica, el estudio de las bellas artes y la pureza de las costumbres cristianas. Á estas ventajas seguiránse muchas otras, cuales son el amor y debido respeto á su Soberano, la inquebrantable paz y union entre los vasallos, la tranquilidad, la seguridad, y por decirlo en una palabra, la felicidad de los pueblos á V. R. M. encargados.»

«Así que por tantos y tan grandes bienes Nos congratulamos no solamente con V. M., Nuestro muy amado hijo en Cristo, sino tambien con toda la nacion española, á la cual amamos entrañablemente en Cristo por su constante adhesion á la Religion Católica, y por tantos y tan ilustres méritos contraidos para con Nós y con esta Nuestra Apostólica Sede: ella será la primera entre las demás de todo el mundo, que recogerá los

rum Fidelium moribus ad bonam frugem revocandis, in juventute ad omnem litterarum et pietatis Christianæ rationem informanda, summa cum utilitate versantur.

Quamobrem dubitare nullo modo possumus, quominus hac Religiosorum hominum Societate in Regna Majestatis Tuæ revocata, ac propriis Instituti sui muneribus fungente, et Catholicæ Religionis amor, et bonarum artium disciplina, et Christianorum morum sanctitas reflorescat, atque in dies magis magisque confirmetur. Quas utilitates aliæ quamplurimæ consequentur; amor videlicet, debitumque erga Regem obsequium, jugis Civium inter se concordia, tranquillitas, incolumitas, privata denique, ut omnia uno verbo complectamur, et publica Populorum Regiæ Majestatis Tuæ auctoritati commissorum felicitas.

Nec vero Tibi dumtaxat, charissime in Christo Fili noster, sed etiam universæ Hispanorum nationi, pro tot tantisque utilitatibus gratulamur: quod Natio isthæ, (quam Nos ob constans ejus in Catholicam Religionem studium, ob tot tamque præclara ejus in Nos atque hanc Nostram Apostolicam Sedem merita maxime in Christo diligimus) inter primas aliarum terrarum gentes saluberrimos illos fructus colliget,

saludables frutos que Nos propusimos en bien de todos los fieles, al restaurar este tan laudable instituto.»

«Y á V. M. podemos asegurar, que el restablecimiento de la Compañía, cuyo santo fundador por su linaje y por su nacimiento fue español, y á la cual ilustraron tantos españoles insignes en santidad y doctrina, la cual finalmente mereció bien de toda España, será recibido por los pueblos de V. M. como un nuevo beneficio en nada inferior á los muchos y muy grandes que de Vuestra bondad y providencia ha recibido. Este beneficio estrechará con nuevo lazo los florecientes reinos de las Españas con la sagrada persona de V. M.; él ensalzará de un modo admirable la gloria de vuestro nombre ante todos los buenos, y lo recomendará á la memoria eterna de los venideros; él por último colmará Vuestros méritos con Dios, que es lo que más importa.»

«Y así como os deseamos todos estos bienes, así os exhortamos á que os apresuréis á llevar á cabo tan saludable y religiosa resolución: y para que cuanto antes podáis ponerla por obra con felicidad, á V. M. y á toda la Real familia damos Nuestra

quos in hoc tam laudabili Instituto ad pristinum statum revocando omnibus Christi Fidelibus procurandos Nobis proposuimus.

Majestati vero Tuæ omni asseveratione affirmare possumus, hujus Societatis restitutionem, ejus Sanctus ille Fundator, et genere et ortu Hispanus fuit, quam tot tamque inelyti Hispani viri et moribus et doctrina illustrarunt, quæ denique de Hispania universa tam bene merita est, a Majestatis Tuæ populis tamquam novum beneficium acceptum iri, nullique eorum beneficiorum secundum fore, quæ plurima et maxima a clementia providentiæque Tuæ acceperunt. Hoc profecto beneficium florentissima Hispaniarum Regna sacræ Majestatis Tuæ personæ magis magisque devinciet: hoc Nominis Tui gloriam apud bonos omnes mirifice provehet, et sempiternæ posterorum memoriæ commendabit: hoc denique, quod caput est, Tuis erga Deum meritis cumulum adjiciet.

Quæ omnia quemadmodum eventura Tibi ex animo cupimus, ita Te etiam hortamur, ut tam salutaris religiosique consilii executionem pericias, quam ut quamprimum, Deo favente, feliciter auspiciari possis, Apostolicam Catholicæ Majestati Tuæ, universæque Regiæ Domui benedictionem amantissime impertimur. — Datum Romæ die XV Decembris MDCCCXIV, Pontificatus Nostri anno XV.

apostólica bendición. — Dada en Roma, el 15 de Diciembre de 1814, en el año 15 de Nuestro Pontificado.»

Confirmóse el rey en su primera resolución, al leer estas halagüeñas expresiones del Vicario de Cristo. Con todo quiso seguir los trámites ordinarios; y mandó que se discutiera el asunto en su Consejo de Castilla. No todos los consejeros favorecían los designios del rey; y la misma tardanza del Consejo en responder á la real consulta, hizo temer á D. Fernando la oposicion que en él había de hallar. Advertido el jóven monarca de que el voto del Consejo no era decisivo, sino meramente consultivo, y que por lo mismo tenía autoridad independiente del Consejo para derogar por sí la pragmática sancion de su abuelo Carlos III; se resolvió á dar satisfaccion al deseo, repetidas veces manifestado de su pueblo, de que restableciera en sus dominios la Compañía de Jesús tan injusta y violentamente arrojada de ellos. Al efecto á 29 de Mayo de 1815 expidió en su palacio de Madrid el siguiente decreto:

«El Rey — Desde que, por la infinita y especial misericordia de Dios nuestro Señor para conmigo y para con mis muy leales y amados vasallos, me he visto en medio de ellos, restituido al glorioso trono de mis mayores, son muchas y no interrumpidas hasta ahora las representaciones que se me han dirigido por provincias, ciudades, villas y lugares de mis reinos, por arzobispos, obispos y otras personas eclesiásticas y seculares de los mismos, de cuya lealtad, amor á su patria, é interés verdadero que toman y han tomado por la felicidad temporal y espiritual de mis vasallos, me tienen dadas muy ilustres y claras pruebas, suplicándome muy estrecha y encarecidamente me sirviese restablecer en todos mis dominios la Compañía de Jesús; representándome las ventajas que resultarán de ello á todos mis vasallos, y excitándome á seguir el ejemplo de otros soberanos de Europa, que lo han hecho en sus Estados, y muy particularmente el respetable de Su Santidad, que no ha dudado revocar el breve de Clemente XIV de 21 de Julio de 1773, en que se extinguió la órden de los regulares de la Compañía de

Jesús, expidiendo la célebre constitucion del 7 de Agosto del año último *Sollicitudo omnium ecclesiarum.*»

«Con ocasion de tan serias instancias, he procurado tomar más detenido conocimiento que el que tenía sobre la falsedad de las imputaciones criminales que se han hecho á la Compañía de Jesús por los émulos y enemigos, no solo suyos, sino más propiamente de la religion santa de Jesucristo, primera ley fundamental de mi monarquía, que con tanto teson y firmeza han protegido mis gloriosos predecesores, desempeñando el dictado de católicos, que reconocieron y reconocen todos los soberanos, y cuyo celo y ejemplo pienso y deseo seguir, con el auxilio que espero de Dios: y he llegado á convencerme de aquella falsedad, y de que los verdaderos enemigos de la religion y de los tronos eran los que tanto trabajaron y minaron con calumnias, ridiculeces y chismes, para desacreditar á la Compañía de Jesús, disolverla, y perseguir á sus inocentes individuos.»

«Así lo ha acreditado la experiencia; porque si la Compañía acabó por el triunfo de la impiedad, del mismo modo y por el mismo impulso se han visto en la triste época pasada desaparecer muchos tronos: males que no habrían podido verificarse existiendo la Compañía, antemural inexpugnable de la religion santa de Jesucristo; cuyos dogmas, preceptos y consejos son los que solo pueden formar tan dignos y esforzados vasallos, como han acreditado serlo los míos en mi ausencia, con asombro general del universo.»

«Los enemigos mismos de la Compañía de Jesús, que más descarada y sacrilegamente han hablado contra ella, contra su santo fundador, contra su gobierno interior y político, se han visto precisados á confesar que se acreditó con rapidez; la prudencia admirable con que fue gobernada; que ha producido ventajas importantes para la buena educacion de la juventud puesta á su cuidado, por el grande ardor con que se aplicaron sus individuos al estudio de la literatura antigua, cuyos esfuerzos no han contribuído poco á los progresos de la bella literatura; que produjo hábiles maestros en diferentes ciencias, pu-

diendo gloriarse de haber tenido un más grande número de buenos escritores, que todas las otras comunidades religiosas juntas; que en el nuevo mundo ejercitaron sus talentos con más claridad y esplendor, y de la manera más útil y benéfica para la humanidad; que los soñados crímenes se cometían por pocos¹; que el más grande número de los jesuítas se ocupaba en el estudio de las ciencias y en las funciones de la religion, teniendo por norma los principios ordinarios que separan á los hombres del vicio y les conducen á la honestidad y á la virtud.»

«Sin embargo de todo, como mi augusto abuelo reservó en sí los justos y graves motivos que dijo haber obligado, á su pesar, su real ánimo á la providencia que tomó de extrañar de todos sus dominios á los jesuítas, y lo demás que contiene la pragmática-sancion de 2 de Abril de 1767, que forma la ley III, libro I, título XXVI de la Novísima Recopilacion; y como me consta su religiosidad, su sabiduría y su experiencia en el delicado y sublime arte de reinar; y como el negocio, por su naturaleza, relaciones y trascendencia, debía ser tratado y examinado en el mi Consejo, para que con su parecer pudiera Yo asegurar el acierto de mi resolucion: he remitido á su consulta, con diferentes órdenes, varias de las expresadas instancias; y no dudo que en su cumplimiento me aconsejará lo mejor y más conveniente á mi real persona y Estado, y á la felicidad temporal y espiritual de mis vasallos.»

«Con todo, no pudiendo recelar siquiera que el Consejo desconozca la necesidad y utilidad pública que ha de seguirse del restablecimiento de la Compañía de Jesús, y siendo actualmente

¹ Adviértase que esta frase se pone en boca de los enemigos de la Compañía; los cuales, á pesar de todas sus alharacas, ningun crimen han podido probar hasta ahora que se hubiese cometido por muchos ni por pocos de los antiguos jesuítas. En la rica *Coleccion de Documentos*, relativos á su expulsion de Buenos-Aires y del Paraguay, publicada en Madrid en el año 1872 por D. Francisco Javier Brabo, y en la cual, más que en ninguna otra, segun los mismos adversarios de la Compañía, deberían hallarse las pruebas de los supuestos delitos de aquellos Padres, no se encuentra ni el menor vestigio de falta alguna justificada.

más vivas las súplicas que se me hacen á este fin; he venido en mandar que se restablezca la religion de los jesuitas, por ahora en todas las ciudades y pueblos que los han pedido, sin embargo de lo dispuesto en la expresada real pragmática-sancion de 2 de Abril de 1767, y de cuantas leyes y reales órdenes se han expedido con posterioridad para su cumplimiento, que derogo, revoco y anulo en cuanto sea necesario para que tenga pronto y cabal cumplimiento el restablecimiento de los colegios, hospicios, casas profesas y de noviciado, y residencias y misiones establecidas en las referidas ciudades y pueblos que los hayan pedido; pero sin perjuicio de extender el restablecimiento á todas las que hubo en mis dominios: y que así los restablecidos por este decreto, como los que se habiliten por la resolucion que diere á consulta del mismo Consejo, queden sujetos á las leyes y reglas que en vista de ella tuviere á bien acordar, encaminadas á la mayor gloria y prosperidad de la monarquía, como al mejor régimen y gobierno de la Compañía de Jesús, en uso de la proteccion que debo dispensar á las órdenes religiosas instituidas en mis Estados, y de la suprema autoridad económica que el Todopoderoso ha depositado en mis manos para la de mis vasallos, y respeto de mi corona. Tendréislo entendido, y lo comunicareis, para su cumplimiento, á quien corresponda. En palacio, á 29 de Mayo de 1813.— Á D. Tomás Moyano.»

Este decreto fue recibido con universal aplauso por toda la nacion española; sin que nadie osara contradecirlo con adversas manifestaciones, ni siquiera desprestigiarlo con la menor censura. Los ministros, que medio siglo atrás, con extraño despotismo, habían cerrado las bocas, atajado las plumas, encadenado, cuanto les fue posible, los pensamientos, y sofocado los afectos de los católicos españoles, ya no existían; por lo tanto, el pueblo español había recobrado su verdadera libertad, y en virtud de ella hacía ostentacion de su júbilo y regocijo por el restablecimiento de la Compañía; cuyos buenos servicios no se habían borrado de su memoria, y la inocencia de cuyos hijos todos conocían. Una amarga experiencia había desengañado á los aluci-

nados; el tiempo y los infortunios les habían dado á conocer cuán diferentes eran los filósofos volterianos de los hijos del grande Ignacio.

Y si todo esto tenía aplicacion en la península, mucho más la había de tener en las colonias ultramarinas. El católico monarca no quiso en este punto desatender las aspiraciones de los pueblos, que en aquellas apartadas regiones le reconocían por su legítimo soberano. Y conociendo que la restauracion de la Compañía y de sus misiones era conforme con la voluntad de sus vasallos residentes en América y en las Islas Filipinas, expidió á favor suyo el siguiente real decreto en Madrid á los 10 de Setiembre de 1813.

«El Rey—En 29 de Mayo del presente año tuve á bien expedir el decreto siguiente.» (Copia el que va inserto en este capítulo, y después continúa de esta manera). «Ya ántes de la expedicion del inserto mi real decreto había acordado mi Consejo supremo de las Indias, á propuesta de su presidente, el duque de Montemar, hacerme presente, como lo verificó en consulta de 12 de Junio, después de haber oído á mi fiscal, la utilidad, y aun necesidad del restablecimiento de los religiosos de la Compañía de Jesús en aquellos mis dominios; apoyando uno y otro en que esta orden religiosa fue aprobada en el siglo diez y seis por la Silla apostólica, con aplauso de todo el orbe cristiano, confirmada por veinte sumos Pontífices, incluso el reinante Pío VII en la bula de su restablecimiento; habiendo formado muchos santos y merecido el elogio de otros de igual clase de historiadores sagrados y de grandes políticos y filósofos escolásticos.»

«Que en mis reinos de las Indias produjo inexplicables bienes temporales y espirituales disminuidos notablemente por su falta. Que los individuos de la enunciada orden en sus destierros, sin subsistencia, sin apoyo y aun sin libros, han edificado con su ejemplo, ilustrado con sus obras, y dado honor á su patria. Que todavía se conservan algunos naturales de aquellos mismos dominios; y que estos pocos, siendo en el día muy ancianos, llenos de experiencia, y más ejercitados en la humilla-

cion y en la práctica general de las virtudes, pueden ser para la tranquilidad de sus países el remedio más pronto y poderoso de cuantos se han empleado al logro de este intento, y el más eficaz para recuperar, por medio de su enseñanza y predicacion, los bienes espirituales que con su falta se han disminuído; no debiendo dudarse que los expresados sacerdotes, al ver que mi católico celo por el mayor servicio de Dios y beneficio espiritual y temporal de todos mis amados vasallos se fia de su fidelidad y de sus virtudes, y que, sin perder tiempo por mi parte para reparar las vejaciones que han sufrido, los convido y admito amorosamente en dichos mis dominios de Indias, harán cuanto les sea posible hasta el restablecimiento de su perfecta tranquilidad.»

«Y por último, me expuso el Consejo la importancia de que, para mayor gloria de Dios y bien de las almas, vuelvan las misiones vivas á hacerse de unos operarios tan á propósito para su adelantamiento en lo espiritual y temporal; los cuales solo contarán con la providencia, con mi magnanimidad que los llama, y con la piedad y voluntad de los fieles, que han de recibir el fruto de sus trabajos.»

«Penetrado mi paternal corazón de estas y otras poderosas razones religiosas y políticas, que con laudable celo me ha manifestado en la expresada consulta el referido mi Consejo de las Indias; condescendiendo con sus deseos y con los de todos mis amados vasallos de aquellos mis reinos, manifestados por veinte y nueve de los treinta diputados de ellas é Islas Filipinas, que se presentaron en las llamadas cortes generales y extraordinarias, los cuales en las sesiones de 16 y 31 de Diciembre de 1810, pidieron á nombre de sus provincias, como un bien de grande y conocida importancia, que la religion de la Compañía de Jesús volviese á establecerse en ellas: he venido en permitir, como permito, se admita en todos mis reinos de las Indias é Islas adyacentes, y Filipinas, á los individuos de la Compañía de Jesús, para el restablecimiento de la misma en ellos; á cuyo fin, usando de mi potestad soberana, de mi propio motu y cierta

ciencia, derogo, caso y anulo toda real disposicion, ó pragmática con fuerza de ley, que se oponga á esta mi real determinacion, dejándola en esta parte sin fuerza ni vigor y como si no se hubiera promulgado.»

«En cuya consecuencia mando á mis virreyes, gobernadores, capitanes generales con mando superior, á los gobernadores é intendentes, y á las ciudades capitales de los mencionados mis reinos de las Indias é Islas Filipinas, y ruego y encargo á los muy RR. arzobispos, RR. obispos y Venerables deanes y cabildos de las iglesias metropolitanas y catedrales de los mismos mis dominios cumplan y ejecuten, y hagan cumplir y ejecutar, cada uno en la parte que le toque ó tocar pueda, la expresada mi real determinacion, haciéndola publicar los primeros con la solemnidad acostumbrada, para que todos aquellos mis amados vasallos la tengan entendida.»

«Así mismo es mi real voluntad que luégo que se presenten en dichos mis reinos de Indias los individuos de la Compañía de Jesús, sean admitidos y hospedados en sus antiguas casas ó colegios, que estén sin destino ú aplicacion, para que se haga con prudencia el restablecimiento de la misma orden religiosa; á cuyo fin mis virreyes, gobernadores, capitanes generales de mando superior, con acuerdo de los muy RR. arzobispos y RR. obispos, y voto consultivo de mis reales audiencias, procederán á su restablecimiento, para que con la brevedad posible se verifiquen los santos fines que nuestro SS. P. Pío VII se ha propuesto y yo espero de la ciencia y virtudes de los Padres jesuitas; sin perjuicio de darme cuenta, con testimonio de los expedientes formados, para mi real aprobacion y demás disposiciones convenientes al progreso de nuestra santa religion y bien del Estado.»

«Y últimamente, mando á los mismos jefes y á las juntas superiores de mi real Hacienda de los propios mis reinos suspendan la enajenacion ó aplicacion de las casas, colegios y demás temporalidades que existan, y fueron de dichos religiosos, para devolvérselos á su debido tiempo; pues así es mi expresa y real voluntad. Dado en Madrid á 10 de Setiembre de 1815. — Yo EL

REY = Por mandato del Rey nuestro señor = *Silvestre Collar* = Hay tres rúbricas.»

A pesar de los dos reales decretos, que acabamos de transcribir, el restablecimiento de la Compañía no se realizaba ni en las provincias de Ultramar, ni dentro de la Península. Creyóse que para proceder con más acierto y seguridad, era conveniente oír el parecer del real Consejo: y con fecha 3 de Octubre de este mismo año de 1815 D. Bartolomé Muñoz de Torres, escribano de Cámara y de Gobierno más antiguo, comunicó de orden del Consejo pleno á D. Francisco Gutiérrez de la Huerta, Fiscal del mismo Consejo, el oficio, cuyo tenor es el siguiente:

«El Consejo pleno por decreto de este día se ha servido señalar el día sábado 12 de este mes para la vista del expediente formado sobre el restablecimiento de los religiosos de la orden de la Compañía de Jesús, y que se avise á V. S. y á los señores sus compañeros para su concurrencia en dicho día, y para que entreguen con anticipacion los autos que tuvieren en su poder concernientes al asunto, á fin de que el relator pueda instruirse y dar cuenta de él. Lo que participo á V. S. de orden del Consejo, en inteligencia de que para el mismo fin lo comunico á los demás señores fiscales sus compañeros.»

«Nadie más interesado,» dice Huerta, «que el Fiscal que expone, en la más pronta y más acertada resolucion de este expediente; pero nadie tampoco más persuadido de la necesidad de un exámen circunspecto y delicado, tratándose del restablecimiento de una orden religiosa, extrañada de estos dominios perpetua é irrevocablemente por pragmática sancion de 2 de Abril de 1767, á consulta del Consejo extraordinario, compuesto de personas escogidas y graves, y con conocimiento de causa, cuando menos aparente:..... de una orden expelida de los dominios de la república de Venecia en 1603: de los de Portugal en 1739: de los de Francia en 1764: de los de Nápoles en 1767; y de los de Parma y de Malta en 1768: de una orden abolida para siempre en todo el Orbe Católico por la Santidad del Señor Clemente XIV en Breve dado en Roma á 21 de Julio de 1773,

acusada de tales crímenes, y deprimida finalmente con tales y tan horrendas calificaciones de su instituto, doctrina y conducta política, que el Fiscal las ha visto con espanto, y el Consejo no podrá menos de oírlas con admiracion, cuando entienda la lectura de las consultas del Consejo extraordinario que se han traído al expediente, por remision de las secretarias de Estado y del despacho de Gracia y Justicia, adonde se pidieron los antecedentes que en ellas hubiese, como necesarios para penetrar el profundo misterio, en que quedaron envueltos para el público los motivos, que pudieron influir tan eficazmente en el justificado y piadoso corazon del señor D. Carlos III, para arrancarle una providencia tan extraordinaria como la de la expulsion, é inducirle á solicitar cerca de Su Santidad la abolicion absoluta de la Compañía, empleando para ello toda la eficacia de su celo, y toda la firmeza bien conocida de su carácter.»

«Parecía al Fiscal, que en el exámen detenido de este negocio interesaba á un mismo tiempo el decoro del soberano: la buena memoria de uno de los Monarcas más distinguidos en el catálogo de los Reyes de España, como lo indica el real decreto de 29 de Mayo último: la reputacion del Consejo, la nombradia de los prelados, ministros y fiscales que concurrieron con sus votos y pareceres á que se verificaran tan memorables acacimientos: el respeto debido á la pragmática, cédulas y reales resoluciones acordadas después de ella, y con este motivo: y en una palabra, la causa de la Religion y del Estado, que se hizo depender definitivamente del extrañamiento de estos reinos de la Compañía de Jesús, y de su abolicion perpetua en todo el Orbe Católico.....»

«Á la precision de examinar el problema sobre la necesidad, la conveniencia y el modo del restablecimiento de la Compañía de Jesús en estos reinos, al cabo de 48 años de su extrañamiento de ellos, dieron impulso y ocasion las representaciones elevadas á las reales manos en el año próximo pasado, y algunas en el presente, por los M. RR. arzobispos de Santiago, Tarragona y Búrgos; por los RR. obispos de Ibiza, Orihuela, Teruel, Barcelona,

Pamplona y Lérida; por los gobernadores capitulares *sede vacante* de Cádiz y Málaga; por los cabildos catedrales y colegiales de las santas iglesias de Sevilla, Burgos, Málaga, Barcelona, Pamplona, Mallorca, Cádiz, Manresa y Cervera; por el clero general de Guipúzcoa y por el Arcipreste y clero de Moraña en el Arzobispado de Santiago; por la junta general de Vizcaya, diputación de Guipúzcoa, ayuntamientos de Madrid, Toledo, Santiago, Valencia, Barcelona, Tarragona, Lérida, Murcia, Cervera, Cádiz, Jaen, Coruña, Málaga, Baeza, Pontevedra, Manresa, Graus, Olot, Pollenza, Moraña, y por otras diferentes personas públicas y particulares, remitidas todas al Consejo con reales órdenes sucesivas, y encargo de que consulte su dictámen sobre la solicitud, á que todas ellas terminan: y se reduce á que penetrado Su Majestad del lastimoso estado á que ha venido la educacion pública en estos reinos, del escandaloso progreso que han hecho en ellos la irreligion, el libertinaje y los dogmas subversivos, con que los apóstoles de la impiedad y los sofistas de la rebelion han atacado sucesivamente la seguridad del Altar y el Trono, puesto en combustion la Europa, y cubierto de horror, carnicería y crímenes todos los Estados del mundo Católico, después que por fruto de la más horrible y sacrílega de las conspiraciones, obtuvieran en la abolicion de la Compañía de Jesús el suspirado triunfo de allanar la fortaleza inexpugnable, levantada para contener sus progresos y preservar al mundo de tan horribles estragos; se digne (á imitacion del Sumo Pontífice reinante, y por un efecto de aquel amor ardiente con que anhela por el mejor servicio de Dios y bien de sus pueblos,) restablecer en estos dominios la Compañía de Jesús, expulsa de ellos perpetuamente en virtud de providencia arrancada por sorpresa y por exquisitas é indebidas maneras al magnánimo y piadoso abuelo de Su Majestad el Sr. D. Carlos III.»

«Dada vista á los fiscales de estas solicitudes y reales órdenes, contemplaron y pidieron como necesaria la acumulacion de cuantos antecedentes y papeles relativos al asunto se hallasen en la escribanía de Cámara del Consejo, y en los archivos de la

secretaría del despacho de Estado, y del de Gracia y Justicia; y de los que se han remitido aparece, que del primero y más principal, que es la consulta del Consejo extraordinario de 29 de Enero de 1767, solo ha venido copia simple, y tan defectuosa, que carece de la primera parte, en que debió hacerse la historia del procedimiento y la especificacion de los motivos y consideraciones legales, en que se fundaba la justicia y oportunidad de la propuesta del extrañamiento.»

«Así es que dicho documento comienza por las palabras siguientes: «Supuesto lo referido, pasa el Consejo extraordinario á exponer su dictámen sobre la ejecucion del extrañamiento de los Jesuitas, y demás providencias consiguientes, para que tenga debido y arreglado orden y cumplimiento en todas sus partes.»

Pasa luégo el Sr. Huerta á exponer los procedimientos del Consejo extraordinario, y sigue paso por paso los medios de que se valió para dar algun color de justicia á su obra, á todas luces inicua, de la expulsion de todos los dominios del rey de España: descubre las maquinaciones con que se propuso obtener del Sumo Pontífice la total abolicion de la Compañía: finalmente con gran copia de erudicion, con inflexible lógica, y con la imparcialidad propia de quien está seguro de salir airoso de su empeño, va refutando una por una todas las malignas calumnias aglomeradas por el Consejo contra la Compañía, y ya, anteriormente á él, tantas veces refutadas, cuantas habian sido propuestas por los herejes y por todos los enemigos de la Compañía.

Refutados victoriosamente los argumentos y descubiertas las falacias de los adversarios, continúa el Sr. Huerta, y dice: «No se extrañe por lo tanto que el Fiscal concluya diciendo que las acusaciones dirigidas contra el instituto, la doctrina y conducta de la Compañía para precipitar el extrañamiento y la abolicion de la Orden en todos los países católicos, se presentan á la escasa luz de su critica, falsas en la realidad, injustas en la sustancia, ofensivas de la razon, y funestas en sus efectos á la religion y á la política deprimidas y degradadas desde entonces.»

«La razon sufrió los ultrajes de ver antepuestas las aparien-

cias á la realidad, la posibilidad á la experiencia, los terrores imaginarios á las seguridades de la confianza, los ardidés de la reticencia y del secreto á los pasos generosos de la franqueza legal, las acusaciones monstruosas á las apologías convincentes, los sofismas de la preocupacion á los desengaños de la prudencia, y el lenguaje de la pasion al de la ley y al de la templanza: sufrió los ultrajes de ver despreciados como inútiles más de 200 años de posesion, como abusivas las bulas, reales cédulas, cartas solemnes y declaraciones ejecutoriales en favor del instituto; como perjudiciales las estipulaciones garantidas con la seguridad de la fe pública; como inútiles é insubsistentes los principios de la justicia que prohíben condenar al inocente por los delitos del culpado, á los vivos por los de los difuntos, á los nacionales por los de los extranjeros, á todos por los de algunos, ó lo que es lo mismo, al cuerpo por los de sus miembros; siempre sin prueba, siempre sin justificacion, siempre sin audiencia, y siempre con el desconsuelo de privar á los castigados hasta de la esperanza de poder vindicar su inocencia, y aun de la de volver algun día á besar el suelo de su amada patria.»

«La Religión tuvo el desconsuelo de ver que la obra de San Ignacio, sellada con las aprobaciones de tantos Pontífices, distinguida con la proteccion y las gracias de tantos Príncipes, habia sido proscripta por el filosofismo con el sello de la ignominia y las marcas de la abominacion. Vio incluir en el catálogo de los delitos prácticas piadosas colocadas por la Iglesia en la clase de las virtudes. Vio romper lazos sagrados á impulsos de la violencia; arrancar á millares de inocentes de los asilos de la piedad, escogidos para retiros de por vida; religiosos disueltos por la autoridad temporal, sin concurso, y antes bien contra las reclamaciones, de la espiritual. Vio restituir, á pesar de ellas, las conquistas de la fe al imperio de la idolatría, y los pueblos civilizados por el Evangelio, á las coyundas de la barbarie. Vio estatuas despedazadas, templos desiertos, altares profanados, pulpitos mudos, neófitos abandonados, la juventud sin guías, las familias sin consuelo, los infelices sin medianeros, los eclesiásti-

cos sin cooperadores y émulos, los altares sin un cuerpo de ministros celosos, y la viña del Señor sin tantos obreros escogidos é infatigables en su cultivo. Y vio en fin con lágrimas de amargura que la impiedad y la disolucion habian enarbolado ya sus abominables trofeos sobre las ruinas de una Compañía fundada para debelarlas, y acostumbrada á destruirlas.»

«La política ilustrada no pudo menos de gemir en el silencio sobre las ruinas de tantos establecimientos formados por ella misma para conservar las buenas costumbres y para apoyar en estas la seguridad de los particulares, la estabilidad de los cuerpos, la obediencia de los pueblos, la autoridad de los magistrados, la soberanía y la inviolabilidad de los Reyes. Gimió al ver que se desecaba maliciosamente el manantial de tantas instrucciones¹ necesarias; que se cortaba la raíz de tantos trabajos útiles; que se sofocaba el brote, y se disipaba la semilla, de tantos hombres insignes; que se despojaba á la piedad y á la ciencia del depósito de la enseñanza para ponerle en manos de la ventura, ó tal vez en las de la ignorancia, y acaso acaso en las del vicio corruptor de la inocencia; y que se quitaba al Trono un cuerpo de vasallos fieles, á la patria un cuerpo de ciudadanos laboriosos é irreprochables, para encargar de su custodia á los anarquistas y rebeldes.»

«Pero lo más sensible de todo no es que la justicia, la religion y la política no fueran poderosas en la época desgraciada de la persecucion Jesuítica de precaver tamaños agravios; sino que no lo hayan sido tampoco de obtener su reparacion en el largo espacio de media centuria de años, y á pesar de tantos desengaños. De modo que si se mira y considera su magnitud en razon compuesta, segun corresponde, de la trascendencia y duracion de los efectos del extrañamiento; no hay por qué debamos admirarnos de la espantosa revolucion, que tocamos, en el orden moral y político de las cosas, comparado el que tenían ántes, y aun al tiempo, de la expulsion Jesuítica con el que tienen en el día.»

¹ Sic. Querrá decir *instituciones*.

«Solo por un efecto del más lóbrego y afectado pirronismo pudiéramos negarnos á confesar cuáles y cuán amargos han sido los resultados de aquellas lisonjeras esperanzas, con que, para embozar más y más la incertidumbre de los motivos de justicia, se invocaron en favor de la necesidad del extrañamiento los intereses y los vaticinios halagüeños de la política.»

«Para destruir el fanatismo religioso, es necesario,» se dijo, «la destrucción de la Compañía;» y la Compañía se destruyó. ¿Más qué fue del fanatismo religioso? Lo que debía ser y significaban estas palabras en el lenguaje misterioso y profundo de los conspiradores, según el mismo Condorcet, cuya autoridad dejamos copiada más arriba¹: la persecucion y la ruina intentada de los altares del Cristianismo en los países católicos; fingiendo, para conseguirlo, que solo se aspiraba para depurarle de las extrañezas groseras de la supersticion; aparentando que solo se pretendía una semi-tolerancia religiosa y la amputacion de algunas ramas, pero sin olvidar de ningun modo que los golpes de la segur debían ir dirigidos siempre al tronco del árbol hasta conseguir cortarle por el pie.»

«Este era el verdadero fanatismo contra que se conspiraba. Este el valor entendido de las palabras del mote *Destruid el infame*, con que alentaba Voltaire el celo y la constancia de sus cooperadores escogidos y predilectos en los dogmas de la filosofía anticatólica. Este el blanco, á que se dirigieron los esfuerzos combinados de tantos apóstoles de la impiedad, como anunciaron por todas partes, de todos modos y en todas formas el Evangelio de la apostasia de la Religion del Crucificado; y estos los votos que transmitieron al Jacobinismo, continuador de sus planes y depurador celoso del fanatismo en Francia, Italia, España y demás países, en que la credulidad indiscreta y el lenguaje seductor de las pasiones hizo suspirar á algunos por la pronta ruina de un cuerpo acusado de fautor del fanatismo y enemigo decla-

¹ Véase este pasaje de Condorcet en la Introduccion de esta historia, pág. XIII.

rado del pronto suceso de una revolucion, anunciada como la época en que debía volver el género humano al optimismo de los siglos llamados «de la edad de oro.»

«No es necesario apelar á la historia para averiguar cuál haya sido el cumplimiento de estas halagüeñas predicciones. Vivos están algunos de los que oyeron sus primeros anuncios; algunos de los que presenciaron los primeros ensayos, y especialmente el de la proscripcion Jesuítica; é innumerables los que han sido testigos del desenlace progresivo de esta suspirada revolucion religiosa, verdadero principio y complemento de todas las desgracias y de todos los horrores, con que Dios, justamente irritado, ha afligido á la Europa en los últimos treinta años, para castigo del orgullo y de la verdadera conspiracion de los hombres contra sus altares, á título de purificarlos de las inmundicias de la supersticion y del fanatismo.»

«El Fiscal cuenta con el apoyo de la voz pública para asegurar, que si las puertas del infierno hubieran podido prevalecer contra la obra de Jesucristo; la Europa moderna no oiría hablar de la Religion de sus padres, como lo profetizó Condorcet, sino en la historia y en los teatros; ni recordaría las épocas de la impiedad legislatora en las convenciones y asambleas nacionales, ni los directorios ejecutivos, ni las proscripciones del sacerdocio, ni la reclusion de los templos, ni la extincion de las órdenes religiosas, ni las degollaciones del Cármen de París, ni el reinado de los Robespierres y consortes, ni los ejércitos caramoñales é imperiales armados de hachas incendiarias contra el santuario y los altares en todos los países invadidos, ni las violencias y ultrajes personales cometidos con los Pontífices, ni tantos otros sacrilegios; sin advertir desde luégo, que el primer anillo de esta cadena de abominaciones, justificada siempre con el especioso pretexto de perseguir el fanatismo, era el exterminio de la Compañía, como necesario y preliminar á la obtencion del triunfo deseado.»

«La filosofía,» decía Rabaut, uno de los cabezas de la revolucion de Francia, en el compendio que publicó de ella, «no pudo

hacer progresos en el reino á pesar de medio siglo de esfuerzos, hasta que fueron proscriptos de él los Jesuitas, que oponían el mayor obstáculo á la propagacion de sus luces, porque eran los enemigos más hábiles, más diestros y constantes en hacer la guerra.» Á lo que puede añadirse el testimonio reciente de Manuel Alonso de Viado, en el discurso que pronunció en la logia de Santa Julia, de esta capital desgraciada, bajo del gobierno intruso, á 20 de Mayo de 1812: en el que, después de lamentarse de la persecucion de la masonería por el Tribunal de la Fe en España, continúa diciendo: «Antes de estas tristes ocurrencias había amanecido la aurora de la filosofía en las logias luteranas de Wüttemberg y Dresde; pero lejos de bañar con su luz el horizonte español, tuvo en él su cuna la sociedad de los Jesuitas, consagrada únicamente á exterminar los masones y á defender la ilusoria autoridad de la Silla Apostólica. Ignacio de Loyola, dotado de imaginacion ardiente, de humor hipocondriaco, de genio adusto, y tan supersticioso como atrevido, instituye y re-eluta aquella legion de soldados del Papa..... y el perspicaz Lainez perfecciona un instituto enemigo..... del sacrosanto derecho que tenemos los hombres de adorar á Dios segun nuestra conciencia. Ved aquí, hermanos, las causas que opusieron á la masonería un fuerte valladar para que no se domiciliase en nuestro desventurado país.» Pero si es así que la Religion ha resistido entre nosotros á los esfuerzos impotentes de la conspiracion y de la iniquidad, auxiliados con los del aturdimiento en los unos y el libertinaje de los otros; no por eso puede ni debe desconocerse el estado de abatimiento y degradacion á que la han reducido tantos y tan repetidos ataques dirigidos á exterminarla.»

Da fin el Sr. Huerta á su magnífico discurso exponiendo breve y compendiosamente su parecer con estas palabras: «Por resultado y conclusion de todo lo dicho, es de sentir el Fiscal, que el Consejo, en debido cumplimiento de lo que le está encargado por el soberano decreto de 29 de Mayo de este año, y reales órdenes anteriores, podría consultar á S. M. con dictámen fa-

vorable á que se declare que el restablecimiento acordado en el primero, de la Compañía de Jesús, con derogacion de la pragmática y leyes prohibitivas que en el mismo se expresan, y á solicitud de algunas ciudades y pueblos, haya de ser y entenderse: primero: conforme al instituto aprobado por Paulo III y bulas confirmatorias posteriores, y última constitucion de Su Santidad de 21 de Agosto del año próximo pasado¹, y para la más puntual observancia de las reglas en uno y otras contenidas, á que deberán ajustarse la Orden y sus individuos en el ejercicio de la vida religiosa y ministerios de su profesion. Segundo: general y extensivo á todos los pueblos de la Monarquía en el Continente y Ultramar, en que se hallaban establecidos los Jesuitas al tiempo del extrañamiento. Tercero: ajustado en todo á las calidades y reservas indicadas, ó que se estimen más convenientes á prevenir abusos y perplejidades, y á preservar de todo perjuicio las regalías soberanas, la jurisdiccion ordinaria eclesiástica, y los derechos de terceros interesados. Cuarto: y reducido, en cuanto al reintegro de las casas, colegios, bienes, rentas y efectos de la antigua pertenencia del cuerpo, á las declaraciones preinsertas, ú otras que el Consejo consulte, y Su Majestad estime más oportunas; en cuya ejecucion y cumplimiento y el de todas sus incidencias y dependencias deberá entender la Junta creada por real órden de 19 de Octubre próximo anterior, en el modo y forma que en la misma se previene, y con la plenitud de facultades que por ella se la disciernen.»

«Así lo estima el Fiscal; pero el Consejo sabrá, como siempre, acordar y proponer á S. M. lo que sea más justo y acertado. — Madrid 21 de Octubre de 1815.»

Conformóse el Consejo con este dictámen, y Fernando VII el 3 de Mayo de 1816 firmó la real cédula de restablecimiento de los jesuitas en todos los dominios de España.

En virtud del primer decreto del soberano habían vuelto á su patria algunos jesuitas españoles. Ya el *Diario de Roma* de 23 de

¹ Sic. Querrá decir de 7 de Agosto.

Setiembre de 1815 escribía: «El lunes último emprendieron su viaje para Madrid los religiosos jesuitas españoles P. Zúñiga, que era Provincial de Sicilia, (desde Noviembre de 1807,) de donde llegó últimamente á Roma, elegido Comisario general para el restablecimiento de la Compañía de Jesús en las Españas; el Padre Juan de Osuna; el P. José Silva, en calidad de Secretario, y un Coadjutor¹.» En efecto: el P. Comisario con sus compañeros estuvieron en España desde la segunda mitad de 1815; pero los demás, que estaban en Italia, no vinieron hasta el año siguiente, cuando se les comunicó la real cédula, expedida por el rey después que el Consejo se conformó con el ilustrado dictámen del fiscal Gutiérrez de la Huerta.

Uno de estos fue el autor del Diario, P. Manuel Luengo, que nos ha suministrado tantas noticias para esta historia. Al entrar en su tan suspirada patria, le sorprendió la muerte en Barcelona el 12 de Noviembre de 1816.

¹ El P. Manuel Zúñiga, nacido en Alba de Tormes el 2 de Febrero de 1743, había entrado en la Compañía en 16 de Setiembre de 1758, y unídose al P. Pignatelli en el restablecimiento de la Compañía en Nápoles. Hizo la profesion en 15 de Agosto de 1806, y murió en Madrid el 14 de Marzo de 1820.

El P. Silva fue sevillano. Nació en 21 de Febrero de 1750: entró en la Compañía el 15 de Abril de 1765: hizo la profesion el 3 de Abril de 1815, y murió en Utrera el 27 de Octubre de 1829.

El P. Juan de Osuna, nació en Córdoba en 19 de Enero de 1745: entró en la Compañía el 24 del mismo mes de 1750, y murió en el colegio imperial de Madrid á los 21 de Mayo de 1818.

CAPÍTULO XII

La Compañía en Francia. — Carlos Manuel, rey de Cerdeña, en el noviciado de Roma. — Favorable acogida de los Padres en España. — Entusiasta recibimiento de los mismos en Manresa. — Fallecimiento de la duquesa de Villahermosa, sobrina y cooperadora del Venerable P. Pignatelli en la restauracion de la Compañía de Jesús. — Breve reseña de las extraordinarias virtudes de la difunta señora.

1815 — 1816

Luégo que Pío VII restableció la Compañía, y mientras en España se estaba proclamando su inocencia de una manera tan pública y solemne, y por personas tan autorizadas, fue enviado por los Superiores á reponerla en Francia el P. de Clorivière¹, que tuvo la fortuna de acoger en su seno un gran número de sacerdotes de los conocidos con el nombre de *Padres de la Fe*, á los que se fueron juntando muchos jóvenes, deseosos de abrazar el Instituto de San Ignacio. Contentáronse con vivir como simples eclesiásticos, aprovechándose del derecho de asociacion que la Carta constitucional concedía á todos los ciudadanos. Por todas partes eran buscados para ejercer los ministerios, y algu-

¹ El P. Pedro José Picot de Clorivière nació en Saint-Maló en 29 de Junio de 1735; entró en la Compañía en 1756 y murió en París el 9 de Enero de 1818. Al morir, había abierto ya siete casas ó colegios, habitados por unos ciento cincuenta jesuitas. El P. Jaime Terrien acaba de escribir una interesante vida del P. Clorivière.

Setiembre de 1815 escribía: «El lunes último emprendieron su viaje para Madrid los religiosos jesuitas españoles P. Zúñiga, que era Provincial de Sicilia, (desde Noviembre de 1807,) de donde llegó últimamente á Roma, elegido Comisario general para el restablecimiento de la Compañía de Jesús en las Españas; el Padre Juan de Osuna; el P. José Silva, en calidad de Secretario, y un Coadjutor¹.» En efecto: el P. Comisario con sus compañeros estuvieron en España desde la segunda mitad de 1815; pero los demás, que estaban en Italia, no vinieron hasta el año siguiente, cuando se les comunicó la real cédula, expedida por el rey después que el Consejo se conformó con el ilustrado dictámen del fiscal Gutiérrez de la Huerta.

Uno de estos fue el autor del Diario, P. Manuel Luengo, que nos ha suministrado tantas noticias para esta historia. Al entrar en su tan suspirada patria, le sorprendió la muerte en Barcelona el 12 de Noviembre de 1816.

¹ El P. Manuel Zúñiga, nacido en Alba de Tormes el 2 de Febrero de 1743, había entrado en la Compañía en 16 de Setiembre de 1758, y unídose al P. Pignatelli en el restablecimiento de la Compañía en Nápoles. Hizo la profesion en 15 de Agosto de 1806, y murió en Madrid el 14 de Marzo de 1820.

El P. Silva fue sevillano. Nació en 21 de Febrero de 1750: entró en la Compañía el 15 de Abril de 1765: hizo la profesion el 3 de Abril de 1815, y murió en Utrera el 27 de Octubre de 1829.

El P. Juan de Osuna, nació en Córdoba en 19 de Enero de 1745: entró en la Compañía el 24 del mismo mes de 1750, y murió en el colegio imperial de Madrid á los 21 de Mayo de 1818.

CAPÍTULO XII

La Compañía en Francia. — Carlos Manuel, rey de Cerdeña, en el noviciado de Roma. — Favorable acogida de los Padres en España. — Entusiasta recibimiento de los mismos en Manresa. — Fallecimiento de la duquesa de Villahermosa, sobrina y cooperadora del Venerable P. Pignatelli en la restauracion de la Compañía de Jesús. — Breve reseña de las extraordinarias virtudes de la difunta señora.

1815 — 1816

Luégo que Pío VII restableció la Compañía, y mientras en España se estaba proclamando su inocencia de una manera tan pública y solemne, y por personas tan autorizadas, fue enviado por los Superiores á reponerla en Francia el P. de Clorivière¹, que tuvo la fortuna de acoger en su seno un gran número de sacerdotes de los conocidos con el nombre de *Padres de la Fe*, á los que se fueron juntando muchos jóvenes, deseosos de abrazar el Instituto de San Ignacio. Contentáronse con vivir como simples eclesiásticos, aprovechándose del derecho de asociacion que la Carta constitucional concedía á todos los ciudadanos. Por todas partes eran buscados para ejercer los ministerios, y algu-

¹ El P. Pedro José Picot de Clorivière nació en Saint-Maló en 29 de Junio de 1735; entró en la Compañía en 1756 y murió en París el 9 de Enero de 1818. Al morir, había abierto ya siete casas ó colegios, habitados por unos ciento cincuenta jesuitas. El P. Jaime Terrien acaba de escribir una interesante vida del P. Clorivière.

nos obispos les confiaron la direccion de los Seminarios menores de sus diócesis.

En Roma el rey de Cerdeña, Carlos Manuel, apenas vio solemnemente restaurada la Compañía, de cuyo instituto tanto se había prendado, determinó pedir se le admitiese en ella. La avanzada edad de 63 años hacía difícil su admision; pero tantas fueron sus instancias, que se tuvo que acceder de algun modo á su peticion. En efecto: se le dispuso una habitacion decente en el Jesús; y él se pasó á vivir en ella el 14 de Enero de 1813 con su confesor y otro religioso, un camarero y un cocinero¹.

Unos decían que ya era novicio desde aquel momento: otros, que lo sería más adelante. Á causa de tener la vista muy corta, no se ordenó de sacerdote, como él deseaba. Asistía con los novicios á las distribuciones aun las más humildes: lo cual hizo que en Roma se tuviese por cierto de que moriría en la Compañía, vistiendo, por lo menos al morir, la sotana, como efectivamente sucedió el día 7 de Octubre de 1819, después de haber hecho los votos del bienio. Fue sepultado vestido con la sotana de la Compañía.

El recibimiento que en España se hacía á los Padres que del destierro volvían á su patria, era un verdadero triunfo, y recuerda el entusiasmo con que Nápoles y Palermo acogieron á la Compañía en 1804. En Madrid los religiosos de todas las órdenes, á cuyo frente marchaban los Padres de Santo Domingo y de San Francisco, los introdujeron procesionalmente en la coronada villa: y el monarca se dignó admitirlos á su audiencia. Ciento y doce ancianos, octogenarios los más, y de sesenta y tres años los más jóvenes de ellos, venerables todos, más que por su edad, por sus talentos y virtudes, regresaron de Italia para emprender nuevamente la vida religiosa en el mismo suelo, que los vio nacer, y del cual con tanta inhumanidad é injusticia habían sido dos veces ignominiosamente arrojados.

Claro está que las ciudades, cuyos ayuntamientos ó cabil-

¹ P. LUENGO, *Diario*; Tomo 49, pág. 35.

dos habían pedido al Rey el restablecimiento de la Compañía, se aventajaron á las demás en las indicadas manifestaciones. «¡Cuántas veces oímos contar á nuestros padres y mayores,» dice el P. Francisco Enrich¹, «los transportes de gozo á que se entregaron los ciudadanos de Manresa, que tambien habían elevado sus preces al trono en favor de la Compañía, de la cual aquel nuestro pueblo había sido como la cuna! Clérigos y seglares, nobles y plebeyos, pobres y ricos, las gentes de todas edades, sexos y condiciones fueron, en seguida de recibirse el real decreto, en procesion á la famosa Cueva, en que el santo fundador y patriarca Ignacio había hecho penitencia y escrito el libro de los santos ejercicios, á dar gracias al Señor por aquel inmenso beneficio; y las cruces levantadas y las varias capillas edificadas en diversos puntos de la ciudad y de sus alrededores, las cuales son otros tantos monumentos de diversos pasajes de su vida, fueron asimismo visitadas por la multitud, con singulares muestras de devocion y de alegría. Las calles y las plazas, vistosamente adornadas, é iluminadas con profusion aquella noche, resonaban con cánticos de alabanza, entonados por millares de voces, movidas por un vivo entusiasmo religioso.»

Trae de este hecho una relacion más detallada el P. Fidel Fita en su reseña histórica de la Santa Cueva, páginas 170 y siguientes. «Especialmente,» dice, «dispuso [el rey Fernando VII] con fecha 27 de Marzo de 1816, que los Padres nombrados al efecto recobrasen en Manresa su amada Cueva y demás posesiones antiguas. El día mismo 5 de Junio en que recibió esa real orden, mandó imprimirla el caballero gobernador de Manresa D. José Perol; y en seguida pasó aviso al cabildo eclesiástico y comunidades religiosas á fin de organizar una junta de todas las corporaciones de la ciudad para cuidar de prevenir todo lo perteneciente al restablecimiento de la Compañía. Empezó á funcionar la Junta el día 9 en la Sala consistorial del Ayuntamiento: y por de pronto se nombró una comision para que dirigiéndose á

¹ *Historia de la Compañía de Jesús en Chile*, Lib. IV, Cap. XV, n.º 4.

Barcelona se avistase con el R. P. Juan Tronco¹, nombrado ya superior del colegio, quien debía señalar día para que se le hiciese por la ciudad el debido recibimiento. Salieron, pues, para Barcelona el regidor D. Ignacio Novas y el diputado D. Mauricio Sala, comisionados por el Municipio, el canónigo D. José Alsina, que lo era del cabildo de la Seo, y el Dr. D. Francisco Font, de la comunidad de beneficiados, allegándoseles D. Joaquin Soler y Mateu y D. José Torres y Golobandes, que, como los anteriores, gloriosísima parte habían tenido en el buen éxito de la guerra de la Independencia.»

«Salieron de Barcelona el día 17 por la mañana acompañando al nuevo rector y á los RR. PP. Francisco Sivilla y Francisco Catalá², restos venerandos de la antigua Compañía. Hicieron noche en Esparraguera: y el día siguiente á las siete y media de su mañana llegaron á los desfiladeros del Bruch y Casa-Masana, cuyas cimas estaban coronadas por un sinnúmero de manresanos, que impacientes esperaban la llegada de la comitiva. «¡Qué escena!» escribía al llegar á este punto de su narración el autor de uno de los varios códices á este suceso contemporáneos, que tenemos á la vista. «¡Qué espectáculo presentaba entonces este lugar, tan diferente del de las jornadas del mes de Junio de 1808! Manresa entonces corría hacia ese paraje llena de sustos y de zozobras por saber que se iban acercando las huestes enemigas; hoy corre, se apresura, se disputan sus ciudadanos la antelación por ser los primeros en gozar de la vista de los hijos de su patron San Ignacio, de aquel por cuyo favor piadosamente debemos creer que se ganaron tan extraordinarios triunfos.»

¹ El P. Tronco, salamanquino, había nacido en 1741 y entrado en la Compañía en 1759; murió en Manresa el 19 de Abril de 1818.

² El P. Sivilla nació en Alicante en 25 de Noviembre de 1742, y entró en la Compañía el 6 de Junio de 1758.

El P. Catalá fue natural de Planes; nació en 23 de Agosto de 1747; entró en la Compañía en 14 de Julio de 1766, y murió en 1821 en Valencia.

«Á medida que iban adelantando los jesuitas se engrosaba su comitiva: de suerte que al llegar á la aldea de Salellas, una hora distante de la ciudad, debían caminar con lentitud; porque no era fácil abrirse paso entre las apiñadas turbas, que hacían resonar los caminos y vecinas laderas con el grito compacto y apenas interrumpido de *¡Viva la Compañía!* En efecto; «deseosos los manresanos de lograr la vista de los PP. Jesuitas,» dice otro autor, testigo también ocular del hecho, «el mismo día muy de mañana hicieron celebrar una misa en la Seo de la ciudad, á que asistió mucha gente; y después de concluida, se partieron unos hasta Esparraguera, otros al Bruch y Casamasana, otros se aguardaron en la carretera real, y otros finalmente, que componían un numeroso gentío de todas clases, fueron á la capilla de *Nuestra Señora de la Guía*, punto de reunión á la otra parte del puente viejo, en donde después de haber rezado el rosario, formaron una procesión, llevando por divisa un estandarte con las armas del Sagrado Corazón de Jesús y gritando á voces *Viva la Compañía de Jesús*. Entre tanto los que quedaron en la ciudad disponían y adornaban la iglesia de la Seo, en donde debían hacer su primera visita los Padres jesuitas.»

«Apenas fueron avistados en la Cruz de *Coll-Manresa*, cuando tocaron las campanas de la Seo, por cuyo aviso salieron todos á recibirlos. No faltó el caballero corregidor é individuos del Ayuntamiento junto con los vocales de la Junta, que se había formado, y se habían quedado en la ciudad. Todos y á tropel se encaminaron al puente nuevo: y avistando á los jesuitas, les daban la bienvenida supliendo unos y otros con lágrimas lo que no podían expresar con la lengua. Mientras que esto pasaba, los principales de la ciudad subieron á los coches de los jesuitas; lo que advertido por algunos mozos robustos, intentaron desenganchar los mulos de los coches y llevar á brazos á los que por tan largo tiempo habían deseado, y traer en triunfo á los que habían sido echados con desprecio. Viendo el P. Rector la porfía de los manresanos, con lágrimas y expresiones vivísimas les hizo desistir de la empresa: y entonces pudo continuar la carrera con su comi-

tiva hasta la Seo en medio de las aclamaciones del numeroso pueblo de la ciudad y vecinos¹.»

«Al llegar los jesuitas y demás señores á las puertas de la iglesia, salieron el cabildo y clero con aparato solemne y coro de música, y acompañaron á los Padres hasta el presbiterio, estando muy bien adornado el altar y llena la Seo de personas de todos los estados. El canónigo hebdomadario con capa, diácono y subdiácono, y rodeado de los cuatro bordoneros revestidos de capa coral, entonó con solemnidad el *Te Deum*, que prosiguió la orquesta.»

«Concluida la funcion, fueron á acompañar los Padres Jesuitas gentes de toda la ciudad á la casa consistorial, en donde se les sirvió un espléndido refresco: y terminado este, fueron acompañados á las casas de su posada. El P. Rector fue alojado en casa de (D. Joaquín) Soler y Pujol², calle de Sobreroa. El segundo (P. Catalá) en casa de (D. Francisco) Peix y Soler en la misma calle; y el tercero (P. Sivilla) en casa de (D. Jacinto) Soler y Busquets del arrabal de San Andrés cerca del hospital³.»

«A los 23 de Junio con semejante aparato fueron instalados los jesuitas en sus antiguas posesiones. De la santa *Cueva* ofreció las llaves sobre azafate de plata D. Manuel Solá, que había sucedido á su suegro D. Jaime Soler por cuenta del Ayuntamiento en la custodia del santuario, como él mismo nos dijo.» Así el Padre Fita.

Este mismo año de 1816 experimentaron los jesuitas espa-

¹ Hizose la entrada por la puerta de Valldaura. Allí aguardaban á los Reverendos Padres, de parte de sus respectivas corporaciones, el Dr. D. Andrés Corominas, Domero y Dean, por la autoridad diocesana; el regidor decano D. Joaquín De-Llisach y el Dr. D. José Mandrés, Síndico procurador general por el M. I. Ayuntamiento; el Dr. D. José Soler y Soler, por el Hlustre cabildo de canónigos de la Colegiata; el Dr. D. Antonio Serra, por la Rda. Comunidad de Presbíteros y finalmente D. Jaime Soler y Busquets y D. Ignacio Prat y Plá, por la sobredicha junta del establecimiento de los jesuitas.

² *Sic.* Debe decir Soler y Mateu, como se le ha llamado ántes.

³ Hasta aquí es del testigo ocular.

ñoles una pérdida muy sensible con la muerte de la señora duquesa de Villahermosa, la sobrina del P. Pignatelli, que ántes de conocerlos ya los amaba con cariño verdaderamente maternal, y en todas sus necesidades con tanta largueza los había socorrido. El P. Zúñiga y sus compañeros, á su llegada á Madrid el año anterior de 1815, no solamente la habían reconocido por su más insigne bienhechora; sino que con toda la efusion de su alma, como es constante tradición en la casa de Villahermosa, la habían aclamado madre de la renaciente Compañía.

Completo hubiera sido el gozo de la venerable señora, si hubiese podido verla restablecida en sus antiguos colegios y casas de la corte y de las demás ciudades del reino. Pero Dios nuestro Señor en sus adorables juicios dispuso otra cosa. Así como quiso que el P. Pignatelli no contemplara sino desde el cielo el triunfo de su madre y su reposicion en la Iglesia universal; así tambien fue servido de que la caritativa señora, en compañía de su venerado y santo tío, desde la gloria se complaciera en ver cómo se iban extendiendo por España sus protegidos.

Dos años hacía que los trabajos interiores y los padecimientos corporales, aunque sufridos con ejemplar resignacion y paciencia, la precisaban á guardar cama muchos días, y aun algunas temporadas. Así que fue consumiéndose de tal manera, que llegó á quedar reducida á sola la piel y los huesos, con haber sido, en estado de salud, persona de buenas carnes; y el día 6 de Noviembre de 1816 acabó el curso de su mortal peregrinacion con la paz y sosiego de los justos¹.

Había nacido en el palacio, que los condes, sus padres, tenían en la villa de Fuentes de Ebro; del cual hoy día no quedan sino ruinas y sombra de lo que fue. Vino á este mundo en 23 de Diciembre de 1753. Desde la edad de cuatro años hasta la de quince estuvo de educanda en las Salesas Reales de Madrid,

¹ No se confunda á esta señora duquesa de Villahermosa con la otra *Santa Duquesa*, D.^{na} Luisa de Borja, hermana de San Francisco, la cual vivió en la primera mitad del siglo XVI.

donde recibió en su bien dispuesto é inocente corazón la primera semilla de las virtudes, que tan opimos frutos produjeron en lo restante de su vida, como en parte hemos dicho, y se verá por lo que vamos á decir.

En 1.º de Junio de 1769 contrajo matrimonio con el duque de Villahermosa, D. Juan Pablo Aragon. Celebróse la boda en el palacio del conde de Aranda; el conde, como poderhabiente del duque, le representó en aquel acto solemne. ¡Qué escena tan interesante! En presencia de las más ilustres damas de la corte y de buen número de Grandes de España y personajes de cuenta, unidos á las dos familias por lazos de amistad ó parentesco, vióse aquel día al volteriano Aranda, de casi cincuenta años, arrodillarse ante el altar al lado de una inocente niña de solos quince, que acababa de salir del convento, entre cuyas paredes había estado once años encerrada.

Y esta niña era la destinada por Dios, cual otra valerosa Judit, para deshacer la obra del impío conde y cortar la cabeza al soberbio Holofernes. Aranda acababa de *hacer la fiesta*, según su propia frase, extrañando de todos los dominios españoles á los jesuitas; y ya ponía en ejecucion el plan concebido para necesitar al Romano Pontífice á destruirla y aniquilarla: y por su medio la angelical doncella se unía á un Grande de España de primera clase y uno de los caballeros más en boga en aquella sazón por sus riquezas, su capacidad y su nacimiento: y este enlace fue precisamente la que la puso en condiciones de poder dar pábulo á su devoción con la Compañía de Jesús y con el Soberano Pontífice, é invertir sumas muy cuantiosas en bien de la universal Iglesia, cuando arreciase la persecucion contra su cabeza visible, y en provecho de la Compañía de Jesús, cuando el V. P. Pignatelli emprendiese en Parma y Nápoles la obra de su restablecimiento.

No pudo menos de causar honda impresion en el ánimo de Aranda este acto: pues hallándose de embajador en París, escribía ocho años después al duque de Villahermosa estas textuales palabras: «Ponme á los pies de mi señora parienta, santa y de-

vota¹. Yo fui su marido en sobrescrito, tu poder habiente que la desmonjó; y seré siempre quien más le respete².»

Profesaba la buena señora una devoción especial á San Francisco Javier y á las iglesias del oriente. Puso el nombre del apóstol de las Indias á la primera hija que le nació (1776,) en conmutacion, á lo que se entiende, de una promesa que había hecho de llevar hábito del santo apóstol. El motivo de conmutársela fue la oposicion que se le hizo en vista de la aversion con que en la corte era mirada la extinguida Compañía de Jesús.

Por los años de 1788 llegó á Madrid un monje antoniano, sirio católico, enviado á Europa por su patriarca á recoger limosnas. La señora duquesa, además de socorrerle con liberalidad, se constituyó en agente del monje, y obtuvo de la reina María Luisa, que se le diesen treinta mil reales del fondo de Tierra Santa; y de su amigo el conde Revillagigedo, virrey de Méjico, tres mil duros para el mismo fin. Al mencionado patriarca envió un juego de cáliz, copon, vinageras é incensario; todo de plata sobredorada, y las copas del cáliz y copon de oro; y además un ornamento completo de pontifical.

Como por falta de recursos no pudiera continuarse en Madrid el oratorio llamado «Caballero de Gracia,» la señora duquesa proporcionó todo el caudal que para concluirlo fue necesario, esmeróse en su decoro y ornamento, hizo en él á sus expensas dos altares, y le regaló varios adornos.

El monasterio de Trapenses de Santa Susana, en Aragon, pudo casi reconocerla como á su fundadora; pues además de regalarle una custodia de plata y algunos cuadros, solo en metálico les dio en varias ocasiones de unos ocho á diez mil duros.

Á los pobres que estaban impedidos, los iba á visitar; á los vergonzantes los socorria ocultamente, como lo experimentaron no pocas personas distinguidas, que en Madrid, durante la domi-

¹ D. José María Pignatelli, el célebre marqués de Mora, hermano de D.^a María Manuela, había casado con la única hija del conde de Aranda.

² Archivo de Villahermosa.

nacion de los franceses, recibieron de la señora duquesa abundantes socorros; á los pordioseros daba siempre limosna, ya en la puerta de su casa, ya en las de las iglesias. En 1811 ó 1812, año de gran carestía y hambre, á pesar de verse la buena señora reducida á grande estrechez y bien escasa de medios, dispuso en su casa una sopa económica para los pobres.

Las fiestas de su mayor devocion las celebraba con especiales actos de misericordia con los pobres y de humildad en servicio de ellos. Muchos años tuvo la santa costumbre de dar de comer á una niña pobre la víspera de la Inmaculada Concepcion; á tres pobres, un niño, una mujer y un hombre, las vísperas de la Natividad del Señor y de San José; y á cinco, un niño, dos mujeres y dos hombres, las de San Joaquin y Santa Ana. La misma señora les servía, acompañada de sus hijos, á quienes desde su tierna edad acostumbraba á estos actos; poníase de rodillas siempre que les daba de beber; la comida que sobraba en la mesa, la repartía entre los comensales y se la hacía llevar á sus casas; dábales aquellos días vestidos completos, así interior como exterior: á las mujeres las introducía en su cuarto, y allí las peinaba, les lavaba los pies con sus propias manos, y les preguntaba y enseñaba la doctrina. Al despedir á los pobres, daba á cada uno una limosna, y hacía que sus hijos, puestos de rodillas delante de cada pobre y besándoles las manos, les pusieran en ellas otra limosnita. Cada año el Jueves Santo ó el Domingo de Pascua solía dar un pan y un peso duro á cada uno de trece pobres, que llamaba á su palacio; y hacía que sus hijos diesen á otros trece pobres un pan y otra limosna.

Además de esto, tenía señalada una cantidad que repartía en los pueblos, tanto de los lugares de su viudedad foral en Aragon, como en los de su hijo primogénito en el reino de Valencia. Eran continuas las limosnas que enviaba á comunidades pobres, congregaciones y establecimientos de beneficencia. A la Inclusa daba anualmente la cantidad necesaria para mantener una criatura, y costeaba su ama. Á la congregacion de la Esperanza daba una peseta diaria; por lo cual la congregacion admitió

á S. E. por puro agradecimiento, sin haberlo ella solicitado. Á los Padres de San Cayetano socorría con limosna anual para manutencion de un individuo en honra de San Cayetano. Socorrió tambien á los emigrados franceses: y tuvo en su casa durante algunos años, manteniéndole, á un sacerdote de la diócesis de Burdeos.

En medio de tanta liberalidad con los pobres de Cristo, solo consigo era escasa. Desde que enviudó, su vestido fue siempre de tela de seda de color negro y muy sencillo, sin usar de ningun adorno mujeril, como pendientes, sortijas, etc.; de suerte que en veintisiete años de viudez no se puso ni un solo diamante ni joya de oro de ninguna especie. Todo lo que se hubiese de gastar para su persona, le parecía superfluo y cosa de lujo; y llegó en este punto á tal extremo, que necesitando hacerse camisas, fue preciso recurrir á su confesor para que se lo mandase, como lo hizo, y ella obedeció.

Era tan parca y moderada en la comida, que se podía decir de la señora que todos los días del año ayunaba. Reducíase su alimento á una jícara de chocolate por la mañana, una sobria y frugal comida, y otra jícara de chocolate por cena á la noche. Y fue reduciendo con el tiempo estas porciones en tal grado, que sus piadosos hijos, con el temor de que iba á enfermar su querida madre, dieron cuenta de ello á su confesor para que le prohibiese aquel exceso.

No salía de casa ordinariamente sino á las iglesias ó algunas visitas que le eran de absoluta necesidad. Á palacio á los besamanos no asistió jamás todo el tiempo de su viudez, ni se presentó en la corte: á paseo nunca salió por la tarde: en verano solía alguna vez salir muy de mañana, y alguna vez llegaba á los puntos menos concurridos del Prado. Tenía dada orden que á las diez estuviesen cerradas las puertas de su casa, y por ninguna razon dispensaba en este particular.

Fue extrema la solicitud de D.^a María Manuela en la educacion de sus hijos, y en el arreglo y cristiandad de su familia: y estaba siempre como vigilante madre de familia al cuidado de

todo. No podía sufrir la mentira ni la murmuración; pagaba con exactitud y puntualidad los gastos de su casa, de su familia, de los artesanos, en suma, de todos aquellos con quienes tenía alguna obligación.

Era muy dada á la oracion vocal y mental. Y aunque en este punto guardaba gran reserva; con todo, por sus conversaciones y por el tiempo que así por las mañanas como á mediodía estaba retirada en su cuarto, echábase bien de ver que era persona muy espiritual, muy unida con Dios, y muy solícita de procurar la divina gloria y la salvacion de su alma. Era de conciencia tan timorata, que, á pesar de su claro entendimiento, llegaba á dudar de todo, sin hallarse con fuerzas para resolver por sí: y aunque de ordinario conocía lo que debía ó podía hacer, pero no se quietaba hasta haberlo consultado con persona de su confianza. Fuele tan pesada la cruz de los escrúpulos, con que, de un modo particular al fin de su vida, la probó el Señor, que al parecer de algunos contribuyó á abreviarle una vida que iban acortando prolijos padecimientos unidos á una complexion delicada.

Ella fue la que suministró á la congregacion de *Propaganda Fide* las cantidades precisas para el socorro de las misiones de Oriente, de las cuales se veía privada la congregacion por los dominadores franceses desde que entraron en Roma; y se cree que no bajarían de ocho mil ducados anuales los que enviaba la señora duquesa para obra tan santa; y no se sabe á cuánto ascendería lo que adjudicaba á la ereccion de capillas é iglesias en aquellas regiones, y á la distribucion de objetos sagrados, como rosarios y reliquias, entre los nuevos cristianos. Sus conversaciones con sus hijos versaban de ordinario sobre la construccion de aquellos edificios y sobre los Santos en cuyo honor quería se dedicasen: por donde se vino á saber que tenía destinada una considerable suma para el edificio de un templo en Pekin bajo la advocacion del Sagrado Corazon de Jesús: ella misma con sus hijos fabricaba el cordon en que se engarzaban las cuentas de los rosarios que enviaba, y el engarce era tambien obra de sus manos.

Ella, finalmente, costeó los adornos con que se habían de cubrir las cabezas de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, que habían sido objeto de la sacrilega rapacidad de los ejércitos franceses en su entrada en Roma. Igual despojo habían sufrido las santísimas reliquias del *Lignum Crucis*, que se veneran en la Basilica de Santa Cruz de Jerusalem, y las de la *Santa Cuna*, depositadas en la Basilica de Santa María la Mayor; y ardiendo la señora duquesa en santo celo, proporcionó las sumas necesarias para aquella restauracion, gastando en obra tan santa diez mil duros por lo menos. Grande era la satisfaccion que sentía la piadosa duquesa en estos ejercicios de caridad y religion: y el único pesar que en ello tuvo fue no haberlos podido practicar con el secreto que ella tanto había recomendado, pues no quería que supiese su mano izquierda lo que la derecha hacía. En efecto: instado el Sumo Pontífice Pío VII por el Ministro de España en Roma, D. Antonio Vargas, que, segun se creyó, tenía órden de Madrid para averiguar la persona que costeaba aquellas obras, en una efusion de corazon le dijo el Papa que la autora de ellas era la señora duquesa de Villahermosa, D.^a María Manuela Pignatelli; lo cual se hizo público en Roma con tanta edificacion de los fieles como confusion y sentimiento de la señora duquesa.

Deseoso el Padre Santo de manifestarle su agradecimiento, le remitió una reliquia de la Santa Cuna, colocada en un hermoso relicario, que costeó el Capítulo de Santa María la Mayor, y otra reliquia del *Lignum Crucis* en una cruz de cristal. Sacó tambien Su Santidad una reliquia de cada una de las cabezas de los Príncipes de los Apóstoles, y puestas cada una en su relicario, y selladas con el sello de las armas de Su Santidad, se las remitió á la señora duquesa colocadas en el pedestal de unas pequeñas estatuas de los Santos Apóstoles, de plata y bronce sobredorado, iguales en la forma á las que costeó el Capítulo de San Juan de Letran: sirvelas de auténtica un Breve dirigido á la señora duquesa, firmado por Su Santidad, en el cual se leen estas notables expresiones: «Aunque á nadie hemos permitido extraer ni siquiera el menor pedacito de aquellas reliquias; sin embar-

go, de los huesos de cada una de aquellas dos sacratísimas Cabezas hemos sacado un par de partecitas solamente para tí, por los singulares méritos que con ambos Apóstoles has contraído¹.»

Este era el empleo que la señora duquesa D.^a María Manuela hacía de las abundantes riquezas de que el cielo la había dotado. Y si su tío el Venerable P. José Pignatelli no hubiese sido tanto y más reservado que ella, ó no hubiesen sido pasto de las llamas las frecuentes cartas que tío y sobrina se escribieron; sabríamos ahora los grandes socorros con que la buena señora contribuyó á la manutencion de los súbditos del P. José durante sus tres provincialatos de Parma, Nápoles y Roma. Consta por dichos y conversaciones de Su Excelencia, que se obligó á pagar cierta cantidad á todos los jesuitas españoles desterrados de Nápoles á los dos años de su restablecimiento en aquel reino, y que habían sido privados de la pension que les pagaba el Gobierno español, por el solo hecho de haber vestido allí la ropa de la Compañía. Y esto lo continuó hasta que por la entrada de los franceses en España se vio privada de sus rentas y reducida á una bien escasa situacion.

El duque D. Antonio notificó la triste pérdida de su santa madre al Pontífice Pío VII, el cual le contestó con una carta, en que le manifestaba la pena y sentimiento de su corazon por la muerte de su insigne y constante bienhechora.

Los restos mortales de la venerable duquesa fueron trasladados al sepulcro que los señores duques de Villahermosa tienen en el monasterio de Veruela, cerca de Tarazona, en Aragon, antiguamente de monjes de San Bernardo, y en la actualidad casa y noviciado de la Compañía de Jesús.

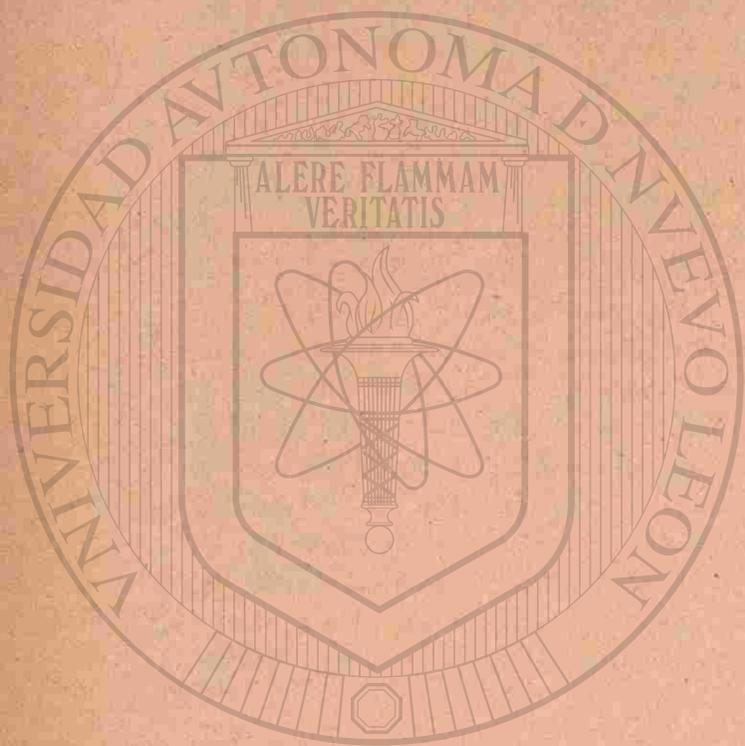
En Noviembre de 1890, con ocasion de visitar la actual señora duquesa el sepulcro de sus antepasados en Veruela, se

¹ *Quamvis ne frustulum quidem ullum earum reliquiarum cuiquam alteri desumere permisimus; nihilominus unam atque alteram ex utriusque Beatissimi Capitis ossibus particulam reverenter extraximus, dumtaxat ad te, de utriusque Apostoli cultu optime meritam.*

abrió la cripta de aquel sepulcro. En una de las cajas se halló un cráneo con algun cabello, huesos destruidos, y ropas de lana podridas, y además una botella de cristal blanco, tapada con corcho, de la cual se sacó un papel escrito, muy húmedo y descoloridas las letras.

Estas se pudieron leer: y yo mismo las lei el verano siguiente. He aquí su contenido: «Este es el cuerpo de la Excelentísima señora doña María Manuela Pignatelli de Aragon, Gonzaga, Moncayo y Caraciolo, duquesa viuda de Villahermosa, madre del Excmo. Sr. D. Josef Antonio de Aragon y Azlor, actual duque de Villahermosa, hija de los excelentísimos señores condes de Fuentes: murió en 6 de Noviembre de 1816 á los 63 años de edad.»

Sean estas breves líneas, pues más no permite la índole de esta historia, un débil sí, pero sincerísimo, testimonio de la eterna gratitud, á que se hizo acreedora la que con entrañas verdaderamente maternas amó y protegió á la Compañía de Jesús en época tan azorosa. Y ya que á sus protegidos no les fue dado gozar de la amable compañía de tan insigne bienhechora, se consolarán al menos sus sucesores con la dicha que les cabe de custodiar el inestimable tesoro de sus restos venerandos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XIII

Trasládase á la casa profesa de Roma los restos mortales del Venerable P. Pignatelli. — Relacion de este traslado y carta del P. Monzon dirigidas al señor duque de Villahermosa. — Realízanse varios sucesos predichos por el Siervo de Dios. — La Compañía desterrada de Rusia. — Su entrada en Portugal. — Los Pombal y los jesuítas. — Imprímese la vida del P. José escrita por el P. Monzon. — Incoáse en Roma el proceso en órden á la beatificacion del P. Pignatelli. — Obiéñense por su intercesion varias curaciones milagrosas.

1817 — 1841

El año de 1816 fue nombrado Provincial de Italia el Padre Luis Fortis; y uno de sus primeros cuidados fue tratar con el P. Perelli, que á la sazón ejercía en Italia el cargo de Vicario General, de trasladar á la casa del Jesús los cadáveres de todos los Padres y Hermanos, que habían muerto en San Pantaleon y allí estaban enterrados. Sacaron para ello autorizacion del eminentísimo cardenal de la Somaglia, Vicario de Roma; y con ella se presentaron á los cofrades del Buen Consejo, pidiéndoles que les permitiesen sacar los cadáveres de la bóveda en que estaban sepultados¹.

Opusieronse los cofrades en un principio á aquella extraccion; tanto, que en dos reuniones secretas trataron este asunto, y mostraban gran repugnancia á hacer la entrega. Así lo afirma

¹ *Process. Rom.*, fol. 1207.

Agustin Dolcibene¹ con estas palabras: «Recuerdo muy bien,» dice, «que en dos reuniones secretas se trató de la traslación de todos los cuerpos, solicitada por los Padres de la Compañía: en estas juntas demostraron nuestros hermanos gran repugnancia á entregar aquellas reliquias de hombres insignes: y por fin, á pesar de que el caballero de Rossi, guardian de nuestra cofradía, hubiese determinado hacer una reclamación contra aquella entrega; sin embargo, como se hubiese exhibido una orden de autoridad superior, vinieron por la tarde los Padres del Jesús, y extrajeron todos los cadáveres. Yo no me hallaba presente,» continúa, «cuando tuvo lugar este hecho; pero me consta con certeza por las memorias de la cofradía.»

Trasladáronse, pues, las reliquias del venerable Siervo de Dios juntamente con las de sus hermanos enterrados en San Pantaleon: y aquellos sencillos moradores de las cercanías del Buen Consejo, experimentaron vivísima pena al verse desposeídos de la presencia de aquel rico tesoro del cuerpo de su amado P. Pignatelli, de quien habían recibido tantas demostraciones de paternal amor. Así lo testifica el mismo Dolcibene en el folio siguiente.

Se sabe por el P. Juan Antonio Grassi, que, al trasladarse el venerable depósito, se hallaron presentes al lugar de la sepultura los PP. Perelli, Vicario General, Luis Fortis, Provincial, y Mannucci, procurador, y además varios Padres españoles, y dos italianos Luis Rezzi y Luis Pancaldi². Este último da los siguientes pormenores del lugar en que se colocaron los restos del P. Pignatelli en la iglesia del Jesús. «Fue,» dice³, «sepultado delante de la pilastra de la cúpula al lado de la epístola, que mira de una parte hacia el altar de San Francisco Javier, y de la otra hacia el altar mayor, y detrás del pilar y de la capilla de San Francisco de Asís.» Respecto del vaso ó nicho,

¹ *Process. Rom.*, fol. 1222.

² *Ibid.*, fol. 966.

³ *Ibid.*, fol. 892.

en que se le encerró, no está seguro si fue el vecino al del Padre General Tirso González, ó el del pavimento, no lejos del abate Dionisi, que fue el primer presidente del convictorio del Jesús¹.

Al fin de la vida del Siervo de Dios, compuesta en castellano por el mismo P. Monzon, de la cual se envió copia al señor duque de Villahermosa, se halla un relato de esta traslación del cadáver del Venerable P. José, que copio aquí con sus mismas palabras. Dice así:

«En la iglesia de nuestra Señora del Buen consejo á los Montes estaban sepultados doce cadáveres, entre sacerdotes y legos de la Compañía de Jesús; los que fallecieron en los años anteriores á la gloriosa repristinación [restauración] de dicha Compañía, y posteriores á la expulsión de la misma de Nápoles, que acaeció en tiempo de la invasión francesa. Entre los demás cadáveres existía aquel [el] del P. Joseph Pignatelli, religioso bastantemente conocido por la nobleza de su familia, por sus talentos, pero más celebrado por sus heroicas religiosas virtudes y por la fama de las gracias extraordinarias, que por su medio dicen obró Dios ántes y después de su muerte.»

«El muy Rev. P. Perelli, Vicario General de la susodicha Compañía, estimó por conveniente y preciso recuperar dichos cadáveres: y aunque encontrase muy fuertes oposiciones para ello; sin embargo pudo disiparlas recurriendo al trono de Su Santidad, que en el día 30 de Setiembre de este año de 1817 dio un decreto, con el cual se concedió la gracia que dicho Padre Perelli solicitaba, remitiéndolo para la ejecución al Illmo. y Revmo. Monseñor Frattini, vice-gerente de Roma.»

«En la noche del 18 de Noviembre se trasladaron los cadáveres, acompañados del párroco y algunos individuos de la Compañía. Todos los religiosos con hachas y velas encendidas los recibieron: y colocados en la congregación de la Buena Muerte en el Jesús, les rezaron las sólitas preces, á las que asistió también el citado Monseñor Vice-gerente.»

¹ *Process. Rom.*, fol. 893.

«Pareció oportuno al P. Vicario General hacer una demostración de piedad pública y distinguida, mandando que con solemnes exequias se celebrase el aniversario fúnebre el día 20 del mismo mes. No pudiendo la comunidad profesa corresponder á este deseo, mientras vive de limosna, según el Instituto que profesa, acudieron inmediatamente los religiosos y devotos, y reunieron fondos para ejecutar tan justa y conveniente disposición.»

«La iglesia se colgó de luto con un magnífico catafalco en el medio, adornado con mucha seda. Por la mañana todos los religiosos no sacerdotes comulgaron. Se celebraron gran número de misas. A la hora prefija todos los individuos de la Compañía de Roma rezaron el oficio de difuntos en el Jesús. Después hizo pontifical el predicho Monseñor Vice-gerente.»

«Hubo dos selectos y muy numerosos coros, uno de instrumentos, y otro de voces: y se ejecutó música del celeberrimo Cimarosa. Se concluyó la sagrada función con la absolución y acostumbradas preces con satisfacción general del numerosísimo pueblo que concurrió.»

«El cuerpo del P. Piñateli, cerrado en una caja y sellado con los sellos de la Compañía, fue colocado en sitio separado, en donde se sepultan los Generales de la Compañía.» Hasta aquí la relación.

Del acto que en ella se describe, dio conocimiento el Padre Monzon al señor duque de Villahermosa en carta de 1.º de Marzo del año siguiente, que dice así: «Roma, 1.º de Marzo de 1818. — Excmo. Señor: — Gózome del gozo espiritual que V. E. ha experimentado leyendo los ejemplos de virtud, que nos dejó nuestro buen Padre Joseph.»

«Si V. E. le hubiese visto y tratado con él, cuánto mayor hubiera sido el sentimiento de su espíritu, viendo con sus propios ojos aquel perfecto dechado de todas las virtudes. Si advierte y considera lo que dije á V. E. en la otra mía, ya habrá conocido que el modo, con que está escrita la vida, no es conforme á las reglas de lengua, de expresión, de frase, ni aun de

historia: por lo que quien ponga la mano en corregirla, puede tomar el nombre de autor como cosa suya, y de mí no hacer mención alguna.»

«Carta de su excelentísima madre no quedó ninguna: pues el Padre no acostumbraba conservarlas, como me ha asegurado el Hermano [Grassi], que le fue compañero por muchos años hasta la muerte. A estas, que faltan, pudieran suplir las respuestas del Padre, si ahí se conservan; que darían mucha luz para el fin que con mucha razón se pretende.»

«Ya habrá sabido V. E. cómo el cuerpo del Padre se trasportó de la iglesia de la Virgen del Buen Consejo, en donde se enterró, á esta nuestra iglesia del Jesús. Se trajeron con él los cuerpos de todos los Nuestros, que murieron en la casa de San Pantaleon. Se hizo á todos, pero por respeto especialmente al P. Joseph, un magnífico funeral con misa cantada, que cantó en pontifical un obispo, con particular y exquisita música, con asistencia de los sujetos de las dos casas, que aquí tenemos. Se depositó después el cadáver del Padre en el sepulcro de los Generales: y queda grabada su memoria á lo defuera del nicho en que está, en una lámina de plomo. Esta traslación se debe describir en la vida. Más abajo notaré algunas cosas, que también se pueden añadir.»

«Por lo demás, me gozo sumamente de las bendiciones que Dios echa sobre la persona de V. E. y su familia. Que el Señor las continúe y las aumente *in mille millium* para su mayor gloria.»

«Con humillar mis más rendidos obsequios á S. E. su dignísima compañera, me declaro con el afecto más sincero de todo mi ánimo — De V. E. — Humilde y rendido Siervo — AGUSTIN MONZON, de la Compañía de Jesús. — Excmo. señor duque de Villahermosa¹.»

¹ Hállase esta carta inmediatamente después de la relación del traslado de las reliquias en la mencionada vida del P. Monzon. Ambos documentos me los ha proporcionado el P. Juan José Urráburu, rector del colegio de Oña.

Por este mismo tiempo se verificó una profecía del Venerable Siervo de Dios en la persona del tantas veces mencionado P. Luis Panizzoni, referente al término de su vida. Referiré el vaticinio y su cumplimiento con las mismas palabras con que los deponen el H. Santiago Annoni en los procesos.

«Un día,» dice, «yendo yo por Roma con el P. Panizzoni, le oí prorumpir con admirable sencillez en estas palabras: «Por este año, seguro que no me muero; porque mi P. Pignatelli me dijo que vería tres sucesores míos en el cargo de Provincial.» Yo no me volví á acordar de semejante cosa; pero á la muerte del P. Panizzoni vi que se había cumplido la profecía; pues murió cabalmente cuando hubo visto su tercer sucesor en dicho cargo. El primero fue el P. Juan Perelli; el segundo, el Padre Barilla; y el tercero, el P. Luis Fortis, en cuyo provincialato murió el P. Panizzoni.» Hasta aquí el dicho Hermano.

En el año de 1820 se verificaron otras varias profecías del Venerable. Cuando este se hallaba en Colorno, predijo al Padre Luis Fortis, según allí vimos, que había de ser elegido General; y en Nápoles le recomendó, que cuando lo fuese, mirase de un modo especial por la conservación de la pobreza. El 3 de Febrero de este año de 1820 murió en Rusia el P. General Tadeo Brzozowski; quien nombró Vicario General al P. Mariano Petrucci, rector del noviciado de Génova; y este fijó la Congregación General para el 4 de Noviembre².

Surgieron algunas dificultades para reunirse la congregación; y tratóse por algunos cardenales que no se eligiera General, sino que con facultades de tal gobernara la Compañía el Vicario P. Petrucci. No parecía bien á la mayor parte de los Padres esta solución; y por fin resolvió el Sumo Pontífice, que se congregara la Compañía y eligiera su General conforme prescriben las constituciones. La elección, hecha en 6 de Diciembre, recayó

¹ *Summar. Introd. Causæ*, núm. 19, pág. 252.

² Perteneció á la antigua Provincia Romana. Nació en 23 de Marzo de 1748, y entró en la Compañía en 31 de Octubre de 1762.

en el P. Luis Fortis: con lo cual tuvo exacto cumplimiento la predicción del P. Pignatelli.

Faltaba por cumplir la otra que le hizo en Nápoles al mismo Padre, cuando, encontrándose los dos en una escalera, le dijo el P. Pignatelli las palabras siguientes: «Vos os hallaréis en Roma en una Congregación General, y podréis dar vuestro voto: tened mucho cuidado de ser fuerte (*Fortis*) en no admitir la costumbre de que tengan los Nuestros dinero á su disposición, ni aun en depósito; sino que esté á la libre disposición del General, para aplicarlo al colegio que él tenga por bien¹.»

Debióse esta cuestión en una de las sesiones; y el P. Fortis defendió con tal vehemencia el partido de la pobreza, que debió de causar admiración á los presentes, como se deduce de las palabras que inmediatamente dijo al P. Vicente Pavani, uno de los congregados, el cual dice así²: «En seguida el mismo Padre Fortis me dijo, como en secreto, estas palabras: «Sepa que he clamado tan recio y con tanta resolución, porque sentí un fuerte golpe ó palmada en las espaldas, que me trajo á la memoria lo que me había recomendado el P. Pignatelli.»

Otro hecho tuvo lugar al celebrarse esta Congregación General, que puede considerarse como cumplimiento de otro vaticinio del Venerable Siervo de Dios, según que se desprende de las circunstancias del suceso. D. Luis Pancaldi había sido novicio del P. Pignatelli en Nápoles; y después que la Compañía fue expulsada de aquel reino en 1806, vino con el mismo Padre á Roma. De aquí pasó á Orvieto, en cuyo colegio estudió cuatro años; y en 1810 volvió á Roma, en donde vivió con el P. José hasta que murió este.

El suceso á que aludo, lo cuenta el mismo Pancaldi con las siguientes palabras³: «Preguntéle [al P. Pignatelli] muchas veces si sabría decirme si yo había de perseverar en la Compañía ó no:

¹ *Process. Rom.*, fol. 731.

² *Ibid.*, fol. 732.

³ *Ibid.*, fol. 888.

y jamás quiso darme una respuesta categórica. Las últimas palabras que me dijo, fueron: «El Señor esté en tu corazón y en tus labios, para que anuncies su evangelio. Amen¹.» Y es un hecho notorio,» continúa, «que fuera de todo cálculo humano, á pesar de mi fanatismo (*sic*) por la Compañía, después de casi diez y seis años de permanecer en ella, solo por haber formado parte, juntamente con el abate Rezzi, de la consulta de la congregación, instituida por Pío VIII, de los cardenales de la Genga, Pacca y Galesti, para dirigir la elección del General; habiéndose levantado un partido que quería desentenderse de esta congregación y elegirlo con toda independencia, tuvimos que ceder; y yo y Rezzi, por el nuevo orden de cosas gubernativas, tuvimos que salir [de la Compañía].»

Esta desgracia de Pancaldi debió de haberla previsto el Padre Pignatelli ya desde la primera vez que fue por él preguntado de su perseverancia en la Compañía. Y aun sospecho que previó otra circunstancia: y es, que Pancaldi no llegaría al sacerdocio, sino que se quedaría diácono, como sucedió: y esto lo deduzco de las palabras arriba citadas, que asegura Pancaldi ser las postreras con que le respondió, y son precisamente las de la fórmula con que bendice el celebrante al diácono al ir este á cantar (esto es, á anunciar) el evangelio.

Hemos hablado de la muerte del P. General, ocurrida poco después del principio de la persecución contra la Compañía en Rusia: veamos el triste desenlace que ella tuvo. Las postreras palabras proferidas por el P. Brzozowski ántes de espirar, fueron un triste preñuncio, que no tardó en realizarse. «Yo voy á morir,» dijo; «vosotros seréis arrojados de Rusia².» Con su muerte cayó en efecto el último sosten de la Compañía en aquel imperio; y al bajar él á la tumba, se trató de ejecutar el destierro de todos los Padres, determinado ya en 1815, y suspendido hasta ahora.

¹ *Dominus sit in corde tuo et in labiis tuis, ut annunties evangelium suum. Amen.*

² P. ZALENSKI, Tomo II, Lib. VI, Cap. III.

El Provincial de la Rusia Blanca debía pasar á Roma con dos compañeros para asistir á la Congregación General, en que debía elegirse un nuevo Superior para toda la Compañía. En vista de esto, presentó al Czar una súplica pidiéndole el pasaporte para Italia. El metropolitano Siestrzencewicz y el príncipe Galitzin aprovecharon esta ocasión para dar el último golpe contra la Compañía. El primero se valió del sofisma de que «era peligroso para el estado, que la cabeza de la Compañía residiese fuera de Rusia.»

Galitzin apoyó con este dicho un documento que ya tenía preparado, y que no era sino una artificiosa exposición de las razones alegadas en el Breve *Dominus ac Redemptor* abolutivo de la Compañía, á las que añadió alguna otra que debía hacer fuerza al emperador. En un convite presentó al Czar su documento, y obtuvo el úkase de expulsión. Verificóse esta en todas las casas simultáneamente el miércoles de la semana santa, día 24 de Marzo de 1820, once días después de firmado el decreto, en virtud del cual los 358 jesuitas, que formaban la Provincia de la Rusia Blanca, tomaron el camino del destierro; casi todos ellos se encaminaron á Italia y á los otros países meridionales por la frontera de Austria.

«Alejandro,» dice el P. Zalenski¹, «hizo todo esto por fuerza: pues esta expulsión contrariaba sus ideas de igualdad y unidad de las creencias cristianas. Ni lo hizo sin luchar consigo mismo; y suavizó, cuanto le fue posible, la suerte de los religiosos expulsados.» Parece que fue católico de corazón, aunque oculto; y que dio pasos para hacer pública su conversión, y aun para reunir la iglesia rusa á la romana².

«Al recibirse,» dice Crétineau Joly³, «el úkase que rompía para siempre los lazos existentes después de dos siglos entre los católicos de la Rusia Blanca y la Compañía de Jesús, la conster-

¹ Lugar citado. Véase al P. CARAYON, Tomo XX, págs. 235 y 263.

² *Civillà Cattolica*, 27 de Abril de 1876.

³ *Hist. de la Comp. de Jesús*, Tomo V, Capítulo XXXVIII.

nacion fue general: todos los habitantes salían del fondo de sus cabañas con los ojos arrasados en lágrimas, á fin de ver por última vez á aquellos, que con tanta frecuencia llevaron la resignacion y el consuelo á los católicos.»

Pasemos á referir algunos sucesos que más adelante se verificaron en el mediodía de Europa. Portugal, ya que había sido la primera nacion, que á mediados del siglo XVIII desterró de su seno á la Compañía, al fin admitiéndola de nuevo en él con la ocasion que voy á decir. D. Antonio Saraiba, jóven portugués, agregado á la embajada de Inglaterra, viajando por Francia poco después que el desdichado Carlos X hubo firmado en 1828 el decreto que cerró los colegios de la Compañía, concibió el proyecto de ofrecer á su patria los maestros que Francia desechaba. Escribiólo al primer ministro en Lisboa, duque de Cadaval; quien trabajó eficazmente para realizar el plan propuesto por Saraiba. En Marzo del año siguiente de 1829 partieron para Lisboa tres Padres franceses y un Hermano; y en 10 de Julio próximo el rey D. Miguel expidió un decreto, en que restauraba oficialmente la Compañía en su reino de Portugal.

El decreto decía así: «Considerando el grave perjuicio que padecen la educacion cristiana y la civilizacion en los dominios de estos reinos por falta de ministros evangélicos, y deseando impedir males de tal naturaleza, que la duracion haria irremediables; teniendo siempre en vista el bien de la cristiandad, y por este medio la felicidad de mis fieles súbditos: he resuelto llamar á este fin á la Compañía, y permitir que se establezca de nuevo.»

Acogió el rey á los Padres con demostraciones de singular afecto; y otro tanto hizo toda la real familia y la nobleza, especialmente el marqués de Pombal y su hermana la condesa de Oliveira. Esta señora, en cuanto supo la llegada de los jesuitas, fue á visitarlos, expresóles su sentimiento por la persecucion suscitada por su abuelo, echóse á sus pies pidiéndoles la bendicion, y les suplicó que le admitieran á sus hijos en el primer colegio que abriesen. Á principios de 1832 mandó el rey se en-

tregara á los Padres su antigua universidad de Coímbra, que se había convertido en Real colegio de Artes.

Fueron á tomar posesion de él los Padres. Al pasar por la villa de Pombal, se les recibió con repique de campanas. El Superior, el P. Delvaux, dirigióse á la iglesia de San Francisco, con intento de orar por el marqués D. Sebastian Carvallo en su mismo sepulcro. El cadáver del infeliz ministro hacia más de medio siglo que carecia de sepultura. Junto al altar mayor veíase un ataúd cubierto con un miserable paño mortuario. «Este es el marqués,» le dijo el P. Guardian.

«Con toda verdad puedo decir,» escribía el P. Delvaux, «que el primer paso de la Compañía, al volver solemnemente á Coímbra, ha sido celebrar una misa de difuntos de cuerpo presente por el alma de su perseguidor, en el mismo lugar donde pasó este los últimos años de su vida, desgraciado, desterrado y condenado á muerte. ¡Qué reunion de circunstancias! Salí de Pombal sin poder persuadirme si aquello era sueño ó realidad: el ataúd á la vista, el nombre de Sebastian pronunciado en la oracion, el tañido de todas las campanas que celebraban la vuelta de la Compañía, y otras muchas circunstancias juntas..... No creo que se borre jamás de mi memoria esta impresion¹.»

Però volvamos á nuestro P. Pignatelli, á quien dio un testimonio de particular veneracion la Provincia de Roma, congregada en Setiembre de 1832, como atestigua el P. Juan Bautista Pianciani² por estas palabras: «La congregacion de la Provincia de Roma en Setiembre de 1832 presentó un postulado dirigido á que se recogiesen y publicasen las memorias de todos los Nuestros, que se hubiesen distinguido por su virtud, y en especial del P. Pignatelli, que fue el único de quien se hizo especial

¹ El restablecimiento de la Compañía en Portugal fue cosa efimera. Encendióse la guerra civil entre el rey D. Miguel y su hermano don Pedro en nombre de su hija D.^a María de la Gloria: venció D. Pedro, ayudado de todos los revolucionarios; y en 28 de Mayo de 1834 fueron suprimidos los jesuitas, y abandonaron aquel reino.

² *Process. Rom.*, fol. 1036.

mencion.» Á este deseo de la Provincia Romana se debe atribuir la impresion en 1833 de la Vida del Siervo de Dios escrita por el P. Monzon¹.

La lectura de esta vida granjeó al P. Pignatelli la veneracion de santo y la opinion de profeta. Ya dijimos cómo en el noviciado de Colorno, tratando de la pérdida de las antiguas misiones de la Compañía en el nuevo mundo, exclamó: «Y tú, España, ahora tan grande, serás pequeña y dividida.»

Y en efecto: pequeña se ve desde que perdió las posesiones casi todas de América; y cuán dividida esté, lo estamos viendo y llorando en nuestros días. Y, lo que entonces no podía ni sospecharse prudentemente, la primera potencia del mundo ha venido á verse colocada en el mismo orden que la Turquía y la Grecia.

De la suerte de la Compañía en España dijo que á su tiempo volverían allá los Padres, como volvieron á los dos años del restablecimiento; y añadió, que pronto habría mártires: pronuncio que se vio exactamente realizado en las salvajes escenas, que, á instigacion del liberalismo masónico, tuvieron lugar en 1834 en el degüello de Madrid².

La lectura de la vida del Siervo de Dios hubo tambien de

¹ El Padre Agustín Monzon había muerto en Roma el 8 de Marzo de 1824. Era natural de Camarillas en Aragon. Nació el 4 Mayo de 1750: entró en la Compañía en 5 de Noviembre de 1765: hizo la profesion el 10 de Octubre de 1814, y fue Asistente de España. Ni de este Monzon, que aún era novicio cuando el extrañamiento, ni de otro, por nombre Miguel, hermano de Agustín, segun parece, que tenía cinco años de edad y tambien de religion más que él, nada encuentro en la matrícula de Tarragona. De ambos habla el catálogo titulado *Vicissitudines Jesuitarum Provinciae Aragoniae* etc. De Miguel dice que murió sacerdote en Ferrara, y no indica la fecha.

² *E tu, Spagna, ora si magna, sarai piccola e divisa.* Palabras del Padre Nicolás Grassi en el proceso de Roma (fol. 595.) Oyóselas al Siervo de Dios, siendo novicio en Colorno.

³ Por decreto de las Cortes de 1820, sancionado por Fernando VII, fue suprimida la Compañía en España; pero fue llamada nuevamente á ocupar sus colegios en 1823, después que fue destruido el Gobierno Constitucional. Muerto Fernando VII en 29 de Setiembre de 1833, encendiéndose la guerra civil, fue restablecido el régimen liberal, y con él se renovó la persecucion contra las órdenes religiosas.

contribuir grandemente á excitar la confianza de los fieles en su poderosa intercesion. Efectivamente: tres años después de publicada, incoóse el proceso de beatificacion (17 de Mayo de 1836;) y lo mismo fue extenderse la fama de sus virtudes, que experimentarse su valimiento con Dios en milagrosas curaciones alcanzadas por la invocacion del P. Pignatelli. Así consta en los procesos: de los cuales tomaré la relacion de algunos milagros ocurridos por este tiempo.

Catalina Perpentí, jóven de veinticinco años de edad, y Hermana lega de las Ursulinas de Plasencia, llevaba ya meses padeciendo de un mal tan raro en el corazon, que á más de inutilizarla completamente para los oficios de la comunidad, le ocasionaba una tos casi continua; y de cuando en cuando la apuraba de modo, que la ponía en evidente peligro de muerte. En Enero de 1837, creciendo el mal y empeorando mucho sus síntomas, túvose que meter en la cama, donde estuvo bastantes días penando y sin poder alimentarse ni cerrar los ojos. Visitóla el médico que la asistía, y la desahució de todo punto, anunciando que podía sucumbir á cada momento, pues el mal había degenerado en una parálisis del corazon; por lo cual el día 11 de Febrero le administraron el Santo Viático y la Extremauncion.

Cuatro días después, mientras estaba casi acabando, fue á verla el P. Félix Sopranis, de la Compañía; quien, llevando en un papelito una pequeña porcion de los cabellos del V. P. Pignatelli, animó á la enferma á confiar en la intercesion del Siervo de Dios, cuya efigie tenía ya á la vista; y rezando tres Padrenuestros á la Santísima Trinidad, le dio á beber una cucharada de agua, en la que iban desmenuzados algunos de los dichos cabellos. Era ya casi de noche; y despidiéndose de la enferma, le dijo que á la mañana siguiente la aguardaba enteramente sana en la iglesia de San Pedro. Así fue en realidad: pues al otro día la primera que se le presentó en el confesonario fue ella misma, que con voz de júbilo le dijo ser Catalina, curada por la intercesion del P. Pignatelli; y contó que dos noches ántes había oído una voz sensible que la decía: «Tu sanarás;» y que al mismo

tiempo veía una luz muy hermosa hacia el lado de la cama donde estaba el retrato del Padre, y que cuando, no sin bastante pena, hubo tragado aquel poco de agua con los cabellos del Siervo de Dios, había sentido correr por sus miembros un nuevo vigor y recobrado la salud entera y perfectamente.

El acudir á la intercesion del P. Pignatelli para la cura de Sor Catalina, se debió á una gracia que obtuvo el H. Santiago Annoni, segun él mismo refiere con estas palabras': «Me hallé con el cuerpo hinchado, y me sentía bastante mal por tener grande dificultad en la respiracion. En tal estado una tarde, en que me sentí mucho más grave, vinome al pensamiento el encomendarme á la intercesion del P. Pignatelli: y recordando que tenía unos pocos cabellos suyos, que, apenas muerto el Padre, le corté; trituré unos cuantos de ellos, los eché en un vaso de agua, y me la bebí tragando los cabellos.»

«Después de esto por la noche comencé á sentirme notablemente mejorado; y esto de modo, que á la mañana siguiente fui al cuarto del P. Rector Félix Sopranis, y le conté lo sucedido, sin caberme la menor duda de que mi alivio se debía á la intercesion del Venerable Padre. Sabido esto por el P. Rector, y gozosos ambos por ello, me dijo: «Tambien Sor Catalina, lega de las Ursulinas de esta ciudad, se halla en los últimos momentos desahuciada de los médicos: no sé si pasará de hoy.» Entonces yo, lleno de confianza en los méritos del Siervo de Dios, respondí: «Padre Rector, llévele algunos cabellos, para ver si obtiene la gracia:» y así sucedió en efecto.»

Semejante á la de Sor Catalina fue la curacion, que Felipa Frigerio, de Milan, de veinte y seis años de edad, alcanzó de Dios por intercesion del V. P. Pignatelli en aquel año mismo de 1837. Padeía de una antigua y obstinada fiebre ética, y con tos más ó menos violenta iba consumiéndose y perdiendo poco á poco las fuerzas, sin que de nada sirviesen los remedios para aliviarla; y hacia fines de Diciembre de 1836 la enfermedad se agravó ex-

' *Process. Parm.*, fol. 766.

cesivamente. Fiebre continua y muy subida, tos muy frecuente y seca, dolores de cabeza y de estómago, incesantes palpitations de corazon, y gran dificultad para respirar eran sus síntomas. No teniendo ya fuerza para tenerse en pie, tuvo que hacer cama y yacer inmóvil sin esperanza de recobrase, y con seguro pronóstico de haber de acabar muy presto, porque, segun los facultativos, estaban muy dañados los bronquios.

Nueve meses duró en aquel mismo estado hecha materialmente un esqueleto, hasta que en Setiembre de 1837 deseó mudar de aires; y sus padres, más por contentarla, que con esperanza de mejoría, la hicieron trasportar á la aldea de Calò, distante de Milan unas cuatro leguas. Al llegar allí, fue llamado á visitarla el médico D. Pablo Viganoni, quien en su informe autógrafa así nos describe á la enferma: «Yendo,» dice, «á visitarla, encontré á una jóven de aspecto muy triste, pálida y con sensible demacracion, apagamiento de voz, tos muy molesta, seca y continua, respiracion corta y afanosa, palpitation del corazon más frecuente de lo natural, palpable endurecimiento de las glándulas del mesenterio, copiosa diarrea, pulsacion febril, calor muy pronunciado en la piel, y ningun apetito.» Así fue que él convino tambien en que la enfermedad estaba en un grado, á que no alcanzaba el arte del hombre.

Abandonada, pues, de todos, se dirigió á Dios la jóven: y habiendo tenido noticia del milagro obrado poco ántes en Placencia, sintió en el corazon un movimiento extraordinario de confianza de que alcanzaria la salud por intercesion del Venerable P. Pignatelli; y sin demora dio principio á una novena en honor suyo, y la siguió con gran confianza y encomendándose á él muy de veras. Lo que sobrevino lo quiero referir con las mismas palabras de D. Marcos Trabatoní, párroco de Calò, que, como testigo ocular, expuso el hecho al cardenal arzobispo de Milan en carta de 29 de Octubre de 1837.

«Concluída,» dice, «el día 30 del mismo mes de Setiembre la novena, se siente á las seis y media de la mañana trocada de súbito en otra mujer: observa que desaparece de la cabeza y

del estómago todo dolor, y que de pies á cabeza adquieren vigor todos sus miembros. Deseosa de hacer la prueba y ver si todo aquello es verdad, salta de la cama, se arrodilla, da vueltas por la habitación, baja las escaleras, y lo hace todo con la agilidad y firmeza que apenas pudiera esperarse de persona sana y vigorosa. Alegre y risueña se presenta á los de casa, que por el color del rostro y los movimientos conocen y aseguran que está curada perfectamente. Y no erraron por cierto: pues desde aquel momento no volvió á ser molestada ni con el más ligero acceso de fiebre, ni con el más pequeño insulto de tos, ni con ninguna de las otras incomodidades de su terrible y penosa enfermedad.»

«Todos, así domésticos como extraños, han reconocido en este suceso un verdadero milagro, del cual yo, el infrascrito párroco de Calò, doy fe y testimonio, por haber visto á dicha enferma en el colmo de su mal la noche del 29 del mismo Setiembre, cuando fui á confesarla, y luego en la mañana misma del día 30 y en los días sucesivos asistir, con grande admiración mía, en compañía de sus padres, á las funciones de esta iglesia parroquial de Calò.» Divulgose rápidamente la fama de este portentoso, y el cardenal Gáisruck, arzobispo de Milan, ordenó que en la forma acostumbrada se compilase el proceso jurídico, como en efecto se ejecutó.

No habían transcurrido aún dos meses desde que el Señor se había servido glorificar á su fiel siervo en la tierra de Calò, cuando en Módena tuvo lugar otro más estrepitoso portentoso en la curación del P. Antonio Bresciani, de la Compañía de Jesús, del cual prodigio se formó también público y jurídico proceso en el tribunal eclesiástico. Para no poner nada mío, dejo con gusto al mismo P. Bresciani la minuciosa narración del hecho, trasladando aquí íntegra una carta suya, que escribió á poco de haber recobrado la salud¹.

¹ Cuentan este milagro el P. Vicente Pavani en el proceso romano, fol. 737, y el P. Pedro Rossini (*ibid.*, fol. 832,) el cual tomó su narración de la carta del mismo P. Bresciani al P. Ricasoli, y añade estas

«Esta mía,» dice, «tiene por objeto referir á V. R. con toda fidelidad, y por su medio á quien deseara saberlas, para gloria de Dios, las circunstancias que acompañaron la gracia obtenida con la reliquia del Siervo de Dios P. José Pignatelli.»

«Vuestra Reverencia sabe muy bien, que en la primavera del año 1835, habiendo penetrado un mal contagioso en el Seminario de Turin, y asistiendo yo continuamente á aquellos jóvenes enfermos en compañía de otros Padres del colegio, el P. Camilo Pallavicini y yo contrajimos el mal. El P. Pallavicini murió del mismo; y yo, después de haber estado muy de peligro, tuve que soportar durante más de cinco meses dolores crueles de vísceras con pirosis de estómago y cardialgia.»

«Mejorado algo en el invierno de 1836 mientras me hallaba en Roma, al comenzar la primavera se reprodujo el mal, y tuve que sufrir los dolores y demás incomodidades más de siete meses y medio. En el invierno estuve de nuevo mejor; pero hallándome en Propaganda, me acometió otra vez la misma enfermedad en la primavera de este año con más furia que nunca. Debilitado por los dolores y la diarrea, demacrado y consumido, pasé de aquella manera una gran parte del invierno en Roma, sin que el mal cediese con los remedios de los profesores, ni me diese una corta tregua. Por este motivo la caridad de nuestro P. General me envió á Fano, donde esperaban los médicos que me aprovecharían grandemente los baños de mar.»

«Partí de Roma á fines de Julio, y durante todo Agosto tomé en Fano baños marinos, aunque sin provecho, antes bien con mucho daño; porque encruceciéndose los dolores, iban acabando con mi vida. Á mitad de Setiembre fui á Bolonia; y después de una tregua de pocos días, me empecé á sentir desgarrar las en-

palabras: «Por cartas recibidas de Módena por nuestros Padres, he sabido que uno de los facultativos, que intervinieron en la cura, se negó á testificar con juramento que hubiese sido milagrosa la curación, alegando por causa, que antes de ella se había dado al enfermo una sangría, á la cual podía atribuirse algún efecto que dispusiera á la curación.»

trañas, peor que ántes; de suerte que llegué á este colegio de Módena con el destino de Rector en un total decaimiento.»

«Enviáronme á las Colinas, y me repuse un poco; mas volviendo á Módena, empeoré de tal manera, que el profesor Goldoni quiso hacer la última tentativa con un gran golpe de sanguijuelas en la region hemorroidal, cosa que no habían hecho nunca los médicos anteriores. Fue aquella como la señal de la última batalla; porque aquel miasma venenoso, que llevaba tres años de encierro en las venas, brotó de pronto por las pequeñas cisuras de las sanguijuelas, y en pocos días se me cubrieron los muslos y las rodillas de dolorosísimas llagas, cada una de las cuales era de por sí mortal, y como dicen los médicos *mali moris*.»

«Tras de ellas se declaró inmediatamente una violenta *enteritis* ó inflamacion de vísceras, con agudísimos dolores, que á poco tiempo me condujo á las puertas de la muerte. En resumen, pues, yo padecía, segun el facultativo, tres enfermedades mortales á un mismo tiempo: la antigua, que procedía en gran parte de una fuerte obstruccion del hígado y de la vena aorta; la enteritis; y las llagas, que ya se empezaban á declarar gangrenosas.»

«Viéndome el médico tan á los extremos, llamó á consulta al profesor Vandelli; y visitándome juntos, opinaron hacerme una sangría. Yo estaba delirando, echando espuma por la boca, contorciéndome por los dolores, con una fiebre abrasadora y con las convulsiones de la muerte. Bajo la accion de la sangría recobré el uso de mis facultades y me encontré mejor; pero por la noche, al entrar el recargo de la calentura, siempre vómitos, convulsiones y delirio.»

«Ya los médicos nada esperaban, y dijeron á nuestros Padres que de ciento como yo morían noventa y nueve. Entretanto los buenos modenenses, por su mucho afecto á la Compañía, rogaban á Dios por mí en público y privadamente. En nuestra iglesia se hicieron triduos al Santo Padre, á San Francisco Javier y á San Luis. Expuestas las reliquias de San Gemelo, se celebraban misas

en su altar, pero yo seguía luchando con la muerte, y los médicos sin esperanza. Por último intentaron en la mañana del 27 de Noviembre otra sangría, que dio sangre parda y sobremanera viscosa.»

«Viendo el P. Ministro Belli que se acercaba la noche, y temiendo que se agravasen los síntomas como en las pasadas, lleno de fe, me propuso que me encomendase al P. Pignatelli. Aseguro á V. R., que nunca había pedido á Dios mi curacion: estaba resignado y entregado á Él con plena confianza, y me era dulce y agradable el sacrificio de mi vida, ya porque moría por motivo de caridad, ya porque moría en la Compañía. Bendíjome, pues, el P. Jorge Mossi con los cabellos del Siervo de Dios, y yo recibí con mucha conmocion interior aquella bendicion.»

«La noche fue tranquila; cuando he aquí, que, no sé si estando dormido ó despierto, se me apareció el P. Pignatelli al lado derecho y junto á la cama. Era de estatura alta, de rostro largo y afilado, y de encarnadura blanquísima. El aire de su semblante era dulce y sereno. Me miró un poco, y luégo me dijo: «Dios ha puesto tu vida en mis manos y en las tuyas;» con otras palabras que no tengo por qué decir aquí. Á este anuncio levanté la cabeza, no sé tampoco si velando ó en sueño, é inclinándola profundamente, me puse con entera resignacion en las manos de Dios, diciendo: *Non autem mea, sed tua voluntas fiat. Domine, quid prodest homini, &c.* Sonrióse el Siervo de Dios dulcemente, y desapareció; pero su imágen quedó, y queda aún, esculpida en mi alma indeleblemente.»

«Por la mañana los médicos hallaron un muy notable alivio, y se miraban uno á otro, diciendo: «Se puede decir que no hay calentura.» En dos días estaba tan bueno como lo estoy al presente, salvo la debilidad; y lo más admirable fue, que las treinta llagas mortíferas en aquellos dos días se cerraron y secaron, los dolores desaparecieron, el aspecto recobró su aire vital, las fuerzas, el brío, la mente, todo se restableció con rapidez maravillosa.»

«He aquí, Padre mío, cómo se ha complacido Dios en glorificar á aquel su gran siervo. Dios sea alabado y bendito. Solo me queda que suplicar á V. R. que pregunte al P. Rossini si el P. Pignatelli era de carnes muy blancas, y si llevaba el ceñidor muy bajo, ó más bien levantado hacia el pecho; pues me parece haberle visto de esta segunda manera. — Módena, 30 de Diciembre de 1837. — De V. R. infimo y afectísimo siervo en Cristo — ANTONIO BRESCIANI, S. J.»

Más larga era la enfermedad de una mujer de Calcinate, aldea cercana á Bérgamo. Un maligno humor escrofuloso, que infestaba todo su cuerpo, la estaba haciendo padecer sin tregua hacia ya diez años. Cuatro llevaba ya inmóvil en la cama, y dos con la voz tan perdida, que para poder entenderla una palabra, era preciso poner el oído casi sobre su boca. Además tenía encojidos los muslos y un brazo, de tal suerte, que, hecha toda un ovillo, no podía hacer el más insignificante movimiento sin sentir dolores espasmódicos y crueles en todo su cuerpo.

Así las cosas, volvió de Milan en Enero de 1838 el conde don Lucas Passi; y refiriendo el milagro ocurrido en Calò con la jóven que él mismo había visto, exhortó á la enferma á que se encomendara al Venerable P. Pignatelli, de quien le dio una reliquia. Animóse en efecto, y concibió esperanzas; por lo que empezó una novena, en cuyo postrer día se encontró instantáneamente sana. «En aquel momento,» dice ella misma, «sentí como que me llovía de la cabeza la salud y se derramaba por todo el cuerpo, me encontré ligera como una pluma, y parecióme que álguien me daba el brazo derecho. Las rodillas estaban aun adheridas al pecho, mas estando á la orilla de la cama, me pareció que las piernas caían al suelo como si fueran dos palos; y así me encontré en pie. Entonces fue cuando al decir á una niña: «Yo estoy buena,» conocí que había recuperado la voz.» Una hora después fue á la iglesia á dar gracias á Dios, y estuvo de pie cinco horas, y hubiera estado lo mismo toda la noche, si su padre no se hubiese opuesto. Al día siguiente se levantó muy de mañana y fue visitada por varias personas, que quisieron ver y observar por sí

mismas y con sus propios ojos las maravillas de Dios para gloria de sus siervos.

Carolina Villa, jóven milanese de veinticinco años, fue acometida de un mal terrible en la espina dorsal, y los remedios lo pudieron mitigar algo, pero no curarlo. Seis meses llevaba desde la última recaída, peor que las anteriores; y cuanto la ciencia puede aconsejar habíase agotado sin fruto. Un letargo prolongado á menudo por muchas horas, un sollozo continuo y tan fuerte que se oía el ruido hasta fuera de su casa, y por consiguiente una postracion completa, eran las añadiduras terribles al mal ordinario. Desahuciada de los médicos, que confesaban ser aquel un caso sin remedio y por ellos nunca visto, aguardaba la enferma la muerte, que se le iba acercando, con dolores cruelísimos. Se le administró el Santo Viático, y, después de la Extremaunción, la bendición *in articulo mortis*, y, según la costumbre de aquel y de otros países, se tocó por ella á la agonía.

Oigamos ahora por dicho de ella misma lo que sucedió después. «El día 28 de Junio de 1841 vino,» dice, «mi confesor; y encontrándome aún en mi estado habitual, me exhortó á reanimar la fe y no desconfiar de la omnipotencia de Dios y de la proteccion del V. P. Pignatelli, á quien yo había hecho una devota novena. Con este objeto rezó un Padrenuestro y una Ave-maría, y yo le acompañaba con la mente, por no poder otra cosa: y dándome la bendición, se despidió, dejándome llena de consuelo interior en el alma. Quizás no había llegado á su casa, cuando yo me sentía mejorada ya de todos mis males; y observando que me volvían las fuerzas y empezaba á tener mucha hambre, dije á mi madre que me diera algo de comer.»

«Turbada la infeliz señora al oír tan rara peticion, no se atrevía á dármele, temiendo que delirase; pero al fin condescendió y me dio alguna cosa. Á las dos de la tarde se quedó traspuesta mi madre en la misma habitacion; yo me levanté con expedicion de la cama, y acercándome á ella, le dije: «¿No ve usted que estoy buena?» Temiendo de nuevo, me mandó que me metiera en la cama; pero yo, como me sentía tan buena, me

fui á la cocina; y luégo, solo por obedecer me volví á acostar, esperando que volviera el confesor.»

«Llegó poco ántes de anochecer, y oyendo lo que había ocurrido, exhortó á todos los de mi casa á que se arrodillasen para dar gracias á Dios, que por la intercesion de su siervo se había dignado de conceder tan señalada gracia. Después me dijo que si estaba en disposicion verdaderamente de levantarme, que lo hiciese y fuese á la iglesia de San Nazario, como lo hice con gran consuelo de los de mi casa y de todos los conocidos, que llenos de admiracion no acababan de bendecir al Señor. Desde aquel día no tuve que volver á guardar cama, y por el contrario, he podido salir de casa y andar mucho. Todo lo dicho es cierto, y estaría pronta á confirmarlo, aun con juramento. — Milan, á últimos de Julio de 1841. — CAROLINA VILLA.»

CAPÍTULO XIV

Decreto de la Sagrada Congregacion de Ritos acerca de la introduccion de la causa del V. P. José Pignatelli. — Nuevos milagros. — Principios de la devocion al Siervo de Dios en España. — Gracias que por su intercesion se obtienen en Cataluña. — Milagros recientes en Colorno.

1841 — 1892

La fama de estos prodigios obrados por la intercesion del Siervo de Dios, P. José Pignatelli, y el favorable resultado del proceso que se hizo en Roma acerca de las virtudes del mismo, indujeron al P. José Luis Chiereghini, procurador general de la Compañía y nombrado Postulador de la causa del P. Pignatelli, á pedir á la Sagrada Congregacion de Ritos se dignase admitir la introduccion de la causa. No fueron vanos sus esfuerzos; pues con fecha 24 de Setiembre de 1842 la citada Congregacion, considerado tan grave negocio con la madurez y diligencia conveniente, juzgó se debía confirmar la Comision de la introduccion de la causa, si así lo tenía por bien el Sumo Pontífice: accedió benignamente Su Santidad, y la Sagrada Congregacion expidió el siguiente honorífico decreto:

«La ínclita Compañía de Jesús, madre que en todos tiempos ha sido de varones los más eminentes y esclarecidos en las ciencias divinas y humanas, también ha tenido siempre, entre sus hijos, Siervos de Dios muy ilustres, que llegaron á la cumbre de

fui á la cocina; y luégo, solo por obedecer me volví á acostar, esperando que volviera el confesor.»

«Llegó poco ántes de anochecer, y oyendo lo que había ocurrido, exhortó á todos los de mi casa á que se arrodillasen para dar gracias á Dios, que por la intercesion de su siervo se había dignado de conceder tan señalada gracia. Después me dijo que si estaba en disposicion verdaderamente de levantarme, que lo hiciese y fuese á la iglesia de San Nazario, como lo hice con gran consuelo de los de mi casa y de todos los conocidos, que llenos de admiracion no acababan de bendecir al Señor. Desde aquel día no tuve que volver á guardar cama, y por el contrario, he podido salir de casa y andar mucho. Todo lo dicho es cierto, y estaría pronta á confirmarlo, aun con juramento. — Milan, á últimos de Julio de 1841. — CAROLINA VILLA.»

CAPÍTULO XIV

Decreto de la Sagrada Congregacion de Ritos acerca de la introduccion de la causa del V. P. José Pignatelli. — Nuevos milagros. — Principios de la devocion al Siervo de Dios en España. — Gracias que por su intercesion se obtienen en Cataluña. — Milagros recientes en Colorno.

1841 — 1892

La fama de estos prodigios obrados por la intercesion del Siervo de Dios, P. José Pignatelli, y el favorable resultado del proceso que se hizo en Roma acerca de las virtudes del mismo, indujeron al P. José Luis Chiereghini, procurador general de la Compañía y nombrado Postulador de la causa del P. Pignatelli, á pedir á la Sagrada Congregacion de Ritos se dignase admitir la introduccion de la causa. No fueron vanos sus esfuerzos; pues con fecha 24 de Setiembre de 1842 la citada Congregacion, considerado tan grave negocio con la madurez y diligencia conveniente, juzgó se debía confirmar la Comision de la introduccion de la causa, si así lo tenía por bien el Sumo Pontífice: accedió benignamente Su Santidad, y la Sagrada Congregacion expidió el siguiente honorífico decreto:

«La ínclita Compañía de Jesús, madre que en todos tiempos ha sido de varones los más eminentes y esclarecidos en las ciencias divinas y humanas, también ha tenido siempre, entre sus hijos, Siervos de Dios muy ilustres, que llegaron á la cumbre de

la santidad con el ejercicio de todas las virtudes. Entre ellos con razon se cuenta en estos últimos tiempos el Ven. José María Pignatelli, nacido en Zaragoza de España de padres pertenecientes á la primera nobleza, el cual, hecho viva imágen del mismo fundador de la Compañía San Ignacio de Loyola y heredero de su espíritu, resplandeció con tantos y tan insignes ejemplos de todas las virtudes, que con verdad se ha de decir que fue dado del cielo para bien, salvacion y preservacion de la Compañía agobiada de tantas y tan terribles calamidades en tiempo de tanta turbacion: y aunque siempre enfermizo y de quebrantada salud, con todo la divina Providencia le conservó hasta la vejez, para que pudiese transmitir á la posteridad la observancia doméstica de los primitivos tiempos. La fama de tan grande varon divulgada por todas partes, acompañada, á lo que se dice, de la gloria de los milagros, y probada recientemente con auténticos documentos, en toda su integridad presentados, segun costumbre, á la Congregacion de Sagrados Ritos, motivó la proposicion de esta Causa en la misma Sagrada Congregacion. Así, pues, por medio del Emmo. y Revmo. Sr. Cardenal Carlos María Pedicini, obispo Portuense, de Santa Rufina y de Civitavecchia, Vice-cancelario de la Santa Romana Iglesia, Prefecto de la Congregacion de los Sagrados Ritos y Relator de la Causa, sin intervencion ni voto de los Consultores, ántes que transcurriesen los diez años después de la presentacion del Proceso Ordinario y se hiciese el exámen y revision de los escritos, por Apostólica dispensacion concedida el 22 de Marzo del año anterior, á instancia del R. P. José Luis Chiereghini, Procurador General de la misma Compañía y Postulador de esta Causa, propuesta la siguiente duda: «Si se debía firmar la Comision de la Introduccion de la Causa en el caso y para el efecto de que se trata; la misma Sagrada Congregacion, reunida en sesion ordinaria en el Palacio Quirinal el día abajo indicado, después de haberlo considerado todo con cuidado y diligencia, y oido al R. P. don Andrés María Frattini, Promotor de la Fe, que manifestó su parecer por escrito y de palabra, juzgó deber responder por escrito

que debía firmarse la Comision, si así pareciere á Su Santidad.»
Día 24 de Setiembre de 1842.»

«De todo lo cual hecha fiel relacion á Nuestro Santísimo Padre el Papa Gregorio XVI por mí el abajo firmado Secretario, Su Santidad accedió benignamente, y de su propia mano confirmó la susodicha Comision de Introduccion de la Causa del Venerable Siervo de Dios José María Pignatelli, Sacerdote Profeso de la Compañía de Jesús. Día 30 de los dichos mes y año. — C. M., obispo Portuen., Card. Pedicini, de la S. R. I., Vice-cancelario, Prefecto de la S. C. de R. — J. G. Fatati, Secretario de la S. C. de R.»

Este mismo año de 1842 á los 30 de Setiembre se empezó en Bolonia el proceso de las virtudes, que el Siervo de Dios ejerció durante su larga residencia en aquella ciudad, viviendo como sacerdote secularizado: y otro tanto se hizo en Nápoles y en Parma el de 1843, á 6 de Junio, tres meses después que fue milagrosamente curada una enferma por los méritos é invocacion del Venerable Siervo de Dios, como se verá por la relacion siguiente.

La noble y distinguida señora D.^a Julia Somigliana de la Cruz, de Como, fue acometida de una calentura en Setiembre de 1842, á la que se agregó después un flujo de sangre que duró más de treinta y tres días. Cesó este, y se agravó más la fiebre con frecuentes y violentas convulsiones, que no dejaban á la infeliz un instante de tregua. Tenía fortísimos dolores en todos sus miembros, pero señaladamente en la cabeza; y en estado de tanta debilidad todo ligero ruido le ocasionaba indecible molestia.

Agotados los recursos conocidos, no se alivió; antes bien iba de mal en peor; y no sabiendo ya qué hacerse los médicos, la aconsejaron que mudase de aires. Á 6 de Marzo de 1843, extendida en una como camilla, se la llevaron en coche á Casanuova, quinta de la familia, que distará como unas dos leguas. Allí sus

1 Véase en el Apéndice, núm. 2 el original latino de este decreto.

dolores se aumentaron y la pusieron en peligro de muerte, y en esta situación recibió una carta de su hija, educanda en las Salesas de Como, en que la exhortaba á unirse en espíritu con ella y con las compañeras y religiosas, que iban á empezar una novena al V. P. Pignatelli.

«Cuando oí leer aquella carta,» dice ella misma, «me sentí nacer en el alma una esperanza, y estoy por decir seguridad, de que me ponía buena, y exclamé: «Mañana me habré curado:» y estaba de ello tan segura, que pedí el permiso de comulgar el día siguiente en hacimiento de gracias. La noche del 18 al 19 de Marzo mi mal empeoró aún, y esperaba ansiosa la llegada del médico. Por la mañana, si bien con dificultad por lo muy grave que me encontraba, procuré reanimar mi fe y mi confianza con el V. P. Pignatelli; empecé la novena, y dos horas después siento de improviso como que me cae un gran peso de encima, me siento llena de brío y de fuerzas, y que estaba bien y perfectamente curada. «¡Oh milagro, milagro!» exclamé en mi corazón: y hubiera querido manifestárselo al instante á todo el mundo; pero un sentimiento de prudencia me ató la lengua.»

«Me levanté al punto de la cama sin auxilio de nadie, mientras que antes no podía ser siquiera trasportada en brazos de una cama á otra sin gran trabajo. Llegó en esto el médico, el cual quedó pasmado al verme levantada, y mucho más cuando vio que mi pulso estaba normal, y yo como si jamás hubiera estado enferma. «Cierto,» le dije yo, «cierto que estoy buena y curada perfectamente:» y rebosando de gozo le repetía lo mismo: «yo estoy buena y curada del todo.» «Pero V.,» replicó el médico, «pretende un milagro; pues de otra suerte no es posible que al cabo de seis meses y medio de enfermedad grave pueda estar buena tan de repente:» y no sabiendo salir de su aturdimiento al comparar mi mal pasado y mi estado presente; díjele yo que para Dios nada había imposible, y la prueba era mi perfecta curación. Y realmente no tuve, ni un momento de convalecencia.»

Mariana Pesantini en Junio de 1847 estuvo en Nápoles varios

días y noches en continuo tormento por no poder dar á luz; y ya á juicio de inteligentes no había que esperar, estando muerta la criatura, y la madre sin fuerzas. Después de pensarlo bien, por salvar siquiera la vida á la madre, se intentó extraer la criatura á pedazos y como se pudiera; pero ni esto tuvo buen resultado sino en muy pequeña parte; y recibidos los Santos Sacramentos, preparábase Mariana á morir, cuando el confesor, que estaba á su cabecera, la sugirió que confiase en el V. P. Pignatelli, cuya imagen le había llevado; y la exhortó á que prometiese, si conseguía la gracia, hacer lo que la impusiera su marido.

Respondió al punto que sí, é hizo la promesa, y en el instante mismo levantando la voz y mirando á los circunstantes, dijo: «¿Quién me toca?» Respondiéronle que nadie tenía tan cerca, y se tranquilizó; y dejándola sola con la partera, á pocos momentos lanzó felizmente la criatura ya gangrenada. Al grito imprevisto de «milagro, milagro» entran corriendo en el cuarto los médicos, á quienes dice la enferma: «Lo que los hombres no han podido, lo ha podido Dios con un milagro, que se ha dignado obrar en mi favor.» Al divulgarse tal novedad, acudió mucha gente; y todos ensalzaron al Señor, que por intercesión de su siervo había librado de inevitable muerte á aquella señora. Ella quedó sana y buena de tal suerte, que ni entonces ni después se resintió de lo padecido, ni la quedó daño alguno en su cuerpo, lo que era muy de temer después de tanto martirio.

Sea otro ejemplo de un señalado favor el concedido á un niño de la condesa Hosanna Ferrari de Udine. Este, por nombre Francisco, no teniendo aún más que un año, fue acometido de una raquitis; y además de no poderse mover y estar baldadito enteramente, padecía agudos dolores, inapetencia total, y desmayos que le dejaban como muerto. Los médicos más acreditados emprendieron su curación y agotaron sus alcances hasta tenerlo durante el día tendido en el suelo, y de noche en una dura cama; mas todo fue inútil; lejos de mejorar, iba perdiendo por días; y al cabo de más de un año de experimentos, decla-

raron que no sabían ni podían más; que el caso era desesperado, y que no había fuerza humana que curase al niño.

Animada entonces la madre por el P. Antonio Bresciani, hizo, juntamente con su esposo, una novena, suplicando al Señor que oyese sus gemidos, y por la intercesión del V. P. Pignatelli pusiera bueno á su amado Francisco. «Desde aquel punto,» dice ella, «tuve el consuelo de ver crecer á mi hijo mejorando siempre, si bien con lentitud; y ahora, gracias á la divina providencia, no solo anda de por sí y sin ayuda de nadie, sino que corre y salta expedito, sin dejar ninguno de la enfermedad.»

Á este punto habían llegado las cosas, cuando el P. José Boero, observando que en la vida del P. Pignatelli compuesta por el P. Agustín Monzon faltaban muchas noticias que en los procesos se consignaban y otras muchas que él mismo había oído de los que en vida del P. Pignatelli habían tratado con él, determinó escribir otra más completa que la del P. Monzon; y en efecto la escribió, y publicóla el año de 1856.

Deseando los Padres españoles que fuese conocida la santidad y milagros del Siervo de Dios en la patria que le vio nacer, encargóse al P. Félix Cumplido que tradujese al castellano la vida compuesta por el P. Boero. Tradújola el P. Cumplido inmediatamente con gran propiedad y elegancia; pero la triste situación de la Compañía en España á mediados de este siglo no era favorable á la publicación de aquel libro, la cual por entonces se suspendió; y así quedó del todo ignorado el nombre del P. Pignatelli, hasta que vinieron á hacerle muy conocido y admirado en Cataluña algunos milagros, que por su intercesión se obraron en los años 1862 y siguientes. El primero y más ruidoso fue el que voy á referir.

En el monasterio de Nuestra Señora de los Angeles, de la orden de Santo Domingo, en la ciudad de Barcelona, vivía Sor Eulalia Lligada, religiosa de coro, la cual estaba enferma desde el día 22 de Junio de 1851, el octavo después de haber concluido su noviciado. Su mal era una hidropesía, que si bien en un principio no la imposibilitaba del todo para tomar parte

en las ocupaciones de la comunidad; con todo se veía de vez en cuando obligada á guardar cama.

Más adelante se le hizo crónico el padecimiento, y ya de todo punto incurable. Agravóse mucho más desde el 16 de Agosto de 1861; y en 3 de Enero del siguiente año de 1862 aumentó hasta el punto de ser la enferma desahuciada por el médico. Afligida de agudísimos dolores en todo el cuerpo y especialmente en la cabeza, á veces hasta delirar, esperaba por instantes la muerte; situación, que con síntomas más ó menos alarmantes se prolongó hasta el 20 del mismo mes, en que se le administró el Santo Viático y también la Extremaunción el día 28, por haber entrado en agonía.

Confesaba á Sor Eulalia el P. Joaquin Forn, de la Compañía de Jesús, quien naturalmente la asistía con mayor solicitud desde que más se agravó el mal; y como encomendase á Dios á la enferma el día 29 de Enero en la santa misa, se sintió interiormente inspirado á interponer la mediación del Venerable P. José Pignatelli, de cuyas virtudes y milagros había tenido conocimiento en Roma, donde vivió algunos años.

Fue sobre el mediodía á visitar á la enferma, y hallóla postrada y como sin vida; sin embargo, para alentar su confianza, le dio alguna noticia del Siervo de Dios, declarándole brevemente alguna de sus virtudes y de las gracias que por su intercesión se había dignado conceder el Señor: dicho lo cual, la dejó. Y fue lo bastante: porque aquellas palabras infundieron á la enferma deseos de la salud y de acudir á la oración para obtenerla. Salido el Padre, llamó á una religiosa que allí quedaba para asistirle, y la rogó que escribiese en un pedacito de papel el nombre del V. P. José, á quien entretanto se encomendaba la enferma con gran confianza; y luego aplicándose al estómago el papel, se sintió, según declaró ella misma, como resucitada: cesaron los dolores, cobró el apetito, pidió alimento: estaba curada.

Las monjas, el confesor, y cuantos la vieron, quedaron pasmados. Fue el médico á la hora de costumbre á informarse del

estado de la enferma, á la cual no solo no halló cadáver, como él juzgaba que la había de hallar, sino enteramente sana, sin ninguna hinchazon, y con colores que indicaban perfecto estado de salud: y atónito y sin acabar de creer lo que estaba viendo, exclamó: «¿Qué es esto? ¿qué ha sucedido aquí?» y en muchos dias no acertó á volver en sí de la profunda sorpresa que le causó la vista de la moribunda tan de repente restablecida.

No se la permitió sin embargo levantarse al momento, como ella quería; hasta que después de repetidas pruebas, cediendo á la evidencia, no se le pudo ya prohibir: y lo hizo el viernes 31 de Enero, vistiéndose por sí misma, tan ágil y alegre, como si jamás hubiese estado enferma. Al otro dia, sábado, cantó delante de toda la comunidad, y con muy sonora voz el *Te Deum* con la misma soltura que ántes lo hacía en su calidad de directora del coro; de suerte, que, como era natural, lloraban de ternura al oírla las demás religiosas; y veíanse esparcidas por el suelo las mismas flores preparadas ántes para la corona de su mortaja.

En la mañana siguiente del domingo, día 2 de Febrero, consagrado á la Purificacion de Nuestra Señora, se celebró una misa solemne, cantando la misma religiosa, á la que acudió mucha gente para participar de aquel espectáculo: pero fue mucho mayor la concurrencia el día 8 del mismo mes, en el cual con otra misa más solemne aún, celebrada por el confesor, asistido por dos Padres Dominicos residentes en Barcelona, se dieron las debidas gracias á Dios por tan señalado prodigio. Corrían tiernas lágrimas de los ojos de todos, mientras cantaba con singular emocion la favorecida religiosa, que desde entonces disfrutó cabal salud. De este hecho mandó hacer exámen jurídico el señor obispo de la diócesis.

No es decible cuánto impresionó á la ciudad este primer prodigio. Círculo la noticia por toda ella con la velocidad del rayo; de suerte que por mucho tiempo la conversacion, en público y en privado, con propios y extraños, era principalmente del P. Pignatelli. Pedíanse pormenores de su vida; deseábanse sus estampas: y para satisfacer la pública ansiedad, se reprodu-

jeron en gran número litografías de una de Roma. Excitóse con más particularidad la devocion y la fe en los enfermos, obteniéndose notables curaciones de alma y cuerpo.

Muchas son las gracias que se refieren; pero entre las que se cuentan por medios más fidedignos, se hallan las siguientes. En el mismo monasterio de los Ángeles dos religiosas, la una Sor Maria Rita Boniquet, de 62 años de edad, y que hacía treinta estaba inútil para el servicio de la comunidad por su mala salud; y la otra de 33 años, Sor Josefa Costa, de coro, para el cual ya tres años había que estaba imposibilitada por debilidad de pecho y otros males; encomendándose ambas con fervor al V. P. Pignatelli, pudieron dedicarse de nuevo á los trabajos que les correspondían, enteramente curadas.

Una niña de cuatro meses, por nombre Concepcion Ferrer, inspiraba gran compasion por verse acometida con mucha frecuencia de accidentes epilépticos; por lo cual nadie había que quisiera lactarla: interpuso la madre la proteccion del V. P. Pignatelli, haciendo para esto una novena de tres Padrenuestros á la Santísima Trinidad; y el día 5 de Marzo de 1862 quedó enteramente curada.

En la misma ciudad de Barcelona había una religiosa, por nombre Sor Mariana Montal, á quien se le formó una hinchazon tal en la rodilla derecha, que no la podía doblar. Fue á confesarla el P. Joaquin Forn, exhortóla á que se encomendase con fervor y confianza al V. P. Pignatelli; y dócil ella á las insinuaciones del Padre, después que la hubo oído en confesion, comenzó junto con otras religiosas á recitar algunas preces á la Santísima Trinidad, para que se dignase glorificar la virtud y méritos del Venerable, restituyéndole la salud: á poco escribió en un papelito la invocacion del P. Pignatelli, é hizolo cenizas para poder tomarlo.

Las tragó ansiosa la enferma con viva fe: y es notable que durante las preces, en que se recitaron tres Padrenuestros, tenía el sacerdote levantada su diestra como medio palmo sobre la rodilla dolorida, y percibió que se exhalaba de ella á manera

de un gas, que subiendo, le molestaba la mano hasta el punto de quererla retirar. Creyóse ser indicio del favor otorgado; por- que en aquel instante se halló la enferma impelida de una fuer- za interior á arrodillarse: lo que, previo el permiso del confesor, hizo al momento con facilidad, acabando de rodillas la oracion comenzada.

Preguntóla sucesivamente tres veces y á cortos intervalos el P. Forn si sentía dolor en la rodilla. Respondió la primera vez que un poco, la segunda menos, la tercera nada; antes bien le parecía sentir algo en la rodilla sana, efecto sin duda de la pro- longada inaccion. Fue, pues, á juicio de los mismos médicos, hecho prodigioso; puesto que sobre constar por experiencia que la rodilla derecha de la religiosa no se doblaba, era naturalmen- te imposible que se verificase, atendida la anquilosis declarada.

Desde aquel instante anduvo sin dificultad, se arrodillaba, se paseaba, y todo lo hacía con ligereza y no menor pasmo de las buenas religiosas, que atónitas la miraban, casi sin atreverse á creer lo que veían; por la noche se libró del fontículo, sin que apareciese hinchazon alguna, pues había desaparecido por com- plete, quedando solo las cicatrices: y aun obtuvo en el discurso de la novena, que estas perdiesen la deformidad con que suelen quedar.

Á la mañana siguiente volvió desde la hora de levantarse á seguir en todo á la comunidad: y cuando más tarde llamaba á la puerta el médico, ignorante de lo ocurrido, ella misma salió á abrirle la puerta, como en tono de chanza se lo había prome- tido en otra ocasion; con lo que bien se deja entender cuán atónito quedaria. Desde entonces Sor Mariana Montal siguió el órden de la comunidad, desempeñando la escuela, que tiene á su cargo, con perfecta salud.

De fuera de Barcelona podemos referir lo ocurrido en Canet de Mar, diócesis de Gerona. Doña N. Costas llevaba ya 23 años de padecimientos de estómago con náuseas y vómitos frecuentes y agudos dolores en todo el cuerpo, que llegaron á tenerla pos- trada en la cama y próxima á la muerte. En este estado llegó

una hija suya, residente en Barcelona, para consolarla: lo que en efecto hizo, ofreciéndole una estampa del P. Pignatelli; pero la enferma desesperanzada de alcanzar alivio, la rehusó, al prin- cipio con ademanes y palabras algun tanto ásperas: á poco sintióse correr por el cuerpo un sudor frio; y reflexionando sobre lo hecho, dolíase muy de corazon de su incredulidad.

Pidió la estampa, y encomendándose con gran fervor al Siervo de Dios, estrechóla al pecho, y en esta actitud se durmió: este sueño, como no acostumbrado y sobremanera plácido, hizo temer no hubiese muerto; hasta que despertando por si misma á la mañana siguiente, se halló del todo sana: vistióse, tomó alimento, pudiéndose ya mover sin sentir dolor alguno: pocos días después se trasladó á Barcelona con su hija al único objeto de referir el suceso portentoso, con que Dios acababa de glo- rificar en su persona al Venerable Padre.

Y refirió al mismo tiempo, que divulgado este prodigio por la poblacion, el Alcalde, aunque en un principio incrédulo, acaba- baba de pedirle con instancias una estampa del Venerable Siervo de Dios, para alcanzar por su valimiento la salud de una hija suya enferma de tisis, y en efecto había experimentado la pro- teccion del Venerable Padre.

Pondré fin á esta relacion de los prodigios obrados en Espa- ña, con una gracia obtenida por un jóven religioso de las Escuelas Pias, de la que fue testigo mi hermano, el R. P. Juan Glicerio, quien á peticion mía me la puso por escrito, para que con sus mismas palabras la hiciese yo pública en esta historia. Dice así: «Barcelona, 31 de Marzo de 1891. — Mi muy querido hermano: tengo el gusto de enviarte la breve relacion que me pides, de la curacion obtenida por la intercesion del V. P. Pignatelli, S. J., la que tuve el consuelo de presenciar.»

«En el año de 1865, en nuestro colegio de Moyá, (hoy casa de noviciado de la provincia de Cataluña, ántes de estudios,) ocurrió con uno de mis compañeros de estudio, llamado José de Calasanz Anglada, que hoy se encuentra de Superior de nuestra casa de Morella, el hecho que voy á referirte.»

«Acometido dicho jóven de un catarro vesical, que de día en día se le agravaba, empezó á expeler una especie de lodo, que pronto se convirtió en arenillas, y luégo en cálculos, que fueron aumentando hasta llegar al tamaño de un guisante, y aun de un piñon con su cáscara. La expulsion de dichos cálculos le era sumamente dificultosa, y le ocasionaba agudísimos dolores, que solo se le mitigaban permaneciendo en un baño de agua caliente. Había llegado á tal estado de gravedad, que ya no le era posible andar sino apoyado en dos palos, que le servían de muletas. Agotáronse todos los recursos que en semejantes casos aconseja la medicina; pero sin resultado.»

«Aconteció en aquellos días, que el R. P. Ramon Busquet, Superior de aquel colegio, tuvo noticia de una repentina curacion, que por la intercesion del V. P. Pignatelli, se había obrado en el convento de religiosas de los Angeles de Barcelona. En vista de esto procuró dicho Padre excitar en el corazon del doliente la confianza en la proteccion del Venerable Padre. Obtuvo de las mencionadas religiosas nueve tiritas de papel, cada una de las cuales tenia escrita una breve súplica al Venerable Padre. Lleno de fe el enfermo, da principio á una novena, que consistía en el rezo de algunas oraciones, y segun la indicacion de las religiosas, en quemar cada día una de las tiritas, cuya ceniza tomaba desleída en agua.»

«Como á la mitad de la novena empieza á arrojar gran cantidad de arenilla con algunos cálculos, y desde aquel momento queda completamente libre de tan dolorosa dolencia; suelta los palos en que se apoyaba, y se presenta bueno y sano al aposento del Padre Rector.»

«No es posible describir la sorpresa que causó al Padre Rector y á todos los religiosos un hecho tan inesperado, al cual espontáneamente calificamos de milagroso; pero nuestro Lector, R. P. José Recasens, sujeto respetabilísimo entre nosotros por sus raras virtudes, exclamó: «No podemos llamarlo milagro, porque no lo ha aprobado la Iglesia; pero si podemos asegurar que es un notable prodigio.»

«Todos inmediatamente dimos gracias al Señor, porque por mediacion de su siervo, el Venerable Padre, nos había concedido tan singular beneficio.»

«En los 27 años que se han pasado, no ha sentido, como confiesa el P. Calasanz, la menor reminiscencia de aquella terrible enfermedad. — Tu hermano y S. S. — GLICERIO NONELL, Escolapio.»

Hallándose casualmente en Barcelona el interesado, cuando esto se escribía, no dudó en dar fe de lo referido con el siguiente testimonio: «Siendo exacta la relacion que precede, no tengo reparo en firmarla en Barcelona, 1.º de Abril de 1891. — José CALASANZ ANGLADA, de los Dolores, S. P.»

No pondremos fin á esta historia sin referir aqui algunos prodigios recientemente obrados por intercesion del V. P. Pignatelli en el pueblo de Colorno, antiguo teatro del apostólico celo del Padre. Hánoslos comunicado el Sr. Cura Párroco del mismo lugar, D. Héctor Savazzini, en carta de nueve de Enero de 1892.

«Ana Donati, maestra elemental en este pueblo, padeció en 1887 una enfermedad tan grave, que todos creían no escaparía de la muerte: no podía tomar alimento alguno, y las fuerzas se le debilitaban sensiblemente cada día. Llegó el otoño, y sintióse con algun alivio: y aunque vigorizada más por la fuerza de su espíritu, que por las del cuerpo, pues este continuaba en su debilidad, probó en Noviembre á hacer otra vez su clase; y bien pronto se agravó como ántes su enfermedad.»

«Entonces se resolvió á hacer una novena al V. P. José Pignatelli, del cual tuvo consigo una estampa y una reliquia: prometió comulgar algunas veces en honor del Venerable, y además enviar una relacion de la gracia obtenida, si alcanzaba fuerzas para desempeñar su clase hasta los exámenes de fin de curso. Al momento empezó á sentirse mejor, con maravilla de todos terminó sana y robusta el curso, y hasta el día de hoy continúa en su penoso oficio.»

«Julia Monteverdi, en Bertoni Celeste, hacía un año que pa-

decía tan recios dolores de cabeza, que no podía descansar de día ni de noche. Probó todos los remedios; y todo en vano. Por consejo mío empezó por Marzo de 1888 una novena al Venerable P. Pignatelli, teniendo una reliquia de él debajo de la almohada; y después de un mes, poco más ó menos, se vio libre de su mal.»

«Luisa Delfrate, de edad de treinta años, doncella de rara piedad, casi consumida por una lenta y grave dolencia, aguardaba con serenidad la muerte, recibidos ya los Santos Sacramentos, alegre por dejar este mundo y unirse con Dios. Yendo yo á visitarla, le llevé la reliquia del V. P. Pignatelli, y la exhorté á que le hiciese una novena; y bien penetrado de su vivísima fe y de la tranquilidad con que moría, le dije: «Si el P. Pignatelli quiere hacer milagros, este es el momento oportuno.»

«Apenas hubo la enferma tomado la reliquia, comenzó á retener el alimento, cosa que desde algunos días le era imposible. Á los dos ó tres días empeoró; y en pocas horas quedó tan cansada, y se puso de tal suerte cadavérico su semblante, que todos creímos que moriría aquella noche. Conservaba no obstante la reliquia sobre la cama; empezó á mejorar, restablecióse á los pocos días; y el 23 de Setiembre de 1888 fue á la iglesia parroquial á dar gracias á Dios y al P. Pignatelli por la vida y la salud que le habían vuelto.»

«En Julio de 1889 Clementina Bertuzzi estaba con gravísimos dolores de parto; como los médicos temiesen por su vida, pidió ella la reliquia del V. P. Pignatelli, comenzó la novena, y bien pronto se vio libre del peligro, y gozosa con un parto feliz.»

«N. N., natural de Colorno, tenía graves disgustos de familia, de la cual había desaparecido la paz, ni sabía cómo disipar las cavilaciones que le causaban. Pidió la reliquia del Venerable Padre, la colgó en su aposento, y delante de ella hizo fervorosa oración. Á los pocos días había recobrado la paz aquella familia, obrando el Venerable Padre otra vez un prodigio de aquellos que en tanto número había obrado en Colorno, cuando

con solo asomarse á las puertas de las casas en que se carecía de paz, él se la restituía.»

Con una Hermana de la Caridad, residente en el manicomio de Colorno, obró el Venerable Padre un milagro, que ella misma refiere al mencionado señor Cura Párroco, por estas palabras: «Muy Reverendo señor Preboste. = Aunque por mi incapacidad me siento turbada al tener que escribirle lo que V. me pide; lo haré, sin embargo, y con mucho gusto, en reconocimiento de su solícita caridad en haberme traído la reliquia del P. Pignatelli cuando caí enferma.»

«El día 29 de Setiembre de 1889 había yo trabajado todo el día sin sentir novedad alguna: por la noche me sobrevinieron abundantes vómitos de sangre, y me sentí muy mal: cesaron estos; y por doce días continuos tuve una fiebrequita tal, que no podía tomar sino poquísimo alimento: renováronse los vómitos: luégo me hallé exhausta de fuerzas; y conocí que me moría. El médico efectivamente dijo que estaba yo al fin de mi vida: yo me resignaba á mi suerte, y no tenía ninguna esperanza de curarme.»

«Vino V. á verme; trájome la reliquia y la estampa del Padre Pignatelli, y me dijo que me uniese á mis hermanas, que daban principio á una novena por mi salud. Tambien V. rogó, y sus oraciones son las que dieron valor á las nuestras. Al empezar la novena, dije al P. Pignatelli: «Si me obtenéis esta gracia de curar, os ruego me alcancéis ántes la de ser más fervorosa; porque la experiencia que de mí misma tengo, me hace temer que si recobro la salud, volveré á ser tibia como ántes. He hecho los ejercicios hace dos meses: hice cuanto pude para hacerlos bien: más quiero morir, que volver á mi primera tibieza en el divino servicio. Si me obtenéis la salud, os suplico que primero me obtengáis una firme voluntad de perseverar en el bien.» Terminada esta súplica, me resigné en la voluntad de Dios.»

«Diose principio á la novena, y yo comencé á sentirme más aliviada, y de día en día me fui sintiendo mejor. El 5 de No-

viembre salí para la enfermería de Turin: estaba ya levantada casi todo el día. En estos dos años he gozado también de una regular salud.»

«En cuanto al espíritu me hallo muy contenta. Siempre que conozco que me entibio, me acuerdo del Venerable Padre, le invoco con gran confianza, y al instante siento su protección. Me encomiendo á él todos los días por la mañana y por la noche: desde que tuve la dicha de conocerle, siempre me he encomendado á su protección; y no dudo que si en estos dos años he perseverado en la voluntad de obrar bien y resistido á mis malas inclinaciones, ha sido por gracia de la protección de este Santo, á quien de continuo me encomiendo.»

«En reconocimiento por habérmelo hecho conocer, todos los días le ruego por V., señor Cura, y por toda su familia.»

«Dígole además, que tengo tanta confianza en este Santo, que muchas veces le envío al Señor y á la Virgen, á una parte y á otra del Paraiso, á cumplir encargos que le doy. Me temo no me diga: «¿Soy por ventura tu eriado?»

«Termino esta carta, ya demasiado larga, rogándole se acuerde de mí. Y encomendándome en sus fervorosas oraciones, le suplico dé V. por mí gracias á Dios y al V. P. Pignatelli.»

«Tengo el honor de ser de V., muy Rev. Sr. Cura, = Humildísima Sierva = MARGARITA CERCHIO, (de 34 años) = Hija de la Caridad.»

APÉNDICE AL LIBRO SEXTO

I

ELOGIO DEL V. P. JOSÉ PIGNATELLI¹

JOSEPHUS PIGNATELLI
 EX COMITIBUS DE FUENTES CÆSARAUGUSTÆ IN HISPANIA
 NATUS
 SOCIETATIS JESU QUATUOR VOTORUM PROFESSUS
 ET REDIVIVÆ SOCIET. PRIMUS NEAPOLI PROVINCIALIS
 VIR
 NOBILITATIS GENERE, INGENIO, DOCTRINA
 CLARUS,
 ET PRÆCLARIS PRUDENTIÆ, ET CONSILII DONIS
 A DEO INSIGNITUS.
 EXIMIUS RELIGIOSARUM VIRTUTUM
 CULTOR
 ABSTINENTIÆ, SUI ABNEGATIONIS, PENITENTIÆ,
 HONORUM HUMANARUMQ; RERUM CONTEMPTUS,
 INVICTIÆ IN ADVERSIS ANIMI FORTITUDINIS,
 ADMIRABILIS IN TOLERANDIS INFIRMITATUM DOLORIBUS
 PATIENTIÆ.
 PROMPTI AD MAIORUM NUTUM
 OBEDIENTIÆ.
 FIDE FIRMIUS, SPE CERTUS, SINGULARI IN PROVID^A DIV^A CONFIDENTIA
 SUPRA MODUM PLENUS,
 STUDIO ORATIONIS ET INTIMÆ CUM DEO CONIUNCTIONIS

¹ De la copia remitida de Roma á raíz de la muerte del Venerable á su sobrina la duquesa de Villahermosa, en cuyo archivo se conserva.

viembre salí para la enfermería de Turin: estaba ya levantada casi todo el día. En estos dos años he gozado también de una regular salud.»

«En cuanto al espíritu me hallo muy contenta. Siempre que conozco que me entibio, me acuerdo del Venerable Padre, le invoco con gran confianza, y al instante siento su protección. Me encomiendo á él todos los días por la mañana y por la noche: desde que tuve la dicha de conocerle, siempre me he encomendado á su protección; y no dudo que si en estos dos años he perseverado en la voluntad de obrar bien y resistido á mis malas inclinaciones, ha sido por gracia de la protección de este Santo, á quien de continuo me encomiendo.»

«En reconocimiento por habérmelo hecho conocer, todos los días le ruego por V., señor Cura, y por toda su familia.»

«Dígole además, que tengo tanta confianza en este Santo, que muchas veces le envío al Señor y á la Virgen, á una parte y á otra del Paraiso, á cumplir encargos que le doy. Me temo no me diga: «¿Soy por ventura tu eriado?»

«Termino esta carta, ya demasiado larga, rogándole se acuerde de mí. Y encomendándome en sus fervorosas oraciones, le suplico dé V. por mí gracias á Dios y al V. P. Pignatelli.»

«Tengo el honor de ser de V., muy Rev. Sr. Cura, = Humildísima Sierva = MARGARITA CERCHIO, (de 34 años) = Hija de la Caridad.»

APÉNDICE AL LIBRO SEXTO

I

ELOGIO DEL V. P. JOSÉ PIGNATELLI¹

JOSEPHUS PIGNATELLI
 EX COMITIBUS DE FUENTES CÆSARAUGUSTÆ IN HISPANIA
 NATUS
 SOCIETATIS JESU QUATUOR VOTORUM PROFESSUS
 ET REDIVIVÆ SOCIET. PRIMUS NEAPOLI PROVINCIALIS
 VIR
 NOBILITATIS GENERE, INGENIO, DOCTRINA
 CLARUS,
 ET PRÆCLARIS PRUDENTIÆ, ET CONSILII DONIS
 A DEO INSIGNITUS.
 EXIMIUS RELIGIOSARUM VIRTUTUM
 CULTOR
 ABSTINENTIÆ, SUI ABNEGATIONIS, PENITENTIÆ,
 HONORUM HUMANARUMQ; RERUM CONTEMPTUS,
 INVICTIÆ IN ADVERSIS ANIMI FORTITUDINIS,
 ADMIRABILIS IN TOLERANDIS INFIRMITATUM DOLORIBUS
 PATIENTIÆ.
 PROMPTI AD MAIORUM NUTUM
 OBEDIENTIÆ.
 FIDE FIRMUS, SPE CERTUS, SINGULARI IN PROVID^A DIV^A CONFIDENTIA
 SUPRA MODUM PLENUS,
 STUDIO ORATIONIS ET INTIME CUM DEO CONIUNCTIONIS

¹ De la copia remitida de Roma á raíz de la muerte del Venerable á su sobrina la duquesa de Villahermosa, en cuyo archivo se conserva.

ARDENTI IN IPSUM FEREBATUR AMORE:
CHARITATE IN PROXIMUM SOLLICITUS,
LIBERALITATE IN PAUPERES EFFUSUS,
IN OMNES SINGULARITER BENEFICUS,
CUNCTIS OMNIUM ORDINUM HOMINIBUS
CHARUS.

AB OMNIBUS IN HONORE ET VENERATIONE
HABITUS,

APUD PRINCIPES SÆCULARES ÆQUE ATQUE ECCLESIASTICOS
CUM GRATIA ET AUCTORITATE VALERET PLURIMUM,
EORUMQ: AMOREM, AC VENERATIONEM SIBI VEL ASPECTU CONCILIARET,
SIBI IPSI TANTUMMODO VILIS ERAT, ET ABIECTUS.

AD OMNIA MAXIMA NATUS,

NIHIL SE VALERE, RESQUE SIBI COMMISSAS
VITIO SUO IN MALUM RUERE
EXISTIMABAT AC TIMEBAT.

VIR CONSILIORUM CONSILIUM INFERIORUM EXQUIREBAT.

RELIGIOSAM FAMILIAM CUI DIU PRÆFUIT
BENIGNITATE, EXEMPLO, HUMILI AUCTORITATE REXIT:

SOCIIS FACTUS OBSERVANTIE NORMA
OBSERVANTIAM SEVERE EXIGEBAT.

MERITORUM PLENIORE QUAM ANNORUM

MAGNO OMNIUM ORDINUM LUCTU,

ACERBO SOCIORUM DOLORE,

PAUPERUM MISERA COMPLORATIONE,

A PIO VII. PONT. M. MAGNÆ PRUDENTIÆ VIR

APPELLATUS,

ET SUPREMI SOCIETATIS REGIMINIS DIGNUS
IUDICATUS.

SANCTUS AB OMNIBUS HABITUS,

REBUS SUIS PRO RELIQUIIS A PLURIBUS CERTATIM

ETIAM A QUODAM PRINCIPE¹ QUÆSITIS

DIEM EXTREMUM SANCTE CLAUSIT

ROME IN HOSPITIO S. PANTALEONIS AD MONTES,

QUOD SIBI, ET SOCIIS NEAPOLI EXULIBUS ANNUO PRETIO CONDUXERAT²

XVII. KAL. DECEMB. AN. MDCCCXI.

ÆTATIS AN. LXXIV.

¹ Rege Carolo Emmanuele IV Sabaudia. Hoc est proprium Principis nomen: pro quo ex errore scriptum fuit in Authographo: Carolo Amadeo Sardinia Rege.

² Sepultus fuit ex voto et voluntate sua in Ecclesia B. M. Virginis de Bono Consilio nuncupata.

II

DECRETO DE LA SAGRADA CONGREGACION DE RITOS

ACERCA DE LA INTRODUCCION DE LA CAUSA DEL VENERABLE SIERVO DE DIOS

Inclita Societas Jesu, quæ iugiter summos edidit viros in divinis humanisque scientiis clariores, constanter etiam Dei Servos præclarissimos aluit, qui virtutum omnium exercitio sanctitatis apicem attigerunt. Novissimis hisce temporibus merito his accensetur Ven. Joseph Maria Pignatelli, Casaraugustæ in Celtiberia ex prima nobilitate progenitus, qui Institutori ipsi Societatis, Sancto Ignatio de Loyola, factus simillimus, spiritumque eius hereditans, tot tantisque virtutum omnium exemplis enituit, ut vere dicendus sit divinitus datus pro bono, salute, et præservatione Societatis in tot tantisque calamitatibus ex temporum vicissitudine divexatæ: et, licet infirma semper valetudine, a Providentiâ servatus ad senectam usque, quo facile posset primævam et domesticam disciplinam posteris tradere. Tanti viri fama virtutum, accedente, ut fertur, gloria miraculorum, undique quum celebraretur, authenticis modo probata monumentis, iisque intactis Sacrorum Rituum Congregationi de more exhibitis, rationem attulit propositioni huiusmodi Causæ in eadem Sacra Congregatione. Per Eminentissimum itaque ac Reverendissimum D. Cardinalem Carolum Mariam Pedicini, Episcopum Portuensem, Sanctæ Rufinæ et Centumcellarum, Sanctæ Romanæ Ecclesiæ Vice-Cancellarium, Sacrorum Rituum Congregationi Præfectum, Causæque Relatorem sine interventu et voto Consultorum, antequam elaboretur decennium a die præsentationis Ordinarii Processus, fieretque perquisitio et scriptorum revisio ex Apostolica dispensatione die 22 mense Martio anno superiore impertita, ad instantiam R. P. Joseph Aloisii Chiereghini, eiusdem Societatis Procuratoris Generalis, Causæque huiusmodi Postulatoris, proposito sequenti Dubio «An sit signanda Commissio Introductionis Causæ in casu et ad effectum, de quo agitur?» Sacra eadem Congregatio ad Quirinales Aedes subscripta die Ordinario in Cætu coadunata, omnibus accurate diligenterque consideratis, auditoque R. Patre D. Andrea Maria Frattini, Sanctæ Fidei Promotore, qui scripto et voce suam sententiam aperuit, rescribendum censuit: «Signandam esse

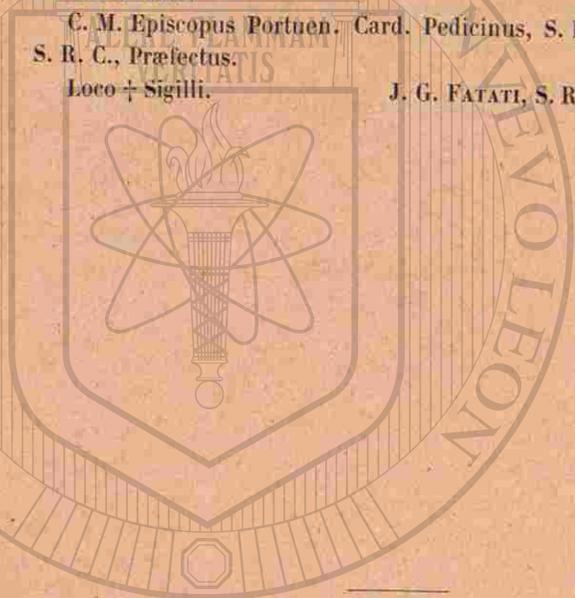
Commissionem, si Sanctissimo Domino visum fuerit.» Die 24 Septembris 1842.

Super quibus omnibus facta postmodum Sanctissimo Domino Nostro Gregorio Papæ XVI per me subscriptum Secretarium fideli relatione, Sanctitas Sua benigne annuit, prædictamque Commissionem Introductionis Causæ Ven. Servi Dei Joseph Mariæ Pignatelli, Sacerdotis Professi Societatis Jesu, propria manu signavit. Die 30 recensitis mense et anno.

C. M. Episcopus Portuen. Card. Pedicinus, S. R. E. Vice-Cancell.,
S. R. C., Præfectus.

Loco † Sigilli.

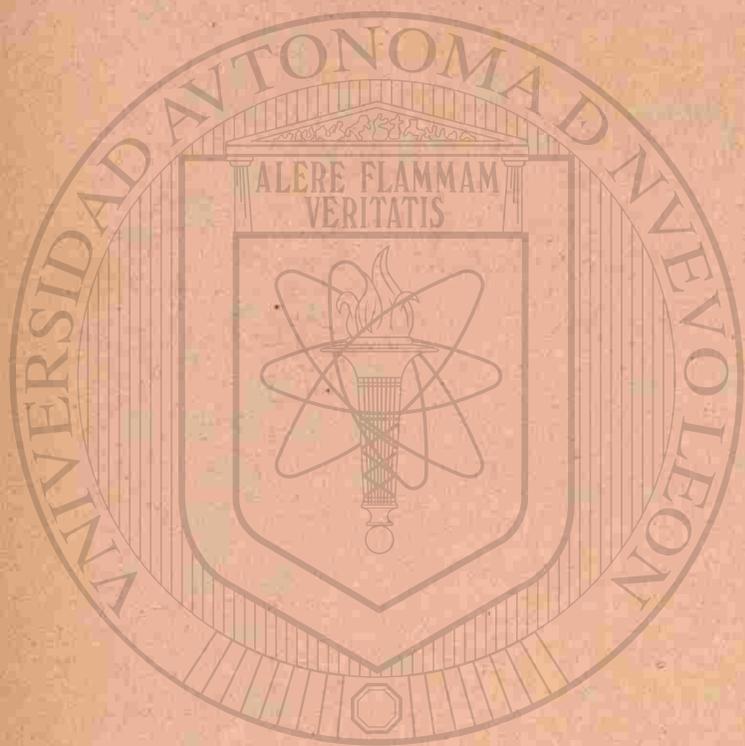
J. G. FATATI, S. R. C. Secretarius.



PROTESTA DEL AUTOR

Conformándome con las prescripciones contenidas en las Bulas apostólicas, y en particular en las de Nuestro Santísimo Padre Urbano VIII, que disponen el modo de escribir vidas de personas insignes en virtud, no canonizadas ni beatificadas en juicio de la Santa Iglesia Romana; como hijo de ella, protesto, en primer lugar, que la aprobacion y calificacion de lo que en este libro se dice de cualquiera persona no canonizada ni beatificada, ó bien de cosas sobrenaturales suyas, la remito en todo á quien pueda darla, que es el Vicario de Jesuista; sin pretender que se dé á lo que escribo más crédito, que el que se debe á una asercion humana falible. Protesto además, que si algunas veces uso de las palabras *Venerable*, *Santo*, *Santa* y otras semejantes, no es mi ánimo tomarlas en otro sentido, que en el comun del modo ordinario de hablar de personas que en opinion de los hombres vivieron con singular ejemplo y edificacion y fama de virtud heroica, sin que en esto intente prevenir el juicio y fallo de la Santa Iglesia nuestra madre, á cuya censura y correccion me sujeto y lo sujeto todo.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES Y PUBLICACIONES

ÍNDICE AL TOMO TERCERO

PARTE TERCERA

EL V. P. PIGNATELLI Y LA COMPAÑÍA DE JESÚS EN SU RESTABLECIMIENTO

LIBRO QUINTO

	Pág.
Desde el restablecimiento particular y público de la Compañía en las Dos Sicilias por Pío VII hasta su expulsión de aquel reino por Napoleón Bonaparte.	7
CAPÍTULO I. — Llega el Siervo de Dios á la ciudad de Nápoles y hospédase en el palacio de la condesa, su hermana. — Retardo en la expedición del Breve de restablecimiento, y sus causas. — El cardenal Ruffo ante el Sumo Pontífice. — Prudencia del P. Pignatelli en el asunto de las dotaciones de los colegios. — Breve de reposición. — Inmenso júbilo que produce en los jesuitas y en la corte. — Benevolencia de los reyes con los Padres. — Oposición del senado, y firmeza del rey. — Entusiasmo del pueblo. — Gozo del P. Pignatelli. — Plantea la más estricta observancia en el Jesús Viejo. — Solemne inauguración del templo del mismo. — El Siervo de Dios Provincial de Nápoles.	9
CAPÍTULO II. — Santa vida del P. Pignatelli en el palacio de su hermana. — Alármase la corte de Madrid por la reposición de la Compañía en Nápoles. — Temores de los jesuitas. — Pasan al Jesús Viejo los PP. Angiolini y Pignatelli. — Medidas de la corte de España contra los jesuitas españoles de Nápoles. — Intrepidez del Siervo de Dios. — Carta del Padre Mozzi. — El P. Angiolini en Roma. — El P. Panizzoni en Nápoles. — Ruidosa misión en la iglesia del Jesús Viejo y en otros templos. — Celo del P. José en oír confesiones. — La fiesta de San Francisco Javier. — Triduo de preparación. — Solemne instalación de los Padres en el Jesús Viejo el día de la fiesta con asistencia de Sus Majestades. — Cuidado que pone el Siervo de Dios en la edificación del pueblo. —	

	Pág.
Restauracion de los estudios. — Concurso extraordinario. — Una curiosidad de la reina Carolina. — Enriquecese la biblioteca.	29
CAPÍTULO III. — El P. Biasini en Nápoles. — Ministerios durante la cuaresma. — Toma el Siervo de Dios especial cuidado de las cárceles. — Piden colegios en Sora, Bari y San Germano. — Envía el P. Pignatelli misioneros á los lugares de la comarca. — Traele Dios una alma descarriada. — Proyectos de restauracion en Sicilia. — Espérase en Nápoles al P. General Grüber. — Su trágica muerte. — Entrada de los Padres en Sicilia. — Entusiasmo con que se los recibe. — Dase principio á los ministerios en la casa profesa. — Observancia regular. — Fervor del Venerable en la novena de Pentecostés. — Eficacia de la obediencia.	47
CAPÍTULO IV. — Promueve el Siervo de Dios la causa de beatificacion del P. Francisco de Jerónimo. — Adquisicion de la casa profesa ó Jesús Nuevo. — Instálase en ella el Padre Pignatelli. — Congregacion Provincial. — Exequias del Padre General Grüber. — Plantea la vida comun en toda su pureza. — Predice al P. Fortis un suceso futuro. — Establece la pobreza con gran perfeccion. — Anuncia un grave castigo. — Terremoto del 25 de Julio. — Caso sucedido con el H. Grassi. — Solicita caridad del Venerable. — Frutos espirituales del terrible azote. — Daños materiales en los edificios. — Magnanimidad del Siervo de Dios. — La fiesta de San Ignacio. — Regalos de los reyes y de la condesa de la Acerra.	63
CAPÍTULO V. — Estrechez de la casa profesa. — Extraordinaria providencia de Dios con su siervo. — Multiplicacion milagrosa de la comida. — Apuros del colegio máximo. — Afli-gese el Padre por esta causa. — Quebranto en su salud. — Su profunda humildad. — Desea se le exonere del gobierno de la Provincia. — El nuevo General le confirma en su cargo. — Exquisita prudencia del Venerable en el gobierno. — Celo por la observancia regular. — Junta la suavidad con la eficacia. — Compasion y afabilidad con sus súbditos. — Desconfianza de sí mismo y sinceridad en oír el parecer ajeno. — Desprecio de sí y pronta obediencia. — Armonía con el P. Angiolini. — La Conocchia y el seminario de nobles. — Discrecion del Venerable en admitir y despedir.	77
CAPÍTULO VI. — Sólida formacion que el P. Pignatelli procura se dé á los novicios. — Virtudes que en él resplandecen. — Caridad con los súbditos enfermos. — Asperezas que en secreto practica. — Arrastra á los suyos con el ejemplo al ejercicio de las virtudes. — El novicio Pizzi mendigando con el Siervo de Dios por las calles de Nápoles. — Acuden en gran núme-	

	Pág.
ro y entre ellos personas de calidad á pedir la Compañía. — El P. Andrés Avogadro deja la mitra para volver á la religion. — Ensalza Dios con dones extraordinarios la humildad de su siervo. — Extiende el Padre su solicitud á Parma y Cerdeña.	95
CAPÍTULO VII. — Amenazas de Napoleon á los reyes de Nápoles. — Entereza del P. Pignatelli. — Huye la corte á Sicilia. — Entrada de José Bonaparte en Nápoles. — El Siervo de Dios y los alojados en la casa profesa. — Visita de los Superiores de las órdenes religiosas al nuevo rey. — Reflexiones acerca de la futura suerte de los jesuitas napolitanos. — Conduc-ta del P. Pignatelli. — Beatificacion del Ven. P. Francisco de Jerónimo. — Ármanse asechanzas á los jesuitas. — Fallecimiento de la condesa de la Acerra. — Disposiciones poco favorables del Gobierno. — El P. Juan Andrés, cus-todio de la biblioteca real. — El juramento de fidelidad al nuevo rey. — Buena disposicion de este con los jesuitas. — Una carta del Siervo de Dios.	109
CAPÍTULO VIII. — Presiente el P. Pignatelli próxima la expulsion. — Intímase el destierro de los extranjeros y la dispersion de los nacionales. — Declárase la inocencia de los jesuitas. — Alcanza el Siervo de Dios un socorro para el viaje de sus súbditos. — Rehusa quedarse en Nápoles, como le permiten y suplican. — Compasion de Pío VII con los desterrados. — Queda enfermo en Nápoles el P. Mozzi. — Incomodidad del viaje á Roma. — Las reliquias del Beato Francisco de Jerónimo. — Detencion de los viajeros en Albano. — Estimable efecto producido en Nápoles por los jesuitas.	127

LIBRO SEXTO

Desde el destierro de la Compañía del reino de Nápoles por el rey José Bonaparte hasta el restablecimiento de la misma en la universal Iglesia por Pío VII.	139
CAPÍTULO I. — Llega á Roma el P. Pignatelli. — Visita á Su Santidad. — Manda á los súbditos detenidos en Albano que continúen su viaje. — Pasa á vivir en el colegio Romano. — El Siervo de Dios y el ministro español Sr. Vargas. — Entera confianza del Padre en la Providencia divina. — Provéele el cielo con abundancia. — Socorros de la duquesa de Villahermosa. — Querellas de los ministros y embajadores y defensa del Pontífice. — Conducta heroica de algunos novicios. — Solemnidad extraordinaria en la fiesta de San Ignacio. — Triduo de accion de gracias por la beatificacion del Venerable P. Francisco de Jerónimo.	141

Pág.

- CAPÍTULO II.** — Evita el Siervo de Dios que sus súbditos se ocupen en ministerios ajenos de la Compañía y vivan dispersos.—Envíalos al seminario de Orvieto, al colegio de Tívoli y á otros puntos. — Pasa á Cerdeña el P. Regonó. — Solemne apertura del seminario de Orvieto. — Afecto del obispo á los Padres. — Descubre el P. Pignatelli lo que pasa en lo interior de un súbdito. — Envía dos misioneros á recorrer los pueblos de la comarca. — Instrucciones que les da. — Frutos abundantes de su primera excursión. — La casita de San Pantaleon ó del Buen Consejo. — Trasládanse á ella los del colegio romano. — Habitación del P. Pignatelli. — Fórmase en San Pantaleon una casa profesa. — Queda constituida una pequeña Provincia. 159
- CAPÍTULO III.** — El P. Avogadro predica la cuaresma en Viena. — Ejemplo de caridad del P. Pignatelli con un enemigo. — Ensancha la casita del Buen Consejo y pone en ella la tercera probacion. — Ministerios en la iglesia, en los presidios y cárceles. — Espíritu de recogimiento del Venerable. — Copioso fruto de las misiones. — Constancia de dos novicios. — Progresos en Cerdeña. — El general Francisco Pignatelli en Albano. — Visita del colegio de Orvieto. 177
- CAPÍTULO IV.** — Suplica en vano que se le exonere del oficio de Provincial. — El P. Pignatelli y Carlos Manuel, rey de Cerdeña. — Testimonio del cardenal Odescalchi. — Estima en que le tiene el Ven. Vicente Strambi. — Su paciencia y caridad. — Quiere Pío VII hacerle cardenal. — Los franceses en el estado de la Iglesia. — Ministerios de los Padres en Roma. — Desgraciado fin de Paccanari. — Cuidado de los presos. — Desinterés del Siervo de Dios. — Envía socorros á sus hermanos de Ferrara. — Socorre á los encarcelados por no jurar fidelidad al intruso rey de España. — Alcanza la libertad á los de Orvieto. — Defiende á los suyos ante el comisario y el general Miollis. — Estado de la Provincia napolitana. — Elogio de su Provincial. — El conde de Floridablanca reconoce al fin las injusticias hechas contra la Compañía, y quiere repararlas. 189
- CAPÍTULO V.** — El soldado Capet en el Buen Consejo. — La cuaresma y el mes de María. — Nueva persecucion contra los españoles que no juraron fidelidad á José Bonaparte. — Defiéndose el P. Pignatelli. — Ejemplo de entereza del Siervo de Dios. — Prision y destierro de Pío VII. — Socórrele á él y á otros personajes ilustres el P. José. — Trastornos en Roma. — Providencias del Venerable con los suyos. — Consérvanse de un modo prodigioso en el Buen Consejo los españoles y algunos italianos. — Continúan ejercitando los ministerios. — Nuevas exigencias del gobierno. — Los jóve-

Pág.

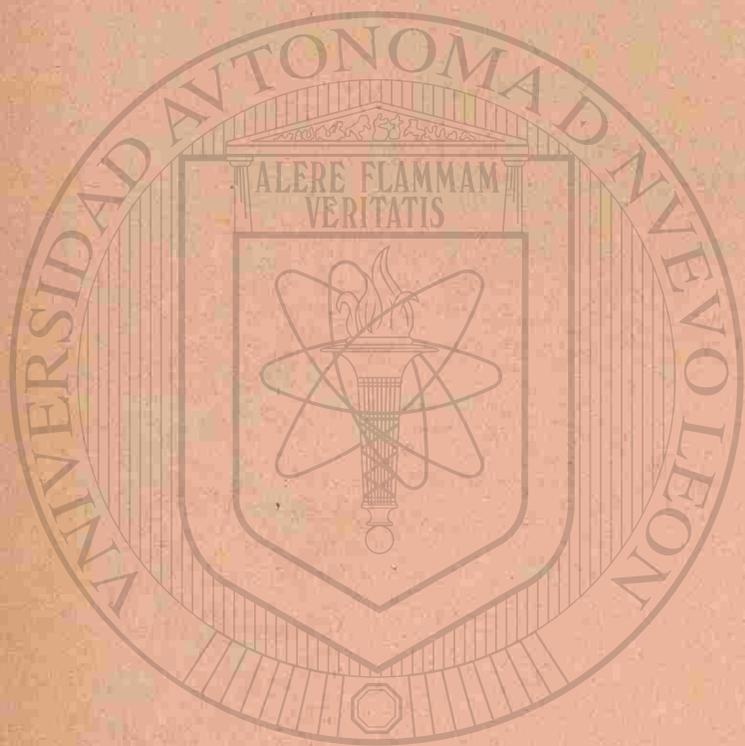
- nes escolares extranjeros son obligados á volver á su patria. — Renuevan sus votos. — Conservan su fervor y espíritu religioso. — La fiesta de San Francisco de Borja. — El Padre Pignatelli y el cardenal de Gregori. — Evita un escándalo público. 207
- CAPÍTULO VI.** — Súplese la cuaresma con el mes de San José. — Fervor en las comunidades religiosas. — El Padre Juan Francisco Masdeu. — Los italianos del Buen Consejo precisados á salir para su patria. — Nuevos peligros y precauciones del P. Pignatelli. — Prisiones en el colegio de Orvieto. — El juramento de fidelidad al Emperador. — Declaraciones del Papa. — Conducta del P. Pignatelli. — Arresto del Padre Gentilini, y su libertad. — Prision del mismo y del obispo de Tívoli. — Vigilancia sobre la casa del Buen Consejo. — El comisario verdadero y un polizonte fingido. — Nuevos insultos contra la religion. — Celo del Siervo de Dios por las religiosas echadas de sus conventos. — El nuevo comisario español. — El P. José y el general Pignatelli en presencia de Miollis. — Nueva persecucion contra el Padre Gentilini. — Defiéndele el Siervo de Dios. — Maravillosa providencia del Señor con su siervo. 219
- CAPÍTULO VII.** — Caridad heroica del P. Pignatelli durante la dominacion francesa en Roma y la ausencia de Pío VII. — Ofrece oraciones y penitencias por sus prójimos. — Consuela á los afligidos. — Distribuye abundantes limosnas, y no las admite por los ministerios. — Provee á los suyos con largueza. — Provéele el cielo milagrosamente de dinero para hacer limosnas. — Con luz superior conoce las necesidades de los prójimos, y las remedia. — Don de profecía y de consejo. — Dominio sobre las enfermedades. — Sufre con alegría en los casos adversos. 233
- CAPÍTULO VIII.** — Presiente el P. Pignatelli su cercana muerte. — Prepárase para ella. — Molestia que le causa un comisario. — Postrera enfermedad. — Siente alguna mejoría. — Seguridad de su próxima muerte. — Sale á despedirse de sus amigos y bienhechores. — Recae y agrávasele la enfermedad. — Interés de toda la ciudad de Roma por el P. José. — Prohibe al P. Panizzoni que se ofrezca á morir por él y le predice su larga vida. — Afectos y devocion del Siervo de Dios. — Recibe el Santo Viático. — Acométele el maligno espíritu. — Otorga testamento. — Nómbrase el sucesor. — Extremauncion. — Santa muerte. — Aparecese á un Hermano en Bolonia y á otra persona de gran virtud. — Funerales. 255
- CAPÍTULO IX.** — Admirables efectos causados por la muerte del P. José, parecidos á los que produjo la de San Ignacio. —

	Pág.
Carta del P. Agustín Monzon á la sobrina del Padre, la señora duquesa de Villahermosa. — Carta del P. José Doz al señor duque. — Breve relacion de la última enfermedad y muerte, escrita al mismo. — Sentimientos de otras varias personas de la Compañía y de fuera de ella. — Algunos milagros.	275
CAPÍTULO X. — Preparativos para introducir la causa de beatificación del P. Pignatelli. — Sácanse retratos y escríbese la vida del difunto Padre. — Muerte del P. José Doz. — Carlos IV, rey de España, en Roma. — Su encuentro en el Jesús con los jesuitas españoles. — Vuelta de Pío VII á Roma. — Esperanzas del pronto restablecimiento de la Compañía en toda la Iglesia. — Cúmplase en el anciano Padre Luis Panizzoni la profecía del P. Retz. — Los viajeros irlandeses y el Padre Santo. — Restablece Pío VII la Compañía de Jesús en todo el mundo.	291
CAPÍTULO XI. — Carta del P. Monzon, en que notifica á los duques de Villahermosa la restauracion de la Compañía de Jesús y el rápido acrecentamiento de la misma en Roma. — Principios de la persecucion en Rusia. — Expúlsase de San Petersburgo á los Padres. — Fernando VII trata de restablecerlos en España. — Consulta á Pío VII, y respuesta del Soberano Pontífice. — Reales decretos para la reposicion de la Compañía en todo el reino de España y en las posesiones de ultramar. — Dictámen del fiscal del real Consejo don Francisco Gutiérrez de la Huerta. — Vuelta de los jesuitas españoles á su patria.	315
CAPÍTULO XII. — La Compañía en Francia. — Carlos Manuel, rey de Cerdeña, en el noviciado de Roma. — Favorable acogida de los Padres en España. — Entusiasta recibimiento de los mismos en Manresa. — Fallecimiento de la duquesa de Villahermosa, sobrina y cooperadora del Venerable P. Pignatelli en la restauracion de la Compañía de Jesús. — Breve reseña de las extraordinarias virtudes de la difunta señora.	343
CAPÍTULO XIII. — Trasládanse á la casa profesa de Roma los restos mortales del Venerable P. Pignatelli. — Relacion de este traslado y carta del P. Monzon dirigidas al señor duque de Villahermosa. — Realízanse varios sucesos predichos por el Siervo de Dios. — La Compañía desterrada de Rusia. — Su entrada en Portugal. — Los Pombal y los jesuitas. — Imprímese la vida del P. José escrita por el P. Monzon. — Incóase en Roma el proceso en órden á la beatificacion del Padre Pignatelli. — Obtíenense por su intercesion varias curaciones milagrosas.	359
CAPÍTULO XIV. — Decreto de la Sagrada Congregacion de Ritos acerca de la introduccion de la causa del V. P. José Pigna-	

	Pág.
telli. — Nuevos milagros. — Principios de la devocion al Siervo de Dios en España. — Gracias que por su intercesion se obtienen en Cataluña. — Milagros recientes en Colorno.	381

APÉNDICE AL LIBRO SEXTO

I. — Elogio del V. P. José Pignatelli.	397
II. — Decreto de la Sagrada Congregacion de Ritos acerca de la introduccion de la causa del Venerable Siervo de Dios.	399
PROTESTA DEL AUTOR.	401



ERRATAS

TOMO I

PÁG.	LÍN.	DICE	DEBE DECIR
23	23	María Francisca	Francisca
72	13	y de	y la dificultad de
94	penúlt.	cartas	cortes
118	últ.	Guillermans	Guillemans

TOMO II

150	33	<i>melius</i>	<i>melius</i>
315	32	estuvise	estuviese

TOMO III

17	10	14	4
60	30	adres, que Paunque	Padres, que aunque
157	12	esta	era
281	12	conservacion	conversacion

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



